

HISTORIA DE MERLÍN



HISTORIA DE MERLÍN



HISTORIA DE MERLÍN

Introducción y traducción de
Carlos Alvar

Epílogo de Carlos García Gual

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Índice

Cubierta

Portadilla

Introducción

Bibliografía

HISTORIA DE MERLÍN

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

Tabla de concordancias

Epílogo

Notas

Créditos

Introducción

CARLOS ALVAR

Merlín el mago, mezcla de profeta y de salvaje criado en los bosques, al margen de toda sociedad, es fruto, al parecer, de la imaginación de Geoffrey de Monmouth, que alude a él en la *Historia Regum Britanniae* (ca. 1135); posiblemente, este autor se basó en leyendas locales y en algunos datos tomados del cronista Nennius: antes de Geoffrey, ningún autor se ocupa del extraño personaje o, al menos, ninguno le dedica especial atención; por lo tanto, hay que aceptar que el imaginativo historiador es padre de muchos de los rasgos que caracterizarán al mago artúrico.

Así, Geoffrey es el primero que habla del origen extraño de Merlín, hijo de un demonio y una mujer (célibe, según Geoffrey), nacido en la ciudad de Camarthen, topónimo que en galés es Caermyrddin, «Fortaleza de Myrddin».

No es la única ocasión en que Geoffrey de Monmouth se ocupa de este personaje; las posibilidades que ve en él le llevan a redactar una *Vita Merlini* (ca. 1150), en la que el protagonista se nos presenta —igual que en algunos textos galeses— como un profeta que vivía en el siglo VI al norte de Bretaña, al que se adscriben de forma ficticia no pocos poemas mánticos o adivinatorios escritos en gaélico, que posiblemente no son anteriores a la obra de Geoffrey, pero que se hacen eco de tradiciones del siglo X, o quizá más antiguas todavía, vinculadas con el tema del *Homo sylvester* y que se encuentran ampliamente difundidas por las Islas Británicas. Así lo hace pensar el hecho de que en la *Historia Britonum* de Nennius (escrita en el siglo IX) ya se recoja una leyenda en la que figura Merlín como protagonista: Guorthigirnus (Vortigern) fracasa en los sucesivos intentos de construir una torre; será el «niño sin padre» quien descubra que por debajo de la tierra hay un estanque con dos dragones, que al moverse hacen caer la construcción.



Merlín el mago, tutor de Arturo. Tapiz, 1490, Historisches Museum, Basilea.



La doncella del perro de caza, Historia de Merlín, de Robert de Boron. B. N. Ms. Fr. 95, fol. 343 v.º, siglo XIII.

Foto: Bibliothèque Nationale, París.

Estamos ya ante los orígenes de las hazañas adivinatorias de Merlín, pero también puede que nos encontremos con un intento de explicar el topónimo que da nombre al mago; el ejercicio es bien conocido entre los hombres medievales y tiene un modelo insuperable y de gran riqueza en las Etymologiae de san Isidoro.

También es posible que este episodio —que se sitúa al comienzo de la Vita Merlini, como primera aparición pública del mago-advino— haya dado pie a una serie de interpretaciones alegóricas, para lo cual bastaba con cargar de nuevo significado la torre y los dos dragones.

Otras leyendas antiguas, reflejadas en algunos textos como el Affallennau, del Libro Negro de Carmarthen, convierten a Myrddin en un pobre loco que habita los bosques de Caledonia...

Geoffrey de Monmouth enriquece los datos de la tradición folclórica o historiográfica recurriendo a elementos de origen clásico, como atestigüa el episodio en que ayuda a Uterpandragón a tomar el aspecto del duque de Cornualles para entrar en la fortaleza de Tintagel y gozar de Igerne, engendrando de este modo al futuro rey Arturo. Evidentemente, nos encontramos con una situación paralela a la del origen de Heracles, cuando Zeus tomó el aspecto de Anfitrión para poder acostarse con Alcmena; y algo semejante se relata en el Libre dels feyts acerca del origen de Jaime I, aunque es posible que en este caso haya que pensar en un reflejo de la literatura artúrica.

Por lo demás, Geoffrey de Monmouth incorpora a la Historia Regum Britanniae una lista de profecías atribuidas a Merlín, que a partir de este momento se convierte en profeta y advino plenamente aceptado por el cristianismo.

Las Prophetiae Merlini se difundieron al parecer en torno a 1130, cuando Geoffrey aún se encontraba atareado con la redacción de la Historia Regum Britanniae, a la que más tarde se incorporarían, como acabo de decir. La alegoría profética construida por Geoffrey establece un paralelismo más o menos claro entre ciertos animales, símbolos de determinadas virtudes o cualidades, y algunos personajes históricos: así, por ejemplo, Arturo es el jabalí de Cornualles; pero, en general, las profecías resultan ininteligibles, como era de prever.

Al gusano germánico lo exaltará el lobo de mar y lo acompañarán las selvas de África. La religión será destruida por segunda vez y

cambiarán las sedes de los primados (...). Lloverá sangre y una espantosa hambre afligirá a la humanidad. Gemirá el dragón rojo ante estos sucesos, pero, después de tanto infortunio, recuperará su vigor...

Un santo rey equipará una flota, y será considerado el duodécimo en la corte de los bienaventurados. Una lastimosa desolación se enseñoreará del reino, y las eras de las cosechas se tornarán bosques impenetrables. Resurgirá de nuevo el dragón blanco, e invitará a la Hija de Germania. Nuestros campos se llenarán de semilla extranjera y el dragón rojo languidecerá en un extremo del estanque...

De esta forma, las palabras de Merlín también necesitaron de intérpretes, por lo menos hasta el siglo XVI, en que gozaban de fama, según el testimonio de Rabelais. Después caerían poco a poco en el olvido.

Llama la atención que en la *Vita Merlini*, extenso poema en hexámetros, compuesto hacia 1150, la personalidad del protagonista difiera notablemente de la que se nos presentó en la *Historia Regum Britanniae*: en esta obra, Geoffrey había adaptado el nombre de Myrddin, latinizándolo, a la figura del joven profeta que confunde a los magos de Vortigern. En la *Vita*, Merlín vive mucho tiempo después: cuando combatía en Cumbria en el año 575, el protagonista enloqueció y fue a vivir en los bosques, donde desarrolló su actividad profética.

Es posible, como han puesto de relieve numerosos estudiosos — desde Paul Zumthor hasta Carlos García Gual —, que entre los dos Merlines haya sustanciales diferencias de origen, que se reflejan en las incongruencias de los textos, algunas de ellas tan importantes como las que afectan a la cronología del protagonista. Habría que buscar la clave en el *Itinerarium Cambriae* del cronista galés Giraldus Cambrensis (ca. 1220), que alude a dos personajes con el mismo nombre: el primero, «llamado Ambrosius, que profetizó en el tiempo del rey Vortigern», y que habría de identificar, por tanto, con el adivino que aparece en la *Historia de Geoffrey de Monmouth*; el otro Merlín nació en Escocia y fue llamado

Celedonius, por el bosque Celedonio en el cual profetizaba, y también lo llamaron Silvestre, porque una vez que estaba en pleno combate descubrió en el cielo un terrible monstruo y desde ese momento se volvió loco y, tomando asilo en un bosque, vivió vida silvestre hasta su muerte. Este Merlín vivió en los tiempos del rey Arturo, y se cuenta de él que profetizó más completa y claramente que el otro.



Escena de la Historia de Merlín.

Ms. Fr. del siglo XIV, Biblioteca del Arsenal.



Escena de la Historia de Merlín.

Ms. Fr. del siglo XIV, Biblioteca del Arsenal.

Así pues, el Merlín que va a llegar a través de la tradición artúrica será una fusión de los dos personajes citados por Giralduus

Cambrensis, una mezcla de adivino y mago, conocedor del pasado, del presente y del futuro, de lo oculto y lo visible, pero capaz también de transportar las piedras de Stonehenge a cientos de millas de distancia mediante sus conocimientos de artes mágicas.

En cuanto al tema del Homo sylvester, se repite con insistencia desde que Orfeo, desesperado por la segunda pérdida de Eurídice, se retiró del mundo para vivir y cantar sus penas entre las fieras salvajes. Pero el bosque constituye también un lugar habitual de toda narración folclórica, sea de remotos orígenes clásicos o no. Vladimir Propp se ha ocupado de este aspecto de forma detallada y con la agudeza que le caracteriza; así, en Las raíces históricas del cuento podemos leer que el bosque es siempre «densísimo, oscuro, misterioso, un poco convencional, no del todo verosímil». Por este camino llegaríamos a los ritos de iniciación, constantemente asociados al bosque en los cuentos folclóricos, y por tanto estaríamos dirigiéndonos hacia determinadas concepciones del Más Allá: «El camino para el otro mundo pasa por el bosque».

En las novelas artúricas, los héroes nacen y se crían en el bosque (Perceval, Galván, etc.) y a él regresan cuando fracasan en las aventuras, en busca de refugio, o cuando enloquecen. Para el hombre medieval, es el lugar de las potencias más terribles: no hay normas, y en él se puede producir todo tipo de prodigios y, a veces, dará la recompensa por tantos esfuerzos. Pero el bosque es, ante todo, soledad e infinitud. Nadie iría a vivir allí, a no ser que estuviera loco, del mismo modo que solo los locos o los elegidos se atreven a ir al mundo de los muertos: Lanzarote, Tristán, Yvain, Amadís, Don Quijote y otros muchos caballeros, profundamente enamorados y víctimas del amor, encuentran en su sentimiento la fuerza suficiente para poder vivir en el bosque, ajenos a las normas sociales...

Poco a poco se van formando los aspectos esenciales de la personalidad de Merlín. Sin embargo, una figura tan sobresaliente como es la de este mago-advino queda temporalmente eclipsada en las obras de Chrétien de Troyes, durante la segunda mitad del siglo XII. La razón que se suele aducir para esta momentánea desaparición es que el arte narrativo de Chrétien se basa en el «suspense», y que, por tanto, la presencia de adivinos y profetas

podría causarle problemas desde el punto de vista literario. Será necesario esperar a los primeros años del siglo XIII para volver a encontrar a Merlín, aunque el silencio lo ha transformado de modo significativo: para Geoffrey de Monmouth era el profeta de la esperanza bretona, mientras que ahora se ha convertido en el profeta del Grial. El personaje toma nuevos derroteros.

Posiblemente, la metamorfosis se deba a Robert de Boron, autor de una trilogía (Joseph d'Arimathie, Merlin, Perceval) que se ha conservado de forma fragmentaria. En el planteamiento de este autor, Merlín se convierte en el transmisor de las promesas divinas y en el único capaz de hacer que los designios de Dios se cumplan de la forma en que los tiene pensados: el reino de Arturo muestra así algunos puntos de contacto con la concepción del mundo que se recoge en el Antiguo Testamento; la llegada del Grial, con la redención de los escogidos, constituía una clara trasposición de la venida del Mesías.

Para entonces, Merlín es un personaje artúrico y casi nadie recuerda ya al adivino que vivió en la época de Vortigern, y, a la vez, la caballería se ha convertido en algo digno, con una alta meta: los caballeros eran, en definitiva, los llamados a la mística contemplación del Grial; solo algunos serían los escogidos. Al menos, así ocurre en la literatura; en la realidad, la caballería había entrado en una profunda crisis y socialmente había perdido casi todo su prestigio.

El interés cristianizador de Robert de Boron queda bien de manifiesto; por si fuera poco, a este autor no le bastaba con santificar el Grial o instituir la Mesa Redonda en recuerdo de la Santa Cena: la parte que se ha conservado de su obra presenta abundantes materiales moralizantes e innumerables sermones; por eso, no tiene nada de particular que Merlín se convierta en un mago cristiano a pesar de que los demonios lo engendraron con la idea de hacer de él un Anticristo.

Hemos podido ver a lo largo de estas páginas que Merlín es considerado, desde 1130 aproximadamente, el profeta y el adivino de la Materia de Bretaña. Basta fijarse en los textos conservados — aunque sea sin demasiada atención y de forma tan rápida como nosotros hemos hecho— para apreciar a grandes rasgos las

transformaciones más elementales de su figura. Pero hay otros aspectos que no se pueden captar de forma tan simple, ni aprehender en un contacto tan somero.

Las profecías de Merlín constituyen en gran medida el hilo conductor o, si preferimos, el marco de la historia de Bretaña, ya que establecen los mitos más representativos de los acontecimientos que han de ocurrir. Desde el punto de vista de la narración, las profecías forman un conjunto básico para la coherencia del relato, ya que marcan el presente y el futuro que, necesariamente, tiene que ocurrir. Esta relación sufre importantes alteraciones —como es evidente— a partir del momento en que la figura del profeta desaparece o pasa a un segundo plano y la coherencia narrativa tiene que buscar otras formas de expresión.

En distintas obras del siglo XII (de Thomas, Giraldu Cambrensis, etc.), se alude a Bleheris, personaje que se identifica con el Blaise del Merlin de la Vulgata. Su función no es otra que la de anotar las profecías del protagonista y, después, dejar constancia de los hechos ocurridos. Gracias a este fiel escriba se conocen con todos los detalles los sucesos de los tiempos de Vortigern y de la juventud del rey Arturo.

De esta forma, Merlín y sus profecías se convierten no solo en base de los hechos, sino también de la narración, ya que esta se muestra como fundamentalmente histórica y, por tanto, sería la representación de lo ocurrido.

Pero de nuevo estos planteamientos van a sufrir alteraciones poco después de que Robert de Boron escribiera su trilogía, pues en la Historia de Lanzarote del Lago (Lancelot en prose) Merlín pierde el relevante papel que había desempeñado hasta el momento: por una parte, la cristianización de los temas que había provocado Robert de Boron hace que el mago-advino quede relegado por su origen diabólico, que evidentemente le impide cualquier aproximación al Santo Grial. Por otra parte, el mago y advino —ya de proveccta edad— se enamora de la Doncella o Dama del Lago, transmitiéndole todo su saber y siendo víctima de sus propios encantamientos. El final recuerda no poco el Lai d'Aristote de Henri d'Andeli, en el que el maestro de Alejandro Magno permite que una doncella, de la que se había enamorado, cabalgue sobre él como si fuera un palafrén:

Amor omnia vincit, diría Ovidio, y lo recordarán no pocos novelistas de la Edad Media. Pero no es eso lo que nos interesa ahora.

La Dama del Lago se llama Viviana o Niniana, y será la tutora de Lanzarote hasta que sea armado caballero. Incluso en algún texto tardío, como la *Vita di Merlino*, publicada en Venecia en 1480, y que es una versión libre de la segunda parte de la trilogía de Robert de Boron, esta misma Dama ocupa el lugar de Blaise, anotando y recordando las profecías del mago. Es harto posible que los conocimientos de Merlín pasaran a Viviana y que de esta forma el papel femenino supere al masculino. Era el signo de los tiempos. Así, la Dama del Lago une su nombre al de otra maga-advina artúrica, Morgana, dando origen a una nueva tradición.

La desaparición de Merlín plantea un problema desde el punto de vista de la técnica literaria de las novelas artúricas. No hace mucho veíamos que la coherencia narrativa de estos relatos queda encomendada en gran medida a la relación que se establece entre las profecías, los hechos ocurridos y la narración de esos hechos para que los copie un escribano (Blaise, Bleheris, etc.). Pues bien, en la *Historia de Lanzarote del Lago*, en la que ha desaparecido prácticamente la figura de Merlín, las profecías y predicciones, que no podían desaparecer, quedan encomendadas a profetas o adivinos ocasionales, esporádicos, que son ermitaños de santa vida, caballeros viejos retirados al ascetismo o monjes blancos; junto a ellos, inscripciones, letreros y pruebas milagrosas de las que se vale Dios para dar a conocer su pensamiento. Merlín es sustituido por todo tipo de visiones, de signos premonitorios, de sueños simbólicos. En cualquier caso, los designios divinos siempre podrán conocerse y la alta aventura del Grial podrá ser llevada a término. De nuevo, el arte narrativo se impone: gracias al escalonamiento con que se van desarrollando estos elementos, el drama final adquiere matices cada vez más intensos y, también, más sombríos.

He dicho al comienzo de estas páginas que Geoffrey de Monmouth parece haber sido el creador de la figura de Merlín, personaje al que dedica una *Vita* y unas *Prophetiae*, sin contar las frecuentes alusiones de la *Historia Regum Britanniae*. La obra de Geoffrey fue elaborada a principios del siglo XIII por Robert de Boron, que

escribió un Merlin en verso, del que solo se ha conservado un fragmento de medio millar de versos, mientras que han llegado a nosotros casi cincuenta manuscritos con una prosificación de la misma obra, realizada durante el siglo XIII.

Los manuscritos de la versión en prosa parecen responder a dos redacciones muy diferentes: una, directamente vinculada a la trilogía de Robert de Boron, ocupando el puesto central entre el *Livres de Joseph* y el *Perceval*, se suele determinar *Suite du Merlin* o *Huth-Merlin*; la otra fue elaborada para poder ser incluida en el ciclo de la *Vulgata artúrica*.

La traducción que ahora publico pertenece a un texto de esta segunda familia (el ms. Add 10292 de la Bristish Library, fechado en 1316) y fue publicado por O. H. Sommer en su monumental *The Vulgate Version of the Arthurian Romances*, vol. II, Washington 1908. Hay que advertir que no se trata del mejor manuscrito del grupo, pues, como ha puesto de relieve A. Micha, retoca frecuentemente la versión original, comete incongruencias y, a veces, se distancia de los demás manuscritos; no obstante estos defectos, es el único representante de la familia publicado en su totalidad, y a ello se debe nuestra elección.

El texto que presentamos se articula sobre dos núcleos esenciales: el enfrentamiento de la nobleza levantisca y rebelde contra el joven Arturo, al que no considera heredero del trono, y la guerra contra los invasores sajones. Los personajes principales son Merlín, Arturo y Galván, y la obra se convierte en una crónica de la juventud de los protagonistas, que después desempeñarán papeles de gran relevancia en la Historia de Lanzarote.

Pero no todo es de carácter histórico o pseudo-histórico. A lo largo de los tres años y medio que duran los hechos relatados, ocurren episodios de índole diversa y que en algunos casos quedan profundamente marcados por la personalidad de Merlín: engaños descubiertos, fantasías extraordinarias, enigmáticas carcajadas. Y, siempre, la presencia del amor, que conduce al matrimonio de Arturo y Ginebra, y que conduce, también, al encierro y desaparición final de Merlín.

Esta versión abreviada se ha hecho respetando varios criterios: en primer lugar, hemos utilizado como hilo conductor las hazañas de Merlín, prescindiendo de muchos hechos marginales; por otra parte, hemos evitado dejar aventuras incompletas, con la idea de que la lectura resulte cómoda y la comprensión no se vea alterada; finalmente, los pasajes eliminados han sido resumidos para facilitar el camino al lector, que, de este modo, podrá seguir la acción sin detenerse en las prolijas descripciones de batallas.

Bibliografía

Textos

Merlin d'après le ms. Huth, G. Paris y J. Ulrich (eds.), 2 vols., París 1886.

L'Estoire de Merlin, O. H. Sommer (ed.) (vol. II de The Vulgate Version of the Arthurian Romances), Washington 1908.

Faral, E. (ed.), La legende arthurienne, vols. II y III, París 1969.

Geoffrey de Monmouth, Historia de los reyes de Britania, traducción de Luis Alberto de Cuenca, Madrid 1984.

—, Vida de Merlín, traducción de Lois Pérez Castro, prólogo de Carlos García Gual, Madrid 1984.

Historia de Lanzarote del Lago, traducción de Carlos Alvar, 7 vols.:

1. La Reina del Gran Sufrimiento, Madrid 1987.
2. El Libro de Galahot, Madrid 1987.
3. El Valle sin retorno, Madrid 1988.
4. El Libro de Meleagant, Madrid 1988.
5. El Libro de Agravaín, Madrid 1988.
6. El Bosque Perdido, Madrid 1988.
7. La locura de Lanzarote, Madrid 1988.

Estudios

Alvar, C., Breve diccionario artúrico, Madrid 1997.

Bogdanow, F., «The Suite du Merlin and the Post-Vulgate Roman du Graal», vid. Loomis, Arthurian Literature..., págs. 325 y ss.

Bruce, J. D., The Evolution of Arthurian Romances, 2 vols., Gotinga 1923.

Fox, M. B., «Merlin in the Arthurian prosa cycle», en Arthuriana II (1930), págs. 20-29.

Frappier, J., «Le cycle de la Vulgate (Lancelot en prose et LancelotGraal)», en Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters, vol. IV/1, Heidelberg 1978, págs. 536-589.

García Gual, C., Primeras novelas europeas, 2.^a ed., Madrid 1988.

Gutiérrez, S., Merlín y su historia, Madrid 1999.

Loomis, R. S. (ed.), Arthurian Literature in the Middle Ages. A collaborative History, Oxford 1959.

Micha, A., Étude sur le «Merlin», de Robert de Boron, roman du XIII^e siècle, Ginebra 1980.

—, «L'Estoire de Merlin», en Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters, vol. IV/1, Heidelberg 1978, págs. 590-600.

—, «Les manuscrits du Merlin en prose de R. de Boron», en Romania 78 (1957), págs. 78-94 y 145-174.

—, «The Vulgate Merlin», vid. Loomis, Arthurian Literature..., págs. 319 y ss.

Zumthor, P., Merlin, le prophète, Lausana 1943.

HISTORIA DE MERLÍN

I

Cuenta la historia que el demonio se enfadó mucho con la visita de Nuestro Señor al infierno, cuando sacó de allí a Adán y a Eva, y a cuantos quiso. Al verlo, los diablos habían sentido un gran miedo y se habían quedado admirados; reunidos, se decían: «¿Quién es este que puede más que nosotros, de forma que no hay nada que le impida hacer lo que desea? Nunca pensamos que pudiera nacer de mujer ningún hombre que se nos escapara y que no fuera nuestro, y este nos maltrata. ¿Cómo ha nacido que no hallamos en él ningún pecado, al contrario de lo que ocurre en todos los demás hombres?».

A estas palabras contestaba otro diciendo: «Este nos dará la muerte, pues pensamos que valdrá más que nosotros. Acordaos de que los profetas dijeron que el Hijo de Dios vendría a la tierra a salvar a los pecadores, descendientes de Adán y Eva, y que se llevaría a cuantos quisiera. Nosotros fuimos a atormentar a los que así hablaban y los maltratamos más que a nadie; aunque hacían como si no les molestara en absoluto el daño que les causábamos, y consolaban a los demás pecadores diciéndoles que vendría a la tierra quien los liberaría. Así lo decían los profetas, y ahora lo tenemos entre nosotros y nos ha quitado lo que habíamos conseguido, sin que nadie tuviera derecho a reclamarlo, y nos ha privado de todos los demás sin que sepamos cómo lo ha hecho. ¿No sabes que hace que los laven con agua en su nombre? Lo hacen en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, con lo que tendríamos que estar seguros de haberlos perdido, y no podemos hacer nada contra ellos si no se acercan a nosotros por sus obras: de tal modo ha reducido nuestro poder que nos lo ha quitado completamente; es más, ha dejado ministros suyos en la tierra, para que los salven aunque hagan obras de las nuestras, si desean arrepentirse y abandonarnos, haciendo lo que sus maestros les ordenen. Los hemos perdido sin remedio. Les ha dado un buen alimento espiritual el que ha venido a la tierra a salvar a los hombres, naciendo de mujer y padeciendo los tormentos del mundo, sin que lo supiéramos, sin pecados de hombre ni de mujer: lo descubrimos y lo hemos tentado de todas las maneras que hemos podido; después de probarlo sin encontrar en él

la menor muestra de pecado, se entregó a la muerte para salvar al hombre: mucho debe amarlos quien sufre tan gran pena para quedarse con ellos, quitándonoslos. Y nosotros deberíamos esforzarnos mucho para evitarlo, y que no se nos prive de nada que sea nuestro en legítimo derecho; debemos ingeniárnoslas para obligarles a hacer obras de las nuestras, de forma que no se puedan arrepentir, ni hablar con los que les perdonarían».

Todos están de acuerdo, y dicen a la vez: «Lo perderemos todo, ya que puede perdonar los pecados hasta el momento mismo de la muerte del hombre, poniéndolo de su parte; aunque hagan lo que queramos, los perderemos si se arrepienten, nos quedaremos sin nada».

Después de hablar un rato, afirman: «Los que nos han causado mayor daño han sido quienes anunciaron su llegada a la tierra; son ellos los que nos han hecho el gran mal. Cuanto más lo anunciaban, más los atormentábamos, de forma que parece que se apresuró a venir en su ayuda, para socorrerlos de los tormentos que les dábamos. ¿Cómo podríamos hacer para conseguir un hombre que hablara, explicara nuestras razones, nuestras hazañas y nuestros asuntos, y que tuviera el poder como nosotros lo tenemos de conocer las cosas ocurridas, dichas y pasadas? Si consiguiéramos un hombre que pudiera hacerlo y que supiera esas cosas, y que a la vez viviera en la tierra con los otros hombres, podría ayudarnos a engañar a los hombres, igual que los profetas nos engañaron a nosotros, haciéndonos creer que estaban de nuestra parte y nos advertían de cosas que jamás pensamos que pudieran llegar a ocurrir. Un hombre así diría las cosas que serían hechas y dichas cerca y lejos, con lo que los demás hombres le creerían sin dificultad. Si se consiguiera, sería un logro muy ventajoso».

Toma la palabra otro diablo, y dice: «Yo no puedo concebir ni engendrar en mujer; de no ser así, lo haría, pues conozco a una mujer que hace siempre lo que yo deseo; entre nosotros —continúa—, hay quien puede tomar apariencia humana y vivir con una mujer, pero debe hacerlo lo más secretamente posible: de esa forma podrán engendrar un hombre capaz de enseñarles a todos los demás».

Muy necios son los diablos al pensar que Nuestro Señor ignora sus

propósitos. El diablo se propuso así engendrar a un hombre con sus conocimientos y su juicio, para engañar a Jesucristo hombre: es fácil apreciar la maldad y doblez del diablo.

Después de esta reunión, los demonios se marcharon, decididos a obrar según lo acordado. El que había dicho que tenía bajo su poder a una mujer, no tardó en ir a donde estaba; se presentó a ella tan pronto como pudo, y la mujer lo recibió de muy buen grado, dándole sus bienes y todo lo que tenía y dispuesta a hacer lo que el Enemigo le pidiera. Esta mujer era la esposa de un hombre muy rico, que tenía mucho ganado y otras muchas riquezas; tenían tres hijas y un hijo. El diablo no se descuidó, sino que fue a los campos, decidido a engañar al hombre, porque le había preguntado a su mujer cómo lo podría hacer, y esta le había contestado que no lo lograría de ninguna manera, a no ser que lo afligiera, «y si le quitas alguna cosa suya, se pondrá triste». El diablo fue a los campos en los que estaba el ganado, y causó la muerte a una gran parte de sus animales. Cuando los pastores vieron que estos se morían en medio del campo, se sorprendieron mucho, y acudieron a contarle a su señor la gran mortandad que había caído sobre sus animales. Al oír tal cosa, el buen hombre se preguntó admirado por qué morían, y también se lo preguntó a sus pastores, por si sabían algo; le respondieron que no.

Así quedó la cosa aquel día, y cuando el diablo lo vio afligido y triste por algo de tan poca importancia, le pareció que podría causarle un gran daño, entristeciéndolo más, para poder dominarlo mejor. Volvió al ganado y a diez hermosos caballos que tenía, y se lo mató todo de una sola vez. Al ver lo mal que le iba todo, se abatió y pronunció unas palabras insensatas, que su tristeza le empujó a decir, pues dio lo que tenía y lo que le quedaba al diablo. Este se puso muy contento al saber que le había hecho semejante regalo y se esforzó en causarle mayores daños, de forma que no le quedó al buen hombre ningún animal vivo, y su tristeza fue mayor aún, abandonó la compañía de las gentes y nada le interesaba.

Cuando el diablo vio que lo había privado de la compañía de la gente, estuvo seguro de que haría en todo su voluntad. Luego, fue a la cama en la que dormía su hijo, que era muy hermoso, y se lo estranguló, de modo que por la mañana lo encontraron muerto. Al

ver que también había perdido a su hijo, el padre se desesperó y maldijo su fe. En ese momento, el diablo —que no podía quitarle nada más— se alegró mucho. Hizo que la mujer, por la que había ganado todo esto, se subiera a un arca en la bodega, que colocara una cuerda en el techo, que se la atara al cuello y que, después, se tirara del arca, ahorcándose y quedando colgada y estrangulada. Fue hallada en tal situación el día siguiente por la mañana. Cuando el buen hombre se enteró de que también había perdido a su mujer, además de haberse quedado sin hijo, tuvo tan gran dolor que le sobrevino una enfermedad que le causó la muerte.

Es así como obra el diablo con los que quiere dominar. Luego, se puso muy contento y empezó a meditar de qué manera engañaría a las tres hijas que habían quedado. Había un muchacho que hacía lo que él deseaba. Lo llevó en presencia de las jóvenes y empezó a tratar con una de ellas, dándole tantas vueltas con sus hechos y sus dichos que acabó seduciéndola, con gran alegría del diablo, que no se preocupa en ocultar sus victorias: al contrario quiere que se vean bien para mayor afrenta. Hizo que se supiera lo ocurrido gracias a su intervención, y fueron varios los que se enteraron. En aquel tiempo era costumbre que la mujer que era sorprendida en adulterio fuera entregada a todos hasta que se hiciera justicia con ella. Y como el diablo siempre quiere afrentar a los suyos, dio a conocer este asunto, el muchacho huyó y la mujer fue apresada y llevada ante los jueces, que la juzgaron con gran compasión por el afecto que tenían a su padre.

«He aquí un hecho digno de admiración —decían los jueces—, en poco tiempo el padre de esta joven ha tenido innumerables desgracias, pues no hace mucho que era uno de los hombres más ricos de esta tierra, y ahora lo ha perdido todo.» Así hablaban, y deciden enterrarla durante la noche, viva, para vergüenza de sus amigos. Tal es el comportamiento del diablo con quienes consienten su voluntad.

Había en aquella tierra un buen confesor, hombre de santa vida, que oyó contar lo ocurrido. Fue a ver a las dos hermanas, que eran la mayor y la más pequeña, para consolarlas. Les preguntó cómo había ocurrido lo de su padre, su madre, su hermano y su hermana. Le responden que no sabían; «pensamos que Dios nos odia y permite

que padezcamos estos tormentos».

—No tenéis razón —les contesta el santo hombre—, y os equivocáis. Dios no odia a nadie; al contrario, siente mucho que los pecadores se odien. Tened por seguro que todo ha ocurrido por obra del diablo. ¿Estáis seguras de que vuestra hermana, a la que habéis perdido de forma tan vil, había cometido la falta de la que le acusaron?

—No sabemos nada.

—Guardaos de las malas obras que llevan a los pecadores a mal fin.

El santo hombre les da muchos consejos y recomendaciones. La hermana menor quería que fuera quemado y convertido en cenizas, mientras que a la mayor le agradó mucho lo que les había dicho el confesor. Luego, el santo hombre le enseña la fe y las virtudes de Jesucristo. La doncella se esforzó con atención y gran interés en retener lo que le enseñaba: «Si creéis —le decía— lo que os voy a enseñar y a decir, obtendréis gran provecho. Seréis mi hija y mi amiga en Dios; si seguís mis consejos, nada os angustiará, y os sacaré de vuestras preocupaciones con la ayuda de Nuestro Señor. No desmayéis, pues Dios os guiará con buenos consejos, si lo seguís. Venid a verme con frecuencia; no estaré lejos de aquí».

De esta forma aconsejaba el santo hombre a las dos hermanas, conduciéndolas al buen camino. Ellas creyeron al confesor por las buenas palabras que les decía.

Cuando el diablo se enteró, lo sintió mucho, y temió perderlas. Pensó cómo hacerlas caer. Había cerca de allí una mujer que muchas veces había hecho su voluntad y obrado como él deseaba. El Enemigo se dirigió a aquella mujer y la envió a la hermana menor, pues no se atrevía a hablar con la mayor, que tenía un comportamiento muy humilde. Se retiró con la menor y habló con ella a solas, preguntándole muchas cosas de su vida y de su forma de ser.

—¿Qué vida —le preguntó— lleva ahora vuestra hermana? ¿Está contenta o triste?

—Mi hermana —le contesta— está siempre tan pensativa por las desgracias que nos han ocurrido, que no muestra buena cara a nadie, ni a mí ni a ningún otro. Un santo hombre que se pasa el día hablando con ella de Dios la ha cambiado y la ha hecho de los suyos, de forma que no hace nada más que lo que este quiere.

—En mala hora —exclama la mujer— fue engendrado vuestro hermoso cuerpo, que nunca tendrá alegría mientras sigáis a su lado. ¡Ay, Dios, si supierais las alegrías de otras mujeres, os apreciaríais poco! Tenemos tal gozo cuando estamos con nuestros amigos, que, aunque solo tuviéramos un mendrugo de pan, estaríamos más a gusto que vos con todas las riquezas del mundo. Dios, ¿de qué vale la alegría de una mujer si no está acompañada por un hombre? Mi hermosa amiga, lo digo por vos, que nunca tendréis ni sabréis lo que es la compañía de un hombre; y os diré por qué: vuestra hermana es mayor que vos; tendrá esa alegría antes que vos y, luego, le importaráis poco. De esa forma perderéis la ocasión de gozar de vuestro hermoso cuerpo, que en mala hora fue.

Cuando la muchacha oye lo que la mujer le dice, le contesta:

—¿Cómo me voy a atrever a hacer lo que decís, si mi otra hermana fue condenada a muerte por lo mismo?

—Vuestra hermana lo hizo de forma alocada. Si me hacéis caso, no podréis ser acusada y podréis gozar de vuestro cuerpo.

—No sé cómo, y no me atrevo a hablar más del asunto.

Cuando el diablo oyó estas palabras, se puso muy contento y estuvo seguro de que podría hacer con ella según su voluntad. Se llevó a la mujer. Después de que la mujer se marchara, la doncella se quedó pensativa; por la noche contempló su propio cuerpo cuando fue a acostarse. «Ciertamente —se dijo—, tiene razón esa buena mujer, al decir que estoy desperdiciada». Por la mañana, apenas se levantó, no se olvidó de todo el asunto, pues el demonio la tenía bien cogida; envió en busca de la mujer, a la que le dijo nada más llegar:

—Teníais razón al decirme que poco le importo a mi hermana.

—Bien lo sé, y aún le importaría menos si tuviera su gozo. No

hemos sido hechas para otra cosa, sino para tener deleite de los hombres.

—Me gustaría mucho tenerlo, pero temo que me condenen a muerte.

—Os condenarían si lo hicierais de forma tan alocada como vuestra hermana. Os enseñaré de qué modo tenéis que hacerlo para que no os pase nada.

—Decídmelo, creeré vuestro consejo.

—Os entregaréis a todos los hombres y abandonaréis toda tristeza; diréis que no podéis seguir con vuestra hermana, y así podréis hacer vuestra voluntad con respecto a vuestro hermoso cuerpo; la justicia no se atreverá a acusaros de nada y quedaréis fuera de cualquier peligro. Después de haber vivido durante algún tiempo en tal vida, habrá algún hombre de gran valía que se pondría muy contento si pudiera teneros, por vuestras muchas riquezas. De este modo disfrutaréis del gozo de este mundo.

La joven acepta todo lo que la mujer le dice, y afirma que lo hará así. Y así lo hizo, pues dejó a su hermana y entregó su cuerpo a todos los hombres, por el consejo de la mujer, con gran alegría del diablo. Cuando su hermana se enteró de la conducta que llevaba, fue a ver al santo hombre que le mostraba el recto camino; estaba muy triste y sentía gran pesar por haber perdido de aquel modo a su hermana. Cuando el confesor vio el gran duelo que hacía, sintió una honda compasión, y le dijo:

—Santíguate y encomiéndate a Dios, pues te encuentro muy atemorizada.

—Tengo motivos, porque he perdido a mi hermana.

A continuación le cuenta lo que sabía del asunto, y le dijo que se había entregado a todos los hombres. Cuando el santo hombre lo oyó, se quedó espantado, y le dijo a la joven:

—El diablo aún está alrededor de vosotras, y no cejará hasta que os haya hecho caer, si Dios no os guarda.

—Señor —le pregunta—, ¿cómo puedo evitarlo? No hay cosa en el mundo a la que le tema tanto como a que me haga caer.

—Si me crees —le contesta el santo hombre—, no conseguirá sus propósitos.

—Haré lo que me digáis.

—¿Acaso no crees en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, que los tres son una misma cosa en Dios y en la Trinidad? ¿No crees que Nuestro Señor vino a la tierra a salvar a los pecadores que quisieran creer en el bautismo y en los demás sacramentos de la Santa Iglesia y de los ministros que dejó en la tierra para salvar en su nombre a los creyentes, dirigiéndolos por el buen camino?

—Creo en todo, tal como me lo habéis enseñado, y que Dios me guarde de ser engañada por el diablo.

—Si de verdad lo crees como dices, ni el diablo, ni el Enemigo podrán causarte ningún daño; te pido y te ruego por todas las cosas que te guardes de caer en la tristeza, que es el mejor albergue para el diablo: por eso debes guardarte de cometer faltas y debes superar las dificultades que te sobrevendrán, cuando estés triste, mi dulce amiga, acude a mí y cuéntamelo todo tal como te ocurra; reconóctete culpable ante Nuestro Señor, ante todos los santos y las santas y ante todas las criaturas que creen en Dios, y cada vez que te acuestes y que te levantes, santíguate con el signo de la cruz en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y en el nombre de la Cruz en la que padeció muerte por proteger a los pecadores de la muerte en el infierno, frente al diablo.

»Si lo haces así —continuó el santo hombre—, no tendrás que preocuparte por el Enemigo. Procura que haya claridad en el sitio en donde te acuestes.

De esta forma adoctrina el santo hombre a la doncella, que siente gran miedo de que el diablo la haga caer. Después, regresa a su casa, mostrando gran humildad ante su Creador y ante los pobres de aquella tierra. Los hombres más virtuosos y las mejores mujeres van a verla, y le dicen:

—Por mi fe, bella amiga, ciertamente debéis estar espantada por el tormento que os ha llegado con vuestro padre, vuestra madre, vuestras hermanas y vuestro hermano, que murió así. Seguid ahora los buenos consejos y poned en ellos el corazón, pues sois mujer muy rica y tenéis buena herencia: cualquiera que pudiera casarse con vos se tendría por contento.

—Que Nuestro Señor me mantenga tal como a Él le parezca que debe ser y según considere que lo necesito.

La doncella se mantuvo así durante dos años o más, sin que el diablo la pudiera hacer caer en todo ese tiempo y sin que consiguiera que realizara ninguna mala obra, muy a pesar suyo, que sabía que no podría vencerla si antes no le hacía olvidar las enseñanzas del santo hombre y si no lograba que se entristeciera, pues no tenía ninguna intención de cometer la menor falta.

Ocurrió entonces que un sábado por la tarde entró su hermana en la casa en la que ella estaba, para tentarla y ver si podría hacerla caer. Permaneció allí hasta bien entrada la noche, en compañía de numerosos muchachos que entraron con ella en la casa. Al verla, su hermana se enfadó mucho, y le dijo:

—Buena hermana, si queréis llevar esa vida, no debéis venir por aquí, pues seré objeto de censuras que no necesito.

Cuando la otra oyó estas palabras y que por ella sería censurada, se encolerizó y le habló como quien tenía dentro de sí al diablo, amenazó a su hermana y le dijo que el santo hombre la amaba con loco amor y que si la gente se llegaba a enterar, sería quemada. Al escuchar la diablura que le dice su hermana, se encolerizó más aún y le ordenó que abandonara la casa. La hermana le respondió que era tanto del padre de una como de la otra, y que no se marcharía. Como no quería irse, la cogió por los hombros para echarla fuera; la otra se defendió, y los muchachos que habían ido con ella, le ayudaron y golpearon dolorosamente a su hermana, que cuando pudo escapar se encerró a solas en una habitación, se acostó completamente vestida y lloró con amargura. El diablo, apenas la vio sola y afligida, se puso muy contento y se dijo que todo iba mejor; aprovechó para hacer que la joven se acordara continuamente de la muerte de su padre, de su madre, de sus

hermanas y de su hermano: no cesa de llorar, de lamentarse con dolor y con gran tristeza, y en medio de ese dolor se quedó dormida.

Cuando el diablo comprobó que había olvidado todo lo que el santo hombre le había dicho, no dudó de que ya estaba lejos de la custodia de su maestro, «ahora podremos poner en ella a nuestro hombre». Este diablo tenía el poder de concebir y de yacer con mujer. Lo preparó todo y se acostó con ella carnalmente mientras estaba dormida, y concibió. Al punto, se despertó la doncella y, acordándose del santo hombre, hizo la señal de la cruz, a la vez que decía: «Señora Santa María, ¿qué es lo que me ha ocurrido? Me encuentro peor que cuando me acosté. Gloriosa Madre de Dios, suplicadle a vuestro querido Hijo que guarde mi alma y que proteja mi cuerpo de cualquier tormento y del poder del Enemigo».

A continuación se levanta y busca al que le había hecho aquello, pensando poder encontrarlo; corre a la puerta de la habitación, pero está cerrada; busca por todas partes en vano: entonces se da cuenta de que ha sido engañada por el Enemigo; se lamenta e invoca con gran dulzura a Nuestro Señor, rogándole que no permita su deshonor. Pasó la noche y llegó el día. Tan pronto como amaneció, el diablo se llevó a la mujer que le había ayudado a hacer esto, que para eso la había hecho ir. Cuando su hermana y los muchachos se marcharon, la hermana salió muy triste de la habitación, llamó a un servidor y le dijo que hiciera venir a dos mujeres, con las que se puso en camino en cuanto llegaron, fue a su confesor, que al verla le dice:

—Te encuentras en una situación grave, pues te veo muy preocupada.

—Señor, me ha ocurrido algo que nunca le ha sucedido a ninguna mujer más que a mí, y vengo a vos para que me deis consejo, pues me habéis dicho muchas veces que nadie puede cometer un pecado, por grande que sea, que si se confiesa arrepentido y si cumple la penitencia que le impone el confesor, no le sea perdonado. Señor —continúa—, he pecado y he sido sorprendida por el Enemigo.

A continuación le cuenta cómo había ido su hermana a la casa y cómo se enfadó con ella, fue golpeada por los muchachos y cómo se

encerró afligida en la habitación, atrancando la puerta tras ella; y que por la tristeza y la aflicción se olvidó de hacer la señal de la cruz, «y no me acordé de ninguna de vuestras enseñanzas; cuando me desperté, me encontré deshonorada y desvirgada, aunque la puerta de mi habitación seguía tan bien cerrada como yo la había dejado, y no encontré a nadie por allí, de modo que no sé quién me lo hizo. Señor, así he sido engañada y os pido misericordia; mi cuerpo está atormentado, pero rogad que mi alma no se pierda».

—Estás llena de diablos —le contesta, tras escucharla con atención—, y los diablos viven en ti. ¿Cómo puedo confesarte y ponerte penitencia por lo que me dices? No ha habido mujer que pierda su honra sin saber quién se lo ha hecho, o al menos, sin ver al hombre que se lo hacía. ¿Pretendes hacerme creer que te ha ocurrido eso?

—Que Dios me guarde de tormento, como que es verdad cuanto os he dicho.

—Si es tal como dices, lo podrás comprobar por ti misma. Has cometido un grave pecado al desobedecerme; por eso, te voy a poner como penitencia que el resto de tu vida no comas los viernes más que una sola vez; y por lo que dices de la lujuria (en lo que no te creo en absoluto), también te pondré una penitencia para toda tu vida, pues así tengo que hacerlo, si es que quieres aceptarla.

—Señor, no me mandaréis nada que yo no me esfuerce en hacerlo todo lo posible.

—Que Dios te lo permita. Dices que vienes en busca del consejo de la Santa Iglesia y por la misericordia de Jesucristo, que nos rescató pagando un rescate tan alto como fue su preciosa sangre y su propia muerte es confesión auténtica, arrepentimiento sencillo, con la decisión firme del corazón y del cuerpo.

—Tal como lo habéis dicho, lo haré con mucho gusto, si Dios quiere.

—Pienso que, si es cierto lo que me has contado, no tendrás que preocuparte.

—Así me guarde Dios de muerte vil y de castigos, como que es todo

verdad.

—Me has prometido cumplir la penitencia, mantener tu arrepentimiento y abandonar el pecado.

—Así es, señor.

—Entonces, abandonarás toda lujuria: te la prohíbo completamente, salvo la que sobreviene entre sueños, que nadie puede evitarla. Tú verás si podrás hacerlo.

—Sí, muy bien; si me aseguráis que no me condenaré, no volveré a ocurrirme.

—Te defenderé ante Dios, según los mandamientos que nos hizo al colocarnos en la tierra.

La joven acepta la penitencia que le pone el santo hombre y llora con profundo arrepentimiento. El confesor le hace la señal de la cruz y la bendice, volviéndola al buen camino lo mejor que puede por amor a Jesucristo; mientras, piensa cómo puede ser verdad lo que la muchacha le ha contado, hasta que concluye que ha sido engañada por el diablo: la llama y la lleva a donde está el agua bendita, y le hace que beba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y luego se la echa por encima, diciéndole:

—No te olvides de mis mandamientos; siempre que me necesites, ven a verme.

A continuación, la santigua y la encomienda a Dios. La joven toma el camino y regresa a su casa; llevó una vida muy santa y de gran sencillez.

Cuando el diablo vio que se había quedado sin ella y que no podía enterarse de lo que hacía, como si no hubiera existido nunca, se encolerizó porque la había perdido. Y así quedaron las cosas hasta que la semilla que llevaba dentro no pudo ocultarse durante más tiempo, y engordó tanto que las demás mujeres se dieron cuenta: la miraban por los lados y le preguntaban si estaba encinta y quién era el que la había embarazado.

—Así me libere Dios —contestaba— de esta carga con alegría, que

no lo sé de forma cierta.

—¿Os lo han hecho tantos hombres que no sabéis quién fue?

—Que Dios no me permita que dé a luz nunca si a sabiendas hice algo para encontrarme en esta situación.

—Buena amiga —le dicen santiguándose al oírla—, eso no puede ser, y nunca le ocurrió tal cosa a nadie. Quizá queréis al que os lo hizo más que a vos misma, y lo queréis encubrir; será una gran desgracia para vos, pues en cuanto lo sepan los jueces, tendréis que morir.

Al oír que moriría, sintió un gran temor y les contestó al punto:

—Que Dios salve mi alma: no vi nunca, ni conocí, al que me lo hizo.

Las demás mujeres se marchan, dejándola por loca y diciéndole:

—En mala hora se hizo vuestra bella casa y su tierra, y su hermosa construcción: todo está perdido.

Al oír estas palabras, sintió un gran miedo y acudió a su confesor, al que le contó lo que las mujeres le habían dicho. El santo hombre la vio embarazada de un niño vivo y se quedó sorprendido:

—Buena hermana —le dijo—, ¿habéis cumplido en todo momento la penitencia que os puse?

—Sí, señor; en nada falté.

—¿Y solo os ocurrió eso una vez?

La joven le responde que así era. El confesor estaba admirado y pone por escrito la hora y la noche en que ocurrió todo, tal como ella le había contado, diciéndole que esté tranquila, «y cuando nazca el heredero que lleváis, sabré si me habéis mentido. Creo en Dios que si es como me habéis dicho, no tendréis que preocuparos por la muerte; pero deberíais tener pavor, porque cuando lo sepan los jueces, os prenderán para quedarse con vuestros grandes edificios y vuestra buena tierra, diciendo que harán justicia con vos. Si os prenden, hacédmelo saber y acudiré a consolaros y a ayudaros,

si puedo, y también lo hará Dios, que estará a vuestro lado, si sois tal como decís. Volveos a vuestra casa y estad tranquila; llevad una vida santa, pues la vida santa ayuda a tener un buen final».

De este modo regresa a su casa aquella noche, comportándose con gran sencillez hasta que los jueces llegaron a su tierra: al enterarse del asunto, enviaron a buscarla, la prendieron y se la llevaron. Al ser arrestada, avisó al santo hombre que le había aconsejado; este acudió tan deprisa como pudo en cuanto se enteró; apenas había llegado, lo llamaron, pues la doncella ya estaba ante los jueces. Les explica lo que le había dicho la muchacha, que pensaba no haber yacido con ningún hombre.

—¿Creéis —le preguntan los jueces— que es posible que una mujer se quede embarazada o conciba un hijo sin haberse acostado con un hombre?

—No os voy a decir todo lo que sé —les contesta el santo hombre—, pero si me creyerais no haríais justicia con ella mientras esté embarazada, pues no es justo ni razonable, ya que el hijo no ha merecido la muerte porque no ha cometido ningún pecado, y no tiene nada que ver con los pecados de su madre.

—Haremos lo que nos aconsejéis.

—Si queréis seguir mi consejo, metedla y guardadla en una torre, en la que no podrá cometer locuras; que haya con ella dos mujeres, para que la ayuden a dar a luz cuando llegue el momento, y tampoco podrán salir. De esa forma las encerraréis hasta que tenga el hijo y hasta que este pueda comer por sí mismo y pueda pedir sus bienes. Si pensáis de otro modo, haced lo que os parezca; ese es mi consejo: si deseáis hacerlo de forma distinta, yo no puedo evitarlo ni impedirloslo.

—Nos parece —le contestaron los jueces— que tenéis razón en lo que habéis dicho.

Lo hicieron todo tal como les había recomendado el santo hombre; la encerraron en una casa muy fuerte de piedra, ordenaron que tapiaran todas las puertas y le dieron como compañía a dos mujeres, las más sabias de cuantas encontraron de este oficio. En la

parte de arriba dejaron una ventana, por la que podrían meter todo lo que necesitaran.

Cuando el santo confesor lo vio, le habló a la joven por la ventana, y le dijo:

—Apenas nazca tu hijo, hazlo bautizar en cuanto puedas; si te sacan para juzgarte, envía por mí.

De esta forma se quedó durante algún tiempo en la torre; los jueces le hacían llegar todo lo que necesitaba y se lo llevaban; permaneció allí hasta que tuvo el hijo, tal como Dios quiso. Al nacer, el niño adquirió —y así tenía que ser— el poder, los conocimientos y el ingenio de un diablo, pues de tal había sido concebido; pero todo fue en vano, pues Nuestro Señor había rescatado con su muerte a todo el que se arrepintiera verdaderamente, y el diablo había hecho caer a la muchacha mediante engaño, con astucia, mientras dormía; esta se dio cuenta de inmediato y pidió misericordia y luego se entregó a la merced y a los mandamientos de Nuestro Señor Dios y de la Santa Iglesia. Por todo ello, Dios no quiso que el diablo perdiera su esfuerzo, al contrario, quiso que el niño tuviera todo lo que le correspondía: le toleró que tuviera el arte de saber las cosas hechas, dichas y ocurridas; Nuestro Señor, que todo lo conoce y sabe, no quiso que le perjudicara el pecado de su madre, pues se había arrepentido y había reconocido sus pecados, los había lavado con la confesión y estaba afligida en su corazón; además, Nuestro Señor sabía que lo ocurrido no había sido porque ella así lo deseara, y no era esa su voluntad; por otra parte, la virtud del bautismo, que recibió en la fuente, también evitó cualquier daño del hijo: le permitió que conociera y supiera las cosas que iban a ocurrir. Por este motivo sabía los hechos, los dichos y todo lo que ha ocurrido, pues obtuvo tal poder del Enemigo; pero además, Nuestro Señor quiso que supiera las cosas que van a ocurrir, frente a todo lo que sabía por la otra parte: así podrá inclinarse hacia donde prefiera; si quiere, podrá devolverle al diablo su tributo o a Nuestro Señor, lo suyo.

De este modo nació; cuando las mujeres lo recibieron, sintieron un gran miedo, pues era más peludo y tenía más vello que ningún niño de los que habían visto; se lo mostraron a su madre, que al verlo se santiguó, diciendo:

—Este niño me da mucho miedo.

—Nosotras tenemos tanto miedo —responden las otras mujeres—, que apenas podemos sujetarlo.

—Llevadlo abajo —les dice— y ordenad que sea bautizado.

—¿Cómo queréis que se llame?

—Igual que mi padre.

Entonces, lo metieron en un cesto y lo bajaron con una cuerda. Ordenan que sea bautizado y que le pongan el nombre de su abuelo materno, que se llamaba Merlín. Así lo hicieron y por su abuelo se llamó Merlín. Luego, se lo volvieron a entregar a la madre para que lo criara, pues ninguna otra mujer se atrevería a criarlo ni a amamantarlo. La madre lo hizo hasta que tuvo nueve meses. Las mujeres que estaban con ella le repetían continuamente que estaban admiradas por lo peludo que era el niño, y porque a pesar de que solo tenía nueve meses parecía que tuviera dos años o más. Cuando el niño alcanzó los dieciocho meses, las dos mujeres le dijeron a la madre:

—Señora, tenemos que salir de aquí, pues parece que ya hemos estado bastante.

—Tan pronto como os vayáis vosotras, me ajusticiarán.

—No podemos hacer otra cosa, porque no nos vamos a quedar aquí para siempre.

Ella se echa a llorar y les pide piedad por Dios, que se queden durante algún tiempo más; las dos mujeres se retiran a una ventana, mientras que la madre sujeta a su hijo en brazos y, sentada, llora amargamente, diciendo:

—Dulce hijo, por vos recibiré la muerte, sin haberla merecido, pues nadie conoce la verdad y no soy creída.

Así le hablaba la madre al hijo y le decía que en mala hora le había permitido Dios que naciera; mientras lloraba y se lamentaba a Nuestro Señor, el niño la miraba y sonreía, hasta que empezó a

decir:

—No morirás por nada que haya ocurrido por mí.

Cuando la madre lo oyó, le falló el corazón, se quedó espantada, se le cayeron los brazos y el niño fue a parar al suelo, gritando. Las mujeres, que estaban asomadas a la ventana, acudieron rápidamente, pensando que quería matarlo; al llegar a su lado le preguntaron:

—¿Por qué se os ha caído vuestro hijo? Pensamos que habéis querido matarlo.

—En ningún momento he pensado tal cosa; se me cayó porque me ha dicho algo extraordinario: me fallaron el corazón y los brazos, y por eso se me cayó.

—¿Qué os ha dicho?

—Que no recibiré la muerte por él.

—Aún dirá algo más —le responden espantadas.

Lo toman en brazos y empiezan a hablarle, esperando que dijera algo, pero el niño no hizo el menor gesto, ni dijo una sola palabra, hasta que al cabo de un rato les dijo la madre a las dos mujeres:

—Amenazadme diciéndome que seré quemada por haber tenido un hijo; yo lo tendré en brazos y oiréis si quiere hablar.

Entonces lo coge la madre, deseosa de que hablara ante las mujeres, y empezó a llorar y a gritar.

—Será gran lástima —le decían las dos mujeres— que vuestro hermoso cuerpo sea quemado por esta criatura. Habría sido mucho mejor que no hubiera nacido.

—Mentís —les contesta el niño—, y eso lo decís porque mi madre os ha dicho que lo hagáis.

Al oírlo hablar, se quedaron sorprendidas y exclamaron:

—Este no es niño, sino diablo, que sabe lo que hemos hablado.

Entonces se pusieron a preguntarle cosas y a hablarle, pero el niño solo les contestó:

—Dejad en paz a mi madre, pues estáis locas y sois más pecadoras que ella.

Al oír tales palabras, se sorprendieron más aún, y dijeron que tal maravilla no podía permanecer oculta, «les diremos a las gentes de ahí abajo que habla». Fueron a la ventana y llamaron a las gentes, contándoles lo que habían oído. Entonces les contestaron que ya era hora de hacer justicia con la mujer: mandaron escribir cartas y las enviaron por todas partes en busca de los jueces, para que estuvieran allí en el plazo de cuarenta días. Después de mandar las cartas, cuando la madre supo el día de su martirio, tuvo miedo y avisó al santo hombre que la confesaba. Pasaron los días, hasta que solo faltaba una semana para que cumpliera el plazo en que debía ser quemada. El niño bajó de la torre y vio a su madre, que estaba llorando; se echó a reír y a mostrar una gran alegría.

—Poco piensas en que tu madre —le dijeron las dos mujeres— llora porque en esta semana será quemada por ti: maldita sea la hora en que naciste, si Dios no la quiso, pues tendrá que soportar el martirio por vos.

—Dulce madre —contestó el niño—, mienten, pues no habrá nadie que se atreva a acercarse a vos mientras yo viva y nadie se atreverá a condenaros a muerte, más que Dios.

Cuando lo oyeron la madre y las mujeres, se pusieron muy contentas, y dijeron: «Este niño, que es capaz de decir tales cosas, será muy sabio».

De este modo transcurrieron los días hasta que llegó el término fijado. Sacaron a las mujeres de la torre, y la mujer salió con su hijo en brazos. Los jueces hablaron a solas con las dos mujeres y les preguntaron si era cierto que el niño hablaba así. Ellas les cuentan todo lo que le habían oído decir, y los jueces quedan profundamente sorprendidos y deciden enterarse de lo que oculta su madre: vuelven a ella para preguntarle todo. Pero mientras tanto

llegó el confesor de la joven.

Uno de los jueces ya le había dicho a la madre de Merlín:

—Preparaos, pues vais a tener que sufrir el tormento.

—Señor —le contesta—, si no os desagrada, me gustaría hablar a solas con el santo hombre.

Le dieron permiso para que lo hiciera, y los dos entraron en una habitación, mientras que el niño quedó fuera, hablando con mucha gente. La madre está con el confesor y habla con él piadosamente, entre sollozos.

—¿Es verdad —le pregunta el santo hombre— que tu hijo habla tal como se dice?

—Sí, señor.

A continuación le cuenta todo lo que le había oído decir y el confesor, tras escucharla con atención, le contesta que todo ello es signo de que ocurrirá algún hecho extraordinario. Luego, salieron y fueron a donde estaban los jueces. La doncella llevaba puesta solo la camisa, e iba cubierta con un manto; se encuentra a su hijo fuera de la habitación, lo toma en brazos y se presenta a los jueces, que al verla le preguntaron:

—¿Quién es el padre de este niño? No nos lo ocultéis.

—Ya sé —les responde— que puedo ser condenada a muerte; pero que Dios no tenga compasión, ni piedad de mi alma si vi o conocí a su padre, o si alguna vez me entregué a un hombre como para concebir de él un hijo.

—No creemos que eso pueda ser verdad; les preguntaremos a otras mujeres si puede ocurrir lo que nos das a entender, pues nunca se oyó semejante maravilla.

Los jueces se retiran y llaman a varias mujeres, de las muchas que estaban presentes; uno de ellos toma la palabra para preguntar:

—Damas que aquí estáis, ¿os ha ocurrido alguna vez, a vosotras o a

cualquier otra mujer de la que hayáis oído hablar, el concebir y tener un hijo sin haber estado con hombre?

—Ninguna mujer puede tener hijos, ni quedar encinta sin ayuntamiento carnal con hombre.

Tras oír estas palabras, los jueces volvieron con la madre de Merlín, a la que le contaron lo que les habían dicho las otras mujeres, y le comunicaron que debían hacer justicia, pues no les parecía razonable ni justo lo que ella les había dado a entender.

En esto, se adelanta Merlín y les dice que no la quemarán tan pronto, «pues si se ajusticiara a todos aquellos y a todas aquellas que han estado con otro que no sea su señor o su mujer, habría que quemar a dos terceras partes de los aquí presentes, cuyas obras conozco tan bien como ellos mismos: si hablara, lo reconocerían y lo confesarían todos aquí. Sabed que mi madre no tiene culpa en lo que la acusáis, y los pecados que ha cometido los ha aceptado sobre sí mismo este santo hombre; si no me creéis, preguntádselo a él».

—¿Es cierto —le preguntaron al confesor— que esta mujer os dijo que lo había concebido de esa forma?

Les contestó que en modo alguno había faltado a las leyes, «y ella misma me contó cómo fue engañada, pues quedó embarazada mientras dormía, que no hubo otro delito; me dijo que no sabía quién lo concibió con ella; se confesó y se arrepintió y ha obrado de forma que nada merece castigo ni de Dios, ni de este mundo, en justicia».

—Vos escribisteis —le dice el niño al confesor— la hora y la noche en que fui engendrado; sabéis cuándo nací y en qué hora: así podréis probar gran parte de lo que dice mi madre.

—No sé cómo sabes eso —le responde el santo hombre—, pues sabes más que todos nosotros.

A continuación llamaron a las dos mujeres que contaron ante los jueces los términos del engendramiento, del embarazo y del parto; gracias al escrito del confesor comprobaron que todo era tal como Merlín les había dicho.

—De todas formas —contesta uno de los jueces—, no por eso quedará libre, a no ser que diga quién es el padre, de forma que nos lo podamos creer.

—Conozco mejor a mi padre —responde encolerizado el niño— que vos al vuestro, y vuestra madre sabe quién os engendró mejor que la mía, que ignora quién fue.

—Si eres capaz de decir algo sobre mi madre —contesta el juez airado—, consideraré cierto lo que has dicho de la tuya.

—Sería capaz de decir tantas cosas que, si hicieras justicia, tu madre merecería más la muerte que la mía. Si te lo hago saber, dejarás a la mía en paz, pues no es culpable de lo que se la acusa, y es verdad todo lo que ha dicho con respecto a mi engendramiento.

—Habéis salvado de la hoguera a vuestra madre —le replica el juez lleno de cólera—, pero tened por seguro que si no sois capaz de decir algo creíble de la mía, no dejaré en paz a vuestra madre y os quemaré con ella.

Fijan la fecha para quince días más tarde, y el juez envía a buscar a su madre, a la vez que hizo guardar muy bien al niño y a su madre: él mismo pasó largos ratos con los guardianes y habló a menudo con el niño sobre su madre, pero no pudieron sacarle una sola palabra en todo ese tiempo.

Cuando llegó la madre del juez, los sacaron de la prisión y los llevaron ante el pueblo.

—He aquí a mi madre —le dijo el juez al niño—; de ella me tienes que hablar.

—No sois, ni mucho menos, tan sabio como pretendéis. Llevad a vuestra madre a una casa más en privado, convocad a vuestro consejo y yo convocaré a los consejeros de mi madre, que son Dios Todopoderoso y el confesor.

Se quedaron tan sorprendidos todos los presentes que casi no pudieron responder, pero el juez reconoció que había hablado como hombre prudente.

—Si libero —les pregunta el niño a todos— a mi madre de este, ¿tendrá que preocuparse de los demás jueces?

—Si sale libre de este —le contestan todos—, nadie volverá a acusarla de ese asunto.

Entonces se retiraron a una habitación; el juez iba con su madre y con dos hombres que eran amigos íntimos suyos; el niño llevaba al confesor de su madre. Cuando ya estuvieron todos reunidos, tomó la palabra el juez:

—Di ahora lo que querías decir de mi madre para que la tuya quedara libre.

—No quiero decir nada contra tu madre para salvar a la mía, pues no deseo librarla de forma injusta: solo quiero dejar a salvo la rectitud de Nuestro Señor Dios y la de mi madre. Tened por seguro que no ha merecido en ningún momento el suplicio que le queréis dar; si escucháis mi consejo, dejaréis en libertad a mi madre y no le preguntaréis nada a la vuestra.

—No me escaparéis así, sino que tendréis que decir más.

—Me habéis dado todo tipo de garantías —contesta el niño— para mí y para mi madre si la defiende bien.

—Es cierto, y nos hemos reunido aquí para oír lo que ibas a decir de mi madre.

—Queréis quemarnos a mi madre y a mí porque no quiere o no sabe decirnos quién es mi padre. Si yo quisiera, lo sabría mejor que tú sabes quién fue tu padre.

—Buena madre —le pregunta el juez a su madre—, ¿no soy hijo de vuestro leal esposo?

—Por Dios —contesta la madre—, buen hijo, ¿de quién podríais ser, sino de mi señor, que está muerto?

—Señora, señora —le interrumpe el niño—, tendréis que decir la verdad: si vuestro hijo nos deja libres a mi madre y a mí, me parecerá bien.

—A mí no —contesta el juez.

—Os ganaréis —le dice el niño al juez— que vuestra madre atestigüe que vuestro padre vive todavía.

Cuando los presentes oyeron estas palabras, se quedaron sorprendidos; el niño, a continuación, le pregunta a la madre del juez:

—Es necesario que le digáis a vuestro hijo quién es su padre.

—¡Diablo, Satanás! —exclama la mujer santiguándose—, nunca lo he dicho.

—Bien sabéis que no es hijo de quien cree.

La dama se asusta y le pregunta que de quién, entonces.

—Ciertamente, estáis segura de que es hijo de vuestro sacerdote; recordad que la primera vez que estuvisteis con él, le dijisteis que temíais quedaros embarazada. Él os contestó que no os preñaríais de él y que pondría por escrito todas las veces que se acostara con vos, pues él también temía que os acostarais con otro hombre y porque vuestro señor se llevaba mal con vos por entonces. Poco después de que fuera engendrado, le dijisteis que estabais embarazada de él. Decid si todo ocurrió como he dicho o no; si no lo reconocéis, os daré más señas.

El juez, encolerizado, le preguntó a su madre si era verdad todo aquello. La madre, espantada, le contesta de inmediato:

—Buen hijo, ¿vas a creer a este demonio?

—Si no lo reconocéis —le advierte el niño—, os diré otra cosa que sabéis que es cierta.

La dama guarda silencio, y el niño dice:

—Sé lo que se hizo después: cuando os sentisteis embarazada, procurasteis que el sacerdote consiguiera devolveros la paz con vuestro marido, para encubrir el embarazo. Lo logró de forma que os hizo acostaros y le disteis a entender a vuestro marido que el

niño era suyo; así lo pensaron otras muchas gentes, e incluso vuestro propio hijo, aquí presente. Desde entonces hasta ahora habéis llevado la misma vida, y aún seguís llevándola; la misma noche que os pusisteis en marcha para venir aquí, se acostó con vos, y por la mañana os acompañó un buen trozo. Cuando se despidió os dijo en secreto y riendo: «Haced y decid lo que mi hijo quiera», pues sabía, por las cuentas que llevaba por escrito, que era hijo suyo.

Cuando la dama oye estas palabras, sabiendo que era verdad todo lo que había dicho el niño, se sienta, derrotada, dispuesta a confesar la verdad. Su hijo la mira y le dice:

—Querida madre, quienquiera que sea mi padre, yo soy vuestro hijo, y como hijo os trataré. Decidme si es verdad, o no, lo que acabamos de oír.

—Por Dios, buen hijo, tened compasión de mí; ciertamente no puedo ocultarlo todo, y tal como lo ha dicho, ocurrió.

—Tenía razón este niño —dice el juez al oír a su madre— cuando decía que sabía quién era mi padre mejor que yo; y no es justo que condene a su madre, cuando no lo hago con la mía. Pero por tu honor, y para que te pueda exculpar ante el pueblo a ti y a tu madre, dime quién es tu padre, si no te molesta.

—Te lo diré más por afecto que por la fuerza. Quiero que sepas y creas que soy hijo de un demonio que engañó a mi madre. Debes saber que ese tipo de demonios se llaman «enquibedes» y viven en el aire. Dios ha permitido que yo tenga sus conocimientos y su memoria, por eso sé las cosas que se han hecho y que han ocurrido; por eso conozco los hechos de tu madre. Nuestro Señor, que permitió y quiso que supiera todo eso, por la virtud de mi madre y por su santo y auténtico arrepentimiento, por la penitencia que le puso este santo hombre y por la Santa Iglesia, en la que ha creído en todo momento, Nuestro Señor me ha concedido el saber las cosas que van a ocurrir, como podréis comprobar por lo que os voy a decir.

A continuación se retira con el juez y le dice en secreto:

—Tu madre se irá y le contará al que te engendró lo que he dicho.

Cuando se entere de que tú lo sabes, sentirá tal miedo que su corazón no lo podrá soportar y huirá por miedo a ti. El diablo, para quien ha trabajado siempre, lo llevará a un río, donde se ahogará él solo. Así podrás comprobar que también sé las cosas que han de ocurrir.

—Si sucede así, nunca buscaré tu daño.

De este modo terminan su reunión y regresan ante el pueblo; el juez toma la palabra y dice a todos que el niño ha defendido bien a su madre, evitando, con buenas razones, que fuera quemada, «y sepan todos cuantos lo vean que, a mi entender, no hallarán nunca a un hombre tan sabio». Le contestan todos que Dios sea alabado.

Así fue salvada la madre de Merlín, y acusada la del juez. Merlín se quedó con los jueces, mientras que con la madre del juez fueron dos hombres, a saber si era cierto lo que el niño le había dicho. Tan pronto como llegó a su casa, habló con el sacerdote y le contó las maravillas que había oído. El cura sintió un gran pánico y fue incapaz de decir una palabra. Pensó en su corazón que el juez, apenas llegara, lo mataría; salió de la ciudad pensativo, llegó a un río y se dijo que mejor le sería ahogarse, a que el juez le hiciera morir con una muerte vil. El diablo lo llevó de tal forma que le hizo caer en el agua y ahogarse. Esto lo vieron los que habían ido acompañando a la dama. Por eso, esta historia prohíbe huir de la gente, porque el diablo prefiere la compañía de una sola persona a la de la multitud.

Regresaron al lado del juez los testigos de aquel hecho sorprendente y se lo contaron todo, tal como había ocurrido, y que al tercer día de estar allí se había ahogado. Cuando el juez lo oyó, se quedó sorprendido, fue a ver a Merlín y se lo contó; este, al oírlo, se rio y le dijo:

—Ahora puedes saber si lo que te dije era cierto; te ruego que se lo cuentes a Blaise.

Blaise era como se llamaba el santo hombre que confesaba a su madre. El juez así lo hizo, contándole todo lo ocurrido al sacerdote.

Merlín, su madre y Blaise se marcharon; los jueces regresaron a sus

lugares.

Blaise era un clérigo muy bueno y de gran preparación. Cuando oyó hablar de aquel modo a Merlín, que era tan pequeño que no había cumplido aún los dos años y medio, se preguntó admirado que de dónde podía proceder su gran sabiduría. Se esforzó en probar al niño en muchas cuestiones, hasta que este le dijo:

—Blaise, no me pruebes más; cuanto más lo hagas, más te sorprenderás. Haz lo que te voy a pedir y cree gran parte de lo que te diré: te enseñaré sin grandes dificultades cómo obtener el amor de Jesucristo y alegría eterna.

—Te he oído decirlo, y estoy seguro de ello, que has sido concebido por el diablo; temo mucho que me engañes.

—Es costumbre de todos los corazones malvados que notan antes el mal que el bien. Del mismo modo que oíste decir que había sido concebido por el diablo, así me oíste decir que Nuestro Señor me había dado sabiduría y memoria para conocer las cosas que estaban por venir. Si fueras sabio, deberías imaginarte y saber a qué me atenderé. Cuando Nuestro Señor quiso que conociera todas las cosas, los diablos se quedaron sin mí, pero yo no perdí ni su ingenio, ni sus artes; al contrario, conservo lo que tenía que conservar de ellos, aunque no es por su mérito, como tampoco fueron muy astutos al concebirme, pues me metieron en un cofre que no debía ser suyo: la santa vida de mi madre les perjudicó mucho; si me hubieran puesto y concebido en mi abuela, no habría tenido ocasión de saber quién es Dios, pues era de muy mala vida; por su culpa recibió mi madre los tormentos que padeció de su padre y los demás daños que has oído contar. Cree lo que te voy a decir de la fe, de la creencia, pues te voy a explicar algo que nadie sino Dios podría decirte. Haz un libro de tal forma que muchos que lo sepan mejorarán su vida y se guardarán de pecar. Da limosna y esfuérzate en obrar bien.

—Seguiré tu consejo —le contesta Blaise— y con mucho gusto haré el libro en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, de la misma forma que creo y sé que son los tres una misma cosa en Dios, y en la bienaventurada dama que llevó al hijo de Dios y en nombre de todos los santos apóstoles, de todos los ángeles y arcángeles, de todos los santos y todas las santas, de todos los prelados de la Santa

Iglesia, de todos los hombres buenos y buenas mujeres, y de todas las criaturas que aman a Dios y que lo aprecian, para que tú no me puedas engañar, ni hacerme caer, ni provocar en nada que le pueda desagradar a Nuestro Señor.

—Todas esas criaturas —le contesta Merlín— que has nombrado, me dañarán ante Dios si hago que realices algo contra la voluntad de Jesucristo, mi Salvador.

—Dime —le responde Blaise— qué quieres, pues a partir de ahora haré lo que me ordenes, si es bueno.

—Pide tinta y pergamino inmediatamente, y te diré muchas cosas que piensas que nadie podría decirte.

Blaise pide todo lo que era necesario y después que lo tuvo reunido, Merlín empezó a contarle los hechos de Jesucristo, de José de Arimatea, tal como habían ocurrido y cómo había sido el asunto de Nascién y sus compañeros. Cómo murió José y le quitaron su vaso. Después le contó cómo habían tenido el parlamento los diablos porque habían perdido el poder que tenían sobre los hombres; le cuenta cómo les habían causado gran daño los profetas y que por eso decidieron hacer un hombre: «Dijeron que me crearían y así lo oíste y supiste porque te lo dijo mi madre y por otros conociste el sufrimiento y el engaño. Después, la locura que tienen ha hecho que me pierdan y que pierdan otros bienes».

De esta forma, Merlín le contó todo e hizo que Blaise lo pusiera por escrito. Este estaba admirado por las cosas que le decía, y a pesar de todo le parecía que eran ciertas, buenas y hermosas y que tendría mucho que hacer; hasta que un día le dijo Merlín a Blaise:

—Tendrás que sufrir grandes penalidades por todo esto y yo sufriré más que tú.

Blaise le pregunta que cómo será.

—Me enviarán a buscar por la parte de occidente. Los que vendrán en mi busca le habrán prometido a su señor que le llevarán sangre mía y que me darán la muerte. Cuando me vean y me oigan hablar se les irán tales deseos; entonces iré con ellos, mientras que tú irás

hacia el lugar de donde habrán venido y que es donde tienen el santo vaso del Grial. A partir de entonces será conocido tu esfuerzo y leído tu libro, que escucharán con gusto por todas partes, aunque no tendrá la importancia de la Biblia, porque no puedes ser uno de los apóstoles, ya que no pusieron por escrito nada referido a Nuestro Señor que no hubieran visto y oído; tú, sin embargo, no pones nada que hayas visto u oído, sino lo que yo te digo. Y del mismo modo que yo seré oscuro en todo salvo en aquello en lo que quiera ser más claro, así tu libro quedará oculto y después nadie te ayudará en nada y tendrás que llevártelo contigo cuando yo me vaya con los que vendrán en mi busca. Irás hacia occidente y el libro de José se unirá al tuyo. Cuando hayas concluido tu esfuerzo y estés como debes estar en la compañía del Grial, entonces, tu libro será unido al libro de José y quedará de manifiesto mi esfuerzo y el tuyo, y Dios tendrá compasión, si quiere. Y cuantos lo oigan rogarán por nosotros a Nuestro Señor. Cuando los dos libros estén juntos, formarán un hermoso volumen y los dos serán una misma cosa, en todo menos que yo no puedo contar las palabras que tuvieron a solas Jesucristo y José: Inglaterra no había tenido hasta entonces ley cristiana; y los reyes que habían sido hasta entonces yo no los nombraré, más de lo que hace la historia antes.

En esta parte cuenta la historia que hubo un rey en Inglaterra llamado Constance; reinó durante mucho tiempo y tenía varios hijos, uno de los cuales se llamaba Maines, otro Pandragón y el tercero, Úter. Constance tenía un vasallo en su tierra, llamado Vertiger, que era hombre muy prudente en todo lo que al mundo corresponde, muy laborioso y buen caballero. Cuando Constance ya estaba muy viejo, que pasó de la vida a la muerte, las gentes del país se preguntaban a quién harían señor y rey. La mayor parte estaba de acuerdo en nombrar rey al hijo de su señor, que era joven, pues no era justo nombrar a ningún otro dejándolo a él. El mismo Vertiger estaba de acuerdo y hablaron tanto del asunto que finalmente hicieron rey a Maines. Este emprendió una guerra y Vertiger fue su senescal: los sajones combatieron contra el rey Maines y los partidarios de la ley de Roma combatieron en varias ocasiones contra los cristianos. Vertiger, que era el senescal de aquella tierra, hacía en todo lo que quería, mientras que el niño que era rey y su hermano, que no sabía nada, no eran ni tan prudentes ni tan valerosos como habría sido menester.

Vertiger había sacado grandes riquezas de la tierra para quedárselas y se había ganado el corazón de las gentes, de tal forma que lo tenían por valiente y sabio; y le creció el orgullo. Como veía que nadie podía hacer lo que él hacía, dijo que no se ocuparía más de la tierra del rey y que se volvería. Los sajones al ver que se iba a marchar, se reunieron y atacaron a los cristianos con un gran ejército. El rey acudió a Vertiger, diciéndole:

—Buen amigo, ayúdame a defender la tierra, pues yo y todos los demás estamos a vuestra disposición.

—Señor, que os ayuden los otros; ahora no puedo ir con vos, porque en vuestro servicio hay gente que me odia. Quiero que combatan, pues yo no pienso ocuparme de ello.

Cuando el rey Maines y los que estaban con él oyeron estas palabras y vieron que no podían llevarlo a su lado, se marcharon y fueron a combatir contra los sajones. Estos los atacaron, los vencieron y derrotaron. Después de ser vencidos, volvieron diciendo que había sido mucho lo que habían perdido y que no les habría ocurrido tal cosa si Vertiger hubiera estado con ellos. De esta forma se quedó el niño, sin saber cómo defender su tierra, según debería, y la mayor parte lo odiaron y decidieron no soportarlo por más tiempo.

Acudieron a Vertiger y le dijeron:

—Señor, estamos sin rey y sin señor, pues el que tenemos de nada vale. Por Dios, sé rey, gobiéranos y protégenos; no hay nadie en esta tierra que pueda serlo tan bien como vos y que lo merezca tanto.

—No puedo serlo, ni debo mientras viva mi señor.

Le responden que desearían que muriera.

—Si muere —les contesta Vertiger— y vos y los demás queréis que yo sea rey, lo seré con mucho gusto; pero mientras viva, no puedo ni debo serlo.

Oyeron las palabras de Vertiger y pensaron lo que deseaban; se despidieron de él y regresaron a sus tierras; al llegar, convocaron a

los amigos y les contaron cómo habían hablado con Vertiger y la respuesta que este les había dado. Al oírlo, les dijeron:

—Lo mejor es que matemos al rey y que Vertiger sea rey a partir del momento en que hayamos dado muerte a Maines. Desde ese momento hará siempre lo que nosotros queramos y así podremos ser señores suyos.

Decidieron matar a Maines; escogieron a doce de entre ellos que fueron a donde estaba el rey, mientras que los demás acudieron a la ciudad por si intentaban causarles algún daño a aquellos doce, poder ayudarlos. Los doce fueron a donde estaba el rey Maines y le atacaron con cuchillos y espadas, dándole la muerte.

Después de matarlo, nadie se atrevió a hablar mucho del asunto. Regresaron a Vertiger y se lo dijeron:

—Ahora serás tú rey, pues hemos matado al rey Maines.

Cuando Vertiger oyó que le habían dado muerte, simuló estar muy enfadado, y les reprochó:

—Mal habéis obrado matando a vuestro señor; os aconsejo que os vayáis, pues si os encuentran los hombres valientes y justos de esta tierra os matarán, y siento que hayáis venido aquí.

Se marcharon todos. Después, se reunieron las gentes de todo el reino y juntos hablaron de nombrar un nuevo rey. Vertiger tenía la voluntad de la mayor parte de la gente y todos estuvieron de acuerdo en que fuera rey. Había allí dos hombres valientes y nobles que guardaban a los otros dos niños, Pandragón y Úter, que eran los hijos de Constance y hermanos del rey Maines. Al oír y saber que Vertiger sería el rey, les dio la corazonada de que había hecho matar al rey Maines; hablaron en secreto los dos protectores de los niños y se dijeron:

—Ya que Vertiger ha hecho morir a nuestro señor, tan pronto como sea rey ordenará que maten a estos dos niños que estamos guardando; quisimos mucho a su padre, pues nos hizo grandes bienes y por él tenemos lo que todavía tenemos. Seríamos demasiado malvados si permitiéramos que se perdieran los dos

niños; sabemos que cuando sea rey ordenará que los maten, pues sabe que el reino debe pertenecerles.

Los dos nobles deciden huir llevándose a los dos niños a una tierra lejana, hacia oriente, pues de allí habían venido sus antepasados y de esta forma los salvarían. Tal como lo pensaron lo hicieron.

Vertiger fue elegido y elevado rey. Cuando lo consagraron, fueron a él los doce que habían dado muerte al rey Maines. Al verlos, Vertiger hizo como si no los conociera, pero ellos fueron a él y le dijeron que por ellos era rey, pues le habían dado muerte a Maines. Cuando Vertiger oyó que habían matado a su señor, ordenó que los prendieran y les dijo:

—Vosotros mismos os habéis juzgado, reconociendo haber dado muerte a vuestro señor, contra el que no teníais ningún derecho para matarlo. Del mismo modo haríais conmigo si pudierais, pero yo sabré guardarme muy bien.

Al oírlo, se quedaron espantados y le dijeron:

—Señor, lo hicimos en vuestro beneficio y porque pensábamos que nos amaríais más de esa forma.

—Os voy a enseñar cómo se debe amar a gente como vosotros.

Ordenó que los prendieran a todos y que los ataran a la cola de doce caballos, que los arrastraran y llevaran de un lado a otro, hasta que les quedaran pocos trozos del cuerpo juntos.

Eran de una gran familia y tenían abundantes parientes que le dijeron a Vertiger:

—Gran afrenta nos has hecho al matar de forma tan vil a nuestros familiares y amigos: no te serviremos con gusto.

Cuando Vertiger oyó que lo amenazaban, sintió gran cólera y les dijo que si continuaban hablando, haría lo mismo con todos ellos. Al oír estas amenazas, lo tuvieron a gran despecho y le contestaron airados que en poco tenían su prohibición:

—Rey Vertiger, nos amenazarás tanto como quieras, pero te

advertimos que mientras tengamos un amigo en la tierra, no te faltará la guerra. A partir de ahora te desafiamos, pues ya no eres nuestro señor y no dominas aquí lealmente, pues lo haces contra Dios y contra la Santa Iglesia. Tened por seguro que morirás con la misma muerte que les has dado a nuestros familiares.

Luego, se van. Cuando Vertiger oyó que lo habían amenazado con la misma muerte sintió una gran cólera, pero no hizo nada por esta vez.

De esta forma empezó la enemistad entre ellos, reunieron gentes y entraron en la tierra del otro. Muchas veces combatió Vertiger contra ellos, hasta que consiguió echarlos de su tierra. Después, se portó de mala forma con su pueblo, de tal modo que no podían soportarlo y se sublevaron contra él. Al ver esto, sintió un gran miedo y temió que lo desterraran. Envió sus mensajeros en busca de los sajones, que cuando se enteraron de que les pedía paz se pusieron muy contentos. Había uno llamado Auguís, que era el más orgulloso de todos. Auguís se puso al servicio de Vertiger durante mucho tiempo, hasta que triunfó en la guerra y entonces habló con él y le dijo que su pueblo lo odiaba mucho. He oído hablar tanto del asunto que no os lo puedo contar todo, pero os puedo asegurar que Auguís habló con él y consiguió que Vertiger se casara con su hija. Y que sepan todos los que oigan esta historia, que fue esta la primera reina. Pero no os debo contar más de Auguís y de sus asuntos, aunque los cristianos sintieron mucho que Vertiger se casara con su hija. Frecuentemente muchos abandonaban su fe porque la mujer no creía en Jesucristo.

Vertiger supo que no era muy querido de sus hombres y se enteró de que los dos hijos de Constance habían sido llevados a tierras lejanas y que regresarían tan pronto como pudieran. Estaba seguro de que si regresaban, sería en detrimento suyo y decidió construir una torre tan grande y tan fuerte que le permitiera no preocuparse por nadie. Convocó a todos sus maestros albañiles y mandó traer cal y mortero para empezar la construcción de la torre. Después de haberla levantado tres o cuatro toisas, volvió a caerse y lo mismo ocurrió otras tres o cuatro veces.

Cuando Vertiger vio que la torre no podía mantenerse, se enfadó mucho y dijo que no volvería a estar contento hasta que supiera por

qué se derrumbaba. Hizo venir de toda su tierra a los hombres más sabios que se podía encontrar y cuando estuvieron todos reunidos les contó tan extraordinario hecho, diciéndoles que nada podía impedir que la torre se cayera, y que por eso les pedía consejo.

Al oírlo, y después de ver la torre derruida en medio del lugar, se quedaron sorprendidos y le contestaron:

—Nadie puede saber a qué se debe —al menos eso nos parece—, si no es un clérigo, pues los clérigos saben muchas cosas gracias a sus estudios, que nosotros no podemos aprender si no es de ellos. Si queréis saberlo, tendréis que preguntárselo a ellos.

—Me parece que tenéis razón.

Entonces, Vertiger mandó llamar a los clérigos más sabios de su tierra y cuando se reunieron todos, les mostró el hecho extraordinario. Al verlo se sorprendieron y se dijeron unos a otros:

—Gran maravilla es la que el rey nos ha contado.

El rey hizo que acudieran los hombres más sabios y retirándose con ellos aparte, les dijo:

—Aconsejadme vosotros o buscad a alguien que lo haga en una cosa que os voy a preguntar para que os esforcéis y yo pueda saber por qué se derrumba. Me han dicho que no lo sabré si no es por vosotros.

Al oír lo que el rey les preguntaba de forma tan grave, le contestaron:

—Señor, no sabemos nada, pero podría ser que aquí haya clérigos que lo averigüen gracias a un arte que se llama astronomía, y algunos de los presentes conocen bien el arte.

—Vosotros que sois clérigos —les respondió el rey— los conocéis bien; hablad con ellos y cuando sepáis quiénes son, decídmelo sin miedo. No habrá cosa que me pidan, que no obtengan de inmediato si consiguen averiguarlo.

Se retiran entonces en un aparte y se preguntan unos a otros si

saben algo de ese arte. Se adelantan dos que dicen que saben lo suficiente como para averiguar tal cosa.

—Hay aquí dos clérigos que saben astronomía.

—Id a buscar a vuestros compañeros —les dicen los otros—, y después venid a hablar con nosotros todos juntos.

Les contestan que así lo harán. Marchan a buscar a los otros dos, de forma que eran siete; de todos ellos no había ninguno que no pensara que era maestro de los demás. Se presentan al rey, que les pregunta si podrán decirle por qué se cae la torre.

—Sí, si es que algún hombre puede saberlo.

El rey les dice entonces que si lo descubren, les dará todo lo que deseen.

De esta forma retuvo el rey a los clérigos; se esforzaron mucho en hallar la respuesta y saber de qué modo podrían mantener la torre. Todos se aplicaron y cuanto más se acercaban, más perdían, pues no encontraron más que una cosa, que no tenía ninguna relación con la torre, a su parecer, por lo que se sorprendían más aún. Por fin, el rey los convocó y les preguntó:

—¿Por qué no me dais noticias de la torre?

—Es difícil lo que nos preguntas y necesitamos un plazo de once días.

—Nos parece bien que tengáis el plazo, pero al cabo de los once días me lo tendréis que decir.

Después, se marcharon los clérigos juntos a deliberar. Se preguntaban unos a otros:

—¿Qué decís de lo que el rey nos ha preguntado?

Ninguno de ellos se atreve a decirle al otro su hallazgo, hasta que uno que sabía más que todos los otros les dijo:

—Decidme en secreto y por separado lo que cada uno de vosotros

habéis averiguado. No diré nada si no es con el permiso de todos los demás.

Le responden que les parece bien. Entonces se van retirando a solas con él, y él les pregunta sus averiguaciones sobre la torre. Le dicen que no saben nada y que no logran ver a qué se debe, pero que encuentran otro hecho maravilloso, pues ven a un niño de siete años que había nacido sin padre terrenal y concebido en mujer y que ese niño lo diría. Tales palabras le dijeron los siete. Después de oír el secreto de todos ellos, les dijo:

—Volved a mí.

Se le acercan y, cuando lo rodeaban todos, les dice:

—Todos me habéis dicho una cosa y me habéis ocultado otra.

—Decidnos lo que os hemos dicho y lo que os hemos ocultado.

—Todos me habéis dicho que no sabéis nada de la torre, y que habéis visto a un niño de siete años que ha sido concebido en mujer. Os voy a decir algo y quiero que me creáis, pues todos habéis visto que ese niño nos hará morir y yo mismo he podido averiguarlo, como cada uno de vosotros. Si me creéis, podremos tomar una decisión, ya que sabemos tanto acerca de nuestras muertes. ¿Sabéis lo que vamos a hacer? Nos pondremos todos de acuerdo en una sola cosa y diremos que la torre no puede resistir y no resistirá, si no pone en el mortero de los cimientos sangre del niño que ha nacido sin padre. Quien pueda obtener esa sangre y ponerla en el mortero de la torre, conseguirá que esta resista y siempre será una construcción buena y fuerte. Que cada cual lo diga de este modo para que el rey no se dé cuenta de lo que hemos averiguado. Y así podremos librarnos de la muerte gracias a la muerte del niño al que hemos visto y que debería hacernos morir. Hagamos que el rey ordene a los que vayan en su búsqueda que lo maten en el lugar mismo donde lo encuentren y que le lleven la sangre.

De esta forma lo deciden. Se presentan al rey y le dicen que no le explicarán nada juntos, sino que lo harán por separado; de esta manera, podría saber quién le dice lo mejor y fingen no saber el uno

nada de lo que sabe el otro. Cada uno le dio su interpretación al rey, que tenía a cinco hombres a su lado. Después de que el rey y sus hombres oyeron estas cosas extraordinarias, se quedaron sorprendidos y se preguntaron cómo podía ser que alguien naciera sin padre. El rey ordenó que se presentaran a él todos los clérigos juntos y les dijo:

—Todos habéis dicho algo y cada cual ha hablado por sí mismo.

—Señor —le contestan—, decídnoslo ahora.

El rey les cuenta palabra por palabra todo lo que le habían dicho y le responden todos:

—Si no es cierto lo que os hemos dicho, haced con nosotros según vuestra voluntad.

—¿Puede ser cierto que alguien nazca sin ser engendrado por su padre?

—Señor, nunca hemos oído tal cosa más que esta vez. Pero os podemos asegurar que así es, y que tiene siete años.

—Haré que os guarden muy bien y enviaré en busca de la sangre del niño.

—Señor —le contestaron todos a la vez—, queremos que así lo hagáis, pero procurad no hablar al niño, y no verlo; ordenad que lo maten de inmediato y que os traigan su sangre. De esta forma se mantendrá vuestra torre, si es que debe hacerlo.

El rey ordenó que los custodiaran a los siete en una casa muy fuerte e hizo que les dieran todo lo que necesitaran. Luego, llamó a sus mensajeros y los envió de dos en dos, hasta doce. Les hizo jurar sobre sagrado que si encontraban al niño lo matarían y le llevarían su sangre, y que no regresarían hasta haberlo encontrado. De esta forma envió el rey en busca del niño y los mensajeros se marcharon de dos en dos, buscando al muchacho por muchas tierras, hasta que dos de ellos se encontraron con dos compañeros suyos y les dijeron que irían juntos algún tiempo.

Un día que atravesaban un gran campo a la entrada de una ciudad,

en el que había muchos niños jugando, Merlín —que sabía todas las cosas— estaba allí; vio a los que iban en su búsqueda y se dirigió a uno de los niños más ricos de la ciudad, sabiendo que lo odiaría, levantó el palo que llevaba y golpeó al niño en la pierna; este empezó a llorar y a pelearse con Merlín, reprochándole que había nacido sin padre. Cuando los mensajeros lo oyeron, se dirigieron los cuatro hacia donde estaba el niño llorando; le preguntaron:

—¿Quién te ha pegado?

—El hijo de una mujer que no sabe quién lo ha engendrado y que en ningún momento ha tenido padre.

Cuando Merlín lo oye, se acerca a ellos riendo y les dice:

—Yo soy el que buscáis, al que habéis jurado que mataréis y que llevaréis su sangre al rey Vertiger.

Cuando oyeron hablar al niño, se quedaron sorprendidos y le preguntaron qué había dicho.

—Bien sé que lo jurasteis.

—¿Vendrás con nosotros si te llevamos?

—Temería que me matarais.

Bien sabía que tenían intenciones de hacerlo, pero lo dijo para probarlos más.

Si me prometéis que no me causaréis ningún daño, iré con vosotros y os diré por qué no se mantiene la torre, que es por lo que queréis matarme.

Al oírlo, se quedaron sorprendidos y le dijeron que lo repitiera.

—Lo sé desde que lo jurasteis.

—Nos dice cosas admirables —comentan unos con otros—, y cometería gran pecado quien lo matara.

—Prefiero ser perjuro —afirma cada cual— a causarle la muerte.

—Venid a alojaros donde vive mi madre —les dice Merlín—, pues no podría irme con vosotros sin su permiso, y sin el permiso de un santo hombre que hay con mi madre.

—Iremos a donde quieras.

De esta forma lleva Merlín a los mensajeros que habían ido para matarlo ante su madre, que estaba en un monasterio de monjas donde el santo hombre había hecho que entrara. Al llegar allí, Merlín ordenó a los de dentro que se mostraran agradables. Después de que descabalaron, Merlín los llevó ante Blaise, diciéndole:

—He aquí a los que os dije que vendrían a buscarme para matarme. Os ruego —continúa dirigiéndose a los mensajeros— que le digáis la verdad a este santo hombre en todo lo que os voy a preguntar con respecto a vuestras intenciones, sin mentirme en nada; tened por seguro que si mentís, lo sabré de inmediato.

—No te mentiremos nunca, y procura no hacerlo tú.

—Escucha —le dice Merlín a Blaise— lo que te vamos a decir. Sois del rey Vertiger —empieza a decir Merlín dirigiéndose a los mensajeros—; este rey quiere construir una torre y cuando ya la han levantado tres o cuatro toisas, no puede mantenerse y se hunde en una hora todo lo construido. El rey está muy encolerizado y por eso ordenó llamar a sus clérigos, pero ninguno de ellos fue capaz de adivinar la razón y le dijeron que se la descubrirían y le revelarían cómo podría mantenerse en pie después de que echaran sus suertes. Pero no consiguieron saber nada relativo a la torre; descubrieron que yo había nacido y les pareció que podría perjudicarles: acordaron hacerme matar, diciéndole al rey que la torre se mantendría si conseguía mi sangre; así se lo dijeron al rey. Cuando Vertiger oyó esto, lo tuvo por algo extraordinario y pensó que era verdad; le mandaron que se me buscara hasta ser encontrado y prohibieron a los mensajeros que me llevaran ante el rey; tenían que matarme en cuanto me encontraran y llevarían mi sangre para echarla en el mortero de los cimientos de la torre, de esta forma dijeron que la torre se mantendría. Vertiger tomó doce mensajeros e hizo que todos ellos juraran sobre sagrado que me matarían y llevarían mi sangre. Partieron los doce y, de ellos, cuatro llegaron al campo grande en el que estábamos jugando yo y otros niños; yo

sabía que me buscaban y por eso golpeé a uno de los niños, porque sabía que diría de mí lo peor que pudiera de todo lo que sabía y que me echaría en cara que nací sin padre. Así lo hice porque quería que me encontraran, y así me han encontrado; os ruego, buen maestro Blaise, que les preguntéis si digo la verdad.

Este les pregunta si es verdad todo eso y le contestan que ha ocurrido tal como ha contado:

—No os ha mentido en una palabra.

El maestro se santigua y dice que el niño será muy sabio si vive:

—Sería una gran lástima que lo matarais.

—Señor —le contestan—, preferimos ser perjuros el resto de nuestra vida y que el rey nos quite nuestras heredades, a matarlo. Él mismo, que conoce todas las cosas, sabe si tenemos intención de hacerlo.

—Tenéis razón —dice Blaise—, se lo voy a preguntar, y le preguntaré otras cosas delante de vosotros, que os sorprenderán por la respuesta.

Lo vuelven a llamar porque se había alejado de ellos, pues quería que hablaran a solas; al volver, le pregunta Blaise:

—Dime ahora, Merlín, ¿tienen estos mensajeros intención de matarte?

—Gracias a Dios —contesta Merlín soltando una carcajada—, y gracias a ellos mismos, sé que no tienen ninguna intención.

—Habéis dicho verdad. ¿Vendréis con nosotros?

—Sí, sin lugar a dudas, si me prometéis lealmente que me llevaréis ante el rey y que no permitiréis que me ocurra ningún daño hasta que haya hablado con él; estoy seguro de que cuando haya hablado no tendré de qué preocuparme.

Así se lo prometen.

Entonces habla Blaise y dice:

—Bien veo que me quieres dejar; dime qué quieres que haga de este asunto que me has hecho emprender.

—Te daré razón de todo lo que me preguntes; ya ves que Nuestro Señor al darme tan buen sentido y tanta memoria, ha hecho que me pierda el que pensaba tenerme a la fuerza; Dios me ha elegido para que haga su servicio, y nadie más que yo puede hacerlo, pues nadie conoce las cosas tal como yo las conozco. Tengo que ir a la tierra de la que han venido a buscarme; allí diré y haré tanto que seré el hombre al que más crean de cuantos ha habido en la tierra, salvo Dios. Tú acudirás a cumplir el asunto que has empezado, pero no vendrás conmigo, sino que lo harás por separado y preguntarás por una tierra que recibe el nombre de Northumberland; es una tierra llena de bosques y resulta extraña incluso a las gentes del mismo lugar, ya que hay partes en las que no ha habido nadie hasta ahora; allí vivirás. Yo iré en tu búsqueda y te contaré todo lo que necesites para escribir el libro que has empezado, y deberás hacerlo, pues tendrás un buen alojamiento y todo lo que necesites en tu vida para solaz del corazón y para la alegría permanente al final. La historia vivirá para siempre, mientras dure el mundo y será contada y oída con gusto. ¿Sabes de dónde recibirás semejante gracia? Será la misma gracia que Nuestro Señor dio a José desde la cruz. Cuando hayas trabajado para él y para sus descendientes, los herederos de su linaje, habrás realizado una obra tan buena que merecerás estar con ellos y en su compañía: te indicaré dónde están. Verás el glorioso vaso y las gloriosas soldadas que José recibió gracias al cuerpo de Jesucristo. Quiero que sepas, para que estés más seguro, que Dios me ha dado tal sentido y tal memoria que haré que, en todo el reino al que voy, trabajen hombres y mujeres para el que será del linaje que Dios quiere. Tengo mucho que hacer, pero quiero que sepas que mis grandes trabajos no tendrán lugar hasta que llegue el cuarto rey, y ese rey por el que trabajaré se llamará Arturo. Ahora te irás a donde te he dicho y yo iré a verte frecuentemente llevándote lo que quiero que pongas en tu libro. Será un libro muy amado y apreciado por muchas gentes; cuando lo hayas concluido, lo llevarás a las buenas gentes que recibieron la gloriosa soldada de la que te he hablado, no habrá nadie, ni hombre ni mujer, en el lugar al que yo voy. Ten por seguro que no ha habido nunca vida de rey ni de sabio que haya sido escuchada con tanto gusto como lo será la del rey Arturo y la de las gentes que

serán y reinarán en su tiempo. Cuando hayas terminado y hayas contado sus vidas, habrás merecido la alegría que tienen los que están en compañía del santo vaso llamado Grial. El libro que habrás hecho recibirá el nombre de Libro del Grial y así se llamará mientras dure el mundo, y será oído con mucho gusto.

De esta forma habló Merlín a su maestro y le mostró lo que tenía que hacer; lo llamaba maestro porque había sido maestro de su madre. Cuando el santo hombre lo oyó hablar de esta forma, se puso muy contento y le dijo:

—No me ordenarás nada que pudiéndolo realizar, no lo realice.

Así convence Merlín a Blaise y luego habla a los mensajeros que habían ido a buscarlo, diciéndoles:

—Venid conmigo, pues quiero que tengáis el permiso de mi madre.

Entonces los lleva a donde estaba su madre, a la que le dice:

—Bella madre, han venido a buscarme de tierras extrañas y lejanas y quiero irme con vuestro permiso. Tengo que hacerle a Jesucristo el servicio para el que me ha dado poder, y no podría hacerlo si no voy a la tierra a la que estos quieren llevarme. Vuestro maestro Blaise también irá, y tendréis que permitirnoslo a los dos.

—Mi buen hijo, a Dios os encomiendo, pues no sé tanto como para atreverme a reteneros. Pero si os pareciera bien, me gustaría que Blaise se quedara.

Merlín le contesta que eso no puede ser. Luego, se despidió de su madre y se va con los mensajeros. Blaise, por su parte, se dirige hacia Northumberland, según le había ordenado Merlín.

Merlín cabalga con los mensajeros hasta que pasaron por medio de una ciudad en la que había mercado; después de atravesar la ciudad, se encontraron con un villano que había comprado unos zapatos muy fuertes y llevaba cuero para arreglarlos cuando se le estropearan, pues quería ir de peregrinación. Merlín se acercó al villano y empezó a reír. Los que lo acompañaban le preguntaron que por qué se había reído y él les contestó

—Por ese villano que hay ahí; preguntadle qué quiere hacer con el cuero que lleva; os dirá que con él arreglará los zapatos. Seguidlo, y os aseguro que morirá antes de llegar a su casa.

Al oír esto, lo consideraron extraordinario, y le contestaron:

—Veremos si es verdad.

Fueron tras el villano y le preguntaron qué quería hacer con el cuero y él les contestó que quería ir en peregrinación y utilizaría el cuero para arreglar los zapatos cuando se le estropearan.

Al oír que dice lo mismo que Merlín les había dicho, lo consideraron extraordinario, y añaden:

—Este hombre parece estar sano y fuerte; sigámoslo dos de nosotros y que los otros dos sigan el camino y nos esperen en donde vayamos a dormir esta noche, pues será bueno saber lo que el niño ha dicho.

Dos de ellos siguieron al villano y apenas habían avanzado una legua, se encontraron a este muerto en medio del camino con los zapatos entre los brazos. Al verlo, regresan y alcanzan a sus compañeros, a quienes les cuentan todo lo que habían visto. Al oírlo, dicen:

—Como locos obraron nuestros clérigos al pedir que se matara a un niño tan sabio.

Los otros añaden que preferirían sufrir una gran desgracia en el cuerpo a que recibiera la muerte por ellos, y lo dicen tan en secreto que piensan que Merlín no lo puede saber. Al llegar ante él, Merlín les agradece lo que habían dicho.

—¿Qué hemos dicho —le preguntan al niño— para que nos des las gracias?

Merlín les cuenta todo con las mismas palabras, tal como lo habían dicho; al oírlo se quedan sorprendidos:

—No podemos hacer ni decir nada sin que lo sepa este niño.

De esta forma cabalgaron hasta que llegaron a los dominios de

Vertiger, a su tierra.

Un día que atravesaban una ciudad, vieron que llevaban a enterrar a un niño; alrededor del muerto había un gran séquito de hombres y mujeres que se lamentaban. Cuando Merlín vio el duelo, los sacerdotes y los clérigos que cantaban y llevaban el cuerpo a enterrarlo muy deprisa, se detuvo y empezó a reír. Los que lo llevaban preguntaron por qué reía y él les contestó que porque había visto algo extraordinario:

—¿Veis a ese hombre que se lamenta de tal forma y al sacerdote que canta?

—Sí, perfectamente.

—El sacerdote debía lamentarse como hace el otro, pues quiero que sepáis que el niño era hijo suyo y no del hombre que se lamenta de tal forma; el padre del niño canta, y parece un hecho admirable.

—¿Cómo sabemos que es verdad eso?

—Id a aquella mujer que se está lamentando y preguntadle por qué llora. Os contestará que porque ha muerto su hijo; le responderéis que «yo sé tan bien como vos que no es hijo de vuestro marido sino del sacerdote que ha cantado tanto durante el día y el mismo sacerdote lo sabe», y que ha sido él el que os lo ha dicho, contándoos en qué ocasión fue engendrado.

Después de escuchar lo que Merlín les decía, los mensajeros fueron a la mujer y le dijeron todo tal como Merlín les había indicado. Al oírlos, la mujer quedó espantada y les dijo:

—Por la gracia de Dios, buenos señores, bien sé que no os lo puedo ocultar y os reconozco que todo es verdad; es tal como habéis dicho, pero por Dios, no se lo descubráis a mi señor, pues me mataría.

Después de oír estas palabras, regresaron junto a sus compañeros y les contaron lo que la mujer había dicho. Luego, se dijeron los cuatro que no había habido nunca un adivino tan bueno en el mundo.

Cabalgaron hasta que estuvieron a una jornada del lugar en el que se encontraba Vertiger. Los mensajeros le preguntaron entonces a Merlín y le rogaron que les aconsejara acerca de lo que debían decirle a su señor, porque no lo habían matado al encontrarlo, aunque así se les había ordenado. Cuando Merlín los oyó hablar de esta forma, se dio cuenta de que lo hacían en provecho suyo y les respondió:

—Haréis lo que yo os aconseje, y nadie os censurará: id al rey Vertiger y decidle que me habéis encontrado; contadle la verdad de todo lo que me habéis oído decir y decidle que le mostraré por qué se hunde la torre y por qué no puede mantenerse, a condición de que él haga matar a los que querían mi muerte y que haga con ellos lo mismo que ellos desearon que hiciera conmigo. Contadle a vuestro señor que le diré por qué querían mi muerte y después de decirle todo esto, haced tranquilamente lo que os ordene.

Los mensajeros dejan a Merlín y vuelven junto al rey, que al verlos se puso muy contento y les preguntó cómo había ido su asunto, a lo que le respondieron:

—Hicimos lo mejor que pudimos.

Luego, llevan al rey aparte y le cuentan todo tal como había ocurrido y de qué manera encontraron a Merlín:

—Si hubiera querido, no lo hubiéramos encontrado nunca; viene a ti voluntariamente.

—¿De qué Merlín habláis? ¿Es ese el niño que nació sin padre, del que debíais traerme la sangre?

—De ese Merlín os hablamos. Tened por seguro que es el más sabio y mejor adivino de cuantos ha habido en el mundo, salvo Dios. Señor, tal como nos hiciste jurar y según nos ordenaste todo, así nos lo contó él, diciendo que los clérigos no saben por qué se caía vuestra torre y que él os lo dirá y os lo demostrará a vos personalmente. Nos ha dicho otras cosas extraordinarias y nos ha enviado a vos para saber si queréis hablar con él; si no lo deseáis, lo mataremos, ya que dos de nuestros compañeros se han quedado custodiándolo.

—Si me aseguráis que me mostraré por qué se cae la torre, no ordenaré que lo maten.

—Os lo aseguramos.

—Id a buscarlo, pues quiero hablar mucho con él.

Entonces se fueron los mensajeros y el mismo rey cabalgó tras ellos. Cuando Merlín vio a los dos mensajeros les dijo:

—Me habéis protegido a cambio de vuestras vidas.

—Decís verdad; preferimos arriesgarnos que mataros y una de las dos cosas teníamos que hacer.

—Impediré que os ocurra nada.

Cabalgan hasta que se encuentran con el rey; cuando Merlín lo vio, lo saludó y le dijo:

—Vertiger, venid a hablar a solas conmigo.

Se retira con él y llama a los que lo habían llevado; cuando ya estaban todos juntos, dijo Merlín:

—Señor, has hecho que vayan a buscarme porque tu torre no puede mantenerse en pie y ordenaste que me mataran siguiendo el consejo de tus clérigos, que decían que la torre necesitaba sangre mía, pero es mentira. Si hubieran dicho que se sostendría gracias a mis conocimientos, habrían dicho verdad. Si me prometes que harás con ellos lo que ellos querían que hicieses conmigo, te mostraré y diré por qué se derrumba, y te enseñaré cómo podrá mantenerse, si quieres reconstruirla.

—Si me muestras lo que dices, haré con ellos lo que quieras.

—Si miento en una palabra de lo que te digo, no vuelvas a creerme nunca más. Hagamos venir a los clérigos y oirás cómo no podrán dar razón de nada.

El rey llevó a Merlín al lugar donde habían empezado la reconstrucción de la torre que se caía. Hicieron venir a los clérigos,

que se presentaron de inmediato; entonces, Merlín hizo que les preguntaran mediante uno de los mensajeros que le habían llevado:

—Señores clérigos, ¿por qué decís que esta torre se cae?

—No sabemos por qué se derrumba, pero le hemos dicho al rey cómo podrá mantenerse.

—Me habéis dicho cosas extraordinarias —contesta el rey—, pues habéis mandado buscar a un hombre sin padre y no sé cómo lo podrán encontrar.

Merlín empieza a hablar a los clérigos y les dice:

—Señores, no tengáis al rey por loco, pues al enviar a buscar al niño sin padre no fue porque lo necesitara él, sino porque supisteis por las suertes y predicciones que ese niño, que nació sin padre, haría que murierais; como teníais miedo de que os mataran, disteis a entender al rey que tendría que causarle la muerte y que, si ponían sangre suya en el mortero del cimiento de la torre, esta se mantendría y no volvería a hundirse. De esta forma pensasteis cómo podríais matar a aquel por el que debíais morir según vuestras suertes y predicciones.

Cuando oyeron que el niño les decía todo esto, que pensaban que nadie supiera sino ellos mismos, se espantaron y se dieron cuenta de que iban a morir. Entonces, Merlín le dijo al rey:

—Ya podéis ver que estos clérigos querían matarme no por vuestra torre, sino porque habían averiguado que morirían por mí; os ruego que les preguntéis si fue así, pues no se atreverán a mentiros delante de mí.

El rey les pregunta si dice la verdad.

—Señor —le contestan—, que Dios nos salve de nuestros pecados tan ciertamente como que lo que ha dicho es verdad; pero no sabemos de qué forma se ha enterado: te rogamos como señor nuestro que nos dejes vivir hasta que veamos si dice verdad sobre esta torre y si la torre podrá mantenerse gracias a él.

—No tenéis que preocuparos de morir —les dice Merlín— hasta que

hayáis visto la razón de por qué se derrumba la torre.

Los clérigos le dan las gracias; luego, Merlín le dice a Vertiger:

—¿Quieres saber por qué se hunde tu torre y quién la derriba? Si haces lo que te voy a decir, lo verás claramente. ¿Sabes lo que hay bajo esta torre? Hay un gran río; bajo el agua hay dos dragones que no ven absolutamente nada; uno es rojo y el otro blanco y se esconden bajo dos grandes piedras; son muy grandes y están cerca el uno del otro. Cuando notan que el agua y la construcción les pesa, se giran y el río produce tan gran ruido que todo lo que hay sobre él se derrumba; por esa razón se cae tu torre por culpa de los dragones. Haced que lo comprueben y si no lo encontráis tal como he dicho, ordenad que me quemen; si es tal como os he descubierto, queden libres los mensajeros que me han avalado y castiga a los clérigos que no saben nada de esto.

—Si es cierto lo que me dices —le contesta Vertiger—, te tendré por el hombre más sabio del mundo. Dime cómo debo quitar la tierra.

—Con caballos, carretas y hombres que la lleven sobre los hombros, y que la echen lejos.

El rey mandó llamar peones y que reunieran todo lo necesario para llevar a cabo su trabajo. Las gentes del país lo tenían por algo extraordinario y lo consideraban una locura. Merlín ordenó que guardaran bien a los clérigos e hizo que la gente del rey trabajara durante mucho tiempo hasta quitar la tierra. Excavaron tanto que al fin encontraron el río y al descubrirlo, se lo hicieron saber al rey, que se presentó muy contento a contemplar la maravilla, llevando a su lado a Merlín. Cuando llegaron allí, vieron que el río era muy grande; el rey llamó a dos de sus consejeros y les dijo:

—Este hombre es muy sabio, pues conocía la existencia del río bajo tierra. Dice que en este río hay dos piedras muy grandes y bajo ellas, dos dragones. No será necesario que me lo pida para que yo lo compruebe. Tienes razón —le dice dirigiéndose a Merlín— en lo que has dicho de este asunto, pues los peones han encontrado el río; pero no sé si es verdad lo de las dos piedras y los dos dragones.

—No lo puedes saber hasta que lo hayas visto.

—¿Cómo podremos quitar el río?

—Haremos que corra a buenos fosos.

Ordenaron entonces que construyeran fosos para que el agua corriera por ellos.

—Los dragones que están al fondo del río —le dijo Merlín a Vertiger —, cuando se noten el uno al otro, se enfrentarán y uno de ellos resultará vencedor; ordena que todos los hombres valientes de tu tierra acudan a ver el combate, pues la batalla que librarán tiene un profundo significado.

Vertiger dice que hará llamar a toda la gente, y así lo hizo, reuniendo a los nobles, a los clérigos y a los legos. Cuando estuvieron todos reunidos y juntos, Vertiger les contó las maravillas que Merlín le había dicho y cómo los dos dragones debían combatir. Se dijeron todos que era algo digno de ver y le preguntaron al rey si había dicho cuál de ellos vencería. El rey les contesta que todavía no.

Hicieron correr entonces el río fuera de su cauce, de tal forma que vieron las dos piedras que quedaban al fondo del lecho. Cuando Merlín las vio, dijo:

—¿Veis esas dos grandes piedras?

—Sí —responde el rey.

—Señor, bajo esas dos piedras están los dos dragones.

El rey pregunta cómo las quitará y Merlín le contesta que sin ninguna dificultad, pues los dragones no se moverán hasta que se toquen el uno con el otro. Tan pronto como se noten los dos, combatirán y uno resultará muerto. El rey le pregunta a Merlín:

—¿Me dirás cuál será el vencido?

—En su batalla y en su victoria hay un significado profundo; te diré lo que pueda decirte, con mucho gusto, pero en secreto: solo podrán oírlo tres hombres de tu consejo.

Vertiger llamó entonces a tres de los hombres de su reino en quienes más confiaba y les repitió las palabras de Merlín; le aconsejan que le pregunte a solas cuál de los dos dragones será vencido y que lo diga antes de verlos y de que empiece la batalla.

—Tenéis razón —les responde el rey— y estoy de acuerdo con eso, pues después del combate podría dar a entender lo que quisiera.

A continuación llamó a Merlín y le preguntó cuál de los dos dragones vencería.

—¿Estos cuatro hombres —le pregunta Merlín— son de tu consejo?

—Sí —contesta Vertiger—, más que ningún otro que yo sepa.

—¿Entonces puedo decirte delante de ellos lo que me preguntas?

—Ciertamente.

—Quiero que sepáis —contesta Merlín— que el blanco matará al rojo, pero pasará grandes penas hasta que lo haya matado. Para el que sepa interpretarlo, esto tendrá un gran simbolismo, pero no os puedo decir más hasta después del combate.

Mientras tanto, se fueron reuniendo todos y acudieron a ver las dos piedras; las mueven y sacan fuera al dragón blanco: cuando vieron que era tan grande, tan feo y tan fiero, sintieron gran miedo y se echaron hacia atrás todos. Luego, fueron al otro y lo sacaron también: cuando lo vieron se espantaron más que antes, pues era mayor y más feo que el otro, y era más temible. Al rey le parecía que este sería el vencedor. Merlín le dice entonces a Vertiger:

—Ahora deben quedar en libertad mis protectores.

El rey le contesta que ya lo están. Luego, llevaron a un dragón junto al otro, de forma que se tocaron por la grupa y apenas notó uno la presencia del otro, se volvieron y empezaron a atacarse con los dientes y las patas: nunca oísteis hablar de dos animales que combatieran con tanta violencia.

De esta forma se enfrentaron durante todo el día, toda la noche y el día siguiente hasta mediodía. Todos los que los contemplaban,

pensaban que el rojo mataría al blanco, hasta que el blanco arrojó por las narices y la boca una llama y quemó al rojo. Luego, el blanco retrocedió y se acostó, viviendo solo tres días después de esto.

Los que habían visto esta maravilla dijeron que nunca se vio nada tan extraordinario.

—Ya puedes hacer la torre —le dice Merlín a Vertiger— tan grande como quieras, pues por alta que la levantes, no volverá a caer.

Vertiger ordena a sus obreros que vayan a construir la torre: la hicieron tan grande y tan fuerte como pudieron. En varias ocasiones le preguntó el rey a Merlín por el significado de los dos dragones y cómo el blanco mató al rojo, después de que el rojo hubiera llevado la mejor parte del combate durante mucho tiempo.

—Todo ello significa cosas que van a ocurrir —le contesta Merlín—, pero si te dijera la verdad en todo lo que me preguntas, te enfadarías conmigo. Asegúrame que no me harás ningún daño. Vertiger le responde que le dará todas las garantías que quiera.

—Ve ahora —le dice Merlín— y convoca a tu consejo, y haz que vengan los clérigos que predijeron lo de esta torre y que pretendían hacerme matar.

Vertiger hizo lo que Merlín le había ordenado. Cuando el consejo y los clérigos se reunieron, Merlín empezó a hablar, diciendo a estos últimos:

—Muy locos han estado vuestros sentidos, cuando pensabais que seríais astutos; no erais tan buenos ni tan limpios ni tan santos como debíais ser y ya que sois malvados y habéis obrado como locos, habéis fracasado en lo que buscabais; por otro arte no pudisteis hallar en los elementos lo que se os había pedido, porque no erais tales como para verlo; visteis mejor que yo había nacido, y el que os mostró mi existencia e hizo que vierais que yo os causaría la muerte, lo hizo por el dolor que tenía de haberme perdido y deseaba que me hubierais matado. Pero tengo tal señor que me protege de sus engaños y haré que mienta, pues no pienso hacer nada para que muráis, si me prometéis lo que os voy a pedir.

Cuando oyeron que podían salvarse de la muerte le contestaron:

—No nos ordenarás nada que no hagamos de inmediato; vemos y sabemos que eres el hombre más sabio del mundo.

—Me prometeréis que nunca más volveréis a ocuparos de este arte, y ya que habéis recurrido a él, os ordeno que os confeséis, pues quien se arrepiente de su pecado sin abandonarlo, está perdido. Castigaréis de tal forma vuestras carnes, que vuestras almas no se condenarán. Si me prometéis esto, os dejaré ir.

Se lo agradecen mucho y le prometen que lo harán tal como él les ha ordenado.

De esta forma dejó libres Merlín a los clérigos que habían enviado a buscarlo. Todos los que vieron que hacía esto, se lo agradecieron mucho. Después, Vertiger y su consejo fueron a él, y el rey le dijo:

—Me debes decir el significado de los dos dragones, pues por todas las otras cosas que me has dicho, que eran ciertas, te tengo por el hombre más sabio del mundo; por eso, te ruego que me expliques el significado de los dos dragones.

—Te lo voy a decir —le contesta Merlín—, el dragón rojo eres tú y el blanco es los hijos de Constance.

Cuando Vertiger oye esto, siente vergüenza; Merlín se da cuenta y le dice:

—Si quieres, no lo diré, pero no me lo tomes a mal.

—No hay nadie aquí —le contesta Vertiger— que no sea de mi consejo; quiero que me digas abiertamente el significado y que no ocultes nada.

—Ya te he dicho que el rojo eres tú y ahora te explicaré por qué. Bien sabes que los hijos de Constance eran muy pequeños cuando perdieron a su padre; también sabes que si hubieras sido tal como deberías, tendrías que haberlos protegido, aconsejado y defendido contra todos los hombres de la tierra. Bien sabes que conseguiste el amor de las gentes del reino de su tierra y de sus habitantes; cuando estuviste seguro de que las gentes del reino te querían, abandonaste

su asunto, aunque sabías que te necesitaban. Cuando las gentes del reino se dirigieron a ti para decirte que no debía ser rey Maines y que lo fueras tú, les contestaste con astucia, diciéndoles que no podrías serlo mientras el rey Maines viviera. De esta forma hablaste y a quienes se lo dijiste entendieron que querías que muriera, y por eso lo mataron. Después, dos de ellos huyeron de la tierra por miedo a ti, y te hicieron rey, y aún mantienes esa herencia. Cuando se te presentaron los que habían matado al rey Maines, ordenaste que los ejecutaran para simular que te pesaba la muerte del rey, pero no era un gran pesar ya que aceptaste el reino que aún tienes; has ordenado construir la torre para defenderte y salvarte de tus enemigos, pero la torre no te podrá salvar, ya que tú mismo no quieres salvarte.

Vertiger escucha a Merlín y sabe que en todo ha dicho la verdad:

—Bien veo y sé que eres el hombre más sabio del mundo. Te ruego y suplico que me aconsejes qué puedo hacer en todo esto, y que me digas por favor, si lo sabes, de qué muerte moriré.

—Si os dijera de qué muerte moriréis, no os podría decir el significado de los dos dragones.

Le ruega el rey que le diga sin ocultarle nada el significado, y Merlín le responde:

—Quiero que sepas que el gran dragón rojo simboliza tu malvado corazón; el que fuera tan grande y corpulento significa tu gran poder. El dragón blanco representa la herencia de los niños que huyeron por miedo de tu justicia. El que combatieran durante tanto tiempo significa que has mantenido su reino durante un largo período. El que vieras que el blanco quemaba al rojo con el fuego que salía de su cuerpo simboliza que los niños te quemarán con su fuego, y no creo que tu torre ni ninguna otra fortaleza te pueda proteger ni impedir que mueras.

Cuando Vertiger oyó estas palabras, se quedó espantado y le preguntó a Merlín dónde estaban los niños.

—Están en el mar y han reunido a mucha gente para regresar a su tierra y hacer justicia contigo; dicen que tú ordenaste asesinar a su

hermano. Llegarán de hoy en tres días al puerto de Winchester.

Vertiger sintió mucho estas noticias y lamentó que viniera tanta gente. Le preguntó a Merlín si no podría ser de otra forma y este le respondió que no:

—No puede ser que no mueras por el fuego de los hijos de Constance, del mismo modo que viste que el dragón blanco quemaba al rojo.

De esta forma hablaron Vertiger y Merlín y este le explicó el significado de los dos dragones. Vertiger ordenó a toda su gente que estuvieran el día indicado por Merlín para ir contra los niños que llegarían por mar, y de esta forma llevó a sus hombres a Winchester, donde los hijos de Constance debían llegar; cuando estaban todos reunidos y juntos, Merlín marchó a Northumberland, con Blaise, y le contó que ya había realizado el asunto por el que había tenido que acudir.

Blaise lo puso todo en su libro y por eso hemos podido saberlo.

II

Cuenta ahora la historia que Merlín estuvo durante mucho tiempo con Blaise, hasta que los hijos de Constance mandaron en su busca. Vertiger había llegado al puerto con numerosos hombres y esperó hasta el día que Merlín le había dicho. En el plazo indicado vieron los de Winchester las velas en el mar, con los hijos de Constance. Cuando Vertiger lo vio, ordenó a su gente que se armara y que defendieran el puerto. Los que estaban a su lado acudieron a proteger el puerto y los hijos de Constance llegaron allí para atracar las naves. Cuando los de tierra vieron los gonfalones y estandartes de Constance, se quedaron sorprendidos, hasta tal punto que la nave en la que iban los hijos de Constance entró en el puerto y los que estaban en tierra les preguntaron que de quién eran aquellas naves a lo que les contestaron que de Pandragón y de su hermano Úter, los dos hijos de Constance, que regresaban a su tierra, que Vertiger como falso y desleal les había quitado durante tanto tiempo después de haber hecho morir a su hermano, y que acudían a hacer justicia. Cuando los del puerto oyeron que eran los hijos de Constance, su señor, que acudían con tanta gente, vieron que habían perdido toda la fuerza y que si combatían contra ellos, sin duda recibirían gran daño y así se lo dijeron a Vertiger. Este, al ver que la mayoría de sus gentes le abandonaban y pasaban al lado de Pandragón y de Úter, sintió miedo y ordenó a quienes no le abandonaron que guarnecieran la torre; y así lo hicieron.

Llegaron las naves y de ellas sacaron los caballos completamente armados y salieron todas las gentes. Después se dirigieron hacia el castillo. Algunos, al ver a sus legítimos señores, fueron a su encuentro y al encuentro de sus hombres y los recibieron como a señores. Los que se mantenían con Vertiger, huyeron al castillo y allí persistían, pues los de fuera empezaron a atacarles.

Así, unos atacaban y otros se defendían, hasta que Pandragón incendió el castillo en un gran ataque; cuando el fuego los sorprendió, ardió una gran parte y Vertiger murió en ese incendio. De tal modo recuperaron los niños su tierra e hicieron saber por

todo el reino que habían regresado. Cuando el pueblo se enteró de que sus legítimos señores habían vuelto, tuvo una gran alegría, fue a ellos y los recibieron como corresponde a los auténticos señores.

De esta forma recuperaron los dos hermanos su heredad y Pandragón fue nombrado rey, fue buen señor y muy leal. Los sajones que Vertiger había llamado a aquella tierra se mantuvieron en el castillo, que era muy fuerte, y no cesaban de combatir contra Pandragón y los cristianos, y les guerreaban tanto que en muchas ocasiones perdían y en otras ganaban. Pandragón puso sitio al castillo y se mantuvo en el asedio la mayor parte de la estación; reunió a su consejo en el que había muchos hombres y hablaron de cómo podrían tomar el castillo. Cinco hombres del consejo habían estado presentes cuando Merlín le explicó a Vertiger el significado de los dragones, de los niños y de cómo moriría.

Llamaron a Pandragón y a su hermano Úter y les dijeron todo lo que Merlín había contado, y que era el mejor adivino de cuantos habían existido. Si quería, les diría cómo podrían tomar el castillo. Cuando Pandragón lo oyó, preguntó dónde podría encontrar a tan buen adivino, y le contestaron:

—No sabemos en qué lugar; pero sabemos que cualquier cosa que se hable de él, la conoce. Si quisiera, vendría, pues bien sabemos que está en este país.

—Entonces —contesta Pandragón—, lo encontraré.

Envió a sus mensajeros por toda la tierra en busca de Merlín. Este, que sabía que el rey lo estaba buscando, cuando terminó de hablar con Blaise, se dirigió lo más rápidamente que pudo hacia la ciudad en la que se encontraban los mensajeros que iban en su búsqueda. Llegó a la ciudad como un leñador, con un gran haz al cuello, y con gruesos zapatos, una cota corta despedazada, con los cabellos hirsutos y la barba muy grande, que parecía hombre salvaje. De este modo se presentó en la casa en la que estaban comiendo los mensajeros. Cuando lo vieron, lo contemplaron admirados; uno le dijo al otro:

—Parece un malhechor.

En esto, Merlín avanza y les dice:

—No cumplís bien el encargo de vuestro señor, pues os ha ordenado que busquéis al adivino que se llama Merlín.

Cuando lo oyeron, le dijo uno al otro:

—¿Qué diablo le ha dicho eso a este villano y por qué se entremete?

—Si tuviera que buscarlo —les contesta Merlín— como vosotros tenéis que hacerlo, lo habría encontrado antes que vosotros.

Van a él y le preguntan si sabía dónde estaba o si lo había visto alguna vez, y él les contesta:

—Lo he visto y sé dónde vive; ya sabe que lo estáis buscando. Pero no lo encontraréis si él no quiere. Me ha ordenado que os dijera que en vano os esforzáis en buscarlo y que aunque lo encontrarais, no iría con vosotros. Decidles a los que han dicho a vuestro señor que el buen adivino está en esta tierra, que tienen razón. Cuando volváis ante vuestro señor, decidle que no tomará el castillo que está asediando hasta que Auguís haya muerto. Sabed que de los que dijeron que se buscara a Merlín, había cinco en el campamento, pero cuando regreséis no encontraréis más que a tres; decidle a vuestro señor y a esos tres que si vienen aquí y buscan en el bosque a Merlín, lo encontrarán. Pero si no vienen en persona, no habrá nadie que lo pueda llevar.

Los mensajeros han escuchado lo que les ha dicho. Merlín se vuelve y, al volverse, desaparece. Los mensajeros se santiguan y dicen que han hablado con un diablo:

—¿Qué haremos de todo lo que nos ha contado?

Deciden que regresarán y se lo dirán a su señor y a los que los enviaron:

—Sabremos si han muerto esos dos y le contaremos al rey todo lo que hemos visto y oído.

De esta forma cabalgaron hasta que llegaron al campamento en el que estaba el rey. Al verlos, el rey les preguntó:

—¿Habéis encontrado al que fuisteis a buscar?

—Señor, os vamos a decir una cosa que nos ha ocurrido. Haced que venga vuestro consejo y los que te hablaron del adivino.

El rey manda llamarlos y cuando estuvieron todos juntos, se retiraron a tener consejo. Los mensajeros cuentan el hecho admirable que les había ocurrido y todas las cosas que el villano les había contado: cómo les dijo que dos habrían muerto antes de que ellos regresaran. Los mensajeros lo preguntaron y les dijeron que en efecto habían muerto. Cuando los caballeros que habían enviado en busca de Merlín oyeron todo esto, se sorprendieron de que fuera un hombre tan feo y tan horrible y se preguntaban admirados quién podría ser el villano del que hablaban, pues no sabían que Merlín pudiera adquirir otro aspecto que el suyo propio, aunque les parecía que nadie más que Merlín podría decir tales cosas.

—Creemos —le dicen al rey— que fue el mismo Merlín el que habló a tus mensajeros, pues nadie podría haber sabido que los dos habían muerto, a no ser él, y nadie se atrevería a hablar de la muerte de Auguís, si no es Merlín.

Les preguntan a los mensajeros que en qué ciudad ocurrió el encuentro con ese hombre y les contestaron que lo encontraron en Northumberland:

—Vino a nuestro albergue.

Todos están de acuerdo en que era Merlín.

—Y dijo —añaden los mensajeros— que el mismo rey tenía que ir a buscarlo.

Entonces contesta el rey que dejaría a su hermano Úter en el asedio y que iría a Northumberland llevando consigo a aquellos que creía que conocían a Merlín. Y tal como lo dijo, lo hizo.

Cuando llegó a Northumberland, preguntó por Merlín, pero no encontró a nadie que pudiera darle noticias. Dijo que iría a buscarlo por el bosque y cabalgó en busca de Merlín hasta que encontró un rebaño enorme y a un hombre muy feo y contrahecho que lo

guardaba. El que lo vio primero le preguntó que de dónde era y este contestó que era de Northumberland, servidor de un hombre muy valiente.

—Me dijo que el rey vendría a buscarlo hoy a este bosque.

—Es cierto —le contesta el caballero— que el rey lo busca. ¿Sabréis indicarme dónde está vuestro señor?

—Le tengo que decir una cosa al rey que no os diría a vos.

—Ven conmigo y te llevaré a donde está el rey.

—Si lo hago, guardaré mal mi ganado, y no necesito para nada al rey; si viene a mí, le diré dónde puede encontrar al que va buscando.

—Te lo traeré aquí.

Entonces, lo deja y va a buscar al rey, hasta que lo encuentra y le cuenta su hallazgo. El rey le ordena:

—Llévame.

Lleva al rey al lugar donde se había encontrado con el villano, que estaba allí todavía.

—Este es el rey —le dice—, al que te traigo; dile lo que me has contado.

—Bien sé que estás buscando a Merlín, pero no lo encontraréis de esa forma si no quiere él. Marchaos a alguna de vuestras ciudades cercanas de aquí, y él irá a veros cuando sepa que estáis esperándolo.

—¿Cómo puedo saber que me dices la verdad?

—Si no me creéis, no hagáis nada de lo que digo, pues es locura creer un mal consejo. Pero ten por seguro que te aconsejo mejor que nadie podría hacerlo.

—Entonces, te creeré.

De esta forma se marchó el rey a una de sus ciudades lo más cerca que pudo del bosque. Cuando estaba allí, un noble fue a su albergue muy bien vestido y calzado y les dijo a los que encontró:

—Llevadme ante el rey.

Así lo hicieron. Cuando ya estuvo ante el rey, le dijo:

—Señor, Merlín me envía a vos y os hace saber que fue él el que habló con vos en el bosque mientras guardaba el ganado. Os dijo que vendría a vuestra presencia cuando quisiera y te dijo verdad, pero todavía no lo necesitas, y no tiene intención de ver a un hombre tan importante hasta que no lo necesite.

—Buen amigo —le dice el rey—, lo vería con mucho gusto.

—Ya que dices eso, te hace saber por mí unas buenas noticias: que Auguís ha muerto, tu hermano Úter lo ha matado.

Cuando el rey lo oye, se queda sorprendido y le pregunta:

—¿Es cierto lo que me dices?

—Serías un loco si no lo creyeras hasta haberlo comprobado; envía para ver si es cierto lo que te digo; si es cierto, créelo otra vez más.

—Tenéis razón, así lo haré.

Entonces, el rey llama a dos mensajeros y los envía con los dos caballos mejores que tiene, ordenándoles que no cesen de galopar a la ida ni a la vuelta, hasta que sepan si es verdad que Auguís ha muerto. Se marchan los dos y cabalgan lo más rápido que pueden; después de haber galopado durante un día y una noche, encontraron a los mensajeros de Úter, que venían a darles las noticias de la muerte de Auguís. Al encontrarse los mensajeros, se cambiaron los mensajes y volvieron junto al rey. Mientras tanto, se había ido el que había llevado al rey el encargo de parte de Merlín. Llegaron los mensajeros y se presentaron ante el rey con la noticia de Úter, contándole al consejo del rey cómo Úter había dado muerte a Auguís. Cuando el rey lo oyó, prohibió, si en algo querían su cuerpo, que hablaran del asunto a nadie y así lo hicieron. El rey se preguntaba admirado cómo Merlín podía haber conocido la muerte

de Auguís y, de esta manera, estuvo esperando a Merlín en la ciudad, deseoso de que llegara. Pensaba en su corazón que si se presentaba, le preguntaría cómo había muerto Auguís, pues todavía era muy poca la gente que conocía su muerte.

Esperó el rey a Merlín hasta que, un día que regresaba de la iglesia, se le presentó un hombre muy hermoso y bien vestido, que parecía noble, se puso ante el rey y le dijo:

—Señor, ¿qué esperáis en esta ciudad?

—Estaba esperando a que Merlín viniera a hablar conmigo.

—Señor, no sois tan sabio como para reconocerlo cuando habla con vos. Llamad a los que habéis traído con vos que conocen a Merlín y preguntadles si yo podría ser ese Merlín.

Cuando el rey lo oye, se extraña y manda llamar a los que lo conocían, diciéndoles:

—Señores, esperamos a Merlín, pero creo que ninguno de todos nosotros lo conoce; si lo conocéis, decídmelo.

—Señor, no podría ser que viéndolo no lo reconociéramos de inmediato.

—Señor —dijo el noble que estaba delante del rey—, ¿cómo puede reconocer a otro el que no se conoce a sí mismo?

—No lo vemos aquí —contestan los otros—, pues si lo viéramos lo reconoceríamos por su aspecto.

—Entonces —responde el noble—, yo os lo mostraré.

Llama al rey a una habitación a solas y le dice:

—Señor, quiero ayudaros a vos y a vuestro hermano Úter; sabed que soy Merlín, al que habéis venido a buscar, pero toda esta gente que cree que me conoce, no sabe nada de mí y os lo voy a demostrar de inmediato. Salid y traedme a los que dicen que me conocen mucho. Tan pronto como me vean, dirán que ya me habéis encontrado. Si quisiera, no me encontrarían jamás.

Cuando el rey lo oyó, se puso muy contento y le respondió:

—Haré lo que queráis.

Salió de la habitación tan pronto como pudo y regresó con los que pensaba que conocían a Merlín. Cuando entraron, Merlín había recobrado el aspecto con el que lo habían visto y al volver a verlo, le dicen al rey:

—Señor, ciertamente habéis encontrado a Merlín.

Al oírlos, el rey se rio y les dijo:

—Mirad y reconocedlo bien.

—Estamos seguros de que es él.

—Señor —dice Merlín—, os dicen verdad. Decidme ahora qué deseáis.

—Querría rogaros, si puede ser —le responde el rey—, que me quisierais y que pudiera contar con vos, pues muchos hombres valiosos me han dicho que sois muy sabio y de muy buen consejo.

—Señor —contesta Merlín—, no habrá cosa que me pidáis, en consejo o de cualquier otra forma, que si la sé no os la diga.

—Os querría rogar —contesta el rey—, si os parece bien, que me digáis si he hablado con vos desde que llegué a esta ciudad buscándoos.

—Señor, yo soy el hombre al que encontrasteis guardando ganado; soy el que os dijo que Auguís había muerto.

Cuando el rey lo oyó y los que estaban con él, se quedaron sorprendidos.

—Mal conocíais a Merlín —dice el rey a los otros—, ya que ha venido ante nosotros y no lo pudimos reconocer.

—Señor, nunca le vimos hacer tales cosas, pero nos parece que puede hacer y decir lo que cualquier otro hombre sería incapaz.

—¿Cómo os enterasteis —le pregunta el rey a Merlín— de la muerte de Auguís?

—Señor, cuando vinisteis aquí, averigüé que Auguís quería asesinar a vuestro hermano. Fui a decírselo a vuestro hermano, que me creyó y se puso a salvo. Le conté las fuerzas y las decisiones de Auguís y cómo podía cambiar todo. Auguís fue al campamento, al pabellón de vuestro hermano, para matarlo; vuestro hermano apenas me creyó cuando se lo dije, pero por fin conseguí que aquella noche estuviera en vela a solas, sin decírselo a nadie, y se armó sin que nadie lo supiera. Cuando Auguís llegó, llevaba un puñal para matarlo, entró en el pabellón y buscó a vuestro hermano, pero al no encontrarlo, regresó a la salida del pabellón, donde vuestro hermano le cortó el paso y combatió con él, venciénolo rápidamente, ya que estaba armado y Auguís desarmado, porque solo había ido para matarlo y quería huir inmediatamente después.

Cuando el rey oyó esto, le preguntó:

—¿Qué aspecto teníais vos cuando hablasteis con mi hermano? Me sorprende que os creyera.

—Señor, tomé aspecto de viejo y desgraciado, y hablé con él a solas; le dije que si no se guardaba muy bien aquella noche, moriría.

—¿Y le dijisteis quién erais?

—Todavía no sabe quién le habló, y no lo sabrá hasta que vos mismo se lo digáis. Por eso os hice saber que no tomaríais el castillo hasta que Auguís muriera.

—Buen amigo querido, ¿vendréis conmigo?, pues tengo gran necesidad de vuestro consejo y vuestra ayuda.

—Cuanto antes vaya, antes se enfadarán vuestros nobles. Pero si sois sabio y veis en ello vuestro provecho, no dejaréis de creer por ellos lo que vaya en beneficio vuestro.

—Habéis hecho ya tantas cosas por mí y me habéis dicho tanto que

creo que es cierto que mi hermano ha salvado su vida por vos y que no debo dudar en nada de lo que me digáis.

—Señor, id y preguntadle a vuestro hermano quién le dijo lo que os he contado y si no sabe contestaros, no volváis a dudar de mí en nada; quiero que me reconozcáis cuando hable con vuestro hermano, tendré el aspecto y la forma que tenía cuando le dije que se guardara de Auguís.

—Me gustaría saber cuándo hablaréis con mi hermano.

—Lo sabréis, pero procurad, si en algo estimáis mi amor, no decírselo a otro, porque si me faltáis o me mentís, no volveré a confiar en vos y sería mayor el daño para vos que para mí.

—Cuando os mienta la primera vez, no volváis a creerme.

—Os aseguro que os probaré de muchas maneras.

—Probadme de todas las formas que queráis.

—Quiero que sepáis que hablaré con vos y con vuestro hermano el decimoprimer día después de que volváis a su lado.

A continuación, Merlín se despidió del rey Pandragón y se fue con Blaise, contándole todas estas cosas. Blaise las puso por escrito y por eso las sabemos todavía.

Pandragón cabalgó hasta que volvió a encontrarse con su hermano Úter. Se mostraron una gran alegría al volver a verse. Pandragón se retiró con su hermano y le contó la muerte de Auguís según se la había contado Merlín, preguntándole si ocurrió de esa forma.

—Señor —le contesta Úter—, así me ayude Dios, me habéis dicho tales cosas que yo creía que no había nadie que las conociera, más que Dios y un viejo que me habló en secreto; y no pensaba que ningún otro hombre pudiera saberlas. Os ruego que me digáis quién os lo ha contado, pues me sorprende que lo sepáis.

—Podéis apreciar y daros cuenta de que lo sé bien, pero os ruego que me digáis si conocíais al viejo que os salvó de la muerte, pues me parece que de no ser por él, Auguís os hubiera matado.

—Señor, por la fe que os debo a vos que sois mi hermano y mi señor, os aseguro que no sé quién era, pero me pareció hombre noble y sabio y porque así me lo pareció, creí lo que me decía. Me dijo cosas increíbles, pues era grande el loco atrevimiento de Auguís, que pretendía matarme en medio de nuestro campamento y dentro de mi pabellón.

—¿Reconoceríais al hombre que os habló si lo volvierais a ver?

—Sí, señor, eso me parece.

—Os aseguro, y estad convencido de ello, que hablaré con vos de hoy en once días; pero procurad ese día estar conmigo en todo momento, hasta que haya pasado la jornada, para que yo pueda ver a todos los que hablen con vos y pueda ver si lo conozco.

De esta forma lo acuerdan los dos hermanos. Merlín, que sabía todas estas cosas, lo hizo para que se alegraran y para estar en su compañía. Le dice a Blaise cuáles habían sido las palabras de los dos hermanos sobre él y cómo el rey lo quería probar. Blaise le pregunta:

—¿Qué queréis hacer con ese asunto?

—Son jóvenes y bellos; de ninguna forma podría conseguir su afecto mejor que diciendo una parte de sus deseos, alegrándolos y regocijándolos: conozco a una dama a la que Úter ama; iré a verlo llevándole cartas de parte de la dama, que vos me escribiréis, de modo que me creerá en todo lo que le diga. De esta forma hablaré con ellos el decimoprimer día; me verán y no me reconocerán. El día siguiente volveré con ellos y me tendrán más afecto.

Tal como lo dijo, lo hizo. El undécimo día fue a la ciudad en la que estaban, con aspecto de muchacho que iba con la dama, y se dirigió al lugar donde estaban los dos hermanos juntos; entonces, le dijo a Úter:

—Señor, mi señora os saluda y os envía esta carta.

Úter toma la carta con gran alegría, pensando que se la manda la dama, y pide que se la lean. Decía la carta que debía creer lo que el

muchacho dijera. Merlín le dijo lo que sabía que le agradaría más oír, y de esta forma estuvo durante todo el día hasta la noche ante el rey y ante Úter, que tuvieron una gran alegría. Cuando ya se acercaba la tarde, el rey estaba extrañado porque Merlín le había prometido que ese día iría a hablar con Úter, y no llegaba. Ya anochece y los dos hermanos hablaron juntos, diciendo que Merlín les había mentado.

Mientras tanto, Merlín se retiró un poco y tomó el aspecto con el que había hablado a Úter, y volvió a presentarse a este y a su hermano. Al verlo, el rey le preguntó a Úter si era ese el noble que le había salvado de la muerte y Úter lo reconoció, le mostró un gran gozo y habló con él de muchas cosas diciéndole:

—Señor, me habéis salvado de la muerte entre otras cosas; pero me sorprende que hayáis dicho lo que hice cuando os marchasteis de mi lado; mi hermano me ha contado que vendríais hoy a hablar conmigo y me ha rogado y ordenado que si hablabais conmigo, él lo supiera. Me extraña que mi hermano se enterara de lo que me dijisteis.

—No lo podría saber si no se lo hubiera dicho.

El rey había salido del pabellón, y Merlín le dice entonces a Úter:

—Id en su búsqueda y traedlo; y preguntadle delante de mí quién se lo dijo.

Úter salió del pabellón y ordenó a los que estaban fuera que procuraran que no entrara nadie. Apenas había salido, Merlín tomó el aspecto del muchacho que había llevado la carta; cuando regresaron los dos hermanos, encontraron al paje, y se quedaron sorprendidos:

—Señor —le dice Úter al rey—, esto es maravilloso pues acabo de dejar aquí al anciano del que os hablé y me encuentro con este criado; quedaos aquí, que les voy a preguntar a mis gentes si han visto salir al anciano y entrar a este muchacho.

Úter habla con los que estaban fuera del pabellón, mientras que el rey se echa a reír. Úter pregunta si habían visto salir o entrar a

alguien desde que fue en búsqueda de su hermano.

—Desde que os marchasteis no entró más que el rey y vos.

Entonces, se vuelve Úter y dice:

—Señor, no sé qué ha podido pasar.

Luego, le pregunta al muchacho:

—¿Cuándo has llegado?

—Yo estaba aquí cuando hablasteis con el anciano.

Úter levanta la mano y se santigua diciendo:

—Así me ayude Dios, estoy hechizado, pues nunca le ocurrió semejante cosa a nadie más que a mí.

El rey estaba muy contento y pensaba en su corazón que era Merlín el que había hecho tales cosas:

—Bueno, hermano —dice entonces—, no hubiera pensado que fuerais capaz de mentirme.

—Estoy tan sorprendido que no sé qué decir.

—¿Quién es este criado?

—Señor, es el muchacho que me trajo la carta estando vos presente.

—¿Lo conocíais bien?

—Sí, muy bien.

—¿Os parece que puede ser el anciano por el que vinisteis a buscarme?

—Señor, no podría ser.

—Salgamos pues, y si quiere que lo encontremos, pronto lo encontraremos.

Salieron y estuvieron un momento fuera; luego, le dice el rey a un caballero:

—Id ahí a ver quién hay dentro.

El caballero entró en el pabellón y se encontró al anciano sentado sobre una cama; luego, volvió junto al rey y se lo dijo. Cuando Úter lo oyó, se quedó sorprendido y exclamó:

—Gracias a Dios veo ahora lo que pensaba que ningún hombre pudiera saber; he aquí al anciano que impidió que Auguís me matara.

Cuando el rey lo oyó, sintió una gran alegría y le dio la bienvenida; después, le pregunta:

—Señor, ¿queréis que le diga a mi hermano quién sois?

—Sí, me parece bien.

Entonces, el rey, que conocía bien el asunto, dice:

—Buen hermano, ¿dónde está el muchacho que os trajo la carta?

—Señor, estaba aquí, ¿para qué lo queréis?

El rey y Merlín empiezan a reír y a divertirse los dos; Merlín le dice en secreto al rey todo lo que le había dicho a Úter de su amiga y le pide que lo cuente. El rey se dirige a su hermano riendo y le dice:

—Buen hermano, habéis perdido al criado que os trajo las cartas de vuestra amiga.

—¿Qué sabéis de las cartas que me trajo, ni de quién eran?

—Si queréis, os diré lo que sé del asunto.

—Claro que quiero.

Le contesta así porque pensaba que nadie lo sabía. El rey se lo cuenta todo palabra por palabra, según se lo había dicho el muchacho. Cuando Úter lo oye, se sorprende y le pregunta:

—¿Cómo podría creer que lo supierais de tal forma si el mismo muchacho no os lo hubiera dicho?

—Por Dios, me lo dijo este anciano, que a la vez es el muchacho y que fue el que os avisó de que Auguís iba a mataros: es Merlín, al que fui a buscar en Northumberland y que tiene el poder de conocer todo lo ocurrido y pasado, y sabe una gran parte de las cosas que sucederán.

—Señor —contesta Úter—, si así lo quisiera, este hombre nos sería muy necesario.

Los dos hermanos le ruegan entonces, por Dios y por todo lo que lo van a estimar, que se quede junto a ellos y que le darán lo que quiera.

—Vosotros dos debéis saber —contesta Merlín— que conozco todas las cosas que deseo conocer. Vos, señor —añade dirigiéndose al rey—, sabéis que os he dicho la verdad en todo lo que me habéis preguntado.

—En ningún momento he hallado ninguna mentira.

—Y a vos, Úter, ¿no os dije la verdad con respecto a Auguís y a vuestro amor?

—Me habéis dicho tantas cosas que no podré dudar de vos jamás; y porque sé que sois tan valioso y sabio, querría que os quedarais al lado de mi hermano.

—Me quedaré con mucho gusto, pero quiero que sepáis los dos quién soy, pues por la fuerza de la Naturaleza tengo que vivir lejos de la gente; estad seguros de que en dondequiera que me encuentre, me acordaré de vos y de vuestras obras más que de nadie; y en cuanto sepa que tenéis dificultades en algo, acudiré a ayudaros y aconsejaros. Si deseáis mi compañía, no debe importaros que me vaya, y cuando regrese, mostradme gran alegría ante toda la gente, que así me amarán más los nobles que os aman y los malvados y los que os odian me odiarán. Si me mostráis buena cara, no se atreverán a contradeciros. Estad seguros además de que no volveré a cambiar de aspecto si no es ante vosotros. Ahora, me presentaré

en vuestro albergue con mi verdadero aspecto y los que me han visto otras veces, correrán a deciros que acabo de llegar. Tan pronto como lo oigáis, aparentad que os ponéis contentos; os dirán que soy muy buen adivino: preguntadme tranquilamente todo lo que vuestro consejo os recomiende y os aconsejaré en todo lo que me preguntéis.

Así se quedó Merlín con Pandragón y con Úter su hermano hablando un rato; después, pidió licencia para recobrar el aspecto con el que lo conocía toda la gente. Cuando se presentó ante los que lo habían visto con Vertiger, se pusieron muy contentos y corrieron a decirle al rey que Merlín había llegado. El rey salió a su encuentro y lo recibió con gran alegría, llevándolo a su albergue; apenas llegaron allí, las gentes del consejo del rey se retiraron con Pandragón y le dijeron:

—Señor, este es Merlín, el mejor adivino que hay, bien lo sabemos; rogadle que os diga cómo tomaremos el castillo y cómo terminará la guerra que tenéis con los sajones. Si quiere os lo dirá sin dificultad.

El rey les contesta que se lo preguntará con mucho gusto; pero dejan de hablar de ello porque el rey quería honrarlo antes.

Tres días más tarde, se reunió el consejo del rey y el rey le preguntó a Merlín:

—Mi dulce amigo, he oído decir que sois muy sabio y muy buen adivino; os ruego y suplico, a cambio de hacer siempre vuestra voluntad, que me digáis cómo podré tomar ese castillo y si podré expulsar a los sajones que han entrado en mi tierra.

—Ahora podré probar si sois prudente. Quiero que sepáis que desde que han perdido a Auguís no se preocupan más que en abandonar la tierra y huir. Lo podréis comprobar mañana enviando vuestros mensajeros con treguas; os pedirán que les permitáis dejaros la tierra que fue de vuestro padre; a cambio, los acompañaréis fuera y les entregaréis barcos para que se puedan ir.

—Bien has hablado, y así lo haré.

Entonces el rey envió a Ulfino, que era un consejero suyo, y a otros

caballeros encargándoles el mensaje. Van al castillo y cuando los del castillo los vieron, salieron a su encuentro preguntándoles qué deseaban. Ulfino les dice:

—El rey os concede treguas por tres meses.

—Vamos a tomar consejo —dicen los sajones.

Se retiran y hablan a solas:

—Estamos en muy mala situación porque Auguís ha muerto, no tenemos vituallas para permanecer aquí tanto tiempo como el rey nos ha concedido en sus treguas. Pidámosle que se vaya y que nos deje el castillo, que aceptaremos haciéndonos vasallos suyos y le daremos cada año dos caballeros, diez doncellas, diez halcones, cien lebreles, cien caballos fuertes y cien palafrenes.

Todos aceptan esto y regresan a los mensajeros para decírselo. Los mensajeros vuelven junto al rey y se lo cuentan. Entonces, el rey le pregunta a Merlín qué debe hacer y Merlín le contesta que no debe aceptarlo porque serían graves los daños que recibiría el país y la tierra de esa forma:

—Decidles, sin esperar a más, que abandonen el castillo y lo harán con mucho gusto, pues no tienen qué comer; hacedles saber que jamás tendrán treguas si no salen, y que les entregaréis barcos y naves para que puedan marcharse; si no quieren hacerlo, no haréis prisionero a ninguno de ellos sin darle mala muerte; estoy seguro de que si los dejáis marchar con la vida a salvo, tendrán gran alegría, pues piensan que van a morir.

Tal como le recomendó Merlín, lo hizo el rey, ya que envió a sus mensajeros por la mañana con esta propuesta; cuando los sajones oyeron que podrían marcharse sanos y salvos, tuvieron la mayor alegría desde la muerte de Auguís: abandonaron el castillo y el rey hizo que los acompañaran hasta el puerto, donde les dio barcos. De esta forma los envió el rey Pandragón fuera de su tierra con el consejo de Merlín. Este quedó como señor y formó parte del consejo real, donde estuvo durante mucho tiempo, hasta que un día habló con el rey de un asunto muy importante que le pesó mucho a uno de sus nobles. Este noble fue al rey y le dijo:

—Señor, creéis demasiado a este hombre, pues todo lo que os dice y lo que tiene procede del diablo; si estáis de acuerdo, lo dejaré de tal forma que veréis claramente su ignorancia.

—Os aconsejo —le contesta el rey— que dejéis estar ese asunto, pues de ninguna manera querría que se enfadara.

—Señor, no tocaré su cuerpo ni le diré nada que pueda enojarle.

El rey se lo concedió y cuando el noble tuvo el permiso del rey, se puso muy contento; era un hombre muy sabio, y muy ingenioso en las cosas de la vida; estaba lleno de felonía y era muy rico por su poder y parentela.

Un día se presentó ante Merlín y le mostró una gran alegría y muy buena cara; lo hizo ir ante el consejo del rey, en el que no había más que cuatro hombres; el noble le dijo al rey:

—Señor he aquí a uno de los hombres más sabios del mundo, de los mejores consejeros que hay; he oído decir que le advirtió a Vertiger de su muerte y que moriría por vuestro fuego, y así ocurrió. Señor, por eso os pido a vos y a todos los que aquí están, por Dios, que ya que veis que estoy enfermo, que le roguéis que me diga cómo moriré, si es que lo sabe; estoy seguro de que si quiere, me lo dirá.

Todos ellos se lo ruegan a Merlín, que les responde y le contesta al noble que bien sabía cuál era su intención y el mal deseo que tenía:

—Me habéis suplicado que os diga cómo moriréis, y os lo voy a decir: sabed que el día que muráis os caeréis de un caballo y os romperéis el cuello; de esta forma abandonaréis la vida.

Cuando el noble lo oyó, le dijo al rey:

—Señor, habéis oído que este hombre ha dicho que Dios me protegerá de la enfermedad.

Entonces, llama al rey aparte y le dice:

—Señor, os recuerdo lo que Merlín me ha dicho y lo voy a probar de otra manera más.

Se fue a su casa y se cambió de vestido lo más rápidamente que pudo, regresando a la ciudad en la que se encontraba el rey y fingiendo estar enfermo; ordenó que fueran a buscar al rey en secreto y que fuera a verlo llevando a Merlín, sin que este supiera a quién iban a ver. El rey le contestó que lo haría con mucho gusto y que no le contaría nada a Merlín.

Luego, el rey fue a Merlín y le dijo:

—Vayamos a ver a un enfermo que hay en la ciudad; llevemos con nosotros a quienes os parezca bien.

—Señor —contesta Merlín—, el rey no debe ir a ningún lugar solo, ni tan en secreto que no lleve consigo veinte hombres.

Llamó Pandragón entonces a todos los que quiso y fue a ver al enfermo; al llegar allí, el noble había recomendado a su mujer que se echara a los pies del rey y esta lo hizo, diciéndole:

—Señor, por Dios, haced que vuestro adivino diga si mi señor curará, pues hace tiempo que está enfermo.

El rey puso cara de compasión, miró a Merlín y le preguntó:

—¿Podrías saber algo de lo que esta mujer os pregunta sobre la muerte de su señor y si curará?

—Quiero que sepáis, señor, que este enfermo que aquí yace, no puede morir de la enfermedad que tiene, ni en esta cama.

El enfermo se esfuerza, al parecer, en hablar y dice:

—Señor, por Dios, ¿de qué muerte moriré, pues, cuando salga de esta?

—El día que mueras, te encontrarán colgado y estarás colgado en el sitio en el que morirás.

Luego, Merlín se volvió aparentando estar muy enfadado y dejó al rey en la casa; hizo todo esto porque quería que hablasen con el rey. Después de marcharse, el noble le dijo al rey:

—Señor, si tenéis algún conocimiento, bien os dais cuenta de que está loco y que no puede ser nada de lo que me ha dicho, pues me ha dado a entender dos muertes que no están de acuerdo una con otra; pero quiero probarlo una tercera vez ante vos. Mañana iré a una abadía y me haré el enfermo; enviaré al abad en vuestra busca, que dirá que soy uno de sus monjes y que estoy en mal estado y que teme que muera; os rogará por Dios que vayáis y que llevéis a vuestro adivino. Os ruego por Dios y en provecho vuestro que acudáis y os juro que después no volveré a probarlo nunca más.

El rey le promete que irá llevando a Merlín a su lado.

De esta forma se marchó el rey y fue con Merlín. El otro se dirigió a una abadía y lo hizo todo tal como le había dicho al rey, enviando al abad a que lo buscara. El rey acudió, llevando a Merlín; antes de que el rey hubiera oído misa, el abad se fue a él con veinticinco monjes y le rogó que fuera a ver a un hermano monje, que estaba enfermo, y que llevara a su adivino para saber si el esfuerzo que hacían serviría para algo. El rey le preguntó a Merlín si lo acompañaría y este le contestó que con mucho gusto, pero que antes quería hablar a su hermano Úter en su presencia. Los llamó a solas a los dos y fueron ante un altar, y les dijo:

—Cuanto más os trato, más locos me parecéis. ¿Creéis que no sé de qué muerte va a morir el loco que me está probando? Bien lo sé y hoy le diré una muerte distinta que en las otras dos ocasiones en que preguntó por mí.

—¿Acaso puede morir un hombre —pregunta el rey— tal como habéis dicho?

—Si no muere así —contesta Merlín—, no volváis a creerme en nada de lo que os diga. Bien sé cómo morirá y cómo moriréis vos. Cuando hayáis visto su muerte, preguntaré por la vuestra. A Úter le digo que lo veré rey antes de irme de su lado.

Fueron entonces a donde estaba el enfermo y el abad le dijo al rey:

—Señor, por Dios, haced que vuestro adivino me diga si este noble hombre podrá curarse.

Merlín hizo como si se enfadara y dijo:

—Ya puede levantarse, pues no tiene ningún mal. En vano me prueba, pues tendrá que morir de las dos formas que le he dicho, y le diré una tercera, distinta de las otras dos, pues debe saber que el día que se muera, se romperá el cuello, se ahogará y quedará colgado; quien viva entonces, verá su muerte y verá cómo ocurren estas cosas; podréis probar que lo que digo es cierto. Que no siga fingiendo, pues conozco su mala intención y el pensamiento de su loco corazón.

El noble se levanta y responde en pie:

—Señor, ahora podéis conocer su locura y que no sabe lo que dice. ¿Cómo podría ser que el día que yo muera me rompa el cuello, me ahogue y quede colgado, y que todo esto ocurra el día que yo pierda la vida? Sé muy bien que eso no me puede ocurrir ni a mí ni a ningún otro. Mirad si sois prudente creyendo a tal hombre y haciéndolo señor vuestro y de vuestro consejo.

—No lo dejaré —contesta el rey— por esto, y tampoco hasta que sepa cómo moriréis.

El noble se encolerizó mucho al oír que el rey no quería echarlo del consejo hasta después de que él muriera.

Así quedó el asunto y todos los de la tierra supieron lo que Merlín había dicho sobre la muerte de aquel hombre y estaban deseosos de saber cómo podía ser verdad lo que Merlín había anunciado.

Mucho tiempo después, un día el hombre que tenía que morir, iba cabalgando con mucha gente y llegó a un río, a cuya orilla había un puente de madera; su palafrén tropezó en el puente y cayó de rodillas y el caballero que iba encima salió por delante y cayó con el cuello de tal forma que se lo rompió y el cuerpo se volvió y cayó al río, y uno de los viejos palos del puente le alcanzó a través del vestido, haciendo que los riñones quedaran en alto y él quedó colgando con la cabeza y los hombros dentro del agua. Iban con él tres nobles que al ver que había caído así empezaron a gritar y las gentes acudieron por el puente y por el río en barca lo antes que pudieron. Al llegar allí dijeron los tres a los que intentaban sacarlo

del agua:

—Mirad si se le ha roto el cuello.

Lo miraron y dijeron que se le había roto, y al oírlo, se quedaron sorprendidos y exclamaron que realmente tenía razón Merlín al decir que aquel hombre se rompería el cuello, quedaría colgado y se ahogaría:

—Muy loco es quien no cree a Merlín en todo lo que ha dicho, pues parece que todas sus palabras son verdaderas.

Luego, hicieron con el cuerpo lo que debían y Merlín, que conocía todas estas cosas, fue a Úter al que amaba mucho y le contó la muerte de aquel hombre, de qué manera había muerto y le ordenó que se lo dijera a su hermano el rey, y este así lo hizo. Cuando el rey lo oyó, se quedó sorprendido y le preguntó.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Merlín.

El rey le dijo que le preguntara cómo ocurrió. Úter volvió a Merlín y le preguntó cuándo ocurrió y este le dijo:

—Anteayer. Dentro de seis días vendrán los que se lo van a decir al rey; me voy porque no quiero estar aquí cuando ellos lleguen, pues fían mucho en mis palabras y me preguntarían cosas a las que no quiero contestar; no volveré a hablar ante el pueblo más que de forma oscura, que no sepan lo que digo hasta que lo vean.

De esta forma habló Merlín a Úter; este fue al rey y se lo dijo. El rey pensó que estaba enfadado y lo sintió mucho, y le preguntó a su hermano:

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, pero dijo que no quería estar aquí cuando llegaran las noticias.

Así se quedó el rey y Merlín se marchó a Northumberland, a contarle a Blaise todas estas cosas, que serían materia para su libro.

El rey permaneció allí hasta el sexto día, en que llegaron los que traían las noticias de la muerte de aquel hombre; apenas habían llegado, le contaron al rey el hecho extraordinario que habían visto. Entonces el rey les contestó a todos los que habían oído hablar de Merlín que nunca hubo un hombre tan sabio en aquel tiempo. Y todos juntos dijeron entonces que lo que le oyeran decir que iba a ocurrir, lo pondrían por escrito y así lo acordaron.

De esta forma empezó el Libro de las profecías de Merlín, con lo que dijo sobre el rey de Inglaterra y de todas las demás cosas de que habló después; por eso el libro no cuenta más que lo que él decía, que era lo que ponían por escrito. El rey vivió durante mucho tiempo de esta forma.

Por aquel entonces, Merlín era maestro de Pandragón y de su hermano Úter. Cuando supo que habían hablado así y que iban a poner por escrito sus decisiones, se lo dijo a Blaise, que le preguntó si iban a hacer un libro como el que él estaba escribiendo. Merlín le contesta que no, pues no podrán poner por escrito más que lo que conozcan una vez ocurrido.

Merlín regresó a la corte, donde le contaron las noticias como si no supiera nada. Fue entonces cuando empezó a decir las oscuras palabras con las que se hizo el Libro de las profecías, que no pueden ser conocidas hasta que han ocurrido.

Merlín fue a ver a Pandragón y a Úter y les dijo que los estimaba mucho y que quería su provecho y su honor. Al oírlo, se sorprendieron y le dijeron que les contara con toda tranquilidad lo que quisiera decirles, sin ocultar nada del asunto.

—No os ocultaré nada —les contestó Merlín— que os pueda decir, y os contaré algo extraordinario. ¿Os acordáis de los sajones a los que echasteis de la tierra después de la muerte de Auguís?

Le contestaron que sí, muy bien. Entonces, continuó diciéndoles que se marcharon y contaron en Sajonia las noticias de la muerte de Auguís, que era de un gran linaje; sus familiares dijeron que no volverían a tener alegría hasta que lo hubieran vengado: se disponían a conquistar esta tierra y todo el país.

Cuando los hermanos oyeron esto, se sorprendieron mucho y le preguntaron a Merlín:

—¿Tienen tanta gente como para resistir a los nuestros?

—Contra un hombre vuestro que pueda defenderse, ellos tendrán dos y si no actuáis con prudencia, os destruirán y conquistarán vuestro reino, por encima de vosotros.

—Haremos en todo según vuestras órdenes, y no dejaremos vuestro consejo en nada que nos digáis.

—Os atacarán el once de junio, y no lo sabrá nadie de vuestro reino si no les avisáis vosotros. Os prohíbo que habléis de ello, pero haced lo que os voy a decir: convocad a todos vuestros hombres y a todos vuestros caballeros, ricos y pobres, mostradles la mayor alegría que podáis, pues es muy sensato el conservar el corazón de los hombres; mantenedlos a vuestro lado y aconsejadles a todos y rogadles que estén con todas sus fuerzas la última semana de junio a la entrada de Salesbieres; reunid allí todas vuestras fuerzas a la orilla del río, de tal forma que os podáis defender.

—¿Cómo —pregunta el rey—, dejaremos que lleguen y desembarquen?

—Sí —contesta Merlín—, hacedme caso y alejaos de la orilla, para que no sepan que habéis reunido a vuestros hombres. Cuando se adentren, enviaréis a una parte de vuestra gente a sus naves, para mostrar que no queréis que se queden; cuando vean esto, se preocuparán mucho. Uno de vosotros dos irá con vuestras gentes y os situaréis tan cerca de los sajones, que les obligaréis a acampar, a pesar suyo, junto a la orilla; entonces necesitarán agua y los más atrevidos empezarán a inquietarse; los mantendréis así durante dos días, y el tercero, combatiréis contra ellos. Si lo hacéis de este modo, os aseguro que las gentes de vuestro reino tendrán la victoria.

—Por Dios —le preguntan los dos hermanos—, Merlín, dinos si moriremos en la batalla.

—No hay nada que tenga principio que no se acabe; no hay ningún

hombre que deba preocuparse por la muerte si la recibe como debe y no hay nadie vivo que no deba saber que morirá, y vosotros moriréis, pues ninguna riqueza podrá impedirlo.

—Una vez me dijiste —le dice Pandragón— que conocías mi muerte igual que la del que te probó; en aquel caso, bien vi que tenías razón y por eso te ruego, si te parece bien, que me digas cómo será mi muerte.

—Quiero que los dos —responde Merlín— hagáis que traigan el santuario más alto y las mejores reliquias que tengáis, y que juréis sobre sagrado ambos que haréis lo que os voy a decir, en provecho vuestro y por vuestro honor. Cuando lo hayáis hecho, os contaré todo lo que sé y que os puede ser necesario.

Tal como Merlín lo pide, lo hacen; después de jurar, le dicen:

—Merlín, hemos cumplido tus órdenes; dinos ahora, si te parece bien, por qué nos has hecho que lo hiciéramos.

—Me has preguntado por tu muerte —le contesta al rey—, y qué ocurrirá en la batalla. Te voy a decir tantas cosas que no tendrás que volver a preguntar. ¿Sabéis qué es lo que habéis jurado? Os lo voy a decir: habéis jurado que en el combate seréis leales y valientes con vosotros mismos y con Dios; y sabed que nadie puede ser valiente y leal consigo mismo si no lo es también con Dios. Os diré cómo debéis hacerlo: tendréis que confesaros, pues debéis hacerlo mejor que en cualquier otra ocasión, porque sabéis que tendréis que combatir contra vuestros enemigos. Si sois tal como os digo, estad seguros de que serán vencidos, pues no creen en la Trinidad, ni en los esfuerzos que Jesucristo soportó en la tierra, mientras que vosotros defendéis vuestra legítima herencia, que os pertenece en justicia y por religión. El que muera así, manteniendo su derecho, estará dentro de la ley de Jesucristo, según los mandamientos de la Santa Iglesia, y no debe temer la muerte. Quiero que sepáis, además, que desde que la santa Cristiandad se asentó en esta isla, no hubo nunca una batalla tan grande, ni la habrá en mucho tiempo, como será esa. Os habéis jurado ser nobles y valientes y defender vuestro honor: deseo que sepáis que no os diré nada más de forma clara, pero uno de los dos abandonará la vida. El que regrese mandará hacer el cementerio más hermoso y

más rico que pueda en el lugar del combate, así se lo aconsejo, y os prometo que os ayudaré tanto que mientras dure el cristianismo permanecerá lo que yo haga. Os he dicho que uno de vosotros dos morirá; ocupaos de ser valientes y de obrar bien con el corazón y el cuerpo, según os he pedido; estad dispuestos con el mayor honor que podáis cuando os presentéis ante vuestro Señor. Uno de vosotros dos regresará y por eso no quiero decir quién morirá, porque quiero que los dos seáis valientes, porque lo necesitaréis. Ahora, pensad en estar contentos y alegres y comportaos con sabiduría el uno con el otro, por amor a Jesucristo.

De este modo termina Merlín su consejo; los dos entienden lo que Merlín les ha dicho y lo que les ha aconsejado de buena fe; lo hicieron de ese modo y convocaron a sus hombres y a los nobles de todas sus tierras. Cuando ya acudieron y estuvieron reunidos, les dieron muchas riquezas y les mostraron alegría a los nobles, rogándoles a todos los que estaban bajo ellos que llevaran armas y caballos y que hicieran saber por toda la tierra que la última semana de junio debían estar a la entrada de las llanuras de Salesbieres, junto al río Támesis, para defender el reino. No hubo nadie que oyera hablar de la noticia que no dijera que con mucho gusto acudiría.

Pasó el tiempo y llegó el día de la reunión; los dos hermanos habían cumplido todo lo que Merlín les ordenó y acudieron a la corte que habían convocado en Pentecostés, junto al río; allí se reunió el pueblo e hicieron grandes regalos, mostrando mucha alegría. Permanecieron hasta que oyeron decir que habían llegado los barcos. Cuando Úter supo que estaban en la orilla, justamente el once de junio, no dudó de que Merlín había dicho la verdad y ordenó a sus prelados y representantes de la Santa Iglesia, que no hubiera nadie en todo el ejército sin confesar, que se perdonaran la ira y toda mala voluntad unos a otros; si había alguna razón para que estuvieran en discordia, él lo resolvería después. De esta forma se hizo saber por toda la hueste.

Mientras, los sajones salieron de sus naves, tomaron tierra y permanecieron ocho días. El noveno día montaron a caballo.

El rey Pandragón conocía muy bien las noticias, pues tenía espías suyos en el campamento y sabía que iban a ponerse en marcha. Fue

a Merlín y se lo dijo y este contestó que era cierto. Le pidió que le aconsejara cómo actuar.

—Enviad a vuestro hermano —le contesta Merlín— mañana con muchos hombres. Cuando vea que están bien alejados de los ríos y del mar, que estén en medio de la llanura, y se mantengan a la fuerza tan cerca de ellos que no les quede más remedio que acampar. Cuando hayan acampado, que se retiren. Por la mañana, cuando vayan a marcharse, que los ataquen y los acosen de tal forma que no puedan avanzar ni cabalgar. No habrá nadie tan atrevido que no prefiera estar en el sitio de donde ha venido. Que lo haga de esta forma durante dos días y que el tercero ataque todo vuestro ejército. Tan pronto como amanezca, veréis volar por el aire un dragón rojo, que irá entre el cielo y la tierra. Cuando hayas visto la señal de tu nombre, podrás empezar a combatir pues tus gentes tendrán la victoria.

En este consejo solo estaban presentes Pandragón y Úter; cuando oyeron estas palabras, se sorprendieron y se pusieron muy contentos.

—Yo me voy a ir —añadió Merlín—, estad seguros de lo que os he dicho y sed valientes y buenos caballeros.

De esta forma se separan los tres. Úter se disponía a preparar a sus hombres y a sus gentes para que se situaran entre el río y el ejército, cuando Merlín se lo llevó a un lado y le dijo:

—Piensa en ser valiente, pues no debes temer, porque no morirás en este combate.

Cuando Úter lo oyó, se le alegró todo el corazón. Después, Merlín se marchó a Northumberland, con Blaise, para preparar y poner a punto toda esta historia.

Tal como Merlín les dijo, lo hicieron los dos hermanos: Úter se situó entre los barcos y los sajones, y los atacó en medio de la llanura, lejos del río. Fue contra ellos con tanta frecuencia, que hizo que tuvieran que acampar a pesar suyo, en medio de la llanura, sin agua. Así los tuvo durante dos días, que no pudieron cabalgar en ningún momento. El tercer día, atacó el rey Pandragón con su

gente. Cuando vio que los que estaban en medio de la llanura tenían el ejército ordenado para combatir contra Úter, el rey mandó que se pusieran en orden los suyos, cosa que fue rápida, pues cada uno conocía con qué gente debía combatir. De esta forma se acercaron unos a otros, y cuando los sajones vieron los dos ejércitos, se preocuparon, pues se dieron cuenta de que no podrían regresar a las naves sin combatir. Entonces apareció el monstruo en el aire: era un dragón rojo que arrojaba fuego y llamas por la nariz y la boca, según les pareció a todos los del ejército. Los sajones estaban apesadumbrados y tenían gran miedo.

Entonces, Pandragón y Úter dijeron a su gente:

—Ataquémosles, que están vencidos, pues ya hemos visto todas las señales que Merlín nos había dicho.

Atacaron con tanta rapidez como podían ir sus caballos y cuando Úter vio que las gentes de su hermano llegaban, atacó con sus hombres. Empezó la batalla de Salesbieres. No os puedo contar todo, ni decir quién lo hizo bien y quién no; pero os puedo asegurar que el rey Pandragón murió allí y muchos otros nobles; y la historia cuenta que Úter venció el combate y que hubo muchos muertos entre sus hombres, ricos y pobres. De los sajones no encontramos que escapara ninguno de los que estuvieron presentes, pues se ahogaron en el mar o murieron allí. Así terminó la batalla de Salesbieres.

Después de que Pandragón muriera, Úter quedó como señor del reino. Ordenó que los cuerpos de todos los cristianos se reunieran en un trozo de tierra: cada cual llevó allí el cuerpo de su amigo, unos junto a otros. Úter hizo llevar el cuerpo de su hermano junto a los demás y mandó escribir en la tumba de cada cual quién era. Luego, hizo que colocaran a su hermano más alto que todos los demás y dijo que no haría escribir nada encima pues serían muy locos los que al ver la tumba no la reconocieran como la del señor de todos los que allí yacían.

Después de hacer esto, regresó a Londres con su gente y con los prelados de la Santa Iglesia que estaban con él; se hizo coronar y consagrar y se puso la corona, siendo rey de la tierra después de su hermano. Luego, llegó Merlín, quince días más tarde. El rey le

mostró una gran alegría.

—Quiero que le digas a tu pueblo —le pide Merlín— que ya dije que los sajones iban a venir y que cuentes la promesa que os hicisteis tú y tu hermano y el juramento que hubo.

Úter lo cuenta todo a su gente, cómo había actuado su hermano en todas las cosas que Merlín les había dicho, salvo con respecto al dragón, del que no sabía más que los demás. Entonces, Merlín dijo y contó el significado del dragón, que había llegado como símbolo de la muerte de Pandragón y de la salvación de Úter y que el rey murió por él. Por el dragón fue llamado Uterpandragón el resto de los días y así se hizo llamar de entonces en adelante. De esta forma supieron que las órdenes y consejos que Merlín había dado a los dos hermanos habían sido acertados.

Merlín permaneció mucho tiempo y fue ayo del rey Uterpandragón y de su consejo, hasta que pasado el tiempo, llamó al rey y le dijo:

—¿Cómo, no vas a hacer más por tu hermano Pandragón, que yace en la llanura de Salesbieres?

—¿Qué quieres que haga? Haré lo que me aconsejes.

—Juraste, y yo prometí, que haríamos una cosa que permanecería mientras existiera el mundo; cumple tu juramento y yo cumpliré mi palabra.

—Dime qué puedo hacer y lo haré con gusto.

—Emprende algo que no se sepa y de lo que se hable siempre.

—Así lo haré.

—Envía entonces por unas grandes piedras que hay en Irlanda: manda dos barcos que las traigan, y en cuanto estén aquí, yo las pondré de pie. Iré para indicarles cuáles son y que las traigan.

El rey le contesta que enviaría por las piedras con mucho gusto y así lo hizo, haciendo que fueran numerosos barcos. Cuando llegaron a Irlanda, Merlín les indicó unas piedras grandes, largas y gruesas y les dijo:

—Estas son las piedras que hemos venido a buscar.

Al verlas, lo tuvieron por una gran locura y dijeron que apenas entre todo el mundo se podría mover una de ellas:

—Y no podremos meterlas en nuestros barcos para ir por el mar.

—Si no queréis hacerlo —les responde Merlín—, habéis venido para nada.

Se vuelven con el rey y le cuentan lo que Merlín les había ordenado hacer, aun a sabiendas de que ningún hombre mortal podría hacerlo. El rey les dice:

—Esperad a que venga.

Cuando Merlín llegó, el rey le contó lo que las gentes le habían dicho.

—A pesar de que todos me han fallado —contesta Merlín—, yo cumpliré con mi promesa.

Entonces hizo que las piedras llegaran de Irlanda mediante artes, y aún están en el cementerio de Salesbieres. Al llegar, el rey fue a verlas junto con todo su pueblo, por lo extraordinario que resultaba. Cuando estuvieron ante ellas, dijeron que entre todo el mundo no podrían mover una y se preguntaban sorprendidos cómo pudo hacerlas llegar, pues nadie lo había visto ni sabido. Merlín pidió que las levantaran en pie, pues estarían mejor derechas que tumbadas. El rey le contesta que nadie, sino Dios, podría hacerlo:

—A no ser que tú lo hagas.

—Marchaos —dice Merlín—, que haré que se pongan en pie, y así habré cumplido con mi promesa a Pandragón, pues habré empezado por él una cosa que no podrá ser acabada.

De tal forma Merlín hizo enderezar las piedras que aún están en el cementerio de Salesbieres y permanecerán allí mientras dure el mundo. Así quedó el asunto.

Merlín fue a ver al rey Uterpandragón, le sirvió mucho y lo amó.

Había pasado mucho tiempo y sabía que también él lo amaba y le creería en todo lo que le dijera.

Un día, Merlín se presentó al rey y le dijo a solas:

—Tendría que descubriros los más altos asuntos que conozco, pues veo que toda esta tierra es vuestra y que sois el señor de ella, que nadie podría estar mejor en su reino. Por eso y porque os estimo, quiero deciros una cosa: ¿no recordáis que Augúis os hubiera matado de no ser por mí? Por eso me parece que deberíais creerme y amarme.

—No hay nada que quieras decir —le responde Uterpandragón— que yo no lo crea de inmediato y que haga en ello todo lo que pueda.

—Señor, si lo hacéis, será en provecho vuestro, pues os voy a enseñar una cosa que no os pesará, ya que no podéis hacer nada para conseguir tan fácilmente el amor de Dios.

—Apenas digas qué es, si la puede hacer un hombre, ordenaré que la hagan de inmediato.

—Os resultará raro lo que os voy a decir y os ruego que lo ocultéis y no se lo digáis ni al pueblo, ni a vuestros caballeros, pues quiero que el provecho, el honor y la honra sean para vos.

El rey le contesta que no hablaría de ello más que con él.

—Señor, debéis creer y saber que yo conozco las cosas ocurridas, hechas y dichas; quiero que sepáis que ese don lo recibí del diablo. Señor, Nuestro Señor, que es todopoderoso, me ha dado el don de saber y conocer las cosas que van a ocurrir y por esa virtud los diablos se han quedado sin mí, pues si Dios quiere no haré su voluntad. Ya sabéis, señor, de dónde me viene el poder que tengo para hacer las cosas que llevo a cabo; ahora os diré lo que sé de los designios de Nuestro Señor y qué quiere que hagáis; cuando lo sepáis, procurad honrarle según su voluntad. Señor, Nuestro Señor vino a la tierra a salvar a los hombres y en la Cena dijo a sus apóstoles: «Uno de vosotros me traicionará». Fue tal como dijo y el que lo traicionó abandonó su compañía y lo hizo según había dicho.

Después, Nuestro Señor padeció la muerte por nosotros; un caballero lo pidió para quitarlo de la cruz y se lo concedieron a cambio de su dinero. Ese soldado amaba mucho a Nuestro Señor que quiso y consintió en ser entregado a él. Sus apóstoles tuvieron después grandes penas y pasaron mucho miedo, hasta que Nuestro Señor resucitó y el soldado fue a un lugar desierto, con parte de su familia y con otra gente que lo seguía. Allí pasaron gran hambre y se quejaron al caballero, que era su señor. Este suplicó a Nuestro Señor que mostrara por qué quería que pasaran esos padecimientos y Nuestro Señor le ordenó que hiciera una mesa y que cuando la tuviera cubierta con un mantel blanco, hiciera pasar el vaso por delante de todos. Señor, ese vaso se lo entregó Jesucristo y con él separó a los buenos de los malos. Quien se sienta a esa mesa tiene todo lo que desea en el corazón, y lo logra de todas las maneras. En la mesa hay un lugar vacío. Su lugar se quitó hasta que Nuestro Señor sentó a otro hombre que ocupaba su sitio para que fueran doce, y ese es el sitio que hay vacío. De esta forma ha habido esas dos mesas y así Nuestro Señor sacia el corazón de los hombres. En esta segunda mesa llaman al vaso Grial, que es el que les da la gracia. Si me creéis, mandaréis hacer la tercera mesa, en nombre de la Trinidad, y con esas tres mesas se representará a la Trinidad en sus tres partes: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Os prometo que si lo hacéis, recibiréis grandes bienes y grandes honras en las armas y en vuestra propia persona, de tal modo que en vuestro tiempo ocurrirán tales cosas que os sorprenderán mucho. Si queréis hacerlo, yo os ayudaré y os prometo que si la hacéis, será una de las cosas de las que más hablará el pueblo, pues Nuestro Señor ha concedido una gran gracia a quienes se ocupen de ella y os digo que el vaso y las gentes que lo guardan vinieron a Occidente por voluntad de Jesucristo. Y esos mismos, que no saben dónde está el vaso, se han puesto en marcha siguiendo el camino que Nuestro Señor les indica ya que Él lleva a buen punto todas las cosas. Si me creéis, haréis lo que os voy a recomendar y si lo hacéis y me creéis, os alegraréis mucho por haberlo hecho.

De esta manera habla Merlín a Uterpandragón, que se pone muy contento y le contesta:

—No quiero que Nuestro Señor pierda nada por mi culpa, teniendo que hacerse su voluntad; antes bien, quiero que sepas que deseo

cumplir su voluntad y a ti te hago responsable de todo: no me ordenarás nada que pudiéndolo hacer, no lo haga.

De esta forma el rey Uterpandragón se lo encargó a Merlín, que se puso muy contento y le contestó:

—Pensad dónde queréis que se haga.

—No quiero que se haga sino donde tú prefieras y donde sepas que estará más según la voluntad de Jesucristo.

—Lo haremos en Carduel, en Gales; manda que se reúna allí tu pueblo en Pentecostés: disponte a hacer grandes regalos y a estar contento. Yo iré delante y mandaré construir la mesa y vos me entregaréis dinero y gente para que haga lo que yo ordene. Cuando llegues, tu pueblo ya estará reunido y yo dirigiré a los que deberán sentarse a la mesa.

Tal como Merlín lo contó, lo hizo el rey, que mandó saber por todo su reino que reuniría la corte de Pentecostés en Carduel, en Gales; y que todos los caballeros y las damas se reunieran allí con él. De esta forma lo hizo saber el rey por todas partes.

Merlín se marchó y mandó construir la mesa, y todo lo que sabía que era necesario para ella. De esta forma permaneció hasta la semana de antes de Pentecostés, en que el rey llegó a Carduel.

Al llegar, le preguntó a Merlín cómo le había ido y este le contestó que muy bien. Reunió al pueblo, y acudió una gran cantidad de caballeros, de damas y de otra gente.

Entonces, el rey le dijo a Merlín:

—¿Qué gente elegirás para que se sienten a la mesa?

—Mañana veréis que suceden cosas que jamás pensasteis ver; sentaré a la mesa a los más nobles de vuestro reino y a partir del momento en que se sienten, no querrán volver a sus países, ni a sus tierras, y no querrán marcharse de aquí. Podréis ver y conocer a los más valientes.

—Con mucho gusto lo veré.

Tal como lo había dicho Merlín, lo hizo el día siguiente, que era el día de Pentecostés. Merlín eligió a cincuenta caballeros, les rogó e hizo que les rogaran que se sentaran a aquella mesa y que comieran los manjares, y ellos lo hicieron con mucho gusto. Luego, Merlín, que era hombre de grandes artes, dio la vuelta alrededor de ellos y llamó al rey cuando ya estuvieron sentados, mostrándole un lugar vacío. Otros muchos vieron el sitio, pero no sabía nadie qué significaba ni por qué estaba vacío: solo el rey y Merlín sabían la verdad. Después, le dijo al rey que fuera a sentarse y este le contestó que no lo haría hasta haber servido a los que estaban a la mesa. Tras hacerlo, fue a sentarse. De esta forma pasaron los ocho días y el rey regaló grandes riquezas y muchas joyas hermosas a damas y a doncellas.

Llegado el momento de la despedida, el rey se dirigió a los nobles y les preguntó cómo estaban y ellos le contestaron:

—No tenemos ninguna intención de irnos nunca de aquí, y de no estar todos los días a la mesa a la hora de tercia. Haremos que vengan nuestras mujeres y nuestros hijos y de esta forma viviremos para mayor placer de Nuestro Señor, pues esa es nuestra intención.

—¿Ese es vuestro deseo?

—Sí, ciertamente; nos preguntamos cómo puede ser, pues muchos de nosotros no teníamos relación y nunca nos habíamos visto; pocos somos los que nos conocíamos y ahora nos queremos tanto o más como un hijo a su padre; y nos parece que nunca nos separaremos a no ser que la muerte nos separe.

Cuando el rey oyó que hablaban así, lo tuvo por extraordinario, y lo mismo les ocurrió a cuantos lo oyeron. Uterpandragón se puso muy contento y ordenó que fueran amados, estimados y honrados en la ciudad como si fueran su propia persona. De esta forma creó el rey la Mesa. Luego, fue a Merlín y le dijo, cuando ya toda la gente se había marchado:

—Ciertamente me dijisteis la verdad y ahora creo que Nuestro Señor quiere que esta Mesa dure; pero me sorprende el sitio vacío. Te querría suplicar que, si lo sabes, me digas quién será el que lo ocupará.

—Te puedo decir que no será ocupado en tu tiempo y que el que lo ocupe aún no ha sido engendrado; el que se siente en él, tendrá que terminar con las aventuras del Grial, pero esto no ocurrirá en tu tiempo, sino en el del rey que reine después que tú. Te ruego que el resto de tu vida convoques las reuniones y las cortes en esta ciudad, que permanezcas en ella y que reúnas la corte tres veces al año.

El rey le contesta que lo hará con mucho gusto.

—Señor —le dice Merlín luego—, me voy a ir y no me volveréis a ver en mucho tiempo.

El rey le pregunta que adónde se marcha:

—¿Entonces, no estarás en esta ciudad en las fiestas que yo celebre?

—No estaré, pues quiero que crean lo que van a ver que ocurre y no desearía que dijieran que yo lo he hecho.

De esta forma se separó Merlín de Uterpandragón y volvió a Northumberland con Blaise, al que le contó las cosas y los hechos de esta mesa y otras muchas cosas que oiréis en su libro. Merlín permaneció más de dos años sin volver a la corte.

Los que no lo querían y fingían quererlo se presentaron un día al rey, que estaba en Carduel para la corte de Navidad, y le preguntaron que a qué se debía que no se sentara en el lugar vacío un noble, ya que así la mesa estaría completa.

—Merlín me dijo algo extraordinario de ese sitio, que nadie podría ocuparlo en mi tiempo y que aún no había nacido el que debía sentarse en él.

Se rieron con falsedad, como falsos que eran, y le dijeron al rey:

—Señor, no creáis que vaya a haber nunca gentes mejores que nosotros, ni que en vuestra tierra haya caballeros tan buenos como los que se sientan ahora a la mesa.

—No lo sé; pero eso fue lo que me dijo.

—Nada valéis si no lo probáis.

—No lo intentaré, pues temo faltar y que Merlín se enfade.

—No os decimos que lo intentéis ahora. Pero nos habéis dicho que Merlín sabe todo lo que se hace, y si lo sabe, sabe que estamos hablando de él y de sus obras; si está vivo vendrá y no dejará que ocupe nadie este lugar, por la gran mentira que os ha dicho. Si no viene de aquí a Pentecostés, permitidnos que lo intentemos y lo haremos con mucho gusto. En vuestra familia hay muchos nobles que querrían probarlo si se lo permitís, y así podréis ver si durarán.

—Si no pensara que podría pesarle a Merlín, no habría cosa que hiciera con más gusto.

—Si Merlín está vivo y lo sabe, vendrá sin duda antes de que lo probemos. Permitid que cuando llegue Pentecostés, si no ha venido, lo intentemos.

El rey se lo otorga y ellos se ponen muy contentos, pensando haber obrado bien.

De esta forma quedó la cosa hasta Pentecostés. El rey hizo saber por toda su tierra que se reunieran con él en Carduel, pues tendría la corte de Pentecostés en esa ciudad.

Merlín, que conocía todas estas cosas, le contó a Blaise las malas intenciones de aquellos nobles que habían emprendido tal obra y dijo que no iría, pues sabía que querían probar el sitio y que preferiría que lo probasen para su mal, mejor que para su bien; y que si iba, dirían que había acudido para perjudicar a la corte y que los que habían tramado esto no dejarían en modo alguno de sentar a alguien allí, y por eso dijo Merlín que no iría y que esperaría hasta once días después de Pentecostés.

El rey fue a Carduel acompañado por mucha gente. Los que acudieron para probar el asiento, hicieron decir por todas partes que Merlín había muerto, que lo habían matado villanos en un bosque, donde lo habían encontrado llevando vida silvestre. Esto decían, y lo habían dicho por tantas partes, y lo habían hecho decir tanto, que el mismo rey lo pensaba, ya que tardaba en llegar, y no se ocupaba de la prueba del asiento. La vigilia de Pentecostés avanzó el que quería probar el sitio; era hombre de muy buena

familia y de gran riqueza.

—Señor —le dijo al rey—, tenemos que probar este sitio.

—¿Quién se sentará en él?

—No se sentará nadie, sino yo mismo.

Entonces, el caballero fue a la mesa, donde estaban sentados los otros y les dijo:

—Vengo a sentarme con vosotros, para daros compañía.

No le contestaron nada, sino que se portaron con gran simplicidad y miraron lo que hacía. El rey estaba allí con mucha gente. El caballero se dirigió al lugar y, pasando entre dos hombres nobles, se sentó; apenas había colocado los muslos encima del asiento, se derribó como un caldero de plomo y así se perdió ante todos, sin que nadie supiera qué había ocurrido con él. Cuando los demás comprobaron que había desaparecido, intentaron sentarse en su asiento, pero el rey ordenó a los nobles que pertenecían a aquella mesa que se levantaran, para que nadie supiera cuál era el lugar, cuando estuvieran de pie, y así lo hicieron inmediatamente. Fue grande el duelo que hicieron en la corte, que quedó perturbada por este hecho. Pero el rey fue el más sorprendido, y se consideraba engañado por el caballero: Merlín le había advertido que nadie debía sentarse en aquel sitio y el caballero no quiso creerlo. El mismo rey se lo había prohibido, pero a pesar de todo no quiso dejar de probarlo. De tal forma se excusaba el rey.

Cuando llegó el decimoquinto día, se presentó Merlín en la corte; el rey, al oír decir que Merlín había vuelto, se puso muy contento y fue a su encuentro. Apenas vio Merlín al rey, le dijo que había obrado mal permitiendo que se sentara nadie en aquel sitio. El rey le respondió:

—Me engañó.

—Así les ocurre a muchos —le contestó Merlín— que piensan engañar a otros y se engañan a sí mismos. Bien lo puedes saber, ya que decía y daba a entender que villanos me habían matado.

—Ciertamente, así lo dijo.

—Ya estáis escarmentados para no volver a probar más el sitio; te aseguro que te sucedería alguna desgracia, pues el asiento y la mesa tienen un profundo significado y es algo muy alto, muy digno y le hará gran bien a los habitantes de este reino.

El rey le pidió que, si le parecía bien, le dijera qué había sido del caballero que se sentó en aquel asiento, «pues me parece algo sorprendente lo ocurrido».

—No eres tú quien debe buscar lo ocurrido, ni de nada te valdría el saberlo; piensa en los que tienen un sitio en la mesa y en mantener lo que habéis emprendido, haciéndolo de la forma más honrosa que podáis. Ven a esta ciudad a celebrar todas tus fiestas y alegrías, en honor a la mesa, pues bien sabes por la prueba que has visto que es de gran dignidad y que no la honrarás demasiado nunca; yo me iré. Procura hacer todo lo que te he dicho.

El rey le contesta que lo hará con mucho gusto.

De esta forma se separaron el rey y Merlín. Cuando el rey supo que Merlín se había ido, mandó construir en la ciudad hermosas casas y bellos albergues, pues tendría allí las reuniones y las cortes el resto de sus días; hizo saber por toda su tierra que en fiestas como Navidad o Pentecostés, o Todos los Santos, estaría en Carduel, que lo supieran todos los de su reino, y que todos los de su reino debían acudir allí sin ser convocados.

De esta forma transcurrió mucho tiempo durante el cual el rey reunía habitualmente sus cortes en Carduel, hasta que una vez tuvo deseos de convocar a todos sus nobles, y les pidió que por honor y estima hacia él acudieran con mujeres, vasallos y caballeros. De esta forma los convocó el rey, enviando por todas partes sus cartas. Y así como el rey lo ordenó y mandó, lo hicieron: hubo numerosas damas, caballeros y doncellas.

No os lo puedo decir ni contar todo, ni los que acudieron a la corte, pero os hablaré de aquellos a los que se refiere mi historia, y lo haré por orden. Mientras tanto, quiero que sepáis que estaba allí el duque de Tintagel e Igerne, su mujer, a la que quería mucho el rey,

aunque nunca lo mostró más que contemplándola con más gusto que a los demás. Esta se dio cuenta y apreció en su corazón que el rey la quería; cuando estuvo segura, procuraba tardar y evitar el ir a presencia del rey con la gente, pues era muy hermosa y muy leal hacia su señor. Por su amor y para que no se diera cuenta nadie, el rey envió joyas a todas las damas que estaban en la fiesta y a Igerne le regaló unas que pensaba que le gustarían. Esta las vio y vio que a las demás no les había enviado nada que valiera tanto, y no se atrevió a rechazar su joya, sino que la aceptó, pensando en su corazón que el rey había dado las joyas a todas las damas por ella, pero no quiso aparentar que se hubiera dado cuenta.

De esta forma tuvo el rey Uterpandragón su corte, a la que los nobles llevaron a sus mujeres; lo hizo por amor de Igerne, de la que estaba tan prendado que no sabía qué hacer. Luego, se despidió la corte, pero antes de que se marcharan, el rey les rogó a todos sus nobles que volvieran a su lado para Pentecostés, del mismo modo que lo habían hecho, llevando a sus mujeres como en esta ocasión. Le prometen todos que así lo harán.

De esta forma quedaron las cosas. Cuando el duque de Tintagel se fue de la corte, el rey lo acompañó y lo honró mucho. Le dijo a Igerne, la mujer del duque, que se llevaba su corazón, pero esta no dio muestras de haberlo oído. Se marchó el duque y se despidió del rey, junto con su mujer. El rey se quedó en Carduel mostrando gran alegría a los nobles de la mesa que habían quedado, y esto le servía de gran consuelo, pero su corazón estaba con Igerne y así permaneció hasta Pentecostés. Entonces, volvieron a reunirse todos los nobles y las damas.

El rey se puso muy contento al saber que Igerne había llegado: dio grandes regalos a los caballeros y a las damas; hizo que el duque e Igerne se sentaran delante de él a comer y le regaló tanto y mostró tal amabilidad, que Igerne no tuvo ninguna duda de que el rey la amaba. Estaba muy preocupada y lo pensaba continuamente, pero no se atrevía a hablar. El rey mostraba gran alegría durante la fiesta y se divertía con sus nobles. Pasada la festividad, se dispusieron a volver a sus tierras y se despidieron. El rey les rogó que regresaran a la corte con sus mujeres cuando los convocara para la próxima vez y le contestaron que así lo harían.

De este modo se separó la corte. El rey pasó durante todo el año malestar por el amor de Igerne; al cabo de este tiempo, ya no pudo ocultarlo más y se lamentó a dos privados suyos; les contó la angustia que sentía por Igerne y le contestaron:

—¿Qué queréis que hagamos?

—¿Cómo puedo hacer para estar más tiempo a su lado?

Le respondieron que si iba a la tierra en la que ella se encontraba sería censurado y las gentes se darían cuenta.

—Entonces, ¿qué consejo me daríais?

—El mejor consejo que os podemos dar es que convoquéis una corte extraordinaria en Carduel y que hagáis saber a todos los que acudan que no se marcharán en quince días, que vengan provistos para permanecer la quincena y que cada uno de vuestros nobles venga con su mujer; de esta forma podréis estar durante mucho tiempo con Igerne y disfrutar de vuestro amor.

Cuando el rey oyó esto, le pareció que le aconsejaban bien y lo hizo tal como le habían dicho. Convocó a sus nobles para que estuvieran en Pentecostés en Carduel, con sus mujeres, y que vinieran provistos para permanecer allí quince días. Acudieron con las mujeres tal como el rey había mandado.

En aquel Pentecostés el rey se preparó para llevar corona y se la puso; hizo que sus nobles recibieran muchos ricos regalos y que regalaran riquezas a quienes pensó que las utilizarían bien. El día que el rey celebró la fiesta habló con un consejero suyo en el que confiaba mucho, llamado Ulfino, y le preguntó qué podía hacer, porque el amor de Igerne estaba matándolo, que no podía dormir ni descansar y que si no recibía algún consejo, pensaba que moriría pronto, ya que no tenía fuerzas para vivir.

—Señor, sois muy simple si por el deseo de una mujer pensáis morir: yo, que soy un pobre hombre en comparación con vos, si la amara tanto como vos, no pensaría morir, pues nunca oí hablar de mujer que siendo bien rogada y requerida no se pudiera tener su voluntad mediante hermosos regalos, amando y honrando a todos y

a todas las que están a su alrededor, haciéndoles y diciéndoles la voluntad y lo que se desea, siempre que se puede; nunca oí hablar de mujer que pudiera resistir frente a esto y que impidiera hablar con ella. Tú que eres rey te afliges y eso te pasa por debilidad del corazón.

—Ulfino, has hablado muy bien y sabes muy bien lo que conviene en este asunto. Te ruego que me ayudes de todas las formas que puedas; toma de mi habitación lo que desees y dalo a todos aquellos y a todas aquellas que están al lado de Igerne. Piensa en hacer algo que le agrade y habla con ella como sabes, pues lo necesito.

—Dejadlo por ahora, pues yo me ocuparé de eso.

De esta forma habló el rey con Ulfino, que le dijo:

—Señor, Amor no es razonable cuando se va contra su voluntad; procurad estar a bien con el duque, dadle compañía siempre que podáis, y yo procuraré hablar con Igerne.

El rey le responde que lo hará bien y así se disponen a hacerlo. El rey mostró una gran alegría al duque y a su compañía durante los ocho días que estuvieron allí; le dijo e hizo todo lo que deseó, dándole hermosos regalos a él y a sus compañeros. Ulfino habló con Igerne y le dijo las cosas que pensó que más le agradarían, llevándole en muchas ocasiones hermosas joyas. Igerne se defendía y no quería aceptar nada, hasta que un día llamó a Ulfino a solas y le dijo:

—Ulfino, ¿por qué me queréis regalar esas joyas y tan hermosos regalos?

—Por vuestra gran belleza, por vuestro hermoso comportamiento; y no os doy nada, ya que toda la riqueza del reino de Logres es vuestra y los más nobles y valientes están a vuestra disposición, dispuestos a hacer vuestra voluntad.

—¿Cómo?

—Vos tenéis el corazón del que hace que todos los demás le obedezcan; ese corazón es vuestro y os obedece a vos. Por esa

razón, el resto está a vuestra merced.

—¿De qué corazón me habláis?

—Del corazón del rey.

Igerne alza la mano y se santigua, diciendo:

—Dios, qué traidor es el rey que finge amar a mi señor y a mí, y quiere afrentarlo. Ulfino, procura no volver a decirme tales palabras, pues quiero que sepas que se las diría a mi señor y si este las supiera, morirías; solo se las ocultaré esta vez.

—Me sería un honor morir por mi señor; nunca una dama se defendió como vos hacéis prohibiéndole al rey amar, aunque os ama más que a nada vivo o muerto; pero quizá estáis burlándoos. Os ruego, señora, que por Dios tengáis compasión del rey vuestro señor y de vos misma, pues si en esto no fuerais compasiva, podría ocurrir una gran desgracia y ni vos ni el duque vuestro señor resistiríais frente a su voluntad.

—Si Dios quiere —contesta Igerne llorando—, me defenderé de forma que no estaré nunca en un sitio donde me pueda ver.

Así se separaron Ulfino e Igerne. Ulfino regresó junto al rey y le contó todo lo que Igerne le había dicho. El rey le contestó:

—De esa forma tiene que responder una buena dama; no dejaré de rogarle a pesar de todo, pues una buena dama nunca fue vencida fácilmente.

Once días después de Pentecostés estaba el rey sentado a la mesa y el duque de Tintagel estaba cerca de él. El rey tenía delante una copa de oro bellísima. Ulfino se arrodilla ante el rey y le dice:

—Enviadle esta copa a Igerne y decidle al duque que le ordene que la tome y que beba por vuestro amor; enviádsela llena de buen vino mediante alguno de sus caballeros.

El rey le contesta que lo hará con mucho gusto y le dice al duque todo según le había aconsejado Ulfino. El duque le contesta como quien no piensa en ningún mal:

—Señor, muchas gracias; la tomará de muy buen grado.

El duque llama a uno de sus caballeros con el que se llevaba muy bien y le dice:

—Bretel, tomad esta copa y llevádsela a vuestra señora de parte del rey, diciéndole que le ordeno que beba por amor al rey.

Bretel tomó la copa y se dirigió a la mesa en la que estaba sentada Igerne; se arrodilló ante ella y le dijo:

—Señora, el rey os envía esta copa y mi señor os ordena que la toméis y que bebáis por amor al rey.

Al oír esto, sintió una gran vergüenza y se ruborizó, no atreviéndose a rechazar la orden de su señor el duque; tomó la copa y bebió, devolviéndosela con el caballero al rey.

Bretel le dice:

—Señora, mi señor ha ordenado que os la quedéis y el mismo rey así lo ruega.

Cuando oyó estas palabras, se dio cuenta de que tenía que aceptarla. Bretel regresó y se lo agradeció al rey de parte de Igerne, que no había dicho ni una palabra. El rey se puso muy contento porque se había quedado con la copa. Ulfino se dirigió a la mesa en la que estaba Igerne para ver la cara que tenía y la encontró muy triste y pensativa, al parecer. Cuando levantaron las mesas, Igerne lo llama y le dice:

—Ulfino, con traición me ha enviado vuestro señor una copa. Sabed que no ganará nada y que antes de que llegue el día de mañana lo avergonzaré y le diré a mi señor la traición que el rey y vos estáis buscándole.

—No sois tan loca como para no saber que cuando una mujer le dice a su señor esas palabras, no es creída, y por eso os guardaréis mucho de hacerlo.

—Mal haya quien se guarde.

A continuación, Ulfino se separó de Igerne; el rey había terminado de comer y se lava las manos muy contento. Le da la mano al duque y le dice:

—Vayamos a ver a las damas.

—Con mucho gusto.

Se van a la habitación en la que Igerne había comido junto con las demás damas. Apenas vio llegar al rey, supo que lo hacía por ella. El rey empezó a hablar y estuvo un rato con las damas y de esta forma permaneció Igerne hasta la noche. Cuando anocheció, se fue a su albergue seguida por el duque, que la encontró llorando con amargura. Al verla llorar, se quedó sorprendido, la tomó entre sus brazos, como quien mucho la quería, y le preguntó qué le pasaba.

Le respondió que desearía estar muerta. El duque le preguntó:

—Señora, ¿por qué?

—Señor, no os lo ocultaré, pues no hay nada a lo que ame tanto como a vos. Señor, el rey dice que me ama y que todas las cortes que veis que reúne con otras damas a las que hace venir es por amor a mí y por tener motivo para que me traigáis. Lo sé desde que se reunió la otra corte y desde entonces rechazaba sus regalos, que no acepté nada suyo hasta hoy. Ahora me habéis hecho tomar la copa y me ordenasteis, a través de Bretel, que bebiera por su amor. Por eso querría estar muerta, pues no puedo resistir frente a él y a su consejero Ulfino. Ya sé que desde que os lo he dicho ocurrirán desgracias; os ruego y pido como mi señor que sois, que me llevéis a Tintagel, pues no quiero seguir en esta ciudad.

Cuando el duque oye estas palabras lo siente mucho, pues ama a su mujer más que a nada. Convoca a sus caballeros que estaban por toda la ciudad, y cuando se reunieron, lo vieron y se dieron cuenta de que estaba enfadado. Entonces, les dice:

—Preparaos para cabalgar en secreto, que nadie sepa una palabra hasta que yo os lo diga.

—Sea según vuestras órdenes.

—Dejad vuestros ajuares, pero llevaos las armas y los caballos; mañana os llevarán el resto, pues no quiero que el rey sepa que me voy, y que no lo sepa ningún otro.

Tal como el duque lo había ordenado, lo hicieron los caballeros. Montaron el duque, su mujer y su mesnada y regresaron a su tierra. Por la mañana, cuando supieron que el duque se había marchado, fue grande el tumulto que hicieron sus gentes que habían quedado junto al rey. Cuando el rey supo que el duque se había ido de esa forma lo sintió mucho y le pesó que se hubiera llevado a Igerne. Convocó a los nobles de su consejo y les mostró la afrenta que el duque le había causado. Estos se preguntaban admirados por qué lo había hecho, y dicen que ha cometido una gran locura. El rey les ruega que le aconsejen cómo puede tener una reparación y le contestan, ignorantes de los motivos del duque:

—Señor, exigidle lo que queráis.

El rey les cuenta que había hecho más honor al duque que a ninguno de los otros nobles y todos le responden que era cierto y que les admira por qué habría cometido tan gran ultraje.

—Si os parece bien —dice el rey— le ordenaré que regrese a reparar la falta que ha cometido contra mí, y que venga del mismo modo que se fue, para que sea todo justo.

El consejo está de acuerdo. Dos nobles fueron como mensajeros de parte del rey y cabalaron hasta que llegaron a Tintagel, donde estaba el duque, al que le dieron el mensaje, según se les había ordenado. Cuando el duque oyó que tenía que regresar con su mujer Igerne, les dijo a los mensajeros que no iría a la corte:

—Pues él y los suyos me han causado tal agravio que no debo volver a creer en ellos, ni entrar en su corte, ni aceptar su merced; y no hablaré más del asunto, pues pongo a Dios por defensor mío, que el rey ha hecho tales cosas estando yo allí, que no puedo volver a prestarle fe.

Los mensajeros dejaron al duque en vista de que no podían lograr otra cosa, y cuando ya se habían ido, el duque llamó a los nobles de su consejo privado y les contó por qué se había marchado de

Carduel, la deslealtad y la afrenta que el rey le hacía intentando deshonrarle con su mujer.

Cuando oyeron este asunto, se sorprendieron y dijeron que no lo tolerarían, si Dios así lo permitía, y que bien merecía ese agravio quien había buscado tal cosa a su vasallo natural.

—Os ruego —dice el duque— a todos vosotros y os pido por Dios y por vuestro honor que me ayudéis a defender mi tierra si me ataca, pues así tenéis que hacerlo.

Le contestan que así lo harán hasta que les corten la cabeza. De esta forma tuvo el consejo el duque con sus hombres.

Los mensajeros regresaron a Carduel, donde encontraron al rey y le contaron todo, a él y a su consejo, diciéndoles lo que habían obtenido. Todos respondieron que les sorprendía la locura del duque, pues lo consideraban hombre muy prudente. El rey les pidió, como vasallos suyos que eran y amigos, que le ayudaran a vengar semejante afrenta que le había causado el duque. Le responden que no pueden impedirlo, pero le ruegan, para mantener la lealtad, que lo desafíe antes para un plazo de cuarenta días. El rey así lo hace, rogándoles a los nobles del consejo que estuvieran de nuevo juntos al cabo de los cuarenta días. Le contestan que lo harán con mucho gusto.

El rey envió a sus mensajeros para que desafiaran al duque de Tintagel, que al oír el desafío contestó que en el plazo de cuarenta días se defendería si podía hacerlo. Hizo saber a sus hombres el desafío del rey, rogándoles que le ayudaran, pues tendría gran necesidad de todos ellos. Le respondieron que le ayudarían de grado. Luego, el duque pidió consejo, diciendo que solo había dos castillos que pudieran defenderse frente al rey y que no los perdería mientras viviera; dejaría a su mujer en Tintagel con diez caballeros, pues sabía que el castillo no debía temer el asalto de nadie y que los diez caballeros y la gente de la ciudad podrían defender la entrada. Tal como lo dijo, lo hicieron. Él se marchó al otro castillo que necesitaba mayores refuerzos y dijo que no podía defender el resto de su tierra frente al rey.

De esta forma se comportó el duque y los mensajeros que lo habían

desafiado regresaron junto al rey y le dijeron que el duque se disponía a defenderse frente a los atacantes.

Cuando el rey oyó a sus mensajeros, se puso muy contento y envió por todo su reino convocando a sus nobles y ordenando que se reunieran a la entrada de la tierra del duque, en un prado a orillas de un gran río. Cuando su hueste y todos sus nobles estuvieron reunidos, les contó el rey la afrenta y el despecho y el ultraje que el duque había infligido a la corte. Los nobles dicen que es justo que lo lamente. De esta forma entró el rey en la tierra del duque y tomó sus castillos y sus ciudades, destruyéndole las tierras; le dijeron que el duque estaba en uno de sus castillos y su mujer en el otro. Entonces, el rey habló con su consejo y le preguntó cuál de los dos castillos atacaría: el consejo le recomienda que vaya a atacar al duque en el lugar donde está y que si puede prenderlo, conseguirá la paz y toda la tierra. El rey lo acepta y se dirigen hacia allí.

Uterpandragón llamó a Ulfino y le dijo:

—Ulfino, ¿qué puedo hacer mientras no vea a Igerne?

—Conviene distraerse de todo aquello que no se puede obtener; debéis esforzaros en apresar al duque, pues en cuanto lo tengáis, lograréis todo lo demás. Si hubierais ido primero a donde está Igerne, vuestro asunto habría tardado más en resolverse.

De esta forma asedió el rey al duque en su castillo, con mucha gente. El duque se defendió durante mucho tiempo, de modo que el rey no pudo tomar el castillo y lo sintió mucho, lamentándose y sufriendo por el amor que tenía a Igerne. Un día estaba en su pabellón y empezó a llorar con amargura; cuando sus gentes lo vieron llorar, se marcharon, dejándolo solo. Ulfino, que estaba fuera, entró en el pabellón al saberlo y se encontró al rey llorando. Le preguntó por qué lo hacía.

—Bien lo debéis saber, pues sabéis que me muero por el amor de Igerne y veo que voy a tener que morir, pues no tengo ganas de beber, ni de comer, ni de dormir, ni de descansar y por eso sé que moriré, ya que no puedo ver cómo acabar con esto; y por eso siento compasión por mí mismo.

—Sois de corazón muy débil —le responde Ulfino al oírlo—, pues pensáis morir por una mujer; os voy a dar un buen consejo: haced que venga Merlín, pues sin duda sabrá cómo ayudaros de algún modo. Deberíais hacer todo lo que su corazón desee y no pensar nada distinto.

—No hay cosa que se me diga que no esté dispuesto a hacer; pero estoy seguro de que Merlín sabe mi sufrimiento y temo haberlo enfadado porque alguien probó el asiento de la mesa y por eso no ha regresado en mucho tiempo a ningún sitio en donde yo estuviera; o tal vez le pesa que ame a la mujer de un vasallo mío. Pero ciertamente, ya no puedo más y mi corazón no logra descansar. Bien sé que me prohibió que enviara a buscarlo.

—De una cosa estoy seguro, si está sano y con buena salud y os ama tanto como antes y conoce el sufrimiento que tenéis, no tardaréis mucho en oír noticias suyas.

De esta forma consuela Ulfino al rey diciéndole que alegre la cara y que se ponga contento; le pide que dé orden de que vengan sus hombres porque con ellos se olvidará de gran parte de su dolor. El rey le contesta que lo hará con mucho gusto, pero que no puede olvidar el dolor ni el amor. De esta forma se consolaba el rey.

Ordenó atacar de nuevo el castillo, pero no pudo conquistarlo. Un día que Ulfino cabalgaba entre la hueste, se encontró a un hombre que no conocía y que le dijo:

—Señor Ulfino, me gustaría hablar con vos ahí fuera.

—Y a mí con vos.

Salieron del campamento el hombre a pie y Ulfino a caballo. Era un hombre viejo; Ulfino descabalgó para hablar con él y le preguntó quién era. Este le respondió:

—Soy un viejo, como podéis ver, que cuando era joven fui tenido por muy sabio. Ahora se dice que dije muchas cosas que no son ciertas. Os quiero decir en secreto que no hace mucho que estuve en Tintagel, donde un noble me dijo que Uterpandragón, vuestro rey, amaba a la mujer del duque y que por eso le ha destruido su tierra y

lo hizo ir a la corte de Carduel. Si el rey y vos me lo permitís, conozco a alguien que os haría hablar con Igerne y que podría aconsejar al rey en sus amores.

Cuando Ulfino oyó hablar así al noble anciano, se quedó sorprendido y no sabía dónde había podido saber lo que le había dicho. Le ruega que le indique quién es el que podría aconsejar al rey en sus amores y el viejo le contesta:

—Antes tengo que oír la autorización del rey.

—¿Dónde os puedo volver a encontrar cuando haya hablado con el rey?

—Me encontraréis mañana a mí o a algún mensajero mío, en el camino que hay de aquí al campamento.

Lo encomienda a Dios y se marcha, diciéndole que hablará mañana con él sin falta y que le mostrará algo que le causará una gran alegría. Ulfino se va y regresa junto al rey lo más rápidamente que puede, contándole cómo había hablado con el hombre. Cuando el rey oyó estas palabras, le preguntó a Ulfino que cuándo había visto al viejo y este le contestó:

—Acabo de verlo y me ha dicho que mañana volveré a hablar con él y que le diga si le autorizáis.

—Me llevarás contigo a hablar con el viejo.

—Con mucho gusto.

—Si hablas con él sin mí, ofrécele todo lo que quiera tener mío.

De esta forma dejaron estar el asunto hasta el día siguiente. Aquella noche el rey estuvo más contento que en mucho tiempo. Por la mañana, después de misa, cuando a Ulfino le pareció bien, cabalgó junto con el rey a través del campamento hacia donde pensaba encontrar al viejo. Habían avanzado un poco, cuando vieron a un paralítico que parecía absolutamente ciego. El rey pasó por delante de él y este le dijo:

—Que Dios haga lo que desees más en tu corazón; dame algo para

que te lo pueda agradecer.

El rey lo mira y le dice a Ulfino riendo:

—Ulfino, ¿harás lo que te voy a ordenar por mi provecho, por mi amor y por cumplir mi voluntad?

—No hay nada que desee tanto como cumplir vuestra voluntad.

—¿Has oído lo que este paralítico ha dicho y lo que me ha pedido? Me ha recordado la cosa que más quiero del mundo y que más deseo. Ve y siéntate a su lado, dile que te he dado a él y que no tengo nada en mi poder que quiera tanto.

Ulfino no le contesta, sino que va a sentarse junto al paralítico y se da a él. Cuando el paralítico ve a Ulfino, le pregunta:

—¿Qué queréis?

—El rey me envía a vos y ordena que sea vuestro.

Al oírlo, se echa a reír y dice:

—El rey se ha dado cuenta y me conoce mejor que tú. Quiero que sepas que el viejo con el que hablaste ayer me ha enviado a ti, pero no te voy a decir lo que me dijo; vuelve con el rey y dile que creo que cometerá una gran injusticia por conseguir su voluntad y que le ordeno que se dé cuenta, porque le será mejor.

—No me atrevería a preguntaros quién sois.

—Preguntádselo al rey, él os lo dirá.

Ulfino monta y galopa tras el rey que al verlo se echa a un lado, lo llama y le dice:

—¿Cómo habéis venido tras de mí? Os había dado al paralítico.

—Señor, os hace saber que os habéis dado cuenta antes que yo de quién era y os ordena que me digáis quién es, pues no quiso contestarme y me respondió que vos me lo diríais.

Cuando el rey lo oye, se vuelve y regresa galopando muy deprisa hasta el lugar donde habían encontrado al paralítico, que ya no estaba. Entonces le dice el rey a Ulfino:

—¿Sabes quién era el que habló ayer contigo bajo el aspecto de un viejo? Es el mismo al que hoy has visto como paralítico.

—¿Cómo podría ser que un hombre se desfigurara de esa forma? ¿Y quién es el que así cambia de aspecto?

—Ten por seguro que es Merlín, que de ese modo se burla de nosotros. Cuando lo desee, nos hará saber quién es.

De este modo lo dejaron estar y cabalaron campo a través. Merlín fue a la tienda del rey con su aspecto normal, para que lo reconocieran sin dificultad y preguntó dónde estaba el rey. Un mensajero fue a Uterpandragón y le dijo que Merlín preguntaba por él. Al oírlo se puso muy contento y se dirigió lo más rápidamente que pudo hacia allá, diciéndole a Ulfino:

—Ahora verás lo que te decía, pues Merlín ha venido y yo estaba seguro de que lo buscábamos en vano.

—Ahora se verá si sabéis honrarlo y cumplís su voluntad, pues no hay nadie que os pueda ayudar mejor que él en el amor de Igerne.

—Tenéis razón, y no habrá cosa que me ordene, que yo no haga.

Cabalaron así hasta la tienda del rey, donde encontraron a Merlín. Cuando el rey lo vio, se puso muy contento y le dio la bienvenida, abrazándolo y besándolo con dulzura, mientras le decía:

—¿De qué puedo quejarme a vos que conocéis todo lo que me ocurre como yo mismo? Nunca deseé tanto la llegada de un hombre como la vuestra; os ruego, por Dios, que me ayudéis en lo que sabéis que desea mi corazón.

—No escucharé nada de lo que me digáis —le responde Merlín— si no está Ulfino.

El rey mandó llamar a Ulfino y se retiraron para hablar a solas:

—¿Es este —le pregunta el rey a Ulfino— el viejo al que visteis ayer y el paralítico?

Ulfino mira a Merlín con atención y responde:

—Podría ser cierto lo que el rey me dijo.

—Así es —le contesta Merlín—, sin duda; tan pronto como vi que te enviaba para que te quedaras conmigo, supe que se había dado cuenta de quién era.

—Señor —le dice Ulfino al rey—, ahora deberíais hablar de vuestra preocupación a Merlín, y no llorar cuando estáis solo.

—No sé qué decirle ni qué rogarle, pues conoce mi corazón y mis deseos y no podría mentir en nada que él no supiera. Le ruego por Dios que me ayude para que pueda obtener el amor de Igerne. No pedirá nada de lo que desee que yo no lo haga de inmediato.

—Si me concedéis lo que os voy a pedir, me esforzaría en que obtuvierais su amor y haría que os acostarais en su habitación, desnudo junto a ella, en su cama.

Cuando Ulfino oyó estas palabras, se rio y dijo:

—Ahora veré lo que vale el corazón de un hombre.

—No hay cosa que me pidáis —le responde el rey— que si puede ser encontrada, no la tengáis.

—Querría estar seguro de ello.

—Que sea lo que queráis.

—Me juraréis sobre sagrado, y haréis que Ulfino lo jure también, que me daréis lo que os pida la mañana siguiente a la noche en que hayáis yacido con ella; si así lo hacéis, haré que cumpla en todo vuestra voluntad, pero vos me daréis lo que os pida sin protestar.

—Con mucho gusto.

Merlín le pregunta a Ulfino si lo jurará también y este le dice:

—Ya me pesa no haberlo jurado todavía.

Cuando Merlín oyó estas palabras, se rio y dijo:

—Cuando hayáis hecho el juramento, os diré cómo lo conseguiréis.

Entonces, el rey mandó traer las reliquias y los mejores santuarios que tenía y juró lo que había prometido, diciendo que daría de buena fe, sin engaño, lo que le pidiera. Después del rey, juró Ulfino que si Dios le ayudaba y todos los santos, haría que el rey entregara lo que había prometido, y así lo jura de buena fe. De esta forma hicieron sus juramentos y Merlín se los tomó. Luego, le dijo el rey a Merlín:

—Indicadme cómo cumpliré lo que pretendo, pues soy el hombre del mundo que más necesita vuestra ayuda y el que tiene más deseos de cumplir su voluntad.

—Tendréis que ir con gran habilidad, pues es mujer discreta y muy firme hacia Dios y hacia su señor. Vais a ver de qué forma la voy a engañar: haré que toméis el aspecto del duque, de modo tan perfecto que no habrá nadie que no os tenga por su señor. El duque tiene dos caballeros que son privados suyos, más íntimos que nadie de él y de Igerne. Uno se llama Bretel y el otro Jordán: le daré a Ulfino el aspecto de Jordán y yo tomaré el de Bretel; mandaré que abran las puertas y os haré entrar y salir, junto con Ulfino y conmigo gracias a nuestro aspecto. Pero tendréis que salir cuando lo hagamos nosotros, pues oiremos noticias extrañas y tendréis que regresar al campamento junto con vuestros nobles y prohibir que nadie vaya al castillo antes de que nosotros hayamos regresado. Cuidaos de no decir a nadie a dónde vais a ir, más que a nosotros dos que estamos aquí.

El rey y Ulfino le contestan que harán todo tal como él lo ha dispuesto. Prepara el asunto y les dice:

—Os daré el aspecto conveniente cuando vayamos de camino.

El rey se apresuró lo más que pudo en preparar todo lo que Merlín le dijo, y cuando ya lo tuvo hecho, volvió junto a Merlín y le dijo:

—Ya he hecho lo que tenía que hacer, ahora pensad en lo que vos tenéis pendiente.

—Solo falta que nos pongamos en marcha.

Montan y cabalgan hasta que llegan a Tintagel.

Merlín le dice entonces al rey:

—Quedaos aquí un poco, y Ulfino y yo iremos hacia allá.

Se marchan y se alejan de él; luego, regresan junto al rey. Merlín llevaba una hierba y el rey la tomó y se frotó con ella; apenas lo había hecho, tomó claramente el aspecto del duque.

—¿Recordáis —le pregunta Merlín— si visteis alguna vez a Jordán?

—Lo conozco muy bien.

Merlín le muestra a Ulfino con el aspecto de Jordán y cuando este ve al rey le dice:

—Buen Señor Dios, ¿cómo puede ser que el aspecto de una persona pueda cambiar en el de otra?

—¿Qué te parezco yo?

—No puedo reconocer en vos a otro hombre más que al duque.

El rey le contesta que ciertamente es igual que Jordán. Después de haber hablado de esta forma un poco, llegó Merlín y ellos pensaron que fuera Bretel. Hablaron y esperaron hasta que anocheciera; cuando había anochecido un poco, se dirigieron a la puerta de Tintagel. Merlín, que se parecía a Bretel, llamó a la puerta y el portero y los guardianes fueron a verlo.

—Abrid la puerta, que ahí llega el duque.

Le abrieron y se dieron cuenta de que eran Bretel, el duque y Jordán. Bretel les prohibió que dijeran que el duque había venido.

A pesar de todo, algunos fueron a decirle a la duquesa que su señor

había llegado. Mientras, cabalgaron hasta el palacio y allí desmontaron. Merlín le dijo al rey en secreto que se comportara alegremente como si fuera el duque. Luego, van los tres a la habitación en la que Igerne estaba acostada y mandan descalzar y acostar a su señor lo antes posible al lado de Igerne.

Allí fue engendrado el buen rey que se llamaría Arturo. La dama le mostró gran alegría al rey, pensando que fuera el duque su señor, al que mucho amaba y yacieron juntos hasta el día siguiente por la mañana.

Llegaron noticias entonces por la ciudad de que el duque había muerto y su castillo había sido apresado. Cuando los dos compañeros, que ya se habían levantado, oyeron las noticias, corrieron a su señor, que estaba en la cama, y le dijeron:

—Señor, levantaos e id a vuestro castillo, pues han llegado noticias de que habéis muerto.

—No es extraño que lo piensen así —dice poniéndose en pie de un salto—, pues salí del castillo sin que nadie lo supiera.

Se despidió de Igerne, besándola ante todos los que estaban presentes en la despedida y salen del castillo lo más rápidamente que pueden, sin que nadie los reconociera. Cuando ya estaban fuera, se pusieron muy contentos; Merlín se dirigió al rey y le dijo:

—Señor, ya he cumplido lo que os prometí; ahora tenéis que mantener vuestra promesa.

—Me habéis dado la mayor alegría y me habéis prestado el mejor servicio que un hombre le hizo a otro; por eso, mantendré las promesas que os hice.

—Así os lo pido y quiero que me lo otorguéis. Quiero que sepáis que habéis engendrado un heredero varón en Igerne y eso es lo que me has concedido, pues no debes quedarte con él; en cuanto puedas, me lo darás. Manda poner por escrito la hora y la noche en que lo engendraste y sabrás si te digo la verdad.

—Te juro que haré en todo según me has dicho y te lo concedo.

De esta forma cabalgaron hasta llegar a un río. Merlín hizo que se lavaran en él y después recobraron el aspecto que habían perdido y volvieron a su primera apariencia. Cabalgó el rey lo más rápidamente que pudo hasta llegar al campamento. Allí, sus hombres y sus gentes se reunieron ante él y le contaron cómo el duque había muerto, diciéndole que el día siguiente a su marcha la hueste estaba tranquila y en calma:

—El duque se dio cuenta de que no estabais en la hueste y mandó que se armaran sus gentes, haciendo que los que iban a pie salieran por un portillo y los que iban a caballo por otra puerta; nos atacaron y nos causaron gran daño antes de que nuestra gente se armara. Se alzó el griterío y el ruido, los nuestros se armaron y los atacaron, e hicieron que se retiraran hasta delante de su puerta; el duque se refugió allí y combatió con valor hasta que su caballo cayó muerto y él fue derribado; entonces vuestros peones lo mataron, pues no lo conocían. Nosotros fuimos tras los otros, y pasamos la puerta que defendían con dificultad después de haber perdido al duque.

El rey les responde que siente mucho la muerte del duque.

De este modo murió el duque y se perdió su castillo. El rey habló a sus hombres y les dijo que lamentaba la desgracia; les preguntó cómo podría reparar esto, para que sus hombres no le criticaran, pues no le tenía odio mortal al duque y sentía la desgracia que le había ocurrido:

—Lo repararé con todas mis fuerzas.

—Ya que se ha dicho —le contesta Ulfino, que se llevaba muy bien con el rey— y ya que se ha hecho todo, hay que repararlo lo mejor posible.

Entonces muchos nobles se llevan a Ulfino aparte y este les pregunta:

—¿Cómo aconsejáis que repare el rey esta muerte a la dama y a los amigos del duque? Os ruega que le aconsejéis, y debéis hacerlo ya que es vuestro señor.

—Le daremos consejo con mucho gusto. Os rogamos que nos recomendéis qué sería lo mejor, para que el rey no se enfade con nosotros, pues sabemos que vos os lleváis bien con él.

—Me llevo bien con mi señor y quizá aconsejaría a sus espaldas algo que no me atrevería a decirle a la cara y entonces me tendríais todos por traidor si hiciera tal cosa. Si dependiera de mí, haría la paz con los amigos de la dama; y aconsejaría hacer algo que ni os atreveríais a pensar.

—Confiamos en vos y os lo encargamos, pues sabemos que sois prudente y leal consejero; os rogamos que nos ayudéis a aconsejarle en esto.

—Os diré mi parecer y si se os ocurre algo mejor, decidlo. Yo aconsejaría que el rey convocara a los amigos de la dama y que los hiciera venir a Tintagel; que el rey los esperara allí y que hiciera que la dama y sus amigos se le presentaran. Luego, que lamentara tanto la muerte del duque que todos los presentes, si rechazaban la paz, fueran tenidas por locos y el rey considerado noble, discreto y leal, y nosotros también porque somos de su consejo. De esa forma debe hacer la paz quien quiere conseguirla.

—Estamos de acuerdo con vuestro consejo y no hay ni habrá otro.

De esta forma van ante el rey y le dicen cuál ha sido la decisión, pero no que Ulfino se lo había dicho. Después de aconsejarle, el rey contesta:

—Estoy de acuerdo y quiero que sea como me habéis dicho.

Convocó el rey con sus cartas a todos los familiares del duque para que acudieran a Carduel, donde obtendrían treguas favorables y repararía todo el daño y las quejas que de él tuvieran. Merlín se presentó al rey y le dijo:

—¿Sabéis quién ha dado ese consejo?

—No, lo único que sé es que todos los nobles me lo recomendaron así.

—No se hubieran atrevido entre todos ellos, pero Ulfino que es muy

prudente y leal, ha pensado en su corazón cuál sería la mejor paz y la más honrosa; piensa que nadie lo sabe, y así es, menos yo y vos, a quien os lo he dicho.

El rey le rogó a Merlín que le contara cómo lo había decidido Ulfino y Merlín le explica lo que había pensado: al oírlo, el rey se pone muy contento en su corazón y muy alegre. Luego, le pregunta:

—Y vos, ¿qué me recomendáis?

—No sería capaz de daros un consejo mejor ni más leal. Así, alcanzarás los deseos que tienes en tu corazón. Ahora, quiero irme, pero antes deseo hablar con vos en presencia de Ulfino; cuando me haya ido, le podréis preguntar a Ulfino cómo ha pensado en esta paz.

El rey le contesta que así lo hará. Llama a Ulfino y cuando ya estaba delante de ellos, Merlín empieza a hablar, diciéndole al rey:

—Señor, me prometisteis que me daríais el heredero que habíais engendrado; habéis puesto por escrito la hora y la noche en que ocurrió. Bien sabéis que gracias a mí lo engendradeis y por tanto sería un pecado mío si yo no le ayudara, pues quizá su madre podría recibir una gran afrenta por su culpa, ya que de ninguna manera podrá ocultarlo al mundo. Quiero que Ulfino escriba y que oiga ahora el plazo, la hora y la noche en que fue engendrado y no me volveréis a ver hasta el día y la hora en que nazca. Os ruego, como a mi señor que sois, que creáis a Ulfino en lo que os diga, pues os ama y no os dirá ni aconsejará nada que no sea en provecho vuestro y para vuestro honor. No volveré a hablar con vos ni con él hasta dentro de seis meses, en que hablaré primero con Ulfino: lo que os haga saber por él, hacedlo y creedlo si queréis estar a bien conmigo y con él, y si queréis salvar vuestra lealtad de aquí en adelante.

De esta forma retuvo Ulfino el momento de la concepción del niño. Merlín habló a solas con el rey y le dijo:

—Señor, ten cuidado de Igerne; que no sepa que te acostaste con ella y que engendraste en ella, pues eso será lo que la tendrá más a tu merced: si le preguntas por su embarazo y te dice que está

embarazada, no sabrá quién es el padre y sentirá gran vergüenza ante ti; de esa forma podrás conseguir con mayor facilidad el fruto que lleva.

Merlín dejó al rey y a Ulfino y volvió con su maestro Blaise, al que le contó estas cosas; él las paso por escrito y por el escrito las sabemos nosotros todavía.

El rey y sus nobles se dirigieron a Tintagel, y cuando ya estuvieron allí, el rey convocó a sus hombres y a su consejo, preguntándoles cómo debía comportarse en el asunto.

—Os aconsejamos que hagáis la paz con la duquesa y con los amigos del duque, con lo que recibiréis gran honor.

El rey les pide y ordena que vayan a Tintagel a hablar con la duquesa y que le muestren que no puede defenderse frente a él y que si quiere la paz y así lo desea la gente de su tierra y su consejo, él lo hará según su voluntad. De esta forma marcharon los nobles a Tintagel y el rey se quedó a solas con Ulfino, al que le preguntó su consejo sobre la paz, dándole a entender que sabía lo que había decidido:

—Entonces, sabéis si os interesa, señor.

—Me parece bien y querría que fuera una paz como has pensado en tu corazón.

—No os preocupéis más que de aceptarla, pues yo me encargaré de conseguir que sea buena.

El rey se lo rogó; y terminaron su consejo. Mientras, los mensajeros llegaron a Tintagel, donde encontraron a la duquesa y a los amigos del duque; les hicieron saber que el duque había muerto por su afrenta y les dijeron que el rey lo sentía mucho y que estaba dispuesto a hacer la paz con la dama y con todos los amigos del duque. Estos se dan cuenta de que no pueden resistir frente al rey y le ruegan a la dama y a sus amigos que acepten la paz; la dama y sus amigos contestan que tienen que hablar a solas y se retiran a una habitación para tener consejo.

Entonces, los amigos de la dama y del duque empezaron a hablar diciendo:

—Señora, estos hombres os han dicho la verdad en que no podemos resistir al rey; escuchadlos y enteraos por ellos de la paz que quiere el rey hacer con vos y con los vuestros. Quizá la ofrecen de tal forma que no debe ser rechazada: de dos males se debe escoger el menor; así os lo aconsejamos.

—Nunca abandoné el consejo de mi señor ni iré contra nada que me aconsejéis, pues no conozco a nadie en quien creer mejor que a vosotros.

A continuación, salieron y habló uno de los más sabios y prudentes y dijo a los mensajeros del rey las palabras que la dama había pronunciado:

—Mi señora ha tomado consejo y quiere saber la reparación que desea hacer el rey por la muerte de su señor.

—Buen señor, desconocemos la voluntad del rey, pero dijo que se reuniría con sus nobles y que os compensaría según lo que le aconsejaran después de haber juzgado el asunto.

—Entonces será buena compensación, si es justo y no se le debe pedir otra cosa; vosotros sois todos vasallos suyos y así lo haréis, si Dios quiere. Aconsejadle algo que sea bueno y en honor suyo.

Fijaron un día al final de la quincena para que la dama y sus amigos se presentaran al rey a oír lo que deseaba decirles; si no decía nada que resultara agradable a la dama y a sus amigos, podrían volverse a Tintagel en paz. De esta forma se fijó el plazo y los mensajeros regresaron junto al rey y le dijeron lo que habían conseguido y el consejo que la dama había tenido. El rey contesta que será muy bien tratada igual que toda su gente, los que vayan con ella; los estimará mucho aunque le pidan razones.

El rey permaneció durante quince días así, y habló con Ulfino de muchas cosas. Llegado el día del plazo, el rey envió un séquito para que acompañara a la dama. Al llegar a la corte, el rey mandó que se reunieran todos sus hombres y su consejo e hizo preguntar a la

dama y a sus consejeros qué le pedirían por la paz. El consejo de la dama contestó:

—Señor, la dama no ha venido aquí a pedir, sino a oír lo que se le va a ofrecer por la muerte de su señor.

Los consejeros regresan al rey y se lo dicen. Este al oírlos, los tuvo por muy prudentes. Se retira con su consejo y pregunta qué le recomiendan en este asunto.

—Señor, nadie mejor que vos puede saber qué paz queréis acordar y qué les queréis ofrecer.

—Os he dicho lo que pienso y lo que deseo y vosotros sois todos vasallos míos y de mi consejo, me pongo a vuestra disposición; no me aconsejaréis nada que no haga.

—No se os puede pedir más, pero sería grave que osáramos emprender algo sin estar seguros de que vos no se lo tomaréis a mal a nadie.

—Parece que tenéis al rey por loco —les contesta Ulfino—, pues no creéis nada de lo que os dice.

—Ulfino, sí que lo hacemos, pero os rogamos a vos y al rey también, que vos toméis parte en nuestro consejo y que le contéis al rey la decisión que tomemos; vos mismo nos podréis enseñar algo de lo que sabéis que sea bueno y justo.

Cuando el rey oyó lo que le pedían a Ulfino, aparentó ponerse contento y le dijo:

—Ulfino, yo te he criado y enriquecido; sé que eres prudente; ve y aconséjales por orden mía lo mejor que puedas.

—Así lo haré, ya que me enviáis, pero quiero que sepáis que ningún rey, ni ningún príncipe, puede ser amado de sus hombres en demasía, ni debe humillarse ante ellos para ganar sus corazones.

De esta forma le habló Ulfino al rey cuando iba al consejo de los nobles. Se retiran a un lado y le preguntan qué les aconseja en este asunto.

—Habéis oído —les responde Ulfino— que el rey lo deja todo en nuestras manos. Vayamos a la dama y a sus amigos y preguntémosles si aceptan que nos ocupemos nosotros también.

Le contestan que ha hablado bien y con prudencia. Luego, van a hablar con la dama y con su consejo. Les dicen que el rey se había puesto a su disposición y que acordaría la paz y haría lo que ellos le aconsejaran:

—Hemos venido a preguntaros a vos y a vuestro consejo si lo aceptaríais así.

—Debemos decidirlo.

Así lo hacen y dicen que el rey no podría hacer mejor oferta que la de ponerse a la disposición de sus nobles. La dama está de acuerdo y lo mismo piensan su consejo y los familiares del muerto. Cuando ya estaban seguros por ambas partes, se retiran a hablar y se preguntan qué pueden aconsejar. Después de haber hablado entre ellos y cuando cada uno había dado su opinión, le preguntaron a Ulfino qué recomendaba.

—Os diré mi parecer. Lo que voy a decir aquí lo diré en cualquier otro sitio. Bien sabéis que el duque ha muerto por el rey y por su fuerza, fuera cual fuera la injusticia cometida, pues no había hecho nada que mereciera la muerte, ¿no es así? Su mujer ha quedado embarazada. Bien sabéis que el rey le ha devastado su tierra y se la ha destruido y sabéis también que es la mejor dama del mundo, la más hermosa y la más discreta. Sabéis que los familiares del duque han perdido mucho con su muerte y es justo que el rey les devuelva gran parte del daño, según quienes son, para recuperar su amor. Por otra parte, sabéis que el rey no tiene mujer y digo, según mi parecer, que el rey no puede compensarla si no se casa con ella y eso es lo que debería hacer para recompensarla y para recobrar la amistad vuestra y la de quienes oigan esto en todo el reino. Tras hacerlo, debe otorgar que casará primero a la hija del duque con el rey Loth de Orcania, aquí presente, y a los demás amigos debe hacerles tales favores que todos lo consideren su señor y su rey leal. Ya habéis oído mi consejo; podéis dar otro si no estáis de acuerdo con este.

—Habéis dado el consejo más atrevido que nadie podría imaginar y si os atrevéis a decirlo tal como habéis hecho aquí, y si vemos que el rey está de acuerdo, todos lo aceptaremos con gusto.

—No lo decís bien; si estáis todos de acuerdo, yo se lo repetiré al rey. He aquí al rey Loth de Orcania, al que me he referido en parte; que diga su parecer.

—Por nada de lo que habéis dicho de mí, impediré que se haga la paz.

Cuando todos los demás oyen estas palabras, aceptan el consejo de Ulfino.

Entonces se dirigen todos a la tienda donde estaba el rey. Llamaron a la dama y a los de su consejo y cuando estuvieron todos reunidos, se sentaron, mientras que Ulfino permaneció de pie y contó cómo habían decidido establecer la paz. Al acabar, preguntó a los nobles:

—¿No habéis decidido esto y habéis estado todos de acuerdo con ello?

Le contestan todos que sí. Ulfino se vuelve hacia el rey y le dice:

—Señor, ¿qué decís vos? ¿Aprobáis el acuerdo de estos nobles?

—Sí, Ulfino, si la dama y sus amigos aceptan; y si el rey Loth quiere tomar a la hija del duque.

—Señor —contesta el rey Loth—, no hay cosa que me roguéis que yo no haga con mucho gusto por vuestro amor y la paz.

Entonces habló Ulfino ante todos, dirigiéndose al que hablaba en nombre de la dama, y le preguntó si aceptaba esa paz. Este le contestó como hombre discreto y prudente, miró a su señora y al consejo, que estaba cabizbajo y le caía el agua del corazón desde los ojos, llorando de lástima y diciendo entre sollozos que nunca hubo una paz más honrosa acordada por un señor a un vasallo suyo. Le preguntó a la dama y a los familiares del duque qué les parecía; la dama se calló y los parientes hablaron y dijeron todos a la vez:

—No hay nadie que no deba aceptarla y nosotros así lo hacemos;

consideramos que el rey es tan noble y tan leal que acatamos en todo su decisión.

De esta forma prometieron la paz por ambas partes; el rey tomó a Igerne y el rey Loth de Orcania a su hija.

Las bodas del rey y de Igerne se celebraron treinta días después de que se hubiera acostado con ella en su habitación. De la hija de la dama y del rey Loth nacieron mi señor Galván, Agravaín, Gueheriet, Guerrehet y Mordret. El rey Neutre de Garloc tenía otra hija y Uterpandragón otra llamada Morgana, a la que envió a una casa de religión por consejo de sus familiares para que aprendiera letras; aprendió tanto y tan bien que conoció las artes y sobre todo un arte llamado Astronomía; trabajó mucho durante toda su vida, supo mucha Física y gracias a ella y al conocimiento que tenía, la llamaban Morgana el Hada. A los demás hijos los crió el rey, y amó mucho a los familiares del duque.

De esta forma se quedó el rey con Igerne; llegó un momento en que el embarazo de esta resultó claro. Una noche el rey estaba acostado a su lado, puso la mano en su vientre y le preguntó de quién había quedado embarazada, porque no podía ser de él, pues desde que se casó con ella no se habían acostado y no habían puesto por escrito nada; y por otra parte, no podía estar embarazada del duque, pues no lo había visto en mucho tiempo antes de que muriera. Igerne sintió miedo y vergüenza al oír la acusación del rey, y le dijo llorando:

—Señor, no os puedo negar lo que sabéis. Por Dios, tened compasión de mí y os diré algo extraordinario y cierto, si me prometéis que no me dejaréis.

—Hablad con toda tranquilidad, pues no os dejaré por nada de lo que me digáis.

Al oír estas palabras, se puso muy contenta y empezó a hablar:

—Señor, os voy a contar algo extraordinario.

Le contó cómo se había acostado con ella un hombre que parecía su señor, y que había llevado a otros dos hombres semejantes a los dos

que su señor amaba más en todo el mundo.

—De esta forma vino a mi habitación ante todos mis hombres y se acostó conmigo, mientras que yo pensaba que era mi señor. Ese hombre engendró el heredero del que estoy embarazada; estoy segura de que fue engendrado la misma noche que murió mi señor. Cuando las noticias llegaron el día siguiente por la mañana, todavía estaba en mi cama y me hizo creer que era mi señor y que sus gentes no sabían qué había pasado de él y por eso se fue inmediatamente.

Cuando Igerne terminó de contar esto, el rey le contestó:

—Bella amiga, procurad que ningún hombre ni ninguna mujer sepa lo ocurrido, si lo podéis ocultar, pues seríais afrentada si se supiera. Quiero que consideréis que el heredero que lleváis no es ni vuestro ni mío y que por eso no lo tendremos y no nos quedaremos con él, antes bien, os ruego que se lo deis a quien yo os ordene que se lo entreguéis, de tal forma que nunca más volveremos a oír noticias tuyas.

—Señor, de mí y de cuanto de mí depende podéis hacer según vuestra voluntad y vuestros deseos.

Al día siguiente por la mañana se dirigió el rey a Ulfino y le contó todo lo que habían hablado él y la reina. Cuando Ulfino lo oyó, le respondió:

—Bien podéis ver que mi señora es prudente y leal y que ante tan gran dificultad no se ha atrevido a mentiros. Habéis cumplido muy bien el encargo de Merlín, pues no podría haberse quedado con el niño de otra forma.

De este modo estuvo el rey hasta el sexto mes, en que Merlín le había prometido ir a verlo; acudió y habló a solas con Ulfino, preguntándole por muchas cosas. Este le contestó la verdad en todo lo que sabía. Luego, se dirigió al rey, que le contó cómo había hablado con Igerne y cómo Ulfino había acordado la paz que fue aceptada.

—Ulfino se ha redimido algo del pecado que cometió preparando

los amores. Pero yo —continúa Merlín— no he quedado libre todavía del pecado que cometí ayudando a engañar a la dama que engendró en su vientre y no sabe de quién.

—Sois tan sabio y tan noble —le responde el rey— que bien sabréis quedar libre del pecado.

—Me tendréis que ayudar vos.

El rey le responde que le ayudará de todas las formas que pueda:

—Y haré que tengáis al niño.

—En esta tierra —dice Merlín— vive uno de los hombres más nobles de vuestro reino, el más virtuoso de todas las virtudes; tiene una mujer que ha tenido un hijo, y es dama noble y leal. El hombre no es muy rico; quiero que mandéis a buscarlo y que le digáis que le daréis bienes vuestros si él y su mujer os juran sobre sagrado que os criarán un niño que se les llevará; la misma mujer tiene que amamantarlo y lo criarán como si fuera su propio hijo. Que hagan que a su hijo lo tenga y críe otra mujer con su leche.

—Tal como lo habéis dicho, lo haré.

A continuación, Merlín se despidió y fue con Blaise. El rey mandó buscar al noble, al que le mostró una gran alegría cuando llegó a su presencia. Este se sorprende por las muestras de gozo del rey.

—Mi dulce amigo —le dice el rey—, tengo que descubriros algo extraordinario que me ha ocurrido. Vos sois vasallo mío y os pido por la fe que me debéis, que me ayudéis en lo que os voy a decir, ocultándolo con todo vuestro poder.

—Señor, nada de lo que me digáis o me ordenéis dejaré de hacer, si puedo hacerlo; y si no puedo, lo ocultaré muy bien.

—Me ha ocurrido algo extraordinario mientras dormía: un anciano se me presentaba y me decía que erais el hombre más noble de mi reino, el más prudente y el más leal amigo. Me dijo que teníais un hijo de vuestra mujer, recién nacido, y me dijo que os rogara que separarais a vuestro hijo de vuestra mujer e hicierais que lo amamantara otra y que por mi amor vuestra mujer criara y

amamantara a un niño que le van a llevar.

—Señor, grave cosa es la que me pedís, que separe a mi hijo, lo desnature y lo haga criar por leche distinta de la suya. Señor, si puedo se lo pediré a mi mujer; os ruego que me digáis cuándo le llevarán ese niño.

El rey le responde que, por Dios, no lo sabe.

—Señor, no hay nada en este mundo que, mandándomelo vos, no lo haga con todas mis fuerzas.

Entonces, el rey le hizo un regalo tan bello que el caballero se quedó sorprendido; se marchó y volvió junto a su mujer a la que le contó todo lo que el rey le había dicho. Cuando esta lo oyó, le pareció muy extraño y le preguntó:

—¿Cómo podría hacer eso, dejar a mi hijo para amamantar a otro?

—No hay nada que no debemos hacer por nuestro señor; ha hecho tanto por nosotros, nos ha dado tanto y nos ha prometido hacer tanto, que tenemos que obrar según su deseo y su voluntad. Quiero que así me lo prometáis.

—Soy vuestra y el niño también lo es; haced con nosotros vuestra voluntad. Yo lo otorgo, pues en nada debo ir contra vuestros deseos.

El caballero se puso muy contento al oír que su mujer haría lo que él deseara; le rogó que buscara una mujer que criara al hijo, sin esperar a que le trajeran el otro.

De esta forma habló el noble caballero con su mujer. La reina ya estaba a punto de dar a luz. La víspera se presentó Merlín en secreto en la corte; habló con Ulfino y le dijo que estaba muy contento porque el rey había hablado a Antor con tanta discreción de lo que le había pedido.

—Ahora dile que vaya a decirle a la reina que tendrá el hijo mañana después de medianoche, y que tiene que entregarlo o hacer que se lo entreguen al primer hombre que encuentre a la salida de la sala.

—Entonces, ¿no vais a hablar vos con el rey?

—No hablaré con él esta vez.

Luego, Ulfino fue al rey y le dijo lo que Merlín le había mandado. Al oírlo, Uterpandragón se puso muy contento, mostró gran alegría y le preguntó a Ulfino:

—¿No hablará conmigo?

—No, pero haced lo que os manda.

Después, se dirigió el rey a la reina y le dijo:

—Señora, os voy a decir una cosa; creedme y haced lo que os voy a ordenar. Señora, mañana por la noche, después de medianoche, tendréis el niño que lleváis en el cuerpo. Os ruego, pido y ordeno que en cuanto nazca hagáis que se lo entreguen a una de vuestras damas más íntimas para que se lo dé al primer hombre que encuentre a la salida de la sala; y que ninguna de vuestras doncellas diga que habéis tenido un hijo, pues si se supiera, sería una gran afrenta para mí y para vos, ya que serían muchos los que dirían que no era mío, y no me parece que lo sea.

Al oír a su señor, la dama contesta:

—Señor, es cierto lo que os he dicho y contado en otras ocasiones: que no sé quién lo engendró. Haré lo que me mandéis, con gran vergüenza que tengo por la desgracia ocurrida. Pero me sorprende que sepáis cuándo será el parto.

—Os pido y ruego que hagáis lo que os ordeno.

—Señor, así lo haré, si Dios quiere.

Luego se separaron el rey y la reina; esta esperó mientras Dios quiso y le empezaron los dolores el día siguiente después de vísperas; resistió y trabajó hasta la hora en que el rey le había dicho: justo en ese momento dio a luz; era medianoche, antes de que llegara el día. Tan pronto como se sintió libre, llamó a una de las damas en las que más confiaba y le dijo:

—Buena amiga, tomad el niño, llevadlo a la puerta de la sala y si encontráis allí a un hombre que os lo pide, entregádselo, pero enteraos de quién es.

La dama hizo lo que la reina le había ordenado; cubrió al niño con las telas más ricas y mejores que tenía y lo llevó a la puerta de la sala; abrió y vio allí a un hombre que parecía muy viejo y débil. Le pregunta:

—¿Qué esperáis?

—Lo que tú me traes.

—¿A quién sirves? ¿A quién le diré a mi señora que le he entregado el niño?

—No tienes nada que hacer sino lo que se te ha mandado.

La dama le tiende el niño y él lo toma, y desde ese momento no volvió a saber qué había sido de él. La dama regresó a su señora y le dijo que le había entregado el niño a un anciano, «pero no sé quién es». La reina empezó a llorar por el dolor que sentía.

El que había recibido el niño se marchó tan pronto como pudo y fue a Antor, al que encontró cuando salía para oír misa; tenía apariencia de viejo, llamó a Antor y le dijo:

—Antor, quiero hablar con vos.

Lo miró y le pareció muy anciano:

—Señor, con mucho gusto lo haré.

—Te traigo un niño y te ruego que lo hagas criar como si fuera tuyo propio. Si lo haces así, recibirás un gran bien tú y tus hedederos; si te lo dijeran ahora, no lo creerías.

—¿Es este el niño que me rogó el rey que hiciera criar por mi mujer, abandonando a mi hijo por él?

—Así es, ciertamente. El rey, cualquier noble hombre o mujer, te lo deben rogar y yo mismo os lo suplico, y sabed que mi ruego no vale

menos que el de un rico hombre.

Antor tomó el niño y lo vio muy bello. Preguntó si había sido bautizado. Le contesta que no y le pide que lo bautice en la iglesia. Responde que así lo hará. Lo toma y le pregunta al que se lo entregaba:

—¿Cómo queréis que se llame?

—Si quieres bautizarlo según mi voluntad, y con mi consejo, se llamará Arturo. Me voy, pues no tengo más que hacer aquí; sabed que recibiréis un gran bien y no hará mucho que tenéis al niño vos y vuestra mujer, que no sabréis si amáis más a este o a vuestro hijo.

—¿Quién le diré al rey que me lo ha entregado?

—Por ahora no sabrás más acerca de mí.

Entonces se separaron el uno del otro y Antor hizo bautizar al niño; luego, lo llevó a su mujer y le dijo:

—Señora, he aquí el niño por el que tanto os he rogado.

—Sea bienvenido.

Le pregunta si ha sido bautizado y Antor le responde que sí y que se llamaba Arturo. La dama lo tomó, lo amamantó y lo crió, poniendo a su hijo bajo el cuidado de otra mujer.

El rey Uterpandragón tuvo la tierra durante mucho tiempo después, hasta que cayó gravemente enfermo de gota en las manos y en los pies y empezaron a rebelarse en varios sitios de su territorio. Se le enfrentaron tanto los sajones que él habló con sus nobles y le aconsejaron que se vengara si podía hacerlo. El rey les rogó por Dios y por su amor que acudieran a su lado, como deben hacer los valientes y nobles con su señor. Le contestaron que irían con mucho gusto. Acudieron junto a él, se encontraron con los enemigos del rey y vieron que ya se habían quedado con una gran parte de su tierra. Los atacaron las gentes del rey como si no tuvieran señor, chocaron con ellos, fueron derrotados y el rey perdió muchos hombres.

Cuando el rey recibió la noticia de que sus gentes habían sido

derrotadas, lo sintió mucho. En esto llegaron los que habían logrado escapar del combate; mientras, a los vencedores se les habían unido muchos y los sajones que estaban cautivos también se unieron a ellos, de manera que quedaron muy reforzados.

Merlín, que sabía todo esto, fue a Uterpandragón que ya se encontraba muy débil por la enfermedad y había vivido demasiado. Al enterarse de que Merlín había llegado, el rey se puso muy contento y pensó en su corazón que aún podría encontrar algún consuelo. Merlín se le presentó y Uterpandragón le mostró una cara alegre.

—Señor —le dijo Merlín—, estáis muy asustado.

—Con motivo, pues bien sabéis que mis hombres, que no me preocupaban en nada, me han destruido el reino, han matado a mi gente y los han derrotado en batalla.

—Ahora podéis ver que nada vale si no tiene un buen señor.

—Por Dios, Merlín, aconsejadme qué puedo hacer.

—Te diré a solas unas palabras que quiero que creas. Manda que se reúna toda tu gente y cuando ya se hayan juntado, di que pongan unas parihuelas a unos caballos y ve a combatir contra tus enemigos; ten por seguro que los vencerás. Después de vencer la batalla, sabrás que una tierra sin señor no vale tanto como la tierra que tiene señor. Luego, reparte por Dios y por tu alma todos tus tesoros, pues debes saber que no vivirás mucho tiempo. Los que tienen grandes riquezas y mueren con ellas, no se las pueden quedar en beneficio de su alma, pues no son suyas, sino de los que viven después de ellos, que se ocupan poco de hacer limosna por los que se las hicieron llegar. Más valdría al rico no tener nada que no repartir convenientemente en la vida terrena sus bienes, las riquezas y las gracias, pues solo sirven para perjudicar al alma si no se dan como es debido. Y ya sabes que antes de morir tienes que repartir tus riquezas de tal forma que no pierdas el gozo de la otra vida, pues el de esta de nada vale; y te voy a decir por qué con una sola palabra: no hay en el mundo un gozo, por grande que sea, que no termine; el que se compra en el otro mundo, no puede terminar, ni envejecer, ni empeorar. Nuestro Señor permite que tengamos

bienes aquí, para prueba del otro mundo. Si queremos ser sabios, tenemos que utilizar lo que Dios nos ha prestado en esta vida mortal, para conseguir la vida eterna; y tú, que has tenido tantos bienes en este mundo, ¿qué has hecho por Nuestro Señor, que te ha concedido todo tipo de gracias? Te he querido mucho y te quiero mucho, pero bien sabes que nadie puede afrentarse mejor que uno mismo; todas las obras que realiza el hombre en su vida no le valen de tanto como un buen final. Y si hubieras hecho todos los bienes del mundo, pero hubieras tenido un mal fin, te arriesgarías a perderlo todo; si, por el contrario, hubieras realizado muchos males y tuvieras un buen final, recibirías el perdón. De este mundo no vas a llevarte más que honor y las limosnas que se hagan por ti. Ya que ningún honor puede existir sin las limosnas, ni limosnas sin honor, por eso te he mostrado y te he dicho lo que te ocurrirá. Sabes que tu mujer Igerne ha muerto y no puedes tener otra: después de que mueras quedará tu tierra sin heredero y por eso debes esforzarte en hacer el bien. Yo me iré, pues ya no tengo nada más que hacer; le ruego a Ulfino que me crea cuando sea el momento.

—Grave cosa me habéis contado, pues me habéis dicho que venceré a mis enemigos. ¿Cómo podré pagárselo a Nuestro Señor?

—Solo teniendo un buen final. Me voy a ir; te ruego que te acuerdes de ti mismo después del combate, en todo lo que te he dicho.

El rey le pregunta por el niño que se había llevado.

—No tienes por qué preocuparte; quiero que sepas que el niño es bello, grande y que está bien criado.

—Merlín, ¿no te volveré a ver nunca más?

—Sí, aún me verás una vez más.

De esta forma dejó Merlín al rey. El rey convocó a sus gentes y les dijo que atacarían a los enemigos. Cuando la hueste estuvo reunida, hizo que lo colocaran en una litera y se puso en marcha con sus hombres. Los otros le salieron al encuentro y combatieron contra la gente del rey fueron vencidos por el apoyo que tenían de su señor. De esta forma obtuvo el rey la victoria en el combate y destruyó a sus enemigos. Quedó entonces toda la tierra en paz y el rey se

acordó de lo que Merlín le había dicho. Regresó a Logres y allí pidió que le trajeran todas sus riquezas y sus tesoros; hizo saber a los nobles hombres y a las nobles mujeres, a los más necesitados de su reino, que les daría riquezas y limosnas. Repartió la mayor parte según el consejo y la voluntad de los ministros de la Santa Iglesia y de sus confesores. Así repartió el rey sus cosas, y no se quedó con nada que recordara; todo lo regaló por Dios y por el consejo que Merlín le había dado. Fue muy humilde ante Dios y ante sus ministros y todo su pueblo sintió compasión de él. Vivió mucho tiempo de esta forma, hasta que la enfermedad hizo que engordara; su pueblo se reunió en Logres, con gran lástima por la muerte, ya que veían que iba a morir después de haber estado tanto tiempo enfermo y débil; ya no podía hablar y en los últimos tres días no había hablado. Entonces, llegó a la ciudad Merlín, que sabía todas estas cosas, y cuando los nobles de la tierra lo vieron, le dijeron:

—Merlín, ya está muerto el rey, al que tanto amabais.

—No tenéis razón; no muere quien tiene tan buen final como él; y él todavía no ha muerto.

Le dicen que ya no volverá a hablar y Merlín les contesta que si Dios quiere, sí lo hará:

—Venid conmigo, pues voy a hacer que hable.

Le contestan que sería la mayor maravilla del mundo si lo logra.

Van con Merlín a la habitación en la que yacía el rey y abren todas las ventanas. El rey mira a Merlín y al verlo y reconocerlo se vuelve hacia él como puede, mostrando cara de haberlo conocido. Merlín les dice a los nobles y a los prelados de la Santa Iglesia que estaban allí, que quien quiera oír las últimas palabras del rey, se acerque.

—¿Cómo pensáis hacerle hablar?

—Ya lo veréis.

Se va por la otra parte a la cabecera de la cama y le habla en voz baja a la oreja, diciéndole:

—Tu final es muy bueno, si la conciencia la tienes tal como el

aspecto; te digo que tu hijo será jefe del reino después de ti, gracias a Jesucristo, y él será el que lleve a término la Mesa Redonda que tú has fundado.

Cuando el rey oyó esto, se le acerca y le dice:

—Por Dios, ruégale que le suplique a Jesucristo por mí.

Entonces, les dice Merlín a los que allí estaban:

—Ya habéis oído lo que no pensabais que pudiera ser. Sabed que son las últimas palabras que el rey me va a decir.

Luego, Merlín se fue y todos los demás también, muy sorprendidos de que el rey hubiera hablado; aunque no hubo ni uno solo capaz de entender lo que el rey había dicho, sino Merlín. El obispo y el arzobispo hicieron las mejores exequias que pudieron y el día siguiente, tras enterrar al rey, se reunieron los nobles en consejo para ver cómo sería gobernado el reino, pero no llegaron a ningún acuerdo. Decidieron entonces pedirle consejo a Merlín, pues era hombre prudente y nunca habían oído decir que se equivocara cuando enviaban a preguntarle algo.

Merlín acudió ante ellos, que le dijeron:

—Merlín, sabemos que sois muy sabio y que habéis amado mucho al rey; la tierra ha quedado sin heredero y tierra sin señor no vale nada. Por eso, os pedimos, por Dios, que nos ayudéis a elegir un rey capaz de gobernar el reino con provecho para la Santa Iglesia, y para salvación del pueblo.

—No soy yo quien pueda aconsejar en tal asunto, ni quien pueda elegir un gobernante; pero si aceptáis mi punto de vista, yo os lo diría. Y si no os parece bien, no es necesario que os pongáis de acuerdo en ello.

—Por el bien y el provecho del pueblo, Dios quiera que nos pongamos de acuerdo.

—He querido mucho este reino y a todos los que en él viven; si os dijera que eligierais a uno que conozco y que sería suficiente, me tendríais que creer y sería rey de forma justa. Pero resulta grave de

hacer. Existe la posibilidad de que lo conozcáis: el rey murió en la quincena de San Martín, y ya queda poco hasta Navidad. Si seguís mi consejo, os recomendaré algo de forma buena y leal, de acuerdo con Dios y con la razón.

Le contestan todos a una voz:

—Haremos lo que queráis.

—Sabéis que viene ya la fiesta en que nació el Señor que es señor de todas las cosas. Os aseguro que si hacéis que todo el pueblo le suplique, Dios os ayudará dándoos un señor justo y un gobernante recto. Que Dios, por su piedad y su generosidad, hará que en esta fiesta llamada Navidad en la que se dignó nacer, el mismo día que nació siendo rey de reyes y señor de todo el mundo, hará que podáis tener por rey y señor un hombre tal que sea capaz de gobernar al pueblo según su gusto y su voluntad, de forma que el pueblo vea y reconozca que gracias a su elección fue rey, sin la participación de nadie más. Si lo hacéis así, será como la llegada de Jesucristo.

Se dicen entonces unos a otros que es el mejor consejo que se puede tomar, y todos lo aceptan. Luego, ruegan a los obispos que ordenen al pueblo y a la Santa Iglesia que recen a Dios y que se esfuercen en mantener los mandamientos de la Santa Iglesia y las enseñanzas de Dios. De esta forma aceptan el consejo de Merlín, y Merlín se despide de ellos, que le ruegan que regrese para saber si es verdad lo que les había recomendado. Merlín les contesta:

—No volveréis a verme hasta la elección.

De esta forma se marcha Merlín y regresa junto a Blaise, al que le cuenta todo lo que iba a ocurrir; y gracias a que se lo dijo a Blaise, lo sabemos nosotros todavía.

Los nobles y los prelados de la Santa Iglesia hicieron saber entonces que todos los nobles del reino de Logres debían acudir a esta ciudad en Navidad.

Mientras, Antor había criado al niño que se llamaba Arturo y que ya tenía dieciséis años y era hermoso y grande; de pequeño solo había

sido amamantado por la leche de la mujer de Antor, que había criado a su hijo con la leche de una criada, de modo que Antor no sabía a quién quería más si a su hijo o a Arturo; y siempre lo había llamado hijo suyo y Arturo pensaba que lo era sin duda. Antor hizo caballero a su hijo Keu en la fiesta de Todos los Santos y lo llevó a Logres junto a Arturo.

La víspera de Navidad se reunieron en Londres todo el clero del reino y todos los nobles de valor; cumplieron e hicieron lo que Merlín les había dicho y cuando todos, que llevaban una vida sencilla y honesta, estuvieron reunidos, esperaron hasta la misa de medianoche y rezaron a Nuestro Señor para que les diera un señor que fuera provechoso para mantener la ley cristiana. Eran muchos los que decían que estaban locos pensando que Nuestro Señor se iba a ocupar en elegirles el rey. Mientras hablaban de esta forma, oyeron tocar a misa de la fiesta y fueron al oficio. Estaban reunidos y un santo hombre de la tierra se dispuso a cantar la misa; pero antes de empezar el oficio, habló al pueblo diciéndoles:

—Os habéis reunido aquí por tres cosas en provecho vuestro y os voy a decir cuáles son: la salvación de vuestras almas en primer lugar; para ver los milagros y las hermosas virtudes que Nuestro Señor va a realizar entre vosotros hoy, si quiere daros un rey; para salvar a la Santa Iglesia y mantener que es la base de todo el pueblo. Estamos reunidos para elegir un rey, pero no sabemos quién de nosotros sería el mejor y por eso le rogamos al Rey de los Reyes que nos muestre sus deseos de forma tan clara como que nació en el día de hoy; que cada cual rece lo mejor que pueda.

Lo hicieron tal como el santo hombre les aconsejaba y este fue a cantar la misa. Luego, salieron de la iglesia a una plaza que había delante vacía; ya había amanecido y se encontraron con una piedra ante la iglesia, aunque no sabían qué era aquello. En medio de la piedra había un yunque de hierro de más de medio pie de alto y en medio del yunque había clavada una espada que lo atravesaba llegando a la misma piedra. Cuando vieron esto los que salían de la iglesia, se admiraron y corrieron a decírselo al arzobispo. Al oírlo, este tomó agua bendita, fue a la piedra y le echó el agua por encima. Luego, se inclinó y vio que en la piedra había letras de oro, y las leyó. Las letras decían que quien sacara la espada sería rey de

la tierra por decisión de Jesucristo. Así se lo dijo el arzobispo al pueblo.

Hicieron que la piedra fuera custodiada por diez hombres nobles y valientes. Todos afirmaban que había sido grande la muestra que Dios les había hecho. Volvieron a la iglesia a oír misa y dieron gracias a Nuestro Señor. Cuando el santo hombre que decía la misa se puso ante el altar, se volvió hacia el pueblo y les dijo:

—Buenos señores, ahora os habéis podido dar cuenta y ver que entre nosotros hay alguien bueno, ya que gracias a vuestras oraciones y a vuestros ruegos, Nuestro Señor nos ha mostrado su decisión. Os pido y requiero por todas las virtudes que Nuestro Señor ha establecido en la tierra, que nadie, ni por considerarse más importante, ni por riqueza terrenal que haya recibido de Dios, se atreva a ir contra esta decisión, pues Nuestro Señor, que nos ha mostrado el significado de la espada y el yunque, nos mostrará aún más.

Luego cantó la misa y después fueron a la piedra, donde se preguntaban unos a otros quién sería el primero en probar. Decidieron que solo lo intentarían aquellos que indicaran los ministros de la Santa Iglesia. Estas palabras movieron a gran discordia, pues los más altos hombres y los más ricos, que tenían la fuerza, dijeron que lo probarían primero. Hubo muchas palabras que no deben ser recordadas ni traídas a cuento. El arzobispo habló tan alto que no hubo nadie que no lo oyera y les dijo:

—Señores, no sois tan sabios ni tan valientes como yo pensaba. Quiero que sepáis que Nuestro Señor conoce y ve todas estas cosas en uno al que ha elegido, pero no sabemos quién es. Os puedo asegurar que ni la riqueza, ni la nobleza, ni la alta posición servirán de nada; solo valdrá la voluntad de Jesucristo. Me fío tanto de Él, que pienso que el que debe sacar esta espada aún no ha nacido y que no la podrá sacar nadie hasta que nazca ya que será él el único que pueda hacerlo.

Los más honrados y sabios saben que dice la verdad y aceptan la decisión del obispo. Este se puso muy contento al oírlos y lloró de pena, diciéndoles:

—Quiero que sepáis que actuaré según la voluntad de Jesucristo y en beneficio de la Cristiandad, de forma que no seré censurado, si Dios quiere.

Luego le mostró al pueblo el gran milagro que Nuestro Señor había hecho por ellos y cómo allí estaba la decisión, pues cuando Nuestro Señor hace justicia en la tierra, la hace con lanza y espada. La justicia que había y debe haber sobre la gente laica fue establecida al comienzo de las tres órdenes para defender a la Santa Iglesia y para mantener la justicia; Nuestro Señor nos ha mostrado su decisión mediante esta espada: tened por seguro que ha visto y contempla a quien debe recibir con justicia el reino; que no pretendan los altos nobles que la riqueza o el orgullo logren sacar la espada, y que los pobres no se enfaden si los más nobles lo intentan antes que ellos, pues es justo que así sea. No hay uno entre todos nosotros que no eligiera el más honrado de aquí para hacerlo rey.

Le responden todos a una voz que aceptarán su consejo en todo. Luego, el arzobispo va a cantar la misa mayor. A continuación, eligió doscientos cincuenta de los más nobles que sabía e hizo que lo intentaran, pero fue en vano. Después de probarlo, ordenó a los demás que lo hicieran ellos.

Uno tras otro fueron intentándolo, pero nadie pudo mover la espada. Ordenaron que la custodiaran diez hombres nobles y valientes y el arzobispo dijo que permitieran que probaran a sacarla todos los que lo desearan y que vieran quién la conseguía sacar de allí. De esta forma permaneció la espada durante ocho días. El día de la Circuncisión, todos los nobles asistieron a la misa mayor y el arzobispo les dijo:

—Señores, os dije que todos tendríais ocasión de probar la espada; ahora ya sabéis que nadie la podrá sacar si no es el que Nuestro Señor quiera que sea rey.

Le responden todos que no se irán de la ciudad hasta que no sepan a quién le concede Nuestro Señor tal gracia. Después de que la misa fuera cantada, acudieron los nobles a sus alojamientos para comer y, luego, fueron a bohordar, pues acostumbraban a hacerlo a las afueras de la ciudad. Fueron muchos los que acudieron a ver los bohordos. Al cabo de un rato, los caballeros entregaron los escudos

a sus servidores y empezaron a lanzar sus bohordos hasta que empezó una gran pelea entre ellos, de tal forma que la gente de la ciudad corrió allí con armas y sin armas. Keu, el hijo de Antor, que había sido armado caballero antes de Todos los Santos, llamó a su hermano Arturo y le dijo:

—Ve a mi alojamiento a buscar la espada.

Arturo, que era muy servicial, le contestó que con mucho gusto. Picó al caballo con las espuelas y fue al albergue; buscó la espada de su hermano o cualquier otra, pero no consiguió encontrarla, pues la dama de la casa las había guardado todas en su habitación y había ido a ver la pelea junto con otras damas. Cuando Arturo vio que no encontraba ninguna espada, regresó por delante de la iglesia donde estaba la piedra, pensando que no había intentado sacarla y que si conseguía cogerla, se la daría a su hermano. Fue a caballo y tomó la espada por el puño, la sacó y la cubrió con el paño de su cota.

Los que tenían que custodiar la espada habían corrido a ver la pelea, y, mientras tanto, Keu iba en busca de su hermano a pedirle la espada. Al encontrarse, Arturo le responde que no la ha podido encontrar, pero que le había traído otra; le da la del yunque y Keu le pregunta que de dónde la había tomado, a lo que Arturo le contesta que era la espada de la piedra. Keu la toma, guardándola bajo su vestido y va en busca de su padre, al que le dice cuando lo encuentra:

—Señor, yo seré rey; he aquí la espada de la piedra.

Cuando el padre la vio, se quedó sorprendido y le preguntó cómo la había obtenido. Keu le contesta que la había sacado de la piedra. Antor no lo creyó al oírlo, y le dijo que estaba seguro de que le mentía. Fueron los dos a la iglesia, seguidos por los criados.

—Buen hijo —le dice Antor a Keu—, no me mientas y dime cómo has logrado esta espada, pues si me mentís lo sabré y nunca más volveré a amaros.

Con gran vergüenza, le responde:

—No os mentiré; mi hermano Arturo me la trajo cuando le pedí mi espada; pero no sé cómo la ha conseguido.

Al oír estas palabras, Antor le dice:

—Entregádmela, pues no tenéis derecho a guardarla.

Keu se la da y en eso Antor mira hacia atrás y ve a Arturo, lo llama y le dice:

—Venid aquí, buen hijo, y tomad la espada; volved a dejarla en el sitio del que la sacasteis.

Arturo la toma y la deja de nuevo en el yunque, donde se queda clavada tan firmemente como antes. Antor le ordena a su hijo Keu que la tome; este se inclina, pero no puede sacarla. Luego, Antor va a la iglesia, los llama a los dos, abraza a Arturo y le dice:

—Buen señor, si pudiera conseguir que fuerais rey, qué mejor podría desear.

—Señor, no puedo serlo —le contesta Arturo—, ni puedo tener nada que no hayáis tenido vos como padre mío.

—Yo soy vuestro padre por haberos criado, pero ciertamente no sé quién os engendró, ni quién fue vuestra madre.

Cuando Arturo oyó que aquel al que consideraba su padre se lo negaba, empezó a llorar con gran dolor:

—Buen Señor Dios, ¿qué bien puedo tener si no tengo padre?

—Señor —le contesta Antor—, no os falta padre, pues a la fuerza habéis tenido uno. Querido señor, si Nuestro Señor quiere que tengáis esta gracia y yo os ayudo a lograrlo, ¿qué más puedo desear?

—Señor, tendréis todo lo que queráis.

Entonces le contó Antor el servicio que había hecho por él y cómo lo había criado, separando a su hijo de su madre para que esta pudiera alimentarlo y entregando a Keu a una mujer extraña,

mientras que Arturo se amamantaba con la leche de su mujer:

—Y por eso, debéis darnos una recompensa a mí y a mi hijo, pues nunca hubo niño criado con tal dulzura como vos; os ruego que si lográis la gracia de ser rey, y yo os ayudo en ello, que se lo recompenséis a mi hijo.

—Os ruego que no me rechacéis como hijo, pues no sabría a dónde ir. Si Dios quiere que yo tenga este honor, no habrá cosa que me pidáis que yo no os la conceda.

—No os pediré vuestra tierra; solo os pido que mi hijo Keu sea senescal vuestro el resto de su vida y que por nada que le haga a un hombre o a una mujer en vuestra tierra, o a vos mismo, pueda perder la senescalía. Si es traidor o loco, tendréis que permitirselo, pues su pensamiento y sus manchas las habrá recibido de la muchacha que lo crió y por vos perdió su naturaleza, por eso debéis tratarlo mejor que a los demás. Os ruego que le concedáis lo que os pido.

—Con mucho gusto os lo doy.

Lo llevaron entonces al altar y Arturo juró mantener su promesa con lealtad. Después regresaron ante la iglesia. La pelea ya había terminado y los nobles habían vuelto para oír vísperas. Antor llamó a sus amigos y les dijo que Arturo había sacado la espada; después, le dicen al arzobispo:

—Señor, he aquí a un hijo mío que no es caballero y me pide que le permita intentar con la espada; llamad, si os parece bien, a los nobles.

El arzobispo así lo hace y se reúnen todos ante la piedra. A continuación, Antor le ordenó a Arturo que tomara la espada y se la entregara al arzobispo, y así lo hizo. Cuando el arzobispo lo vio, lo abrazó y empezó a cantar en voz muy alta el *Te Deum laudamus*, mientras lo llevan a la iglesia.

Los nobles que habían visto esto se enfadaron y afligieron mucho, y decían que no podía ser que un muchacho fuera señor de todos ellos; el arzobispo se encolerizó y les contestó:

—Nuestro Señor sabe mejor que nosotros mismos quién es cada uno de nosotros.

Antor y sus familiares se mantenían junto a Arturo, igual que el pueblo llano; los nobles estaban contra él. Entonces, el arzobispo dijo unas palabras llenas de atrevimiento:

—Aunque todo el mundo estuviera contra esta elección, y Nuestro Señor fuera el único en desearla, os mostraré la confianza que tengo en Dios.

Luego, el arzobispo le ordena a Arturo:

—Buen hijo, id y volved a meter la espada en la piedra.

Arturo la llevó y la volvió a colocar en su sitio ante todos; luego, el arzobispo empezó a hablar diciendo:

—Nunca hubo una elección mejor, y nunca se hizo o se vio otra comparable. Señores, ricohombres, id e intentad sacarla.

Así lo hacen uno tras otro, pero no consiguen nada.

—Muy loco es —dice el arzobispo— quien pretende ir contra la voluntad de Dios. Ya veis cuál es el deseo de Nuestro Señor Dios.

—Señor, no vamos contra su voluntad, pero nos resulta extraño que un muchacho sea señor nuestro.

—El que lo ha elegido lo conoce mejor que nosotros e incluso nos conoce mejor que nosotros mismos.

Le ruegan los nobles al arzobispo que deje la espada en la piedra hasta la Candelaria y que entonces volverán a intentarlo más de los que ya lo habían probado. El arzobispo lo concedió.

De esta forma, quedó allí la espada hasta la Candelaria. Llegada la fiesta, el pueblo se reunió y pudieron intentarlo de nuevo todos los que lo desearon; después, cuando todos lo habían probado, dijo el arzobispo:

—Sería justo que hicierais la voluntad de Jesucristo. Buen hijo

Arturo, id y mostradnos si Nuestro Señor quiere que seáis rey y guardián de este pueblo.

Avanza y saca la espada, entregándosela al arzobispo, que al verlo empieza a llorar de alegría y de compasión junto con el pueblo a la vez que pregunta:

—¿Hay alguien que esté contra esta decisión?

—Señor —contestan los nobles—, te rogamos que lo aplaces hasta la Pascua y si de aquí a entonces no consigue sacar la espada nadie más que él, obedeceremos al muchacho, siguiendo vuestras órdenes. Si queréis hacerlo de otra forma, que cada cual lo haga lo mejor que pueda.

—¿Obedeceréis de buena gana si aplazo su consagración hasta la Pascua?

Todos juntos le responden que sí y que haga el resto de su vida lo que quiera con la tierra y el reino. Entonces, el arzobispo dice:

—Arturo, hermano, volved a dejar la espada, pues si Dios quiere, no os faltará el bien que Dios os ha prometido.

Arturo se adelanta y vuelve a colocar la espada en su lugar. Al hacerlo, se queda tan firme como nunca había estado hasta entonces. El arzobispo, que se había ocupado de guardar al niño le dice:

—Estad seguro de que seréis rey y señor de este pueblo. Pensad y procurad ser noble y valiente. De ahora en adelante buscad y elegid a alguien que queráis que conozca vuestras intenciones y que sea consejero vuestro. Repartid los honores y elegid a los que formarán vuestra casa.

—Señor, me pongo en persona y pongo todo lo que Dios me dé bajo la protección de la Santa Iglesia y en todo seguiré su consejo; elegid y buscad vos mismo quiénes serán los que me irán mejor para cumplir la voluntad de Nuestro Señor y para el provecho de la Cristiandad; si os parece bien, llamad a mi señor Antor a que forme parte del consejo que formaréis.

El arzobispo llamó entonces a Antor y le expuso las buenas palabras que Arturo le había dicho; le eligieron dos consejeros e hicieron de Keu su senescal de tierra, por consejo del arzobispo. Dejaron las cosas así hasta Pascua. Cuando llegó la Pascua, la víspera, se reunieron todos en Logres; el arzobispo convocó a todos a su palacio para tomar consejo y allí les contó lo que veía de la voluntad de Jesucristo: que el niño recibiera el reino; les mostró las buenas cualidades que había visto en él desde que lo había conocido:

—Y no debemos ir contra la voluntad de Nuestro Señor.

—Nos molesta —contestan los nobles— que un hombre tan joven y de tan bajo linaje sea nuestro señor.

—Vosotros no sois buenos cristianos —les responde el arzobispo— si pretendéis ir contra la voluntad de Jesucristo.

—Señor, contra la voluntad de Nuestro Señor no queremos ir, pero haced algo de nuestros deseos. Habéis visto que el niño es prudente, sabio y que conoce algunas cosas. Nosotros no lo conocemos ni sabemos nada de él y alguien aquí puede averiguar si será noble y valiente.

—¿Queréis que aplacemos su consagración y su elección?

—Señor, queremos que la elección sea aplazada hasta mañana, y si no es tal como para ser rey, aplazad la consagración hasta Pentecostés. Os rogamos que lo hagáis así.

—Por eso no perderé vuestro amor.

Abandonaron el consejo y la mañana siguiente, después de misa, volvieron a la elección del niño, que volvió a sacar la espada, igual que había hecho otras veces. Entonces lo tomaron y lo levantaron como señor. Todos le rogaron que volviera a colocar la espada en su sitio y que fuera a hablar con ellos. Les contestó que lo haría con mucho gusto y que no había nada que le rogaran, que no hiciera quedando a salvo su honor. Volvió a colocar la espada en el yunque y los nobles le llevaron a la iglesia para hablar con él:

—Señor, sabemos y vemos que Nuestro Señor quiere que seáis rey nuestro; y ya que Él lo quiere, nosotros lo queremos; os aceptamos y aceptaremos como señor y queremos que nos concedáis nuestros feudos, nuestras herencias y nuestros honores; os rogamos como a nuestro señor, que aplacéis vuestra consagración hasta Pentecostés y no seréis por ello menos señor nuestro y del reino. Queremos que contestéis a esto sin tomar consejo.

—En lo que me decís de que acepte vuestros homenajes y reine sobre vuestros honores, para después entregároslos, no puedo ni debo hacerlo, pues no puedo tener vuestras posesiones ni las ajenas, ni gobernar antes de haber obtenido la mía. En lo que me decís de que sea señor del reino, eso no puede ser antes de que yo sea consagrado y tenga la corona y el honor del imperio. Pero en cuanto al plazo que me pedís antes de la consagración, con mucho gusto os lo daré, porque no deseo recibirla ni ser honrado si no es por voluntad de Dios y vuestra.

Los nobles se dicen que si vive será muy prudente y muy razonable:

—Nos ha contestado muy bien. Señor —le dicen a continuación—, sería bueno que fuerais consagrado y coronado en Pentecostés.

Contesta que le parece bien según ellos lo desean.

De esta forma se aplazó hasta Pentecostés y mientras tanto obedecerían al arzobispo. Hicieron traer las riquezas, las joyas y todo lo envidiable por ver si su corazón era codicioso y mezquino. Arturo les preguntó a los que había a su lado la categoría de cada uno, y según eran, así los trataba. Tomó las riquezas y las repartió según acaba de contar el libro: a los buenos caballeros les dio los caballos; a los bellos, envidiados y enamorados les daba joyas, dinero y plata. A los hombres de santa vida y a los sabios les preguntaba qué deseaban de su tierra, y se lo daba. De esta forma repartió todo lo que le habían entregado para probarlo y saber cómo sería. Cuando vieron su actitud, no hubo nadie que no lo apreciara mucho en su corazón, y decían por detrás que sería hombre de grandes obras, pues no veían que fuera codicioso, porque tan pronto como recibía la riqueza la utilizaba bien y todo lo que daba era razonable según la categoría de cada cual.

De esta forma probaron a Arturo sin que en ningún momento pudieran encontrar ninguna tacha ni ningún defecto en él; esperaron hasta Pentecostés y entonces se reunieron en Logres todos los nobles y volvieron a intentar sacar la espada todos los que lo desearon, pero nadie consiguió tenerla.

El arzobispo había preparado la corona y la consagración para la víspera de Pentecostés, con el común consejo de todos y con el acuerdo de los más altos nobles: hizo caballero a Arturo, que veló aquella noche en la iglesia hasta que amaneció el día siguiente.

Cuando los nobles se reunieron en la iglesia mayor, el arzobispo les habló diciéndoles:

—Señores, he aquí un valiente y noble al que Nuestro Señor ha elegido según visteis desde Navidad hasta hoy; aquí están los ropajes reales y la corona, por decisión del consejo del rey; quiero que me digáis si alguno de vosotros está contra esta elección, y si así es, que lo diga.

Le contestan entonces todos a la vez en voz alta:

—Estamos de acuerdo y queremos que sea consagrado rey por Dios. Si alguno de nosotros ha tenido mala voluntad contra él, contra su consagración o elección desde Navidad, que ahora lo perdone y se arrodillen todos pidiéndole piedad.

Arturo llora de compasión y se arrodilla ante ellos diciendo lo más alto que puede:

—Os perdono de todo corazón y lealmente y ruego al Señor, que me ha consentido tener este honor, que os perdone también.

Se levantaron todos y tomaron a Arturo en brazos, llevándolo a donde estaban los ropajes reales y vistiéndoselos. A continuación, el arzobispo se preparó para cantar misa y le dijo:

—Arturo, si quieres jurar y prometer a los santos y a las santas, y a la Santa Iglesia, que protegerás su derecho y mantendrás la lealtad y la paz en la tierra, aconsejando a los desaconsejados y defendiendo la justicia recta en todas partes, avanza y toma la

espada con la que Nuestro Señor te ha elegido.

Al oír estas palabras, Arturo lloraba de gozo y de alegría, y lo mismo hacían otros muchos a la vez.

—Del mismo modo que Dios —dice Arturo— es Señor de todas las cosas, así me dé fuerza y poder para obrar bien y mantener lo que me habéis dicho y yo he oído.

Se arrodilló y tomó la espada con las manos juntas, sacándola del yunque con tanta facilidad como si no estuviera sujeta a nada. Llevó la espada en las manos completamente recta mientras lo acompañaban al altar, y la colocó allí y a continuación lo consagraron y ungieron, haciendo de él todo lo que se debe hacer con un rey. Luego, después de la consagración y de que la misa fuera cantada, salieron de la iglesia, miraron y no pudieron ver la piedra, y no sabían qué había ocurrido con ella.

De esta forma fue elegido rey Arturo y obtuvo la tierra y el reino de Logres, manteniéndolos durante mucho tiempo en paz.

Arturo hizo saber un día por toda su tierra que iba a reunir corte solemne. Asistió a ella el rey Loth de Orcania, que tenía la tierra de Leonis y una parte de la tierra de Orcania; acudió con quinientos caballeros importantes. Por otra parte, también vino el rey Urián de la tierra de Gorre, que era caballero joven y apreciado; le acompañaban otros quinientos. Acudió también el rey Neutre de Garloc, que estaba casado con la hermana de Arturo y llevaba setecientos caballeros. Luego llegó el rey Caradós de los Brazos Cortos, que era uno de los caballeros de la Mesa Redonda, y llevaba seiscientos caballeros. Tras él llegó el rey Aguisacán que era rey de Escocia, caballero joven y apreciado en las armas; le acompañaban quinientos caballeros. Cuando estuvieron todos reunidos, el rey Arturo los recibió muy bien, mostrándoles gran alegría. Como eran importantes y poderosos, les ofreció ricos regalos y hermosas joyas, pues se había provisto de riquezas antes de que llegaran.

Cuando los nobles vieron los ricos presentes y las ricas joyas que el rey Arturo les ofrecía, lo consideraron un gran desdén y hubo quienes dijeron que habían estado muy locos al hacer rey y señor de todos ellos y de una tierra tan rica como era la tierra de Logres a un

hombre de tan bajo linaje. Dijeron que no lo tolerarían de ninguna forma; rechazaron los regalos que el rey les había ofrecido y le hicieron saber que no lo considerarían rey y que abandonara rápidamente la tierra y el país y que se guardara de que lo volvieran a ver, pues si no salía de la tierra y lo conseguían agarrar, le darían la muerte.

Al oír las amenazas, el rey Arturo salió de su fortaleza principal, que era la de Carlión, temiendo que le traicionaran. Aquellos reyes permanecieron quince días en la ciudad de Carlión, sin causar daño a los demás. En esto, Merlín llegó a la ciudad y se mostró a todo el pueblo, como quien bien quería que lo reconocieran.

Cuando los nobles supieron que Merlín había llegado, lo llamaron a su presencia y él acudió alegre y contento. Al verlo venir, se levantaron ante él y le mostraron júbilo, lo acompañaron a un palacio que había a orillas del Támesis y allí, todos reunidos, empezaron a razonarle a Merlín, preguntándole qué le parecía el nuevo rey, al que el arzobispo había coronado sin pedirles permiso y sin el consentimiento de los habitantes de aquella tierra.

—Buenos señores —les responde Merlín—, ha hecho bien y es justo lo que ha hecho, pues tened por seguro que es el hombre más importante de todos vosotros; no es hijo de Antor, ni hermano de Keu, al que ha hecho senescal, pues solo en la crianza está emparentado con ellos.

—¿Cómo, Merlín, qué decís? Nos engañáis más de lo que estábamos.

—Os voy a decir lo que debéis hacer saber al rey. En primer lugar le pediréis que os dé tregua y llamaréis a Ulfino, que fue consejero del rey Uterpandragón, y a Antor, que ha criado al rey Arturo: entonces oiréis la verdad de cómo ocurrieron las cosas desde el principio hasta el fin. Yo no os mentiría en nada.

Los nobles le contestan que con mucho gusto los convocarán y que aceptan que el rey Arturo acuda:

—Lo haremos así ya que tú nos lo ruegas, pero ¿quién irá a buscarlo?

Enviaron a Bretel, según el consejo de Merlín, y le encargaron que llevara el mensaje. Merlín le dijo que le pidiera al rey que fuera acompañado del arzobispo de Brice y del arzobispo de Logres. Bretel le contesta que así lo hará con mucho gusto.

A continuación, se marcha Bretel y va ante el rey Arturo al que le cuenta todo lo que se le había encargado. Este le responde que irá con mucho gusto. Luego, se marcha Bretel y va al alojamiento de Ulfino, al que le dice que los nobles y Merlín envían en su busca. Cuando Ulfino oyó que Merlín había llegado, se puso muy contento y muy alegre, pues sabía que se descubriría y conocería en todas partes la verdad sobre el rey. Se dirige al palacio y allí muestra una gran alegría a Merlín, con el que habla de muchas cosas. En esto, llegó el rey Arturo con el arzobispo de Brice y Antor. El rey Arturo se había armado con un lorigón corto bajo la cota, antes de salir de su torre fuerte. Al llegar ante los nobles, encontraron a mucha gente reunida que había acudido a escuchar lo que Merlín iba a decir en público. Al ver llegar al rey Arturo, los nobles se pusieron en pie, porque era rey consagrado y por amor al arzobispo de Brice, hombre santo y de buena vida. Luego, se sentaron todos menos el arzobispo, que permaneció en pie, y les habló de la siguiente forma:

—Buenos señores, os quiero pedir por Dios que tengáis compasión de la Cristiandad para que no sea perjudicada por vosotros, ni afrentada, pues sería una gran desgracia. Cada uno de vosotros es solo un hombre y por tanto morirá, lo mismo el rico que el más pobre de esta ciudad, si Dios quiere.

—Señor —le contestan los nobles—, esperad un poco a que hayamos hablado con Merlín, y entonces podréis volver con vuestro sermón. Merlín nos ha dicho una cosa que nos ha sorprendido más de lo que estábamos al llegar aquí.

El arzobispo contesta que esperaría con mucho gusto, y se sienta. Merlín se pone en pie y les dice:

—Buenos señores, había empezado a deciros de quién era hijo el rey Arturo: estad seguros de que es hijo del rey Uterpandragón, que lo engendró en la reina Igerne la misma noche que su señor murió en el puente, cuando fue atacado por el ejército del rey Uterpandragón. Al día siguiente por la mañana, cuando el rey

regresó a su campamento, le pedí que me entregara lo que había engendrado en la duquesa como recompensa por todos los servicios que yo le había hecho. Me lo otorgó aceptando que tan pronto como naciera haría que me lo entregaran; hizo que me dieran una carta con su sello colgante y sellada, que Ulfino guarda todavía. El mismo Ulfino estuvo presente en esta concesión y fue testigo suyo. El rey se casó con ella e Igerne engordó por el hijo que el rey había engendrado antes de que se casaran. Al saber que estaba embarazada y encinta, el rey le dio a entender que el niño no era suyo y que tampoco podía ser del duque, por lo que la dama quedó muy sorprendida y reconoció la verdad diciendo que había sido concebido la noche que el duque murió. Cuando el rey oyó que le había dicho claramente la verdad, la amó más que antes, pues vio en ella gran lealtad, y le dijo: «Señora, ya que es así, que el niño no es mío, no sería justo que heredara esta tierra, ni que fuera rey tras mi muerte. Por eso os pido, si en algo me queréis, que tan pronto como deis a luz, hagáis que entreguen el niño al primer hombre que se encuentre en la escalera del palacio». La dama le prometió que lo haría así, ya que era eso lo que él deseaba; y tal como lo dijo, lo hizo, porque no quería en modo alguno estar a mal con él. Os digo que el niño me fue entregado la misma noche que nació. Cuando tuve al niño, fui a ver a este noble que se llama Antor, y le entregué el niño diciéndole que tenía que criarlo y amamantarlo su propia mujer, que apenas hacía medio año había tenido un niño pequeño. Antor así lo hizo y entregó a su hijo Keu a otra nodriza. De esta forma Keu fue hermano de leche de Arturo, pues Arturo fue criado al pecho de la mujer de Antor. El rey Uterpandragón le había rogado que lo hiciera así antes de que le llevaran el niño y que hiciera lo que yo le ordenara, y gracias a él, así lo hizo; mandó que lo bautizaran y le puso de nombre Arturo. Por eso os digo, buenos señores, que Nuestro Señor no olvida a los pecadores si le sirven de buen corazón y ahora quiere devolver con el hijo la semilla que fue plantada: envió la piedra y la espada tal como visteis para dejar de manifiesto a todo el pueblo que Arturo era y es el legítimo heredero. Todo ha sido tal como os he contado: preguntadles a Antor, que lo crió, y a Ulfino si no me creéis.

Le preguntaron a Antor si lo que había dicho era verdad y este contestó que no había mentido en una sola palabra, por Dios. Ulfino se adelanta y dice:

—Mirad la carta con el sello colgante que Uterpandragón le hizo a Merlín con las promesas.

Toman los nobles la carta y la leen, encontrando palabra por palabra todo lo que Merlín había contado. Cuando el pueblo menudo oyó esto, empezó a llorar por allí, maldiciendo a quienes se atrevieran a perjudicarlo. Al ver que el clero estaba de parte del rey Arturo, también el pueblo bajo dijo que lo apoyaría. Sin embargo, los nobles contestan diciendo que aquello no era más que un encubrimiento, y que por Dios, no harían señor suyo a un hombre que no fuera engendrado lealmente, ni dejarán tener tierra, ni un reino tan alto como el de Logres a un bastardo. El arzobispo les contesta que sería rey y tendría el reino y toda la tierra de Logres, le pesara a quien le pesara, ya que Nuestro Señor así lo quería ya que se había ocupado de la elección, no dejaría estar las cosas así, sin ayudarle a mantener la tierra.

Cuando el arzobispo y el pueblo menudo ven la deslealtad de los nobles, se unen al rey Arturo, mientras que los nobles se marchan enfadados diciendo que a partir de ahora tiene que guardarse, pues no consideran a Arturo señor y de ahora en adelante lo retan a él y a quienes le ayuden. Luego, se van a sus alojamientos, se arman y hacen que se arme toda su gente. El rey Arturo, por su parte, fue a la torre mayor e hizo que se armara toda la gente que pudo tener. Cuando estuvieron todos juntos eran unos siete mil por parte del rey Arturo entre clérigos y pueblo llano, pero había muy pocos caballeros, y los que había, eran pobres, que habían recibido caballo y dinero del rey: en total sumaban trescientos cincuenta, que dijeron que le ayudarían hasta la muerte.

Cuando ya estuvieron montados y dispuestos, el rey Arturo y su gente salieron a la defensa de la torre con la intención de defender sus vidas. Los nobles también habían montado por su parte completamente armados y reunidos cada uno con los suyos: eran cuatro mil caballeros sin contar los escuderos, peones y ballesteros, que eran muy numerosos. Cuando ya estaban todos reunidos, deliberaron si atacarían el castillo en el que estaba el rey Arturo, cosa con la que estaban de acuerdo algunos, o si lo asediarían rodeando las defensas para que se entregaran por hambre, según querían otros; y decían que no habría nadie que se atreviera a salir

de la torre. Mientras hablaban de esta forma, se les presentó Merlín y les dijo:

—Buenos señores, ¿qué es lo que queréis hacer? Tened por seguro que si buscáis el daño del rey Arturo, perderéis más a la postre que ganaréis. Nuestro Señor, que es todopoderoso, tomará tan gran venganza que todos vosotros quedaréis afrentados, pues vais contra él sin motivo, a pesar de la elección que Nuestro Señor ha hecho, según habéis visto.

—Ahora —dicen los nobles— ha hablado bien el encantador.

Y empiezan a burlarse de él. Cuando Merlín los oye, les dice que han obrado mal y se marcha junto al rey Arturo, al que le aconseja que no se preocupe y que no les tema, pues le ayudará esa misma noche de tal forma que el más atrevido de sus enemigos querría estar, desnudo, en su país.

El rey Arturo toma a Merlín por la mano y se retiran, con el arzobispo, Antor, Ulfino, Keu y Bretel, teniendo consejo privado. El rey empieza a hablar diciendo:

—Mi dulce amigo Merlín, he oído decir que os llevabais muy bien con mi padre, mientras vivió; os querría rogar, por Dios, que me dierais consejo en este asunto, según es menester, como bien sabéis; bien veis que los de esta tierra me atacan sin motivo y querría que me ayudaraís del mismo modo que ayudasteis a mi padre, si os parece bien. No haré nada que os disguste, mientras pueda. Ya me habéis ayudado siendo un niño y ahora debéis ayudarme a mantener mi tierra. Por Dios y por vos, por el arzobispo y por Antor que me ha criado, he venido a donde estoy; por Dios, tened compasión de mí y del pueblo que será destruido si Dios no se ocupa de él.

—No desmayéis, buen señor —le contesta Merlín—, pues no tenéis que preocuparos de ellos; tan pronto como os libréis de los nobles que os atacarán, haced lo que os voy a aconsejar. Es cierto que los caballeros de la Mesa Redonda, que fue fundada y establecida en tiempos de Uterpandragón vuestro padre, se han marchado a vivir a otro país por la deslealtad que veían en este. Se han ido al reino del rey Leodagán de Carmelida, su mujer ha muerto y él es anciano y

solo tiene una hija, que heredará el reino después de su padre. El rey Leodagán tiene guerra con el rey Rión, que es rey de la tierra de los Pastos y de los Jayanes, donde nadie se atreve a vivir por las muchas aventuras que ocurren día y noche. El rey Rión es tan poderoso por la tierra y la gente que tiene y es tan esforzado en las armas y tan cruel, que ha vencido ya a veinticinco reyes coronados, a los que les ha mesado las barbas arrancándoselas con piel y todo, por despecho, y las ha hecho poner en un manto que tiene siempre delante, pues lo lleva un caballero cuando se reúne la corte; y dice que no terminará hasta que venza a treinta reyes. Ahora está combatiendo contra el rey Leodagán y causándole gran daño en su tierra. El reino de Leodagán limita con tu tierra y con tu reino; si él pierde el suyo, tú perderás el tuyo a continuación. Hace tiempo que se hubiera quedado sin nada de no haber sido por los compañeros de la Mesa Redonda que le apoyan en la guerra pues él es de avanzada edad. Por eso, te aconsejo que vayas a servir al rey Leodagán durante algún tiempo; te dará su hija por mujer, la que heredará el reino: es muy hermosa, joven y discreta; no te preocupes, pues la tierra no sufrirá ningún daño, ya que los nobles que ahora te combaten van a tener tanto que hacer que te causarán pocas desgracias, y solo te harán daño cuando pasen por tus territorios. Antes de ir, abastece las fortalezas principales de cada ciudad y de cada castillo con alimentos y armas; el arzobispo de Brice hará excomulgar en todas las iglesias de la tierra a los que causen daño en tus dominios o en tu país, y él mismo excomulgará a todos los nobles de esta tierra y ordenará a los caballeros que hagan lo mismo. Veréis ocurrir tales cosas gracias a mi ayuda, que el que ahora está más alegre, se quedará espantado. Luego, no me necesitarás en ningún momento sin tenerme a vuestro lado inmediatamente. Cada vez que grite «¡a ellos!», abrid las puertas y atacadles con los caballos, golpeándoles y mezclándoos con ellos. Estarán tan espantados que huirán asustados y vencidos.

—Señor —le dice el rey Arturo a Merlín—, muchas gracias.

Dejan el consejo y el arzobispo de Brice sube a lo alto de la muralla y excomulga a todos los que hay fuera si le causan daño al rey Arturo o si le perjudican en algo.

El rey Arturo hizo que su gente se armara y dispusiera y que

esperaran de esa forma. Merlín le dio al rey Arturo una bandera que hizo poner en una lanza y que tenía un profundo significado, pues en ella había un dragón que parecía echar llamas y fuego por la boca, con una cola retorcida y muy larga. El dragón del que os hablo era de color bronce y nadie sabía de dónde lo sacó Merlín. Era ligero y fácil de llevar; se lo entregó a Keu el senescal para que lo llevara, con la condición de que el resto de su vida fuera gonfalonero mayor del reino de Logres. De esta forma se preparó la mesnada del rey Arturo y esperaron montados ante la puerta.

Los nobles de fuera hicieron colocar las tiendas y pabellones en el prado, que era grande y muy hermoso. Merlín subió a lo alto de la torre e hizo un encantamiento por el que los pabellones y las tiendas empezaron a arder y todos quedaron tan espantados que retrocedieron hacia los campos; pero antes de que llegaran, hubo muchos heridos y quemados. Merlín volvió junto al rey y le dijo:

—Señor, a ellos.

Abrieron las puertas y salieron tan deprisa como podían sus caballos, con las lanzas bajo la axila y los escudos ante el pecho. Se meten entre ellos en cuanto pueden alcanzarlos y los otros se quedan tan espantados y asustados que el más atrevido de ellos no querría estar allí por todo el oro del mundo, pues no pensaban que fueran tantos los que estaban dentro de la fortaleza. Mientras, los golpean con las lanzas y los derriban y matan en abundancia, porque estaban aturdidos por el calor del fuego que se había producido, de tal forma que se defendían mal.

Cuando los que estaban fuera vieron el daño que les causaban los otros, se reunieron diciendo que sería una gran vergüenza para ellos que el rey Arturo se les escapara. Eran muy buenos caballeros, valientes, atrevidos y muy amigos todos ellos. El rey Neutre de Garloc les dice que los liberará rápidamente, porque si el rey Arturo muere, al punto terminará la guerra.

—Id pues —le dicen los demás nobles— y si necesitáis ayuda, pronto recibiréis nuestro socorro.

Se separa el rey Neutre de sus compañeros; era muy grande y corpulento, buen caballero y extraordinariamente fuerte; llevaba

una lanza corta y gruesa de cortante punta; se dirige hacia el rey Arturo, que al verlo venir le enfrenta el caballo; tenía una lanza de fresno corta y gruesa de punta de afilado acero; pica espuelas al caballo y corre contra él tan rápido y haciendo tanto ruido que todos los nobles que lo ven galopar se sorprenden. El rey Arturo se sujetaba bien en los estribos, de tal forma que el caballo se arqueaba bajo él. Se golpean con toda la rapidez de los caballos tan violentamente en los escudos, que los atraviesan. El rey Neutre quebró su lanza contra el rey Arturo, y este lo alcanzó con tanta fuerza, pues llegaba desde lejos, que le hace golpear el escudo contra el brazo, el brazo contra el costado y le empuja, derribándolo al suelo por encima de la grupa del caballo, y la tierra resuena al caer. Pero no le causó ningún otro daño.

Cuando el rey Loth de Orcania lo vio caído, se encolerizó y lo sintió mucho, pues eran primos hermanos y estaban casados con dos hermanas. Picó espuelas a su caballo y se dirigió hacia el rey Arturo que aún tenía la lanza entera. Al verlo venir, le fue al encuentro con gran valor, como quien no le temía. Se golpearon con violencia en los escudos, de forma que los caballos no pudieron avanzar ni un solo paso más antes de que las lanzas se rompieran. Al pasar de largo, se golpearon con el cuerpo y el escudo con tanta fuerza, que el rey Loth quedó aturdido, volando por encima de la grupa del caballo al suelo. Entonces se levantó el murmullo por ambas partes y se produjo un combate grande y admirable. Los caballeros del rey Neutre se esfuerzan en rescatarlo y las gentes del rey Loth también. Mientras, los hombres del rey Arturo luchan por ayudarle y estorbar a los demás. Comienza el combate por ambas partes, cruel y duro. Los dos reyes volvieron a ser montados.

Al volver en sí, el rey Arturo desenvaina la espada, que al salir del forro lanzó tal claridad como si hubieran encendido dos cirios: era la espada que había tomado de la piedra. En la hoja tenía unas letras escritas que decían que se llamaba Escalibor; es un nombre hebreo que en francés significa «corta hierro, acero y madera»; y las letras tenían razón, tal como oiréis en la historia más adelante. El rey sacó la espada y se metió en medio del combate, golpeando a un caballero en el hombro con tal fuerza que le partió todo el cuerpo; el golpe fue grande y la espada era buena y cortó el fieltro de la silla, le partió el espinazo al caballo e hizo que cayeran en un solo

montón caballero y caballo. Luego, golpea a diestra y siniestra y causa tal matanza que todos los que lo veían estaban espantados y no se atrevían a esperarle, sino que huían y abandonaban el terreno. Cuando los seis reyes ven el daño y la pérdida que han recibido por culpa del rey Arturo, lo sienten mucho y se lamentan, diciéndose unos a otros:

—Vayamos a él y derribémoslo, pues de otra forma no podremos vencerlo.

Están todos de acuerdo; toman lanzas fuertes y rectas y se ponen en movimiento hacia él, tan deprisa como pueden los caballos. Le golpean en el escudo y en la cota de mallas, pero era tan fuerte que no le cedió. Le empujan con tal ímpetu que lo derriban al suelo junto con su caballo. Cuando Keu, Bretel, Antor, Ulfino y los de su linaje ven que el rey Arturo ha caído, acuden a su rescate; los seis reyes también van allí para impedirlo. Keu golpeó al rey Aguisacán de Escocia, que se había detenido junto al rey Arturo, y le atraviesa el escudo y la cota por el hombro izquierdo, haciendo que la lanza le salga por el otro lado y derribándolo al suelo desde el caballo, con el hierro dentro del cuerpo; luego, Keu golpea al rey Caradós con su propio cuerpo y con el caballo, haciendo que cayera boca arriba. Ulfino y el rey Neutre se llevan ambos al suelo con los caballos encima; el rey Yder y Bretel quiebran las lanzas en los escudos sin causarse mayor daño. Los nobles se detuvieron junto al rey Arturo, que todavía seguía tendido en el suelo, y empezaron a darle grandes golpes en el yelmo. Cuando Keu ve que lo tratan tan mal, desenvaina la espada y se dirige a donde estaba derribado el rey Arturo y golpea al rey Loth con tal vigor en el yelmo que le hace caer sobre el arzón delantero de la silla; luego, le golpea y vuelve a golpear y lo deja de tal forma que no sabe dónde se encuentra; lo derriba del caballo al suelo completamente aturdido.

Fue grande el combate y hubo muchos muertos por los dos lados. Los del rey Arturo consiguen enderezarlo y ponerlo de nuevo a caballo. Entonces salió el pueblo bajo de la ciudad con hachas, mazas y palos; se alza el griterío por toda la región y matan y acaban con todo el que encuentran, diciendo que prefieren morir allí a que el rey Arturo reciba cualquier daño si pueden impedirlo. Golpean de tal forma a las gentes de los seis reyes, que fueron

muchos los que murieron o quedaron heridos, y los ponen en fuga quieran o no; mientras, juran que nunca estarán contentos hasta haberse vengado y que no esperan otra recompensa que la cabeza de sus enemigos.

El rey Arturo estaba encolerizado y los persigue delante de los demás; alcanza al rey Yder, alza la espada e intenta golpearle en el yelmo, pero el caballo se adelantó más de lo que él hubiera querido y el golpe cayó sobre el cuello del otro caballo, cortándoselo de parte a parte por el petral y haciendo caer en un montón al caballero y al caballo. Cuando sus hombres vieron esto, se quedaron espantados, pues temían que hubiera sido herido; regresan a socorrerle. Fue grande la lucha y el combate extraordinario, pues unos se esfuerzan en rescatar al rey Yder y los otros en impedirselo: se causó mayor daño allí que en el otro combate. El rey Arturo hería hombres y caballos con Escalibor, su espada, de tal forma que él mismo estaba ensangrentado completamente y tan lleno de sangre que no se veía ni el dibujo ni la pintura de sus armas. A pesar de todo, las gentes del rey Yder lo volvieron a montar a caballo y se marcharon vencidos; la persecución duró mucho y los seis reyes perdieron bastante, porque de todas las riquezas que llevaban no consiguieron recuperar ni el valor de dos dineros: todo ardió y se quemó con el fuego que Merlín hizo caer sobre las tiendas y los pabellones y solo quedó la vajilla de oro, la de plata y el dinero.

Después de que el rey Arturo derrotara a los seis reyes gracias a la ayuda de Merlín, tal como habéis oído, se dirigió a Carduel en Gales y convocó soldaderos allí donde sabía que estaban, dándoles vestidos, dinero y caballos; lo recibieron con tan gran amor los pobres caballeros de aquella tierra, que le juran y prometen que no lo dejarán hasta la muerte. El rey Arturo ordena abastecer las fortalezas mayores de las ciudades y castillos.

Luego, reúne a la corte en Logres, su ciudad, que ahora se llama Londres, en Inglaterra; era el día de la Virgen de septiembre. En esa corte, el rey Arturo armó con su propia mano a numerosos caballeros noveles, que le rindieron homenaje y fidelidad; les dio rentas y regalos suficientes para que pudieran gobernarse bien: a partir de entonces le tuvieron tanto amor que no lo abandonaron

por miedo a la muerte y el rey tuvo gran ayuda de todos ellos, tal como me oiréis contar.

Después, Merlín llamó al rey Arturo y a Ulfino y les dijo:

—Señor, sé algo que os quiero enseñar para que conozcáis mis hábitos. En el lugar más agreste del bosque de Northumberland hay un santo hombre que es ermitaño, muy amigo mío, y con el que tengo una estrecha relación, pues antaño salvó a mi madre de la muerte y de ser quemada, como os voy a decir.

Entonces, empezó a contar su vida y la vida de su madre, y cómo fue llevada a la hoguera por las críticas que le hacían y cómo a él mandó a buscarlo Vertiger; cómo su madre se hizo monja velada en una abadía en la que él la dejó; cómo la torre de Vertiger se sostuvo y el significado de los dos dragones que se mataron; cómo, tras la muerte de Vertiger, entró en relación con Pandragón y con su hermano Úter; cómo les anunció la gran batalla en la que Pandragón recibió la muerte; cómo después se llevó bien con Úter e hizo que se acostara con la duquesa Igerne en el castillo de Tintagel, «donde —le dice al rey— fuisteis engendrado»; luego dice cómo Ulfino preparó el matrimonio de Úter con la duquesa Igerne, que tenía cinco hijas, tres del duque su señor y dos de su primer marido, una de las cuales estaba casada con el rey Loth, la otra con el rey Neutre, con Urián la tercera, la cuarta, que ya ha muerto, con Caradán, el que fue padre de Aguisacán de Escocia; y la quinta va a la escuela en Logres. «El rey Loth tiene cinco hijos de su mujer, uno de los cuales lo engendraste tú en Londres, cuando eras escudero; son muchachos bellos; el mayor se llama Galván, el siguiente Agravaín, el tercero Guerrehet, el cuarto Gueheriet y el más joven Mordret. Galván será el caballero más leal de cuantos han nacido, será muy fiel a su señor y uno de los mejores caballeros del mundo, de los que más os amarán y os ensalzarán mientras viva más que a nadie, incluso más que a su padre; no dudéis que será por él por quien recuperaréis toda vuestra tierra y vuestros vasallos os obedecerán y se humillarán ante vos por temor a él. El rey Neutre tiene un hijo que es un muchacho muy hermoso llamado Galescalaín. Urián tiene otro hijo que se llama Yvaín el Grande, que tendrá todas las virtudes del corazón: él y Galván te amarán y servirán hasta la muerte. No los armará caballero nadie antes que lo

hagas tú y harán que acudan a tu lado los hijos de muchos altos nobles, que por amor a ellos y por tener su compañía te servirán. Por otra parte, en Bretaña la Menor hay dos reyes que son hermanos y están casados con dos hermanas; tendrán hijos que serán tan buenos caballeros que no se encontrarán en ninguna tierra otros mejores. El mayor de los dos hermanos que son reyes, se llama Ban de Benoic y el otro, Boores de Gaunes; tienen un vecino muy traidor que es rey y que les causará grandes sufrimientos y penalidades por envidia y porque no puede atacarlos con razón; como son tan nobles y leales querría que los llamaras y les hicieras saber que quieres verlos; ruégales que estén aquí la fiesta de Todos los Santos, que reunirás la corte en Logres y que convocarás a todos los que quieran obedecerte. Unos vendrán por las buenas y otros por las malas; ellos dos acudirán por su bondad, ya que son muy nobles y leales; ten buenas relaciones con ellos y ofréceles tu servicio, y se tendrán por bien pagados y te lo agradecerán rindiéndote homenaje con mucho gusto. Al terminar la corte les dirás a los de tu consejo que quieres ir a Carohase en Carmelida a servir al rey Leodagán; llévatelos contigo pues son muy valientes y buenos caballeros y los necesitarás para volver a tu tierra, porque tus enemigos intentarán impedirte que regreses aunque no podrán resistir frente a ti, por la ayuda que te prestarán los dos reyes que irán contigo. Quiero que sepas que tengo la costumbre de ir con gusto al bosque por la naturaleza de quien me engendró, que no le gusta la compañía de nadie que esté de parte de Dios; pero no voy al bosque para estar acompañado por él, sino por estar con Blaise, el santo hombre. Siempre que me necesites, me tendrás dispuesto a aconsejarte, pero verás mi cuerpo muchas veces con otro aspecto distinto del que ahora tengo, porque no quiero que toda la gente me reconozca siempre que hable contigo. Quiero que me jures que no me descubrirás a nadie, por nada que te diga; si lo hicieras, recibirías más daño que bien».

El rey Arturo se lo jura con mucho gusto, pues estaba deseoso de tener su amor y su afecto; jura que no dirá nada aunque vaya contra su voluntad. Merlín le reafirma su amor y le dice que le ayudará tan bien que se lo agradecerá el resto de su vida.

De esta forma se ponen de acuerdo el rey y Merlín. En toda la ciudad hubo gran alegría por el nuevo rey, que era diestro con las

armas; en su tiempo no se había visto un caballero tan bueno con su edad. Los habitantes del burgo hicieron levantar una quintana en medio del prado, y bohordaron contra ella los caballeros noveles con los escudos al cuello. Duró la fiesta grande y solemne ocho días. Al final, el rey hizo que se prepararan las cosas para la gran fiesta que debía tener lugar el día de Todos los Santos; convocó a los que debían recibir la tierra de su mano, para que estuvieran para rendirle fidelidad y homenaje; unos cuantos se marcharon y otros se quedaron. El rey hizo saber que, sin duda, haría que lo pagaran quienes no acudieran.

El rey Arturo envió en busca del rey Ban de Benoic y de su hermano el rey Boores de Gaunes, mediante Ulfino y Bretel. Les dijo que si en algo estimaban su amor y que si querían estar a bien con él, que acudieran para Todos los Santos, a Logres, en Gran Bretaña. Ulfino y Bretel, que se llevaban muy bien con los dos reyes, pues en tiempos del rey Uterpandragón se tuvieron gran estima, pasaron el mar y fueron a Bretaña la Menor, cabalgaron por ella y por la Tierra Desierta, en donde encontraron muchas ciudades quemadas y destruidas y llegaron a una ciudad que se llamaba Benoic, que ahora recibe el nombre de Bouges, en Berry, y que había sido del rey Claudás de la Tierra Desierta.

Ese Claudás del que os hablo le disputaba un castillo que había hecho construir el rey Ban en su tierra y el rey Ban se lo negaba diciendo que el trozo de tierra en el que se levantaba era suyo. El rey Claudás se lo negaba diciendo que no era y de esta forma empezó la guerra entre ellos, pues el rey Ban no dejó de construirlo a pesar de la prohibición de Claudás. Claudás le corrió la tierra al rey Ban sin desafiarle y le causó un gran daño por el botín que obtuvo; todas las ciudades que encontró sin murallas las redujo a fuego y cenizas. Pero no consiguió causar ningún daño en el castillo que el rey Ban había mandado construir, pues estaba bien abastecido de peones y ballesteros, situados en la torre mayor. Al frente de todo había puesto a un senescal suyo, que era hombre muy honrado, llamado Gracién y que era compadre suyo, pues el rey Ban había criado a un hijo de Gracién llamado Banín, que fue famoso por sus hazañas en la corte del rey Arturo, pero la historia no habla de él ahora, sino que habla del rey Ban, que estaba muy afligido y preocupado por el daño que Claudás le había hecho sin

desafiarle. Convocó a mucha gente y fue a su encuentro lo antes que pudo, pues conocía los pasos de los alrededores de su tierra.

Cuando se encontraron los dos, se produjo una gran batalla, un combate fiero y una gran mortandad por ambas partes: el rey Ban mató a tantos con su propia mano que había montones en el campo, como si fueran rebaño o piara. Se esforzaron de tal forma el rey Ban y los suyos, que el rey Claudás se dio a la fuga y perdió su arnés y su botín, y los prisioneros que se llevaba fueron rescatados. Por otra parte, por el lado de Gaunes entró el rey Boores, que era hermano del rey Ban, y quemó bastante tierra del rey Claudás, incendió numerosas ciudades suyas y se llevó todo lo que pudo, destruyéndole el país de tal forma que no habríais encontrado en quince leguas dónde albergaros a cubierto, a no ser que fuera en la roca viva o en una cueva bajo tierra.

El rey Claudás estaba tan humillado y vencido que permaneció silencioso sin atreverse a entrar en la tierra del rey Ban hasta mucho tiempo después, pero les causó un grave daño a los dos hermanos, como oiréis contar la historia más adelante.

De esta forma, encontraron los dos mensajeros del rey Arturo la tierra tan devastada que se quedaron sorprendidos y se preguntaban admirados la razón y cómo había ocurrido. Cabalgaron hasta llegar cerca de Trebe, que era el castillo que el rey Ban había construido, que era extraordinariamente fuerte y estaba situado en un terreno alto. En ese castillo vivía la reina Elaine, mujer del rey Ban, que era una dama muy buena y de gran belleza, que apenas tenía veintiséis años. El rey Boores se había casado con su hermana, que era dama muy noble y valiosa.

Cuando Ulfino y Bretel llegaron a Trebe, preguntaron por el rey Ban y les dijeron que había ido a Benoic a hablar con el rey Boores, su hermano. Al oír esto, se despidieron de Elaine y se marcharon de Trebe, armados, pues la tierra y el país por el que debían pasar no era muy seguro, ya que abundaban los malhechores en aquel territorio. Después de cabalgar alrededor de cinco leguas, vieron siete caballeros de la mesnada del rey Claudás, que venían de la Tierra Desierta e iban espionando por si conseguían algo, pero toda la región estaba tan vacía de riquezas que no encontraron nada que llevarse, pues la gente había huido a las ciudades y a los castillos

fuertes con todo lo que poseían.

Cuando los siete caballeros vieron a los dos mensajeros, se dijeron:

—¿Veis aquellos dos caballos que montan allí? Malos seremos si dejamos que se los lleven.

—No me parece —responde otro— que sean de esta tierra, pues no llevan las armas como las que se hacen en este reino.

—Sean quienes sean, parecen muy valientes por las armas, y si están al servicio de otro y no de ellos mismos, debe ser un hombre muy importante.

—¿Qué me importa —pregunta el tercero— a quién sirven? Vayamos a quitarles las armas y los caballos, pues los necesitamos.

A continuación, uno pica con las espuelas a su caballo y se separa de sus compañeros, dirigiéndose entre gritos hacia los mensajeros:

—Deteneos y no continuéis adelante, o moriréis si sois del rey Ban o de su hermano el rey Boores. Si sois del rey Claudás no os preocupéis, pues guardamos los caminos y los pasos de esta marca para que nadie pase si no es suyo; por eso os pedimos el peaje que no habéis pagado: tenéis que dejar las armas y los caballos. Queremos, además, que nos agradezcáis que os dejemos ir vivos y sin que os hagamos prisioneros.

Cuando Ulfino oye al que le grita y amenaza, responde:

—No os precipitéis tanto; aunque no sé quién sois, al hablar resultáis demasiado presuntuoso y creído; mal haya el caballero villano que le pide peaje a un caballero andante, y no sois muy cortés cuando lo pedís.

Bretel, al oír a Ulfino que habla así al caballero, dice:

—Señor caballero, en mala hora lo pensasteis.

Pica espuelas al caballo y se dirige hacia él, que al verlo llegar embraza el escudo por las abrazaderas, coloca la lanza sobre el fieltro de la silla y se golpean con tanta fuerza que parten y

atraviesan los escudos y la punta de la lanza del caballero se detiene contra la cota de Bretel. Este, por su parte, lo alcanza con toda la fuerza que iba su caballo y le da tan gran golpe que le mete en el hombro izquierdo el hierro de la lanza, de tal forma que el asta aparece por la otra parte más de una toisa y le empuja con tal violencia que lo derriba del caballo al suelo con la punta de la lanza en el cuerpo. El caballero se desmaya por el dolor que siente. Bretel recupera la lanza entera y completa, y le dice al caballero:

—Ahora podéis quedaros aquí a gusto y guardar el camino para que nadie pase sin que os haya pagado el tributo o un buen peaje.

A continuación se aleja a galope tendido, blandiendo la lanza tras Ulfino que había visto el combate de los dos y que se marchaba muy contento, sintiendo más aprecio por él que antes. Cuando los demás caballeros vieron a su señor que había caído herido, se enfadaron mucho y dijeron que no volverían a estar contentos hasta que lo hubieran vengado. Salen de la fila dos de ellos y cabalgan tras los dos compañeros tan deprisa como sus caballos pueden. Estos, al verlos, vuelven las cabezas de sus caballos, se ocultan tras los escudos, como buenos caballeros firmes, y corren contra los otros, golpeándose con mucha fuerza con las lanzas. Bretel, que llevaba su lanza alta, se la mete por la garganta a su contrario y lo derriba muerto tendido en el suelo. Ulfino golpea al suyo y hace que la punta de la lanza le atravesase la cota de mallas y el hombro, derribándolo del caballo al suelo a la distancia de una lanza.

Después de estos, salieron de la fila otros dos, de los cuatro que habían quedado, y les gritan a los mensajeros que morirán o vengarán a sus compañeros con todas sus fuerzas. Cuando los vieron venir, se dirigieron hacia ellos, dándose ánimos los dos para hacerlo lo mejor posible. Ulfino se dirige hacia el primero que venía y Bretel contra el otro. Los dos caballeros rompen sus lanzas contra los mensajeros y Bretel alcanza al suyo atravesándole el escudo y la cota y metiéndole la lanza en el cuerpo, de tal forma que lo derriba del caballo al suelo muerto, tendido y ensangrentado. Ulfino encuentra al suyo con tal violencia que hace caer al suelo al caballero y al caballo, en un solo montón; al caer, se le rompió el cuello al caballero.

Cuando los dos que habían quedado vieron en tal situación a sus

compañeros, se dieron a la fuga. Bretel entonces les dijo unas palabras a los muertos, que fueron bien oídas:

—Señores, bien podéis amenazar ahora; os doy permiso para que guardéis los caminos.

Luego, cabalgan los dos hasta que llegan al anochecer al castillo de Benoic, donde encontraron abundancia de gente que había sido convocada por los dos reyes.

Los mensajeros se dirigen al palacio mayor, descabalgan y entregan los caballos a un escudero que habían llevado con ellos, para que se los guarde. A continuación, suben al palacio y preguntan por el rey Ban y por su hermano. Les dicen que están reunidos en consejo en una habitación. Al oírlo, se pusieron muy contentos porque los han encontrado juntos. Permanecen allí hasta que termina el consejo, y mientras estaban esperando, se les acercó un caballero llamado Farién que al reconocerlos les mostró una gran alegría y les preguntó si querían hablar a los dos reyes, a lo que ellos le contestaron que sí. Les da la mano y los lleva a la habitación en la que estaban los dos reyes hermanos, que al verlos venir se levantan. Con ellos había un caballero llamado Leonches de Paerne. Abrazan a los mensajeros y les dan la bienvenida. Después, van a sentarse en una alfombra y el rey Ban les pregunta qué motivo los ha llevado allí, pues sin un gran motivo no han debido ir. Le cuentan la verdad de principio a fin y la situación que había entre el rey Arturo y los seis reyes, con el daño que les causó Merlín con el fuego y las proezas que el joven rey hizo con las armas, y que el rey Arturo los enviaba a buscar por consejo de Merlín, y que se decidan rápidamente.

Los dos reyes les contestan que les ha perjudicado mucho la guerra que mantienen contra el rey Claudás:

—Y tememos que cuando salgamos de esta tierra nos ataque causándonos un gran daño.

—Señor, no queríamos que ocurriera eso; pero Merlín os hace saber que no debéis preocuparos mientras estéis en este viaje.

Cuando los dos reyes oyeron lo que los mensajeros les dicen, se

sorprenden mucho porque Merlín conoce así las cosas que van a ocurrir. Les prometen a los mensajeros que irán con ellos tres días más tarde sin detenerse y estos se lo agradecen de todo corazón.

El rey Ban los hizo desarmar, pues no quiso permitir por nada que se alojaran en otro sitio que no fuera con él. Luego, les preguntan que dónde han sido tan mal tratados sus escudos y les conjuran para que les digan la verdad por la fe que le deben al rey Arturo. Les responden cómo habían sido atacados por siete caballeros y cómo habían ido las cosas. Al oír de qué forma se habían librado de los siete caballeros, sienten un gran aprecio por ellos.

Les sirven abundantes y agradables viandas, y son acompañados por Leonches de Paerne y por Farién, a quienes habían hecho grandes honras en Gran Bretaña en tiempos del rey Uterpandragón.

El rey Ban se dispone a ponerse en marcha tres días más tarde y el rey Boores hace lo mismo. Encomiendan sus tierras a Leonches de Paerne, para que se las guarde, pues era primo hermano suyo, valiente y leal. Farién estaba en su compañía, con el senescal de Benoic y el de Gaunes. Los dos reyes le dicen que si fuera necesario, enviarán a buscarlos, pues no saben qué puede ocurrir. El rey Ban les da el sello de sus armas y luego se ponen en camino, cabalgando hasta que llegaron al mar, embarcaron y pasaron al otro lado sin que nadie les causara daño o intentara estorbárselo.

Pero ahora, la historia deja de hablar de ellos por un rato y lo hará del rey Arturo.

III

Cuenta ahora la historia que cuando los mensajeros se marcharon del lado del rey Arturo, este guarneció todas sus fortalezas con peones y ballestas. Merlín fue a ver al rey y le dijo que estuviera alegre y contento, pues sus mensajeros habían cumplido bien el asunto: le cuenta todo lo que les había ocurrido a lo largo del camino, cómo se habían liberado de los siete caballeros y que los dos reyes ya se habían hecho a la mar:

—Pensad en honrarlos y en recibirlos con grandes honores. Id a su encuentro, pues aunque sean vasallos vuestros, son de un linaje más alto que vos, y sus mujeres también. Os recomiendo que hagáis cubrir con sedas y jametes todas las calles de Logres por donde vayan a pasar; que todas las doncellas y jóvenes de la ciudad bailen y salgan cantando a su encuentro fuera de la ciudad. Vos mismo iréis acompañado por numerosos caballeros. Llegarán aquí el domingo antes de la hora de tercia.

Cuando el rey Arturo lo oye, le contesta que lo hará todo según le ha indicado. Se prepara y se dispone a recibir a los dos reyes, esperándolos de esta forma hasta el domingo. Ese día, monta el rey con sus nobles, su mesnada y el arzobispo de Brice y les van al encuentro con gran procesión. Al verse, hubo grandes muestras de afecto, gran alegría y besos. Entran en la ciudad con bailes y danzas y con gran festejo. En el palacio mayor, el rey Arturo hizo grandes regalos ricos a la mesnada de los dos reyes, según quién era cada uno, a unos más que a otros. Les dio caballos, palafrenes, armas ricas y bellas, y todo lo hizo por consejo de Merlín. Todos los que estaban a su alrededor sintieron gran afecto por el rey y lo apreciaron más, jurando que nunca lo abandonarían en el resto de su vida. Ese día cantó la misa el arzobispo de Brice y, después, subieron al palacio mayor, donde ya habían preparado la comida abundante, buena y con variados platos; se sentaron los tres reyes en una mesa, con el arzobispo de Brice y con Antor, que había criado al rey Arturo. Keu les sirvió la mesa, tal como era lo normal, acompañado por dos caballeros noveles que eran muy valerosos,

jóvenes muchachos hijos de dos castellanos; uno de ellos se llamaba Lucano el Botellero y el otro Giflete, hijo de Don de Carduel, que había sido guardabosques de Uterpandragón; Ulfino y Bretel, que habían logrado llevar a cabo el asunto, fueron servidos también con grandes honores y tuvieron buena y abundante comida.

Después de comer, levantaron una quintana y bohordaron los jóvenes caballeros. Luego, hicieron un torneo unos contra otros, divididos en dos partes: había setecientos caballeros en cada una de las partes y trescientos del reino de Benoic que se pusieron todos juntos. Al empezar el torneo, se reunieron el rey Ban, el rey Boores y un hermano suyo, que era muy buen clérigo, el que más sabía de Astronomía en su tiempo, después de Merlín. El rey Arturo estaba apoyado en la ventana y el arzobispo de Brice y Antor contemplaban el torneo, con el choque de los hombres, las enseñas ondeando al viento, los caballos relinchando bajo los vasallos, de tal forma que las montañas y los valles retumbaban.

Cuando ya iban a chocar las dos partes, salió de las filas un caballero, Giflete hijo de Don de Carduel, que montaba un gran caballo gris extraordinariamente veloz. A su encuentro sale un caballero de Benoic llamado Ladinás, que era de gran valor: se dan tan grandes golpes que quiebran las lanzas, pues los dos eran valientes y buenos caballeros; uno estaba deseoso de ganar fama y el otro de aumentar y acrecentar la suya; se chocan con los escudos y los cuerpos con tanta violencia que les pareció que los ojos les volaban de la cabeza; se derribaron al suelo con los caballos encima y permanecieron desmayados sin poder moverse, de tal modo que pensaron que habían muerto. Todos dicen que nunca habían visto tan duro encuentro de dos caballeros. Entonces, rompen las filas por ambas partes para ir al rescate de los dos caballeros y se golpean unos a otros, de tal forma que se producen hermosas justas, muy agradables de ver. Hubo quienes se derribaron, otros que rompieron sus lanzas sin caer, y entonces desenvainaron las espadas y empezaron un combate admirable, en el que hubo un caballero que realizó grandes hazañas y caya fama corrió por todo el país: se llamaba Lucano el Botellero y era primo de Giflete, el hijo de Don, el que había tenido el duro encuentro. Lucano derribaba caballeros y caballos y empezó a realizar tales proezas que nadie resistía sus golpes; arrancaba yelmos de las cabezas y escudos de los cuellos;

consiguió volver a montar a Giflete y el otro caballero también fue montado. Después de tomar un poco de aire y de volver en sí, los dos reemprendieron el torneo.

Giflete realiza tales hechos de armas, junto con Lucano el Botellero, que les quitan terreno a los caballeros de Benoic. Pero en esto, llegan trescientos más, completamente frescos, que aún no habían dado un solo golpe. El combate fue admirable y duro; cuando las lanzas se les rompieron, tomaron las espadas y se combatieron durante mucho rato. Allí se verían acciones hermosas de caballeros, por ambas partes, pues eran muchos los jóvenes que lo hicieron bien. Giflete, el hijo de Don, y Lucano el Botellero, estuvieron por encima de todos los demás combatientes.

Cuando fue la hora de nona, el torneo ya había decaído un poco; entonces, Keu el senescal abandonó su escondite entre los árboles, pues aún no había dado ningún golpe ni él ni ninguno de los cinco compañeros que iban con él con buenos caballos, con los escudos al cuello y las lanzas empuñadas. Se acercan a las filas y atacan como el halcón o el gavilán a los estorninos; derriban al suelo a los primeros que encuentran. Cuando las lanzas se quebraron, sacan las espadas y realizan tales proezas que Keu recibe el galardón del torneo junto con Giflete y Lucano el Botellero; tras ellos ganaron fama el duque Maruc de la Roca, Guínas el Pálido, Drián del Bosque Salvaje, Belyas el Enamorado, del Castillo de las Doncellas, Flandrín el Blanco, Gracién el Blanco, el del Castillo, Druliós de la Choza, Bliobierís de la Tierra Desierta, Meliaduc el Pálido, Medián el Crespo y Placidés el Alegre. Todos ellos lo hicieron tan bien en el torneo que nadie les pudo resistir. Pero luego, los compañeros del rey Ban consiguieron que todos retrocedieran hasta donde estaban al comienzo, pues los del reino de Logres se habían salido del torneo para cambiarse los yelmos, que tenían rotos y despedazados. Al ver que los suyos eran derrotados, se apresuran, toman lanzas nuevas y vuelven a combatir tan rápidamente como sus caballos pueden ir; se meten en donde ven mayor tumulto. Keu pica espuelas ante todos los compañeros, como quien tiene deseos de obrar bien, se dirige a las filas blandiendo la lanza: sería extraordinario caballero de no ser porque hablaba demasiado y la maledicencia le quitó el favor de sus compañeros y de gentes ajenas que lo oían hablar y que rechazaron ir en su compañía a las aventuras del reino

de Logres, tal como la historia contará a continuación.

El defecto del que ha hablado la historia lo recibió Keu de su nodriza, que lo amamantó, pues no pertenecía a su madre, que era mujer buena, prudente y leal; pero lo que decía Keu no les importaba a los que conocían su hábito, porque no lo hacía por mala voluntad hacia nadie, sino que era una costumbre que tenía: cuando empezaba a hablar, no sabía lo que iba a decir hasta que las palabras le habían volado de la boca. Frecuentemente se reían de él los que no lo conocían, pues se divertían mucho con sus palabras. Por otra parte, era uno de los mejores compañeros que podrían tenerse.

Cuando llegó al torneo, tal como habéis oído, se encontró con Ladinás que había combatido muy bien durante todo el día y que se esforzaba en echar del terreno a los de Logres, a los que casi habían vencido él y sus compañeros. Al verlo, Keu lo sintió mucho; pica espuelas a su caballo, baja la lanza y golpea a Ladinás con tal violencia en medio del escudo que se lo atraviesa de un lado al otro; la punta se le detiene contra la cota de mallas, pero le empuja con toda la fuerza que traía de lejos y lo derriba tendido al suelo; con el mismo golpe fue a darle a Gracién de Trebe, y lo hace caer junto con su caballo; entonces, se le rompió la lanza y sacó la espada a la vez que gritaba «¡Clarence!», que era el grito del rey Arturo. Los demás miran y ven que han recibido la ayuda de sus compañeros, que pensaban que se habían perdido, se recobran y empiezan a realizar mayores proezas de las que habían llevado a cabo a lo largo de todo el día.

El rey Arturo, el rey Ban y el rey Boores vieron la justa de Keu y dijeron que era hombre muy valiente el senescal, y lo contemplaban con mucho gusto.

Cuando Lucano el Botellero ve que Keu lo hace tan bien, se dice que se tendrá por malvado si no acude a ayudarle; pica al caballo con las espuelas y entra en donde es mayor el tumulto: golpea a Bliobierís con tanta fuerza que lo derriba tendido al suelo a la vez que su lanza vuela hecha pedazos; desenvaina la espada y se arroja entre ellos, realizando tales hazañas que es muy alabado por muchos y recomienza con mayor fuerza el torneo por la ayuda de los compañeros. En esto, llega Giflete con la lanza apoyada en el

fieltro de la silla, tan deprisa como puede ir su caballo, a la vez que ve a tres caballeros que sujetaban a Keu el senescal, manteniéndolo a corta distancia por los golpes de sus espadas, de modo que necesitaba ayuda, ya que los otros eran tres y Keu estaba solo: entonces, lo golpea y vuelve a golpear hasta que está tan aturdido que cae al suelo boca arriba. Keu se levanta con rapidez, pues se encontraba en gran peligro, mira y ve que era Giflete el que lo había socorrido y piensa que tiene que recompensarle por el favor que le ha hecho, si se le presenta la ocasión, y así lo hizo poco tiempo más tarde, tal como la historia contará. Por eso, se hicieron compañeros y se tuvieron gran afecto desde entonces y durante todo el resto de su vida.

Después de salvar a Keu, tal como habéis oído, Giflete miró a su alrededor y vio a Geroás, que le había causado graves molestias en el combate de ese día. Saca la espada y le ataca con mala intención, dándole tan gran tajo en el yelmo que se lo habría hecho volar, si la espada no se le hubiera vuelto en el puño, y le habría causado la muerte. Pero la espada le cae por el hombro izquierdo con tal violencia que le rompe la cota de mallas, se la abre, le parte la correa del escudo y la hoja le entra hasta el hueso mayor del hombro, y Geroás cae al suelo ensangrentado. Se levanta el griterío y el estrépito, pues piensan que por el golpe que han visto ha debido morir y no tiene salvación. Acuden sus compañeros a rescatarlo y por otra parte llegan los compañeros de Keu el senescal; empieza una pelea tan grande que fueron muchos los que cayeron y fueron heridos antes de que los otros fueran rescatados y vueltos a montar. Cuando los seis compañeros que os he citado antes vieron el combate, picaron espuelas hacia allá con tal rapidez que hicieron volar a los seis primeros que encontraron, tirándolos al suelo. Luego, se meten entre ellos y empiezan a hacerlo tan bien que todos los que lo ven se preguntan admirados cómo pueden resistirles y aguantar.

Empezó el torneo por ambas partes y realizaron buenas hazañas los siete y todos los demás, hasta que la noche se acercó y los tres reyes bajaron del palacio y acudieron al lugar del torneo, pues estaban tan igualados que no se podía saber quiénes llevaban la mejor parte. Los separan y les dicen que ya es hora de dejarlo, pues es tarde para combatir. Se retiran y va cada cual a su alojamiento para descansar,

pues lo necesitaban mucho. Los tres reyes se dirigen a oír vísperas y luego van a cenar. Tras la cena, hablan y se preguntan quién les parecía que lo había hecho mejor. Dicen que el rey Ban tenía dieciséis caballeros que habían superado a los demás realizando tales maravillas con las armas que eran muy dignos de alabanzas. Pero en cualquier caso, consideran que los tres mejores habían sido Keu el senescal, Lucano el Botellero y Giflete, el hijo de Don, y a ellos les conceden el premio.

Cuando quitaron las mesas, se levantaron los tres reyes, el arzobispo, Antor y Guinebán el clérigo y se dirigieron a unas balconadas que había junto a la sala, por la parte del jardín a lo largo del río y allí estuvieron hablando juntos de muchas cosas. En eso, miró el rey Arturo a Ulfino y a Bretel y empezó a reír con muchas ganas, pues se acordó de las palabras que Merlín le había dicho cuando se fueron como mensajeros y les atacaron los siete caballeros de la Tierra Desierta, de los que se defendieron. Llama entonces a los dos caballeros y les conjura por la fe que le deben para que le digan cómo les había ido en su embajada. Al oírlo, se dieron cuenta de que el rey lo sabía todo gracias a Merlín, y le responden:

—Señor, ¿para qué os diríamos lo que ya sabéis? Serían palabras gastadas en vano.

—¿Cómo —pregunta el rey Ban—, quién os lo ha contado?

—Señor —le responde Bretel—, el hombre más sabio que hay en el mundo.

—¿Cómo se llama?

—Señor —contesta Bretel—, Merlín, y está descansando en esa habitación. Por su consejo mi señor envió en vuestra búsqueda.

—Señor —le dice el rey Ban al rey Arturo—, hacédnoslo ver, pues es algo que deseábamos hace tiempo por las maravillas que hemos oído contar de él.

El rey Arturo le responde que lo hará con mucho gusto, envía a Ulfino, que tan pronto como se puso en marcha para ir a buscarlo,

se encontró con él y le dijo que volviera junto al rey a preguntarle que para qué envía en su busca; y Ulfino así lo hace. El rey Ban se santigua sorprendido. En esto, Merlín entra y le dice que no tiene por qué asustarse. Luego, le cuenta una parte de su vida y de su forma de ser.

Guinebán, el clérigo, avanza y le pregunta varias cosas, pues era hombre de gran preparación y de gran sabiduría. Merlín le contesta en todo según le preguntaba y la discusión entre los dos dura buen rato. Por fin, Merlín le dice que se esfuerza en vano y que cuanto más buscara, más encontraría. A continuación, les dice a los que estaban a su alrededor que no había encontrado nunca un clérigo que hubiera hablado tan profundamente con él; ni siquiera Blaise, que era muy sabio y santo hombre, pudo preguntarle tantas cosas en ningún momento.

¿Qué más podría contar? Hablaron juntos durante mucho tiempo y conversaron entreteniéndose el uno con el otro. Luego, Merlín se acercó a los dos reyes que eran hermanos y les dijo:

—Señores, sois muy nobles y valientes, y muy leales. Aquí está el rey Arturo, mi señor y vuestro señor, él os tiene que conceder vuestros dos reinos y debe socorreros y ayudaros frente a todos los hombres, si fuera necesario.

Le ruegan que les cuente cómo fue elegido rey y si Antor está seguro de que era hijo de Uterpandragón. Merlín les contesta que sí, sin lugar a dudas. Luego, les dice cómo fueron las cosas y así lo atestiguan el arzobispo de Brice y Ulfino.

—Merlín —le dice el rey Ban—, queremos que nos aclaréis una cosa que os vamos a preguntar, pues sabemos que sois tan sabio y de vida tan santa que no mentiríais ni a cambio de toda la tierra que depende de la corona.

—Señor —le contesta Merlín—, ¿queréis que os jure que es tan verdad como os he dicho?

Se echan a reír todos y afirman que no hay nadie tan sabio como Merlín. Este les dice que con mucho gusto se lo prometerá; lo aplazan hasta el día siguiente por la mañana y se marchan a dormir,

acostándose los tres reyes en una habitación y Merlín y Guinebán en otra, donde conversaron mucho y en la que Merlín le enseñó hermosos juegos que el clérigo aprendió con facilidad, pues era hombre sabio, y los puso en práctica luego en varias ocasiones, hablándose mucho del asunto tiempo después, según contará la historia.

Al día siguiente por la mañana se levantaron y oyeron misa. Después, Merlín hizo el juramento de que el rey Arturo era hijo de Uterpandragón, que lo había engendrado en la reina Igerne la noche en que murió el duque, y lo mismo juró Ulfino. Cuando los dos reyes les tomaron el juramento, rindieron homenaje al rey Arturo con mucho gusto, como era justo. El rey Arturo los acogió con sencillez llorando y con una alegría mayor que la que había tenido antes. Fueron a comer y les sirvieron todo lo que necesitaría un alto hombre. Después, fueron a hablar Merlín, el rey Arturo, los dos reyes que eran hermanos, Ulfino, Bretel y Keu el senescal.

—Todos vosotros —les dice Merlín— sois nobles y valientes; os conozco tan bien como vosotros mismos os conocéis. He aquí al rey Arturo, vuestro señor, que es muy joven y será buen caballero gracias a su propio brazo, y ya lo es. Sabéis también que se lleva mal con los nobles de su tierra, que no quieren recibirlo como señor, ni rendirle homenaje como deben; antes bien, procuran causarle todo el daño que pueden, si se encuentran en lugar donde puedan hacerlo. Por eso os ruego que hagáis lo que os voy a aconsejar.

Le responden todos que así lo harán con mucho gusto.

—Señores —continúa Merlín—, bien sabéis que el rey Arturo no tiene mujer; conozco una doncella, hija de rey y de reina, de importante familia, hermosa y de tanta valía que ninguna otra joven le puede superar. Es hija del rey Leodagán de Carmelida, que ya es viejo y solo tiene esa hija, llamada Ginebra. Ella heredará la tierra. Pero el rey Leodagán tiene una guerra con el rey Rión que es de la familia de los jayanes, muy rico y muy poderoso; si ocurriera que conquistara el reino de Carmelida, que limita con el reino del rey Arturo, tened por seguro que este no volvería a conocer la paz en sus tierras y el resto de su vida tendría que combatir por todas partes. Si no fuera por los caballeros de la Mesa Redonda que

ayudan al rey Leodagán a defender sus tierras, haría tiempo que los jayanes se las habrían quitado. Por eso, os recomiendo que acompañéis al rey Arturo como soldaderos y permanezcáis durante un año o dos con él, hasta que os conozcáis bien. No habrá pasado mucho tiempo, hasta que os ame más que a los que ahora están con él. Rogará al rey Arturo que se case con su hija y de esta forma podrá obtener libremente el reino.

—Mi buen amigo —le dice el rey Ban a Merlín—, si vamos a tierras extrañas y dejamos nuestras tierras, tal como están, ¿qué ocurrirá con ellas? Tenemos vecinos tan traidores que nos atacan sin cesar y ni siquiera este país en el que estamos es seguro, pues los nobles, que deberían ser vasallos fieles al rey Arturo, le combaten: es gran peligro dejar la tierra propia por defender la de otro.

—Señor, bastante decís según vuestra intención, pero es bueno retroceder para saltar lejos. Sabed que por un dinero que perdáis aquí, ganaréis cien allí, ya que por los pasos que vienen a esta parte no perderéis ningún castillo, ni ciudad y sin embargo ganaréis allí un reino que será defendido por el rey Arturo mientras viva.

—No sé qué decir —contesta el rey Ban—, pero haré lo que me aconsejáis, pues sois más sabio que todos nosotros. Solo falta que nos preparemos y nos pongamos en marcha cuando queráis.

—Llegado el momento —responde Merlín— nos prepararemos, pero no nos pondremos en marcha antes de librar una batalla contra los nobles de esta tierra, que están convocando y reuniendo a numerosa gente. Vos, por vuestra parte, llamaréis a cuantos podáis reunir, y lo haréis tan en secreto como sea posible; haced que acampen en una landa del bosque de Bredigán y no temáis, pues les causaréis más daño que ellos a vosotros.

—Merlín —le contesta el rey Ban—, si yo y mi hermano llamáramos a la gente de nuestro país, ¿podrían llegar a tiempo?

—Sí, estad seguro.

—Entonces les haremos venir.

—Iré yo —dice Merlín—, pues seré más rápido que cualquier

mensajero que enviéis, ya que es necesario darse prisa porque la batalla tendrá lugar el día de la Candelaria en el campo de Bredigán y vuestra gente tendría que cabalgar día y noche para mayor rapidez. Yo estaré en Gaunes mañana por la noche.

Cuando los dos reyes oyeron esto, se quedaron sorprendidos, lo abrazan y le muestran una gran alegría.

—Señor —le dice entonces Merlín al rey Arturo—, convocad a los caballeros, peones y ballesteros, a todos cuantos podáis tener, y lo más en secreto posible; enviad abundante comida a la landa que os he dicho y repartidla entre la gente, que lo necesitará; haced que le den a cada uno comida para cuarenta días. Y vos, señor —le dice al rey Ban—, entregadme vuestro anillo, que llevaré a Leonches de Paerne, vuestro primo, como prueba para que me crea en lo que le voy a decir.

Cuando los dos hermanos oyeron hablar a Merlín de este modo, se quedaron sorprendidos, pues no pensaban que ningún hombre vivo supiera tanto como él les estaba diciendo.

—Buenos señores —les dice el rey Arturo—, no os espantéis, ni os sintáis mal porque os dice todas esas cosas, pues lo sabe todo y basta con que desee conocer una sola palabra de lo que ocurre, para que deje de ser algo desconocido.

—Ya que es así, le entregaremos el anillo y que sea según vuestra voluntad, pues sabemos que os ama más que nadie en el mundo.

—Por mi cabeza —dice Merlín—, habéis hablado como sabios; ganaréis tanto que sabréis lo que os amo.

El rey Ban le entrega entonces el anillo; Merlín lo toma y los encomienda a Dios, yéndose de allí, tal como os he contado. Fue a ver a Blaise y le contó todas estas cosas, que él puso por escrito y por eso nosotros lo sabemos.

Merlín deja a Blaise y el día siguiente a la hora de prima llega a la ciudad de Gaunes, donde le cuenta a Leonches lo que los dos hermanos reyes querían que supiera; le muestra el anillo del rey como prueba y este cree todo lo que dice Merlín: convoca a la gente

de lejos y cerca, de tal modo que se reunieron fácilmente diez mil a caballo y armados en la ciudad de Benoic ocho días antes de Navidad. Pusieron vigías en las ciudades, como era menester.

Uno de los vigías era Lambegues, joven muchacho que era hombre muy leal y valiente; fue colocado en la fortaleza principal de Gaunes y Farién, del que era sobrino, le rogó que procurara hacerlo muy bien; él respondió que haría todo lo posible. En la ciudad de Benoic pusieron de vigía al señor de los Altos Muros, que era hombre muy principal y buen caballero al que apenas le apuntaba la barba. En la ciudad de Trebe dejaron a Banín, el hijo de Gracién, que era ahijado del rey Ban; allí estaban las dos reinas hermanas, pues era el mejor castillo y el más fuerte de los dos reinos. En Montlair, castillo fuerte que pertenecía al rey Boores, pusieron a Placidés, sobrino de Leonches, que era valiente y buen caballero, atrevido y leal.

Tras haber guarnecido de esta forma toda la tierra y el país, se pusieron en marcha y cabalgaron hasta la orilla del mar; allí embarcaron. Por su parte, el rey Arturo también se prepara, tal como Merlín le había ordenado, de forma que reúne fácilmente diez mil hombres de armas, todos ellos montados en buenos caballos, pues no quiso convocar a ninguna gente a pie. Mientras, pasó por allí todo el acarreo que llevaba la comida.

El rey hizo que el ejército fuera lo más en secreto posible a la landa del bosque de Bredigán, que era uno de los sitios más apartados que se conocían. Además, hizo algo que Merlín consideró de gran prudencia, pues tan pronto como se reunieron en la landa la hueste y los carros de alimento, ordenó que todos los caminos de su tierra fueran vigilados, para que no pasara por ellos nadie que no fuera apresado de inmediato y llevado ante el rey, ya que no quería que hubiera algún espía que fuera a contarles a los otros sus preparativos. Prohibió en toda su tierra a los que se consideraran vasallos suyos que cabalgaran por el país antes de que hubiera pasado la fiesta de la Candelaria; si alguien no cumplía con la prohibición, sería hecho prisionero y perdería la vida o algún miembro, pues así lo había ordenado el rey. Los vasallos se mantuvieron en paz, y ninguno se movió. La gente menuda se preguntaba admirada qué era aquello y por eso nadie supo lo que

ocurría, ni dónde estaba el rey Arturo, a no ser los miembros del consejo real.

[Los seis reyes prometen vengarse, para lo que reúnen gran número de combatientes; sus espías son apresados y el rey Arturo se prepara para la guerra.]

IV

Cuenta ahora la historia que cuando Merlín entró en el mar con su compañía, que llevaba de la tierra de los dos hermanos, navegaron hasta arribar a Gran Bretaña. Allí, Merlín ordenó que todos los arneses fueran cargados en baúles, pues no quería que acamparan; cabalgaron día y noche, hasta que llegaron al lugar en el que querían estar y allí acamparon por orden de Merlín. Continuaron su marcha hasta que al quinto día llegaron al bosque de Bredigán, en el que encontraron a la hueste del rey Arturo. Tuvieron gran alegría los dos ejércitos al verse. Luego, plantaron tiendas y pabellones y descansaron hasta el día siguiente; permanecieron allí ocho días enteros.

Merlín estaba con los reyes, que le mostraban un gran gozo. Entre bromas, Ulfino le decía:

—Merlín, cuidaos de esa gente, pues os intentarán humillar gravemente.

—Bien sé que no me quieren mucho, y tienen motivo; pero no conseguirán cogerme, aunque no tienen peor enemigo que yo, ni nadie que les cause tanto daño como el que les causaré mientras perjudiquen al rey Arturo. Ya solo nos queda empezar; procurad que nadie salga del campamento, pues sería un daño irreparable, ya que los enemigos del rey se han establecido cerca de aquí, en la llanura que hay al pie de Bredigán y son cuarenta mil, todos ellos armados y a caballo. Tendremos que actuar con gran prudencia, pues de lo contrario, todos moriremos por ellos.

Luego, Merlín se retira con los tres reyes para hablar a solas y le dice al rey Arturo:

—Señor, escuchad lo que os quiero decir: sois muy joven y tenéis que mantener un reino muy grande, sin que los nobles os apoyen en nada; el pueblo bajo os miraría con sospechas, de no haber sido por los grandes regalos que les habéis dado; por eso os digo que si alguna vez fuisteis generoso, lo seáis más a partir de ahora, porque

de ninguna otra manera ganaréis mejor recompensa, ni conseguiréis tener la voluntad de vuestra gente, como regalando dones, y tendréis riquezas suficientes para hacerlo, os diré de qué manera si deseáis oirlo. Sabed que en este trozo de tierra está el mayor tesoro que jamás hubo, pero no tomaréis nada de él hasta que hayáis regresado del combate, ya que tendréis abundantes cosas que repartir entonces. Acordaos de este sitio, para reconocerlo después.

Los tres reyes se sorprenden por lo que les había dicho. Regresan al campamento, al pabellón del rey Arturo, que estaba sobre una fuente muy hermosa y clara; hacía mucho frío, pues era el mes de enero, ocho días antes de la Candelaria, y hacía dos días que estaban allí. El tercer día, llegó Merlín ante los tres reyes y les dijo:

—Ya es momento de atacar a los enemigos y de dividir a la gente para saber quiénes irán antes y quiénes después; debéis ir de tal forma que no sepan nada hasta que estéis encima de ellos, y será dos leguas antes de que empiece el día, pues si se dan cuenta de que vais, son tantos que no podréis resistir frente a ellos; no temáis, pues no durarán mucho.

Se arman y se disponen de tal modo que solo faltaba montar; establecen los cuerpos del ejército y le entregan a Keu el senescal la enseña del rey Arturo para que la lleve y que guíe la primera parte. Junto a él, también debía guiarlo Giflete, Lucano el Botellero, Maruc de la Roca, Guínas el Pálido, Drián del Bosque Salvaje, Belyas el Enamorado y Flandrín el Noble, y eran en total cuatro mil. El segundo cuerpo lo mandaba Bretel, que era de gran bondad, leal y firme con la mano; guiaba a tres mil combatientes, todos a caballo y con buenas armas. El tercer cuerpo del ejército lo llevaba Ulfino, y en él estaba el rey Arturo: eran cuatro mil hombres muy valientes, que no fallarían a su señor, ni lo dejarían hasta la muerte. Cada uno de estos cuerpos se pone en marcha según se establece y avanzan despacio y apretados, tal como Merlín les había dicho; Merlín iba delante en un gran caballo negro y los guiaba a todos.

El rey Ban organizó a sus gentes y a las de su hermano: Farién debía llevar el primer cuerpo y la enseña del rey Boores, pues era hombre valiente, buen caballero y prudente sin temeridades; con él iban Ladinás y Moret del Camino, Palet de Trebe, Gracién el Pálido, Bliobierís y Meliaduc el Negro; todos ellos estaban en su compañía

con tres mil caballeros bien montados. El segundo cuerpo del ejército del rey Ban lo guiaba Leonches de Paerne, que era muy buen caballero y valiente; lo formaban cuatro mil hombres. El tercer cuerpo del ejército lo llevaba el rey Boores de Gaunes, que bien supo guiarlos; eran otros cuatro mil hombres a caballo. El cuarto cuerpo del ejército lo guiaba el rey Ban de Benoic, que era el mejor caballero de toda la hueste; le dio la enseña a Aleume, su senescal, que era muy buen caballero, para que la llevara; eran cuatro mil en la compañía, extraordinariamente bien montados, que no fallarán ni por miedo a morir.

Cuando ya estuvieron preparados, se pusieron en marcha despacio, sin separarse; era cerca de medianoche y la luna brillaba con claridad, había silencio y el tiempo estaba tranquilo.

La historia se calla un poco ahora y habla de los sajones de Irlanda y de los irlandeses que limitaban con la tierra de los reyes que combatían contra el rey Arturo.

[Los reyes sajones preparan el ataque contra el rey Arturo; pero a pesar de sus saqueos, son derrotados.]

V

Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo y el rey Ban tuvieron dispuestos los cuerpos del ejército, tal como ya se ha dicho, se pusieron en marcha para atacar a sus enemigos, que no habían establecido centinelas que vigilaran el campamento aquella noche, sino que se habían ido todos a dormir. Los más importantes dormían en el pabellón del Rey de los Cien Caballeros, sin temer a nadie. Mientras estaban durmiendo, el rey Loth tuvo un sueño temible y muy espantoso: le parecía que veía que se levantaba un viento tan grande y tan fuerte que derribaba todas sus casas y el campanario de la iglesia; después, se oían un trueno y un relámpago tan extraordinarios que todo el mundo temblaba de miedo; tras esto, llegaba un río enorme, tan caudaloso, que arrastraba todas las casas, una gran parte de la gente y a él mismo lo ponía en peligro de ahogarse en el agua. En medio de tal espanto, el rey se despertó y se santiguó, asustado por el sueño que había tenido; se levantó, se vistió y fue junto a sus compañeros; los despertó y les contó la visión que había tenido. Le preguntaron que por dónde había visto llegar el agua y él les dijo que toda la tormenta y la tempestad le parecía que llegaba por la parte del bosque. Dicen entonces que están seguros de que tendrán en breve un combate extraordinario; se levantan y despiertan a todos los caballeros que había allí, ordenándoles montar y cabalgar por los alrededores de la región. El mismo rey se arma y se prepara muy bien.

Mientras, Merlín ordena que se apresure la gente del rey Arturo, pues sabía la situación de los otros. Llegaron tan pronto que los enemigos no se pudieron dar cuenta hasta que cayeron sobre ellos y preguntaron a Merlín, al que encontraron el primero, que quiénes eran. Merlín les contesta que son del rey Arturo, que viene a disputar su tierra frente a todos aquellos que pretenden causarle algún daño.

Al oír estas palabras, retroceden picando espuelas y regresan al campamento a la vez que gritan: «¡Traición, traición! Señores caballeros, a las armas, pues nunca hubo tan gran necesidad como

ahora; ya llegan los enemigos».

Saltan de las camas y corren a las armas antes que a los vestidos y tuvieron la suerte de que los caballos estaban ensillados; pero por más que se apresuraron, no pudieron impedir que los enemigos les cayeran al cuello antes de que se hubieran preparado; junto a esto, les causó grandes molestias que Merlín enviara un viento tan fuerte y un torbellino tan grande que todas las tiendas les cayeron al suelo sobre sus cabezas y hubo tal bruma que no se podían ver unos a otros si no era con gran dificultad: eso les estorbó mucho cuando iban a armarse y recibieron gran daño, pues las gentes del rey Arturo les atacaron con toda libertad, matando y derribando a cuantos alcanzan.

Los diez reyes habían conseguido salir y se habían apartado, yendo en medio del campo, fuera de las tiendas; hicieron tocar una bocina que sonaba fuerte y clara, para reunir a sus hombres y escapar de los enemigos que no tenían ninguna compasión de ellos. Hubo tantos muertos, que una tercera parte había caído antes de que pudieran distinguirse con la claridad del día. Cuando los del campamento se vieron y reconocieron a sus enemigos, que eran tan numerosos, se dieron a la fuga hacia el lugar donde habían oído tocar el cuerno, pues los reyes se habían detenido a la entrada del bosque por encima de un riachuelo y allí reunían a todos los que podían escapar de las manos de sus enemigos: poco a poco fueron creciendo y eran más de veinte mil. Los demás se dieron a la fuga sin poder acudir a la bandera y fueron desbaratados, tristes y pesarosos, y lloraban el daño y las pérdidas que habían tenido.

Cuando el rey Arturo vio que le había quedado todo el campamento, se dirigió a Merlín y le preguntó qué debía hacer.

—Os lo voy a decir. Iréis por ahí a un vado en el que se han detenido más de veinte mil. Allí combatiréis contra ellos, pero haréis que os oigan llegar. Mientras, el rey Ban y su hermano irán por la parte del bosque y les atacarán por detrás y vos por delante; se asustarán tanto, que será poco lo que resistan.

[Siguiendo el consejo de Merlín, y tras un duro combate, vencen a los

diez reyes.]

De esta forma los persiguieron el rey Ban y el rey Arturo delante de todos los demás, hasta que llegaron a un río caudaloso sobre el que los que huían habían hecho un puente de ramas y broza, atravesándolo uno tras otro. El rey Arturo y el rey Ban llegaron al puente y quisieron entrar tras ellos; pero Merlín se les acerca y les dice:

—Rey Arturo, ¿qué quieres hacer? ¿No has hecho bastante venciendo a tus enemigos? Regresa a tu tierra y llévate a tus amigos y servidores, y hónralos todo lo que puedas. Yo me tengo que ir al bosque a cumplir con mi destino junto a Blaise, mi maestro y amigo.

A continuación se separa del rey Arturo y entra en el bosque, en el que estaba Blaise, que durante mucho tiempo lo había estado esperando y deseando. Le pregunta que dónde había estado durante tanto tiempo y Merlín le responde que había permanecido junto al rey Arturo aconsejándole. Blaise le contesta que obraba como loco yéndose de su lado, si no fuera porque lo hacía para aconsejar al joven rey. Merlín le cuenta todas las cosas que habían ocurrido desde que se fue de su lado: cómo los sajones habían entrado en la tierra de los nobles y cómo los estaban combatiendo.

Blaise puso todo esto por escrito y por él lo sabemos todavía.

Pero ahora la historia deja de hablar de Merlín y de Blaise y habla del rey Arturo y de los demás reyes que están en su compañía.

[Tras la victoria sobre los diez reyes, el rey Arturo reparte el botín y despide a los que han combatido a su lado.]

VI

Al día siguiente, después de comer, empezaron la gran fiesta. Los tres reyes entraron en las balconadas que daban al río, para ver desde allí los prados y los jardines; miraron abajo y vieron que llegaba un enorme villano por el río, atravesando los prados con un arco en la mano y con flechas; había patos silvestres en un riachuelo, que se estaban bañando según es su naturaleza; el villano tensa el arco y alcanza a uno en el cuello, rompiéndoselo; luego, empulga otro dardo y mata un pato macho; luego, los coge y los cuelga del cuello a su correa; se marcha hacia las balconadas en las que estaban apoyados los tres reyes, que habían visto lo que el villano hacía. Cuando ya estaba cerca, lo llama el rey Arturo; el villano se acerca y el rey le pregunta que si le vende las aves que ha cazado; este le contesta que sí, con mucho gusto.

—¿Cuánto queréis?

El villano no contesta. Calzaba grandes zapatos de cuero de vaca y llevaba vestida una cota y sobrecota de paño buriel, con capucha y con una correa nueva de piel de cordero. Era grueso, alto, negro y con el pelo hirsuto, parecía cruel y traidor; al cabo, contesta:

—No aprecio en nada a un rey que ama demasiado sus riquezas y que es tacaño. Mal haya el rey tacaño que no se atreve a convertir en rico a un pobre, cuando puede hacerlo. Os regalo las aves, aunque no tengo nada de valor más que lo que veis; vos no tenéis corazón para dar una tercera parte de lo vuestro, que se pudrirá en la tierra antes que lo hayáis sacado, y no voy en contra de vuestro honor ni de vuestro provecho, tenedlo por seguro.

Cuando el rey Arturo oye las palabras del villano, mira a los otros dos reyes y les pregunta:

—¿Qué diablos le han dicho a este villano de que tengo un tesoro enterrado?

El rey Ban lo llama y le pregunta qué había dicho, a lo que el

villano no contesta, sino que le dice al rey Arturo que ordene que recojan las aves y que después se irá.

—Dinos por tu alma —le ordena el rey Ban— quién te ha dicho que el rey tiene un tesoro en la tierra.

—Me lo dijo un hombre que vive en el bosque, llamado Merlín, y me dijo que vendría hoy a hablar con el rey.

Mientras hablaban de esta forma, salió Ulfino de una habitación y se acercó a donde el rey estaba discutiendo con el villano.

—Dime cómo puedo creer que has hablado con Merlín.

—Si queréis, creedme, y si no, no me creáis, pues no tengo nada de vos y estamos en paz.

Cuando Ulfino lo oye, empieza a reírse, pues sabía que era Merlín; el villano, al verlo, le dice:

—Señor senescal, tomad estas aves y dádselas a vuestro rey para que las cene esta noche, pues es incapaz de hacer rico a un hombre pobre, al que podría recompensar. Sabed que ha hablado con alguien al que le importa muy poco tener riquezas en la tierra por grandes que sean.

Ulfino se echó a reír con ganas y le respondió:

—Señor, si os parece bien, me gustaría hablar con vos.

Le contesta que hablaría con mucho gusto. Mientras, el rey mira a Ulfino y ve que se ríe a carcajadas y le pregunta por qué lo hace. Este le contesta que en breve lo iba a saber. El villano entra vestido como iba y le dice a Keu:

—Tomad, señor senescal, haced que desplumen a estas aves, para que las pueda comer vuestro rey con tanta alegría como yo se las doy.

—Señor —le dice Ulfino—, no es el primer regalo que le habéis hecho.

En esto, llega Bretel, que oye lo que Ulfino ha dicho y reconoce inmediatamente a Merlín, y comienza a reírse. El rey le pregunta por qué se ríe y le responde que se lo dirá si el villano quiere. El villano contesta que le parece bien.

—Señor —le pregunta Ulfino entonces el rey—, ¿no habéis conocido a Merlín? ¿No tenía que hablar con vos hoy según os ha dicho el villano?

—Sí —contesta el rey—, ¿por qué lo preguntáis?

—Señor —contesta Ulfino—, os lo digo porque no lo conocéis tan bien como yo desearía, pues veis a la gente dos o tres veces y no la reconocéis, y eso me sorprende.

Cuando el rey oye a Ulfino se queda tan sorprendido que no sabe qué decir y le ruega que le diga quién es el villano, si lo sabe.

—Señor —responde Ulfino—, ¿no conocéis a Merlín?

—Ciertamente, sí.

—Entonces, mirad a este hombre, por si lo habéis visto alguna vez; si no, bien podrá decir que empleó mal el servicio que os hizo, pues es Merlín, el que tanto os ha servido, amado y ayudado en todo lo que pudo hacer y decir frente a los que os querían mal.

El rey Arturo se santigua y los otros dos reyes se quedan sorprendidos y preguntan:

—Merlín, ¿sois vos? Nunca os vimos así vestido.

Les contesta que bien puede ser.

—Buenos señores —les dice Ulfino—, no os extrañéis, pues os mostraré el aspecto con el que primero lo visteis.

Le dicen que les parece bien.

—Acompañadme a esa habitación —les pide Ulfino.

Se marchan y allí Ulfino les dice:

—Buenos señores, no os sorprendan las cosas de Merlín, pues os mostraré aspectos diversos. Siempre que quiere, cambia y muda por arte de nigromancia, que conoce bien.

Guinebán, que estaba allí, lo atestigua y añade que cambia porque hay mucha gente en aquella tierra que querría verlo muerto.

—Vayamos a él y lo veremos en su aspecto normal.

Salen y encuentran en la sala a Merlín con su verdadera imagen. Corren a él y le muestran una gran alegría, como quienes mucho lo amaban, y empiezan a reír por lo que había hecho y por las palabras que le había dicho al rey. A continuación, le dice el rey Arturo a Merlín:

—Ahora sé que me amáis, pues me disteis vuestras aves y por vuestro amor, me las comeré.

Merlín le responde que le parece bien.

De este modo permanecieron con alegría y solaz hasta mediados de la Cuaresma, en que el rey Arturo conoció por consejo de Merlín a una doncella, la más hermosa de cuantas han nacido, llamada Lisanor, que era hija del conde Sevaín que había muerto, y la joven había nacido en el castillo llamado Campercorantín; fue a rendirle homenaje al rey Arturo con los demás nobles, pues temían que les quitaran las tierras y por eso fueron de buen grado a verlo. Tan pronto como el rey Arturo vio a la doncella, le agradó mucho y gracias a Merlín, que habló con ella a solas, se acostaron una noche juntos: allí fue engendrado Lohot, que luego sería buen caballero, uno de los compañeros de la Mesa Redonda.

A mediados de la Cuaresma, el rey se despidió de la doncella y se preparó para ir al reino de Carmelida, con cuarenta caballeros.

Pero la historia no habla más de ellos ahora y vuelve a hablar de los diez reyes que habían sido expulsados del lugar. Diremos a dónde fueron.

[Los diez reyes se enteran de que los sajones les están destruyendo las

tierras. Se reúnen en consejo y deciden enfrentarse a los invasores. Galescaláin, hijo de Neutre y de una hermana del rey Arturo llamada Blasine decide ir a la corte de su tío.

Otra hermana de Arturo, mujer del rey Loth, madre de Galván, Agravaín, Gueheriet, Guerrehet y de Mordret (engendrado en ella por el propio Arturo), consigue que sus hijos decidan ponerse del lado del rey ante el peligro de los sajones.

También el nieto de Audeán, emperador de Constantinopla, llamado Saigremor quiere acudir al lado de Arturo para que este lo nombre caballero.

Cinco años duró la guerra con los sajones.

Galescaláin se encuentra con Galván y sus hermanos, y se dirigen a la tierra de Logres en busca de Arturo: el rey ha ido a Carmelida, para defenderla de los sajones, mientras que estos saquean el propio reino de Arturo. los sobrinos de este deciden quedarse en Logres y defender las tierras de su tío. Consiguen una victoria significativa y abundantes alimentos y botín tras duro combate.]

VII

Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo se marchó de Bredigán acompañado por los dos reyes y su séquito, cabalgaron hasta llegar a Carohase en Carmelida, donde estaba el rey Leodagán en vísperas de la Pascua florida. Al llegar a la ciudad se dirigieron al palacio mayor, donde encontraron al rey muy preocupado, pues el rey Rión le había entrado en su tierra con otros quince reyes coronados, derrotándolo y haciéndole abandonar el campo de batalla; se habían alojado ante la ciudad de Aneblaise, que era grande y rica, y le habían puesto sitio. El rey Leodagán no sabía qué hacer ni cómo expulsarlos, porque carecía de gente en su tierra para poder hacerlo y echarlos fuera de su reino. Estaba tomando consejo con los nobles de su tierra y con los del reino de Logres que allí se habían detenido, y les preguntaba qué harían. En esto, entró el rey Arturo en el palacio con su compañía; iban juntos y se dirigieron al rey Leodagán uno tras otro. El rey Arturo iba con cuarenta más, acompañado por Merlín, vestidos todos con gran riqueza, jóvenes caballeros con la primera barba todos, sin contar a los dos reyes hermanos, que iban delante de todos porque eran de más edad. Eran caballeros hermosos y grandes y todos los que estaban allí los contemplaron admirados, pues su aspecto era hermosísimo.

Entraron y cuando el rey Leodagán los vio se levantó ante ellos, pues le parecía que eran hombres importantes y poderosos.

El rey Ban habló en primer lugar saludando al rey Leodagán lo mejor que pudo; este le responde que sea bienvenido si viene para su bien.

—Señor —contesta el rey Ban—, no hemos salido de nuestras tierras para vuestro daño, sino que hemos venido todos a serviros de tal forma que no os pediremos nada que os cueste demasiado; os rogamos que no nos preguntéis los nombres, ni quiénes somos, hasta que os lo hagamos saber según vuestra voluntad. Si esto no os agrada, os encomendaremos a Dios, para que os defienda de vergüenza y de daño y encontraremos pronto quien nos retenga según os hemos dicho. Pero hemos oído decir que con gusto retenéis

a cuantos soldaderos vienen a vos. Decidnos cuál es vuestra voluntad y qué deseáis, os lo rogamos todos nosotros juntos.

El rey Leodagán respondió que iba a consultarlo, que no les pesara. Le contestan que no se preocupe. Llama a los caballeros de la Mesa Redonda y les pregunta qué les parece la petición del caballero, a lo que le contestan que no puede haber ningún daño en retenerlos, pues parece que son gente muy valiente:

—Retenedlos, por Dios; rogadles que tan pronto como puedan y sea la ocasión, os digan quiénes son, y que os lo hagan saber y se os den a conocer.

El rey deja el consejo y regresa al lugar donde estaban esperándolo los nobles, y les contesta:

—Buenos señores, me sorprende lo que me habéis pedido, que no queréis que se sepa quiénes sois, ni cómo os llamáis: nunca oí nada semejante. Pero me parecéis de aspecto tan noble, que quiero que os quedéis conmigo y de ninguna manera os negaré lo que me habéis pedido; sed bienvenidos, pues os retengo como a señores y compañeros, pero prometedme que me ayudaréis de buena fe y con lealtad mientras estéis en mi compañía. Además, os pido por vuestra merced que tan pronto como podáis me hagáis saber quiénes sois, y os voy a decir por qué: podríais ser tales que yo recibiría afrenta si no os sirviera según merecéis; quizá sois más importantes que yo.

Le contestan que no harán nada que no le agrade y el rey Ban le promete que le dirían sus nombres llegado el momento. A continuación, le prometen todos al rey Leodagán que le ayudarán con lealtad en su guerra.

Luego se marchan y van a la ciudad a alojarse en el mejor sitio que encuentren. Merlín los condujo a casa de un vasallo que era hombre noble, joven y rico y su vivienda era rica, hermosa y bien provista; tenía una hermosa mujer, virtuosa con Dios y con el mundo. El señor era noble de buena vida y se llamaba Blaires, y su mujer Leonele. Cuando llegaron ante la puerta, Blaires salió fuera y fue a su encuentro, dándoles la bienvenida; ellos le responden que Dios le dé buenaventura. A continuación descabalgan y suben al salón, que

era hermoso y elegante. Los criados se ocupan de los caballos y los recogen.

De esta forma permanecieron en la ciudad ocho días enteros, sin hacer nada que merezca recordar en libro.

El rey Leodagán convocó a sus gentes y recomendó que todos aquellos que pudieran llevar armas, que acudieran para la fiesta de la Ascensión armados para defenderse y atacar, y que se reunieran en Carohase; que el que no acudiera, perdería vida y riquezas, pues se haría con él justicia como si se tratara de un ladrón asesino. Convocó a los amigos, familiares y soldaderos, a todos los que pudo reunir por oro y por plata; acudieron en tal cantidad que eran fácilmente cuarenta mil hombres a pie o a caballo y se alojaron en tiendas y pabellones, mientras que en la ciudad eran fácilmente seis mil los que estaban armados. Entre tanto, un martes por la noche, en vísperas de que empezara mayo, el rey Roolén, el rey Plarión de Irlanda, el rey Sornegreis de la Tierra de los Irlandeses y el rey Sorhaut abandonaron su campamento con quince mil hambres armados y corrieron la tierra en busca de alimentos, pues los necesitaban en gran medida. Fueron destruyendo el país y se acercaron a la parte de Carohase donde el rey Leodagán de Carmelida estaba esperando a que se reunieran con él las gentes que había convocado. En la ciudad se supo que aquellos iban en busca de botín, robando el país y la tierra, y comenzó la alarma. Al darse cuenta los de la ciudad, cerraron las puertas para que no entrara nadie que les deseara daño. Corrieron a las armas los caballeros que allí se habían aposentado; se armaron y montaron a caballo, y se preparan por la parte de dentro de la puerta. Se habían armado todos los de la Mesa Redonda bajo el mando de Hervís de Rivel y de Mallés el Bruno; eran en total doscientos cincuenta, todos ellos buenos caballeros y leales, tan valientes con las armas que era inútil buscar caballeros mejores.

Todos ellos formaban un cuerpo de ejército, pues no querían estar con los caballeros de aquella tierra. Por otra parte, se preparan los caballeros de la ciudad, que eran cuatro mil, guiados por el senescal que era hombre muy valiente; se llamaba Cleodalís de Carohase. Este solía llevar el estandarte mayor del rey, pero desde que entraron en el país los de la Mesa Redonda, solo lo llevó Hervís de

Rivel, y él llevaba un gonfalón pequeño de color rojo con dos largas bandas rojas en campo morado con coronas de oro. El estandarte mayor, que llevaba Hervís, tenía cuatro lenguas de oro y el campo era azul.

Cuando todos estuvieron armados, se dispusieron delante de la puerta, a la espera de la orden del rey, que aún estaba armándose. Cuando ya estuvo armado, el rey Leodagán montó en un gran caballo muy bueno y se dirigió a la bandera de Hervís de Rivel, y esperaron allí hasta que vieron llegar siete mil sajones bien montados en buenos caballos.

También el rey Arturo y su compañía iban bien montados y armados con gran riqueza. Merlín llevaba la enseña ese día y les dice que si en algo estiman su vida, lo sigan a dondequiera que él vaya. Le contestan que así lo harían. Se ponen en marcha y bajan por la ciudad tan hermosos y bien armados que nadie se les podría comparar. Eran cuarenta, sin contar a Merlín que llevaba la enseña, que fue contemplada con admiración por unos y otros aquel día: el jamete tenía un dragón pequeño, no demasiado grande, con la cola de una toisa de largo y retorcida; tenía las fauces tan abiertas que parecería que la lengua os podría quemar: las chispas de fuego salían de la boca al aire.

En esto, llegaron los jayanes y los sajones y golpearon con sus lanzas en las puertas de la ciudad; volvieron a los prados y recogieron todo el ganado que había cerca de la ciudad, pues no encontraron a nadie que se lo impidiera. Merlín evita a los que estaban por las calles de la ciudad y se coloca entre ellos y la puerta, con toda su mesnada; se dirige al portero y le dice:

—Dejadnos salir, que ya es hora.

Le responde que no saldrán hasta que el rey lo haya ordenado.

—Que sea para tu desgracia —dice Merlín—, pues nos retienes con algo que yo conozco mejor que tú.

Va al cerrojo de la puerta, lo coge y tira de él: se rompe el muro, como si no hubiera cerradura, y salen, pese a quien le pese, y atacan a los sajones.

Cuando los cuarenta y un compañeros salieron de la ciudad, la puerta se vuelve a cerrar tras ellos, con tanta firmeza como si no hubiera sido abierta. El rey Ban y el rey Boores se santiguan al verlo. Merlín cabalga rápido hasta que alcanza una compañía de sajones formada por dos mil hombres, que llevaban abundante botín. Tan pronto como los ve, se mete entre ellos con la bandera, seguido por sus compañeros; derriban y matan a cuantos encuentran y, en menos tiempo del que se tarda en recorrer media legua de tierra, los dejan desbaratados. Recuperan el botín y lo llevan hacia la ciudad. Pero no habían avanzado mucho cuando ven a los tres reyes con quince mil caballeros armados de hierro que llevaban un gran número de carros, abundantes riquezas que habían conseguido con el robo, que resultaba admirable de dónde podían haber sacado tanto. Al verlos, Merlín les dice a los suyos: «¡Seguidme!». Así lo hacen. Merlín lanza un silbido y se levanta un vendaval y un torbellino con una polvareda tan grande y tan extraordinaria, que llegaba de la ciudad y bajaba sobre los yelmos de los sajones y de los jayanes con tanta fuerza, que apenas podían reconocerse unos a otros. Los cuarenta y un compañeros se meten entre ellos matando y causando la muerte de forma admirable.

Entonces, ordenó el rey que abrieran las puertas y así se hizo. El senescal salió el primero con cuatro mil caballeros armados, pero se encontraron cerrada la puerta por la que habían salido los que estaban combatiendo fuera con los sajones y se quedaron sorprendidos. Cleodalís avanza con su enseña y ataca a los sajones con valor; allí hubo gran quebranto de lanzas y gran estruendo de espadas sobre yelmos y sobre escudos, que el ruido se podía oír en la ciudad con tanta claridad como si estuvieran en medio de la batalla; allí hubo gran matanza de hombres y de caballos y apenas se oíría a Dios tronando. El rey Arturo y sus compañeros han hecho maravillas.

Cuando los cuatro reyes vieron que se enfrentaban a ellos, dividieron a su gente en dos, dejando siete mil combatientes y haciendo que ocho mil volvieran contra la bandera del rey Leodagán, al que habían visto llegar. Cabalgaron y chocaron con gran valor; bajaron las lanzas y se dieron grandes golpes en los escudos, agujereándolos; atraviesan las lorigas y rompen las mallas. Hubo quienes cayeron boca arriba y quienes se arrodillaron por el

lanzazo; hubo quienes pasaron de largo sin caer. Cuando las lanzas quedaron inútiles, sacan las espadas y empieza un combate grande y admirable. Allí hicieron maravillas los compañeros de la Mesa Redonda, aunque no eran más que doscientos cincuenta y los que combatían contra ellos eran siete mil y más, pero estos recibieron gran daño y tuvieron que retroceder, quisieran hacerlo o no, y abandonar el campo. Los de la Mesa Redonda se mantenían juntos y apretados, de tal modo que nadie podía entrar en ellos, ni hacer que se abrieran un poco.

Cuando el rey Roolén y el rey Plarión vieron que tan poca gente había resistido frente a un pueblo tan numeroso como el suyo, lo tomaron a gran despecho. Gritan su contraseña y dicen que en mala hora se escapan. Los atacan con fuerza y odio, derribando en ese golpe a más de cuarenta y esforzándose en herir y tullir a otros muchos. Pero los compañeros resisten, y no están dispuestos a ceder mientras puedan golpear con la espada. En eso, el rey Leodagán fue derribado de mala manera, lo cogieron y lo llevaron prisionero. Encargaron a quinientos de los suyos para que lo llevaran al campamento del rey Rión de Irlanda, y así lo hicieron, con gran alegría pues pensaban haber terminado la guerra con el rey Leodagán. Lo llevaron preso, dándose prisa para llegar lo antes posible.

El rey Leodagán, al ver su desgracia, que sus enemigos lo han apresado y se lo llevan a pesar de los suyos, se desmaya con frecuencia y a menudo y se lamenta por su infortunio y su daño. Los otros se han alejado dos leguas y más de la ciudad, donde se alza un gran griterío y voces de los siete mil y de los doscientos cincuenta caballeros de la Mesa Redonda que están entristecidos por haberlo perdido; se dicen y afirman que ya que han perdido todo y no pueden recibir socorro de ninguna parte, venderán cara su propia vida antes de morir. Se juntan unos con otros, espalda con espalda, y se defienden de forma tan admirable que causan una gran matanza de hombres y de caballos alrededor sin moverse del lugar; resisten penas y esfuerzos de modo que los que están en las ventanas del palacio viéndolos lloran cálidas lágrimas por la compasión que sienten. Cuando Ginebra la hija del rey Leodagán, ve que los enemigos se llevan a su padre, lo siente tanto en el corazón que poco falta para que se dé la muerte.

VIII

Cuenta ahora la historia que fue grande la batalla y dura; el rey Arturo y sus cuarenta compañeros, y los cuatro mil que forman la compañía de Cleodalís el senescal se enfrentaron contra ocho mil sajones mandados por Sornegreis y Segráin; hubo muchos muertos y heridos.

Después de haber combatido juntos un buen rato, Merlín se alejó al galope tendido con la enseña y gritó a los suyos: «¡Seguidme!». Así lo hacen, galopando tan rápido como pueden ir sus caballos; pasan junto a su gente, continúan y se dirigen directamente hacia el campamento de los sajones y de los jayanes cabalgan y llegan a un gran valle profundo, donde alcanzan a los quinientos que se llevaban al rey Leodagán. Apenas los ve Merlín, grita: «¡A ellos, nobles caballeros, pues moriréis si se os escapa uno solo!». Los atacan rápidos y veloces como valientes que son y caen sobre ellos como tempestad: derriban y matan a cuantos se encuentran en su camino y no hay uno solo que no muera o quede tullido en el primer golpe. Allí veríais a los cuarenta compañeros realizando tal matanza y causando tal mortandad de hombres y de caballos, que no hubo uno que pudiera escapar, pues habían sido sorprendidos y quedaron espantados; solo cinco consiguieron huir. De esta forma fue rescatado el rey Leodagán, que al ver la matanza y las muertes que tan poca gente había causado frente a tropa tan numerosa, se queda sorprendido y se pregunta admirado quiénes serán. Mira y ve que es el dragón que llevaba Merlín, y lo reconoce; entonces sabe que son los soldaderos que había retenido a su lado; alaba a Dios y le da gracias por el socorro que le ha enviado. Merlín se dirige hacia él, se detiene a su lado a la vez que Ulfino y Bretel desmontan del caballo y lo desatan, entregándole armas; luego, hacen que vuelva a montar en un caballo fuerte y rápido. Ulfino y Bretel montan también y el rey les agradece el servicio que le han prestado. Entonces, Merlín grita: «¡Nobles caballeros, qué hacéis! ¡Seguidme, pues me voy!».

Merlín regresa picando espuelas hacia la ciudad donde los

caballeros de la Mesa Redonda estaban en gran aprieto, pues de los doscientos cincuenta que eran, solo quedan veinte a caballo, mientras que los demás resisten a pie como jabalíes. Merlín va delante con la enseña y cabalga veloz junto con sus compañeros, haciendo que los caballos vayan empapados en sudor. El dragón que llevaba arrojaba por las fauces tales llamaradas de fuego al aire, que los que estaban en la muralla de la ciudad podían ver su claridad a media legua de distancia y más aún, según les parece. Miran y ven que son los cuarenta y un compañeros soldaderos, y ven que con ellos viene el rey Leodagán, al que han rescatado, y se ponen muy contentos.

Ginebra, la hija del rey Leodagán, al ver que son de los suyos, salta de alegría y se pregunta admirada quiénes son estos caballeros que vienen juntos. Llegaban como rayo ardiente y se meten con tal fuerza entre sus enemigos, que derriban a todos los que encuentran a su paso. Tan pronto como los cuarenta y un compañeros y el rey Leodagán entraron entre los jayanes, empezó el combate, y los golpes eran tan duros que la doncella, que estaba apoyada en una de las ventanas del palacio, oyó los tajos con gran claridad. Allí dio el rey Ban de Benoic hermosos golpes con Valerosa, su espada, pues a cuantos alcanzaba con su tajo no los podía proteger su escudo, ni cota de mallas, ni yelmo, por resistentes que fueran: se los parte de un lado a otro con un solo golpe. En varias ocasiones, el rey alcanzó a caballero y caballo derribándolos juntos y lo mismo hizo el rey Boores, su hermano.

Los sajones los contemplaban viéndolos hacer tales maravillas. Y el rey Arturo realizó grandes proezas con Escalibor, su buena espada, contra la que os aseguro que no podía resistir ninguna armadura, pues podía considerarse acabada cuando era alcanzada por un golpe directo.

Mientras que se esforzaban en romper y acabar con el combate, el rey Arturo se encontró con el rey Caelenc, que se esforzaba mucho en derrotar a los compañeros de la Mesa Redonda. Tan pronto como lo vio, el rey Arturo le ataca. Era un hombre grande y tan fuerte, que la historia dice que tenía catorce pies de largo, de los pies que se utilizaban entonces como medida. El rey Arturo lo alcanza y le da un admirable golpe de esgrima sobre el escudo, entre los dos

hombros, alcanzándolo con tanta fuerza con Escalibor, su espada, que lo parte hasta el ombligo. El caballo se da a la fuga por el campo de batalla, con el cuerpo encima. Desde el castillo contemplaron el golpe y Ginebra, la hija del rey Leodagán, que estaba a las ventanas del palacio, lo vio sin dificultad: todos hablaron mucho de ello y se preguntaban admirados quién era.

Fue grande el combate que hubo en los prados al pie de Carohase, cuando los doscientos cincuenta de la Mesa Redonda y los cuarenta y dos compañeros se enfrentaron con ocho mil sajones: consiguieron que quedaran solo cinco mil, que están tan afligidos y pesarosos por haber perdido al rey Caelenc, que poco falta para que pierdan el sentido.

El rey Ban alcanzó al rey Plarión, que era el mayor de los hombres que había en la hueste de los jayanes. La historia dice que el rey Ban era grande, fuerte, corpulento y muy valiente, y que llevaba a Valerosa, su buena espada: golpea con tanta fuerza en medio del yelmo a Plarión, que le corta la oreja hacia abajo y el golpe cae sobre el hombro izquierdo, separándoselo del costado hasta la cintura, de tal forma que el hígado y los pulmones quedan a la vista. El rey Boores golpea a Sarmedón, el portaestandarte, cortándole el brazo con el escudo y haciendo caer la enseña. El rey Leodagán de Carmelida vio el golpe y dijo:

—No hay ningún caballero que sepa valerse tanto como estos en los momentos de necesidad.

Cuando los jayanes ven muerto a su señor y la enseña caída, huyen cada cual por un sitio. En esto, salen de la ciudad hasta tres mil, entre caballeros y peones, completamente armados y empieza la persecución de los que huyen. Pero Merlín no se dirige hacia allá, sino que va al lugar donde Cleodalís, el senescal de Carmelida, estaba combatiendo valerosamente con cuatro mil hombres frente a siete mil que eran mandados por Sornegreis y Segraín, los dos reyes. Al llegar al campo de batalla, Merlín se encontró a Cleodalís caído del caballo, pero se había puesto de pie y mantenía levantada la enseña, sin querer abandonarla ni dejarla. Sus hombres se habían agrupado a su alrededor muy bien, defendiéndose como valientes, aunque llevaban la peor parte y hubieran perdido mucho en poco tiempo si Merlín no hubiera acudido a ellos con su enseña y sus

cuarenta y un compañeros, que iban con el rey Arturo. Hacen tanto ruido como una tempestad y van bien montados. El rey Leodagán seguía con ellos, pues no quiso dejarlos después de que lo rescataron. Había tal ruido, tan gran martilleo y un estrépito como si fueran leñadores que trabajaran en el bosque. Allí veríais caer caballeros y caballos con frecuencia; allí veríais caballos que huían arrastrando las riendas entre sus pies, pues no había nadie que los sujetara, ni los detuviera; allí oiríais tal ruido y tal griterío, que no se podría oír a Dios tronando; allí, lo hicieron tan bien los cuarenta y dos compañeros, que se habló durante mucho tiempo después de su muerte en la tierra y en el país, y cuenta la historia que mataron y partieron a tantos, que se les podía seguir por las huellas que dejaban durante todo el día, sin necesidad de preguntar que a dónde van: tal era la abundancia de cuerpos muertos y de caballos, pues no cesan ni se detienen en ningún momento.

Es justo y razonable que la historia os dé ahora sus nombres y quién era cada uno de ellos, pues está bien nombrarlos ante todos los valientes y nobles: el primero era el rey Ban de Benoic. El otro, el rey Boores su hermano. El tercero era el rey Arturo. El cuarto, Antor. El quinto, Ulfino. El sexto, Bretel. El séptimo Keu. El octavo, Lucano el Botellero. El noveno, Giflete, hijo de Don de Carduel. El décimo, Maruc de la Roca. El undécimo, Drián del Bosque. El duodécimo, Belyas el Enamorado. El decimotercero, Flandrín el Breve. El decimocuarto, Ladinás de Benoic. El decimoquinto, Amorés el Bruno. El decimosexto, Aucalés el Pelirrojo. El decimoséptimo, Blois de la Casita. El decimoctavo, Bliobierís de Gaunes. El decimonoveno, Canode. El vigésimo, Melidún de Blois. El vigesimoprimer, Iesmeladant. El vigesimosegundo, Placidés el Alegre. El vigesimotercero, Lampadés de la Planoie. El vigesimocuarto, Gervais el Ancho. El vigesimoquinto, Cristóbal de la Roca Gris. El vigesimosexto, Aiglín de los Valles. El vigesimoséptimo, Calogrenant. El vigesimoctavo, Agusale el Deseado. El vigesimonoveno, Agraveis, el hijo de la prudente dama del Bosque sin Retorno. El trigésimo, Cliadés el Huérfano. El trigésimo primero, Kehedín el Bello¹. El trigésimo tercero, Meraugís de Portlesguez. El trigésimo cuarto, Gornaín Cadrús. El trigésimo quinto, Clariés de Gaula. El trigésimo sexto, el Alegre Atrevido. El trigésimo séptimo, Amadán el Orgulloso. El trigésimo octavo, Osenain del Corazón Osado. El trigésimo noveno, Galesconde. El

cuadragésimo, Galés el Calvo. El cuadragésimo primero, Blaaris el ahijado del rey Boores de Gaunes. El cuadragésimo segundo era Merlín, que los guiaba. El rey Leodagán iba en su compañía, y no quiso dejarlo de ningún modo. Todos estos valientes iban juntos y acudieron a rescatar a Cleodalís, el senescal de Carmelida, que era valeroso, caballero leal y atrevido, y bien se vio que por nada que hiciera su señor el rey en contra de él, lo habría abandonado si estaba en mala situación, hizo tanto que cualquier otro no hubiera hecho nada semejante, sino que habría abandonado a su señor y os diré por qué.

El rey Leodagán estaba casado con una dama muy alta y de gran belleza. Cuando se la llevó de casa de su padre y la desposó, la dama llevaba una doncella suya que también era de gran hermosura. El senescal se enamoró mucho de esa doncella y la pidió por mujer. El rey, que la estimaba mucho porque le había servido de buen corazón como mujer que era muy servicial, se la concedió con gusto. Después de casarse, esta se sentó a comer en la mesa junto a las damas, engalanada con gran riqueza, de forma que al rey le pareció muy bella y le entró en el corazón de tal modo que no pudo sacarla por más que hizo. Ciertamente era una de las damas más bellas del mundo. Las cosas quedaron así, que no hizo más en esa ocasión. Un día de San Juan, que el rey había enviado a Cleodalís en una cabalgada contra los irlandeses que le combatían en aquel tiempo, y que la dama se había quedado con la reina dándole compañía, pues se tenían un gran amor, el rey Leodagán engendró en su mujer una niña que se llamó Ginebra, que sería de gran belleza; la mujer del rey Leodagán era dama muy buena y de santa vida y tenía por costumbre levantarse de noche con frecuencia: iba a oír maitines y todo el servicio religioso hasta después de misa. Aquella misma noche que la reina concibió a su hija Ginebra, fue a maitines, y pasó en busca de la mujer del senescal, a la que encontró durmiendo y no quiso despertarla, sino que la dejó y fue al monasterio que estaba cerca de allí.

IX

Cuenta ahora la historia que hubo un combate duro y admirable junto al senescal Cleodalís, que iba a pie. Allí se vería caer un muerto sobre otro y huir por los campos numerosos caballos buenos y rápidos, con las riendas entre las patas, cuyos señores yacían muertos en el suelo, por los que lloraban muchas damas nobles: unas por sus hermanos, otras por sus hijos y otras por sus señores. Finalmente, los jayanes fueron derrotados, lo quisieran o no, gracias a la fuerza de Merlín.

Cuando Sornegreis y Segraín vieron el gran daño y la gran matanza que tan poca gente les habían causado, lo tomaron a despecho, pues eran más numerosos que los otros. Tocaban las bocinas y los timbales para reunir a su gente y Sornegreis los junta a su alrededor. Cuando estaban reunidos, Keu el senescal, Giflete y Lucano el Botellero salen de sus filas y los atacan, pues llevaban buenas lanzas fuertes; Keu, el senescal, alcanzó a Sornegreis con tanta fuerza que lo derribó al suelo, de tal forma que durante un buen rato estuvo tendido sin mover ni pie ni mano. Giflete y Lucano derriban muertos y ensangrentados a otros dos.

Los sajones, al ver a Sornegreis en el suelo acuden en su socorro, mientras que los cuarenta y dos compañeros se detienen a su lado con las espadas desenvainadas. Llegan los sajones dispuestos a montarlo de nuevo, pero los compañeros se defienden tan bien que no pueden quitárselo; el rey quedó muy herido antes de volver a montar, cuando los sajones se reunieron en abundancia allí. Merlín, que llevaba el gonfalon, acudió en socorro de los tres compañeros, que podían haber recibido daño pronto; Cleodalís fue montado de nuevo, en un gran caballo gris. Llevaba la bandera del rey en las manos y empezó a gritar su contraseña con mucha fuerza; entra en el combate con sus hombres tan rápidos como pueden ir sus caballos. Fue admirable la batalla y dura, pero los sajones eran tan numerosos que no pudieron hacer que se abrieran, ni pudieron atravesar sus filas. Golpean y combaten sin cesar. En esto, los ocho mil que habían sido derrotados ante Carohase se encontraron con

Sornegreis y con la gente de Segraín: se detuvieron los que huían y la gente del rey tuvo que retroceder tanto que Sornegreis pudo volver a montar, tan dolorido y fatigado por los golpes que había recibido, que todos los miembros le duelen. Desean vengar la afrenta recibida, atacan a sus enemigos y los golpean con violencia con las lanzas y las espadas, causándoles gran daño. Merlín entra en el combate con toda la fuerza de su caballo y la bandera en la mano; los doscientos cincuenta caballeros de la Mesa Redonda que iban a caballo y estaban bien armados vuelven de nuevo al combate juntos, bien apretados unos a otros y sin separarse. Cuando ven ante ellos la enseña con el dragón que llevaba Merlín, se dirigen hacia allí, pues habían recibido gran ayuda de ellos cuando se encontraban en peligro de muerte. Entran en combate y derriban en el primer choque a cuantos alcanzan. Cuando se les rompen las lanzas, desenvainan las espadas y empieza un combate fiero y cruel, admirable de ver.

Por otra parte, Cleodalís el senescal y su gente también están luchando, pero no pueden resistir, por más que lo intentan, y Segraín los lleva de mala forma hacia la ciudad. Entonces acuden en su ayuda los cuatro mil de la ciudad que habían ido en persecución de los que huían y que se habían detenido ante la batalla. Al ver la enseña del senescal y la mucha gente que los perseguía, se dirigen hacia allí y golpean a los enemigos con tanta violencia que derriban a más de mil en su encuentro. La gente de Cleodalís se detiene entonces y recomienza el combate tan grande que se podría oír el ruido y el tumulto a media legua de distancia. Combaten unos con otros con tanta dureza que sería imposible saber quiénes llevan la mejor parte; los del rey Segraín eran bastante más numerosos que los otros, pero a pesar de todo, estaban muy igualados.

Por otra parte, combatían los caballeros de la Mesa Redonda y los cuarenta y dos compañeros contra la gente de Sornegreis, que eran unos ocho mil, y hubieran recibido gran daño, ya que ellos solo eran trescientos ocho, y no podrían haber resistido mucho tiempo. Merlín llamó al rey Ban y a los demás caballeros y les dijo:

—¿Qué esperáis aquí, que no hacéis que huyan?

—Señor, ¿cómo podríamos hacerlo?

—Os lo voy a decir. Solo hay aquí cinco jayanes que pueden resistiros; si os libráis de ellos, en poco rato veréis el campo libre de los demás.

—¿Por dónde están? —pregunta el rey Ban.

—Ulfino, Bretel, Lucano, Giflete y Keu ya están combatiendo con ellos. Seguidme y en breve veremos quién es el que lo hace mejor de esta compañía.

Merlín pica espuelas entonces al caballo que lo lleva rápido y se mete en el tumulto, que era grande, en el que combatían los seis caballeros contra diez jayanes enormes, extraordinariamente fuertes. El rey Ban, que era caballero grande y atrevido, iba delante de los demás, y tuvo la suerte de encontrarse primero con Sornegreis. El rey Ban llevaba la espada llena de sangre y de sesos, y lo golpea con ella en el yelmo, rompiéndole el cerco de acero; el golpe baja por la cara, le parte la babera, y en su descenso le corta el tiracol del escudo junto con el puño izquierdo con que lo sujetaba y se los hace volar en medio del campo. Cuando Sornegreis se siente así, se da a la fuga, lanzando un grito grande y horrible a la vez que se aleja lamentándose de dolor.

El rey Boores alcanzó a Marganant en el yelmo, hundiéndoselo hasta los dientes. El rey Arturo golpeó a Sinelant, partiéndole un cuartel del yelmo y metiéndole la espada en el hombro izquierdo, de parte a parte, de forma que vuela de los arzones al suelo. Ulfino hirió a Balanc, y lo hizo caer muerto y lleno de sangre. Bretel golpeó a Cordant; Keu, a Candenart; Lucano a Malec; Giflete a Mendamp y Meraugís mató a Sarduc; Gornaín Cadrús a Orilás. Tan pronto como los sajones vieron a todos estos caídos, se espantaron de tal forma que en un buen rato son incapaces de moverse y luego dicen que sería muy loco el que continuaran combatiendo, pues estos no son gente, sino diablos que han salido del infierno: «Contra sus golpes de nada sirven las armaduras, por más fuertes y resistentes que las tengamos».

Cuando los caballeros de la Mesa Redonda y los cuarenta y dos compañeros vieron a los sajones espantados, los mataron y malhirieron, haciendo que se dieran a la fuga tan rápidos como podían llevarlos sus caballos, hasta que se meten en el tumulto en el

que el rey Segráin estaba combatiendo contra Cleodalís el senescal. También entran sus perseguidores; pero los otros luchan con tanta fuerza que los obligan a abandonar el terreno y luego los persiguen hasta la puerta de la ciudad de Carohase: allí los habitantes de la ciudad se aterrorizaron al ver que su gente era tan mal tratada, pues no conseguían ver la enseña del rey Leodagán, que llevaban los caballeros de la Mesa Redonda y por eso pensaban que habían perdido todo, porque creían que el rey había muerto o había sido hecho prisionero. Por otra parte, tampoco veían el dragón que llevaban los soldaderos y eso los espantó mucho, pues tenían a los enemigos delante de la puerta y no debe extrañar que empezaran a huir los de la ciudad, pues se sentían en mala situación, ya que ellos no eran más que seis mil y los sajones eran doce mil. Como no veían a los caballeros de la Mesa Redonda, y no sabían absolutamente nada de ellos, se dirigieron a la puerta que daba al primer puente; allí salen y los otros los atacan con gran valor: hubo un combate admirable que duró mucho tiempo y sabed que cayeron mil en la pelea y en el encuentro, y después no pudieron volver a levantarse. De esta forma, la batalla fue dura y muy cruel.

Los caballeros de la Mesa Redonda y los cuarenta y dos compañeros, después de derrotar a Sornegreis y a su gente, los pusieron en fuga; luego, Merlín se los llevó a un lado del campo de batalla y les dijo:

—Buenos señores, dejadlos ir y no os preocupéis en perseguirlos, pues en breve podréis ocuparos de eso; ahora, retroceded, desmontad y reparad vuestros arneses; dejad que vuestros caballos se refresquen y luego apretadles las cinchas de nuevo.

Cumplieron sus órdenes. Cuando los caballeros de la Mesa Redonda vieron que los otros se detenían, Hervís de Rivel dijo que no seguirían sin ellos; entonces, descabalgaron y repararon sus arneses, como quienes tenían gran necesidad de hacerlo.

En esto, Leodagán se dirigió a Merlín y le dijo:

—Señor, ¿no queréis que estos valientes caballeros vayan en vuestra compañía?

—Señor, ciertamente sí que lo queremos, y que sean bienvenidos;

nos agrada mucho estar todos juntos en un solo cuerpo de ejército.

—Señor, muchas gracias.

El rey Leodagán se acerca a Hervís de Rivel, que llevaba la bandera, y le dice:

—Buen amigo, venid vos y vuestros compañeros con nosotros y estaréis en la compañía de estos valientes caballeros, y será mejor para todos.

—Señor, con mucho gusto, si ellos quieren.

—Sí que quieren, y les agrada que a partir de ahora seáis iguales y compañeros.

—Que sea así, por Dios, pues no se debe rechazar la compañía de caballeros tan valientes.

Luego, montan y se unen en un solo grupo. Merlín emprende el camino delante de todos y lo siguen por donde va.

Mientras cabalgaban de esta forma que habéis oído, Cleodalís el senescal combatía junto con los seis mil hombres de su compañía contra el rey Segráin, que tenía más de doce mil combatientes, aunque no estaban ordenados y picaban espuelas cada uno por su lado, donde creían que sus golpes podrían ser mejor empleados. La gente de Cleodalís sufrió mucho, pues llevaban una gran desventaja y habían resistido tanto que empezaban ya a flaquear y poco faltaba para que abandonaran la plaza, pues en vano se esforzaban en hacerlo lo mejor y ya solo pensaban en huir; entonces, vieron llegar el dragón que llevaba Merlín, lanzando de vez en cuando fuego y llamas por las fauces en tan grandes llamaradas que el aire se enrojecía; cuando las damas que estaban en las murallas los vieron, le dijeron a Cleodalís:

—Pensad en combatir mejor; mirad por la parte del Valle Tenebroso el socorro que os traen.

Al oír lo que las damas le dicen, Cleodalís mira y ve lo que tanto deseaba, pues sabe que en breve recibirá socorro, y alaba a Dios. Reagrupa a su gente y los reúne, diciéndoles:

—Estad tranquilos, pues ahí llega el socorro que tanto hemos deseado.

Al ver el socorro que viene, no es necesario preguntar si se ponen alegres y contentos: atacan a los sajones y se meten entre ellos, recomenzando un combate grande y admirable.

Merlín cabalga tranquilo, sin que se separen unos de otros, hasta que llegan a tiro de piedra de la batalla. Entonces, atacan con tanta violencia junto con sus compañeros, que derriban a más de trescientos, que nunca más volverán a levantarse; se arrojan entre ellos y entran tan a fondo que es como si se hubieran perdido cayendo en un abismo; no cesan de avanzar hasta que llegan a la enseña de Cleodalis; cuando se unen a ellos, Merlín grita:

—¡Ahora veremos cómo lo hacéis, pues ha llegado el momento del combate!

Cuando el rey Arturo oye gritar a Merlín, les dice al rey Ban y al rey Boores riendo que nunca hubo un viejo tan bueno. Merlín le grita:

—Dejad vuestras burlas, que a lo largo de la semana tendréis ocasión de burlaros y de reír.

Al oír esto, se meten entre sus enemigos fieros y con malas intenciones. Fue una batalla dura, admirable y el combate más cruel que había habido en toda la jornada. Allí hizo el rey Arturo en persona grandes hazañas, pues se esforzó por el impulso de Merlín de forma que todo el mundo lo contemplaba. La hija del rey Leodagán, las damas y las doncellas tendían sus manos al cielo rogándole al Salvador del mundo que lo proteja de la muerte y de todo peligro; lloran de lástima por los grandes esfuerzos que padecían él y sus compañeros con las armas, pues estaban sorprendidas de lo mucho que resistía, y de lo joven que era el rey Arturo. Este golpeaba con Escalibor, su espada, a diestro y siniestro; cortaba brazos, puños y cabezas; derribaba caballeros y caballos y hacía grandes proezas él mismo; junto a él había guardas que le ayudaban y le protegían en toda necesidad, pues eran muy valientes los dos reyes que le acompañaban. Frente a ellos no hay arma que resista, ni acoso que no se vea roto; todo lo parten con las cortantes espadas. Lo hicieron muy bien los apreciados caballeros que habían

acudido en su compañía, y no hay que olvidar a los de la Mesa Redonda.

Segraín, al ver que ha perdido todo y que ha habido tantos muertos entre su gente, jura por su fe que no se marchará antes de haberles causado un gran daño. Llama a Sortribán, a Plarión, a Iguedón, a Senebaut, a Malore y a Freelenc, que eran todos parientes suyos, valerosos y atrevidos. Les dice: «¡Ahora se verá quién es caballero!». Se ponen en marcha veinte caballeros grandes y corpulentos y atacan a los otros tan rápidos como pueden ir sus caballos: Segraín golpea a Hervís de Rivel con tanta fuerza que lo hace caer del caballo y queda tendido en el suelo; luego, golpea a Antor, derribándolos a él y a su caballo juntos; a continuación, ataca por el costado a Giflete y lo tira al suelo. Cada uno de sus compañeros derriba al suyo, aunque ninguno de los que cayeron fue mortalmente herido: uno era Lucano el Botellero; Meraugís, el otro; Gornaín el tercero; Bliobierís, Galés el Calvo, Guivrés de Lanvale, Gasoaín de Estragot y Bretel, que fue el noveno; todos ellos cayeron por golpes de lanza o por fallo de sus caballos; hubo gran estrépito y gran ruido. Los sajones se detuvieron alrededor de ellos, esforzándose en matarlos, pero estos eran valientes y decididos; se pusieron en pie con las espadas desnudas en la mano y se defendieron duramente. Pero de poco les habría servido su resistencia si Merlín no hubiera acudido a ayudarles con el dragón en la mano.

Segraín, que intentaba causar el mayor daño, ataca y golpea al rey Leodagán en el escudo, atravesándolo completamente; llevaba la lanza baja y a través de la gualdrapa alcanzó al caballo en el costado, haciéndolo caer al suelo junto con el rey. Cuando los de la ciudad vieron derribar al rey, se estremecieron y sintieron un gran miedo de que hubiera sido muerto; pican espuelas para ir a rescatarlo. Mientras, el rey Arturo ve al jayán que combate con tanto vigor que ha derrotado a tres valientes caballeros; dice y jura que quiere probarse con él. Abandona la fila, toma una lanza recta de cortante hierro y se dirige a galope tendido hacia las otras filas. El rey Ban le sale al encuentro y le pregunta:

—Señor, ¿qué queréis hacer? ¿Contra quién queréis combatir? No os enfrentéis a ese jayán, pues es demasiado fuerte para vos, que

sois muy joven aún para emprender semejante hecho; dejadme ir, que soy mayor que vos, más fuerte y más grande.

—Que Dios no me ayude —le responde el rey Arturo— si dejo que otro vaya en vez de ir yo. Ya que es muy de temer, por eso mismo deseo con más gusto enfrentarme a él, pues nunca sabría lo que valgo si no me pruebo con todos.

Merlín, al verlo, le grita:

—Cobarde, ¿por qué no hacéis de inmediato lo que habéis comenzado? Bien se ve que sentís miedo.

Arturo, cuando oye que Merlín lo llama cobarde, siente gran vergüenza; pica espuelas al caballo y entra en la fila. Mientras, el rey Ban le dice a Merlín que ha obrado muy mal enviando a un hombre tan joven como el rey Arturo a combatir contra tamaño diablo.

—Nada debe temer —le responde Merlín—, vos tomad una lanza y cabalgad tras él junto con vuestro hermano y Ulfino.

Los tres cumplen sus órdenes y van tras el rey Arturo tan rápidos como pueden sus caballos.

Cuando el rey Segráin ve venir al rey Arturo, le sale al encuentro con ímpetu. Los compañeros de este, al ver al muchacho tan joven y pequeño frente al otro, se detienen, pues sienten miedo por él. Arturo y Segráin galopan tan rápidos como pueden sus caballos, se golpean con las lanzas en los escudos, partiéndolos y agujereándolos; las puntas de las lanzas se detienen contra las lorigas, que eran fuertes y apretadas. Segráin quebró su lanza y poco faltó para que hiriera al rey Arturo en el brazo izquierdo. Arturo lo golpeó con tanta fuerza que le atravesó el escudo y la cota, empujándole la lanza con la punta a través del pecho, de un lado a otro, de forma que apareció la punta de la lanza en medio de la espalda, junto con un buen trozo del asta; le empuja con tanta fuerza, con el impulso que llevaba, que lo derriba del caballo al suelo, muerto. La lanza se quebró al pasar de largo.

Ginebra, la hija del rey Leodagán, vio este combate, pues estaba

asomada a la ventana del palacio, cerca de las murallas de la ciudad. Todos alaban mucho y aprecian al muchacho, preguntándoles a los que tienen al lado quién es, pero nadie lo sabe, solo saben que es uno de los soldaderos que ha retenido el rey Leodagán.

—Ciertamente —dice la doncella—, quienquiera que sea, procede de buena gente, pues nadie que fuera de bajo origen se atrevería a emprender tales hechos de armas, sin ser de alto corazón; y tanto él como los otros han realizado grandes hazañas hoy.

Durante un buen rato la doncella habló de los soldaderos.

El rey Ban y el rey Boores fueron contra las filas, llevaban lanzas rectas y fuertes; pican espuelas a los caballos y el rey Ban golpea a Sortibrán, a la vez que el rey Boores va contra Plarión y Ulfino, contra Iguedón. Cada uno derriba muerto al suyo. En la misma pasada, alcanzan uno a Morás, otro a Landón y el tercero a Senebaut, con tal violencia que mueren antes de recuperar el terreno.

El rey Arturo llevaba desenvainada la espada; golpea con gran fuerza a Malore en el yelmo; este se había detenido junto con Freelenc frente al rey Ban y se esforzaban en cortarle la cabeza: uno lo sujetaba por el yelmo y el otro lo golpeaba con una gran maza entre los hombros. Cuando el rey los vio, picó al caballo y se dirigió hacia allí con la espada en el puño; golpeó a Malore con tanta violencia que hizo que la cabeza le volara en medio del campo. Freelenc, al ver morir a su primo y compañero, levantó la maza para golpear con ella al rey Arturo en la cabeza, pero este adelanta su escudo; como el golpe era violento y fuerte, cae sobre el hombro izquierdo, haciendo que el rey Arturo se incline sobre el cuello del caballo. Freelenc vuelve a levantar la maza para golpear de nuevo, pero el rey fue rápido y veloz, picó espuelas al caballo y se distanció con la espada en el puño. Luego, regresa contra Freelenc y lo golpea con tal fuerza que lo parte hasta los dientes. El tumulto y el clamor se eleva entre los sajones, espantados por aquel encuentro, que ven que no tienen ya más socorro que el de Randol, que lleva la enseña. El rey Ban se dirige hacia él golpeándole de tal forma que le separa el brazo del pecho, junto con toda la bandera y cae al suelo de inmediato.

Fue grande el clamor y el ruido y todos se dieron a la fuga. Empieza la persecución que duró desde antes de la hora de vísperas hasta bien entrada la noche, y hubo muchos muertos y heridos, pues de quince mil que eran al principio de la batalla no escaparon más que cinco mil, que se fueron con el rey Rión al asedio: le cuentan la pérdida y el daño que han recibido, y la gran matanza. Cuando el rey Rión oyó la noticia, juró con juramento que nunca abandonaría aquella tierra hasta haberse vengado y que llevará prisionero al rey Leodagán.

A continuación, envió mensajeros a la tierra de Dinamarca para que acudieran a él todos, altos y bajos, llevando abundantes vituallas, suficientes para doscientos mil hombres dos años enteros, pues —según dice— quiere reemprender la guerra con más fuerza que hasta entonces. Vienen a él y se le juntan todos los días tantos, que antes de que hubiera pasado el mes eran doscientos cincuenta mil, y se han juntado veinte reyes con corona, sin contar al rey Rión. Llevaban una gran cantidad de carros con comida que trajeron de todas partes, y abastecían con ella a la hueste de tal forma que ya no era necesario que fueran en busca de alimentos a ningún sitio, pues tenían suficientes, llegados de las tierras de los veinte reyes que había en la hueste. Hacía muy buen tiempo. Atacaban con frecuencia y a menudo la ciudad de Aneblaise, pero era tan fuerte que no temía nada, sino el hambre. En varias ocasiones le pidieron socorro al rey Leodagán, para que fuera a ayudarles, pues se encontraban en grave situación.

Pero ahora la historia se calla sobre el rey Rión y el asedio, que era tan estrecho, y deja de hablar de los que había dentro de la ciudad de Aneblaise, volviendo al rey Arturo y a sus compañeros.

X

En esta parte cuenta la historia que los del reino de Carmelida estaban muy alegres y contentos porque los sajones habían sido derrotados tal como habéis oído, y habían sido perseguidos, a pesar de que ellos eran tan pocos, ya que al comienzo, cuando más eran los de Carmelida, eran seis mil trescientos, mientras que los sajones eran más de quince mil. Fueron derrotados gracias al buen sentido de Merlín, que ayudó mucho, y por el socorro de los caballeros de la Mesa Redonda y de los cuarenta y dos soldaderos.

Cuenta la historia que después de perseguir a los sajones hasta la noche, regresaron muy contentos a Carohase y encontraron al rey en la ciudad, pues sus hombres lo habían vuelto a montar y lo habían llevado a caballo. Cuando el rey Leodagán supo que los soldaderos regresaban, salió a su encuentro mostrándoles la mayor alegría del mundo: se encuentra con Antor, Giflete, Keu el senescal, Lucano el Botellero y con todos los demás compañeros sanos y salvos, aunque había temido que hubieran muerto o hubieran sido hechos prisioneros. Fue admirable el botín, y el rey se lo ofreció y regaló a los soldaderos que había retenido a su lado, pues —según dijo— no podría emplearlo mejor ya que ellos lo habían ganado, «y me han salvado a mí mismo de la muerte y de la prisión».

Al ver el gran honor que el rey les hace, se lo agradecen mucho y dicen que no tomarán nada, pues podrán conseguir abundantes bienes en otra ocasión y que entonces los recibirán y los tomarán. El rey les dice que ya que no quieren aceptarlos, que los repartan y se los den a quien quieran. Entonces, se dirige Merlín a los tres reyes y les dice que lo tomen, y estos así lo hacen, repartiéndolo según les iba indicando Merlín, y sin quedarse nada que valiera ni un solo dinero. Todos lo estimaron y alabaron mucho. Permanecieron tanto tiempo en el país que solo se hablaba de los soldaderos por su generosidad y por los buenos consejos de Merlín.

Arturo le dio a su huésped y a la mujer de este caballos, palafreñes, vestidos y tantas riquezas que el resto de sus vidas fueron ricos y vivieron en buena situación.

El rey Leodagán no quiso permitir que se quedaran en otro sitio que no fuera en su propia casa con él y no toleró que estuvieran sin compañía y sin los caballeros de la Mesa Redonda. Cuando se hubieron desarmado, el rey Leodagán hizo que trajeran a su hija engalanada con los vestidos más ricos que tenía; hizo que tomara agua caliente en un bacín de plata y que lo llevara ante los reyes y les sirviera. Pero Arturo no quiso aceptar su servicio hasta que el rey Leodagán y Merlín lo ordenaron. La misma doncella le lavó el rostro y el cuello, secándolo con una toalla con gran delicadeza. Luego, hizo lo mismo con los otros dos reyes. A continuación, Leodagán hizo que la otra Ginebra, que era hija del senescal, sirviera a los demás compañeros con la ayuda de otras doncellas.

Cuando la hija del rey Leodagán terminó de servir a los tres reyes, se ocupó de su padre. Luego, le puso la doncella a cada uno de ellos un manto sobre los hombros. El rey Arturo era de gran belleza y la doncella lo contempló con dulzura y también él a ella. Entonces, la joven dijo entre dientes que debía estar muy contenta la dama que fuera requerida de amor por tan hermoso caballero, y tan bueno como era aquel; y que debería ser censurada la que lo rechazara.

Pusieron las mesas cuando la comida estuvo dispuesta; los caballeros fueron sentándose y los de la Mesa Redonda se colocaron al lado de los soldaderos, en una mesa que quedaba un poco apartada. El rey Boores y el rey Ban sentaron al rey Arturo entre ellos dos, pues le hacían el mayor honor que podían en todo momento. El rey Leodagán se dio cuenta, pues se había sentado a su lado en la mesa y pensó en el honor que le hacían y en la forma de servirle que tenían, de modo que consideró que era señor de los dos. Se pregunta admirado quién puede ser, habría dado algo de gran valor para saberlo.

—Buen Señor Dios —dice Leodagán—, ojalá quisierais que se casara con mi hija, pues nunca hubiera pensado que en un muchacho tan joven hubiera semejante valor a la hora de combatir como el que él tiene. No podría ser así si no fuera un hombre de muy alta familia; creo que es algo que para la salvación de este reino y para su protección me ha enviado Nuestro Señor, no por mí, sino para realzar la Cristiandad y la Santa Iglesia, que de no haber sido por él habrían abandonado esta ciudad contra la voluntad de sus

guardianes.

De esta forma pensaba el rey Leodagán consigo mismo en la comida, y permaneció mucho rato así; se acordaba de cómo lo habían socorrido los cuarenta y dos soldaderos en el Valle Tenebroso frente a los quinientos caballeros que lo llevaban prisionero; recordaba cada una de las proezas que le había visto hacer, y piensa en todo ello tan ensimismado que olvida lo demás y deja de comer. Hervís de Rivel se dio cuenta de esto y le pesó mucho; se acercó a él, preocupado, a la cabecera de la mesa y a su lado le dijo que nunca le había visto hacer tan gran villanía, ni lo había visto tan absorto:

—Ahora deberíais mostrarles alegría a estos valientes caballeros, y sin embargo estáis pensativo y preocupado, en vez de atenderlos con gozo. Me pregunto admirado qué ha sido de vuestra gran discreción.

El rey volvió en sí, lo miró y le dijo:

—Hervís, estaba pensando en un asunto mío, y en el hombre más valiente del mundo, y no he podido resistirlo. Si supierais en lo que estaba pensando, no me criticaríais en absoluto.

—Señor, bien puede ser; pero dejadlo estar por ahora y pensad en ello cuando sea el momento y la ocasión, pues no es esta la ocasión ni el momento de hacerlo. Mostradles alegría a estos nobles y divertíos, pues ahora os habéis portado bastante mal con ellos.

—Buen amigo, salva sea vuestra gracia, muchas gracias; id a sentaros pues me voy a ocupar de eso.

Hervís va a sentarse con sus compañeros y el rey habla con unos y con otros, mientras que su hija sirve vino al rey Arturo en la copa de su padre. El rey Arturo la mira con dulzura, le agrada y le gusta tenerla delante, pues era la mujer más hermosa que había en aquel tiempo en toda Bretaña. La doncella estaba contenta y se le notaba en todo el cuerpo: llevaba en la cabeza un tocado de oro y de piedras preciosas; su rostro estaba fresco, con color blanco y rojo, tan natural que no era necesario ni más ni menos; los hombros rectos y suaves; el cuerpo era admirable, pues era delgada en los

costados, con caderas bajas y bien dispuestas; tenía los pies blancos y arqueados; los brazos largos y gruesos y las manos blancas y carnosas. ¿Para qué os voy a contar la belleza de la doncella, si era más hermosa, más buena, generosa, cortés, discreta, valiosa, dulce y agradable que ninguna?

Cuando el rey Arturo vio arrodillada ante él a la joven, que era tan bella, la contempló con mucho gusto, pues se le notaban los pechos duros y fuertes como manzanas; tenía la carne más blanca que la nieve recién caída y no era ni demasiado gorda ni demasiado delgada. El rey Arturo la deseaba tanto que se quedó pensativo y dejó de comer; gira la cara a otra parte, pues no quiere que ni los dos reyes ni nadie se den cuenta de lo que le ocurre. La doncella le da de beber, diciéndole:

—Señor doncel, bebed; no os pese si no os llamo por vuestro nombre, pues no sé cuál es. No os echéis atrás a la hora de comer, pues no lo hacéis con las armas y bien lo habéis demostrado hoy ante cinco mil que os veían, y que solo os conocían de vista.

—Hermosa doncella —le contesta girándose hacia ella—, con mucho gusto lo haré; muchas gracias por vuestro buen servicio. Que Dios me dé fuerza y poder para recompensároslo.

—Señor, ya me lo habéis devuelto, dándome el ciento por uno, más de lo que yo merecería: lo habéis hecho rescatando a mi padre con vuestros compañeros cuando se lo llevaban prisionero.

El rey guarda silencio.

—Y habéis hecho más aún, pues ante la puerta que da al puente mostrasteis que os pesaba su daño, cuando fue derribado entre sus enemigos y su caballo murió, pues matasteis al que lo había derribado y arriesgasteis vuestra vida por rescatarlo, consiguiendo llevarlo al camino.

De esta forma habla la hija del rey Leodagán con Arturo, pero este no dice una palabra con la boca, sino que toma la copa y bebe con mucho gusto, pidiéndole a la doncella que se siente, pues ha estado de rodillas demasiado tiempo; pero su padre el rey no lo permite y hace que sirva a todos con cuanto se puede contar.

Llegado el momento de quitar los manteles, el rey Ban le dijo al rey Leodagán que se sentara a su lado.

—Señor —dice el rey Ban—, me sorprende que vos, a quien se os tiene por tan prudente, no hayáis casado hace tiempo a vuestra hija con algún alto hombre, pues es doncella muy gentil y discreta, y vos no tenéis más hijos que puedan heredar vuestra tierra cuando muráis; hace tiempo que deberíais haberos preocupado en colocarla.

—Ciertamente, señor, no lo dejé más que por la guerra, que me ha durado tanto tiempo ocasionándome grandes males. Hace ya siete años que el rey Rión de Dinamarca y de Irlanda no deja de combatiirme y desde entonces no ha venido nadie a esta tierra a quien se la haya concedido ni de palabra, y tampoco nadie me lo ha solicitado. Si yo encontrara un noble caballero que quisiera esforzarse y ocuparse en mantener la guerra, yo le concedería a mi hija y toda mi tierra, si la quisiera tener después de mi muerte, pues no miraré ni el linaje, ni su alta cuna, ni sus posesiones. Ojalá quisiera Dios que todo fuera como lo tengo pensado en mi corazón: ciertamente, en tres días estaría casada con un joven caballero, hermoso y valiente y pienso que más noble que yo, por su familia.

Merlín empezó a reír y miró al rey Boores, haciéndole señas de que lo había dicho por el rey Arturo, y así era.

Luego, empiezan a hablar de varias cosas y cambian el asunto de sus palabras, pues no quieren seguir hablando de eso por ahora. El rey Leodagán se da cuenta de que no quieren oír nada, aunque él querría que le hablaran de eso; se calla y escucha, por si pudiera enterarse de algo sobre ellos y sobre su situación que le permitiera saber de qué tierra vienen. Contempló la alegría y las fiestas que todos hacían al rey Arturo y eso le sienta mal, pues los dos reyes y todos los demás de su compañía lo tratan de tal forma que quienes lo ven se sorprenden y admiran.

Arturo ama y desea a la hija del rey Leodagán y solo piensa en ella, de tal forma que olvida lo demás, y querría, si pudiera ser, tenerla por compañera e igual.

La historia cuenta que era la mujer más discreta de la hermosa

Breña; la más bella, la más querida de cuantas había en aquel país y en la tierra, salvo Elena sin Par, mujer de Persidés el Pelirrojo, del castillo de Gazelvite, y la hija del rey Pelés de Listenois, del castillo de Corbenic, que era nieta del Rico Rey Pescador y del rey enfermo de las heridas que tenía: uno de ellos se llamaba Helaín de Lisle, de Listenois. El Rey Tullido había recibido heridas de la lanza vengadora, y por eso se llamaba Tullido: estaba herido entre los dos muslos; su nombre auténtico era rey Peneor de Listenois. El rey Helaín y Peneor eran hermanos y la doncella de la que os he hablado era sobrina suya, hija del rey Pelés, que también era hermano de los otros dos que os he nombrado. Esta doncella era la mujer más hermosa de cuantas ha habido en ninguna tierra y la más gentil. Guardó el santísimo Grial hasta que Galaz fue engendrado.

Pero la historia deja estar este asunto por ahora, que ya os lo contará con claridad en su momento y os dirá cómo la doncella dejó de custodiar el Santo Grial y por qué, y cómo las aventuras del Santo Grial fueron llevadas a término. Ahora la historia habla de los compañeros de la Mesa Redonda, que están sentados para cenar en la ciudad de Carohase en Carmelida, en el palacio del rey Leodagán.

XI

Cuenta ahora la historia que se sentaron a cenar y fueron muy bien servidos de comida y vino. Cuando levantaron las mesas por todas partes, Merlín tomó a los tres reyes por la mano y se los llevó a un aparte diciéndoles:

—¿Queréis que os diga lo que ha ocurrido en Bretaña la bella?

—Ciertamente —responde el rey Arturo— querría saberlo, si os parece bien.

—Ha habido una gran batalla extraordinaria y dura en el llano delante de Logres contra los sajones que habían robado el país y tomado toda la costa y los puertos por la parte de Dover, y cuando llegaron al castillo llevaban un cargamento tan grande, que lo escoltaban hacia el campamento diez mil sajones montados a caballo. Cuando iban cabalgando de esta forma, se encontraron con cinco muchachos que son sobrinos vuestros.

Entonces les cuenta cómo los muchachos habían llegado y cómo habían dejado a sus madres sin que lo supieran sus padres; cómo encontraron a los furrieles, tal como habéis oído, y cómo fue la batalla en la que los sajones fueron derrotados y el rico botín que consiguieron y la derrota de los enemigos; la gran alegría que los de la ciudad mostraron a los muchachos y cómo estos habían dicho que no serían caballeros:

—Hasta que vos mismo los hagáis de vuestra mano. Y no os preocupéis por guardar vuestra tierra, pues estará bien custodiada hasta vuestro regreso. Estad tranquilo y manteneos sano, pensando en actuar bien ya que vuestra ayuda va en aumento y se refuerza: se dirige a vuestra tierra el sobrino del emperador de Constantinopla con trescientos escuderos, hijos de príncipes y de altos nobles, para servirlos y para que los arméis caballeros.

—Merlín, ¿quiénes son los muchachos que han ido a Logres y cómo se llaman?

—Señor, el rey Loth tiene cuatro hijos; el mayor se llama Galván, el siguiente Agravaín, hijos de vuestra hermana y del rey Loth. Hay otro, llamado Galescalaín, que es hijo del rey Neutre de Garloc y de vuestra hermana también. El hijo del emperador de Constantinopla se llama Saigremor y será extraordinario en sus hazañas. Pero además, acudirán en breve otros que os tendrán en estima y serán vuestros amigos.

Mientras que Merlín hablaba de estas cosas, llegaron los demás compañeros a su alrededor y al oír las noticias que Merlín traía, se pusieron muy alegres y contentos. Luego, se marchan los caballeros de allí y van a sus alojamientos, se acuestan y descansan. Permanecieron en la ciudad durante mucho tiempo sin hacer otra cosa que beber y comer, reuniendo gente mientras tanto.

[Los reyes Tradelmán y de los Cien Caballeros derrotan a diez mil sajones y plantean la posibilidad de una batalla definitiva contra todos los invasores.

Los combates y el saqueo de ciudades y castillos se dan por todas partes, de forma general.

Yvaín, hijo de Brimesent, hermana del rey Arturo y del rey Urián, decide unirse a sus primos con el propósito de ser armado caballero por su tío. Yvaín el Bastardo se marcha con su hermanastro.

Continúan los ataques de los sajones.

Setenta jóvenes, de entre veintidós y veinticuatro años, todos hijos de reyes y altos nobles, acuden a la corte del rey Arturo, abandonando la enemistad de sus padres con el joven rey de Logres.

Los sajones siguen destruyendo y saqueando todo.]

XII

En esta parte cuenta la historia que fue grande la alegría y la fiesta que tuvieron en la ciudad de Carohase por la victoria y el triunfo que habían tenido sobre sus enemigos. Se reúnen gentes de todas partes, y el rey Arturo recibe grandes honores y cuidadosos servicios del rey Leodagán y de su hija, que se esmeró mucho por orden de su padre.

Un día, Merlín tomó a los tres reyes y se los llevó aparte y les dijo:

—Buenos señores, tengo que irme al reino de Logres, pues necesitan ayuda y consejo, no tanto para guardar la tierra frente a los malhechores que hay, como porque los nobles de ella están recibiendo graves daños de los sajones, que son muy numerosos: han incendiado de forma orgullosa dos ciudades; una es Vanbieres y la otra Clarence. Han reunido allí gentes de más de cuarenta reinos y siguen aumentando de día en día.

A continuación, les cuenta cómo los sajones se han extendido por la tierra, y que una parte de ellos se dirigen a Cornualles contra el rey Yder, que otros van a Orcania y Leonís contra el rey Loth, y que un tercio se dirigen contra el rey Clarión de Northumberland y contra el duque de Cambenync. Después, les cuenta todas las batallas y las dificultades que ha habido y las luchas que han enfrentado a los reyes y a los sajones, con el gran parlamento que estos habían tenido en el que decidieron sitiar las dos ciudades; cómo Yvaín el Grande e Yvaín el Bastardo se habían marchado de casa del rey Urián, su padre; cómo Dodinel, Keu de Estraus y Quehedins el Pequeño han dejado su país y se dirigen a Logres con Galván y que no quieren ser armados caballeros hasta que el rey Arturo les ciña la espada al costado.

—Tened por seguro que no lo conseguirán si no reciben más consejo que el suyo; por eso quiero ir allí más que nada en el mundo; vosotros procurad estar a gusto y descansar; no vayáis a ningún sitio hasta que me volváis a ver, pues no tardaré mucho, os lo aseguro.

—Merlín —le dice el rey Ban—, no tardéis mucho, pues seríamos maltratados y muertos si nos abandonarais y diríamos que nos abandonasteis y nos traicionasteis.

—¿Cómo —pregunta Merlín—, buen señor, pensáis que no voy a volver? No penséis nunca tal cosa, pues perderíais mi amor.

—Señor —le dice el rey Ban—, no lo pienso, pero lo digo por lo mucho que me gusta vuestra compañía.

—Dejadlo estar, pues en breve me volveréis a ver, antes de que se produzca la batalla de este reino. Os encomiendo a Dios, porque ya no puedo retrasarme.

Luego, se marcha de forma tan repentina que no supieron qué había sido de él.

Aquella misma tarde se presentó ante Blaise, su maestro, en Northumberland, que le mostró una gran alegría al verlo, pues le agradaba mucho su compañía. Merlín le contó todas las aventuras que habían ocurrido en el reino de Carmelida desde que se marchó de su lado; a continuación, le contó todo lo que había acontecido en el reino de Logres, sin dejar de contarle nada. Blaise lo puso por escrito todo, palabra por palabra y gracias a él sabemos lo que sabemos. Después de que escribiera todo esto, le contó el motivo por el que había dejado a los tres reyes en el reino de Carmelida.

La noche que Merlín habló con Blaise, se había establecido la mesnada de Orilás a orillas del río Humber, pues iban a entrar en aquella tierra.

Pero ahora la historia deja de hablar de Merlín y de Blaise y de los sajones y contaremos algo de Saigremor, que se había ido de Constantinopla con trescientos compañeros y se dirigía a la corte del rey Arturo para ser caballero novel.

XIII

[Saigremor, que ha llegado de Constantinopla, se dirige a Camelot.]

Cuenta ahora la historia que cuando Merlín le había narrado a Blaise todas las aventuras de la tierra tal como habían ocurrido desde que se había separado de él, llegada la mañana, se levantó y lo dejó y fue delante de la ciudad de Camelot. Tomó aspecto viejo, vistiendo una vieja túnica de paño briel, rasgada y hecha jirones. Antes era alto y corpulento; ahora se había convertido en bajo, jorobado y viejo, y tenía la cabeza con el pelo hirsuto y color miel, con la barba larga. Llevaba una maza al hombro con la que conducía animales salvajes en gran abundancia.

Cuando llegó delante de la ciudad, empezó a lamentarse y a gritar tan fuerte que lo oyeron con toda claridad los de las murallas, y escuchan que va diciendo:

—Buen Señor Dios, qué lástima es que estos muchachos van a morir y a perecer de forma injusta y sin razón. Ay, rey Arturo, señor, qué amigos vas a perder hoy, que te hubieran ayudado mucho si hubieran vivido lo suficiente, para conquistar tu tierra frente a tus enemigos. Ay, Saigremor, noble escudero franco y generoso, que el que sufrió la angustia de la muerte por nosotros, guarde vuestro cuerpo de morir o ser herido; y si recibís la muerte, que guarde vuestra alma en su santo paraíso, para que no sea atormentada con las penas del infierno, y que lo haga de forma tan verdadera como que es verdadero Dios, todopoderoso; que Él os guarde a vos y a vuestra compañía.

Merlín iba diciendo estas palabras y lo oyeron con toda claridad Galván y sus hermanos que habían subido a la muralla de la ciudad y estaban armados contemplando el color rojo del fuego de toda la tierra que los sajones quemaban en los alrededores. Galván y sus hermanos habían ido a Camelot para defender la ciudad tan pronto como se habían enterado de que los sajones habían entrado en el

país. Habían subido a la muralla para saber si los enemigos iban a atacar Camalot.

Galván llama al viejo en voz alta y le dice:

—Viejo villano, ven aquí a hablar con nosotros y dinos qué te ocurre y por qué te lamentas de ese modo; dinos por qué te quejas tan lastimosamente.

Merlín se hace el sordo y golpea con la maza en el suelo, como si estuviera fuera de sí, con gran dolor en el corazón. Luego, se apoya en la maza y recomienza su lamento, mayor que antes. Después de haberse quejado durante un buen rato, vuelve a empujar a sus animales hacia delante, como si quisiera huir al bosque y dice en voz alta:

—Ay, caballería de Logres, qué ha sido de vos. No hace aún ocho días que se decía que había llegado a esta tierra la maravilla del mundo y todo el socorro, pues se contaba que el sobrino del rey Arturo guardaba el país; pero de mala forma se ve, pues dejan morir a quien es más digno de admiración.

Cuando Galván oye estas palabras, siente grandes deseos de saber por qué ha dicho eso el villano y por qué se lamenta así. Lo vuelve a llamar tres o cuatro veces en un momento

—Villano, villano, habla conmigo y dime qué te ocurre.

Él mantiene la cabeza girada fingiendo no oír. Galván lo vuelve a llamar y Merlín levanta la cabeza, fea y erizada, y mira con un ojo abierto y el otro cerrado al que estaba en lo alto; aprieta los dientes como quien mira hacia el sol y le pregunta:

—¿Qué queréis?

—Quiero que vengáis aquí y habléis un poco conmigo.

Merlín se acerca al pie de la muralla, junto al foso de fuera de la ciudad y le dice:

—Ahora podéis decirme lo que queráis.

—Quiero que me digas por qué lloras y que me digas quién es por el que tanto te lamentas y por el que criticas a los caballeros de este país.

—Si vas a esforzarte en resolverlo, te lo diré.

—Te prometo lealmente, como escudero, que me esforzaré todo lo posible.

Cuando el villano oye que Galván estaba tan deseoso de saber por qué había ido allí, le dice:

—Buen señor, ¿quién sois?

—Me llamo Galván y soy sobrino del rey Arturo.

—Entonces, os contestaré. Siento gran lástima por un grupo de jóvenes que están combatiendo contra los sajones al final de esta landa y lo hacen con tanto valor que nunca tan poca gente había combatido de forma tan valerosa: no son más que trescientos y los sajones son tres mil.

—¿Quiénes son y qué desean?

—Dicen que su señor se llama Saigremor y es sobrino del emperador de Constantinopla; ha venido aquí para ser armado por el rey Arturo. Ya os he dicho lo que sé, pero si os dijera que fuerais a socorrerlos, malgastaría mis palabras, pues bien sé que no tenéis corazón ni valor para ir. Si fuerais y los socorrierais, os podríais alabar porque lograríais un botín grande y rico.

Cuando Galván oye las palabras del villano, que lo llama cobarde, siente una gran vergüenza y grita:

—A las armas, nobles compañeros; montad y seguidme, pues me voy.

Apenas ha dicho estas palabras, monta junto con sus compañeros y salen de la ciudad. Eran entre unos y otros cuatro mil. Galván cabalgaba el primero; se dirigió al villano y le dijo que montara en un caballo y que le llevara a donde los muchachos estaban combatiendo. Este cumple sus órdenes, pues no deseaba otra cosa y

cabalga hacia donde sabe que están luchando los jóvenes. Al acercarse al campo de batalla, vieron a los muchachos combatiendo con valor, y que habían matado ya a más de trescientos sajones, pero estos eran tantos que no podían pasar a través de ellos, ni romper la formación. Saigremor estaba realizando las mayores proezas que se han visto, pues llevaba un hacha con las dos manos y montaba delante de sus compañeros en un caballo que era extraordinariamente fuerte y rápido. Golpeaba con vigor y se había metido entre los enemigos perdiéndose junto con sus compañeros como si se hubieran hundido en un abismo. Los sajones los tienen rodeados por todas partes, pues pensaban apresarlos y cogerlos; pero ellos eran tan valientes y tan ágiles que no había nadie que se atreviera a tender la mano para prenderlos, ya que Saigremor, que tenía el hacha, estaba delante de sus compañeros y se esforzaba en abrir una brecha entre los enemigos: golpeaba a diestro y siniestro dando tan grandes tajos y tan enormes que mataba a cuantos alcanzaba con un buen golpe. Huyen los que han visto sus ataques y nadie se atreve a esperar un golpe. Le arrojan afiladas lanzas, de tal forma que no habrían podido resistir y pronto habrían muerto todos o habrían sido hechos prisioneros de no ser por Galván, que llegó con toda su compañía.

Cuando Galván llegó a la batalla, los muchachos estaban en una situación muy difícil. Atacan y derriban en el primer choque a más de dos mil sajones, y Orilás lo sintió mucho, pues nunca vio —según dice— a tan poca gente que se defendiera tan bien. Llevaba una lanza fuerte y aguda; se adelanta en la fila y dice que quiere probarse con alguien que lo sentirá y se lamentará. Galván y sus compañeros combaten hasta que encuentran a los muchachos cansados y casi vencidos. Ve a Saigremor que estaba delante con un hacha danesa en las dos manos con la que daba grandes golpes tremendos; era grande, robusto y uno de los muchachos mejor proporcionados que se podrían buscar; no había nada que valiera, si lo alcanzaba con un tajo, pues lo partía al primer golpe, aunque fueran brazos o piernas; estaba haciendo grandes proezas. Cuando Galván lo ve, le pregunta al viejo quién es y este le contesta que era Saigremor el Desmesurado, sobrino del emperador de Constantinopla:

—Picad espuelas e id a ayudarle de inmediato, pues lo necesita

mucho.

Entonces Galván sale de la fila con sus compañeros y se meten entre los sajones derribando a dos mil o más entre muertos y malheridos, de los que hubo muchos; fue grande el clamor. Pero los muchachos están en mala situación, porque Galván apenas tenía cuatro mil trescientos y los sajones eran más de veinte mil, sin contar los que había por toda la región incendiando y quemando todo, que eran fácilmente cuarenta mil.

Cuando Orilás vio que tan poca gente los trataban de tan mala manera, lo tomó a gran despecho. Dice y jura que en mala hora se le escaparán. Tenía una lanza; se dirige hacia Agravaín, que había derribado a su sobrino, matándolo, para gran disgusto suyo; galopa y lo golpea en el escudo con tanta fuerza que le mete la lanza por debajo de la axila atravesándole los dos pliegues de la cota de mallas y haciendo que la punta aparezca por el otro lado; le empuja con tanta fuerza que lo lleva por encima de la grupa del caballo al suelo. Galván, al ver a su hermano que caía sintió gran miedo de que hubiera muerto. Llevaba una cortante hacha y se dirigió hacia el sajón que había hecho caer a su hermano; pensó golpearle en el yelmo, pero cuando Orilás vio venir el golpe, lo temió y se protegió con el escudo: fue tan grande el tajo que el escudo quedó partido en dos mitades; Orilás pica espuelas al caballo, pero el hacha cae sobre el yelmo destrozándolo y partiéndole un cuarto del mismo con las mallas de la cota por detrás. Gueheriet golpeó a Senigrán con una maza en la cabeza y lo derribó muerto al suelo. Guerrehet alcanzó a Malubre en el yelmo y se lo partió hasta los dientes. Galescalaín alcanzó a Suyadós, y le hizo volar la cabeza en medio del campo.

Cuando los sajones vieron a Orilás en el suelo, temieron que hubiera muerto. Picaron espuelas hacia allí para rescatarlo y se reunieron a su alrededor, acercándose de todas partes; pero está tan aturdido por el golpe que ha recibido, que no puede sostenerse en pie ni valerse de los miembros. Tiene la cara tan horrible y se lamenta de forma tan fea que todos los que lo ven piensan que está a punto de morir. Comienza tal duelo que todos los combates cesan.

Mientras tanto, los muchachos han vuelto a montar a Agravaín, que había caído y lo colocan a caballo de nuevo. El viejo que había acompañado a Galván mudó su aspecto y tomó forma de caballero

armado. Se dirigió a Galván y a sus compañeros y les dijo:

—Por Dios, buenos señores, si me quisierais creer, emprenderíais ahora el camino hacia Camalot, mientras que estos sajones se ocupan de lamentarse.

Galván al oír estas palabras se da cuenta y sabe que el consejo es acertado y que no encierra engaño; se dirige de inmediato a Saigremor y le dice que sea bienvenido él y su compañía. Este le devuelve el saludo como hombre noble, afectuoso y cortés. A continuación, le dice:

—Galván, señor, si os parece bien ya sería hora de que nos marcháramos, reuniéndonos con la gente que hemos dejado, pues ya hemos ganado bastante volviendo sanos y salvos.

Galván le pregunta entonces a Saigremor quién es, pues habla con él de esa forma sin conocerlo. Este le responde que se llamaba Saigremor y que era sobrino del emperador de Constantinopla.

—Y vos, señor, ¿quién sois, que me habéis ayudado de esta forma?

—Señor, me llamo Galván y soy sobrino del rey Arturo, hijo del rey Loth de Orcania; junto con mis hermanos guardo el país de mi tío hasta que regrese de Carmelida. He venido solo a ayudaros y a socorremos, pues me dijeron esta mañana que os habían atacado los sajones a vos y a vuestra compañía.

En esto se adelantó el caballero que había hablado con Galván y le gritó:

—Galván, buen hermano, ¿a qué esperas? ¿Por qué no emprendes el camino? ¿No ves que todo el mundo os ataca a ti y a tus gentes y de mala gana te dejarán escapar si los esperas?

Cuando Galván oye al que así le aconseja, se apresura en ir a refugiarse; mira y ve llegar abundantes sajones, tan numerosos que todos los campos estaban cubiertos; iban bien armados de hierro y cabalgaban con rapidez haciendo tal ruido y tal tumulto que se los podía oír fácilmente a una legua de distancia. Al verlos venir en semejante tropel y tan numerosos, Galván le dice a Saigremor:

—Señor, vayámonos si os parece bien, pues llegan muchos sajones, a los que Dios les dé mal.

—Señor, con mucho gusto.

Emprenden la marcha hacia Camalot, retirándose juntos, apretados y bien dispuestos de forma que aunque hubierais lanzado un guante sobre sus cabezas, no hubiera caído al suelo sino que habría permanecido encima por más de una legua.

Los sajones se ocupan de lamentarse, pero al cabo de un rato Orilás vuelve en sí, mira y ve a su alrededor a todos los que están haciendo tan gran duelo; les pide escudo, lanza y yelmo, pues era hombre de valiente corazón, caballero decidido, y dice que si puede encontrar al que le había dado tan gran golpe, que le había hecho estar tanto tiempo desvanecido, que se lo recompensará. Monta un corcel fuerte y veloz y se dirige hacia donde piensa que lo encontrará, pero ya estaban a más de una legua. Orilás grita entonces su seña diciendo que en mala hora escapan. Pican espuelas los sajones y se eleva el clamor, las voces y los gritos, que se pueden oír sin dificultad a una legua de distancia. Hacen tal polvareda, tan grande y espesa por los caballos, que el aire, que era claro y estaba limpio, se vuelve espeso y turbio. Se les acercan tanto los sajones que poco falta para que los alcancen.

Cuando el caballero que les había dado el consejo de que se fueran vio que los sajones habían llegado tan cerca, empezó a meter prisa a los muchachos para que se apresuraran, diciéndoles que aligeraran su marcha. Llegaron rápidamente a Camalot. Galván el Valiente, Gueheriet, Guerrehet, Agravaín, Galescalaín y Saigremor iban los últimos, llevando entre los seis a la gente y la impedimenta como si fueran campesinos que llevaran el ganado al mercado. Permiten que los sajones quiebren en ellos sus lanzas y si ven a sus compañeros cargados de golpes, los protegen con todas sus fuerzas, resistiendo con valor. Lo hacen tan bien que no hay sajón que se atreva a acercarse a ellos, ni a esperar sus golpes, por más atrevido que sea.

En esto, llegó Orilás ante los demás, blandiendo la gran bandera; tenía una punta aguda y cortante. Ve al que lo había derribado y lo reconoce de inmediato. Le jura a su dios que se vengará: pica espuelas al caballo, y el muchacho lo ve venir, pero no aparenta que

le importe mucho. Cuando ya está cerca, que solo queda golpear, esquiva el choque y lo deja pasar de largo, y Orilás no puede sujetar el caballo. Galván, que era muy valiente y diestro, vuelve su caballo, le ataca y lo golpea en el yelmo: le dio con la espada de plano, pues se había precipitado en golpearle y no se dio cuenta de cómo lo alcanzaría; a pesar de todo, fue tan grande el golpe y tan pesado, que las chispas saltaron hacia el cielo, y Orilás cayó tendido en el suelo. Saigremor, por su parte, alcanza a otro separándole el hombro del cuerpo; Galescalaín golpea a Placidés haciéndole volar la cabeza; Agravaín, Gueheriet y Guerrehet han tomado sendas lanzas cortantes y golpean uno a Guinebán, otro a Taurus y el tercero a Favel, y los tres hacen que los otros caigan muertos al suelo. En el mismo choque derribaron a otros tres.

Galván, Galescalaín y Saigremor se detuvieron junto a Orilás y pretendían hacerlo prisionero, pero los sajones no quisieron permitirlo: se reúnen y amontonan atacando a los tres compañeros, que mataron a tantos que sus brazos y pies, las crines y cabezas de sus caballos goteaban sangre y sesos. No hay nadie tan atrevido que sea capaz de esperar sus golpes. Eran tantos los sajones que a la fuerza tienen que dejar a Orilás; lo pisotean con las patas de los caballos hasta que le rompen los huesos y luego, tras golpearlo y pasar por encima de él, aunque no lo matan, reemprenden el camino tras sus compañeros que ya estaban cerca de Camelot, pues cuando estos se quedaron combatiendo nadie los persiguió y pudieron continuar tranquilamente.

Cuando los tres compañeros ven que su gente ha llegado a la ciudad, se ponen muy contentos y alegres; cabalgan despacio y sin detenerse. Mientras tanto, los sajones se quedan junto a su señor que está pisoteado y golpeado de mala manera. Lo siente mucho. Al volver en sí, Orilás se lamenta porque se le ha escapado, y poco falta para que no enloquezca de rabia; dice y jura que si consigue tenerlo entre las manos, hará que lo desuellen vivo o que lo descuarticen los caballos.

—Señor —le dicen sus hombres—, gran petulancia hay en quien os ha derribado hoy dos veces.

—Así es —contesta Orilás—, pero si consigo apoderarme de él, no podrá salvarlo nada.

De esta forma amenaza Orilás a Galván, que cabalga con su compañía hasta que llega a Camalot, donde se detienen.

Cuando los que iban delante no vieron a los tres compañeros, se preguntaron qué había sido de ellos, pero nadie supo contestarles. Al oír Guerrehet, Agravaín y Gueheriet que sus tres compañeros se habían perdido de esta forma, dicen que no se detendrán hasta que los vuelvan a ver. Regresan por el camino al galope, pero no habían avanzado mucho cuando se encontraron con el viejo villano que montaba el caballo que Galván le había dado; era el mismo que contó las noticias de Saigremor. Al encontrarse con los tres hermanos, les pregunta que a dónde van y estos contestan que van en busca de su hermano Galván, de su primo Galescaláin y del sobrino del emperador, pues no saben qué ha sido de ellos.

—Mal los habéis guardado —les dice el villano—, y han mostrado que son valientes allí donde están; mirad por dónde vienen, no os deben agradecer nada sus vidas, pues los habéis dejado como cobardes y bien se ha visto que se quedaron por vos y para que los otros llegaran a un lugar seguro; han realizado muchas hazañas hermosas y han dado golpes que deben ser apreciados y alabados, mientras que a vosotros se os debe tener por lo que sois; bien habéis mostrado que fácilmente dejaríais a vuestros compañeros sin que os importara mucho, pues habéis abandonado a vuestro hermano cuando os necesitaba y él no lo hubiera hecho aunque le costara la vida. Todos los hombres nobles que oigan hablar de esto os deben criticar con razón y derecho y os deben considerar poco firmes cuando se os necesita; sabed que aun se os echará en cara de modo muy vil.

A continuación, se marcha el villano, pues no quiso hablar más con ellos y estos siguen, avergonzados y preocupados por las feas palabras que les había dicho. No habían avanzado mucho cuando se encontraron a los tres compañeros en tal situación que a juzgar por las armas, parecía que habían salido de un mal paso. Al encontrarse, se mostraron gran alegría y preguntaron que dónde estaban los demás. Les contestan que los han dejado a la puerta de Camalot, esperándolos. Se marchan los seis jóvenes alegres y contentos por sus nuevos compañeros, que han venido a ayudarles y porque han conseguido rescatarlos sanos y salvos. No habían

caminado mucho cuando se encontraron el caballo del villano que llegaba huyendo espantado; ven ensangrentados los arzones de la silla. Al verlo los compañeros que habían sido criticados, se miran unos a otros y empiezan a reír. Galescalaín se da cuenta y les pregunta por qué se ríen, pero tardan en decírselo. Les conjura otra vez y Gueheriet les cuenta todas las palabras que el villano les había dicho. Al oírlo, se preguntan admirados quién puede ser. Galván va al caballo, lo coge y ve los arzones llenos de sangre, y piensa que lo han matado. Entonces le pregunta a Agravaín si habían encontrado a algún sajón cuando salieron de Camalot y les contesta que no habían visto a nadie, ni hombre ni mujer, desde que dejaron a su gente, salvo al villano que montaba aquel caballo.

—Tened por seguro —dice Galván— que ha muerto o está malherido; vayamos a buscarlo hasta que lo encontremos y si está vivo, lo llevaremos a Camalot, pues sería lástima que muriera de mal modo en el campo.

Lo buscan por todas partes, por arriba y por abajo, por el campo y entre los matorrales, pero ya podían buscarlo, que no lo encontrarían, porque había ido junto al resto del ejército con apariencia de criado de a pie, con un trozo de lanza en la mano. Cuando los jóvenes vieron que no lo podrían encontrar, regresaron a Camalot, donde sus compañeros estaban esperándolos todavía al final del puente: tuvieron gran alegría de verlos llegar sanos y salvos. Entran en la ciudad y levantan los puentes, cierran las puertas y suben a lo alto de las murallas para ver si los sajones atacaban a la ciudad, pero estos no tenían ninguna intención, pues no querían permanecer más tiempo por allí.

Los muchachos se desarman, van a sus alojamientos y obtienen todo lo que necesitan. Mostraron una gran alegría y le hicieron grandes fiestas a Saigremor cuando lo conocieron y este les contó por qué había venido de Constantinopla para que el rey Arturo lo armara. Por eso lo tienen en mayor estima.

Al cabo de los dos días, seguían sin más noticias de los sajones, salvo que se habían ido a Northumberland y a la tierra del duque de Cambenync, y que había quedado en paz aquella región.

[Duros enfrentamientos con los sajones, que pierden todo el botín que habían logrado durante su invasión.]

Los jóvenes partidarios de Arturo realizan grandes proezas, a pesar de sus escasas tropas.]

XIV

Aquí cuenta la historia que cuando Merlín vio y supo que Galván y sus compañeros habían ido a Bredigán, se puso muy contento, pues estaba seguro de que los dos hermanos, Yvaín e Yvaín el Grande, habían salido del castillo de Arondel y que se encontraban en peligro de morir o de ser hechos prisioneros.

Tomó el aspecto de un criado corriente a pie y le entregó cartas selladas con un escudo pintado de las armas del rey Urián. Luego, fue a Bredigán con un vestido corto, una corona de flores en la cabeza y un bastoncillo largo en la mano; llevaba zapatos bajos atados con nudos y calzas negras; vestía algodón negro con una banda de orofrés en la capucha y en las mangas; se ceñía una correa blanca con cabos de latón. Era alto, moreno y sin barba; entre los hombros le caía un gorro de fieltro que llevaba colgado del cuello. Se dirigió al palacio mayor y subió por las escaleras. Cuando estuvo arriba, preguntó por Galván y se lo indicaron. Fue a él, se arrodilla y lo saluda de parte de su primo, el hijo del rey Urián. Galván lo levanta y él le entrega una carta, diciéndole que se la envía su primo Yvaín.

Tan pronto como Galván oye hablar de su primo, se pone en pie y lee la carta, como quien sabía hacerlo, pues había aprendido a leer en su infancia; y ve que dice lo siguiente:

—«Yo, Yvaín, hijo del rey Urián, envío saludos a mi señor Galván, mi primo, y a mis otros amigos. A continuación, os hago saber que me he ido de Sorhaut sin el permiso de mi padre, pero hemos salido yo y mi hermano Yvaín el Bastardo, con la licencia de mi madre; hemos cabalgado y hemos salido de Arondel y hemos llegado al puente de Diana en el que hemos encontrado diez mil sajones que nos combaten al cabo del mismo. Solo somos trescientos; por otra parte, también está combatiendo el rey Yder que apenas tiene catorce mil hombres, mientras que los sajones son más de cuarenta mil en la calzada de Arondel. Tan pronto como se vaya el rey Yder, los sajones nos caerán encima y nos apresarán a todos, si Dios y vos no ponéis remedio. Si nos hacen prisioneros o morimos, recibiréis

vergüenza vos y daño nosotros y el resto de vuestra vida se os reprochará y criticará, y dirán los que oigan hablar de eso que Galván perdió a su primo por maldad, aunque podía haberlo salvado. Por Dios, acordaos de la compasión de la nobleza y de la cortesía».

Cuando Galván ve lo que la carta dice, grita en voz alta:

—Señores, tomemos ahora las armas más deprisa que en otras ocasiones, pues no volverá a ser alabado el que no se esfuerce aquí.

Al oír a Galván, los escuderos corren a las armas alegres y contentos, pues están deseosos de ir a algún sitio donde puedan dar hermosos golpes por los que sean alabados y por los que aumente y crezca su fama. Tan pronto como se armaron y estuvieron montados, salieron de la ciudad y el muchacho que había llevado la carta los guio.

Eran fácilmente veinte mil; dividieron a la gente y la repartieron en seis cuerpos de ejército. Agravaín iba al frente del primero con tres mil hombres en su compañía; Guerrehet guiaba el segundo con otros tres mil hombres; Gueheriet llevaba el tercero, con otros tres mil bien equipados que van tras los demás en formación apretada. Cada uno lleva una bandera en torno a la que se agruparán cuando se enfrenten con los sajones. El quinto cuerpo lo llevaba Galescalaín, su primo, al que le ruega que actúe bien y que vaya con prudencia; eran también tres mil que siguen a los anteriores. El sexto cuerpo del ejército lo mandaba el mismo Galván, pues bien sabía hacerlo, y llevaba una bandera de cendal morado, a rayas, con un león de plata; tenía cinco mil hombres vestidos de hierro y sigue tras los demás en formación cerrada y con marcha lenta.

[Continúan los combates con los sajones, que son muy numerosos y luchan con gran valor. Siguen las proezas de los jóvenes, que poco a poco han ido encontrándose y uniéndose.]

Un anciano, que llega a caballo, aconseja a Galván que se retiren y no sigan luchando con los sajones si quiere salvar la vida de los suyos. Luego, el anciano se marcha con rapidez.

El rey Loth, padre de Galván, Agravain, Gueheriet y Guerrehet (y de Mordret, que fue engendrado por el rey Arturo) es derrotado por los sajones y su mujer, hecha prisionera.

Los hijos de Loth, ajenos a la derrota de su padre, celebran sus propias victorias cuando llega un caballero que los lleva al lugar del desastroso combate. Consiguen rescatar a su madre y ponerla a salvo con Mordret (que aún está en la cuna).

Todos llegan a la conclusión de que el caballero, el anciano, el autor de las cartas para que se reunieran es una misma persona: Merlín.]

XV

En esta parte cuenta la historia que cuando Galván y sus compañeros se enfrentaron con Taurus, el caballero que los había llevado hasta allí se marchó al ver que Galván había conseguido rescatar a su madre, y desapareció tan de repente que no supieron qué había sido de él. Fue a Northumberland, a ver a su maestro Blaise; le contó todas las aventuras que habían ocurrido en el reino de Logres y Blaise lo escribió todo y por su libro lo sabemos nosotros todavía.

Después de permanecer allí tanto tiempo como quiso, dijo que deseaba ir al reino de Benoic, pues si no los dos reyes recibirían daño pronto: eran el rey Ban y el rey Boores, que estaban en Carmelida, y sería una gran desgracia, pues eran hombres muy nobles.

El rey Claudás de la Tierra Desierta había rendido homenaje al rey de Gaula, entregándole su tierra. Por otra parte, el rey Claudás mismo había vuelto a obtener sus dominios, pues después de estar en Roma, él y el rey de Gaula habían recibido sus tierras del emperador, y la promesa de que el emperador Julio César les enviaría ayuda. El rey Claudás pretendía apoderarse de los reinos de Gaunes y de Benoic. Se reúnen y juntan gentes de todas partes y los romanos ponen en marcha un gran ejército bajo las órdenes de Poncio Antonio, consejero de Roma, que es muy rico y poderoso. Por otra parte, llega también Frole, emperador de Alemania, que es hombre importante y de gran poder por sus tierras, riquezas y amigos; es primo hermano de Poncio Antonio. Este lleva veinte mil hombres bajo su bandera.

Los del reino de Benoic no saben nada de todo esto y serían derrotados antes de que se dieran cuenta, lo que sería una gran desgracia, pues sería grande la pérdida.

Cuando Blaise oye estas palabras, empieza a llorar y dice:

—Que Dios proteja a la Cristiandad para que no sea afrentada ni

vencida.

Merlín le responde que mientras él viva, hará todo lo posible para impedirlo:

—Aunque esta es la tierra que yo más debo odiar, pues ya ha llegado a esta tierra la loba que encerrará al león salvaje en una jaula que no será ni de hierro, ni de madera, ni de plata, ni de oro, ni de plomo, pero que será tan fuerte que no podrá ni moverse.

—Por Dios —le pregunta Blaise—, ¿qué decis? ¿Acaso el león no es más fuerte que el lobo, y más temible?

—Así es.

—Decidme, pues, cómo la loba puede dominar al león.

—Por ahora no sabréis nada más, pero os digo que esa profecía se refiere a mí y sé que no podré defenderme.

Blaise se santigua asombrado; luego, empieza a decir:

—Merlín, decidme, si os vais a Gaula, ¿qué será de esta tierra que destruyen los sajones?

—No os preocupéis por eso; el rey Arturo no habría conseguido vencer a sus nobles hasta que estos se encontraran bien debilitados. Pronto serán expulsados los sajones. Por otra parte, si no fuera por amor al admirable leopardo que saldrá del reino de Benoic, grande, fuerte y tan fiero que los demás animales de su tierra serán superados por él, y por el gran león de Bretaña ante el que todas las bestias se inclinarán y por el que el cielo se abrirá, si no fuera por ellos, yo no me iría; pero cometería un pecado si no utilizara el sentido y la discreción que me ha concedido Nuestro Señor en ayudar a concluir las aventuras del Santo Grial, que deben ser llevadas a cabo y finalizadas en el tiempo del rey Arturo. No os preocupéis en preguntarme más cosas, que las sabréis en el momento oportuno y vos mismo las veréis con vuestros propios ojos antes de morir, tenedlo por seguro.

Después de hablar de forma tan encubierta Merlín y después de que Blaise lo escuchara, este pensó durante mucho tiempo en sus

palabras y las puso por escrito tal como Merlín se las había dicho.

Después, se fue Merlín y se dirigió al reino de Benoic. Se presentó a Leonches de Paerne, se lo llevó aparte y le dijo tantas cosas que este acabó reconociéndolo, ya que lo había visto en otras ocasiones. Le mostró una gran alegría, pues era hombre noble y prudente, primo del rey Ban y del rey Boores. Merlín habló con él teniendo el mismo aspecto que había tenido otras veces cuando estaba en compañía de los tres reyes, pero ahora lo hizo tan en secreto que nadie supo una sola palabra, y Leonches creyó todo lo que le dijo. Después, Leonches empezó a hablarle:

—Merlín, me estoy esforzando mucho en una cosa que os quiero preguntar, pero no quiero que os pese.

—Sé lo que estáis pensando —le contesta Merlín—, y no me pesa en absoluto; decidme tranquilamente todo lo que queráis.

—Vos mismo lo podéis decir, ya que lo sabéis.

—Con mucho gusto y por amor a vos a quien tanto os amo: me queréis preguntar por qué he dejado a los tres reyes y he venido aquí.

—Así es; me gustaría saberlo, si quisierais.

—Lo sabréis en breve, pues voy a quedarme. Leonches, es cierto y la profecía así lo dice, que la serpiente echará del bosque silvestre y antiguo al leopardo, que antes había sido fuerte, fiero y tan admirado que todos los animales salvajes de los alrededores se inclinaban ante él y bajaban la cabeza hacia el suelo, tenéis un vecino muy traidor, que se llama Claudás de la Tierra Desierta. Ha rendido homenaje al rey de Gaula y ha tomado su tierra de él, a condición de que le ayude a mantenerla y a llevar a cabo su guerra. De esta forma han ido los dos juntos y han recibido ambos reinos y tierras del emperador de Roma. Claudás mismo ha ido allí y ha logrado que Poncio Antonio se comprometa a devastar este país; es uno de los consejeros de Roma y viene hacia aquí. Frole, duque de Alemania, muy rico y poderoso, esforzado con las armas, primo hermano de Poncio Antonio, también acudirá a devastar y destruir esta tierra, pero no será como ellos piensan y por eso he venido a

avisaros que convoquéis y reunáis a vuestros amigos, parientes y soldaderos de cerca y lejos y que juntéis toda la gente que podáis tener, pongáis guarniciones en los castillos y ciudades, reunáis las riquezas y el grano y que lo metáis todo en un lugar al que no puedan llegar, y que os dispongáis de tal forma que cuando corran la tierra no encuentren nada que tomar: os arrasarán todo y atacarán castillos y ciudades, pero os defenderéis con tanta fuerza que nadie os podrá criticar. Procurad, si en algo queréis vuestro cuerpo y el honor de los dos reyes no salir a campo abierto a combatir contra ellos, pues sería mucho lo que perderíais; recibiréis buenos socorros el miércoles antes de la fiesta de San Juan y habrá un combate delante del castillo de Trebe, entre el Loira y el Ausurne, dos leguas antes del amanecer, en el lugar donde los romanos, los de Gaula y los alemanes habrán acampado: id allí con tantas fuerzas como podáis, ocultaos en el bosque de Arnantes y procurad estar tan ocultos que ninguno de vuestros compañeros, por muy amigo vuestro que sea, lo sepa, salvo Gracién, y Farién; a los dos se lo diréis en secreto, pues son muy nobles y leales. Haced custodiar los caminos por vuestros caballeros, para que no pueda ir por ellos ningún espía que vaya a contar nada de lo que hacéis a los otros, pues de lo contrario recibiríais gran daño.

Responde que lo hará tan bien que cuando se marche lo tendrá que alabar.

—No sé —añade Merlín— qué más deciros; me voy, pues tengo mucho que hacer en otras partes.

—¿A dónde vais?

—Cuando me vaya de aquí, iré a Carohase, en el reino de Carmelida, donde están los tres reyes y les haré saber de qué modo pueden ser expulsados del país los jayanes y los sajones: la batalla tendrá lugar el jueves de Pentecostés y será tan grande y admirable que nunca habrá habido una semejante en el país de Carmelida.

—Señor, saludad de mi parte a mi tío y a mi primo el rey Arturo.

—Lo haré con mucho gusto. Ahora, procurad hacerlo bien; a Dios os encomiendo.

Leonches le contesta que Dios lo guíe y lo lleve a la salvación.

Después de marcharse, Merlín fue a ver a una doncella de gran belleza que había en un castillo muy hermoso y rico, situado sobre una montaña redonda junto al bosque de Briosque, que era un lugar muy agradable y bueno para cazar, pues estaba repleto de corzos, ciervos y gamos.

La doncella de la que os hablo era hija de un vasallo de alto linaje, llamado Dionás. Muchas veces fue a hablar con él Diana, la diosa del bosque, y estuvo con él mucho tiempo, pues era ahijado suyo. Cuando se marchó, le hizo un regalo que le sería de gran utilidad y le dijo:

—Dionás, te hago saber y el dios de la Luna y de las estrellas también, que la primera hija hembra que tengas será codiciada por el hombre más sabio de la tierra después de mi muerte, en tiempos de Vertiger, que reinará en Gran Bretaña; le enseñará la mayor parte de lo que sabe de nigromancia de tal forma que quedará sujeto a ella desde el momento en que la vea y no podrá hacer nada en contra de su voluntad; todas las cosas que ella le pregunte, él se las dirá.

Este fue el don que Diana le hizo a Dionás y tan pronto como se lo dijo, se lo dio. Cuando Dionás fue mayor, fue muy buen caballero, hermoso y tenía todas las virtudes del cuerpo: era grande y fuerte; sirvió mucho tiempo a un duque de Borgoña que le dio por mujer a una sobrina suya, doncella de gran belleza y muy prudente. A Dionás le agradaban los deleites del bosque y del río cuando era joven; el duque de Borgoña tenía parte del bosque de Briosque, de tal modo que la mitad le pertenecía libremente y la otra mitad era del rey Ban. Cuando el duque casó a su sobrina, le dio a Dionás la parte del bosque y de la tierra que había alrededor. Dionás fue a verla y le gustó mucho, y le agradó tanto que mandó construir allí un sitio para vivir, junto a un vivero que era rico y hermoso. Después fue a vivir allí porque le agradaba el bosque y el río que pasaba cerca y permaneció mucho tiempo, acudiendo a menudo a la corte del rey Ban. En varias ocasiones le sirvió junto con otros nueve caballeros y le ayudó en sus necesidades contra el rey Claudás, al que le causó gran daño. El rey Ban y el rey Boores lo estimaron mucho porque lo consideraban hombre valiente, leal y

buen caballero. El rey Ban le dio su parte del bosque para él y sus herederos y le hizo don de tierras y rentas abundantes por la gran lealtad que veía en él. Era tan agradable que todos los que vivían a su alrededor lo querían mucho.

De esta forma vivió Dionás en aquella tierra durante mucho tiempo, hasta que engendró una hija en su mujer que era de gran belleza. Le pusieron de nombre al bautizarla Viviana, que es un nombre caldeo que quiere decir lo mismo que en francés «no haré nada». Y los hechos afectaron a Merlín, tal como la historia contará más adelante. La doncella creció y cumplió doce años.

Cuando Merlín se separó de Leonches de Paerne, cabalgó hasta llegar al bosque de Briosque; tomó aspecto de muchacho hermoso y se dirigió hacia una fuente de agua clara y agradable; la gravilla brillaba de tal forma que parecía que fuera de plata pura. Viviana iba con frecuencia a la fuente a jugar y a divertirse, y el mismo día que acudió Merlín, ella había ido. Al verla, Merlín la contempló durante un rato antes de decir nada y luego dijo que sería muy loco si se quedara adormilado en su pecado y perdiera el sentido y el conocimiento a cambio de divertirse con una doncella, afrentándola y pecando contra Dios.

Después de pensar bastante en esto, se le acerca y la saluda; ella, al verlo, le contestó como mujer prudente que el Señor que conoce todos los pensamientos le envíe deseos y ganas de obrar bien y que le conceda tal honor como ella querría tener.

Cuando Merlín oye hablar a la doncella de esta forma, se sienta a orillas de la fuente y le pregunta quién es. La muchacha le responde que había nacido en aquella tierra y que era hija de un noble hombre, que vive allí.

—Y vos, mi dulce amigo, ¿quién sois?

—Doncella, soy un criado que voy buscando a mi señor, que me enseñaba mi oficio de forma muy apreciable.

—¿Qué oficio?

—Me ha enseñado tanto, que podría construir aquí un castillo y

podría hacer que hubiera mucha gente defendiéndose dentro de él y fuera otros muchos que atacarían el castillo; podría hacer también otras cosas, como ir sobre el agua del estanque sin mojarme los pies, o que corriera un río por donde nunca ha corrido; y otras muchas cosas.

—Ciertamente, es un hermoso oficio; me gustaría conocerlo y realizar tan hermosos juegos.

—Conozco otros más hermosos y más agradables que estos para distraer a los altos nobles, pues no hay ningún juego que no sea capaz de hacer y de conseguir que dure tanto como yo quiera.

—Si no os pesa, me gustaría conocer alguno de vuestros juegos, y a cambio sería amiga vuestra el resto de mi vida, sin causaros daño ni villanía.

—Doncella, me parecéis tan dulce y agradable que por vuestro amor os mostraré una parte de los juegos que conozco, a condición de que me concedáis vuestro amor, y no os pido nada más.

Así se lo concede, sin darse cuenta de lo que hace. Merlín se retira a un lado y hace una señal en medio del campo con una vara; luego, regresa junto a la doncella y vuelve a sentarse al lado de la fuente. No había pasado mucho rato, cuando la doncella mira y ve salir del bosque de Briosque damas, caballeros, doncellas y escuderos muy numerosos, que van cogidos de la mano cantando y mostrando la mayor alegría que nunca se ha visto. Van ante la doncella con tambores y timbales y dan vueltas alrededor de la marca que Merlín había hecho. Una vez dentro de ella, empiezan a bailar y a danzar de forma tan admirable que no se podría contar la cuarta parte del gozo que mostraban. Merlín, mientras tanto, había hecho que surgiera un castillo bello y fuerte y a su pie un vergel en el que había todos los aromas del mundo, las flores y los frutos, que daban tal olor que era imposible de contar. La doncella, que todo esto oía y veía, estaba tan sorprendida y tan a gusto viéndolo que no sabe qué decir, aunque le molesta no saber la canción que estaban cantando, y solo conoce el estribillo que decía:

En verdad, con alegría empieza el amor y termina con dolor.

De esta forma duró la fiesta y la alegría desde la hora de nona hasta la de vísperas, y se oye el ruido desde lejos, pues era claro, fuerte y agradable de oír, y parecía que hubiera mucha gente.

Salieron hombres y mujeres de la vivienda de Dionás, miraron y vieron —según les pareció— el hermoso vergel y el castillo, las damas y los bailes tales que nunca habían visto una fiesta tan hermosa. Se sorprendieron al ver el castillo y el jardín, pues nunca lo habían visto y se preguntan admirados de dónde han salido tantas damas y doncellas, tan bien arregladas con vestidos y joyas. Al cabo de un buen rato, las damas y las doncellas que estaban bailando se sentaron sobre la verde hierba fresca; los escuderos levantan un castillete en medio del vergel y bohordan los jóvenes caballeros y, por otra parte, también bohordan jóvenes contra escuderos, y no cesaron hasta que llegó la hora de vísperas.

Entonces se acerca Merlín a la doncella, la toma por la mano y le dice:

—Doncella, ¿qué os parece?

—Buen amigo, habéis hecho tales cosas que me considero vuestra.

—Señora, cumplid la promesa.

—Con mucho gusto, pero no me habéis enseñado nada.

—Os contaré lo que sé y vos lo pondréis por escrito, pues sabéis suficiente de letras; os enseñaré tales maravillas que ninguna dama sabrá nada semejante.

—¿Qué sabéis de mis conocimientos de letras?

—Señora, bien lo sé, pues mi maestro me ha enseñado tanto que conozco todas las cosas que se hacen.

—Eso es lo más sensato que he oído y que puede ser más necesario en muchos lugares; eso sería lo que me gustaría saber. ¿Sabéis algo

de lo que va a ocurrir?

—Sí, mi dulce amiga; una gran parte.

—Por Dios, ¿qué buscáis entonces? Con eso ya deberíais tener suficiente, si os pareciera bien.

Mientras que la doncella y Merlín hablaban, las damas y las doncellas se reúnen y regresan bailando al bosque, con los caballeros y los escuderos. Cuando ya estaban cerca, entran en el bosque tan rápidamente que nadie podría saber qué fue de ellos. El castillo y todo lo demás desaparece, pero solo quedó el vergel porque la doncella le rogó dulcemente que lo dejara; lo llamaron Morada, por la alegría y el gozo. Después de estar un buen rato juntos, Merlín le dijo a la doncella:

—Hermosa doncella, me voy, pues tengo mucho que hacer en otro lugar.

—¿Cómo? Buen amigo, ¿no me vais a enseñar alguno de vuestros juegos?

—Doncella, no os precipitéis, pues los sabréis en breve; es necesario mucho tiempo y gran tranquilidad. Por otra parte, todavía no me habéis dado ninguna muestra segura de vuestro amor.

—Señor, ¿qué muestra queréis que os dé? Decídmelo y así lo haré.

—Quiero que me prometáis que vuestro amor será mío y vos también, para llevar a cabo lo que quiera cuando quiera.

La doncella piensa un poco y luego contesta:

—Señor, así será, a condición de que sea después de que me hayáis enseñado todo lo que os pida y después de que yo sepa ponerlo en práctica.

Merlín le responde que le parece bien. La doncella le promete mantener lo dicho y él acepta la promesa. Entonces le enseñó un juego que ella puso en práctica muchas veces, pues le enseñó a que consiguiera hacer correr un gran río por donde deseara y que permaneciera el río tanto tiempo como ella quisiera. Le enseñó

otros juegos que ella fue poniendo por escrito en un pergamino, tal como se los iba contando, y los ponía en práctica después con gran habilidad. Después de permanecer hasta la hora de vísperas, la encomendó a Dios y ella hizo lo mismo. La doncella le preguntó cuándo regresaría y Merlín contestó que la víspera de San Juan. De esta forma se separaron los dos y Merlín fue a Carmelida, donde los tres reyes le mostraron una gran alegría al verlo.

[Los reyes, padres de los jóvenes, deciden unirse para combatir a los sajones.]

XVI

Cuenta aquí la historia que cuando Merlín dejó a la doncella que le había concedido su amor, fue a Carohase en Carmelida, donde los tres reyes le mostraron una gran alegría al verlo, pues lo echaban de menos. El rey Leodagán había conseguido que todas sus gentes estuvieran allí y estaban impacientes por entrar en combate y emprender la marcha para que el rey Rión levantara el sitio de Aneblaise.

Los tres reyes se retiraron a hablar a solas con Merlín y le dijeron:

—Merlín, ¿qué podemos hacer, pues pronto se pondrán en marcha los ejércitos?

—Os lo voy a decir. Id y pedidle al rey Leodagán que ponga en orden a su gente para entrar en combate y que divida los distintos cuerpos del ejército. Vosotros haced que emprendan la marcha el día siguiente de Pentecostés un cuerpo tras otro, y hacedlo de forma tan prudente que vayan siempre diez caballeros montados por delante, viendo la tierra y la región; que prendan todos los espías de los otros, que son muchos, para saber sus intenciones; luego, que los maten o los metan en prisión para que no cuenten nada de los de aquí. Cabalgad de noche y por los lugares más ocultos que conozcáis. Yo mismo os guiaré, y vosotros, vuestra compañía y los caballeros de la Mesa Redonda estaréis formando un solo cuerpo de ejército, sin más gente.

Después de haber hablado así durante mucho rato, el rey Arturo preguntó por su tierra y cómo les había ido a sus hombres; quiso saber también de todo lo ocurrido en el reino de Logres desde que se marchó y cómo los hijos del rey Loth habían rescatado a su propia madre; «y dicen que el rey Loth y sus amigos no la volverán a tener en su compañía hasta que haya hecho la paz con vos».

Al oír estas palabras, el rey Arturo se pone tan contento que sonríe por la alegría y le da las gracias por el servicio. Luego, Merlín va al rey Ban y al rey Boores y les dice:

—Buenos señores, ¿qué vamos a hacer? Hay un asunto difícil que cada vez se hace más peligroso para vosotros y tendréis que pasar penas y sufrimientos.

Les cuenta a continuación cómo Claudás de la Tierra Desierta se ha puesto en marcha y cómo Frole y Poncio Antonio han convocado huestes para quitarle las tierras y destruíselas:

—He hablado con el conde de Paerne, primo vuestro, que os envía saludos conmigo; le he contado todo el asunto de los que van a llegar.

Cuando los dos reyes oyeron a Merlín que hablaba de esta forma, se sorprenden y se quedan tan pensativos que no saben qué hacer ni qué decir. El rey Arturo, al verlos tan preocupados, empezó a llorar con los ojos de la cabeza y le dijo a Merlín:

—Buen amigo, tened piedad de ellos y de sus tierras y aconsejadles según sabéis que es necesario, pues estoy seguro de que si les falláis, lo perderán todo y yo no volvería a tener alegría el resto de mi vida.

—No deben preocuparse por ser destruidos o perder sus tierras mientras yo tenga poder sobre mí mismo; sabed que a vos y a ellos os crecen las dificultades todos los días. El gran dragón —según dice la profecía— vendrá a echar de Bretaña al gran león coronado, con la ayuda de veintinueve serpientes grandes y fuertes. El gran leopardo que será grande y fuerte también se lo impedirá por amor a la serpiente coronada; ante él, todos los animales de Gran Bretaña y del reino de Carmelida se inclinarán por su gran fiereza y por su valor. Pero aún no ha nacido el gran leopardo que sostendrá al gran león, frente al que el gran dragón no podrá hacer nada para echarlo.

Cuando los tres reyes oyeron hablar de esta forma a Merlín, se sorprendieron, pues nunca lo habían oído expresarse de forma tan oscura; le preguntan y ruegan que les explique qué ha querido decir y él responde que no sabrán más por ahora; basta con que el rey Arturo sepa que se refiere a él.

Dejaron de hablar del asunto y el rey Ban le pregunta qué debe hacer para defender su tierra y Merlín le contesta:

—Tan pronto como hayamos ayudado a estos a que los expulsen de aquí, nos pondremos en marcha con tanta gente como podáis sacar de este reino y nos iremos a Logres, la gran ciudad, y al castillo de Bredigán; tomaremos el gran tesoro que hay en el bosque, donde se encuentran doce de las mejores espadas que hay en el mundo. El rey Arturo armará caballeros a sus sobrinos, que han dejado a sus padres y a sus madres, a sus familiares y a sus amigos para acudir a servirle, y los llevaremos al reino de Benoic, los otros serán muy numerosos; cuando termine el combate, durante el tiempo que permanezcamos en la tierra de Benoic, será engendrado el gran leopardo que será fiero y orgulloso, por temor al cual el gran dragón de las Islas Lejanas se retirará del gran león coronado de Gran Bretaña, sin causarle ningún daño, aunque podría hacerlo; pero al final, lo ajusticiará el leopardo haciendo que se arrodille ante el león como si le pidiera piedad.

—Señor —dice el rey Ban—, ya que hemos venido aquí, ¿sabéis cómo nos irá todo?

—No temáis —contesta Merlín—, pues antes de que os marchéis quedará todo el reino en manos del rey Arturo, si Dios quiere.

—Señor —le dice el rey Ban—, ¿nos explicaréis las oscuras palabras que nos habéis mencionado?

—No; pero que sepa el rey Arturo que todo esto ocurrirá mientras él viva.

En esto, entró un mensajero que había preguntado en el campamento dónde se encontraban los soldaderos. Cuando terminó el consejo, se presentó a los reyes: era prudente, noble y hablaba bien; era un caballero grande; era primo del rey Leodagán y se llamaba Guiamor; tenía veintiséis años: por este caballero los de la Mesa Redonda pasarían grandes sufrimientos, por el daño que le causó la reina Ginebra por sus amores con Morgana, la hermana del rey Arturo, que estaba tan enamorada de él; Ginebra lo criticó duramente.

Pero ahora dejaremos de hablar de eso hasta que nos vuelva a traer la historia a este asunto; os contaremos cómo Guiamor entró en la habitación en la que estaban los tres reyes y Merlín.

XVII

Cuenta aquí la historia que Guiamor se presentó a los tres reyes y los saludó de parte del rey Leodagán, diciéndoles:

—Mi señor os pide que vayáis a hablar con él.

Le contestan que lo harán con mucho gusto. Piden los caballos, montan y se dirigen a la corte. Al llegar, descabalaron ante las escaleras de la sala y el rey Leodagán salió a su encuentro, los tomó de la mano y fueron a la sala; entraron en una habitación para hablar a solas y el rey Leodagán, como prudente y discreto, hizo que no estuvieran más que ellos cinco. Entonces les dijo:

—Buenos señores, os considero muy nobles y muy leales; os amo más de lo que pensáis, y así debo hacerlo ya que me habéis salvado la tierra, el honor y la vida. Sin embargo, no sé quiénes sois y lo siento: no hay nada en el mundo que desee saber tanto como eso, si es que lo voy a saber alguna vez, cuando os parezca bien y os resulte oportuno. Ahora quiero preguntaros qué vamos a hacer. Sabéis que el rey Rión ha entrado en mi tierra y está asediando una de mis mejores ciudades, con las fuerzas de veinte reyes coronados, y cada uno de ellos tiene fácilmente veinte mil hombres en su compañía. Por otra parte, ha venido mi gente y se han reunido, pero son tan pocos que no pueden compararse con los otros: os pido que me aconsejéis qué podemos hacer, pues quiero obrar de acuerdo con vosotros y con vuestro consejo.

Entonces habló Merlín como hombre enérgico y le dijo al rey:

—Señor, no os preocupéis pues por la fe que os debo, os aseguro que el rey Rión preferirá estar en su tierra completamente desnudo, aunque le costara la mejor ciudad que tiene, y haber escapado de vuestras manos: todavía no estáis en tan mala situación como para no tener cuarenta mil hombres armados y más aún. Os diré lo que vais a hacer: enviaréis a vuestros diez mejores caballeros que miren por toda la región que no haya espías ni traidores que no sean hechos prisioneros y que os los traigan ante vos, que los encerraréis

para que no puedan contar nada de vuestras intenciones. Luego dividí a vuestra gente en diez cuerpos distintos, con ocho mil hombres cada uno. Nos pondremos en marcha el lunes por la mañana, dos leguas antes de que amanezca, irá un cuerpo del ejército tras otro, sin grandes distanciamientos; llegaremos allí el miércoles un poco antes del amanecer y los encontraremos a todos dormidos, ya que les ha llegado al campamento abundante trigo, carne y otras provisiones; beben y comen tanto todas las noches, que se olvidan de los demás y no ponen vigías alrededor del campamento, aunque han colocado carros y carretas atravesando la llanura, y poco es lo que se les puede dañar por esa parte; por la parte del bosque han levantado tan gran empalizada con árboles que han derribado, que no se les puede atacar tampoco por ahí; tendríamos que cabalgar con mucho cuidado, pues conozco un lugar por el que no han tomado ninguna precaución, y los encontraremos dormidos en esa parte. Si Dios quiere, haremos según nuestra voluntad y los dejaremos en tal situación que no volverán a tener nunca más ganas de ocupar esta tierra, ni de destruirla con la fuerza.

Cuando el rey Leodagán oye hablar de esa forma a Merlín, se pregunta admirado quién es; lo contempla tan insistentemente que no vuelve los ojos a ningún otro sitio; luego, mira a sus compañeros que permanecen callados, sin decir una sola palabra y que contemplan al que está hablando. Al cabo de un rato, da un gran suspiro y piensa en el interior de su corazón que son hombres mucho más nobles y altos de lo que cree; le llega gran ternura y el rostro se le llena de lágrimas que le han subido del corazón a los ojos; se ha enternecido de tal forma que no puede decir una sola palabra; les cae a los pies como si estuviera muerto y les suplica que tengan compasión de él por Dios, y por su tierra:

—Pues bien sé, y el corazón me lo dice, que perderé todo si Dios y vos no me defendéis.

Cuando el rey Arturo lo ve ante él de rodillas en el suelo, siente gran lástima, y lo mismo les ocurre a los otros dos reyes: lo toman en brazos, lo levantan y le hacen estar lo mejor que pueden; luego, van a sentarse los cinco como buenos compañeros y leales, en una alfombra. Merlín empieza a hablar diciéndole al rey Leodagán:

—Señor, ¿no querríais saber quiénes somos y de qué linaje?

—No hay nada que me gustaría saber tanto.

—Os diré antes qué hemos venido a buscar. He aquí a este joven, que es tan buen caballero como sabéis; quienquiera que sea, es más noble que vos, tanto por su familia como por otras cosas, aunque vos seáis rey coronado; no está casado y vamos en busca de aventuras por todo el país, hasta que encontremos a algún noble que le dé a su hija por mujer.

—Gracias a Dios —exclama el rey Leodagán—, ¿qué buscáis? Tengo la hija más hermosa que hay en esta tierra, la más prudente y la mejor criada de cuantas han nacido en el mundo; no debe ser rechazada ni por falta de linaje ni por carecer de buenas tierras; si así lo deseáis, y ella acepta, os la daré y la podréis recibir como igual y como mujer. No tengo más herederos a quienes dejarles mi tierra.

Merlín le responde que no rehusará, si Dios quiere, y los cuatro compañeros le dan las gracias muy contentos.

A continuación va el rey mismo a buscar a su hija y hace que se engalane lo mejor posible y con la mayor riqueza. La trae de la mano a la habitación en la que estaban esperando los cuatro compañeros, y vienen seguidos de numerosos caballeros: allí estaban todos los de la Mesa Redonda y los otros cuarenta de los que os ha hablado la historia antes; acudieron también otros altos hombres que formaban parte de la hueste que socorría al rey Leodagán. Cuando el rey y su hija entraron en la sala, que era grande y hermosa, fueron a su encuentro los cuatro compañeros.

El rey Leodagán habló en voz alta, que bien fue oído y escuchado por todos:

—Noble joven, no sé todavía cómo os llamáis. Adelantaos y recibid a mi hija por mujer; es hermosa, discreta, cortés y todo lo que tengo le pertenecerá después de mi muerte, ya que no puedo darla por mujer a nadie más noble, como bien saben todos los de aquí.

Arturo se adelanta y le da las gracias; el rey se la entrega con la

mano derecha y lo aceptan ambos con alegría. Luego, los bendice el obispo de Carohase que había sido llamado.

Empezó la fiesta y la alegría, no hubo una mayor. Merlín se adelantó y dijo al rey ante todos los que estaban allí delante:

—Señor, ¿no querriais saber quiénes somos y a quién habéis dado a vuestra hija?

El rey, que tanto deseaba saberlo que ya pensaba que no lo sabría nunca, le contesta que con mucho gusto.

—Sabed, y sepan todos los que quieran oírlo, que habéis dado vuestra hija al rey Arturo de Bretaña, que fue hijo de Uterpandragón; debéis rendirle homenaje y lo mismo deben hacer todos los de este reino, y todos cuantos quieran honrarle. Luego iremos con mayor alegría y más tranquilidad a enfrentarnos con el rey barbudo que pretende quedarse y tomar este país, pero al que le irán las cosas de forma distinta de lo que piensa. Sabed que los dos nobles que hay aquí son hermanos, reyes coronados; uno se llama Ban de Benoic y el otro, Boores de Gaunes; pertenecen al linaje más alto que se conoce; los demás compañeros son hijos de rey y de reina, o de condes, o de castellanos.

Cuando el rey Leodagán y los demás nobles oyen que es el rey Arturo, se ponen más contentos que nunca; los compañeros de la Mesa Redonda son los primeros en acercarse y en rendirle homenaje, pues lo deseaban desde hacía tiempo; luego, el rey Leodagán y después todos sus compañeros y nobles. A continuación se celebraron las nupcias, que nunca se vieron unas mayores. Entre todos los que allí estaban, fue Ginebra la que se puso más contenta por su esposo.

Aquella noche, Merlín se dio a conocer solo a los compañeros de la Mesa Redonda y cuando el rey Leodagán lo reconoció, dijo que bien lo había tratado Dios en este mundo al darle el amor y la compañía de tal hombre, «buen Señor Dios, ya poco me importa lo que hagáis conmigo, pues mi hija y mi tierra han sido entregadas al hombre más valioso del mundo».

De esta forma hablaba el rey Leodagán; luego, fueron a dormir y a

descansar y por la mañana, el rey envió a diez caballeros a los lugares que Merlín le indicó, donde debía reunirse la gente del rey Rión. Mientras, dividieron el ejército y formaron diez cuerpos distintos, tal como Merlín había aconsejado, y así lo hicieron.

El primer cuerpo del ejército, en el que estaba el dragón, lo mandaba el rey Arturo con el rey Ban, el rey Boores y los cuarenta y dos compañeros y caballeros de la Mesa Redonda: eran en total ocho mil hombres. En el segundo cuerpo del ejército estaba Guiamor, el sobrino del rey Leodagán, que lo hacía muy bien y guiaba a otros ocho mil hombres bien armados. El tercer cuerpo era conducido por Elinabás, joven muchacho que era sobrino de la sabia Dama del Bosque sin Retorno, llevaba ocho mil hombres en su compañía. El cuarto cuerpo del ejército lo llevaba Bliás, señor de Bleodás, castillo extraordinario; estaba compuesto por otros ocho mil hombres armados y a caballo. El quinto cuerpo del ejército lo mandaba Audolús, caballero de gran fama; había también ocho mil hombres. El sexto, Beleís el Rubio, que era hombre rico y poderoso; en él había siete mil hombres bien montados. El séptimo cuerpo del ejército lo llevaba Yder de la tierra de los noruegos, al que le ocurrió en la corte del rey Arturo la hermosa aventura de los cinco anillos que le quitó de la mano al caballero muerto que pedía venganza, y que ningún caballero de la corte había podido quitárselos ni tenerlos, tal como la historia os contará más adelante; llevaba siete mil hombres en su compañía. El octavo cuerpo del ejército lo mandaba Landree, sobrino del senescal de Carmelida, extraordinario caballero para su tamaño; llevaba siete mil hombres en su compañía, según los había llevado hasta allí. El noveno lo llevaba mi señor Groing de Tuarnel, que era muy buen caballero, aunque no tenía la nariz mayor que la de un gato; llevaba siete mil hombres en los que tenía gran confianza. El décimo lo mandaba el rey Leodagán y su senescal Cleodalís, que se daban gran apoyo; eran fácilmente diez mil hombres entre unos y otros, muy valientes y decididos, que no abandonarían al rey aunque les costara un miembro o la vida.

Cuando los diez cuerpos del ejército estuvieron separados, y cada uno de ellos se ordenó, deciden el momento en que han de ponerse en marcha: el día siguiente de Pentecostés, después del primer sueño empezarán a marchar. Aún descansarían durante todo el día

y el día siguiente, ya que el día de Pentecostés el rey Leodagán había convocado a la corte por amor a los nobles que habían acudido.

Los tres reyes y Merlín se sentaron a la cabecera del estrado todos juntos y frente a ellos, las dos Ginebras, que se parecían mucho, aunque la mujer del rey Arturo era un poco más alta y de mejor color que la otra y hablaba mejor, pues era la dama más sutil de pensamiento y palabra del mundo; tenía más pelo también que la otra. Por lo demás, eran tan parecidas que apenas se podía distinguir entre las dos, si no era por casualidad.

A continuación, se sentaron los compañeros que había llevado el rey junto con los compañeros de la Mesa Redonda, por afecto y por el amor que les tenía, y porque así lo deseaba Merlín y Guinebán el clérigo. Después de cenar, fueron a acostarse y a descansar, pero durmieron poco, pues se levantaron al primer sueño y se armaron. Le llevaron las armas al rey Arturo y Ginebra le ayudó muy bien a que se las pusiera, pues bien sabía ocuparse de eso; ella misma le ciñó la espada al costado. Cuando solo le faltaba el yelmo, le dio las espuelas y le calzó las dos, arrodillada. Merlín se echó a reír viéndolo y se lo mostró a los dos reyes, para que vieran cómo se esforzaba en servir al rey, y sienten un gran aprecio por ella. Al final, tendría una rica recompensa, pues perdió al rey por mala suerte y debido a Bretel el Traidor, tal como contará la historia más adelante.

Mientras Merlín contemplaba a la doncella que servía de esta forma a su señor, se echó a reír y le dijo al rey, dispuesto a burlarse:

—Señor, nunca fuisteis caballero con tanto motivo como ahora; solo falta una cosa para que seáis novel, y bien podríais decir al marcharos de aquí que una hija de rey y de reina os hizo caballero novel.

—Señor, decidme qué es lo que falta y lo haré, a no ser que sea algo por lo que reciba esta doncella alguna afrenta si lo hace.

—Señor —contesta la doncella como mujer discreta y prudente—, no recibiré afrenta ni censura en nada que yo haga por vos, pues os considero tan noble y cortés que no me pediríais nada que pudiera

afrentarme o que se me pudiera reprochar, o que fuera reprobado en mi vida ni en la vuestra, y no lo haríais ni por el mejor castillo que tenéis.

—Señora —responde Merlín—, habláis como mujer discreta, y no recibiréis afrenta por nada de lo que os he dicho, ni habrá reproche que os pueda avergonzar.

—¿Qué es lo que me falta? —pregunta Arturo—. Decídmelo por favor.

—Señor, el beso, si la dama quiere y está de acuerdo.

—Ciertamente, no dejaré de ser caballero novel por eso.

—Por Dios —dice la doncella—, si Dios quiere, no dejaréis de serlo por besarme o porque yo os bese; no me haré de rogar pues me agrada tanto como a vos.

Cuando el rey oye lo que la doncella ha dicho, corre y la abraza, y ella hace lo mismo; se besan estrechamente y con dulzura, como jóvenes que se amaban.

Al cabo de un rato, prepararon los caballos y montaron. La doncella le da a su señor un yelmo maravilloso, que se lo pone en la cabeza; luego, se separan encomendándose a Dios.

Emprenden la marcha unos tras otros, con los gonfalones plegados y las lanzas bajadas y van tranquilamente por donde Merlín los lleva, que va delante de todos como quien conocía los pasos. Los diez caballeros que habían ido por delante, habían apresado a cuarenta hombres que eran espías del rey Rión, y los habían hecho prisioneros; vigilaron todo y cuidaron que en el campamento del rey Rión no tuvieran noticias de ellos.

¿Qué más os puedo contar? Merlín, que guiaba el primer cuerpo del ejército, cabalgó hasta que llegaron el miércoles por la noche, después del primer sueño, al campamento del rey Rión. La noche estaba calma y serena; la luna brillaba aunque un poco oscura; en el campamento dormían todos profundamente por la calma y el calor que había hecho durante el día, y porque habían bebido y comido

abundantemente.

Merlín se coloca entre el bosque y el río y ordena que nadie vaya al campamento antes de que hayan tocado un cuerno. Conforme van pasando los cuerpos del ejército, se van situando y estableciendo cada uno por su cuenta; Merlín se ocupa de todo y hace que se junten. A continuación, hace agitar la bandera y que toquen un cuerno con tanta fuerza que todo el bosque retumba y se oye desde muy lejos. Entonces, grita Merlín: «¡Santa María, rogad a vuestro querido Hijo que nos socorra y ayude! Picad espuelas, nobles caballeros, y veremos quién es buen caballero, pues habéis llegado al momento de morir o de seguir vivos, y todos defenderán su cabeza».

Al oír el cuerno, sueltan los frenos y pican espuelas a los caballos, atacando el campamento tan veloces como pueden ir sus caballos: ahí veríais tiendas y pabellones derrumbarse y caer al suelo. Merlín provocó un remolino tan grande que no quedó en pie ninguna tienda ni ningún pabellón, y todos les cayeron sobre la cabeza a los que estaban durmiendo. Mientras tanto, atacan al campamento por todas partes, matan y malhieren a cuantos alcanzan. Fue grande la matanza antes de que los del campamento se dieran cuenta de quiénes eran los que atacaban; se oyen gritos y voces lastimeras de los moribundos y heridos. Los nobles más importantes ordenan a sus escuderos que hagan barreras con los caballos, y así lo hacen; mientras, corren a las armas, se apresuran en vestirlas con rapidez y pronto. Apenas se habían armado, se reúnen en el pabellón del rey Rión, y tocan cuernos y bocinas con fuerza. Los otros han golpeado y herido por todas partes de forma que veinte mil han quedado en tal situación que no regresarán a sus tierras; persiguen a los demás hasta el pabellón del rey, donde se están agrupando. Ahí libran un combate encarnizado, pues son fuertes y poderosos y empiezan a armarse en el campamento los que todavía no lo habían hecho.

Amaneció el día hermoso y claro; los cuerpos del ejército se retiran bien dispuestos y en orden. Merlín levanta la enseña y ataca de nuevo a los jayanes con tanta fuerza que los hace retroceder. El sol había salido y daba en los yelmos haciéndolos brillar, que se veían a una legua de distancia como si fueran estrellas.

Cuando el rey Rión ve el daño que le han causado, se entristece y

poco falta para que pierda el juicio por el dolor que siente. Monta un caballo extraordinariamente fuerte y veloz; llevaba en la mano una pesada maza; era tan grande que un campesino apenas podría levantarla. Mira y va señalando a quiénes irán delante y quiénes detrás. Llama a Sorinás, caballero valiente y esforzado, sobrino suyo, y le dice:

—Sorinás, acercaos; guiaréis el primer cuerpo del ejército, con cien mil hombres escogidos; así vengaremos nuestra vergüenza y nuestro daño.

Le responde que lo hará tan bien que no se le podrá censurar en nada. Se pone en marcha Sorinás y tan pronto como Merlín lo ve venir, se dirige a él con el dragón en la mano: se desfigura de tal modo que nadie logra ver quién lo lleva, más que los tres reyes. Se acerca Merlín y le dice al rey Arturo:

—Arturo, vamos a ver cómo lo hacéis aquí. Procurad que el beso de vuestra amiga sea pagado caro, de modo que se hable de ello el resto de vuestra vida.

Arturo le responde que no rehusará nada, y no dice más. Los dos cuerpos del ejército se acercan uno al otro, tanto que resulta fácil reconocer a la gente; salen de las filas con las lanzas levantadas y al acercarse se golpean violentamente con las cortantes puntas en los escudos, se hieren, se dañan y se derriban al suelo. Allí realizó el rey Arturo una hazaña que fue vista por unos y otros.

Cuando el rey Arturo vio que se acercaban los jayanes, picó espuelas al caballo y se dirigió contra Jonap, gigante grande y fuerte, que al verlo venir lo tuvo en poco, pues en comparación con él parecía un niño. Chocaron con fuerza. El rey Jonap golpeó al rey Arturo en el escudo con tal violencia que la lanza le salió por la otra parte más de un brazo; el rey Arturo le alcanzó de tal forma que a través del escudo y de la loriga le llevó la cortante punta hasta el hombro. Pero el sajón era orgulloso y de gran fuerza y en ningún momento aparentó sentirse mal. Chocaron con los cuerpos y los caballos, se derribaron al suelo con los animales encima y permanecieron de esta forma aturdidos un buen rato sin saber nada el uno del otro. Entonces picaron espuelas en su socorro por ambas partes: allí hubo gran quebranto de lanzas y gran martilleo en los

yelmos y en los escudos; allí perdieron más los jayanes que los cristianos; a pesar de todo, se esforzaron tanto por ambas partes que los dos reyes fueron levantados. Recomenzó la batalla cruel y dura. Llevaron a cabo hechos admirables los caballeros de la Mesa Redonda y los cuarenta y dos compañeros: frente a ellos, ningún cuerpo de ejército podía resistir, por más juntos que fueran; antes bien, se replegaron hasta el estandarte y estaban tan asustados que no se ocupan más que de huir. Los perseguidores los alcanzan con tanta fuerza que las calles y los caminos se estremecen; hay un combate duro, nunca se vio ni se oyó de otro que causara tantas muertes.

Allí lo hicieron muy bien los compañeros de la Mesa Redonda y los compañeros del rey Arturo; pero destacó sobre los demás un muchacho del que la historia habla muy bien, y hace bien no pasando de largo por él sino recordando su origen y cómo se llamaba, ya que fue uno de los mejores caballeros que hubo en tiempos del rey Uterpandragón y del rey Arturo, mientras que pudo realizar hechos de armas. El libro de las historias dice que era primo hermano de Perceval el Galés por parte de su madre, del que la historia hablará más adelante, pues todavía no es el momento. Era hijo de Havindés, que a su vez era hijo de la hermana de José, que estaba casada con Bron y que tuvo diecisiete hijos, por los que la tierra de Bretaña fue iluminada; era pariente cercano de Celedonio, el hijo del duque Nasciën de Bética, que fue el primero en ver la gran maravilla del Grial; era pariente del rey Pelés de Listenois y de sus hermanos. El caballero del que os hablo se llamaba también Nasciën.

Ese Nasciën tuvo después bajo su tutela a Lanzarote del Lago, el hijo del rey Ban de Benoic, del que la historia os contará todos sus hechos unos tras otros, tal como irán ocurriendo de día en día. El caballero se llamaba Nasciën por el duque, que era tan valiente; después fue de tan buena vida que cuando abandonó los hechos de armas se hizo ermitaño. Nuestro Señor le dio tanta gracia que después sería sacerdote misacantano. Fue virgen y casto mientras vivió. Más adelante, el Espíritu Santo lo llevó al tercer cielo en el que vio al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; luego escribió la santa historia con su propia mano y por orden del santo Maestro y lo hizo de tal forma que su libro se ajustó al que Blaise había escrito por

orden de Merlín.

Nascién le dio el mejor consejo al rey Arturo cuando estaba a punto de perder su tierra en tiempos de Galahot, señor de las Lejanas Islas, que le combatía con las fuerzas de treinta reyes a los que había vencido.

Pero ahora la historia deja de contar estas cosas y vuelve a contar, palabra por palabra, todo lo que ocurrió en la batalla.

XVIII

La historia cuenta aquí que fue dura la batalla y feroz el combate que libraron el jueves de Pentecostés las gentes del rey Rión de Irlanda y las del rey Leodagán de Carmelida. Realizaron grandes proezas los caballeros de la Mesa Redonda, pero entre todos destacaron Nascién y Adragaín el Bruno, que llevaron a cabo hechos admirables, abriendo las filas con sus espadas; los acompañaba el rey Arturo. Los tres han dado tantos golpes y han entrado de tal forma entre sus enemigos, que han perdido a todos sus compañeros. Por donde van, los guía la enseña del rey Arturo y sus compañeros intentan seguirlos, pero están tan lejos y con tanta gente por medio, que no pueden atravesar las filas ni romperlas, y tienen que abandonar terreno. Mientras, los tres compañeros se esfuerzan para llegar al estandarte de la bandera mayor del rey Rión, que flameaba al viento llevado por cuatro elefantes.

El rey Ban y el rey Boores se dan cuenta de que han perdido al rey Arturo y que los jayanes los han rodeado: dejan correr sus caballos, abandonan a sus compañeros y se meten en medio del tumulto con las espadas desenvainadas; matan y derriban todo lo que encuentran a su paso, y no se detienen hasta que llegan a Merlín, que llevaba la bandera del dragón delante del rey Arturo.

Cuando los cinco compañeros se reunieron, y cuando llegaron hasta su portaestandarte, que los guía, da comienzo un combate tan cruel y tan admirable que resultaba extraordinario de ver.

El rey Rión se dirigió hacia allí con la maza en la mano. Era el hombre más grande y más corpulento del mundo, que se supiera. Primero encontró al rey Boores que perseguía al rey Fausarón con la espada en la mano, porque le había dado un lanzazo en el escudo que poco faltó para que lo derribara, pues hizo que se doblara sobre el arzón y lo hubiera hecho caer sin duda si la lanza no se hubiera quebrado, pero cuando se rompió, el rey Boores se enderezó y se apoyó en los estribos con tanta fuerza que dobló la punta de la lanza; llevaba la espada desnuda; sujeta el escudo y se lo junta contra el pecho y ataca al gigante que le había dado tan admirable

golpe. Este, al verlo venir, se da a la fuga, pues no se atreve a esperarlo y el rey Boores va tras él dispuesto a vengarse de la lanzada: fue una gran locura, porque se alejó un tiro de arco de sus compañeros, y no lo pudo alcanzar. Entonces se encontró con el rey Rión que cabalgaba con mucha gente, con las fuerzas de dieciocho reyes coronados, incitando a todos a que se esfuercen. Iba el rey Rión delante de todos sus hombres, a distancia de un tiro de piedra pequeña; llevaba en el puño una gran maza de pesado bronce; montaba un caballo fuerte y veloz. Se encuentra con el rey Boores, que había ido persiguiendo al rey Fausarón y estaba ya tan cerca de él que le había podido dar un golpe en el yelmo haciéndolo caer sobre el arzón delantero; iba a darle otro tajo para cortarle la cabeza; pero el caballo en el que iba montado el rey Boores sintió el freno en los dientes y siguió más allá de lo que hubiera querido; el rey Boores ya había descargado el golpe y no pudo retenerlo, de forma que golpeó donde no quería, y le cortó la cabeza al caballo del rey Fausarón al ras de las orejas; caen al suelo en un montón y él le pasa por encima, pisoteándolo. Y hubiera desmontado con mucho gusto si hubiera tenido la ocasión, pero el rey Rión que iba a un tiro de arco por delante de sus hombres, le grita:

—Señor caballero, os habéis alejado tanto que tarde os arrepentiréis, y ahora os lo voy a cobrar, y así sabréis si entre este y yo hay algún afecto.

A continuación pica espuelas al caballo con tanta fuerza que la sangre le salta a borbotones de ambos ijares; le ataca tan rápido y veloz que el campo, que estaba cubierto de piedrecillas, resuena y saltan abundantes chispas de las piedras, al chocar con ellas las herraduras del caballo. El rey Boores mira y ve venir a aquel que le parece un diablo; lo tenía ya tan cerca que no puede esquivarlo y ve que le sigue tal cantidad de gente que todo el campo estaba cubierto: se da cuenta de que si lo espera se arriesgará a recibir la muerte. Dice entonces:

—Buen Señor Dios, si me voy nunca volveré a tener honra en mi vida, pues se me reprochará siempre y me lo considerarán cobardía. Prefiero morir con honor a vivir afrentado. Que Nuestro Señor haga de mi según su voluntad, pues me quedará a esperar.

Hace la señal de la Santa Cruz y sujeta la espada en el puño; era de

gran calidad. Espera de esta forma al que viene con la maza levantada.

Al llegar al rey Boores, el rey Rión da un golpe tan doloroso y desmesurado que poco faltó para que lo matara, pero recibió el mazazo en el escudo, con tanta fuerza que se lo hizo volar hecho pedazos. Por su parte, el rey Boores le da un tajo cuando pasaba y hace que se incline sobre el arzón delantero. El gigante, al ver que ha fallado, se encoleriza y regresa levantando la maza. El rey Boores, que ve la abundante gente que viene tras él, piensa que estaría loco esperándolo. Se sujeta en los estribos y regresa al combate. Ve que el rey Aroán de Betinia sujetaba a Hervís de Rivel por el yelmo; iba a pie y lo habían golpeado tanto él y sus hombres que la sangre le manaba por la boca y la nariz; y lo hubiera matado hacía tiempo cortándole la cabeza si no fuera porque Adragaín el Bruno lo defendía con valor frente a más de cuarenta caballeros que no se ocupaban de otra cosa que de intentar cortarle la cabeza, lo que hubiera sido una gran lástima, y lo iban a conseguir cuando llegó el rey Boores. Este, al ver a Hervís en tal situación, lo sintió mucho; picó espuelas al caballo contra Aroán y lo golpeó con tanta fuerza en medio del yelmo con la espada, que lo derribó del caballo al suelo tan aturdido que no oye ni entiende. Cuando Hervís se ve libre, toma el caballo del rey y salta encima con rapidez; entra en el combate, que cada vez era más encarnizado, pues todos los cuerpos del ejército del rey Leodagán se habían reunido en torno al estandarte que llevaba el rey Rión. Este, por su parte, había perseguido al rey Boores hasta que estaba a punto de alcanzarlo cuando derribó al rey Aroán: al verlo, le ataca con la maza en la mano y pretende golpearle en la cabeza. Pero el rey Boores, al ver venir el golpe, como no llevaba escudo, pica espuelas al caballo y esquiva el mazazo, que alcanza al caballo entre el arzón trasero y la grupa, con tanta fuerza que le parte el espinazo y hace caer juntos al rey y a su caballo. El rey Boores se pone en pie de inmediato, pues era ágil y decidido, y tenía más fuerza y habilidad que cualquier caballero. A su alrededor, el combate era duro y apenas podía volverse, pues la gente que seguía al rey Rión era muy numerosa; se mezclan con los otros y hacen que retrocedan más de un tiro de arco en la llanura.

El rey Boores estaba en muy mala situación, pues el rey Rión quería

matarlo. Cuando Hervís de Rivel ve en tal estado a un hombre tan valiente, al que ha visto caer de rodillas por cuatro veces y volver a levantarse, pica espuelas dispuesto a ayudarlo; toma una lanza fuerte y derecha, que ha arrebatado de los puños a un gigante y golpea con ella al rey Rión en medio del escudo, atravesándosele, rompiéndole la cota de mallas por el costado izquierdo, pero sin alcanzarle la carne; el rey no se alteró por el golpe: levantó la maza con la que había matado a muchos cristianos y se dispuso a golpearle con ella en la cabeza. Hervís adelanta el escudo ante el golpe, y lo recibe con tal violencia que el mazazo le lleva un cuarto al suelo; el rey Rión intenta repetir, pues tenía gran fuerza. Hervís llevaba la espada desenvainada y va a golpearle en la cabeza, pero el rey le adelanta el escudo y Hervís se lo parte con un tajo tan grande que le llega a la bloca. El rey vuelve a levantar la maza y pretende alcanzarle en el yelmo; el caballero tira del freno para retroceder, temiendo el golpe del jayán, que falla y alcanza al caballo junto al petral, rompiéndole el cuello del través y haciendo que el animal caiga al suelo junto con el caballero. Cuando Adragaín ve a su compañero derribado, no es necesario preguntar si lo sintió: se dirige hacia allí con la espada en el puño y golpea con tanta fuerza al rey Rión en el yelmo, que hace que se incline sobre el cuello del caballo y si no se hubiera abrazado a él, habría caído al suelo. Si Adragaín hubiera tenido la oportunidad de repetir el golpe, se habría vengado sin tardar más. Pero cuando los demás jayanes ven al rey Rión en semejante peligro, se enfadan y encolerizan. Había uno de ellos que era rey muy orgulloso, primo del rey Rión, que se llamaba Celinás. Sintió mucho en su corazón ver al rey que era maltratado. Llevaba una lanza en la mano; pica espuelas al caballo y golpea a Adragaín violentamente entre los dos hombros, derribándolo al suelo; pero pronto volvió a ponerse en pie.

Los tres compañeros al verse tan mal, se juntan y se defienden con tanto valor que nadie se atreve a acercarse para apresarlos, les arrojan dardos y flechas emplumadas que los hieren y alcanzan en varios lugares; pero tienen tanto valor que poco estiman lo que les hacen: matan y derriban a cuantos alcanzan. El rey Rión los acosaba tan de cerca que habrían sido apresados y detenidos de no ser porque Nasciën llegó con una pica en la mano; iba completamente ensangrentado.

Cuando Nascién vio al rey Boores y a sus dos compañeros, a los que tanto estimaba, en tan mala situación, y vio al rey Rión que se esforzaba en causarles daño, picó espuelas al caballo y se dirigió allí tan veloz que va derribando todo lo que encuentra a su paso. Blande la espada y golpea al rey Rión al descubierto en la cota de mallas, de través por el costado derecho, con tanta fuerza, que lo derriba al suelo sin que sepa dónde está; él sigue de largo y pasa por encima del cuerpo dos o tres veces. Cuando los hombres del rey lo ven, acuden a rescatarlo; hubo allí gran combate y ruido de espadas; el caballo de Nascién recibió la muerte entre sus muslos, y los cuatro caballeros se encontraron en situación muy difícil. Podrían haber recibido gran daño, que no se podría reparar nunca, pero Merlín, que sabía todas estas cosas, llamó al rey Arturo, al rey Ban y a los otros compañeros de la Mesa Redonda y les dijo:

—Seguidme, pues el rey Boores está combatiendo junto con otros tres compañeros de la Mesa Redonda y están muy apurados, ya que el rey Rión los acosa de cerca y temo que puedan recibir la muerte.

Cuando el rey Ban oyó las palabras de Merlín, se le estremeció el corazón y le dijo:

—Señor, decidme en dónde están, pues si muere mi hermano no volveré a tener ninguna alegría el resto de mi vida.

—Seguidme, pues; no podemos tardar.

En esto, Merlín hizo un encantamiento maravilloso, pues provocó un torbellino enorme, una polvareda y un viento tan fuerte que hizo caer todo el polvo sobre los gigantes, de tal forma que apenas podían reconocerse unos a otros. Se levanta el griterío y el ruido, tan grandes que no oiríais a Dios tronando. Merlín se vuelve con el dragón en la mano: arrojaba llamaradas de fuego por las fauces, de modo que el aire se volvió rojo; nunca había echado semejantes llamas; caía el fuego en las banderas de los gigantes, que ardían con claras llamas.

Se asustaron y espantaron todos por la maravilla que veían. Mientras, Merlín se ocupaba en abrir las filas y atravesarlas; pero llegaron los compañeros del rey Rión, tan numerosos que es imposible decir cuántos eran. Por otra parte, también llegaron los

cuerpos del ejército del rey Leodagán, mezclándose unos con otros; hubo un combate duro y encarnizado y los cristianos llevaban la peor parte, y habrían durado poco si no fuera por los conocimientos de Merlín, en donde estaba toda posible recuperación, pues por un hombre que tenía el rey Leodagán, las gentes del rey Rión eran tres; pero los cristianos eran más valientes, iban mejor armados y llevaban más orden; atacan y derriban a cuantos consiguen alcanzar delante de ellos.

Fue grande el tumulto y la batalla mortífera ante la ciudad de Aneblaise, pues mucho se esforzaron todos en causarse daño; los compañeros de la Mesa Redonda lucharon por seguir la bandera de Merlín allí donde la veían ir, aunque había tal cantidad de gente que difícilmente podían pasar. Allí hizo el rey Ban grandes proezas en persona, pues temía por su hermano; por dondequiera que iba Merlín, le seguían el rey Arturo, los cuarenta compañeros y los caballeros de la Mesa Redonda. Allí no pudo sujetarlos ninguna gente, y fueron hasta que encontraron al rey Boores, que estaba a pie, con sus compañeros: estaban en tal situación que tenían los yelmos partidos y despedazados, y les caían sobre la cabeza y los ojos, cegándolos; las lorigas estaban rotas y rasgadas, pero ellos no tenían ninguna herida que les molestara para llevar armas; sujetaban las espadas con las dos manos y se defendían de forma admirable, pues habían matado a tantos hombres y caballos que había un montón enorme a su alrededor, y no se podían acercar a ellos si no era con la lanza. El rey Rión intentaba apresarlos y retenerlos, pensando que eran altos hombres y poderosos, a juzgar por la resistencia que mostraban. Los atacó y podían haber perdido mucho, pero en ese momento llegaron los socorros.

Cuando el rey Ban ve a su hermano en una situación de la que no podía salir sano y salvo, si no hubieran llegado ellos tan pronto en su ayuda y en la de sus compañeros, galopa con el caballo hacia allí y golpea en la cabeza al rey Minap, con tanta fuerza que lo abre hasta el pecho; el rey Arturo alcanzó a otro sajón, haciéndole volar la cabeza delante del rey Rión; los demás compañeros atacan con tal violencia que cada uno derriba muerto al suyo. El rey Boores y sus compañeros, al ver el socorro que les llega, levantan los pies y saltan al otro lado de la matanza de cuerpos y caballos, toman sendos caballos y se colocan los yelmos rápida y velozmente, se

aprovisionan de escudos y, cuando se encuentran preparados, recomienzan el combate con las espadas desenvainadas. Allí se recrudeció la batalla, se rompen y despedazan los cuerpos de ejército por todas partes y se mezclan unos con otros, golpeando, matando y destruyendo. Duró la batalla todo el día hasta pasada la hora de vísperas. Entonces, se retiraron hacia la ciudad de Aneblaise y se levantó un griterío y un murmullo tan grande que los de la ciudad subieron a las almenas y vieron a los cristianos que llevaban lo peor.

Al ver a las gentes de su tío en tal situación que serían obligados a abandonar el campo de batalla si no estuvieran allí el rey Arturo y su compañía, que era de unos trescientos hombres, y que mantenían el combate animando a todos por donde iban, entonces, Sadoines, el señor del castillo, empezó a gritar:

—Nobles caballeros, tomad las armas ahora, pues es necesario; veo que hoy tenemos que perderlo todo o recuperarlo todo; defendamos nuestras vidas y nuestra herencia contra los enemigos de Jesucristo. El que muera por defender a la Santa Cristiandad, quedará a salvo y libre de sus pecados; nunca tendremos tanta necesidad de recibir honra como ahora. Ahí está el rey Arturo, nuestro señor natural en la tierra, que es el mejor caballero del mundo, y lleva el dragón; por ayudarnos se ha arriesgado a morir, y ya que ha abandonado su cuerpo por nosotros, bien debemos arriesgarnos por él: debemos tener piedad de él y de los que están en su compañía, pues mucho sufren y padecen y debemos temer, porque han sido acorralados; nosotros que somos muchos no les hemos ayudado en nada; estamos aquí más de diez mil y ellos apenas son trescientos y se mantienen con tanto vigor que no se dignan en retroceder ni en abandonar el terreno; al contrario, han resistido durante todo el día y han sufrido el combate y la lucha continua de toda la jornada. Por Dios, nobles caballeros, ataquemos a los otros y tened por seguro que si los alcanzamos bien en el primer choque, haremos que huyan. Más nos vale morir con honor que quedar afrentados y desheredados por debilidad de nuestro corazón. Debe reconfortarnos el que defendemos nuestra propia tierra, y la Santa Cristiandad que Nuestro Señor Dios estableció para nosotros.

Se preparan entonces los que se encuentran en el castillo, montan a

caballo y salen de la ciudad. Al verlos, el rey Leodagán grita con fuerza:

—A ellos, nobles caballeros, he ahí el socorro que mi sobrino Sadoines nos trae; por Dios, picad espuelas y vigilad por vuestro honor y el nuestro.

—Señor —le dice Guiamor—, ¿qué nos pedís? Estamos dispuestos a defender nuestras cabezas, pues ya nos encontramos en tal situación que o moriremos o tendremos la victoria: cada uno de nosotros debe valer como un rey, para defender su propia cabeza. Ataquémosles todos juntos y que reciban tan duro golpe que se queden sorprendidos.

Se juntan y aprietan unos con otros; cabalgan hacia el estandarte, junto al que el rey Arturo, el rey Ban, el rey Boores y los compañeros de la Mesa Redonda estaban realizando tales proezas que nunca se vieron otras mayores. Cuando el rey Leodagán y sus hombres se acercan al estandarte, atacan con tanta fuerza que hacen que los enemigos tiemblen y se estremezcan.

Allí hubo un combate admirable y mortífero; los jayanes perdieron mucha de su gente y los hombres del rey Leodagán se esforzaron tanto que les obligaron a retroceder y a abandonar terreno, llevándolos hacia el campamento; allí libraron dura batalla digna de admiración. Merlín se retiró a un lado e hizo que los compañeros de la Mesa Redonda acudieran a su lado; les dijo que apretaran las cinchas a los caballos, que cambiaran escudos y yelmos quienes lo necesitaran y que se reunieran de nuevo en el cuerpo del ejército del que formaban parte, agrupando allí en total a más de seis mil; cada uno lleva una lanza fuerte y recta, de cortante punta. Cuando ya habían recobrado el aliento y llevaban un rato allí, vieron a los suyos que se encontraban en mala situación, pues los sajones se habían recobrado en cuanto los compañeros de la Mesa Redonda abandonaron el combate. Al ver a los sajones así, Merlín grita:

—¡Nobles caballeros, atacad; ahora se verá quién lo hace bien, pues si los golpeáis con tino, los pondremos en fuga!

Luego, le dice al rey Arturo que mal recuerda el beso que le ha dado su amiga y que lo había hecho bastante mal en el primer encuentro.

Arturo oye estas palabras, se ruboriza de vergüenza, y se queda cabizbajo en el yelmo, sin decir una palabra; se sujeta en los estribos con tanta fuerza que dobla el hierro. El rey Ban se sonríe bajo el yelmo y se lo muestra a su hermano el rey Boores. Todos los caballeros de la Mesa Redonda lo ven y sienten mayor aprecio por él, lo alaban porque lo consideran de fiero comportamiento y dicen que si vive mucho tiempo, superará a cualquier rey que haya habido; ruegan a Dios que lo proteja de todo peligro.

Cuando ya están cerca del campo de batalla, Merlín grita: «¡A ellos!». Y entra con tanta fuerza entre los enemigos que derriba con la bandera del dragón todo lo que encuentra a su paso, de forma que no queda en pie nada ante él. El rey Arturo que llevaba una lanza admirable, golpeó al rey Clarel con tanta fuerza que le atraviesa el flanco y el costado y lo derriba al suelo desde el caballo, y ya no necesita médico; luego, escoge al rey Rión, que iba cubierto con gualdrapas llenas de barbas y coronas; saca el rey Arturo la espada y va a él tan rápido como puede su caballo; atraviesa las filas de combatientes y va abriéndolas a su paso con su buen caballo de modo que no hay nada que pueda detenerlo y derriba todo lo que alcanza; cuando ya está cerca del rey, lo golpea con tal violencia con la espada en medio del escudo y de la cota que de no haber sido por la protección que llevaba de piel de serpiente bajo la loriga, lo hubiera matado sin que pudiera recuperarse, pero la piel era tan dura que no la pudo romper ni atravesar, aunque lo empuja con tanta fuerza que lo hace caer con las piernas hacia arriba. Cuando los jayanes y los sajones ven a su señor caído, se detienen todos alrededor con miedo de que haya muerto; corren a atacar al rey Arturo, lo golpean y van a él por todas partes, derribándolos al suelo a él y a su caballo en un solo montón.

Merlín, al ver al rey Arturo que cae, acude en su socorro con los seis mil hombres; fue tremendo el combate, pues unos se esforzaban en rescatarlo y otros en vengarse del rey Rión, que había sido derribado de tal modo. El rey Ban combatió de forma admirable, pues consiguió hacer que el rey Arturo volviera a montar a pesar de sus enemigos y causó tal matanza de jayanes que ninguno se atrevía a esperar sus golpes. También lo hicieron bien los seis mil hombres al ver a los de la Mesa Redonda: fueron pocos los que no derribaron muerto a uno; hacen que retrocedan a su pesar. El rey Rión quedó herido y maltrecho antes de montar, pero cuando vio que iban a ser

derrotados y que tendrían que huir en breve, quisieran o no, dijo que era mejor morir a dejar su afrenta sin vengar al menos en parte y sin aliviar al menos un poco el corazón por el daño recibido. Salta en pie, toma la maza con las dos manos y comienza a golpear a diestro y siniestro, tan duros mazazos tremendos que derriba todo lo que alcanza: huyen por todas partes los que lo ven realizar tales proezas, pues no se atreven a esperarlo.

El rey Arturo, el rey Ban, el rey Boores, Nascién, Hervís, Ulfino, Keu el senescal y los demás compañeros han combatido tanto y han avanzado tanto que llegan hasta el rey Rión y a la bandera que llevaban los elefantes: allí hubo un combate doloroso; la matanza y la mortandad fueron tan grandes que la sangre corría en anchos riachuelos por el campo y llegaba al río Támesis, que corría por el otro lado. Allí cayó el estandarte del rey Rión y su enseña fue abatida. Se levantó un griterío enorme sobre los jayanes, que se dieron a la fuga, pues veían que iban a ser derrotados; le dan un caballo al rey Rión y le hacen montar, pues temen por él, que está tan dolorido y tan triste que poco falta para que pierda el sentido por la rabia. Antes de marcharse causó un gran daño al rey Leodagán, pues hizo que cayeran muertos más de veinte hombres suyos; pero al ver que lo abandonan, no se atreve a permanecer más tiempo allí y emprende el camino tan encolerizado que no podría más y huye por un bosque a solas, sin ninguna compañía de nobles.

Cuando el rey Leodagán ve que el rey Rión y los jayanes se dan a la fuga, los persigue con Synadós, Cleodalís y Guiamor, que hacen caer a muchos. Por su parte, los caballeros de la Mesa Redonda los hacen caer en montones, y quedan en el campo como si fueran ovejas muertas por los lobos: la empalizada les estorbó mucho, pues no pudieron pasar con facilidad y allí los atacaron violentamente, sin que les resistieran; mataron tantos que el campo y los setos quedan cubiertos de muertos y heridos; la persecución duró hasta la noche.

Cuando el rey Rión se fue del combate tan triste y apesadumbrado como habéis oído, no fue visto por nadie que le conociera, más que por el rey Arturo que vio cómo se marchaba y se dijo que preferiría morir a que se le escapara. Pica espuelas al caballo, abandona a sus compañeros sin que ninguno sepa a dónde ha ido. El rey Ban perseguía mientras al rey Gloriant, a Minadús y a Calufer, tres reyes

orgullosos; los sigue por el bosque. Sus compañeros se habían ido veinte por un lado, diez por otro, treinta por otro, por unos sitios más que por otros; la persecución continuaba, pues no querían dejarlos ni abandonarlos mientras hubiera luz; hubo tantos muertos y heridos que de los doscientos mil que eran al principio apenas escaparon veinte mil.

[El rey Arturo da alcance a Rión, rey de los jayanes y de Irlanda. Tras un duro combate, malherido, el rey Rión huye.]

Los compañeros de Arturo, Ban, Boores, Leodagán y Cleodalís salen victoriosos de sus combates y persiguen a los sajones. En tres sitios diferentes vencen los partidarios del rey Arturo a los invasores.]

XIX

[El rey Ban y el rey Boores vencen a los jayanes gracias a la ayuda del rey Arturo, tras un duro combate. Otros reyes cristianos persiguen a los sajones que huyen.]

Aquí dice la historia que cuando los sajones y jayanes fueron derrotados y expulsados del campo de batalla, comenzó la competición y Merlín siguió a un grupo que eran fácilmente diez mil, hasta que los abatió en una landa muy profunda. Guiaba aquella compañía Gaalad, señor de la Tierra de los Pastos. Apenas entraron en la landa, Merlín hizo un encantamiento admirable que provocó una riada grande y ruidosa que les cortaba el camino por el que debían pasar y que pasaba por las cuencas de las montañas con tanta fuerza que nadie, por atrevido que fuera, dejaría de sentir miedo. Pretendieron retroceder, pero se encontraron con una niebla tan grande que no sabían hacia dónde dirigirse, y permanecieron allí durante toda la noche sin avanzar ni retroceder.

La historia os contará por qué hizo Merlín ese encantamiento, pues es justo que os diga la verdad, según fue todo.

Cuenta la historia, y es cierto, que en la marca de Carmelida y Bedingrán, por parte de la tierra del rey Rión, que era hacia poniente, había un reino muy rico, que tenía el rey Amans. El rey Uterpandragón había combatido durante mucho tiempo contra ese reino, mientras vivía, porque el rey Amans no quería ser vasallo suyo; pero era una tierra tan resistente que tuvieron poco miedo; a pesar de todo, el rey Uterpandragón les causó mucho daño, pues conquistó un castillo muy rico llamado Charroie. Tenía quinientos caballeros como feudo, y cada uno de ellos tenía que guardarlo durante tres meses al año, cuando se le pidiera, los dominios se extendían a veinte leguas a la redonda. El rey Uterpandragón lo dio al rey Boores de Gaunes, para que lo tuviera él y sus herederos, con todo el dominio que de él dependía, pues le había ayudado y servido mientras vivió, frente a sus enemigos.

Tan pronto como el rey Boores lo tuvo en su poder, se lo dio a Guinebán, su hermano, que era muy buen clérigo, prudente, esforzado y atrevido con las armas, para que lo guardara, y era maestro suyo. El rey Amans lo sintió mucho.

Cuando el rey Amans oyó decir que el rey Arturo estaba en la tierra del rey Leodagán y que los sajones habían entrado en Bretaña, pensó que no había mejor momento para recuperar su castillo, que hacía tanto que había perdido. Convocó a la gente y reunió a tantos que eran fácilmente siete mil hombres y aún más. Se puso en marcha y cabalgó hasta llegar al valle en el que el rey Gaalad y su gente se habían detenido; eran unos diez mil hombres y estaban parados por temor al río que Merlín había hecho llegar.

El viernes después de Pentecostés, por la mañana, hacía muy buen tiempo, agradable y tranquilo; el río había desaparecido y el encantamiento terminado. Los sajones montan de nuevo a caballo y reemprenden el camino. Pero no habían cabalgado mucho tiempo cuando se encontraron con el rey Amans que iba hacia el castillo de Charroie. Al ver llegar al rey Amans, el rey Gaalad pensó que eran los hombres del rey Leodagán que los perseguían. Iban bien montados por ambas partes y atacaron a las gentes del rey Gaalad con violencia; estas los recibieron con las puntas de las lanzas, pues eran buenos caballeros firmes, y empezó un duro combate que continuó todo el día.

Pero ahora la historia se calla y no habla más de esto sino que vuelve a hablar del rey Arturo, de los doce reyes hermanos y de los tres compañeros de la Mesa Redonda, Nasciën, Adragaïn y Hervís de Rivel.

XX

[En el combate con los jayanes, el rey Arturo conquista la espada del rey Rión; de regreso, ayudan a otros cristianos que luchan con los sajones: allí probó la calidad de la espada recién conseguida. Los pocos sajones que logran sobrevivir escapan por medio del bosque.]

Después se encontraron con Merlín, que llevaba el estandarte del dragón en la mano y que iba a su encuentro. Apenas los vio llegar, les dijo:

—Rey Arturo, cabalgad más deprisa vos y vuestra compañía, pues no sabéis el gran daño que se está preparando aquí delante de vos si Dios no pone remedio: el rey Leodagán y su senescal Cleodalís están combatiendo contra más de quince jayanes y han sido derribados ya de sus caballos al suelo y pronto se verán perdidos si no acudís en su socorro; seguidme, pues voy allí.

Al oír lo que Merlín les dice, pican espuelas tras él; el dragón que Merlín llevaba daba tan gran claridad y arrojaba tales llamaradas de fuego por las fauces, que los veintiún compañeros veían sin ninguna dificultad, y podrían haberlos seguido aunque fuera la noche más oscura del invierno. Cabalgan sin detenerse, Merlín delante y ellos detrás, hasta que llegan a las dos encinas en las que estaban combatiendo los dos caballeros con gran valor aún, como quienes tenían fuerza y valentía, pero los acosaban de cerca, ya que ellos iban a pie y habían caído de rodillas varias veces.

Al llegar al combate Merlín y sus compañeros, el rey Leodagán acababa de caer al suelo, pues se encontraba cansado y fatigado por los golpes que había dado y recibido y ya no podía sostenerse en pie y había caído al suelo completamente tendido: no habría nadie que lo viera en ese momento sin sentir una gran lástima por él. Los jayanes pensaban que podrían apresarle y prenderlo en ese momento, pero Cleodalís se adelanta con la espada en el puño y lo defiende de tal modo que no había nadie que se atreviera a tocarlo

con la mano. En ese momento llegó Merlín con su acompañamiento y cuando los vieron con los otros, Merlín gritó: «¡A ellos, nobles caballeros, ahora se verá quién es caballero; aquí podréis demostrar vuestras proezas y vuestro valor; no os aflijáis si son más que vosotros, pues todavía os socorrerá otra parte de vuestros compañeros!».

Se meten entre ellos con todo el ímpetu de los caballos, golpean, derriban y rompen la formación de los combatientes hasta que llegan a las encinas donde se encontraban los dos valientes, que aún combatían lo mejor que podían, ya que el rey Leodagán se había vuelto a poner en pie y se defendía con todas sus fuerzas. Lo volvieron a montar a caballo con toda rapidez, le pesara a quien le pesara. Eran veintitrés caballeros muy valientes, que le prestaban una gran ayuda y que mataron y malhirieron a muchos.

Cuando Cidrás, Caulás y Caulús ven el daño que les han causado a pesar de ser tan pocos, les gritan a sus caballeros: «¡A ellos! No podemos recibir más que una gran afrenta porque tan poca gente ha resistido tanto ante nosotros, que somos fácilmente ciento cuarenta combatientes y ellos apenas son un puñado. ¡Vengad el dolor y el daño que nos han causado!».

Al oír la voluntad de sus señores, los sajones los atacaron soltando los frenos y van contra ellos con gran ímpetu. Ellos se defienden con valor. Merlín, el rey Arturo, el rey Ban, el rey Boores y Nascién realizaron allí grandes maravillas personalmente, y también los otros diecinueve. Cuando Merlín los ve combatiendo de esta forma, los deja y se va al bosque, y no tardó en regresar con doce caballeros que atacan a los jayanes. Los miran Nascién, Adragaín y Hervís de Rivel y reconocen a algunos de sus compañeros de la Mesa Redonda.

Recomenzó un combate violento y digno de admirar. Merlín vuelve a ir al bosque y no regresa en un buen rato. Al cabo, llega con otros veinte caballeros que entran en combate con gran fuerza: por las armas que llevaban bien se veía que no habían estado descansando hasta ese momento. Matan y derriban a cuantos encuentran en su camino y los que habían llegado antes que ellos los miran y ven que son compañeros del rey. Van unos tras otros como valientes y conocedores de los hechos de armas. Merlín continúa llevando el

dragón y va delante de todos. Se dirige a los tres reyes y les pregunta:

—¿Queréis saber cómo serán vencidos estos jayanes?

Le contestan que ya les tarda mucho.

—Sabed que solo hay cuatro hombres aquí que mantienen el combate y el valor de los otros.

—¿Dónde están? —pregunta el rey Ban.

—Seguidme —les dice Merlín—, en breve os los mostraré, si os atrevéis a verlos.

Pica espuelas al caballo y se mete en medio del tumulto con tanta fuerza que va derribando con el pecho del caballo a cuantos encuentra delante; lleva el dragón en la mano, que les da tal resplandor que pueden verse perfectamente unos a otros. Cuando Merlín ya ve a los cuatro reyes se los indica al rey Arturo y le dice:

—Ahora podéis probar la buena espada que habéis conquistado.

El rey Arturo mira a los que deseaba tener y piensa que son los que Merlín le había indicado. Pero por más rápido que acudió allí, no pudo impedir que Nasciën llegara antes con la espada empuñada y que golpeará al rey Caulús en medio del yelmo, partiéndolo hasta los dientes y haciéndole caer muerto al suelo.

—Ahora quedan menos —dice Merlín y le dice al rey Arturo—, y veremos lo que hacéis vos.

El rey Arturo golpea a Caulús de tal forma que le hace volar la cabeza. El rey Ban alcanza al tercero separándole el hombro del costado tan profundamente que se le ven hígado y pulmones. Por su parte, el rey Boores golpea a Dorilás, que era un emir, en el yelmo y lo abre hasta los hombros. Cuando los demás compañeros ven lo bien que lo han hecho estos, atacan con más fuerza que antes y no hay ninguno que no derribe muerto y ensangrentado al que alcanza. Cuando los jayanes ven muertos a sus guías y señores y el gran daño que les han causado, dicen que estaría muy loco quien se dejara matar y se vuelven dándose a la fuga por el bosque, sin

esperarse unos a otros, mientras que los cristianos intentan perseguirlos, pero Merlín los retiene diciéndoles que no lo hagan, pues les dañarán bastante y les causarán bastantes aflicciones otros que se los van a encontrar.

Se marchan tranquilamente y salen del bosque al cabo del tiempo; empezaba a amanecer y llegan a las tiendas en las que los cristianos se alojaban: los vigías los reconocieron y salieron a su encuentro mostrándoles una gran alegría, pues pensaban que todos habían muerto. En el campamento se supo la noticia de que habían regresado el rey Arturo, el rey Leodagán, el rey Ban y su hermano y el resto de los compañeros: preparan abundante comida, pues habían ayunado durante mucho tiempo, pero antes van a dormir y a descansar a gusto.

Cuando se levantaron, ya habían colocado los manteles. Se sentaron y comieron y bebieron abundantemente, pues había suficiente y se lo habían merecido. A continuación, después de que quitaron las mesas, reunieron el gran botín que habían confiscado, lo amontonaron y el rey Arturo lo repartió según el consejo de Merlín, sin que el rey Leodagán se ocupara de ello en ningún momento desde que le había dado su hija al rey Arturo y desde que supo quién era él y los dos valientes que estaban con él: no quiso entrometerse ni ocuparse de nada más que de servirles y honrarles.

[Tras repartir el botín, los compañeros de armas se despiden. Los combates con jayanes y sajones continúan por todas partes.]

XXI

Cuenta aquí la historia que el rey Arturo y su compañía llegaron a la rica ciudad de Carohase, donde fueron recibidos con grandes muestras de gozo. Permanecieron dos días enteros allí. El tercer día, el rey Leodagán se dirigió al rey Arturo y le pidió que desposara a Ginebra, su hija. Merlín le dijo que antes tenía que concluir un asunto, pues debía ir al reino de Benoic y le dijo por qué, pero fue en secreto, pues no quería que nadie supiera que tenía que irse. Cuando el rey Leodagán oyó el asunto, le dijo que pensara en regresar lo antes posible y Merlín contestó que no era necesario que se lo rogaran, sino que se prepararan todos para ponerse en marcha al amanecer. El rey Arturo le pregunta entonces:

—Señor, ¿no vamos a esperar al rey Boores, que está en el castillo de Charroie?

—Lo esperaréis —le responde Merlín— en vuestro castillo de Bedingrán.

—Que sea según vuestra voluntad.

Se preparan entonces, se disponen y por la mañana emprenden el camino. De esta forma se separó el rey Arturo del rey Leodagán, y se besaron al despedirse; Ginebra le rogó que regresara pronto:

—Pues nunca volveré a estar a gusto ni contenta hasta que os vuelva a ver.

El rey Arturo le contesta que ya querría haber regresado y de esta forma se separan los dos. Se marcha el rey Arturo con el rey Ban; Merlín va delante guiándolos y tras ellos siguen los compañeros de la Mesa Redonda y los veinte mil soldaderos que el rey había tomado en Carmelida.

[Guinebán, hermano de Boores establece por amor la aventura del baile

mágico, que no cesará hasta que llegue el caballero que nunca haya faltado al amor; asimismo hace el ajedrez mágico, que daría mate a cuantos jugaran hasta que llegue el caballero escogido, siempre leal en amor. El rey Boores da muerte en combate singular al rey Amans.]

Después de hacer enterrar al rey Amans y de proporcionar las rentas al clérigo, se marchó y cabalgó hasta llegar a Bedingrán, donde encontró al rey Arturo y a su hermano el rey Ban y a Merlín, que le mostraron una gran alegría. Al llegar, el rey Boores le dijo al rey Arturo:

—Señor, aquí vienen una parte de los caballeros del rey Amans que se os presentan en mi séquito dispuestos a rendiros homenaje y a recibir sus tierras de vuestra mano; son valientes y ricos nobles, según me han dado a entender; recibid sus homenajes y acogedlos como debéis.

El rey Arturo les dice que sean bienvenidos y que estén seguros de que solo les hará bienes con tal de que lo amen; los caballeros se adelantan y le rinden homenaje y después el rey les pregunta cómo era el rey Amans en su país y ellos se echan a llorar con ternura diciéndole que ha muerto y le cuentan toda la aventura desde que se marchó de su tierra para ir al castillo de Charroie y cómo fueron a tomar el camino por el que el rey Boores debía pasar, dispuestos a combatir con él, y cómo se enfrentaron los dos cuerpo a cuerpo y él murió.

Cuando el rey Arturo y el rey Ban oyen la proeza del rey Boores, se alegran mucho.

En esto, Merlín se dirige al rey Boores y le dice:

—Señor, no nos habéis contado las nupcias que habéis hecho con vuestro hermano Guinebán.

El rey Arturo le ruega a Merlín que le diga qué bodas fueron esas y Merlín le cuenta los juegos y encantamientos que Guinebán había establecido por su amiga. Entonces, el rey Ban le pregunta a Merlín si sabía quién sería el caballero que pondría final al baile y Merlín

le responde que aún no había sido engendrado:

—Y no os preocupéis en buscar más, pues no es la ocasión todavía.

Cuando todos supieron que el rey Boores había matado de esa forma al rey Amans, sintieron una gran estima por él y lo alabaron diciendo que nunca hubo dos hombres tan valiosos como aquellos hermanos, y que de no ser por ellos, el rey Arturo lo habría perdido todo.

De esta forma permanecieron dos días enteros allí. El rey Arturo envió en busca de obreros de pico y pala hasta que reunió fácilmente quinientos; entonces fueron al lugar donde Merlín había indicado que estaba el tesoro en el bosque y allí buscaron y escarbaron en la tierra hasta que dieron con él: nunca se vio uno mayor; lo sacaron de la tierra y lo cargaron en numerosos toneles, en carros y carretas; luego, lo enviaron a Logres, la ciudad principal del reino del rey Arturo, donde sus sobrinos estaban esperando. Merlín hizo registrar bajo una encina profundamente hasta que encontraron en un recipiente de cuero doce espadas, las más hermosas y mejores que se podrían hallar en la tierra. El rey Arturo se llevó todo este tesoro a Logres y ordenó que lo guardaran hasta que llegaran a la corte quienes las pudieran obtener y utilizar de forma adecuada.

Tan pronto como Galván, sus hermanos y los demás compañeros oyeron decir que el rey Arturo llegaba, montaron a caballo y fueron a su encuentro todos juntos, que no quedó ni uno solo que no fuera alegre y contento, de tal forma que nunca nadie tendrá tan gran alegría. Cuando ya estuvieron cerca unos y otros, se lleva Merlín aparte al rey Arturo y a los dos reyes hermanos, les hace descabalgar en una arboleda muy hermosa para que esperen allí a los muchachos que venían; ordenaron al ejército que continuara hasta Logres y que allí tomaran alojamiento y se establecieran según su gusto. Al oír las órdenes del rey, se van y cabalgan hasta que se encuentran con los muchachos que iban con un gran séquito al encontrarse las dos comitivas, les preguntan dónde estaba el rey y los otros les muestran la arboleda donde había desmontado. Los muchachos se dirigen hacia allí apresurándose. Galván va delante, pues todos lo tienen por dueño y señor de ellos, y era justo que así fuera, pues era el más educado de todos y el menos villano, el de

mayor prudencia.

Cuenta la historia que cabalgan sin detenerse hasta que llegan a la arboleda donde estaban los tres reyes y los compañeros de la Mesa Redonda. Apenas los ven, desmontan de los caballos y se dirigen a donde estaban los caballeros sentados en la verde hierba a la sombra de los árboles, tomando el fresco y refrescándose, pues había hecho mucho calor durante todo el día y habían cabalgado armados, ya que no se atrevían a quitarse las armas por los sajones que habían entrado en la tierra. Hacía tanto calor como suele hacer al final del mes de mayo.

[Galván y los demás jóvenes llegan a la corte del rey Arturo y se presentan a su tío para que los arme caballeros.]

El día siguiente por la mañana, después de misa, el rey Arturo tomó su buena espada, la que había sacado del pilar de piedra por consejo de Merlín, y se la colgó a Galván al costado; luego, le calzó la espuela derecha y el rey Ban, la izquierda; a continuación, le dio el rey Arturo el espaldarazo diciéndole que Dios lo hiciera valiente. A continuación, armó caballeros a los tres hermanos de Galván y a cada uno de ellos le dio una espada de las que habían sido sacadas del tesoro que Merlín le mostró. Luego armó a los dos hijos del rey Urián; después, a Galescaláin, a Dodinel, a Keu de Estras y a Quehedins, dándole a cada uno de ellos una espada de las del tesoro. Después armó caballero a Saigremor con las armas que había traído de Constantinopla, pues se había venido bien provisto de todas las cosas necesarias para ser caballero novel: el rey le ciñe una espada muy buena que había sido de su abuelo el rey Adrián, que se la había dado, y le calzó la espuela derecha; el rey Boores le puso la izquierda y luego, el rey Arturo le dio el espaldarazo. A continuación, armó caballeros a los cuatro primos: Yvaín de las Blancas Manos, Yvaín el Doncel, Yvaín de Lionel e Yvaín de Rivel; también hizo caballeros a Alés y a Acés, que eran familiares suyos, y les dio a cada uno de ellos otra espada del tesoro, aunque la historia cuenta que Dodinel no tuvo ninguna, sino que recibió la que había sido del rey Amans, que se la dio el rey Boores porque

era pariente lejano suyo.

Después de armar a los muchachos, armó a todos los que habían acudido en su compañía y a continuación fueron todos al monasterio a oír la misa cantada por el arzobispo de Brice; al terminar, fueron al palacio y se sentaron a comer: fueron grandes la corte y la fiesta que el rey Arturo sostuvo, y no es necesario hablar de manjares y de comida, pues fueron servidos durante todo el día y sería aburrido contarlos y las palabras serían malgastadas.

Al terminar de comer, cuando levantaron los manteles, los jóvenes quisieron que se levantara una quintana en medio del prado, pero el rey lo prohibió por consejo de Merlín, ya que toda la tierra estaba perturbada y con guerras y la cristiandad atormentada por los sajones que habían entrado en aquel país. De esta forma los muchachos que eran caballeros noveles dejaron de bohordar y de mostrar su habilidad y permanecieron en la ciudad tres días enteros. El rey Arturo repartió grandes riquezas a los más jóvenes de los que habían permanecido a su lado llegados en abundancia de todas partes, hasta que fueron fácilmente sesenta mil entre los que iban a pie y a caballo, sin contar a los que él había llevado a su lado y que eran del reino de Logres y de Carmelida. Mientras estuvieron en la ciudad, Morgana, que era mujer muy buena conocedora de todo, trató mucho a Merlín y tuvo una gran relación con él, y estuvo tanto a su alrededor que por fin supo su origen y conoció muchas maravillas de astronomía y de nigromancia que le enseñó Merlín y ella las retuvo muy bien. Al cabo de tres días, Merlín habló al rey y él dijo que se dispusiera, pues tenía que ponerse en marcha y no podía retrasarse más, ya que Poncio Antonio y Frole habían entrado en la tierra y en el reino de Benoic, con las gentes del rey de Gaula y las de Claudás de la Tierra Desierta. El rey le respondió que se pondría en marcha cuando él quisiera y que solo esperaba sus órdenes.

—Id —le dice Merlín— y ordenad a todos vuestros hombres que estén armados esta noche y que monten al primer sueño; os llevaréis solo veinte mil hombres de aquí junto con los veinte mil que trajisteis de Carmelida y que pertenecen al reino de Leodagán, y dejaréis en esta ciudad otros veinte mil, pues no es cuestión de que la ciudad quede sin gente, y Don de Carduel se quedará para

guardar la ciudad.

Con esto, terminan su consejo y el rey hace saber a Galván lo que Merlín le había encargado. Este hace preparar todo lo necesario y ordena que se pongan en marcha y se apresuren todos; les hace salir de Logres y que se reúnan en el prado los que iban a partir. Después de hacer esto, acudió ante el rey y ante Merlín, que estaban hablando juntos, y les dijo que ya lo había dispuesto todo. Cuando Merlín lo vio venir, le dijo al rey que le preguntara quién fue el caballero que lo llevó a que socorriera a su madre. El rey lo llama y le pregunta:

—Galván, buen sobrino, ¿quién fue el caballero que os llevó a rescatar a vuestra madre en el prado de Glocedún?

Galván le pregunta qué sabe y quién se lo ha dicho.

—Sabed —le responde el rey— que me lo dijo alguien que conocía la verdad.

—Por Dios —contesta mi señor Galván—, nunca lo vi, pues de lo contrario lo hubiera reconocido mejor.

—Preguntadle ahora —dice Merlín— si conocía a quien le llevó la carta de su primo Yvaín, el hijo del rey Urián.

Mi señor Galván mira y ve al que estaba sentado junto al rey y se pregunta sorprendido por qué hace tales preguntas; se queda meditabundo, como hombre discreto y prudente, y recuerda las palabras que le había dicho Don de Carduel. El rey le pregunta si lo conoce y le contesta que no:

—Pero me ha dado a entender que era Merlín; no lo conozco y lo siento, pues me ha hecho otros muchos favores y servicios, ya que hizo que librara a Saigremor, el sobrino del emperador de Constantinopla, del peligro de muerte en el que se encontraba, y a mi primo Yvaín, y a mí mismo junto al castillo de Arondel; es el hombre del mundo que conocería con más gusto hoy mismo.

—Lo conoceréis pronto —le contesta Merlín.

El rey se echa a reír a carcajadas y le dice:

—Galván, buen sobrino, quedaos a mi lado y os diré lo que sé.

Se sienta en la alfombra en la que estaban solos ellos tres y el rey le dice:

—Buen sobrino, este es el buen hombre por el que fuisteis a Arondel cuando os enfrentasteis a los sajones el día en que Dodinel el Salvaje y Keu de Estraus llegaron de sus tierras. Agradecedle ahora los servicios que os ha hecho, pues debéis darle las gracias, amarlo y servirlo, si fuera necesario, como a quien tanto os ha ayudado.

—Señor —dice mi señor Galván—, no sé qué ofrecerle ni qué regalarle, pero en todo caso le digo que me considero suyo y que estoy dispuesto a cumplir cualquier orden que me dé. Sé que es tan sabio que conoce las intenciones y los sentimientos que tengo hacia él.

Le responde que bien lo sabe y que conoce bien su corazón y que quiere que sea su amigo y su privado, pero le advierte que no diga a nadie nada de lo que él le cuente mientras sea amigo suyo:

—Y me veréis con tantos aspectos distintos que os quedaréis sorprendido, pues no quiero ser reconocido por nadie ya que la envidia y la codicia del mundo es mucha.

Le contesta que no le hablará a nadie. De esta forma conoció mi señor Galván a Merlín ante el rey Arturo, su tío.

Después de hablar un buen rato juntos, Merlín le dice:

—Mi dulce amigo, id a despediros de vuestra madre y marchad con el ejército; haced que vuestra gente monte al primer sueño y emprended el camino hacia el puerto de Dover. Allí, tomad barcos, amarradlos a la orilla de tal forma que vuestro tío no tenga más que entrar en ellos cuando llegue con los dos reyes que le acompañan, pues son muy valientes; por Dios, honradlos, pues aunque sean vasallos del rey Arturo, son del linaje más alto que hay. Procurad que nadie sepa por vos hacia dónde vais.

Mi señor Galván le responde que lo hará todo tal como le ha dicho. A continuación, se marcha y va a despedirse de su madre, que era

una mujer muy discreta y que sentía por él un gran amor. Lo encomienda a Dios, para que lo defienda de todo mal, y él se marcha, va al ejército donde estaban sus hermanos, mi señor Yvaín, su primo, al que quería mucho, Galescaláin, Dodinel, Saigremor, Yvaín el Bastardo y los cuatro primos que se llamaban Yvaín, Keu de Estraus y su sobrino Quehedins. Ninguno de ellos se había alejado de allí y en todo momento habían estado al mando del ejército, tal como mi señor Galván les había indicado, de tal forma que estaban todos dispuestos.

Llegado el primer sueño, mi señor Galván hizo que empaquetaran y cargaran todas las pertenencias y que dispusieran las acémilas. Luego, hizo custodiar el ejército para que ningún espía entrara en el campamento y se ocuparon de la guardia los caballeros de los que os acaba de hablar la historia. Luego, se pusieron en marcha despacio, hasta que llegaron al puerto de Dover.

El rey Arturo se había quedado en Logres con Merlín, los dos reyes hermanos y los cuarenta caballeros del reino de Carmelida, junto con los compañeros de la Mesa Redonda.

Cuando mi señor Galván llegó al puerto de Dover, hizo buscar por todos los puertos y por las riberas, tomando todas las naves y reuniéndolas hasta que formó una gran armada. Cuando Merlín supo que todo estaba dispuesto, ordenó a Nut que hiciera montar a toda la gente, los encomendó a Dios y les dijo a los tres reyes que los llevaran directamente a la Rochela:

—Cuando hayáis llegado allí, no os pongáis en marcha hasta que me veáis.

—¿Cómo —pregunta el rey Arturo—, no vendréis con nosotros?

—No, pero solo pasaréis una noche sin mí.

Luego, se separan unos y otros, se encomiendan a Dios y Merlín regresa junto a Blaise, su maestro, en Northumberland, que le mostró una gran alegría al verlo, pues tenía una gran estima por él. Le preguntó y le rogó que le contara cómo le había ido y él le explicó todo, tal como lo habéis oído en la historia, desde que se fue de su lado la última vez. Blaise lo puso todo por escrito y por eso lo

sabemos nosotros todavía. Cuando tuvo que contarle Merlín lo de la doncella de la que se había enamorado, Blaise lo sintió mucho, pues temía que le engañara la joven y que perdiera sus conocimientos, y empezó a darle consejos de lo que tenía que hacer, pero Merlín le contó las profecías que habían ocurrido y que tenían que ocurrir, tal como la historia os contará más adelante, y Blaise lo puso todo por escrito, según se lo iba contando Merlín.

Pero aquí se calla la historia y vuelve a hablar del rey Arturo y de su compañía.

XXII

En esta parte cuenta la historia que el primer día de junio se marchó el rey Arturo de Logres, su ciudad principal. El tiempo suave había vuelto con la dulce estación en la que florecen los vergeles y los bosques, cuando los pájaros cantan con dulzura y suavidad y resuenan los bosques floridos y frondosos; los prados están llenos de hierba y los dulces ríos vuelven a llenar los lechos; cuando se puede llevar a cabo la guerra mejor que en cualquier otro momento del año. En esa estación cabalgó el rey Arturo con el rey Ban, el rey Boores y con el resto de su compañía y no se detuvieron hasta que llegaron al mar, en el puerto de Dover. Allí, sin detenerse, embarcaron en las naves. Tuvieron viento bueno y suave, y marineros que los condujeron sin perder nada, hasta que arribaron a la Rochela: allí, desembarcaron y acamparon en tiendas y pabellones a las afueras de la ciudad, donde esperaron a Merlín. Este llegó el día siguiente a mediodía, tal como le había dicho al rey Arturo. Los tres reyes y mi señor Galván, que lo quería mucho, le mostraron una gran alegría y Merlín hizo lo mismo con ellos, sobre todo con Galván, por la gran lealtad que había encontrado en él. Permanecieron allí descansando, hicieron guardar todos los caminos y los pasos para que no fuera o viniera nadie con noticias para sus enemigos.

[Leonches de Paerne se prepara ante la invasión de Poncio Antonio y Frole de Alemania.]

Leonches y Antiaume cabalaron hasta que llegaron a un valle muy grande que estaba rodeado de maleza y que se encontraba en el bosque de Briosque, tal como Merlín les había indicado. Allí vigilaron bien el campamento para que nadie lo abandonara y permanecieron en aquel lugar hasta que Farién llegó con toda su gente: estuvieron allí hasta el lunes antes del día de San Juan, que sería el domingo siguiente.

Cuando Merlín supo que ya estaban preparados y que solo les faltaba recibir el socorro que él les había prometido, dijo al rey Arturo:

—Señor, tomad diez mil de vuestros hombres, poneos a un lado del campo y entregadle vuestra enseña a Ulfino, que es tan valiente y leal; hacedlo ahora mismo.

Mi señor Galván, al oír las órdenes de Merlín, se marchó con Ulfino y su gente y se apartaron con diez mil hombres. Luego, Merlín llamó al rey Ban y le dijo:

—Adelantaos, noble caballero, vos llevaréis el segundo cuerpo del ejército; en vuestra compañía irán diez mil hombres. Veremos cómo defendéis vuestra tierra y cómo os defendéis frente a Claudás por el daño que os ha hecho y que os procura con todas sus fuerzas cada día.

—Señor —le contesta el rey Ban—, que sea como Dios quiera; si tengo alguna alegría, será por Dios, por vos y por mi señor el rey Arturo.

—Id —le ordena Merlín— y separad a vuestra gente; haced que se armen de inmediato para cabalgar contra vuestros enemigos.

El rey Ban se puso en marcha y separó a diez mil caballeros de la hueste, todos jóvenes muy valientes y muy decididos con las armas, e hizo que se dispusieran.

Después, Merlín llamó al rey Boores de Gaunes y le dijo:

—Señor rey, adelantaos; vos guiaréis el tercer cuerpo del ejército; en vuestra compañía irán los trescientos caballeros de la tierra del rey Amans; tomad de los que han venido del reino de Carmelida hasta que seáis en total diez mil; luego, haced que se preparen como para defender la vida. Poneos en marcha y procurad que la caballería no sea humillada por vos; se verá cómo lo hacéis y cómo defendéis vuestra tierra frente a vuestros enemigos.

—Señor —le contesta el rey Boores—, haremos lo que Dios quiera y lo mejor que podamos.

Luego, se pone en marcha, separa a sus gentes y hace que monten todos a caballo.

A continuación, Merlín habla con el rey Arturo:

—Señor, vos mandaréis el cuarto cuerpo del ejército; con vos estarán los compañeros de la Mesa Redonda, que no os dejarán hasta la muerte.

El rey ordenó entonces a Nascién, a Adragaín y a Hervís que hicieran que se armaran y se prepararan. Estos lo hacen así, de tal forma que solo falta que monten a caballo. Merlín toma el dragón, llama a Keu el senescal y le dice:

—Señor, adelantaos y llevad la enseña del rey Arturo, pues es derecho vuestro, y procurad que la caballería no sea humillada por vos. ¿Sabéis qué haréis cuando os encontréis con vuestros enemigos? En todo momento cabalgaréis con la enseña en la mano.

Keu le contesta que así lo hará.

Cuando los cuerpos del ejército estuvieron dispuestos, ya era mediodía y habían preparado la comida. Se sentaron y después de comer, los nobles se reunieron en consejo para preguntar qué harán.

—Os lo voy a decir —contesta Merlín—. Esta noche, al primer sueño, emprenderéis la marcha de tal modo que mañana por la tarde estaréis en Trebe, que vuestros enemigos tienen asediada por cuatro partes. Cada uno de los príncipes la asedia por un sitio distinto y cada uno de ellos tiene veinte mil hombres en su compañía. Nuestros cuerpos de ejército irán contra los distintos campamentos y atacarán por cuatro partes diferentes. Tienen puestas buenas vigilancias y conviene ir con gran prudencia.

—¿Cómo —pregunta el rey Arturo—, tienen más gente que nosotros?

—Sí —responde Merlín—, la mitad más de los que nosotros llevamos, pero recibiremos un buen socorro que llegará pronto con veinte mil hombres que están acampados en el bosque de Briosque.

—¿Cómo sabrán que hemos llegado?

—Señor, yo iré a buscarlos. Blioberís los guía e irá delante de todos, pues conoce bien los pasos que yo le mostraré. Cuando veáis que amanece, picad todos juntos cuando oigáis que suena un cuerno; id con rapidez. Veréis una gran antorcha de fuego que recorrerá el aire por lo alto: estad atentos, pues entonces estará preparado el socorro que yo os llevaré.

—Señor —le dice el rey Arturo—, ¿cuándo os pondréis en marcha?

—Ahora mismo, pues ya no podemos esperar más. Os encomiendo a Dios.

Merlín deja al rey y cuando sale del campamento desaparece, de tal forma que nadie sabe qué ha sido de él. Antes de que fuera la hora nona, llega al campamento de Leonches de Paerne que solo esperaba las noticias para montar. En esto, llegó Merlín a donde estaba con Farién, Antiaume y Gracién.

—Leonches —le dice Merlín—, ¿a qué esperas para montar con tus gentes? Por pronto que llegues, no lo harás tan rápidamente como para no encontrarte allí al rey Arturo.

Cuando Leonches oye estas palabras se pone muy contento. Al reconocer a Merlín, le preguntan por sus señores y él les contesta que pronto los podrían ver, pues cabalgaban con grandes fuerzas:

—Pero ahora, dividíos en distintos cuerpos de ejército y yo os llevaré hasta donde están vuestros enemigos.

—Señor —dice Leonches—, muchas gracias; ahora sé que solo tendremos bienes, ya que vos estáis en nuestra compañía.

Con esto, se marchan los cuatro compañeros, dividen a su gente en cuatro grupos: el senescal se queda con cinco mil hombres y los separa de los demás; Gracién, con otros cinco mil; Farién, otros tantos, y Leonches se queda en el mismo lugar con gente bien armada, con un total de cinco mil o más.

Pero la historia deja ahora de hablar de Merlín, de Leonches el señor de Paerne y de su compañía, y vuelve a hablar del rey Arturo.

[El ejército de Arturo, guiado por una señal de fuego en el cielo, obra de Merlín, ataca a los invasores y libra un duro y encarnizado combate.

Mientras, las dos reinas hermanas, asediadas en el castillo de Trebe, reciben la noticia de la llegada de sus maridos —Ban de Benoic y Boores de Gaunes— con tropas del rey Arturo, lo que les da gran alegría. El combate fuera de Trebe continúa con dureza.]

Fue la batalla cruel y dura, pues mucho se odiaban por ambas partes, y se mantuvieron igualados sin que ninguno retrocediera. Los del reino de Logres combatieron aunque llevaban la peor parte y si no hubieran sido tan valientes, habrían sido derrotados y expulsados del campo. Cuando Merlín, que todas estas cosas sabía, ve que los de Logres están en tan mala situación, se dirige al rey Ban, al rey Boores y a mi señor Galván, que estaban escondidos, y les dice:

—Señores nobles, ¿habéis venido a esta tierra a contemplar torneos y proezas de las que aquí realizan? Mal habéis obrado en esto, pues los nuestros han perdido mucho desde que habéis salido del combate y están asustados porque no os ven. Apresuraos e id contra vuestros enemigos, que reciban el descanso que os habéis tomado de tal forma que los que consigan escapar de vuestras manos no puedan decir que encontraron en el reino de Logres a muchachos o ignorantes, sino a hombres valientes y buenos caballeros. Y vos, señor —le dice al rey Arturo—, ¿es esa la recompensa que le dais al rey Ban y al rey Boores, su hermano, que tantas veces se han arriesgado a morir por ayudaros en muchas cosas, cuando todos los demás os fallaron y ahora vos obráis como cobarde? Sabed que muchas veces se os recriminará por mucha gente y por vuestra amiga cuando sepa cómo os habéis portado, y os lo echará en cara.

Cuando el rey Arturo oye las palabras de Merlín inclinó la cabeza de vergüenza y se quedó triste, sudando por el dolor que siente y la afrenta; por otra parte, teme que Merlín se haya enfadado con él.

Luego, Merlín se dirige a mi señor Galván y a sus compañeros y les dice:

—Vasallos, ¿dónde están las proezas con las que os acostumbrabais a engalanar? Dijisteis que vendríais a combatir contra vuestros enemigos en Bretaña y que veríais cómo llevaban las armas. Ahora los habéis visto como buenos caballeros, pues el miedo que os han producido os ha hecho venir aquí y no tenéis valor ni fuerzas como para atreveros a verlos de nuevo, tal miedo os han producido.

Luego, les dice al rey Ban y al rey Boores:

—Y vosotros, señores, ¿qué habéis venido a buscar en este país, vosotros que debíais ser buenos caballeros valientes y decididos? Bien de manifiesto queda que aquí se han refugiado por cobardía; os deberíais haber arriesgado por mantenerlos en el combate y ayudarles a los que se arriesgan y se ponen en peligro de muerte por liberar vuestra tierra de vuestros enemigos. Ahora podrán decir cuando vuelvan a sus países que han estado al servicio de mala gente, ya que los habéis abandonado ante un peligro mortal.

—Ciertamente —contesta el rey Ban—, no lo hemos hecho por mal ni por cobardía.

—Entonces —le contesta Merlín—, como quiera que lo hayáis hecho, habéis obrado mal; procurad ahora devolverles caro el daño que os han causado de tal forma que no puedan vanagloriarse cuando se os escapen.

—Señor —le dice mi señor Galván—, os digo que si yo he obrado así por cobardía, sabréis antes de que me vaya a descansar si hay en mí algún mérito o valor, y realizaré tales hazañas antes de marcharme, que podrán conocerme los pequeños y los grandes; y no se me podrá criticar de cobarde, si Dios quiere, ni al rey Arturo mi tío tampoco, mientras vivamos. Y vosotros —añade—, hermanos, primos y compañeros, si queréis evitar que me censuren, seguidme, pues en breve se verá que no me he escondido ni retirado por cobardía.

Entonces, Merlín empezó a reír y se dirigió a Keu el senescal, le quitó el dragón de la mano y le dijo que no lo debía llevar, pues la enseña del rey no se debe ocultar ni esconder durante una batalla campal, sino que debe ir en la primera línea de combate. A continuación, grita: «¡Ahora se verá quién me va a seguir, pues en

breve se comprobará quién es caballero!».

Cuando Arturo ve que se va, le dice al rey Boores que Merlín era hombre de gran valor, y sin duda así lo era, pues era decidido, fuerte de cuerpo y de miembros, aunque era moreno, delgado y más velloso que nadie; por parte de su madre era noble, pero no os voy a decir nada más de su padre, pues ya habéis oído quién lo engendró. No encontramos al leer que pusiera la mano encima a ningún hombre para causarle daño, pero frecuentemente ocurría que cuando estaba en combate derribaba con el pecho de su caballo hombres y caballos.

Después de quitarle el dragón a Keu el senescal, emprendió la marcha el primero de todos montado en un gran caballo negro que iba extraordinariamente rápido. Se acerca al combate y entra con tanta fuerza que las filas tiemblan y se estremecen hasta donde Frole y Poncio Antonio estaban combatiendo esforzándose para derrotar a los de Logres. Parecía que los mejores hubieran muerto y los tenían en tal situación que casi habían sido derrotados: los del castillo de Trebe estaban muy afligidos; más de quinientos escuderos corrieron a las armas y salieron montados a caballo, guiados por Banín, joven doncel hijo de Gracién de Trebe y ahijado del rey Ban, que todavía no había cumplido veinte años y que era muy valiente y atrevido.

Entraron en combate y lo hicieron muy bien, como servidores y escuderos que eran, pues no llevaban ningún caballero en su compañía, y de no haber sido por ellos, los otros habrían sido completamente derrotados.

En esto, llegó Merlín con su compañía, que eran más de mil hombres entre unos y otros. Llevaba en la mano el dragón, que daba tan gran claridad por el fuego de sus fauces, que el aire se había vuelto rojo y los que nunca lo habían visto decían que Nuestro Señor estaba enfadado con ellos, ya que les mostraba semejante signo. Cambió entonces la situación para los que llevaban la mejor parte, porque tan pronto llegaron los compañeros de Merlín, empezaron a realizar proezas tales que los que los veían se quedaban sorprendidos por la matanza de gente, según mostraron en poco rato. El rey Arturo hizo grandes proezas allí, porque se había echado el escudo a la espalda y sujetaba con las dos manos la

espada que era de gran valor empieza a matar y despedazar por donde iba, de tal forma que nada le podía resistir. La historia dice que él solo mató a más de doscientos hombres, y fue un gran daño para la Cristiandad, pero todo lo hizo por la reprimenda de Merlín. Llevaba el freno del caballo a la derecha y lo dejaba ir por donde quería. También estaban realizando grandes hazañas Merlín, el rey Ban y el rey Boores, pues se esforzaban en dañar a sus enemigos y eran muy buenos caballeros, valientes, que siempre habían sido de gran valentía y habían superado a todos los caballeros de su tiempo.

Cuenta la historia que el rey Arturo había entrado tan hondo en el combate que no se sabía qué había sido de él, ni dónde estaban el rey Ban y el rey Boores.

[El combate encarnizado del rey Arturo y sus aliados contra los sajones acaba siendo una tremenda derrota para estos.]

De esta forma fueron derrotados los cuatro príncipes tal como habéis oído, de acuerdo con el consejo de Merlín. Después de perseguirlos hasta la noche, regresaron con numerosos prisioneros y llegaron delante del castillo de Trebe. Se alojaron en tiendas y en pabellones que habían hecho plantar y tuvieron una gran alegría y una gran fiesta durante toda la noche, pues encontraron todos los alojamientos tan bien abastecidos de todo lo necesario para un hombre, que no faltaba nada, y no tuvieron que gastar absolutamente nada de las vituallas que llevaban. Por la noche, cuando se acostaron, quedaron de guardianes del campamento Gracién y Farién para que no los sorprendiera nadie. El rey Ban y el rey Boores llevaron a mi señor Galván junto con el rey Arturo, los compañeros de la Mesa Redonda y los cuarenta caballeros que la historia os ha contado y los caballeros noveles al castillo de Trebe, donde les mostraron una gran alegría los trescientos caballeros de aquella tierra que estaban allí: fueron servidos de todo lo que necesitaron.

Pero por grande que fuera la alegría de todos, nada era comparable a la que tenían las dos reinas hermanas al ver a sus señores, a los

que habían deseado durante tanto tiempo; y no debe extrañar, pues hacía mucho que no los habían visto y eran dos damas jóvenes y de gran belleza. Se esforzaron en servir y honrar al rey Arturo y a sus compañeros.

¿Para qué os voy a seguir contando la alegría y el gozo que tuvieron, pues fueron servidos con tanta riqueza como corresponde a hombres de su valor? Después de cenar, fueron a acostarse, pues lo necesitaban mucho ya que estaban cansados y fatigados por el esfuerzo que habían soportado durante todo el día. El rey Arturo, mi señor Galván, mi señor Yvaín, Saigremor, Dodinel y Keu durmieron juntos en una habitación. El rey Ban y el rey Boores hicieron que les dieran todo lo que quisieran y a continuación agasajaron a los caballeros de la Mesa Redonda y a los jóvenes recién armados, que dormían en otra habitación a su lado. Luego, el rey Boores y el rey Ban fueron a acostarse con sus mujeres y dejaron las velas encendidas en donde estaban los nobles. Aquella noche los dos reyes mostraron gran amor a sus mujeres, como quienes las amaban mucho, y según cuenta la historia, Elaine, la mujer del rey Ban, concibió un niño aquella noche. Después de jugar bastante, se durmieron y la reina tuvo un sueño admirable que le duró mucho rato y que la asustó, pues le parecía que se encontraba en una alta montaña y veía a su alrededor abundantes animales distintos que pastaban en la hierba hermosa y crecida. Al poco rato, empezaban a pelearse unos con otros, pretendiendo echarse de los pastos, y se dividían en dos: por una parte iban unos guiados por un león grande y admirable; en el otro lado, apenas eran la mitad y los guiaba un león coronado, que no era tan grande como el otro, que lo superaba en más de un pie.

El león coronado tenía en su compañía dieciocho cachorros todos con corona, y cada uno de ellos tenía señorío y mandaba una parte de los animales que se habían quedado al lado del león. El otro león, que no estaba coronado, tenía en su compañía treinta cachorros, todos ellos coronados, y cada uno de ellos dominaba una parte de los animales que se habían puesto del lado del gran león sin corona. Después de que los animales se separaran y dividieran, miró hacia la parte del león coronado y vio cuatrocientos toros que estaban uncidos por el cuello a un gran aro y con un rastrillo volvían la menuda hierba. Como le parecía al león coronado que

era mejor el pasto que había en la parte del león sin corona, lo atacaba para quitárselo por envidia: este formaba con una parte de sus animales tres grandes grupos que combatían al león coronado, que llevaba a sus seguidores divididos en dieciocho grupos, mandado cada uno de ellos por un cachorro que estaba por encima de los demás. Los cuatrocientos toros que eran tan fieros y bravos y tres de los dieciocho grupos que estaban con el león coronado se enfrentaban en tan cruel batalla entre ellos que nunca oísteis hablar de una mayor. Pero al fin, los animales del león coronado tenían que retroceder y el león estaba temeroso y asustado de perder sus pastos. Mientras los animales combatían así, le pareció a la dama que llegaba un gran leopardo, el más valiente de cuantos han existido, y se iba por un profundo valle. A la dama le parecía que una espesa niebla lo ocultaba, de tal forma que no supo qué había ocurrido con él. Después de perderlo, la dama se volvía hacia los animales salvajes que seguían combatiendo y veía que el león coronado llevaba con diferencia la peor parte. En esto, un gran leopardo salía del bosque y contemplaba la batalla de los animales durante un buen rato. Al ver que el león coronado llevaba la peor parte, acudió en su ayuda y atacó al león sin corona combatiendo contra ellos con tal valor que hizo que retrocedieran, y los que estaban frente a él no podían vencer la batalla mientras el leopardo permanecía allí. Cuando el león sin corona vio que no podía llevar a cabo su triunfo mientras el leopardo estuviera contra él, ordenó que terminara el combate y permaneció con el leopardo hasta que consiguió llevárselo a su lado. Al tercer día volvía a comenzar la batalla de los animales igual que antes. El leopardo se ponía del lado del león sin corona y combatieron durante tanto tiempo que el león coronado fue vencido por el leopardo que iba contra él. El leopardo, al ver que el león coronado era vencido, le hacía señas al león sin corona para que fuera a suplicarle merced y este así lo hacía: hicieron las paces los dos leones de tal forma que luego no volvieron a causarse ningún daño. Entonces, la dama se fijó en el leopardo por si lo podía reconocer y al final le pareció que era el que había salido de su muslo, que había crecido y se había hecho más fuerte, de tal forma que todos los animales de Bretaña se inclinaban ante él, igual que los de Gaunes y los de Benoic. Después de dominar sobre todos estos animales, el león se marchó y la dama no supo hacia dónde había ido.

De esta forma pasó la dama toda la noche entre sueños, sin que la abandonaran hasta el día siguiente. Se despierta y se santigua por lo extraordinario de su sueño. Al verla tan asustada, el rey le preguntó qué le ocurría y ella le contó el sueño tal como lo había visto mientras dormía; después de contárselo todo, el rey le dijo que si Dios quería, sería para bien.

Se levantaron y fueron a la primera misa el rey Ban y su mujer, lo más temprano que pudieron, pues no quisieron despertar al rey Arturo ni a sus compañeros que aún estaban durmiendo, porque se habían esforzado mucho el día anterior. El rey Ban le rogó a Nuestro Señor que le diera la muerte cuando se lo pidiera. Era un hombre de profunda fe y creencia y ese mismo ruego lo hizo después en varias ocasiones, hasta que una noche, mientras dormía, una voz le dijo que su súplica había sido escuchada, y que recibiría la muerte el primer día que la pidiera. Pero antes tendrá que pecar gravemente de adulterio una vez antes de morir y no tardaría mucho en ocurrirle; que no se preocupara, pues Nuestro Señor se lo perdonaría.

Mientras soñaba el rey Ban, le pareció que cuando la voz que le había dicho esto terminó de hablar, hizo tal ruido que parecía el mayor trueno y el más admirable de cuantos había oído en su vida. El rey se estremeció de tal forma, que por poco no se cayó del lecho, que era grande y ancho, la reina a la que tenía abrazada; esta se asustó y no pudo decir una palabra en un buen rato. Su mismo señor estaba tan espantado que no sabía dónde se encontraba: cuando volvió en sí, se levantó, fue a la iglesia y se confesó, y oyó el servicio de Nuestro Señor. A partir de entonces, se confesaba todas las semanas y comulgaba el santo sacramento del altar. Lo mismo hacía el rey Boores, que era hombre de santa vida.

De esta forma estuvo el rey Arturo en el reino de Benoic y permaneció allí un mes entero. Todos los días corrían la tierra del rey Claudás, se la devastaban, se la arrasaban y la dejaron en tal situación que pasó mucho tiempo antes de que pudiera atacar de nuevo al rey Ban, aunque lo haría con la ayuda de Poncio Antonio y del rey de Gaula, tal como la historia os contará más adelante, dejando en tal situación a los dos hermanos, que no les quedó ni un surco de tierra y fueron privados de bienes de tal forma que

murieron pobres y sus mujeres quedaron en la pobreza y perdidas, de tal modo que se hicieron monjas religiosas en el Real Monasterio por miedo al rey Claudás; esto ocurrió porque no pudieron tener el socorro del rey Arturo, que tenía tanto que hacer en su tierra que no podía ocuparse de otros. Los herederos que engendraron vivieron durante mucho tiempo sin tierras, pero después el rey Arturo se las devolvió y les dio el reino de Gaula, tal como la historia os contará más adelante.

Pero ahora dejaré de hablaros de estas cosas hasta que sea el momento y la ocasión, y os hablaremos de Merlín y del rey Ban y de cómo explicó al rey Ban y a su mujer los distintos sueños que habían tenido.

XXIII

Aquí cuenta la historia que un día el rey Ban fue a Merlín y le dijo:

—Señor, estoy muy asustado por una visión que tuve mientras dormía y por otra de mi mujer. Necesito mucho vuestro consejo y vos sois el hombre más sabio que vive ahora: os ruego que me aconsejéis y me digáis el significado de mi visión.

—Ciertamente —le responde Merlín—, en esas dos visiones hay un profundo significado y no extraña que os hayáis asustado.

Entonces, el rey Arturo pregunta por los sueños y Merlín los cuenta tal como los habían tenido el rey Ban y su mujer mientras dormían, de tal forma que el mismo rey reconoce que era verdad. Cuando el rey Arturo, el rey Boores y mi señor Galván oyen las duras palabras de Merlín, se preguntan admirados por su significado y piensan en ello durante un buen rato; al cabo, el rey Arturo le dice a Merlín:

—Señor, nos habéis contado los sueños; decidnos ahora su significado, pues lo sabríamos con mucho gusto.

—Señor —le responde Merlín—, no debo explicároslos completamente, y no quiero hacerlo; pero en todo caso, os diré una parte de ellos, por lo que a mí respecta.

A continuación, empieza a explicar el sueño de la dama:

—Rey Ban —dice Merlín—, el gran león sin corona simboliza a un príncipe que es muy rico por los hombres que tiene, por sus riquezas y por los amigos; conquistará a la fuerza treinta reinos y hará que los treinta reyes vayan en su compañía. El león coronado que iba con dieciocho cachorros representa a un rey muy poderoso que tendrá a dieciocho reyes bajo él, y todos serán vasallos suyos. Los cuatrocientos toros a los que vio en su sueño simbolizan a cuatrocientos caballeros que estarán todos comprometidos a ayudarse hasta la muerte y todos serán vasallos del rey. El príncipe del que os he hablado antes, atacará al rey para quitarle su tierra,

pero este resistirá mientras pueda. Cuando el príncipe haya derrotado al rey, llegará un caballero desconocido, que habrá permanecido lejos mucho tiempo, y ayudará al rey hasta que el príncipe no lo pueda echar ni vencer en el campo. El leopardo simboliza a ese caballero, pues del mismo modo que el leopardo es fiero frente a los demás animales, así él será el mejor de su tiempo: gracias a ese caballero harán las paces los dos príncipes que tanto se habían odiado. Ya habéis oído —añade Merlín— la explicación y el significado del sueño; ahora me iré, pues tengo mucho que hacer en otros lugares.

Cuando oyen las maravillas que Merlín ha explicado del sueño, se quedan más pensativos que antes y el rey le pregunta si se lo explicará más, a lo que Merlín contesta que no.

Después, Merlín dejó a los tres reyes y fue a ver a su amiga, que estaba esperándolo. Era la fiesta de San Juan, que ella lo esperaba porque así se lo había prometido. Cuando lo vio, tuvo una gran alegría y lo llevó a sus habitaciones tan en secreto que nadie se dio cuenta. La muchacha le preguntó muchas cosas, le hizo preguntas y Merlín le enseñó mucho, pues la amaba tanto que poco faltaba para que perdiera la razón. Cuando la joven vio que lo tenía tan enamorado, le rogó que le enseñara a dormir a un hombre, que no pudiera despertarse mientras ella no lo deseara. Merlín conocía su pensamiento, pero le preguntó por qué quería saber eso.

—Porque así, siempre que quiera hablar con vos, dormiré a mi padre, que se llama Dionás, y a mi madre, para que no se enteren de nuestra presencia, pues de lo contrario me matarían, si supieran lo que hacemos.

La muchacha le decía estas palabras a Merlín frecuentemente. Un día que había ido a un jardín, junto a una fuente, la doncella lo acostó en su regazo y se lo acerca tanto que Merlín queda profundamente enamorado de ella. La muchacha le pide entonces que le enseñe a dormir a una dama. Él conocía su pensamiento, pero a pesar de eso se lo enseña junto con otras cosas, pues Dios Nuestro Señor así lo quiso y le da a conocer tres nombres, que ella puso por escrito; siempre que quería dormir con ella, esta lo evitaba con sus artes. Y eran de tal fuerza que cuando llevaba los nombres escritos, nadie podía habitar carnalmente con la doncella. A partir

de entonces, trataba de tal forma a Merlín que siempre que iba a hablar con ella, le impedía que se acostara. Por eso, se dice que la mujer tiene más arte que el diablo.

De esta forma permaneció Merlín allí ocho días enteros con la doncella, pero no encontramos en el escrito que Merlín le pidiera ninguna villanía ni a ella ni a ninguna otra mujer, aunque la muchacha lo temía mucho cuando lo conoció y supo cómo había sido engendrado y de esta forma se defendía frente a él. Merlín le enseñó todo lo que un corazón puede imaginarse y ella lo puso todo por escrito. Después, Merlín se marchó de allí y regresó a Benoic, donde estaban el rey Arturo y su compañía, que se pusieron muy contentos al verlo.

Mi señor Galván había corrido la tierra del rey Claudás con gran compañía de caballeros, arrasándolo y devastándolo todo, y Claudás en ningún momento se atrevió a enfrentarse con ellos. Tan pronto como mi señor Galván y sus compañeros regresaron de la correría, Poncio Antonio, Frole de Alemania y Randol, el senescal de la tierra de Gaula, dejaron a Claudás tristes y pesarosos por el daño que habían recibido: juraron y se prometieron que nunca servirían al rey Ban ni al rey Boores y que tan pronto como pudieran vengarse, les darían el merecido por todo lo que les habían hecho. De esta forma quedó Claudás pobre y pesaroso, pero recobró su tierra tal como la historia os contará más adelante.

Pero ahora la historia deja de hablar de todos ellos y vuelve a hablar de mi señor Galván, que vuelve a Benoic alegre y contento.

Cuando mi señor Galván hubo destruido y arrasado la tierra de Claudás, regresó a Benoic junto a los tres reyes que allí estaban con Merlín, que ya había vuelto de ver a su amiga. Al ver la gran riqueza que mi señor Galván traía, se pusieron todos muy contentos.

El día siguiente, se pusieron en marcha para ir a Gaunes, a una rica ciudad abundante de todos los bienes. Allí fueron bien recibidos, pues el rey Boores hizo la mayor fiesta que se podría contar y permanecieron en aquel lugar durante tres días; el cuarto, fueron hacia la Rochela y se hicieron a la mar; pero antes, Merlín se retiró a un lado con los tres reyes y con mi señor Galván y les dijo que tan

pronto como pudieran fueran al reino de Carmelida, llevando solo a tres mil hombres armados, de los mejores de la hueste.

—¿Cómo? —pregunta el rey Arturo—. Merlín, buen amigo, ¿no vais a venir a mis bodas?

—Señor —contesta Merlín—, tengo algo que hacer y tengo que terminarlo; pero no llevaréis mucho tiempo en el reino de Carmelida cuando me volveréis a ver.

Se ponen en marcha y se separan unos de otros. El rey Arturo se hizo a la mar con su compañía.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos y os hablará de Merlín.

XXIV

Cuenta ahora la historia que cuando Merlín dejó al rey Arturo, se fue a vivir a los bosques de Romaña, que eran muy grandes y profundos. En ese tiempo era emperador Julio César y por eso Merlín fue hacia allá. Ahora es justo que os diga por qué lo hizo.

Según cuenta la historia, Julio César estaba casado con una mujer de gran linaje y de extraordinaria belleza, pero era más lujuriosa que ninguna y solo tuvo una hija del emperador, que también era hermosísima. Esta dama tenía a su lado a doce muchachos vestidos de doncellas, con los que se acostaba todas las noches que el emperador no estaba con ella, pues era más lujuriosa que todas las de la tierra de Roma. Como temía que les saliera barba a sus doce servidores, hacía que se untaran el mentón con cal apagada con oropimente y hervida en orina; llevaban vestidas grandes túnicas que arrastraban e iban envueltos en velos; sus cabellos eran largos y crecidos, cortados como los de las doncellas, y de esta forma parecían muchachas. Durante mucho tiempo estuvieron con la emperatriz sin ser reconocidos. Por aquel entonces llegó a la corte del emperador una doncella, hija de un príncipe llamado Mathem, duque de Alemania. Esta muchacha llegó a la corte disfrazada de escudero. A Mathem lo había desheredado Frole y lo había expulsado de su tierra. La doncella llegó preocupada porque no sabía qué había sido de sus padres. Era grande, recta y corpulenta y se portaba como un escudero, sin villanía. En ningún momento pensaron que fuera mujer. Permaneció con el emperador y mostró gran valentía, a la vez que se esforzaba en servir al emperador más que a nadie: lo hizo de tal forma que este la armó caballero en la fiesta de San Juan junto con otros jóvenes, que eran más de doscientos. Luego, fue senescal de toda aquella tierra. Se hizo llamar Grisandole, aunque había recibido en bautizo el nombre de Agradable. El emperador la hizo senescal de toda su tierra porque era muy valiente.

Una noche, el emperador estaba durmiendo junto a su mujer y soñó con una gran cerda en medio del patio de delante de su palacio: era

tan grande y digna de admiración, que nunca había visto otra comparable. En el lomo tenía un pelo tan largo que le arrastraba más de una toesa y en la cabeza llevaba una diadema que parecía de oro. Le parecía que la había visto alguna vez y que la había criado, pero no se atrevía a decir que fuera suya. Mientras contemplaba esta cerda, vio salir de su habitación doce lobeznos que iban directamente a ella, disfrutaban y se iban después uno tras otro.

Cuando el emperador vio esto, preguntó qué se debía hacer con la cerda con la que habían yacido los lobeznos y le dijeron que no debía vivir entre la gente ni que nadie podía comer nada que saliera de ella y era condenada a la hoguera junto con los lobeznos. Fueron quemados todos juntos, según le pareció.

Entonces se despertó el emperador muy asustado y pensativo por el sueño, y no se lo quiso contar a su mujer, pues era hombre muy prudente. Por la mañana, se levantó lo antes que pudo y fue a oír misa a la iglesia. Al volver, se encontró con que sus nobles estaban reunidos en el palacio mayor y que ya habían oído misa; estaban hablando mientras preparaban la comida y ponían la mesa. Luego se sentaron a comer y fueron muy bien servidos. En esto, el emperador quedó pensativo por el sueño que había tenido mientras dormía, y sus nobles, al verlo, sintieron un gran pesar y guardaron silencio, de forma que ninguno se atrevía a pronunciar una palabra, pues temían molestar al emperador.

Pero ahora la historia deja de hablar un poco de esto y os hablaremos de Merlín, que estaba en los bosques de Romaña.

Cuenta aquí la historia que cuando el emperador estaba sentado a la mesa tan pensativo como habéis oído, Merlín lo sabía y se dirigió a la entrada de Roma, donde hizo un encantamiento y tomó una figura admirable, pues se convirtió en el ciervo mayor y más digno de admiración de cuantos se habían visto: tenía una de las patas de delante blanca y cinco astas en la cabeza, que eran las mayores que se habían visto en un ciervo. A continuación, entró en Roma bramando como si mil hombres lo persiguieran. Cuando la muchedumbre le vio, empezó a correr tras él y se levantó un griterío y un clamor por todas partes tan grande que no se oiría a Dios tronando. Pequeños y grandes todos iban corriendo tras él con palos, bastones y todo tipo de armas. Lo persiguen por la ciudad durante bastante tiempo y al cabo del rato se dirige al palacio mayor en el que el emperador estaba sentado a comer. Cuando los servidores oyen a la gente, se asoman a las ventanas del palacio y al enterarse de lo que ocurría, salen fuera. El ciervo llegaba corriendo con gran rapidez hacia allí, perseguido por todo el pueblo. Se dirigía al palacio mayor, y entró por la puerta principal. Sin detenerse, va entre las mesas, tira la comida, el vino y la carne y empieza a tirar cacharros y vajilla de forma sorprendente. Después de hacer esto durante un buen rato, el ciervo se dirigió ante el emperador, se arrodilla ante él y le dice:

—Julio César, ¿en qué piensas? Deja tus pensamientos, pues de nada te valen, pues no encontrarás a nadie que te explique tu visión hasta que lo haga el hombre silvestre y en vano pensarías más.

A continuación, el ciervo se puso en pie y vio que la puerta del palacio había sido cerrada; lanza un encantamiento y las puertas se abrieron tan rápidamente que volaron hechas pedazos

Luego, el ciervo salió y se marchó huyendo ciudad abajo. Comenzó la persecución tras él, hasta que por fin salió a campo abierto y se desvaneció de tal modo que nadie supo qué había sido de él. La gente, al perderlo, regresó a la ciudad.

Cuando el emperador vio que el ciervo no había sido apresado, se enfadó mucho e hizo saber por toda la ciudad que quien pudiera coger al hombre silvestre o al ciervo, recibiría como recompensa a su hija y medio reino, si era hombre noble, y después de su muerte tendría el reino entero. Montaron a caballo muchos jóvenes ricos y buscaron en muchos lugares del bosque, por si veían al hombre silvestre, pero fue en vano, pues en ningún momento pudieron tener noticias de él, y regresaron de nuevo.

Sin embargo, Grisandole no volvió, sino que se quedó en el bosque yendo un rato por una parte, otro por otra y permaneciendo allí ocho días enteros. Un día, descabalgó para suplicar a Nuestro Señor que le enviara consejo en lo que iba buscando y, mientras estaba rezando, se le apareció el ciervo que había estado en Roma y le dijo:

—Agradable, vas buscando tu propia locura, pues en ningún momento podrás lograr lo que sigues, a no ser que traigas carne de cerdo aderezada con pimienta, leche, miel y pan caliente. Que te acompañen cuatro compañeros y un muchacho que irá volviendo la carne hasta que esté hecha. Ven al lugar más oculto que conozcas de este bosque; pon la mesa junto al fuego y coloca en ella el pan, la leche y la miel; vosotros os colocaréis un poco alejados del fuego y no temáis, pues el hombre silvestre acudirá sin lugar a dudas.

Después de decir esto, el ciervo se marchó al galope por el bosque y Grisandole montó de nuevo su caballo y se quedó pensando en lo que el ciervo le había dicho, y se decía en su corazón que aquella debía de ser cosa espiritual, pues la había llamado por su auténtico nombre y que no podía ser que eso no tuviera un profundo significado.

De esta forma iba pensando Grisandole y hablando en su corazón mientras cabalgaba; llegó a una ciudad cerca del bosque y tomó lo necesario, regresando de nuevo al lugar donde había hablado con el ciervo. Llevaba cuatro hombres y un muchacho que le acompañaban. Cuando llegaron al fondo del bosque, encontraron una encina grande y de abundante hoja. Como a Grisandole le pareció un lugar agradable, descabalgó junto con sus compañeros, colocaron un poco alejados los caballos e hicieron un gran fuego digno de admiración para asar la carne. El olor del asado se

extendió por todo el bosque, de forma que llegaba muy lejos. A continuación, ponen la mesa junto al fuego y después se escondieron y se ocultaron junto a un matorral. Merlín, que sabía todo esto y que había hablado disfrazado para no ser conocido, se dirigió hacia allí por la mañana dando grandes golpes, yendo de encina en encina: era negro e hirsuto, barbudo e iba descalzo; vestía una cota raída y se dirigió al fuego en el que se estaba asando la carne. Cuando el muchacho lo vio llegar, sintió tal miedo que por poco no perdió el sentido. Mientras, Merlín se dirigió al fuego y empezó a calentarse y a girar alrededor del fuego, mirando continuamente la carne; luego, empieza a bostezar como si tuviera mucha hambre; mira y ve la comida dispuesta, tal como le agradaba y según habéis oído. Cuando se dio cuenta de que la carne estaba suficientemente hecha, se dirigió al muchacho y le quita el espetón de las manos, como si estuviera loco, y come hasta que no queda nada; luego, se come el pan caliente con miel y cuando ya estuvo saciado, se llenó y se hinchó tanto que sintió un poco de frío. Se puso junto al fuego para calentarse y se quedó dormido.

Cuando Grisandole lo vio dormir, se dirigió hacia allá con sus compañeros lo más en silencio posible. Lo atan con una cadena de hierro por los lados y uno de los compañeros sujeta los cabos de la cadena. Cuando ya estaba bien atado, se despertó y se puso en pie; intentó coger la maza como hombre enloquecido, pero Grisandole lo sujeta con fuerza y lo mantiene en silencio. Al verse preso y atado, se avergüenza y lo siente. En esto, trajeron los caballos, lo montaron en uno y lo ataron con fuerza al arzón de la silla con dos cuerdas y tras él montó uno de los compañeros al que iba atado y que lo sujetaba por los lados.

Se pone en marcha y el hombre silvestre mira y ve a Grisandole y empieza a reír con fuerza. Al verlo reír, Grisandole se acerca a él, le pregunta y le pide que le cuente varias cosas, pero el hombre silvestre no quiere decir nada y le pregunta entonces que por qué se ríe, y solo le responde:

—Criatura desnaturalada, de forma cambiada, que engañas y mientes sobre todo, que picas como aguijón venenoso con veneno de serpiente, cállate; no te diré nada hasta que lleguemos ante el emperador al que debemos acudir.

Con esto, el hombre silvestre se calla sin decirle nada más. Cabalgan juntos durante un buen rato y Grisandole se queda sorprendida por lo que el hombre silvestre le ha dicho y habla con sus compañeros, que dicen que lo consideran muy discreto y que sin lugar a dudas ocurrirá algo digno de admiración en aquella tierra. De esta forma cabalgan juntos hablando de muchas cosas y pasan un día delante de una abadía; a la puerta había mucha gente pobre que esperaba limosna. Cuando el hombre silvestre los vio, empezó a reír y Grisandole, al ver que se reía, se dirigió a él y le pidió con gran dulzura, por Dios, que le dijera por qué se había reído. El hombre silvestre lo mira de través y le dice:

—Figura mudada y desnaturalada, no vuelvas a preguntarme nada, pues nada te diré hasta que lleguemos ante el emperador.

Al oírlo, Grisandole lo deja estar, y no le pregunta nada más por ahora. Hablan de muchas cosas los compañeros y cabalgan durante todo el día hasta la noche y el día siguiente hasta la hora prima. Tuvieron que pasar por delante de una capilla en la que iban a cantar misa. Grisandole descabalgó con sus compañeros y entraron para oír misa, encontrando a un caballero y a un escudero que estaban oyendo el servicio. Cuando el caballero vio al hombre encadenado, se preguntó sorprendido qué podía ser aquello. Mientras estaba mirándolo, su escudero, que estaba en un ángulo de la capilla, se dirigió a su señor, levantó la mano y le dio tal bofetada que toda la capilla resonó; luego, el escudero regresó al lugar del que había llegado, avergonzado por haber golpeado a su señor. Cuando volvió a su sitio, poco le importaba, pues la dureza solo le duró el tiempo necesario para volver. Cuando el hombre silvestre lo vio, se echó a reír estrepitosamente y el caballero que había sido golpeado, se quedó tan sorprendido que no sabía qué decir, pero tampoco podía estar callado. Grisandole y sus compañeros se sorprenden y se preguntan a qué se debe aquello, pero no hacía mucho que estaban allí, cuando el caballero fue golpeado de nuevo por el escudero que le dio una bofetada mayor que antes y a continuación volvió a su sitio. El hombre silvestre empezó a reír con fuerza y el caballero se sorprendió más todavía. El criado regresó a su sitio triste y apesadumbrado por lo que le había hecho a su señor. Pero al volver a la esquina, poco le importaba. Grisandole y sus compañeros se admiraron mucho más, pero prestaron atención a

la misa.

Mientras estaban oyendo misa, volvió el escudero por tercera vez y golpeó a su señor con un golpe mayor que antes. Cuando el hombre silvestre lo vio, volvió a reír. En esto, terminó la misa y Grisandole y sus compañeros salieron de la capilla. El caballero que había sido golpeado por su escudero, salió después y le preguntó a Grisandole que a quién servía y por qué llevaba a aquel hombre atado de esa forma. Grisandole le respondió que eran de Julio César, emperador de Roma:

—Y le llevamos este hombre silvestre al que hemos hecho prisionero en el bosque, pues tiene que explicarle un sueño que tuvo. Pero decidme, buen señor —le pregunta Grisandole—, ¿por qué os ha golpeado tres veces el escudero sin que vos le dijerais nada? ¿Lo tenéis por costumbre?

El caballero le contesta que lo sabrá en su momento, si quiere esperar un poco. Llama al escudero y le pregunta por qué lo había golpeado. Este siente tal vergüenza y pesar que responde que preferiría morir:

—Pero me entraron ganas de hacerlo.

El caballero le pregunta si desea hacerlo de nuevo y contesta que preferiría morir:

—Pero me entran tales ganas que no puedo remediarlo.

Grisandole se santigua admirado. En esto, el caballero le dice que irá a la corte a oír lo que el hombre silvestre va a decir. A continuación, se ponen en marcha. Grisandole cabalga al lado del hombre silvestre y le pregunta por qué se había reído en la capilla cuando el escudero golpeaba a su señor. El hombre silvestre lo mira otra vez y le responde:

—Figura mudada, que engañas y picas como lezna, apariencia de criatura por la que muchos hombres mueren y son heridos, cuchillo cortante y más afilado que ninguna arma, fuente que sonríes y que nunca te agotarás, cállate y no me preguntes nada hasta que lleguemos ante el emperador, pues nada te diré.

Al oír las duras palabras que le ha dicho, se asusta y no se atreve a preguntarle nada más. Cabalgan hasta que llegan a Roma. Cuando llegaron a la ciudad y las gentes lo vieron, corrieron todos a su encuentro para contemplar al hombre silvestre: corre el rumor por la ciudad y se acercan a mirarlo y a ver su aspecto, y lo acompañan hasta el palacio. El emperador salió a su encuentro a la puerta del palacio. Ellos ya habían subido los escalones y Grisandole se dirigió al emperador y le dijo:

—Señor, tomad, aquí tenéis al hombre silvestre que os presento; guardadlo bien a partir de ahora, pues yo os lo entrego. Sabed que he pasado grandes penalidades.

El emperador le responde que se lo recompensará muy bien y que el hombre silvestre será muy bien custodiado. Entonces, el emperador envía por un guerrero para encerrarlo, y el hombre silvestre le dice que no lo haga, pues no se irá sin su permiso. El emperador le pregunta cómo podrá estar seguro de ello, a lo que le responde que se lo juraría por su fe cristiana.

—¿Cómo, sois cristiano?

—Señor, sí, sin duda.

—¿Cómo fuisteis bautizado?

—Os lo voy a decir: mi madre volvía un día del mercado de una ciudad; era tarde y entró en el Bosque de Brocelianda; perdió el camino y tuvo que dormir esa noche en el bosque. Al verse sola y perdida, se acostó bajo un árbol y se durmió. Entonces, fue a ella un hombre silvestre del bosque y se sentó a su lado; al verla sola, se acostó con ella, que no se atrevió a defenderse, y esa noche fui engendrado en mi madre. Al regresar, estuvo pensativa mucho tiempo, hasta que se dio cuenta de que estaba embarazada; me llevó dentro hasta que nací y fui bautizado en una pila; luego, me alimentó hasta que fui mayor y tan pronto como pude valerme por mí mismo, fui a vivir en el bosque, por la naturaleza de mi padre que allí me guiaba. Como él fue silvestre, yo también lo soy. Ya habéis oído cómo fui bautizado y cristianado.

—Que Dios no me vuelva a ayudar —dice el emperador—, si os

encierro u os encadeno, con tal de que me prometáis que no os iréis de aquí sin mi permiso.

Entonces, Grisandole le contó al emperador que se había reído cuando lo apresó, delante de la abadía y en la capilla, y le dijo las distintas palabras que había pronunciado:

—Preguntadle por qué ha reído tanto cuando venía.

El emperador así lo hace y el hombre silvestre le contesta que lo sabrá en breve:

—Convocad a vuestros nobles y luego os lo diré, eso y otras cosas.

Entonces, el emperador se va a su habitación con el hombre silvestre y hablan de muchas cosas. El día siguiente por la mañana, el emperador convocó a todos los nobles que pensaba que podrían llegar antes, y lo hicieron con mucho gusto, acudiendo de todas partes.

Cuatro días después de que el hombre silvestre llegara, se reunieron los nobles en el palacio mayor. El emperador iba con el hombre silvestre y le hizo sentarse a su lado; todos lo contemplaban con atención. A continuación, los nobles le ruegan al emperador que les diga por qué los había convocado y este les responde que por un sueño que había tenido mientras dormía:

—Y quiero que sea explicado delante de vosotros.

Todos dicen que con mucho gusto escucharán el significado. A continuación, el emperador le pide al hombre silvestre que lo diga y este contesta que no lo hará hasta que la emperatriz y sus doce doncellas se reúnan allí. La llamaron y acudió con la cara alegre, como quien no sabía lo que iba a decir el hombre silvestre. Cuando la emperatriz y sus doce doncellas llegaron, los nobles se pusieron en pie. Al verlas, el hombre silvestre volvió la cabeza de través y empezó a reír como con despecho y después miró a la emperatriz y al emperador abiertamente, a Grisandole y a las doce doncellas, luego, se volvió hacia los nobles y empezó a reír con estrépito, como con escarnio. Al verle reír de esa forma, el emperador le ruega que tenga a bien el contarle todo lo que le ha preguntado y

por qué se reía entonces y en otras ocasiones. Se puso en pie y le dijo al emperador en voz tan alta que todos pudieron oír:

—Señor, señor, prometedme delante de todos vuestros nobles que aquí están, que no querréis mi mal, ni se me hará daño y que daréis permiso para que me vaya cuando haya terminado de explicaros lo que os voy a contar.

El emperador se lo otorga y promete que lo hará todo según desea. Entonces, dice el hombre silvestre que lo contará y empieza:

—Señor, una noche que os acostasteis con vuestra mujer que está ahí, os quedasteis dormido y tuvisteis un sueño: veíais a una cerda delante de vos, que era hermosa y estaba bien arreglada, el pelo que tenía en el lomo era tan largo que le arrastraba más de una toesa y en la cabeza llevaba una diadema de oro resplandeciente. Os parecía que había sido criada en vuestra casa, no la reconocíais por completo pero os parecía que la habíais visto en alguna ocasión. Después de contemplarla un buen rato, visteis salir de vuestra habitación doce lobeznos hermosos y bellos, que iban por la sala, se dirigían a la cerda y se acostaban con ella los doce, uno tras otro; después de hacer su voluntad, regresaban a la habitación. Entonces, os dirigíais a vuestros nobles y les preguntabais qué se debía hacer con la cerda que habíais visto que se comportaba de esa forma y los nobles os decían que no era digna ni leal y la condenaban a la hoguera igual que los lobeznos. Se preparaba entonces un gran fuego digno de admiración en este patio y en él se quemaba a la cerda y a los doce lobeznos. Ya habéis oído cuál fue vuestro sueño, tal como lo tuvisteis cuando dormíais; si en algo me he equivocado, decidlo delante de estos nobles.

El emperador le responde que no se había equivocado en una sola palabra.

—Señor emperador —dicen los nobles—, ya que os ha contado vuestro sueño, habrá que creer el significado del mismo si os lo dice, y es una cosa que oiremos con mucho gusto.

—Ciertamente —responde el hombre silvestre—, os lo contaré de forma tan clara que lo veréis ante vuestros propios ojos como verdadero.

—Decidlo entonces, pues es una cosa que me gustaría oír.

—Señor, la gran cerda que visteis representa a vuestra mujer la emperatriz, que está ahí; el pelo que tenía tan largo simboliza el vestido que se pone y la diadema de oro que llevaba en la cabeza representa la gran corona con la que la coronasteis; si os parece bien, me callaré y no diré nada más.

—Si queréis cumplir vuestra promesa —le contesta el emperador—, tenéis que seguir hablando.

—Señor, seguiré, pues. Los doce lobeznos que veáis salir de vuestra habitación son las doce doncellas que están con vuestra mujer: tened por seguro que no son mujeres, sino hombres como cualquier otro; haced que se desnuden y sabréis si es cierto o no. Siempre que os vais de la ciudad, ella se hace servir en sus habitaciones. Ya habéis oído el significado de vuestro sueño, y podéis saber si es verdad o no.

Cuando el emperador oyó la deslealtad que su mujer le había hecho, se quedó tan espantado que no pudo decir una palabra en un buen rato; luego, habló como hombre enfurecido y dijo:

—Pronto lo vamos a ver.

Llama a Grisandole, su senescal:

—Desnudadme a esas doncellas, pues quiero que mis nobles conozcan la verdad.

Grisandole se dirige al séquito y hace que se desnuden ante el emperador, viendo que tenían todos los miembros igual que los demás hombres. El emperador sintió tal vergüenza al descubrirlo, que no sabía qué decir y juró que haría tal justicia como se merecían. Los nobles la condenaron de forma que ya que había cometido deslealtad hacia su señor, debía ser quemada y los jóvenes ahorcados. Hubo quienes los condenaron a ser decapitados vivos, pero al final, se pusieron de acuerdo para que fueran quemados en una hoguera todos. Luego, le dijeron al emperador que se merecían ser quemados. Cuando este oyó la decisión de sus nobles, ordenó que hicieran una hoguera en la plaza y en seguida se hizo. A

continuación, mandó que les ataran las manos y también a la emperatriz y los mandó arrojar al fuego de tal forma que en poco rato se quemaron, pues era una hoguera extraordinariamente grande.

De esta forma tomó venganza el emperador de su mujer y corrió la fama por toda la tierra: después de que se hiciera justicia con la emperatriz y sus doce muchachos, decían todos que el hombre silvestre había sido muy sabio y buen adivino.

—Y aún dirán cosas por las que llegarán grandes maravillas a todo el mundo y a nosotros mismos.

Así supo el emperador la vida que había llevado durante mucho tiempo su mujer, gracias al hombre silvestre. El emperador le preguntó si le diría algo más y este le respondió que sí, todo lo que le preguntara.

—Quiero —le dice el emperador— que me digáis por qué os reísteis al ver a Grisandole, ante la abadía y cuando os llevó a la capilla en la que el escudero golpeó con la mano a su señor, y las palabras que le dijisteis a mi senescal cuando os preguntó por qué os habíais reído; y quiero que me digáis por qué os reísteis al ver llegar a la reina al palacio.

—Señor emperador —le contesta el hombre silvestre—, os diré todo eso con mucho gusto. La primera vez que me reí fue porque me había apresado una mujer gracias a su poder y a su ingenio, cosa que ningún hombre había podido hacer con todas vuestras fuerzas. Sabed que Grisandole es la mujer más hermosa y mejor de toda vuestra tierra y que es doncella. Por eso me reí. Luego me reí ante la abadía porque enterrado a la puerta de la misma está el mayor tesoro del mundo, y me reía porque el tesoro estaba justo debajo de los pies de los que estaban esperando limosna, que tenían más riqueza bajo sus pies que lo que valía toda la abadía y sus dependencias; por eso me reí, por el tesoro que estaba junto a ellos y no sabían cómo conseguirlo. Cuando Agradable, vuestro senescal, que se hace llamar Grisandole, me preguntó por qué reía, le dije unas palabras oscuras porque había tomado aspecto de hombre y había vestido una ropa distinta a la suya; todas las palabras que le dije son ciertas, pues muchos hombres valientes reciben vergüenza

por la mujer, son engañados por ellas, muchas ciudades son tomadas y destruidas y muchas tierras arrasadas; pero no lo dije porque en ella haya maldad y tú mismo bien lo puedes ver, que muchos hombres son afrentados por las mujeres; pero ahora no te preocupes de la tuya, a la que has dado la muerte, pues se lo merecía, y no tengas mal talante contra las demás mujeres y no las consideres a todas viles por eso, pues hay muchas esparcidas por todas partes que en ningún momento han obrado mal contra sus señores. Y mientras exista el mundo, muchas mujeres serán cada vez peores, por culpa del pecado de lujuria que tienen y que las abrasa, ya que las mujeres son de tal naturaleza que cuando tienen el mejor señor del mundo, piensan que es el peor y eso les ocurre por la gran fragilidad que hay en ellas. Pero tú no te preocupes por eso, pues hay bastantes mujeres buenas en el mundo y si has sido engañado por la tuya, aún podrás tener otra que será digna emperatriz y de recibir un imperio tan alto como es este. Si lo quieres creer, ganarás con ello más que perderás. Pero la profecía dice que el gran dragón volará desde Romaña e irá a destruir el reino de Bretaña para dominar al león coronado a pesar de la resistencia de la tórtola que el dragón había criado bajo sus alas. Tan pronto como el dragón se ponga en marcha para ir a Gran Bretaña, el león le saldrá al encuentro y combatirán hasta que un toro bravo y fiero que el león tiene llegue al combate y hiera al dragón con uno de sus cuernos de tal forma que lo arrojará muerto y gracias a eso el gran león quedará libre. Pero no te voy a decir el gran significado de estas palabras, pues no debo hacerlo; ocurrirá en tu tiempo. Ahora guárdate de creer el mal consejo, pues en gran parte lo que he dicho se refiere a ti.

»La otra carcajada —continúa el hombre silvestre— que di en la capilla, no fue por la bofetada que el escudero le dio a su señor, sino por todo lo que había representado allí, y que os voy a decir. Allí donde estaba el criado, hay un gran tesoro reunido en la tierra; la bofetada significa que por la riqueza el hombre se hace orgulloso, de tal forma que a nadie estima, ni aprecia a Dios, ni teme nada, del mismo modo que el escudero tampoco temía a su señor; y los ricos quieren humillar a los pobres y eso hace el pueblo rico desleal cuando algo le desagrada, jurando contra Nuestro Señor y maldiciéndolo, y a la vez añaden que en mala hora le devolverán lo que les da; todo eso lo dicen por el orgullo que tienen por las

riquezas. La segunda bofetada representa al rico usurero que se baña en su tesoro, escarnece y se burla de sus pobres vecinos y de los que tienen necesidades de dinero que van a él a pedirle prestado; este espía y vigila al necesitado, pensando cómo perjudicarlo y lo van cargando poco a poco hasta que tiene que vender su tierra, quiera o no, al que tanto la codicia y que tiene sus riquezas siempre presentes. Bien os podéis dar cuenta de que es una mala bofetada. La tercera bofetada representa a los falsos abogados que venden y prestan lo de sus vecinos por detrás, por la envidia que sienten al ver que les va bien y que no los tienen bajo su poder. Cuando estos abogados ven que ya no les sirven de nada, los meten en juicios para quitarles lo que les queda y por eso se dice que el que tiene mal vecino tiene mal día. Ya habéis oído la razón de las bofetadas, pero el criado no pensaba en eso cuando golpeó a su señor; Dios Todopoderoso, que lo sabe todo y todo lo ve, quiso hacerlo así para dar ejemplo y que el hombre no se enorgulleciera por su riqueza, pues del mismo modo que la riqueza enterrada de nada sirve, así, tampoco es riqueza, sino muerte para todos aquellos que se duermen en el pecado y se olvidan de Dios realizando las obras del diablo, que los lleva al castigo eterno a través del deleite que sienten en sus grandes riquezas.

»Pero ahora os voy a decir por qué me he reído esta mañana, cuando la emperatriz y sus cobardes acompañantes entraron aquí; lo hice por su pecado y en despecho suyo, ya que ella tenía al hombre más valioso que se conoce de vuestra edad y sin embargo se entregaba a doce bribones, pensando que podría mantener tal deslealtad el resto de su vida tan encubierta que no se daría nadie cuenta de ello; me pesó mucho por vuestro amor y por amor a vuestra hija, pues sin lugar a dudas es hija vuestra y no se parecerá en nada a su madre. Ya habéis oído por qué me reí; ahora me iré, si os parece bien.

—Esperad un poco —le dice el emperador—, y sabremos la verdad acerca de Grisandole; ordenaremos desenterrar el tesoro, pues quiero saber si es cierto o no.

El hombre silvestre acepta. Entonces, el emperador ordena que Grisandole se desnude y así lo hace; vieron que era una de las doncellas más hermosas de cuantas se podrían encontrar en la

tierra.

Cuando el emperador supo que era una mujer, se santiguó admirado y le preguntó al hombre silvestre cómo haría, pues le había concedido a su hija y la mitad de su reino, y quería mantener el juramento.

—Os lo voy a decir —le contesta el hombre silvestre—, creed mi consejo y os irá bien.

—Hablad, y os creeré.

—Casaos con Agradable. ¿Sabéis de quién es hija? Es hija del duque Mathem de Sajonia, al que desheredó Frole y tuvo que huir de su tierra con su mujer y con un hijo suyo que es un muchacho leal. Están en Provenza, en una rica ciudad llamada Montpelier. Enviad a buscarlos, devolvedles sus herencias de las que han sido privados sin razón y casad a vuestra hija con el hermano de Agradable, que es hermoso y valiente y se llama Patricio. Sabed que no podríais hacer nada mejor.

Cuando los nobles oyeron lo que el hombre silvestre dijo, hablaron entre ellos un buen rato y acordaron que el emperador no podría hacer nada mejor. Entonces, el emperador le pregunta cómo se llama y quién era el ciervo que había hablado con él de esa forma.

—Señor, guardad silencio, pues cuanto más lo veáis y más oigáis hablar de él, menos lo conoceréis.

—¿No me vais a decir nada más?

—Sí, señor; os hablaré del león coronado al que me acabo de referir y del dragón volador, porque quiero que os acordéis de ellos; os voy a contar su significado. Es cierto y la profecía lo dice, que el gran jabalí de Roma, que está representado por el dragón, irá contra el león coronado de Bretaña la menor, para defender a la tórtola de la cabeza de oro que habrá sido amiga suya durante mucho tiempo. Pero el jabalí tendrá tal orgullo que no querrá creer los consejos e irá con toda su gente a combatir en Gaula contra el león coronado, que le saldrá al encuentro con todos sus animales. Entonces, uno de los pavos reales del león coronado matará al gran dragón; por eso te

ruego que si quieres hacer algo por mí antes de que me vaya, prométeme que no harás nada contra tu mujer a partir del día en que te cases con ella; si así lo haces, recibirás provecho. Ahora me voy a ir, pues ya no tengo más que hacer aquí.

El emperador lo encomienda a Dios y el hombre silvestre se pone en marcha. Al llegar a la puerta de la sala, escribe letras negras en las jambas de la puerta, en hebreo, que decían: «Sepan cuantos lean estas letras que el hombre silvestre que ha explicado su sueño al emperador fue Merlín de Northumberland y el ciervo de grandes cuernos que habló con él ante todos sus nobles y fue perseguido por la ciudad de Roma, que habló con Agradable en el bosque, también era Merlín, el consejero principal del rey Arturo de Gran Bretaña».

Entonces se marchó y no volvió a detenerse.

Aquí la historia deja de hablar de Merlín y habla del emperador de Roma.

XXVI

Cuenta aquí la historia que cuando el hombre silvestre dejó al emperador de Roma, este envió en busca del padre y de la madre de Agradable y de Patricio, su hijo, a Montpelier, adonde se habían ido huyendo. Llegaron alegres y contentos por la fortuna que Dios les había concedido y les mostraron una gran alegría al verlos llegar. La hija se puso muy contenta al ver a sus padres y a su hermano y lo mismo les ocurrió a ellos, pues no pensaban volver a verla nunca más. Se quedaron con el emperador.

No hacía mucho tiempo que estaban allí, cuando el emperador les devolvió las tierras que Frole les había quitado, aunque este se las disputó todo lo que pudo y la guerra duró mucho tiempo, ya que era poderoso; pero al final, el emperador puso paz. Después, le entregó su hija a Patricio y él mismo tomó a Agradable por mujer: fue grande la alegría y la fiesta que hicieron los nobles, pues la dama se había hecho querer por todos y por todas.

Mientras tenían esta alegría y este gozo, llegó un mensajero de Grecia que se presentó al emperador por una disputa que había entre los nobles de aquella región y el emperador Adrián, ya que este, que debía hacer justicia, no podía cabalgar casi porque se encontraba débil y viejo. Después de dar el mensaje, el mensajero regresó, y al volverse miró la puerta del palacio y vio las letras que Merlín había escrito; apenas las vio, las leyó sin dificultad, pues sabía bastante de letras. Entonces, se echó a reír con fuerza, volvió ante el emperador y le dijo:

—Señor, señor, ¿es cierto lo que dicen esas letras?

—¿Qué dicen? ¿Lo sabéis?

—Las escribió el que os descubrió vuestro sueño sobre vuestra mujer y dice que habló con vos bajo el aspecto de un ciervo y que era Merlín de Northumberland, el consejero principal del rey Arturo de Gran Bretaña, que ha hecho que os caséis con vuestra mujer Agradable.

Cuando el emperador oyó estas palabras, se santiguó admirado y entonces ocurrió algo sorprendente a la vista de todos los que estaban allí, pues apenas había oído el emperador lo que las letras decían, cuando estas se deshicieron y desaparecieron, de modo que nadie supo qué había sido de ellas. Al ver esto, se admiraron mucho y fue grande la fama que hubo después por toda la tierra.

Pero ahora la historia deja de hablar del emperador que estaba alegre y contento en su país con Agradable, llevando buena vida durante mucho tiempo, pues eran jóvenes y la historia dice que en aquel tiempo el emperador no tenía más de veintiocho años y Agradable apenas llegaba a los veintidós. Durante mucho tiempo tuvieron buena vida y aún mejor la tuvieron Patricio y Foldace.

Ahora la historia deja de hablar de ellos y os hablaremos de Merlín.

XXVII

Cuenta en esta parte la historia que tan pronto como Merlín dejó a Julio César, se puso en marcha hacia Gran Bretaña para ir a ver a Blaise, su maestro, que le recibió muy bien y con gran alegría. No tardó mucho en llegar, pues solo tardó un día y una noche, ya que era hombre que conocía artes sutiles.

Le contó a Blaise todas las cosas que habían ocurrido en Romaña y luego le contó cómo diez reyes y un duque se habían reunido para ir a combatir contra los sajones ante la ciudad de Clarence y le contó la batalla que había habido delante de la ciudad de Trebe en el reino de Benoic, en la que se enfrentaron el rey Arturo contra los alemanes, los romanos y la gente de Gaula y de Claudás de la Tierra Desierta; cómo fueron derrotados y cómo el rey Ban había concebido un niño en su mujer que superaría a todos los demás caballeros de su tiempo. Después de contarle todo esto a Blaise, Blaise lo puso todo por escrito y gracias a él lo sabemos nosotros todavía.

Pero la historia deja ahora de hablar de Merlín y de Blaise y os hablaremos de los diez reyes y del duque que se habían reunido con toda su hueste.

[Reunión de los diez reyes para combatir a los sajones. En la batalla destaca el Rey de los Cien Caballeros.]

Los doce príncipes cristianos del reino de Logres son vencidos, y se tienen que refugiar en el bosque.

El rey Arturo regresa a su tierra, entre la alegría de sus súbditos.

Hay un inicio de paz entre los nobles y el rey Arturo, y empieza a hablarse de la boda entre este y Ginebra.]

Pero la historia deja de hablar de él y habla de Merlín, que estaba

en la ermita con Blaise, su maestro, al que le había contado todo lo que habéis oído hasta ahora. Blaise lo puso por escrito.

Y dice la historia que tan pronto como el rey Arturo le dijo a Leodagán que tan solo esperaba a Merlín, este lo supo y supo las intenciones del rey Loth y cómo había enviado espías por todos los caminos, y se lo contó a Blaise, palabra por palabra; este lo puso todo por escrito y cuando Merlín le hubo contado a Blaise todo esto, se dirigió a Carohase, donde estaban esperándole los nobles; fue la víspera del día en que el rey iba a esposar a su mujer. Cuando los nobles lo vieron, le mostraron una gran alegría.

Pero la historia deja de hablar de él y os hablaremos de Ginebra, la hijastra de Cleodalís el senescal de Carmelida y de sus familiares, que odiaban mucho al rey Leodagán.

XXVIII

Cuenta ahora la historia que Ginebra, la hijastra de Cleodalis, tenía muy ricos parientes por parte de su madre y buenos caballeros que odiaban mucho al rey Leodagán por la gran afrenta que había causado a Cleodalis con su mujer, a la que había mantenido durante tanto tiempo a su lado a pesar de todos ellos.

La misma noche que Merlín llegó, se reunieron hasta dieciséis de ellos y hablaron de muchas cosas. Cleodalis no estaba presente, pues no sabía nada. Se preguntan unos a otros cómo podrían causarle mayor daño y pesar al rey; finalmente, acuerdan hablar con el ama de la mujer del rey Arturo: piensan hacer que la noche que Ginebra tenga que acostarse con su señor, el ama la lleve a distraerse al jardín:

—Entonces, la apresamos y la llevaremos a un lugar tal que nadie volverá a tener noticias suyas y no será conocida allí o en ningún otro sitio.

—Vayamos y hagamos que el ama lo acepte; luego, dominaremos sobre el rey y el reino.

Luego, acuerdan quiénes serán los siete de ellos que llevarán a cabo el rapto, y dicen que tendrán un barco preparado para que embarquen. A continuación, se separan los traidores alegres y contentos, pensando haber actuado bien. Consiguen el barco y se ocupan de preparar todo lo necesario. Le prometen tanto al ama que esta acepta cumplir su voluntad.

Pero apenas lo habían hablado, lo supo Merlín y se dirigió a Ulfino y a Bretel, se los llevó aparte y les dijo a solas toda la traición, palabra por palabra, tal como la habían pensado. Cuando estos lo oyeron, se santiguaron admirados. Después, le preguntan a Merlín qué pueden hacer.

—Os lo voy a decir. Mañana por la noche, después de cenar armaos bien debajo de la ropa y escondedlos en el jardín bajo un manzano.

Ellos llegarán desarmados, solo llevarán las espadas, irán al sitio de la emboscada y se ocultarán hasta que el ama les lleve a la reina. Procurad estar dispuestos a rescatarla tan pronto como la hayan cogido, pues la perderíais en poco rato si consiguieran llevarla al barco.

—Señor —le contestan los nobles—, si Dios quiere, no la perderemos, ya que sabemos tantas cosas.

—Tened cuidado de no decirle a nadie lo que os he contado, pues no volvería a amaros.

—Preferiríamos perder nuestras heredades antes que hablar de esto.

A continuación, se separan los tres amigos y acuden a la sala, donde estaban los caballeros que querían marcharse para ir a sus alojamientos a dormir y a descansar hasta el día siguiente que amaneciera.

Por la mañana, se levantaron los nobles y los caballeros y se reunieron en la sala. El rey Leodagán hizo arreglar a su hija con tanta riqueza que nunca hubo hija de rey mejor engalanada. Era de tan gran belleza que todo el mundo la contemplaba admirado. El rey Ban se puso a un lado y el rey Boores al otro y la llevaron a la iglesia de San Esteban seguida por un gran cortejo de nobles; iban de dos en dos: los dos primeros eran el rey Arturo y el rey Leodagán; tras ellos, mi señor Galván y mi Señor Yvaín; les seguían Galescalaín y Agravaín; luego, Dodinel y Guerrehet; a continuación, Saigremor y Gueheriet; tras ellos, Keu el senescal y Keu de Estraus; iban después el rey Ban y el rey Boores, que llevaban a la doncella; tenía el manto desabrochado y un gorro de oro en la cabeza, el más rico de los conocidos; llevaba un vestido de oro batido, tan largo que le arrastraba más de media toesa y le sentaba tan bien que todo el mundo se admiraba de su gran belleza. Tras ella iba Ginebra, la hijastra de Cleodalís, que era también extraordinariamente hermosa y elegante; la llevaban de la mano Giflete y Lucano el Botellero. Tras ellos venían los caballeros noveles de dos en dos y después, los compañeros de la Mesa Redonda; a continuación, los nobles del reino de Carmelida y luego las damas libres del país y los burgueses, y todos se dirigían de esta forma a la iglesia.

Cuando llegaron, se encontraron al arzobispo de Brice, de la tierra de Logres, y a mi señor Amistant, el buen capellán de Leodagán: esposó y bendijo al rey Arturo y a Ginebra, y el buen arzobispo cantó la misa con grandes ofrendas de reyes y altos príncipes. Cuando terminó el oficio, regresaron al palacio con un gran séquito de diversos ministriles. ¿Qué más podría contar? Toda la alegría que se puede hacer, se hizo. Después, colocaron las mesas y fueron a comer; fueron bien servidos, como correspondía a nupcias de rey. No hay ningún hombre vivo que pueda contar los regalos que se hicieron.

Después de comer, cuando los manteles fueron quitados, se levantaron los nobles y fueron al prado delante del palacio; allí levantaron una quintana y fueron a bohordar los caballeros noveles y los cuarenta soldaderos que habían llegado a Carohase con el rey Arturo. Los compañeros de la Mesa Redonda también acudieron y empezaron a tratarlos mal y a provocarlos entre juegos, como buenos caballeros que eran, hasta que mi señor Galván, que estaba sentado a la mesa con sus compañeros, se enteró. Cuando mi señor Galván oye que sus amigos eran maltratados de esa forma, pide sus armas, su escudo y su lanza, y lo mismo hace el resto de sus amigos. Se las entregan, y montan completamente desarmados, salvo mi señor Yvaín, que se había puesto un lorigón de doble malla, pues tal era su vestido siempre no porque pensara que le iban a hacer alguna traición o felonía, sino porque temía que surgiera una pelea en cualquier momento entre sus compañeros por culpa de algún estúpido o traidor, que eran muy abundantes en la tierra. Al llegar mi señor Galván al torneo, junto con sus compañeros, los jóvenes caballeros llevaban la peor parte, ya que los de la Mesa Redonda hacían con ellos según su voluntad. Mi señor Galván los vio tan vencidos que no se puso contento: se dirigió hacia allí con los suyos. Los otros, al ver que les llegaban refuerzos, se reúnen alrededor de mi señor Galván y de su compañía y les preguntan si se van a poner de su parte, a lo que contestan que sí.

Muy contentos se pusieron los soldaderos al sentirse acompañados y los otros lo sintieron mucho. Se prometen que nunca se dejarán los unos a los otros, ni vivos ni muertos, y bien se vio ese día, pues lo hicieron tan bien que sintieron gran envidia de ellos los caballeros de la Mesa Redonda: era tal la envidia que la pagaron cara en el

torneo de la octava que tuvo lugar en Logres, cuando mi señor Galván fue proclamado señor y amo por lo bien que lo hizo, tal como la historia os contará más adelante, después de que se convirtiera en caballero de la reina Ginebra.

Después de que mi señor Galván les tomara las promesas a sus compañeros, se dispusieron y prepararon todos, los colocó en orden mi señor Galván como caballero bien entendido que era, el más cortés y prudente que había en toda Bretaña. A continuación, cabalaron de dos en dos, unos tras otros. El rey Arturo y Merlín y otros muchos se quedaron en las ventanas del palacio para ver el torneo; estaban con las damas y doncellas, que eran muy numerosas, viendo a los que ya se han preparado y solo les falta empezar a darse golpes.

Los compañeros de la Mesa Redonda estaban al otro lado y eran ciento cincuenta. Mi señor Galván envió contra ellos a cuarenta combatientes, el primero de los cuales era Saigremor; del otro lado, llegó Nascién: dejan correr los caballos unos contra otros, pero mi señor Galván se mete entre ellos y los separa; llama a los compañeros de la Mesa Redonda y les dice:

—Señores, todos vosotros sois valientes y los mejores caballeros que se conocen; obrad bien e id a coger vuestras armas; nosotros haremos lo mismo y procuraremos estar tantos por una parte como por otra, de tal forma que si apresamos a uno de los vuestros, se pondrá a nuestro lado contra vosotros y si vosotros apresáis a uno de los nuestros, os ayudará para perjuicio nuestro. Cuando hayamos apresado a alguno de los vuestros, poned a otro en su lugar y nosotros haremos lo mismo si apresáis a uno de los nuestros.

Prometen mantener estas condiciones; envían por sus armas y tan pronto como se las traen, se arman lo mejor que pueden. Llegó a la ciudad entonces la noticia y contaron cómo mi señor Galván había emprendido el torneo contra los compañeros de la Mesa Redonda, y todos lo estiman y lo elogian mucho, pero es el rey Boores el que más lo aprecia, diciendo que nunca se había visto tan buen caballero de su edad, y que si vive mucho tiempo será el mejor caballero, «y con el que más me gustaría estar en todo momento». De esta forma hablaba el rey Boores de mi señor Galván.

Mientras tanto, los caballeros montaron y se dispusieron; fueron unos contra otros y el primero que sale de las filas de los caballeros de la Mesa Redonda fue Adragaín el Bruno, contra el que salió Dodinel el Salvaje: iban el uno contra el otro tan rápidos como sus caballos podían llevarlos; se golpean en los escudos con las lanzas atravesando las tablas y quebrándolas con la fuerza de sus brazos y de los caballos que los llevan veloces; las puntas no se detienen hasta que llegan a las cotas de malla; pero estas eran fuertes y no cedió ninguna malla: se rompen las lanzas y se golpean con tanta fuerza con los escudos y con el cuerpo que se derriban al suelo. Tan pronto como cayeron, volvieron a rescatarlos de ambas partes y se atacan unos a otros golpeándose sobre los escudos tan violentamente que las lanzas vuelan hechas pedazos; hay quienes se derriban y quienes pasan de largo sin caer; luego, sacan las espadas y empieza el combate a pie y a caballo. En esto, se encontraron mi señor Galván y Nascién; se golpearon con las lanzas en el escudo, con toda su fuerza; la lanza de Nascién se hizo pedazos y mi señor Galván lo alcanzó con tal ímpetu que le juntó el escudo al brazo, el brazo al cuerpo y lo derriba de los arzones al suelo, con las piernas hacia arriba; pero rápidamente se volvió a poner en pie, pues era ágil, valiente y decidido; desenvaina la espada, se cubre con el escudo y se dispone a defenderse. Cuando mi señor Galván perdió el impulso que llevaba, volvió hacia atrás, desenvainó la espada y regresó contra Nascién, que al verlo venir sintió poco miedo y se apresuró a golpearle: alcanza a mi señor Galván por debajo del escudo, de tal forma que hace que la sangre corra hacia abajo. Mi señor Galván le devuelve tal tajo en el yelmo que las chispas vuelan hacia arriba y le hace caer al suelo apoyando las palmas; pero se levantó pronto y atacó con la espada levantada, dándole a mi señor Galván tal golpe en el yelmo que le hace inclinar la cabeza. Mi señor Galván, al verlo tan valiente y que combate tan bien contra él, siente un gran afecto; lo golpea con fuerza en el yelmo y le hace tambalearse y caer de rodillas, pero como tenía mucha fuerza, vuelve a ponerse en pie, pero mientras se levantaba, mi señor Galván lo sujeta por el yelmo y se lo arranca tan violentamente de la cabeza, que la nariz y las cejas lo notan; arroja lejos el yelmo, en medio del tumulto; luego le grita:

—Señor caballero, rendíos.

Este le responde que no se encuentra en situación de rendirse ante nadie que vea; se cubre con el escudo y mi señor Galván le da tal golpe que hace volar un trozo en medio del campo; luego, le ataca y le golpea con el puño de la espada haciéndole caer al suelo tendido; descabalgua y le salta encima del cuerpo, le quita la cofia y le dice que se rinda o está muerto. Nascién le responde que lo puede matar, pero que no se tendrá por cobarde mientras viva.

—¿Cómo? —le pregunta mi señor Galván—. Señor caballero, ¿ciertamente preferís morir antes que rendiros o teneros por vencido?

—Sí.

—No quiero mataros, pues sería una gran lástima, ya que sois muy valiente; pero os voy a tratar tan bien que en un mes no vais a poder volver a montar a caballo.

—No sé lo que vais a hacer, pero mientras viva no me tendré por vencido.

Cuando mi señor Galván ve que no va a conseguir otra cosa, se da cuenta de que tiene un gran corazón; decide hacer algo que es de gran nobleza y que cualquier otro no habría hecho; se dirige a él y le dice:

—Señor caballero, tomad mi espada, como la de quien se tiene por vencido.

Cuando Nascién ve semejante nobleza, se humilla y le contesta:

—Ay, por Dios, señor caballero, no digáis eso; tomad mi espada pues os la rindo; mucha gente ha visto lo ocurrido y tened por seguro que no podré devolveros ni daros la recompensa que os merecéis.

Entonces se abrazan y se muestran una gran alegría el uno al otro. Al cabo de un rato, vuelven a tomar las armas y reemprenden el torneo que ya habían empezado. Nascién se paso del lado de mi señor Galván, pues era justo y así se había acordado. Al entrar en el torneo, Dodinel ya había vuelto a montar a caballo y había

conseguido retener a Adragáin a la fuerza. La batalla había recommenzado de forma admirable y Saigremor había conseguido derribar a Hervís de Rivel y lo sujetaba por el yelmo con las dos manos, de tal modo que tenía que prometerle prisión. Gueheriet, el hermano de mi señor Galván, había hecho prisionero a Miglorás. Cuando mi señor Galván entró en el torneo, empezó a hacerlo tan bien, que hizo que todos retrocedieran y abandonaran el campo de batalla. Doce de los compañeros de mi señor Galván apresaron a otros tantos de la Mesa Redonda a la fuerza y los otros lo sintieron tanto que poco faltó para que enloquecieran. Acudieron cuarenta compañeros de ambas partes y volvió a iniciarse el torneo duro y digno de admiración, pues los caballeros de la Mesa Redonda decían que se guardara el que supiera hacerlo, pues procurarían causar el mayor daño a lo largo de todo el día: «Ya que es poco lo que podemos estimarnos si estos niños hacen que retrocedamos, pues nunca han participado en torneos más que hoy y se nos deberá tener por malvados y dignos de censura».

Atacan y producen un gran choque; lo sintieron mucho los compañeros que estaban presos. Van a su encuentro y los reciben con las puntas de las lanzas con gran valentía. Allí hubo un combate duro y fuerte, que duró en todo su vigor durante mucho tiempo, hasta que pasó mediodía. Entonces, mi señor Galván salió del torneo para cambiarse el yelmo, ya que el suyo estaba en tal estado que de nada le servía, porque lo tenía partido y tan destrozado que le colgaba sobre los hombros. Mientras estaba aliviándose y cambiando el yelmo, ve que su gente retrocede por todas partes. Vuelve a entrar en el combate con una lanza fuerte y recta: alcanza al primero que encuentra y lo derriba. Lo hace tan bien que los suyos se recobran. En esto, se encontró a pie a mi señor Yvaín, a Keu, a Grifón, a Lucano, a Blioberís, a Giflete, a Osenáin del Corazón Osado, a Lanval y a Agravaín; sobre estos ocho se había detenido todo el torneo, pues todos los compañeros de la Mesa Redonda estaban preocupados solo en hacerlos prisioneros. Cuando mi señor Galván los ve, se dirige hacia allá con la lanza en el puño; se mete con tanta fuerza entre ellos, que hace que se estremezcan: derriba al primero que encuentra; luego, baja la lanza, que se le rompe; con los trozos derriba a otro de tan mala forma que no supo dónde estaba. A continuación, desenvaina la espada y empieza a realizar tales proezas que todos se admiran, ya que les parte los

escudos y las lorigas y no hay nadie que se atreva a esperar sus golpes, de tal modo que incluso los mejores le dejan sitio; él los va esparciendo y separando. Mientras, sus compañeros han vuelto a montar y están dispuestos a vengar la afrenta que les han causado. Mi señor Yvaín empieza a hacerlo tan bien que sienten gran estima por él unos y otros; del mismo modo combaten todos los compañeros, siendo muy alabados por los que están contemplando el torneo: hablaron mucho de ello los cuatro reyes que estaban en las ventanas y decían que serían valientes caballeros si vivían largo tiempo.

Pero ninguna proeza de las que hacen es comparable a las de mi señor Galván, ya que gracias a él los otros retrocedieron y fueron perseguidos hasta la ciudad. Allí se detuvieron los compañeros de la Mesa Redonda como quienes estaban afligidos y pesarosos, a la vez que decían que son malos por haberse dejado tratar de esa forma. Vuelven las cabezas de sus caballos contra los que les seguían de cerca y recomienza un combate más admirable todavía: en toda la jornada no hubo encuentro tan duro ni tan violento.

Fue grande la batalla y duro el choque a la entrada de la puerta de la ciudad de Carohase, entre los de la Mesa Redonda y los caballeros noveles. Mi señor Galván llevó a cabo tales hazañas que durante mucho tiempo se habló de ellas, y lo había hecho muy bien durante toda la jornada, pues cuando vio que sus compañeros se habían detenido y que los compañeros de la Mesa Redonda les prohibían la entrada, de tal forma que no podían romper sus filas ni atravesarlas, se entristeció y lo sintió porque no sabía qué hacer. Se retira, vuelve la espada a la vaina, que no era Escalibor sino una espada dura para combatir en torneos, y fue a una gran rama de encina; la coge con las manos, arroja el escudo al suelo para estar más libre y regresa a donde ve mayor tumulto; golpea a un caballero en el yelmo y lo derriba al suelo, de tal forma que por poco no hace que pierda el sentido; luego, hace caer a otro completamente aturdido, y la sangre le sale por la nariz y la boca; sigue golpeando a diestro y siniestro y derriba a todo lo que alcanza en su camino, hiriendo y dañando a todos. Cuando los de la Mesa Redonda ven que solo está dispuesto a causarles daño, corren a él y a los suyos con enorme ímpetu, diciendo que les harán el peor daño que puedan y que ya no les preocupa combatir: recomienza una

pelea tan grande y digna de admiración que hubiera habido grandes pérdidas por ambas partes si Merlín no hubiera estado allí y si no hubiera llamado al rey Ban, a su hermano el rey Boores, al rey Arturo, y les hubiera dicho que fueran a separarlos, pues ya era el momento y la ocasión de hacer las paces. Cuando los nobles oyen las palabras de Merlín, piden sus armas y sus caballos; acuden los criados con lo que les habían pedido y ellos se arman. A continuación, montan y cabalgan hacia el combate; Merlín va delante de todos los demás. Mientras, están luchando con valor, encolerizados unos con otros. Mi señor Galván, que tenía la rama, supera a todos y los otros se defienden vigorosamente, sin querer ceder por nada que les hagan.

Cuando mi señor Galván ve que se portan con tanto valor, ataca airado como un jabalí y consigue atravesar las filas a pesar de todos ellos; entonces, empieza a causar el mayor daño que puede, dispuesto a maltratarlos con todas sus fuerzas; pero en esto llegaron Merlín y los tres reyes a separarlos. Mi señor Galván acababa de encontrarse con Minodales, que le había golpeado en medio del pecho con una lanza, de forma que por poco no lo había derribado a él y a su caballo; estaba muy enfadado por el golpe que había recibido. Mi señor Galván se dirige a él con la espada levantada para golpearle en el yelmo; Minodales, al ver venir el golpe, se agacha hacia delante para esquivarlo, de forma que la espada le cae de través por el hombro y lo derriba al suelo vuelto. En esto llega el rey Arturo que había visto el golpe del muchacho y le grita:

—¡Buen sobrino, bajad la espada, pues ya habéis hecho suficiente!

Pero mi señor Galván estaba encolerizado y dispuesto a hacer daño. Merlín va a él y lo sujeta con una mano y con la otra le quita la espada diciéndole mientras se reía:

—Deteneos, señor caballero, estáis preso y os tenéis que rendir a mí, pues ya habéis hecho bastante vuestra voluntad.

Cuando mi señor Galván ve que es Merlín, le dice de buenas maneras que se da por preso ya que así lo quiere él; le deja la espada en la mano y le pregunta por qué lo ha sujetado. Mientras hablaban de esta forma, llega el rey Arturo y le dice:

—Buen sobrino, dejad estar el torneo, pues ya habéis hecho bastante y ahora conviene que las cosas queden como están.

Le contesta que le parece bien ya que así lo quiere.

Luego, se marchan los cinco. Tan pronto como mi señor Galván salió del torneo, se separan y va cada uno a su alojamiento para desarmarse. Los compañeros de la Mesa Redonda están muy pesarosos porque han llevado la peor parte del torneo, pero piensan vengarse de tal forma que los caballeros noveles no podrán reírse por nada. Estas palabras fueron oídas por un joven que iba cabalgando junto a ellos y fue a decírselas a mi señor Galván, al que se llevaban los tres reyes, Merlín, mi señor Yvain y Galescalain. El criado se dirigió a ellos y les dijo las palabras de los compañeros de la Mesa Redonda.

Cuando mi señor Galván oyó las amenazas, las tuvo como un gran despecho, pero no lo aparentó, sino que se limitó a decir que no dejarían de enfrentarse a ellos siempre que quisieran:

—Y poco falta para que no vaya ahora con diez caballeros que me ayuden.

Estas palabras que había dicho mi señor Galván, las mantuvo bien, pues quedó claro quiénes eran los mejores caballeros el día que se enfrentaron en otro torneo en el prado de Logres, cuando los caballeros noveles combatieron contra los de la Mesa Redonda, que hubo numerosos heridos y contusionados, tal como la historia os contará más adelante y os dirá cómo hicieron votos unos y otros.

Pero ahora la historia deja de hablar de este asunto hasta que sea el momento y la ocasión y vuelve a hablar de los caballeros de la Mesa Redonda, que van a sus alojamientos a desarmarse tal como os acabo de contar.

XXIX

Cuenta aquí la historia que después de que el rey Arturo llevara a mi señor Galván al palacio, el pueblo menudo empezó a decir de este:

—Ese es el buen caballero.

Le preguntaban a Merlín quién era y cómo se llamaba y él les contestaba que se llamaba Galván y era hijo del rey Loth de Orcania. Al oírlo, decían contentos que era muy valiente y que tenía a quién parecerse.

De esta forma expresaban sus sentimientos los de la ciudad. Cuando los compañeros de la Mesa Redonda se hubieron desarmado, se vistieron y prepararon con sus mejores ropas y acudieron a la corte. Se dirigen a donde ven a mi señor Galván y se quejan ante él de él mismo, diciéndole que los ha tratado muy mal en ese primer torneo y que a partir de ese momento debía ser el señor y dueño de todos ellos y compañero de la Mesa Redonda. Mi señor Galván los oye, pero no contesta una sola palabra. A partir de entonces fue señor y jefe de todos ellos, y compañero de la Mesa Redonda; era justo que lo fuera, pues tenía gran valor, y era buen caballero leal y lo fue mientras vivió con todas las buenas cualidades, y fue más cortés que ninguno.

Colocaron los manteles sobre las mesas, se lavaron los caballeros. Había tres salas llenas de caballeros, que fueron muy bien servidos de todo lo bueno y agradable que necesita un hombre. Después de comer, cuando retiraron los manteles, los caballeros fueron a distraerse unos con otros, tal como suele suceder, y entonces tocaron a vísperas en San Esteban, adonde acudieron los caballeros para oírlos. A continuación, se bendijo la cama del rey Arturo y se marcharon los caballeros, yendo a dormir y descansar a sus alojamientos. Ginebra se quedó en la habitación a solas con su ama. Ese día se había preparado la traición por la que debía ser afrentada y traicionada por la familia de Ginebra, la hijastra de Cleodalis, el senescal, que convencieron a la vieja que era ama de Ginebra, la

mujer del rey Arturo, para que les prometiera hacer todo según su voluntad. Le dijeron que estarían esperando en el jardín, al pie del palacio, con la otra Ginebra con ellos. De esta forma prepararon el asunto y fueron al jardín; se ocultaron bajo los árboles; eran diez, aunque no estaban armados más que con las espadas; con ellos estaba la falsa Ginebra y permanecieron allí hasta que todos los nobles se marcharon y fueron a sus alojamientos. Mientras tanto, descalzaron a la reina y la desnudaron como para acostarla; entonces, la vieja fue con ella al jardín a orinar. Cuando los diez traidores que estaban ocultos en el jardín bajo un matorral la vieron llegar, guardaron silencio y se retiraron hacia la tapia poco a poco. Bretel y Ulfino no habían olvidado las palabras que Merlín les había dicho y estaban muy bien armados bajo los vestidos; se habían ocultado bajo la escalera por la que la reina debía pasar y allí estuvieron en silencio de tal forma que nadie se dio cuenta de su presencia; escucharon y prestaron atención y al cabo del rato ven a la vieja que llevaba a la reina de la mano, dirigiéndose hacia donde los traidores estaban al acecho. Estos, al ver que estaba lejos de su habitación, la sujetan por todas partes y le entregan a la vieja la otra Ginebra. Cuando la mujer del rey Arturo ve que ha sido traicionada, intenta gritar, pero le advierten que si dice una sola palabra, la matarán, o si se deja oír por poco que sea. Desenvainan las espadas y van hacia el río que corría al pie del jardín, en donde había una barca atada, que habían utilizado para llegar hasta allí. El jardín estaba muy por encima del río, de tal forma que no se podía llegar si no era por un pequeño sendero muy escarpado y muy molesto para subir o bajar por la abundancia de brozas que había allí. Si hubieran logrado entrar en la barca, la reina se habría perdido sin solución.

Cuando Ulfino y Bretel ven a aquellos a los que tanto deseaban ver, salen de su escondrijo, les gritan y los llaman traidores, diciéndoles que en mala hora lo habían hecho, pues morirían. Al oírlos, los traidores miran y ven que solo son dos, y los tienen en poco. Entregan la reina a cinco de sus compañeros y los otros cinco se quedan para combatir contra los dos que los atacaban con las espadas desenvainadas. Cuando la reina se ve así, siente mucho miedo y se deja caer al suelo, sobre la hierba verde. La levantan y la llevan a su pesar, lo quiera o no lo quiera. Al ver llegar a aquellos dos que acuden en su ayuda, se retuerce y se les escapa de las

manos, huyendo por el jardín abajo hasta que llega a un árbol y se agarra a él con los dos brazos muy fuerte. Los otros intentan separarla, pero no consiguen moverla a pesar de que tiran de ella; no hacen nada más y lo sienten tanto que poco falta para que la maten.

Mientras, Ulfino y Bretel han llegado hasta los cinco que les estaban esperando con las espadas desnudas en la mano. Bretel golpea con tanta fuerza al primero que encuentra, que le parte hasta los dientes. Ulfino golpea a otro y hace que le vuele la cabeza; los otros tres se intentan vengar, pero no consiguen hacerles ningún daño, pues iban muy bien armados. Empiezan a preocuparse e intentan huir, pero los otros dos les atacan tan de cerca que les dan la muerte a los tres. Luego, se dirigen a los otros cinco que se estaban esforzando en llevarse a la reina, pero que no conseguían separarla del tronco y sorprende que no le hubieran arrancado los brazos de tanto tirar.

Cuando Ulfino y Bretel vieron el tormento que estaba pasando la reina, corrieron hacia allí y empezaron a darles voces; los otros fueron a su encuentro y comenzaron a golpearse con las espadas allí donde pueden encontrarse: matan a dos de los cinco y los otros, al ver que solo son tres, se dan a la fuga por el sendero que llevaba hasta la barca. Cuando los dos compañeros los ven huir, no quieren seguir persiguiéndolos, sino que van a donde yacían los muertos, los cogen y los arrojan por el acantilado abajo y lo mismo hacen con la vieja: van rodando de roca en roca, sin detenerse hasta que llegan al río. Luego, cogen a la reina y la llevan a la habitación muy asustada, diciéndole que no se aflija. Finalmente, toman a la falsa Ginebra y la llevan a su alojamiento, pues no querían que nadie se enterara de lo ocurrido.

Tal como habéis oído fueron tratados los traidores, gracias al consejo de Merlín, y la reina fue rescatada por los dos nobles. Tan pronto como se marcharon, lo supo Merlín y acudió al rey Leodagán diciéndole que enviara a tres de sus doncellas a la habitación de la reina para que la acostaran. El rey le pregunta por qué, pues tiene bastante con su ama. Merlín le cuenta todo lo que había ocurrido. Al oírlo, el rey se sorprende y dice que nunca se encontrará a gusto hasta haber hablado con su hija; luego, va a la habitación en la que

estaba su hija Ginebra y lleva consigo a tres doncellas para que le ayuden a acostarse. Al ver a su padre, se echa a llorar y el rey la toma por la mano, se la lleva a un lado y habla a solas con ella, que le cuenta la verdad, tal como había ido de principio a fin. El rey le dice que no se preocupe por nada, pues ya no tiene por qué afligirse; a continuación, ordena a las tres doncellas que la acuesten y estas cumplen sus órdenes. Pero el rey Leodagán no quiso irse de la habitación hasta que estuviera acostada; luego, se acercó a la cama de su hija, levantó la colcha y la retiró hasta que vio la señal de la corona en la cintura; entonces tuvo por cierto que era su hija, la que había tenido de su mujer. Después, la vuelve a tapar y sale de la habitación sin decir una palabra. Las doncellas se preguntan sorprendidas por qué habría hecho eso.

En esto, regresó el rey Arturo de distraerse con su compañía. Al llegar a la sala, Merlín fue a su encuentro con el rey Leodagán y le dijeron que fuera a acostarse con su mujer, pues ya era hora. Les contesta que lo hará con mucho gusto: entra en la habitación en la que estaban las tres doncellas que habían ayudado a que se acostara Ginebra, y tan pronto como se metió en la cama el rey, salieron y se quedaron solos el rey y la reina, que durante toda la noche estuvieron muy a gusto juntos, como quienes se amaban, y hasta que llegó el día no se durmieron abrazados.

De esta forma debió haber sido engañada la reina Ginebra por los traidores, por los que después tuvo grandes molestias, mucho tiempo más tarde, tal como la historia os contará, si hay quien os lo diga, ya que el rey pasó fácilmente tres años sin estar a su lado y se la llevó Galahot, un rico príncipe, al reino de Sorelois por amor a Lanzarote. El rey, mientras tanto, vivió en concubinato con la falsa Ginebra hasta que un día enfermaron esta y Bertholai, traidor que hizo que el rey no la quisiera dejar a pesar de los consejos de sus hombres, hasta que se pudrió sobre la tierra; y mientras tanto, el reino y la tierra estuvieron cerca de tres años bajo la excomunión, de forma que no se enterró a ningún hombre, ni a ninguna mujer en tierra santa, por la excomunión y el entredicho. Toda esta tribulación la consintió Nuestro Señor por la deslealtad de sus pecados, que eran muy numerosos; todo esto ocurrió por un caballero que luego murió de tan mala muerte como la historia os contará más adelante. Pero ahora es justo y razonable que la

historia os diga por qué ocurrió, pues el momento y la ocasión así lo aconsejan.

El rey Leodagán, que era muy justo, tenía un caballero valiente, discreto y que había sido muy buen caballero y muy fiel servidor; era de alto linaje y había servido al rey Leodagán de tal forma que este sentía un gran afecto por él. Este caballero se llamaba Bertholai y odiaba a otro con odio mortal porque había matado a un primo hermano suyo, por su mujer, de la que estaba enamorado. Cuando Bertholai supo que había matado a su primo y que lo había afrentado con su mujer, no se molestó en quejarse al rey, sino que fue a él, lo desafió a muerte y lo acechó durante muchos días y noches, hasta que la noche que el rey se casó con su mujer, cuando los caballeros se iban de la corte para dirigirse a sus alojamientos a descansar, Bertholai encontró a este caballero con dos escuderos. Al verlo, lo atacó y lo mató con una misericordia que llevaba encima. Luego, fue a su alojamiento, mientras los dos escuderos que iban con el caballero muerto empezaron a gritar y acudieron gentes de todas partes con linternas, antorchas y teas ardientes: ven al caballero muerto y preguntan a los dos escuderos que se lamentaban profundamente quién lo había matado. Estos les responden que había sido Bertholai el Pelirrojo.

Después de gritar y lamentarse por su señor un buen rato, lo tomaron y lo llevaron a su alojamiento, donde hicieron como se debe hacer con caballero muerto; lo velaron hasta el día siguiente, en que lo llevaron a la iglesia e hicieron que tuviera un servicio religioso y después hicieron que lo enterraran.

El día siguiente por la mañana, Ulfino y Bretel llamaron a Cleodalís el senescal para que fuera a hablar con ellos a su alojamiento, y este acudió con mucho gusto, como hombre noble y afectuoso. Al verlo, lo llevaron aparte y le contaron todo lo que había ocurrido y cómo su hija había obrado. Al oír la gran deslealtad de esta, dijo que no era hija suya, «pues si fuera mi hija, no lo habría hecho por más que se lo rogaran».

Mientras hablaban así ellos tres, se levantó el rey Leodagán, que había madrugado con la preocupación de todo lo ocurrido por la noche con su hija. También Merlín se había levantado y había ido a él, dándole los buenos días. Cuando el rey lo vio, le mostró muy

buena cara y le dijo que Dios lo bendijera. Se dan la mano y salen de la sala hablando de varias cosas; caminaron y llegaron hasta el albergue de Ulfino y Bretel; entraron silenciosamente, de tal forma que nadie supo nada hasta que estuvieron con ellos; al verlos, fueron a su encuentro como quienes no se asustaban de honrar a los nobles. A continuación, todos juntos entran en una habitación. Ulfino fue a buscar a Ginebra y le contó cómo habían obrado esta y los traidores, aunque lo sabían ya, pues Merlín se lo había contado al rey.

Entonces, el rey Leodagán empezó a hablar, diciendo:

—Senescal, señor senescal, os amo mucho y me gustaría honraros y acrecentaros la honra y así lo haré si vivo mucho tiempo, pues me habéis servido bien y con lealtad; no querría hacer nada que os pudiera causar afrenta o reproches, si puedo evitarlo. ¿Sabéis por qué he prohibido que se haga justicia con vuestra hija aunque lo ha merecido? Vos habéis sido tan leal conmigo, que le debo perdonar por amor a vos en cualquier daño que cometa, aunque sea mayor que ese, pero como tengo que tomar venganza de alguna forma, conviene que os la llevéis fuera de este reino, de tal modo que no vuelva a ser vista por ningún hombre, ni ninguna mujer que la conozca, pues así quiero que sea y así me parece que debe ser.

El senescal contesta que no era hija suya:

—Pero como es esa vuestra voluntad, yo lo haré y así me ayude Dios que preferiría que fuera quemada por todos los de esta ciudad, o enterrada viva, pues en nada me pertenece.

—Dejadlo estar así y procurad que se haga todo de tal forma que nunca jamás vuelva a oír hablar de ella y tomad de mis haberes todo lo que os parezca bien.

Tal fue la decisión de los nobles, y Cleodalís y su hijastra se dispusieron para marcharse sin aplazarlo por más tiempo. Se pusieron en marcha y cabalaron hasta que llegaron al reino de Carmelida, a una abadía que estaba en un lugar muy salvaje, donde la ingresó como novicia. Allí permaneció hasta que Bertholai el Pelirrojo —según cuenta la historia— la encontró y con arte e ingenio la sacó e hizo con ella varias veces según su voluntad, yació

con ella cuanto quiso.

Pero ahora la historia deja de hablar de esto y os contará cómo Cleodalís el senescal regresó a Carohase, donde estaba el rey Arturo.

[Bertholai se defiende de las acusaciones de traidor ante un tribunal formado por el rey Arturo y otros nueve reyes y hombres importantes: es condenado al destierro. Se refugió junto a la falsa Ginebra, y allí urdió su venganza.]

Nueve días después de casarse, el rey Arturo decide ir a Logres. Galván se marcha también, preocupado por lo que le pueda ocurrir a su tío.]

XXX

Cuenta ahora la historia que tres días después de que mi señor Galván se separara de su tío el rey Arturo, este se puso en marcha directamente hacia Bredigán junto con su mujer; iba en su compañía el rey Ban de Benoic y el rey Boores de Gaunes que eran hermanos, los dos mejores caballeros que se podían buscar en cualquier tierra. Llevaban consigo a doscientos cincuenta compañeros de la Mesa Redonda que todos eran hombres fieles al rey Leodagán. La reina le había rogado a mi señor Amistant, que era capellán de su padre el rey Leodagán, que la acompañara al reino de Logres, donde estuvo durante mucho tiempo como capellán. Llevaba a su lado también a Guiamor, su primo, que era muy buen caballero y agradable, a Sadoines, que era su hermano mayor y castellano de Aneblaise, la buena ciudad.

Tan pronto como el rey Arturo se marchó del reino de Carmelida, lo supo el rey Loth gracias a sus espías y se puso en marcha con sus caballeros: se escondió en el bosque de Sarpenic y dijo que allí esperaría al rey Arturo y le quitaría su mujer si podía ser.

Pero dejaremos ahora de hablar un poco de él y os hablaremos del rey Arturo, que se había ido de Carmelida. Dice la historia que el rey Leodagán lo acompañó tres días enteros y el cuarto regresó a su reino. Entonces, Merlín fue al rey Arturo y se despidió de él, diciéndole que iría a ver a Blaise su maestro, pues hacía tiempo que no lo había visto.

—¿Cómo? —le pregunta el rey Arturo—, ¿no estaréis en la corte de Logres?

—Sí, estaré antes de que termine.

Lo encomienda a Dios y se marcha, pero no se había alejado mucho, cuando no supieron qué había sido de él.

Aquella misma tarde se presentó Merlín a Blaise, que lo recibió con gran alegría al verlo. Merlín le contó todas las aventuras ocurridas

desde que se marchó, tal como habéis oído, y le contó también cómo el rey Loth estaba emboscado en el bosque de Sarpenic. Le contó también otras cosas que después ocurrieron en el reino de Logres y Blaise lo puso todo por escrito y gracias a él lo sabemos todavía.

Pero la historia deja ahora de hablar de Merlín y de Blaise y os hablaremos del rey Arturo.

[El rey Arturo y su séquito caen en una emboscada tendida por el rey Loth. Galván llega a tiempo de socorrer a su tío, y su intervención consigue restablecer las paces entre los dos reyes. El ejemplo de la concordia se extiende, y otros también quieren abandonar la guerra.]

Los jóvenes se ponen al servicio de la reina, y se decide nombrar a cuatro clérigos que escriban las aventuras de todos ellos.

Grandes fiestas, y un espectacular torneo, reúnen a los caballeros más valientes; hay situaciones de tensión, en especial por parte de Galván, que combate como si fuera la guerra, enfrentándose a los caballeros de la Mesa Redonda. Al fin, la cordura se restablece.

Llegan noticias del Santo Grial, que debe estar en aquella tierra.

Los cuatro reyes aconsejan a Arturo que expulse definitivamente a los sajones. Así deciden hacerlo, y se retiran a dormir.

Guiamor requiere de amores a Morgana; y comienzan una apasionada relación, a la que pondrá fin la reina Ginebra.

El rey Loth se pone en marcha con sus cuatro hijos, y son sorprendidos por los sajones. El combate es duro y, a pesar de su inferioridad, los cristianos causan graves pérdidas a sus enemigos. Galván se hace con el caballo Gringale, que montaba el rey Clarión.

Pasan la noche en casa de Minorás.

El rey Pelés anuncia a su hijo el fin que tendrán las aventuras del Santo Grial y quién será el caballero que alcance a acabar con las mismas. El hijo de Pelés se dirige a la corte del rey Arturo para ser armado

caballero, pero se encuentra con un grupo de sajones, a los que vence.

En la marcha de Loth y sus hijos por el bosque, se suscita un debate sobre mujeres, y se anuncia una aventura que le ocurrirá a Agravaín, de la que tendrán que rescatarle su hermano Galván y Lanzarote del Lago. Encuentran al hijo del rey Pelés combatiendo con los sajones, y le ayudan a vencerlos. Envían a Minorás cuarenta cabalgaduras en agradecimiento por su hospitalidad.

Se alojan el rey Loth y sus hijos, con Eliezer —hijo de Pelés—, en una ermita. Por la noche, Galván y Eliezer salen movidos por unos gritos: Galván rescata a una doncella, mientras que Eliezer acude a ayudar a un caballero maltratado por seis bribones: la mujer era hermana de la señora de Roestoc, y el caballero, primo suyo; habían sido sorprendidos por los sajones. Vuelven a la ermita y, todos juntos, se dirigen el día siguiente a Roestoc.

Cambenync está sitiada por los sajones, y el duque Escán defiende la ciudad con graves dificultades, hasta que llega el rey Loth con sus hijos y le prestan ayuda. El combate es desigual, pues los sajones son seis veces más numerosos que los cristianos, pero son vencidos gracias a las proezas del rey Loth y sus hijos. Tras la batalla, son agasajados por el duque, al que convoca el rey Loth en nombre de Arturo para que acuda a la reunión que tendrá lugar en Arestuel el día de la Virgen de Septiembre, y en la que se proponen concederse treguas para combatir contra los sajones.

A lo largo de su marcha hacia Arestuel, el rey Loth va consiguiendo aliados o promesas de respetar las treguas, y así se lo hace saber al rey Arturo, que se alegra mucho.]

XXXI

Aquí cuenta la historia que en el momento en el que Merlín dejó al rey Arturo en Carohase, en Carmelida, se dirigió a Northumberland para ver a Blaise, su maestro, que le mostró gran alegría al verlo, pues hacía mucho tiempo que no estaba con él y, además, le agradaba mucho su compañía. Merlín llevaba ya un buen rato allí y empezó a contar cómo el rey Arturo había esposado a su mujer y cómo le iba a ser quitada; cómo Ulfino y Bretel la habían rescatado y cómo la falsa Ginebra fue desterrada y también Bertholai, que mató al caballero; también le contó el torneo de los caballeros delante de Carohase y cómo el rey Arturo envió a mi señor Galván, su sobrino, a Logres para que convocara la corte y cómo el rey Loth intentó quitarle la mujer, pero mi señor Galván socorrió al rey Arturo apresando a su padre y reteniéndolo; le dijo también cómo los caballeros se enfrentaron unos con otros y las grandes proezas que realizó mi señor Galván; cómo el rey Ban aconsejó al rey Arturo que no continuara permitiendo el enfrentamiento de los caballeros y le contó el consejo que le habían dado de que enviara mensajeros a los príncipes y lo que les había ocurrido al rey Loth y a sus hijos desde que emprendieron el camino y cómo los príncipes se reunieron en Arestuel, acordando treguas para ir contra los sajones.

Blaise puso por escrito todo esto en su libro, sin omitir nada y por eso lo sabemos nosotros todavía.

Luego, Blaise le preguntó si tendrían bastante gente para enfrentarse a los sajones y Merlín le respondió que no, hasta que llegaran los de Bretaña la Menor y los del reino de Logres, los de Lanval, que era vasallo del rey Aumant, el que tenía a Gosengos bajo su dominio:

—En cuanto me vaya de aquí, iré en busca de la gente del rey Ban y del rey Boores a los dos reinos y haré que acudan todos. Tened por seguro que vendrá gente de muchas tierras para salvar su alma y para defender la Santa Cristiandad. Sin lugar a dudas es muy necesario que Nuestro Señor se ocupe de esto, pues nunca ha habido un combate tan grande como será este y no podrán ser

expulsados de la tierra hasta que todos los príncipes hagan las paces con el rey Arturo.

Blaise le dijo después que se daba cuenta de que estaba enamorado de una dama, según la profecía que habían dicho; se lo preguntó con gran dulzura, diciéndole:

—Merlín, mi dulce amigo, os ruego por Dios que me digáis quién debe engendrar el león de los dos mensajes y cuándo ocurrirá.

Merlín le responde que ya se acerca el término en que ocurrirá. Blaise le dice que será una gran lástima:

—Si supiera el lugar donde va a ocurrir, me esforzaría para evitarlo.

—Escribidme unas cartas que os voy a dictar —le dice Merlín—, y entonces sabréis en lo que podéis ayudar.

Blaise las escribió, y empezaban de la siguiente forma: «Este es el principio y la historia de las aventuras del país, por las que el maravilloso león fue encerrado, y será rescatado por el hijo del rey y de la reina, pero tendrá que ser casto y el mejor caballero del mundo...».

Las cartas que Blaise hizo, las colocó Merlín en todos los caminos, y no podían ser quitadas sino por quienes llevaban a cabo las aventuras y por eso los caballeros tuvieron mayores deseos de ir errantes, pero en ningún momento fue destruido el gran león.

Luego, Blaise le pregunta:

—¿Cómo?, ¿no podré ayudarle de otra forma?

—No, en absoluto.

—¿Viviré hasta que sepa el final?

—Mi buen amigo, no temáis, sí; veréis otras muchas maravillas después de esta.

A continuación, Merlín le hizo escribir unas cartas que le dictó y se llevó a donde quiso; luego, se marchó a Bretaña la Menor, pero

antes encomendó a Blaise a Dios muy dulcemente. Se despidió cuando aún no era la hora prima y a la hora nona ya estaba en Bretaña la menor, donde se encontró a Leonches, el señor de Paerne, y a Farién, que le mostraron una gran alegría y lo llevaron con ellos, pasándoselo muy bien durante cuatro días enteros. El quinto día le preguntan a Merlín por qué había ido:

—Bien sabemos —le dicen— que no ha sido sin algún motivo.

Les responde que tenían que pasar el mar con tanta gente como pudieran reunir en la tierra.

—Señor —le pregunta Leonches—, ¿adónde iremos?

—A la Rochela, a orillas del mar; de allí, a la llanura de Salesbieres, donde encontraréis a gentes de muchas lenguas que habrán acudido para el mismo asunto que vosotros; acampad a un lado con toda vuestra gente y no os mováis hasta que me volváis a ver; procurad hacer una gran bandera blanca con una cruz roja, sin más; la misma enseña tendrán todos los príncipes que acudan, aunque no sabrán una palabra uno de otro ni por qué lo han hecho, pero tendrá un profundo significado.

Leonches y Farién le responden que así lo harán.

—Procurad —insiste Merlín— llevar el mayor número de gente que podáis y tened por seguro que serán muchos los que estén frente a nosotros.

—¿Quién guardará esta tierra? —pregunta Leonches.

—No os preocupéis por la custodia; dejad aquí a Lambegues, el sobrino de Farién, y a Banín, el hijo de Gracién de Trebe, al señor de los Altos Muros y llevaos los ejércitos de los dos reinos, que Gracién llevará el de Orcania y el senescal Antiaume de Benoic irá con vosotros; Farién y Dionís conducirán a los de Gaula. No dejéis de retener a vuestro servicio a todos los que vengan como soldaderos.

Leonches le responde que lo hará todo según ha dicho.

A continuación, los encomendó Merlín a Dios, rogándoles que

fueran rápidamente, pues no podían retrasarse mucho:

—Me voy.

—Señor —le dice Leonches—, que Dios os acompañe, y no me atrevo a pedirlos que os quedéis, pues sabéis mejor que yo lo que es necesario.

Merlín se marchó y fue a ver a Viviana, su amiga, que le mostró una gran alegría tan pronto como lo vio y creció tanto el amor en él, y aumentó de tal forma, que a duras penas se podía ir de su lado: le enseñó gran parte de lo que sabía y después fue al reino de Lanval, que había sido la tierra del rey Amans, al que el rey Boores le había cortado la cabeza; le dice a Gosengos que no deje de ningún modo de ir con toda su gente a las llanuras de Salesbieres en la fiesta de Todos los Santos. Este le responde que así lo hará sin lugar a dudas. Luego, Merlín fue al reino de Carmelida y mostró a los nobles de aquella tierra el mensaje del rey Arturo; al oírlo, le dijeron que irían con mucho gusto. Se pusieron en marcha veinte mil hombres que eran muy buenos vasallos y esforzados con las armas.

Leonches, Farién, Gracién y Dionás cumplieron tan bien su cometido que en poco tiempo reunieron cuarenta mil hombres en la pradera al pie de Gaunes, y cuando llegó el momento de ponerse en marcha, emprendieron el camino y cabalaron, yendo por tierra y por mar hasta que llegaron a las llanuras de Salesbieres. Allí, encontraron a los doce príncipes que ya habían acudido con toda la gente que pudieron reunir y cada uno tenía a su hueste junto a él. Nabunal, que había sido senescal del rey Amans, convocó a sus gentes y las reunió, rogando a los hijos del rey Amans que acudieran con él y estos así lo hicieron. Eran muchachos muy hermosos, uno de los cuales había amado a la reina Ginebra, y con mucho gusto la hubiera tomado como mujer, de haber sido caballero, pero como hubo guerra entre los dos padres, no pudo hacerlo, a pesar de que la reina Ginebra lo había deseado más que a nadie mientras fue doncella y aún se deseaban ver mucho, enviándose mensajes y muestras de amor frecuentemente.

Cuando el muchacho se presentó a Nabunal, que guardaba el reino, le contó cómo el rey Arturo quería combatir contra los sajones:

—Me pide —añade— que le lleve a cuantos puedan llevar armas, grandes y pequeños. Me gustaría saber si queréis venir.

Nabunal le responde que así lo haría, sin duda, y se puso muy contento, diciendo que acudiría con el mayor número de gente que pudiera reunir, de forma que llevaba veinte mil hombres. Se pusieron en marcha y cabalgaron hasta que llegaron a la llanura de Salesbieres.

Merlín se presentó al rey Bandemagus tan pronto como dejó a Nabunal y le dijo que enviara al campamento tanta gente como pudiera. El rey Bandemagus mandó reunir y convocar a la gente, y juntó otros veinte mil combatientes que se pusieron en marcha y acudieron sin detenerse a las llanuras de Salesbieres.

Luego, se marchó Merlín despidiéndose del rey Bandemagus y fue a Logres el mismo día que los seis caballeros habían ido a entretenerse al bosque, como ya ha contado la historia, fueron al bosque de las aventuras en busca de hechos maravillosos.

Cuando Merlín llegó a la corte, se encontró al rey Ban, al rey Boores, al rey Arturo y a la reina apoyados en las ventanas del palacio, contemplando el campo. Los tres compañeros que habían ido al bosque eran caballeros de la Mesa Redonda y no sabían nada de ellos los nobles, hasta que Merlín los visitó; tan pronto como le vieron se dirigieron a él mostrándole gran alegría; después de regocijarse, se sentaron y hablaron de muchas cosas juntos y, entonces, Merlín le dijo al rey Arturo que convocara a toda la gente que pudiera, pues ya no podía entretenerse, y que tuviera por seguro que el rey Loth había actuado muy bien y que las gentes de diversos lugares foráneos cabalgaban o venían a pie de distintos países hacia la llanura de Salesbieres. El rey le preguntó qué gente venía y Merlín contestó que el rey Loth cabalgaba hacia allá con todo su poder:

—Y tuvisteis buen consejo al aceptar las treguas. ¿Sabéis qué gente se pondrá de vuestra parte? Tendréis a la gente del rey Ban de Benoic y a la del rey Boores de Gaunes, que son fácilmente cuarenta mil hombres en total.

Cuando el rey Ban y el rey Boores lo oyen, se ponen en pie y

preguntan cómo es posible. Merlín contesta de inmediato que había llegado el mensaje allí, «y le creyeron, gracias a Dios». Los dos hermanos le dicen que ha obrado muy bien y que de ningún otro modo los habría alegrado tanto. Entonces, Merlín vuelve a tomar la palabra y le dice al rey Arturo:

—Señor, ¿sabéis quién viene por ahí? Viene Nabunal de Camadaise, del rey Amans, al que el rey Boores, aquí presente, mató en batalla, y lo acompaña un muchacho que es hijo suyo y que todavía no ha sido armado caballero; viene también todo el poder de Carmelida, guiado por Cleodalís el senescal, pero no viene el rey Leodagán. Todo eso os he conseguido y merezco una recompensa.

—Merlín —le dice el rey—, no sé qué ofreceros, pero os hago señor mío y de mi tierra, pues por vos la tengo.

—Señor, cuando llegué a vos, ¿qué era lo que mirabais tan atentamente en los prados?

—Estábamos viendo a tres caballeros que entraban en el bosque.

—¿No sabéis quiénes son?

—No.

—Sabed que son tres caballeros de la Mesa Redonda, muy valientes y decididos, aunque insensatos y de locos pensamientos, envidiosos. Os aseguro que nunca tuvieron tal necesidad de ayuda como van a tener antes de regresar y eso será por sus propias locuras.

—Merlín, decidme quiénes son, por favor.

—Señor, uno es Agravadraín de los Valles de Galorre; el segundo, Moneval, y el tercero es Minorás el Inglés. Os aseguro que no habrán avanzado mucho cuando se encontrarán con tres caballeros de la reina que se enfrentarán a ellos. Creedme y enviad a alguien tras ellos, pues si no tienen quien los separe, habrá muertos y sería una gran lástima.

—Ay, Dios, ¿quién irá a separarlos?

—Señor —dice la reina—, mi señor Yvaín, Keu el senescal y Giflete.

—Señor, la reina ha hablado muy bien. Enviadlos de inmediato.

El rey lo hace de esta forma y Merlín les indica dónde los encontrarán, pero no llegarán tan pronto como para impedir que se den abundantes golpes.

Ahora la historia deja de hablar un poco de ellos y os hablaremos de los seis caballeros y de lo que hacen.

XXXII

Aquí cuenta la historia que los tres caballeros de la reina cabalgaron por el bosque hasta que encontraron una hermosa landa en la que desmontaron para descansar. Entonces, Galescalaín les dijo a sus compañeros:

—Ojalá quisiera Dios que mi señor Galván y sus hermanos vinieran ahora, y así iríamos a ver a los sajones.

Dodinel el Salvaje le responde que sería malo ir, pues no tendrían refugio en aquella parte y los caballos morirían de hambre. Mientras hablaban de esta forma, llegaron los compañeros de la Mesa Redonda disfrazados con otras armas, pues querían ser perseguidos por los caballeros de la reina Ginebra. Saigremor les pregunta a sus compañeros si los conocen y estos le contestan que no. Mientras tanto, los otros siguen acercándose. Entonces, Agravadraín les dice a sus compañeros:

—Veo a tres caballeros que me pesará en el corazón si consiguen llevarse sus propios caballos.

—¿Cómo? —pregunta Moneval—, ¿son tres igual que nosotros?

Mientras hablaban de esta forma, los tres caballeros de la reina atan los yelmos que se habían quitado de la cabeza para tomar el aire y montan a caballo, dispuestos a irse como quienes no deseaban ningún daño, ya que nada se les pedía. Cuando los compañeros de la Mesa Redonda ven que se marchan de esta forma, les gritan a voces:

—¡Tenéis que combatir o nos dejaréis los caballos y así os podréis ir libres!

Al oír estas palabras, Saigremor dirige hacia ellos la cabeza de su caballo y les dice:

—¿Cómo? ¿Sois ladrones que vivís de ese oficio? Tened por seguro

que cuando volváis esta noche a vuestro alojamiento tendréis poco que comer de la ganancia que os llevaréis, pues os desafiamos.

A continuación, pican espuelas a los caballos con tanta fuerza que la sangre cae en hilos por los ijares abajo; se colocan las lanzas bajo las axilas y los escudos ante el pecho. Cuando Saigremor y sus compañeros los ven de esta forma, hacen lo mismo y van contra ellos. Saigremor y Agravadraín chocaron con sus lanzas en los escudos con tanta fuerza que los atraviesan de parte a parte, rompen las cotas de malla y las mallas ceden en sus costados izquierdos: Agravadraín sintió la punta de la lanza tan profundamente que la sangre le salta en un gran borbotón, y su lanza se rompe en la loriga de Saigremor; este, que era fuerte y valiente, lo empuja con tanta fuerza que lo derriba al suelo con el caballo en un montón; pero Agravadraín, que era valiente, ágil y muy decidido, salta en pie con rapidez y desenvaina la espada dispuesto a defenderse. Saigremor pasa de largo y echa pie a tierra; ata al caballo a la lanza, mientras que el caballo de Agravadraín huye rápidamente por el bosque. Saigremor embraza el escudo, desenvaina la espada y acude a grandes pasos a Agravadraín, que iba a su encuentro con el escudo cogido con gran fuerza; se golpean en los yelmos dándose grandes tajos bien calculados en todos los sitios donde pueden alcanzarse; duró el choque mucho tiempo y Saigremor le dice:

—Señor caballero, daos por muerto si no os rendís vivo.

Agravadraín le contesta que aún no ha llegado a ese punto y Saigremor le responde que se encontrará en esa situación antes de lo que piensa; a lo que el otro le dice que poco le teme y que es buen amenazador. Saigremor le contesta que sería amenaza si lo dijera sin motivo y que por eso se suele decir que el loco no teme antes de recibir el pescozón:

—Del mismo modo os ha ocurrido a vos.

Luego, le ataca y combaten durante un buen rato, pero Agravadraín llevaba lo peor de la batalla, pues estaba muy malherido.

Por otra parte, se enfrentan Galescalaín y Minorás con las lanzas bajadas, bajo las axilas. Minorás quebró su lanza en el escudo de

Galescalaín y este lo golpeó con tal fuerza por debajo del paño del escudo que le pasó la lanza por el muslo de tal forma que se podía ver la punta al otro lado del costado del caballo, y los derriba al suelo a ambos; su caballo chocó con ellos con los cuatro pies y cayó al otro lado, aunque volvió a levantarse con rapidez. También Minorás se levantó; desenvainan las espadas y empiezan el combate entre los dos, duro y cruel, con todas sus fuerzas.

Por otro lado, galopan Dodinel y Moneval el uno contra el otro; se golpean con las lanzas de cortantes puntas y atraviesan y agujerean los escudos, deteniéndose las puntas de las lanzas contra las lorigas de tal forma que no se rompe ninguna malla, pues eran fuertes y resistentes, y las dos lanzas se quebraron. Pero cuando pasaban de largo el uno contra el otro, Dodinel lo golpeó con tanta fuerza con el cuerpo y el escudo, que lo hizo caer tendido al suelo; se levantó rápidamente y se puso en pie, pues era hombre ágil y ligero. Cuando Dodinel terminó su carrera, regresó con la espada desenvainada y vio que el otro estaba dispuesto a defenderse con la espada en la mano y con el escudo sobre la cabeza; empiezan un tremendo enfrentamiento.

De esta forma combaten los seis caballeros violentamente desde la hora prima hasta pasado mediodía; los caballeros de la reina ya empezaban a ganarles terreno a los de la Mesa Redonda y los llevaban según su voluntad. Cuando ven que retroceden de esta forma, les gritan:

—¡Rendíos!

Les responden que prefieren morir. Al oír esto y que no pueden sacar otra cosa, los atacan de nuevo. Saigremor, al ver que no quieren rendirse, va a ellos con fuerza y golpea a Agravadráin en el yelmo, partiéndoselo en dos mitades con la cofia de hierro y metiéndole la espada hasta la cabeza, e hiriéndolo gravemente; se quedó tan aturdido que cayó al suelo, aunque no estuvo mucho rato, sino que se puso en pie temiendo recibir otro golpe y se cubre con el escudo lo mejor que puede. Dodinel le da un golpe de esgrima a Moneval y lo hiere gravemente en el brazo con el que sujetaba el escudo, de forma que el escudo le cayó al suelo. Galescalaín golpeó a Minorás en el yelmo e hizo que se inclinara hacia el suelo de tan mala forma que la sangre le salía por la nariz y

por la boca y al inclinarse, le da tal golpe con el puño de la espada, que lo hace caer al suelo completamente tendido. Entonces, le salta encima del cuerpo, le arranca la cofia de la cabeza y le amenaza con cortar la cabeza si no se da por vencido y este le dice que no lo hará, a lo que Galescalaín le responde que morirá sin rescate posible.

Estaban en esta situación cuando llegó mi señor Yvaín con Keu el senescal y Giflete, el hijo de Don, a quienes el rey Arturo había enviado, pero que habían tardado mucho en llegar. Saigremor había dejado a Agravadraín en tal situación que estaba empapado de sangre y apenas podía resistir y retroceder de un sitio a otro; Saigremor va tras él, pues quería alcanzarlo con un golpe certero. Dodinel había dejado al suyo de tal forma que no tenía escudo en el cuello ni yelmo en la cabeza y apenas podía evitar esquivar la muerte. Galescalaín había puesto a Minorás en tal situación, que lo tenía contra el suelo con la espada alzada en la mano y con la otra le sujetaba la ventana. No habrían tardado mucho los tres en llegar a su final, de no ser porque mi señor Yvaín llegó rápidamente, gritándoles a voces:

—¡Basta, basta; vengo a poner fin; dejádnoslos, por favor, a mí y a estos dos nobles que vienen, pues os aplacaremos en todo lo que queráis pedir!

Saigremor se vuelve hacia ellos, los mira y los reconoce, y entonces le contesta a mi señor Yvaín:

—Con mucho gusto, señor, pues haría más por vos de lo que esto vale.

Del mismo modo hablan Galescalaín y Dodinel, y los dejan estar. Los que acababan de llegar de la corte, se dirigen a ellos, descabalgan y les censuran duramente la locura que habían emprendido.

Saigremor contesta de inmediato:

—¿Cómo?, señor Yvaín, ¿hemos obrado mal al recuperar de estos tres vasallos los caballos que querían quitarnos? Por Dios, más afrentados habríamos sido todavía si se los hubieran llevado a la

fuerza y sin resistirnos y nunca volveríamos a tener honor en ningún sitio donde nos dirigiéramos. Mal defendería las cosas de sus compañeros el que no se atreviera a defender las suyas propias.

—Ay, señor —le responde mi señor Yvaín—, no lo hicieron por causaros daño ni por traición, sino que solo pensaban jugar.

—También nosotros —responde Galescalaín— estábamos jugando.

Saigremor se echa a reír bajo el yelmo, pues se da cuenta por lo que mi señor Yvaín dice de que son caballeros de la Mesa Redonda y Dodinel exclama que bendito sea el juego y quien lo comenzó, «pues de esta forma podemos aprender».

—Dejad esas palabras —dice mi señor Yvaín— y montemos y regresemos a nuestros alojamientos, pues no hay nadie tan fuerte ni tan poderoso que no tenga que combatir pronto.

Montan los caballeros, pero los tres de la Mesa Redonda están muy tristes y pesarosos. Entonces, Saigremor le pregunta a mi señor Yvaín quiénes son.

—¿Cómo? —le contesta mi señor Yvaín—, ¿no los conocíais? Entonces pudo haber sido mayor el daño. Sabed que contra el que habéis combatido es Agravadraín de los Valles de Galorre, compañero de la Mesa Redonda.

Saigremor le responde que no lo conocía, pero que ya que ha ocurrido así, «no puedo hacer otra cosa».

—Dejadlo estar —dice Keu el senescal—, pues los caballeros de la Mesa Redonda aún irán a vengar la muerte en vano.

Entonces se echaron a reír todos, menos los tres que estaban heridos, que sin lugar a dudas no tenían ningunas ganas de reír, pues iban avergonzados y cabizbajos por lo que les había ocurrido.

Emprenden el camino y cabalgan de dos en dos hasta que llegan a la corte, en Logres; fueron los tres caballeros a sus alojamientos para desarmarse, pues no necesitaban descanso, mientras que los otros seis fueron a la corte y allí encontraron a los tres reyes y a la reina que todavía estaban en las ventanas del palacio con Merlín,

hablando de muchas cosas, pues hacía tiempo que no lo habían visto. Fueron los seis caballeros a desarmarse a una habitación y después, mi señor Yvaín se presentó al rey y tan pronto como la reina lo vio le dijo:

—Señor, dadnos noticias.

—Señora, os puedo contar bastantes cosas.

A continuación les empieza a contar cómo había encontrado a los seis compañeros combatiendo; el rey le pregunta quiénes llevaban la peor parte y él les cuenta todo lo ocurrido y las burlas pasadas. Se rieron bastante, pero dejaron pronto de hablar del asunto porque el rey se había enfadado. Merlín se adelantó y les dijo:

—¿Sabéis por qué se enfrentan los caballeros de la Mesa Redonda con los de la reina?

—No —responde el rey.

—Sabed que es por envidia que tienen unos a otros y quieren probar el valor entre ellos.

Entonces le preguntan a Merlín quién es el mejor caballero de los caballeros de la reina y el rey Arturo dice que todos son de la reina, pues la Mesa Redonda había empezado antes. Entonces, el rey Ban contesta que él era capaz de escoger al mejor, pues era mi señor Galván, y los otros dicen que es verdad. El rey responde que lo acompañaría con los demás compañeros de la Mesa Redonda tan pronto como llegara y Merlín le advierte que no sería antes de que los sajones fueran expulsados del país.

Dejaron de hablar del asunto y fueron a comer. Apenas hubieron terminado, el rey llamó a sus mensajeros y los envió por toda su tierra haciendo saber que todos los hombres, vasallos suyos, que puedan llevar armas deben presentarse a él dispuestos como para defender las vidas en la llanura de Salesbieres y que no habrá treguas ni descanso para nadie, que se pongan en marcha y acudan.

Tal como habéis oído, el rey Arturo envió a sus mensajeros por toda su tierra. Apenas se marcharon, el rey Arturo llamó al rey Ban y al

rey Boores, su hermano, y a Merlín y les dijo:

—Vayamos a ver a nuestros compañeros que están enfermos.

Fueron con muchos caballeros. Cuando los heridos supieron que llegaba el rey, intentaron levantarse, pero el rey no se lo permitió y les censuró mucho la locura que habían cometido los tres. Le responden que no pudieron evitarlo y que no saben cómo se les ocurrió. El rey pone a su disposición entonces un médico que les cuide las heridas; este le dice al rey que no se preocupe, pues en ocho días los dejaría sanos y salvos, de tal forma que podrían cabalgar y llevar armas de nuevo. A continuación, el rey los encomienda a Dios y les dice que tan pronto como se curen que vayan tras él a las llanuras de Salesbieres, «pues voy allí y se reunirá mucha gente en aquel lugar».

Con esto se marchó el rey encomendándolos a Dios. El rey se marcha encomendándolos a Dios y se dirige a la sala con su séquito; allí encuentra numerosos caballeros que querían emprender un torneo con los caballeros de la reina, pues mi señor Galván no estaba y querían vengar a sus compañeros. La reina se lo prohibió diciéndoles que en vano hablarían, pues nunca más volverían a enfrentarse unos con otros:

—Os ruego, por la fe que le debéis a mi señor el rey y a mí misma, que no volváis a hablar del asunto.

Le contestan que no volverán a hacerlo, ya que no le agrada.

A la hora de vísperas, el rey Arturo ordenó que se dispusieran todos los que fueran a pie y a caballo y los que pudieran llevar armas, pues iba a ponerse en marcha el día siguiente bien temprano y se dirigiría a la llanura de Salesbieres, donde debía reunirse toda la gente. Tan pronto como lo ordenó el rey, se prepararon y dispusieron lo mejor posible. Se levantó entonces tal ruido y tal rumor en la ciudad que se oiría fácilmente a media legua de distancia.

Por la mañana se puso el rey Arturo en marcha con el rey Ban, el rey Boores, la reina y todos los que habían acudido y se habían reunido allí. Cabalgaron cinco días antes de llegar a la llanura de

Salesbieres, pues hacían jornadas cortas. Cuando llegaron allí, acamparon bajo los laureles. Keu el senescal llevaba una gran enseña con la cruz roja, cuyo campo era más blanco que la nieve, y con un dragón debajo de la cruz, pues así lo había ordenado Merlín. Cuando el rey Arturo ya estaba establecido, se alegró bastante y se divirtió, y lo mismo hizo su compañía; esperó allí a los príncipes y a las gentes que venían de todas partes.

Fama, que por todos lados corre y vuela, recorrió el país hasta que los sajones, que estaban en el sitio de Clarence, supieron por los espías que tenían en la región que la gente de aquella tierra y de aquel lugar se reunían en la llanura de Salesbieres, pero ignoraban hacia dónde iban a dirigirse. Hargadabrán mandó que sus diecinueve reyes acudieran ante él y les dijo que sus espías le habían anunciado que los cristianos se reunían en las llanuras de Salesbieres. Les preguntó qué harían y ellos le contestaron que lo mejor sería estar vigilantes para no ser sorprendidos mientras dormían, pues durante el día no tenían por qué preocuparse ni aun por toda la gente de la tierra, «pues somos muy numerosos y no pueden resistir frente a nosotros; a pesar de todo, aconsejamos que los nuestros estén siempre preparados y que nadie vaya fuera a partir de ahora sin llevar consigo a treinta mil hombres armados, para que no le perjudique ningún encuentro. Bien sabéis que en esta tierra que es tan grande y espaciosa no tienen ni siquiera la cuarta parte que nosotros».

Aceptaron esto y decidieron estar dispuestos a recibir a sus enemigos si era necesario. De esta forma se separan y regresan los diecinueve reyes a sus tierras, preparándose bien y ordenando a todos los que tenían por vasallos que permanecieran en todo momento vigilantes y bien guarnecidos. Lo hicieron saber en el asedio de Vanbieres, y lo abandonaron para acudir todos al sitio de Clarence. Fue grande y numerosa la reunión que hubo en aquel campamento, de tal forma que el campamento se extendía desde la ciudad hasta cinco leguas de distancia y había alojamientos por todas partes.

Pero ahora la historia deja de hablar de los sajones y vuelve a hablar de cómo los príncipes acudieron a la llanura de Salesbieres uno tras otro.

XXXIII

Aquí cuenta la historia que los príncipes, después del encuentro que tuvieron, acudieron a la llanura de Salesbieres, en el plazo que había sido fijado y tan bien preparados como correspondía a ricos hombres poderosos, como eran ellos. El primer príncipe que llegó fue el duque Escán de Cambenync, que llevaba en su compañía siete mil hombres armados y muy bien preparados con todas las armas. Acamparon juntos y apretados en tiendas ricas y pabellones. A continuación, llegó el rey Tradelmán de Norgales, con once mil hombres de blancas lorigas de estrechas mallas y con relucientes yelmos adornados con piedras y escudos fuertes y resistentes; acamparon junto al duque de Cambenync. Después llegó el Rey de los Cien Caballeros con diez mil hombres bien armados y bien montados, y acamparon. Luego, llegó el rey Clarión de Northumberland, que era caballero bueno, prudente y de gran valor; llevaba en su compañía ocho mil hombres con los correspondientes arneses y llevaba una enseña blanca como la nieve y una cruz roja, igual que todos los que venían. Después, llegó el rey Belinán, que era hermano del rey Tradelmán, con diez mil hombres cubiertos de hierro, deseoso de ver a Dodinel el Salvaje, su hijo, al que quería tanto como un hombre puede querer; se albergó cerca del rey Clarión. A continuación llegó el rey Caradós de Estrangorre, que era compañero de la Mesa Redonda desde que fue fundada, pero desde que se enfrentaron los príncipes y el rey Arturo, no quiso volver a sentarse en ella; llevaba diez mil hombres y cuando llegó a la llanura de Salesbieres, acampó junto al rey Belinán, que era hombre muy valeroso. El rey Arturo aún no había llegado, pero no tardó mucho en hacerlo.

Después del rey Caradós, llegó el rey Brandegorre, cuya tierra limitaba con la tierra de Estrangorre; llevaba en su compañía diez mil hombres armados de hierro y acampó al lado del rey Caradós; estaba deseoso de ver a un sobrino de su mujer que formaba parte de la mesnada del rey Arturo; lo habían alabado mucho por su belleza y su valor y se llamaba Saigremor de Constantinopla. Después del rey Brandegorre llegó Minorás, el senescal del rey Lac

de la Gran India, al que había enviado este por amor a Nuestro Señor y para recibir el perdón que el obispo había concedido; llevaba siete mil hombres armados bien montados en buenos caballos fuertes; se alojaron junto al rey Brandegorre. A continuación, llegó el senescal del rey Pelés de Listenois con seis mil hombres de armas que el rey Pelés le había encomendado por amor a Nuestro Señor; iban muy bien provistos de armas y caballos. A continuación, llegó el senescal del rey Peneor de la Tierra Devastada, que llevaba seis mil hombres con armas y al que el rey Peneor había enviado por amor a Jesucristo. Luego, llegó el senescal de Helaín de la Tierra Foránea, que era hermano del rey Peneor; llevaba seis mil hombres armados de hierro y bien montados; acamparon junto a la gente del rey Peneor. A continuación llegó Galahot, el hijo de la Jayana, que era señor de las Lejanas Islas; llevaba en su compañía diez mil hombres valerosos y decididos con las armas y había acudido solo por amor a Jesucristo. Luego, llegó Aguignerón, caballero admirable, que era senescal del rey Clamadeu de las Islas y llevaba en su compañía seis mil caballeros; acampó junto a Galahot.

Luego llegó el rey Cleolás, que después fue llamado el Rey Primer Vencido, con siete mil hombres muy ricamente montados; se estableció junto a Aguignerón, pero no estuvo demasiado tiempo, pues se puso enfermo y volvió a su tierra, dejando su gente con Guionce, su senescal, que era hombre muy valiente y buen caballero. Después llegó el duque Belyas de Donai, que acudió por amor a Dios; llevaba siete mil hombres y acampó junto a Guionce. Luego, llegó el senescal de Sorelois, por amor a Dios, con seis mil hombres armados; se llamaba Margondes y lo había enviado el rey de Sorelois; acamparon junto al duque Belyas. Después llegó el rey Arturo y se estableció entre los demás; Merlín fue a él y le dijo a solas:

—Señor, mirad lo que Nuestro Señor ha hecho por vos y para salvar y proteger a vuestro pueblo. Debéis alabar y dar las gracias a Dios por ello, de todo corazón, ya que os socorre y ayuda así en vuestra necesidad.

—Merlín —le responde el rey—, tened por seguro que Nuestro Señor no olvida a su pecador y en ningún momento hasta ahora me

ha mostrado que quisiera olvidarme; por su misericordia, aún hará más por mí de lo que ha hecho, pues tengo gran confianza en Él y confío y creo tanto en Él que estoy bajo su misericordia y a sus órdenes y le ruego que me proteja por su santa compasión y por su enorme misericordia.

—La buena fe —le contesta Merlín— que tenéis en Nuestro Señor os sirve, os ha servido y os servirá todavía, y eso tenedlo por seguro. Os aconsejo y recomiendo que no os apartéis de ese propósito ningún día de vuestra vida, pues mientras permanezcáis así y mantegáis vuestra fe hacia Nuestro Señor, tendréis la victoria frente a los enemigos de Nuestro Señor.

—Merlín, que Dios no me deje abandonar su fe y que me haga mantener su creencia de tal forma que al final le entregue mi alma.

—Que así sea, según queréis. Pero ahora tendréis que ocuparos de cómo haréis con todos estos nobles que se han reunido aquí para defender a la Santa Iglesia y para expulsar a la malvada gente fuera de vuestra tierra.

—Merlín, haré en todo según vuestro consejo, pues sin vos no sabría qué hacer. Me entrego en todo a Dios y a vos.

—Señor, si os parece bien, deberíais mostrar alegría y honra a todos estos nobles que se han reunido para defender a la Santa Iglesia; id a ver a cada uno en su tienda y dadles las gracias por el socorro que os ha traído, incluso a los que nada tienen de vos ni son vuestros vasallos, pues aún no ha nacido un rey que haya reunido tan hermosa compañía, ni que tuviera tantos hombres valientes y buenos caballeros, y no volverá a haberlos nunca más en este lugar hasta el día en que el hijo matará al padre y el padre al hijo y eso ocurrirá en este mismo sitio. Ese día la tierra de Gran Bretaña quedará sin señor y sin heredero.

Cuando el rey Arturo oyó las palabras de Merlín, le ruega y pide con dulzura que le aclare una parte de esto y Merlín le contesta que no debía decírselo:

—Pero os diré que después de esta jornada llegará el león sin corona y traerá a tres leones, de los que dos estarán coronados; los

tres devorarán la mala estirpe del reino de Logres; pero no me preguntéis nada más y vayamos a ver a los nobles tal como os he dicho.

—Con mucho gusto.

A continuación, montó el rey Arturo llevando consigo al rey Ban de Benoic y al rey Boores, su hermano, a Saigremor de Constantinopla, a Keu el senescal, a Yvaín el Grande, hijo del rey Urián, a Guerrehet, a Gueheriet y a Merlín. Los nueve se dirigieron a las tiendas de los condes y cuando estos supieron de la llegada del rey, salieron a su encuentro. El rey Arturo y su séquito descabalgaron y el rey los saludó a todos como hombre bien educado, dándoles las gracias porque habían acudido en su ayuda en un momento de gran necesidad, frente a los sajones que por su orgullo y felonía «me han destruido la tierra y la han arrasado, pensando además en destruir la Santa Cristiandad».

—Señor —le contestan los nobles—, si Dios quiere, no tendrán fuerzas ni poder para hacerlo, pues para defender a la Santa Iglesia y para ayudaros hemos venido y nos hemos reunido aquí; nos arriesgaremos a morir para realzar la Santa Ley y haremos tanto, si Dios quiere, antes de irnos de vuestra compañía, que la Santa Iglesia obtendrá una victoria y los sajones recibirán afrenta y daño. Queremos que sepáis que no somos vasallos vuestros y que nunca recibimos nada de vos, y que hemos venido solo por amor de Jesucristo y por salvar a la Santa Iglesia y derrotar a los sajones.

—Que Dios os lo recompense por el honor que le hacéis y os permita volver sanos y salvos a vuestras tierras, pues Él puede hacerlo.

—Que así sea, según decís y como vos queréis.

—Ciertamente —dice Merlín—, así será.

La historia deja aquí de hablar del rey Arturo y de Merlín y de los nobles que han acudido a ayudarle de lejos, y os hablaremos de los doce príncipes que se reunieron con el rey Loth en su tienda.

XXXIV

En esta parte cuenta la historia que cuando llegaron los doce príncipes a las llanuras de Salesbieres, acamparon junto a los príncipes que habían llegado de tierras lejanas para defender el país frente a los infieles, por amor a Jesús. A continuación, se reunieron en el pabellón del rey Loth, donde se sentaron en una alfombra que estaba cubierta por un tejido verde de seda; y allí hablaron durante mucho rato de unas cosas y otras. Mientras estaban sentados de esta forma, entró Merlín y, al verlo llegar, fueron a su encuentro dándole la bienvenida. Este les responde que buena ventura les dé Dios y que les permita hacer algo para la salvación de sus almas, la honra de sus cuerpos y para que la Santa Cristiandad sea ensalzada y protegida de las manos de sus enemigos, que han entrado allí a la fuerza.

—No quedará por nuestra culpa —le contestan los nobles—, pues hemos venido aquí para defender a la Santa Iglesia.

—Por mi fe —contesta Merlín—, es grande el daño, pero por fortuna os habéis reunido aquí propios y extraños frente a una sola querella y sería justo y razonable que dierais fin a una gran guerra, siempre que todos estéis de acuerdo y que tengáis los mismos deseos; de otra forma, no podréis llevar a cabo vuestros deseos. Sería bueno que hicierais la paz con mi señor el rey Arturo, que debería ser señor vuestro, y seríais más temidos y respetados.

Al oír estas palabras, se puso en pie el rey Loth de Orcania y dijo:

—Señores, ciertamente Merlín ha hablado muy bien, pues sería en honra de Dios y del mundo; y no creo que nunca podamos llegar a un honor semejante como sería el que tendríamos si quisierais hacer las paces con él ahora.

El rey Urián se enfadó mucho al oír estas palabras; se puso en pie airado y encolerizado y le contestó al rey enrojecido por su propia felonía:

—¿Cómo diablos? ¿Acaso no nos habéis hecho venir aquí con treguas hasta que hubiéramos acabado con los sajones y los hubiéramos expulsado de la tierra? Entonces, cuando hayamos terminado, si nos agrada y es en honor nuestro, haremos lo que nuestro corazón nos indique. Ahora vos pretendéis encaminarnos y convencernos de otras cosas. Os requiero y suplico que no habléis más del asunto, pues yo no haré nada de eso; no sé qué harán los demás, pero si hacen otra cosa, diré que han sido perjuros conmigo.

—Por Dios —contesta el rey Neutre—, yo no seré perjuro, pues no haré la paz si no es por orden vuestra.

Lo mismo dicen todos los demás y el rey Loth se enfada, pero tiene que aguantarse; se calla y no habla más del asunto por ahora. Merlín empezó a sonreír y les dijo:

—Buenos señores, no os enfadéis, pues el enfado de nada servirá.

Mientras se ocupaban de estas palabras, llegó el rey Arturo con el rey Ban, el rey Boores y los príncipes de tierras lejanas y encontraron a los doce príncipes en el pabellón del rey Loth. Este, apenas los vio llegar, se puso en pie y dijo:

—Aquí llega mi señor el rey.

Cuando los príncipes lo oyeron se pusieron todos en pie en señal de honor y de reverencia, porque era rey. El rey Arturo, que era muy cortés y prudente y sabía muy bien lo que debía hacer, los saludó antes de que se hubieran levantado todos y le dio la bienvenida a toda la compañía. Ellos contestaron juntos que Dios le diera buena ventura a él y a su séquito. Volvieron a sentarse e hicieron que él se sentara en la alfombra del rey Loth. Mandó que todos tomaran asiento a su lado, como quien era el hombre más cortés del mundo y el mejor educado; a continuación, dijo:

—Buenos señores, habéis venido gracias a vuestra gran generosidad, tal como yo os pedí en provecho de la Santa Iglesia, para defender al pueblo y proteger nuestras tierras frente a los traidores sajones que han incendiado ya una gran parte, entregándola a las llamas, han dado la muerte a nuestros hombres y los han malherido. Os doy las gracias a todos juntos por haber acudido a mi petición; estará

bien si nos preparáramos de tal forma que los sajones no pudieran decir que han encontrado en nosotros gente inexperta o mala.

—Señor —responde el rey Loth—, el disponernos y prepararnos tiene que hacerlo Merlín y él lo ordenará y nosotros cumpliremos sus órdenes, pues sabe mejor que nosotros lo que debemos hacer.

Los príncipes añaden que están de acuerdo y encargan del asunto a Merlín, y dejan de hablar de esto.

El rey Arturo regresa a su pabellón acompañado por los príncipes, por los propios y los extraños; luego, regresan todos a sus alojamientos. El rey Ban, el rey Boores, Merlín y mi señor Galván entran en la habitación del pabellón del rey Arturo y entonces Merlín toma la palabra y habla a solas con ellos:

—Buenos señores, esta gente que ha venido aquí está cansada y fatigada de cabalgar, pues hay algunos que han venido de muy lejos y necesitan descanso y estar a gusto; por eso quiero que descansen hoy y mañana. El lunes por la mañana emprenderemos el camino hacia Clarence, pues la tienen asediada los sajones. Yo haré saber a los príncipes que deben estar dispuestos a ponerse en marcha ese día, armados como para atacar a los enemigos.

Los tres reyes aceptan el consejo y lo mismo hace mi señor Galván, diciendo que sea todo en honor de Jesucristo y de su dulce madre; después, se marchan y van al pabellón principal.

En esto, Eliezer, el escudero de mi señor Galván, que era hijo del rey Pelés, se presenta ante mi señor Galván y, arrodillándose, le dice:

—Señor, yo salí de Listenois y dejé allí al rey Pelés, mi padre para ir en vuestra búsqueda; gracias a la voluntad de Nuestro Señor os encontré en un momento en que, si Dios no os hubiera enviado allí y llevado hasta aquel lugar, yo habría muerto; por vuestro gran valor, me salvasteis de los sajones, que me perseguían para darme la muerte. Bien sé que la gran fama que de vos corre por el mundo es verdadera y veo y sé que no podría recibir mis armas de nadie más valiente que vos; por eso os ruego y pido que me arméis caballero con vuestra propia mano, de tal forma que pueda probar

mis primeros hechos frente a esa desleal gente que pretende destruir la Santa Cristiandad, pues si no soy armado por vuestra propia mano, no seré caballero en toda mi vida; vos me lo prometisteis el primer día que os vi, y me asegurasteis que cuando os lo pidiera me daríais armas; ahora os lo pido ante mi señor el rey que aquí está y ante estos nobles.

Cuando mi señor Galván ve a Eliezer su escudero delante de él de rodillas, lo levanta en brazos y le dice con gran dulzura:

—Mi dulce amigo, os concedo lo que me pedís, pues bien sois digno de recibir la orden de caballería, y haré todo según vuestra voluntad.

—Muchas gracias, señor.

Entonces, mi señor Galván presta atención y ve detrás de él a su hermano Gueheriet y le dice:

—Buen hermano, haced que me preparen unas armas como corresponden a hijo de rey y a hombre tan valiente como es este.

—¿Quién es —pregunta el rey Arturo—, buen sobrino?

—Señor —contesta mi señor Galván—, es hijo del rey Pelés de Listenois, sobrino del rey Peneor y sobrino del rey Helaín; tened por seguro que si vive mucho tiempo será uno de los buenos caballeros del mundo.

A continuación le cuenta la gran matanza y los grandes hechos que vio que realizaba frente a los sajones. Al oírlo, el rey se queda sorprendido y se pregunta cómo alguien de su edad puede llevar a cabo tan grandes proezas; y lo mismo se preguntan los dos reyes. El rey Arturo le ordena a Gueheriet que haga traer las armas más hermosas que encuentre en sus baúles y la mejor espada que haya «después de la mía».

—Señor —le dice Eliezer—, yo tengo armas, caballo y todo lo necesario, pues mi padre, el rey Pelés, me lo dio, de acuerdo con lo que consideró que me haría falta.

Entonces, llama a Lidonás, su escudero, y le ordena que le traiga las

armas que su padre le había dado. Lidonás cumple la orden con gran alegría y muy contento; las lleva a presencia del rey y de los otros nobles, que las contemplan admirados, pues eran completamente blancas, con una banda que las atravesaba de oro puro; la cota tenía doble malla, tan fuerte y resistente como no había otra, y era tan ligera que la podía llevar un niño de diez años durante todo el día sin cansarse. El rey Arturo y los otros nobles que estaban viéndolo la estimaron mucho.

Mi señor Galván y Gueheriet armaron a Eliezer; después de calzarle las calzas, le vistieron la blanca loriga que era tan buena que no había otra comparable en todo el campamento; a continuación, le atan la ventana, blanca como la nieve. Cuando ya estuvo dispuesto, mi señor Galván le calzó las espuelas y le ciñó la espada al costado. A continuación, mi señor Galván le dio el espaldarazo y le dijo con gran dulzura, como el caballero más amable del mundo:

—Tomad, muy dulce amigo, recibid la orden de caballería en el nombre de Jesucristo, Nuestro Salvador, y que de esta forma os permita que la mantengáis en honor de la Santa Iglesia y en honor vuestro.

—Señor —contesta Eliezer—, que así me lo conceda Nuestro Señor por su gracia y por su misericordia.

Después de que mi señor Galván invistiera a Eliezer, el hijo del rey Pelés de Listenois, lo cogieron Gueheriet y Guerrehet y lo llevaron a la capilla del rey Arturo para que velara las armas y allí le hicieron compañía durante toda la noche, hasta el día siguiente en que la misa fue cantada. Luego, regresaron a la tienda del rey Arturo, que le mostró gran honor, pues le permitió que ese día comiera en su mesa junto con el rey Ban y el rey Boores; fueron muy bien servidos con gran alegría. Después de comer, mandaron levantar una fontana en un campo que había por debajo de la llanura de Salesbieres y allí fueron los ágiles jóvenes a probarse junto con los caballeros de la Mesa Redonda y con otros. Ese día hubo hermosos golpes con la lanza y Eliezer lo hizo muy bien, recibiendo grandes alabanzas. Todos decían que nunca habían visto a nadie que utilizara tan bien la lanza. Los caballeros de la Mesa Redonda habrían emprendido un torneo contra los caballeros de tierras lejanas que se encontraban en el campamento, pero el rey Arturo no lo permitió ni quiso

consentirlo, pues temía que se hirieran y por eso tuvieron que abandonar el torneo y regresaron alegres y contentos a las tiendas.

Entonces, se presentó Merlín al rey Arturo y le dijo:

—Señor, hay que prepararlo todo, pues mañana tendréis que poneros en marcha. No le digáis a nadie hacia dónde vais a ir, y seguidme por donde yo vaya. Así se lo diré también a los demás príncipes, para que estén preparados al punto del día para ponerse en marcha.

—Merlín, haced según vuestra voluntad, pues confío completamente en Dios y en vos.

Luego, se va Merlín y se dirige a los pabellones de los príncipes, a los que les va diciendo a uno tras otro que estén dispuestos y armados el día siguiente por la mañana. Mandan cargar tiendas y pabellones y demás arneses en carros, carretas y acémilas; y todos ellos armados, montan a caballo, como quienes van a defender la vida y a atacar a los enemigos; solo les faltan los escudos, las lanzas y los yelmos que les llevan sus escuderos delante de ellos; por delante van también las blancas enseñas con la cruz roja en medio. Merlín había ordenado a todos los príncipes que fuera así desde el primer momento. Merlín montaba en un caballo de caza gris y llevaba la enseña del rey Arturo; iba delante de este y delante de todo el ejército. De esta forma se pusieron en marcha y abandonaron las llanuras de Salesbieres, dirigiéndose por donde Merlín les llevaba hacia la ciudad de Clarence, a la que tenía sitiada el rey Hargadabrán con otros diecinueve reyes; tenían rodeada la ciudad y habían enviado sus furrieles por toda la tierra a veinte leguas a la redonda para que devastaran y destruyeran la región. Una parte de estos habían regresado por la ciudad de Garloc, que era la fortaleza principal del rey Neutre. Iban en esa compañía cuatro poderosos reyes con muchos sajones, que habían conseguido botín por la fuerza, causando tal daño a los de la ciudad, que habían salido a darles batalla para recuperar el botín: fue grande la matanza por una parte y por otra, pero, al final, los de dentro no pudieron resistir sin durar, pues los sajones eran muy numerosos y los otros perdieron su botín, sus caballos y gran parte de sus caballeros. Les asediaron la ciudad y no estaban dispuestos a irse los cuatro reyes hasta haberla tomado. Cuando la reina, que estaba

dentro, vio el sitio, temió que la apresaran a la fuerza; tomó consejo de su senescal y le preguntó qué podría hacer y este le dijo que por la noche se marcharían los dos por un postigo falso que daba al río y que de allí irían a uno de sus refugios que estaba a seis leguas y que se llamaba el Refugio, pues Vertiger se había escondido allí cuando Auguís el Sajón fue perseguido y muerto.

Tal como lo hablaron el senescal y la reina, lo hicieron, pues salieron alrededor de medianoche sin más compañía que dos escuderos. Pero los sajones, que eran astutos, habían colocado espías por todas partes y el senescal y la reina fueron hechos prisioneros. El senescal fue matado y los dos escuderos huyeron malheridos, pues uno había sido alcanzado por una lanza en el cuerpo y el otro, por una espada en la cabeza. Fueron según los llevó la aventura y llegaron a la hueste conducida por Merlín; habían cabalgado tanto que ya estaban a cuatro leguas de Garloc. Cuando los escuderos vieron llegar la hueste y distinguieron las banderas blancas con la cruz roja, supieron que eran cristianos y se dirigieron hacia allí lamentándose más que nada en el mundo. Merlín, que iba por delante de todos, oyó las lamentaciones y les preguntó qué les ocurría. Ellos le cuentan todo según había ocurrido, y que los sajones se llevan a la reina.

—¿Hacia dónde van? —pregunta Merlín.

—Señor, la reina está todavía en el campamento, pero el botín lo llevan por el camino de la calzada.

Entonces, Merlín grita en voz alta: «¡Seguidme, pues si Dios quiere no se llevarán a la reina!». Pica espuelas al caballo y lo siguen mi señor Galván, Eliezer, el rey Ban y el rey Boores. Llevaban lanzas buenas, fuertes y resistentes en la mano. Leonches de Paerne se quedó al frente de los de Benoic; Dionás, de los de Gaunes; Gracién, de los de Orcania, y Dorilás, de la gente del rey Neutre. Los demás cuerpos del ejército mantuvieron su orden. Merlín cabalgó hasta llegar a una colina; abajo distinguió el botín que pasaba por un puentecillo escoltado por cuatro mil sajones. Cuando mi señor Galván los ve, dice:

—Demasiado tardamos.

Pica espuelas a Gringalet, mientras que Eliezer le avisa:

—Señor, esperad; concededme el primer golpe de la batalla en recompensa por mis servicios, pues no he combatido desde que fui armado caballero.

—Os lo otorgo —responde Galván riendo—, pues bien lo haréis.

Se lanza entonces Eliezer gritándoles a los sajones: «¡Dejad el botín, pues no lo seguiréis llevando!».

Llegó entonces Dioglís, senescal del rey Maglorás, volvió hacia él la cabeza de su caballo y se golpearon los dos con las lanzas tan violentamente en los escudos que los atraviesan por debajo de la bloca y Dioglís quiebra su lanza; Eliezer lo alcanza con fuerza y le pasa la punta por el pecho, derribándolo muerto a tierra, a la vez que la lanza vuela hecha pedazos; a continuación, desenvaina la espada y ataca a los otros, que se apresuraban en pasar el botín al otro lado del puentecillo; golpea a Antidolús, que era senescal del rey Brandón, y lo parte hasta los dientes.

Entonces, Merlín le dice a mi señor Galván que el caballero novel había empezado muy bien.

—Ciertamente —responde mi señor Galván—, aún lo hará mejor.

Merlín grita la seña del rey Arturo y se lanza al ataque con mi señor Galván y su compañía, cayendo sobre los furrieles y causando muchos muertos y heridos: los sajones tuvieron que abandonar el lugar y se dieron a la fuga hacia Garloc, donde estaban el rey Maglorás y el rey Orandón, el rey Pincenars y el rey Pignorés, que atacaban con fuerza dispuestos a tomar la ciudad. Se preocuparon mucho al ver llegar a los que huían; cesó el asalto y corrieron a su encuentro. Cuando vieron llegar a los cristianos, se preguntaron sorprendidos de dónde podía llegar tanta gente; atacan como quienes eran muchos y fuertes y los cristianos los reciben con valor, haciendo que los sajones no se puedan acercar a la distancia de una lanza. Cuando los cuatro reyes de los sajones ven que el señor Galván, Eliezer, el rey Ban y el rey Boores combaten tan bien, les gritan a sus gentes y atacan matando caballeros y caballos como gente enloquecida, pues eran los más fuertes del mundo; hacen que

los hombres del rey Ban y los del rey Boores se refugien entre la gente del rey Neutre y en el cuerpo del ejército del duque Escán de Cambenync. Allí soportaron mi señor Galván, el rey Ban, el rey Boores y Eliezer muchos duros espaldarazos y sufrieron bastante; pero cuando llegaron los dos cuerpos de ejército, se podían ver hermosos hechos de armas y los sajones quedaron muy dañados en el primer ataque, pues tuvieron muchos muertos y derribados; el rey Brandon y el rey Pincenars llevaron a cabo grandes proezas en persona y con su mesnada, pues eran todos muy valientes y decididos: después de sus golpes nadie quedaba en la silla. Los de Gran Bretaña estaban asustados y habrían abandonado a la fuerza de no ser por el valor de mi señor Galván, de Eliezer, del rey Ban, del rey Boores, del rey Neutre de Garloc y del duque Escán de Cambenync; también Farién, Gracién, Leonches de Paerne y Dorilás llevaron a cabo proezas por las que no se les debía criticar. Merlín no cesaba de ir de fila en fila, gritando: «¡Adelante!».

Mientras estaban en esta gran angustia, el rey Pignorés llamó a cuarenta de sus sajones, entre los más apreciados y valientes, y les ordenó que tomaran a la reina de Garloc y la llevaran al sitio de Clarence, y que allí la presentaran al rey Hargadabrán. Estos le responden que lo harán según su voluntad; se marchan y emprenden el camino más recto que pueden hacia la ciudad de Clarence, llevándose a la reina, que se lamentaba profundamente por la desgracia que le había ocurrido.

El rey Pignorés ataca con la espada en la mano y realiza tales proezas, tan extraordinarias, que ante sus golpes nadie puede resistir, pues a los caballeros que encuentra les hace grandes villanías. El más valiente teme encontrarse con él, pues derriba caballeros y caballos con tanta frecuencia que todos le abren camino de tal forma que mi señor Galván, que estaba cerca, se da cuenta y ve el gran daño que estaba causando entre su gente y se dice a sí mismo: «Si este vive mucho, podremos perder demasiado». Eliezer oyó estas palabras, pues en todo momento se mantenía junto a mi señor Galván; pica espuelas al caballo dirigiéndose hacia donde ve a Pignorés, que tenía el brazo y la espada empapados de sangre y de sesos de los cristianos que había matado. Cuando Eliezer lo ve, dice que ciertamente «será para nosotros un gran daño si este vive mucho tiempo y en mala hora ha vivido tanto». Se

acerca a él, deja caer las riendas de su caballo sobre el arzón delantero de la silla, se echa el escudo a la espalda, se sujeta bien en los estribos y alza la espada con las dos manos golpeando al rey Pignorés con tal violencia en el yelmo, con toda su fuerza, que ni el yelmo ni la cofia de hierro pueden evitar que le hunda el filo de la espada hasta el cerebro; recupera la espada y el rey cae muerto al suelo. Cuando Merlín lo ve, le dice a mi señor Galván:

—Este nos ha concedido treguas.

—Ciertamente, que Jesucristo nos salve a un compañero tan valiente.

Atacan a los sajones, que estaban apesadumbrados y tristes por la muerte de Pignorés, y empiezan a golpear a diestro y siniestro. Entre todos, destacaban mi señor Galván y Eliezer, el rey Ban, el rey Boores, Leonches de Paerne, Gracién de Trebe y Farién, pues todavía no se habían reunido más que cinco de los cuerpos del ejército, aunque los que estaban allí llevaban a cabo grandes proezas, ya que ante sus tajos no resistían ni el hierro ni el acero.

Cuando el rey Pincenars, que era muy valiente y esforzado, ve que su gente empeora y que es maltratada, lo siente mucho y dice que prefiere morir a que Pignorés no sea vengado. Tenía la espada desenvainada en el puño derecho; ataca donde ve mayor tumulto y empieza a dar tajos por una parte y otra y a derribar cuanto alcanza con sus golpes: mata delante del rey Ban a un caballero de su mesnada, que había realizado grandes hazañas ese día; el rey Ban se encoleriza y va hacia donde ve a su caballero muerto con la hoja de la espada en alto; golpea con tanta fuerza por la ira que lleva, que parte al rey Pincenars hasta los dientes y eso fue lo que más le consoló durante todo el día. Rodean entonces a los sajones y se produce una batalla tremenda y horrible, pues los bretones eran buenos caballeros.

Cuando Merlín ve que ya se han encontrado los cuerpos del ejército de ambas partes, se lleva a mi señor Galván, a Eliezer, al rey Ban y al rey Boores a un aparte y les dice que cuarenta sajones se llevan a la reina de Garloc hacia el sitio de Clarence:

—Aconsejo que vayamos tras ellos.

—Cabalgad —le contesta mi señor Galván—, y nosotros os seguiremos.

Se ponen en marcha y eran fácilmente cien compañeros.

Aquí la historia deja de hablar de ellos y vuelve a hablar de los caballeros que se llevan a la reina de Garloc.

[Galván y sus compañeros rescatan a la reina, a la que llevaban presa cuarenta sajones.

Cuando Hargadabrán, rey de los sajones, se entera, decide vengarse: el enfrentamiento con los cristianos es duro desde los primeros escarceos.]

XXXV

A continuación, se encontraron los ejércitos de ambas partes: los golpes de las espadas y los crujidos de las lanzas eran tremendos; murieron muchos por ambas partes. Luego, entraron en combate el rey Ban, el rey Boores y el Rey de los Cien Caballeros, al frente del segundo cuerpo del ejército; vieron que el segundo cuerpo de los otros se ponía en movimiento y atacaron: allí se podían ver hechos de armas extraordinarios, muchos caballeros que caían y eran derribados, muchas cotas de mallas rotas y desmalladas; yelmos que volaban de las cabezas y escudos de los cuerpos; hubo una gran mortandad por ambas partes. Cuando Merlín ve que los sajones son tan valientes, le grita al rey Ban:

—¿Qué hacéis? Ya hace rato que deberíais haberlos puesto en fuga, pues sois la mitad más que ellos.

Al oír a Merlín que gritaba de esta forma, el rey Ban y los otros príncipes sienten gran vergüenza, atacan a los sajones con gran ímpetu, de tal forma que estos tienen que retroceder, lo quieran o no, y se refugian en el tercer cuerpo del ejército, que era mandado por el rey Meliaduc, el duque Frangiles y Lanor de Betignes. Estos avanzaron y hubo un combate enorme y digno de admiración, en el que murieron muchos, y resultaba algo espantoso de ver. Entonces atacaron el rey Brangor y Malakín el Castellano con el cuarto cuerpo del ejército, acompañados por Galeguinán y por el rey Cleolás: la batalla fue cruel y dura y en poco rato el campo quedó cubierto de muertos y de heridos. En su ataque murió Margón el Botellero, y fue muy lamentado por los sajones; lo mató el rey Ban de un lanzazo. Cuando el rey Sorbarés lo vio, lo sintió mucho y atacó al rey Ban, dispuesto a golpearle en el yelmo, pero este adelantó el escudo, de forma que se lo parte hasta la bloca y el golpe continúa sobre el cuello del caballo, al que le hace volar la cabeza, cayendo rey y caballo en un montón. El rey Sorbarés se detiene con la espada en la mano dispuesto a golpear de nuevo, pero Farién le va al encuentro preocupado porque ha visto a su señor en el suelo; golpea al rey Sorbarés con tanta violencia en el

yelmo que se lo parte hasta los dientes y lo hace caer muerto en el suelo; a continuación, toma el caballo por las riendas, lo lleva al rey y hace que monte. Cuando el rey Ban estuvo de nuevo a caballo, entra en el combate encolerizado y con malas intenciones, y empieza a realizar grandes hazañas. Farién, Gracién, Antiaume, Dionás, el rey Boores, el rey Neutre y todos los demás príncipes llevaban a cabo grandes proezas y había tantos muertos y heridos por parte de los sajones, que los campos estaban cubiertos y no podían llegar unos a otros si no era pasando por encima de los muertos.

Mientras se producía esta gran matanza, entraron en combate los demás cuerpos del ejército, salvo el rey Arturo, al que Merlín hizo que se desviara de forma que sorprendieron por detrás a los sajones y los atacaron con gran crueldad. Mi señor Galván, Eliezer, Yvaín y su hermano y los compañeros de la Mesa Redonda llegaron entonces y se unieron al combate: allí se podían ver a las claras grandes hazañas y hechos de armas. Matan caballeros y caballos, hacen volar escudos de los cuellos y yelmos de las cabezas; cortan pies y puños y llevan a cabo tales proezas que con dificultad se podría creer la matanza que llevan a cabo con los sajones. Keu el senescal, al que Merlín le había entregado la gran enseña para que la llevara, iba siempre al frente de todos, como hombre de gran valor. Sobre los demás destacó mi señor Galván y lo mismo hizo el rey Arturo, pues no había sajón al que alcanzara de un golpe certero al que no matara. También lo hicieron muy bien los príncipes que habían acudido por amor a Dios, y llevaron a cabo tales hazañas en esa jornada, que bien merecieron el perdón de sus pecados. Los caballeros de la reina también combatieron muy bien, pues después de sus golpes no quedaba un hombre en pie, sino que hacían caer y derribaban a cuantos alcanzaban. De esta forma los campos estaban cubiertos de muertos y de heridos y no se podía mover uno sin pasar por encima de ellos. Cuando los sajones se vieron dominados e impedidos, se quedaron tan sorprendidos que se tuvieron por derrotados y sin lugar a dudas así era, pues habían quedado muy debilitados, ya que de los cinco reyes, un conde y un duque, y de los sesenta y ocho mil sajones, apenas habían escapado cuatro mil, y todos los demás habían muerto o estaban malheridos. Ciertamente se habían vendido caros, pues hubo tantos cristianos muertos que el daño fue lamentado mientras vivió el rey Arturo, ya que muchas

damas nobles quedaron viudas, y muchas nobles doncellas, desconsoladas.

Cuando el rey Gundebuef y el duque Lanor de Betignes vieron la gran matanza que los cristianos habían hecho con su gente y se dieron cuenta de que estaban rodeados y no podían volver al campamento, se preocuparon mucho, pues se daban cuenta de que morirían si no tomaban una decisión ellos mismos. Miran por la parte del mar y allí se dan cuenta de que los cristianos habían abierto un poco el cerco; se dan a la fuga por aquella parte a través de la pradera, dirigiéndose al mar que estaba próximo. Cuando el rey Arturo ve que se van así, grita: «¡Tras ellos!». Los atacan todos juntos y dan grandes tajos a los que huyen, pero estos los devuelven, pues eran grandes, fuertes, valientes y decididos, de gran valor; frecuentemente y a menudo se revuelven contra los que los persiguen: murieron muchos sajones y muchos cristianos quedaron muertos y heridos. Duró la persecución de este modo hasta que llegaron al mar, donde había tres galeras mandadas por Landalís, un sajón que allí se había detenido en espera de las vituallas de los que habían ido en saqueo al castillo de Garloc. Al ver las galeras, los que huían se alegraron mucho y fueron a ellas lo mejor que pudieron, pero no pudieron evitar que hubiera muchos ahogados por ambas partes, y allí murieron más de dos mil. Los que entraron en los barcos, cortaron las cuerdas de las anclas, izaron las velas y se hicieron a la mar lo más rápidamente que pudieron, dirigiéndose a donde el viento los lleva, pues mal ha girado su rueda.

Cuando el rey Arturo y sus nobles vieron que los habían perdido de esa forma, regresaron a la llanura de Garloc, a sus tiendas, y dan gracias a Nuestro Señor por la victoria que les había concedido en aquella batalla. Después de desarmarse, descansaron y disfrutaron todo lo que pudieron, pues bien lo necesitaban, pues estaban cansados y fatigados de dar y recibir golpes en aquel combate que había sido muy duro, fueron a comer y después vieron a los enfermos, haciéndolos llevar al castillo de Garloc: eran treinta y cinco caballeros, de los que había cinco heridos de la Mesa Redonda, por lo que el rey Arturo se afligió y preocupó mucho; uno de ellos era Hervís de Rivel, otro Mallés el Bruno; el tercero, Clamadás; el cuarto, Aristobokis y el quinto, Landree de Carmelida.

El rey rogó a los médicos que se ocuparan bien de ellos y estos le contestaron que no se preocupara, pues pronto los dejarían sanos y salvos, con la ayuda de Dios. De esta forma pasaron la noche.

El día siguiente por la mañana, Merlín ordenó que quitaran tiendas y pabellones y que todos fueran tras él dispuestos a dañar a los enemigos y a causarles mayores pesares. Hicieron todo según ordenó. Cuando ya estuvieron dispuestos, emprendieron el camino directamente hacia Clarence. Ya estaban tan cerca de la hueste del rey Hargadabrán, que podían ver sus tiendas y pabellones sin ninguna dificultad; Merlín se los enseña al rey Arturo y le dice:

—Señor, he ahí quienes han ordenado que la tierra de vuestros nobles sea devastada y destruida; ahora se verá cómo se toma venganza, pues ha llegado el momento de perderlo todo o de ganarlo todo. Hoy se verá quién es valiente, hoy se verá quién sabe golpear con la espada y con la lanza; hoy se mostrarán las grandes proezas del reino de Logres; hoy será el momento de la gran necesidad y del gran agobio, pues en este día el reino de Logres quedará destruido o será honrado. Os hago saber —les dice Merlín a los nobles—, a todos vosotros juntos, que tenéis que rogar a Nuestro Señor para que defienda el reino de Logres de toda afrenta o desgracia.

Le responden que así será. Entonces, todos, propios y extraños, le contestan que harán en todo según su voluntad. Merlín les contesta que si quieren obrar de acuerdo con su consejo, que no tendrán que preocuparse y que obtendrán la victoria en ese mismo día. Le contestan que están dispuestos y preparados.

—Quiero —les pide Merlín— que me prometáis que haréis en todo según mi voluntad.

Le responden que así lo harán, con mucho gusto.

—Es necesario —le dice Merlín al rey Arturo— que vos me lo prometáis primero.

El rey le contesta que esté seguro de que está dispuesto a hacer en todo su voluntad y así se lo promete, igual que todos los demás. Entonces, les dice Merlín:

—Buenos señores, hoy ha llegado el día de la gran destrucción de la tierra de Gran Bretaña, si Dios no nos ayuda; y no se podrá evitar de ninguna forma, ni esta gente podrá ser vencida si no hacéis antes la paz con el rey Arturo, y eso es lo que me habéis prometido.

Cuando los nobles lo oyen, a algunos no les resultó agradable, pero no podía ser de otra forma: aceptaron en todo la voluntad de Merlín, le rindieron todos homenaje al rey Arturo uno tras otro y recibieron sus tierras y sus feudos de él los que debían hacerlo; fue muy grande la alegría en todo el ejército.

A continuación, dividieron los cuerpos del ejército y fueron contra los sajones que estaban en el sitio, ante la rica ciudad de Clarence, a la que atacaban todos los días, pero era tan fuerte que no podían conquistar nada, ya que estaba muy bien guarnecida de gente y de alimentos, pues todos los que podían llevar armas en diez leguas a la redonda estaban en la ciudad, tanto si eran caballeros como si eran burgueses, unos y otros; había dentro fácilmente setenta y cinco mil hombres y todos eran valientes, decididos y dispuestos a defender la ciudad con toda fuerza frente a los sajones. Les arrojaban dardos y numerosas estacas agudas, con las que hicieron tambalearse y caer a muchos sajones que no volvieron a levantarse. La ciudad era muy grande y la atacaban con ímpetu en el momento en que Merlín llegó con su acompañamiento.

Cuando estuvieron cerca de las tiendas, Merlín envió a la gente a cuatro partes distintas del campamento de los sajones; entraron entre las tiendas y los pabellones y empezaron a cortar cuerdas y palos, y derribaron tiendas y pabellones. Los sajones, que no esperaban el ataque, oyeron el ruido y el clamor y vieron los pabellones que caían por todas partes, con lo que se quedaron espantados. Dejaron el asalto y cada cual corrió lo más que pudo hacia el campamento. Había tal ruido y tal clamor con los gritos de las señas, que no se podía oír bien a media legua de distancia. Comenzó la batalla fiera y admirable; golpeaban con las espadas y con las lanzas unos contra otros; fue enorme la matanza por ambas partes, pero por un cristiano que moría, morían cinco sajones, aunque estaban mejor armados y eran más fuertes que los cristianos, pero estos eran rápidos y ágiles y estaban bien preparados para combatir en batallas y guerras grandes.

Al llegar los cristianos al campamento de los sajones, podríais haber visto el comienzo de un combate digno de admiración; en el primer choque, cayeron muchos cristianos y muchos sajones recibieron la muerte, por lo que el rey Hargadabrán lo sintió mucho y se enfadó. Llevaba en la mano un gran tronco de encina con una cortante hoja: se dirigió tan rápido como pudo su caballo contra el rey Cleolás, que por amor a Nuestro Señor había acudido a la guerra con siete mil hombres, que estaban combatiendo muy bien. Cuando el rey Cleolás lo vio venir, no se dignó en esquivarlo, pues tenía mucho valor; dirigió hacia él la cabeza del caballo con la lanza apoyada en el fieltro y el escudo delante del pecho; se golpearon con la fuerza de los caballos en los escudos, atravesándolos, rompiéndolos y desmayando las lorigas: las puntas de las lanzas pasan al ras del costado, pero no llegan a tocar la carne; chocan con los escudos, pues los caballos iban muy deprisa; se golpean el pecho contra el pecho y se derriban al suelo con los caballos encima del cuerpo, a la vez que las lanzas vuelan hechas pedazos; quedaron en el suelo tan aturcidos que no podían ni moverse; además, los caballos estaban sobre ellos, como si estuvieran muertos y los dos reyes yacían debajo desmayados. Fue grande el combate para volver a montar a los dos príncipes, pues todos los cuerpos del ejército de los sajones corrieron hacia allí y lo mismo hicieron los de los cristianos: se dieron muchos golpes y se recibieron otros tantos. Los sajones volvieron a montar al rey Hargadabrán, pero antes murieron más de dos mil entre unos y otros. También los cristianos han vuelto a montar al rey Cleolás, pero se encontraron con que tenía el brazo izquierdo roto por la caída y sus hombres lo sintieron mucho y se quedaron afligidos; hicieron que lo llevaran de inmediato con la impedimenta, y cuando ya estaba acostado y bien cuidado, el rey llamó a los hombres con gran dulzura y les rogó que volvieran a la batalla; puso al frente de ellos a Guionce, su senescal, y todos lo aceptan con agrado.

Vuelven a entrar en combate enfadados y dispuestos a vengar a su señor; matan en el primer choque a dos reyes de los sajones, de los que uno se llamaba Brangor y el otro Maragondes. Este Maragondes era primo de Auguís el Sajón.

Empezaron a realizar tales hazañas que fueron muy alabados y apreciados, y contemplados con admiración por los sajones y los

cristianos. En otro lado del combate estaban luchando el rey Ban, el rey Boores, el rey Neutre y el rey Urián. En otra parte, el rey Tradelmán de Norgales y el Rey de los Cien Caballeros con el rey Clarión de Northumberland y el duque Escán de Cambenync; en otro sitio, combatían el rey Belinán, el rey de Estrangorre, el rey Aguisacán, el rey Yder y Minorás, el senescal del rey Lac, y Claalant de Listenois; en otra parte están combatiendo Aguignerón, el senescal del rey Clamadeu; Flamus, el senescal del rey Evadaín; Galeguinán, el senescal de Galahot; el hijo de la Jayana y Margondes, el senescal de Sorelois: todos ellos habían acudido por amor a Nuestro Señor; en otro lado combatían Gosengós, el hijo del rey Amans; Nabunal, su senescal, y Cleodalís, el senescal del rey Leodagán de Carmelida; en otro sitio estaba el rey Arturo con el rey Loth de Orcania, mi señor Galván, Agravaín, Guerrehet, Gueheriet, mi señor Yvaín, hijo del rey Urián, Saigremor y Keu el senescal, que llevaba la enseña.

La batalla había empezado tan bien por todas partes que era digna de ver. Merlín iba de un cuerpo del ejército a otro, montado en un gran caballo de caza y gritando a voces: «¡Señores caballeros, ahora se verá; ha llegado el día y la hora en que se verán vuestras proezas!».

Cuando el rey y los príncipes oyen gritar de esta forma a Merlín, se lanzan a mostrar la mayor fuerza que pueden. Los de la ciudad, al ver el combate violento y mortal y al descubrir que los cristianos y sajones caían al suelo tan frecuentemente que unos caían sobre otros, y al ver las enseñas con las cruces rojas, pensaron que eran refuerzos y socorros que Nuestro Señor les había enviado ordenan abrir las puertas y salen todos armados, entran con violencia en el combate y empiezan a realizar admirables hazañas. Y aunque todos lo hicieron bien, a todos superó el rey Arturo, mi señor Galván, sus hermanos y el rey Boores, pues frente a sus golpes nadie podía resistir, y lo hicieron de tal forma que los sajones fueron derrotados. De todos los reyes solo consiguieron escapar el rey Hargadabrán y cinco más el rey Orién, el rey Fausabres, el rey Cormicans, el emir Napin y Murgalant de Trebehan. Esos cinco escaparon con el rey Hargadabrán y llevaban en su compañía treinta mil sajones que todos se marcharon tristes y vencidos, huyendo tan rápidos como podían sus caballos; se dirigieron a sus barcos, mientras que los

cristianos que no querían dejarlos los persiguieron hasta el mar y los acosaban tan de cerca que, al entrar en los barcos, la mitad de ellos quedaron muertos o ahogados. Los que estaban en las naves se alejaron tristes y pesados por la gran pérdida que habían tenido. No habían navegado mucho, cuando vieron la nave del rey Gundebuef y del rey Lanor, que huían de la derrota; se reconocieron unos a otros y se alejaron surcando el mar.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve a hablar del rey Arturo y de su compañía.

XXXVI

Ahora cuenta la historia que cuando el rey Arturo hubo derrotado a los sajones y estos entraron en las naves, regresó alegre y contento con sus nobles y fueron al campo de batalla, donde le dieron las gracias a Dios con gran humildad por el honor y la victoria que les había consentido tener y por el rico botín que habían obtenido en oro, plata, ricos tejidos de seda, pabellones, caballos y buenas armas. El rey Arturo hizo que repartieran todo de acuerdo con sus príncipes y que le dieran a cada uno según quién era, de tal forma que no se quedó por valor ni de un dinero.

A continuación, los príncipes entraron contentos y alegres en la ciudad; hicieron enterrar a los muertos y permanecieron allí durante cinco días.

Por todo el país corre la noticia de que los sajones habían sido echados de la ciudad de Clarence, vencidos, y que muchos habían muerto. Los sajones abandonaron aquella tierra, incluso los que no habían sido derrotados, y regresaron tristes y pesarosos a Sajonia, por los amigos que habían perdido.

Después de pasar cinco días de fiesta y alegría en la ciudad de Clarence con el rey Arturo, los príncipes se despidieron de él y cada uno fue a su país. De esta forma se separaron con gran amor y después de haber recibido tierras y honores de su mano. Los príncipes de tierras lejanas, que habían acudido por amor a Nuestro Señor, regresaron a sus países. El rey Arturo, el rey Ban el rey Boores, el rey Loth de Orcania, mi señor Galván y los de su compañía volvieron a la ciudad de Camelot, donde fueron recibidos con gran riqueza por la reina Ginebra y por todo el pueblo. Entonces, Merlín se presentó al rey Arturo y le dijo:

—Señor, gracias a Dios habéis liberado la tierra de la mala gente por ahora y debéis gran alegría por eso vos y toda la Cristiandad, pues ya están en paz. Ahora pueden irse el rey Ban y el rey Boores a sus tierras, pues hace mucho tiempo que no han visto ni a sus mujeres ni sus posesiones y tienen un vecino muy traidor que les

causaría daño con mucho gusto si pudiera: es el rey Claudás de la Tierra Desierta. Pasarán el mar y se ocuparán de sus tierras y sus negocios.

—Merlín, buen amigo —le contesta el rey Arturo con afabilidad—, los príncipes harán según su voluntad y vos según la vuestra; pero preferiría que se quedaran a que se marcharan, pues la compañía de hombres tan valiosos como ellos y como vos no debería hartar a ningún príncipe. Ya que así os place y que vos lo queréis, tendré que soportarlo.

—Señor, tiene que ser así y no necesitáis para nada que se queden.

De esta forma se marcharon los dos reyes y emprendieron el camino hacia el mar, muy alegres. Merlín, que los quería con gran amor, los acompañó. La primera noche después de que salieron de Camalot, llegaron a un castillo que estaba asentado sobre un terreno pantanoso, aunque era firme y seguro de forma que no tenía por qué temer ser conquistado al asalto. Este castillo estaba rodeado por dos pares de murallas gruesas y altas, con abundantes almenas, y era fácilmente defendible. Dentro tenía cinco torres altas y rectas, levantadas hacia las nubes, redondas; cuatro eran medianas y la quinta era grande y admirable, bien fortificada alrededor; por fuera tenía un doble foso lleno de agua. La torre de en medio era tan alta que apenas se podía llegar arriba de un tiro de arco; alrededor, por fuera de la muralla, había un pantano que se extendía a lo largo de dos leguas, tan lleno de barro y agua que nadie podría entrar sin ahogarse. Este castillo tenía una sola entrada y era tan estrecha que no podían cruzarse por él dos caballos a la vez; al final del camino había un pino muy hermoso que surgía del agua y un prado pequeño del tamaño de un cuartel de tierra en el que crecía hierba alta y hermosa; el pino era agradable y muy frondoso; en una de las ramas, que era muy alta, colgaba un cuerno de marfil más blanco que la nieve recién caída; tenía una cadena de plata. Quien quería alojarse en el castillo tenía que tocar el cuerno, y tenía que hacerlo también quien quisiera pasar en busca de combate: para estas dos cosas que he contado servía el cuerno que colgaba del pino.

Cuando el rey Ban y el rey Boores y sus compañeros llegaron al pino y vieron en él el cuerno que colgaba, se dijeron que sin duda tenía un motivo. Piensan y creen que es para pasar el vado o para

pedir combate, pero vieron el castillo tan lejos que no creían que el sonido del cuerno pudiera llegar hasta allí. Por otra parte, vieron que el castillo era tan hermoso y rico y estaba tan bien construido que nunca habían visto uno comparable por su tamaño; veían la calzada y la entrada tan fuerte y tan estrecha que estaban admirados. Los dos reyes le preguntaron a Merlín si sabía cómo se llamaba aquel castillo tan hermoso y bien asentado, que les alegraría saberlo. Merlín les dice que era el castillo de Mares y que era de un caballero muy poderoso y de gran fama, valiente y esforzado con las armas, llamado Agravadaín el Negro.

—Por mi fe —dice el rey Ban—, he oído hablar muchas veces de Agravadaín el Negro y así me valga Dios, debe ser un hombre valiente, pues está bien albergado, ya que este es el castillo más hermoso de cuantos he visto. Con gusto pasaría allí la noche, si quisiera su dueño.

—Eso lo podréis hacer sin dificultad —le contesta Merlín—, pero nadie puede llegar al castillo siendo caballero de otra tierra, sin antes haber tocado el cuerno, y si alguien bebe agua antes de tocar, no puede irse sin combatir.

—Tocaré el cuerno —contesta el rey Ban— si me lo aconsejáis.

—Por mi fe —le responde Merlín—, no hay ningún peligro en tocarlo, ya que queréis combatir o queréis permiso para beber.

—Aunque hubiera peligro —dice el rey Ban— lo tocaría si vos me lo aconsejarais.

—Yo os lo aconsejo, pues no recibiréis ningún daño, así me valga Dios.

A continuación, el rey Ban se dirige al pino del que colgaba el cuerno, se lo coloca en la boca y lo toca tan fuerte y tan claro como quien tiene vigor y aliento suficiente, de forma que todo el pantano retumba y el agua y el pantano llevan el sonido hasta el castillo de tal forma que el señor, que era dueño del lugar, al oírlo con tanta claridad, grita: «¡A las armas!», pues esa era la costumbre.

El rey Ban volvió a tocar el cuerno otras veces y repite en tres

ocasiones, pues estaba tan lejos el castillo, que pensaba que no podrían oírlo desde allí.

Cuando el señor del que era el castillo oyó tocar el cuerno con tanta fuerza y tan reiteradamente, se lo toma a despecho; monta en un gran caballo roano con el escudo al cuello y la lanza en el puño; la puerta estaba abierta y sale con rapidez, dirigiéndose al vado. Al ver a la gente al otro lado, les grita:

—¿Quiénes sois?

—Señor —responde el rey Ban—, somos caballeros que os pedimos albergue para esta noche; si os parece bien, les daremos de beber a nuestros caballos en este vado.

—¿De quién sois?

—Buen señor —contesta Merlín, que estaba más cerca de la calzada—, son de una tierra que queda a la otra parte de Gaula.

—¿En qué parte?

—Señor —responde Merlín—, han recibido sus tierras de manos del rey Arturo.

—Por Dios, tienen buen señor, pues no puede irles mal con el rey Arturo, ya que es hombre muy valiente y buen caballero, y es también señor mío. Por él, recibiréis el albergue a vuestro gusto.

—Os lo agradecemos —contesta Merlín.

Entonces, Agravadaín se vuelve y dice a los caballeros que le sigan y que sean bienvenidos. Van tras él uno detrás de otro, pasan la calzada y se dirigen a la puerta del castillo; entran siguiendo al caballero que era el señor del lugar; no había sitio para dar la vuelta hasta pasar la puerta. El mismo señor los llevó hasta el castillo; allí, salen criados y escuderos para ayudarles a descabalar. El mismo rey les da la mano a los dos reyes porque le parecen valientes y príncipes de la tierra; los lleva a una habitación que estaba al pie de la torre y hace que se desarmen como es normal; él mismo se hizo desarmar. Mientras estaban desarmándolo, entraron allí tres doncellas extraordinariamente hermosas de las que dos eran

sobrinas de Agravadaín y la tercera era hija suya; llevaban tres mantos de suave piel de armiño negro y escarlata roja; se los colocan al cuello a los dos reyes y a su señor. El rey Ban, que era hombre muy agradable y enamorado, contemplaba a las doncellas con gusto y contento con su compañía y su comportamiento, pues eran de gran belleza, bellas a la vista y de buena edad, porque la mayor todavía no tenía veinticuatro años y la hija del señor del castillo era bastante más hermosa que las demás; la contempló Merlín con preocupación a la vez que pensaba en su corazón que sería nacido en buena hora quien pudiera acostarse con aquella dama, «y si no fuera —se decía— por el gran amor que tengo a Viviana, mi amiga, esta noche la tendría entre mis brazos; y ya que yo no la puedo tener, haré que la tenga el rey Ban».

A continuación, hizo un conjuro sin más e, inmediatamente, consiguió que el rey Ban y la hija de Agravadaín se amaran profundamente entre sí.

Después de que se abrocharan los mantos que las dos doncellas les habían puesto al cuello, Agravadaín les mostró gran alegría a los dos reyes. Llegada la hora de la cena, se pusieron las mesas en el salón, que era muy grande y ancho; Agravadaín hizo que los dos reyes hermanos se sentaran a la cabecera del estrado, uno junto al otro; a su lado, se sentaron él y su mujer, que era hermosa y joven, pues todavía no tenía treinta años; los caballeros se fueron sentando en las mesas que había en el salón. Las tres doncellas que eran tan agradables permanecieron de pie delante de los dos reyes y de Agravadaín y de Merlín, que había tomado el aspecto de un joven de quince años y que llevaba vestida una cota corta partida de blanco y rojo; tenía un cinturón de seda que tenía dos dedos de ancho, con los cabos de oro; de él colgaba una limosnera de oro batido; tenía cabeza blanca con el pelo fresco, los ojos de color cambiante y grandes; trinchaba de rodillas delante del rey Ban y fue contemplado por unos y otros, pues nadie lo conocía más que los dos reyes hermanos, y los suyos pensaban que era de la mesnada del señor del castillo; por la gran belleza y virtud que ven en él, lo contemplan las doncellas de vez en cuando; pero la hija de Agravadaín tenía los ojos puestos en mirar al rey Ban más que en ninguna otra cosa, por el conjuro que había hecho Merlín, y frecuentemente cambiaba el color; ansiaba que los manteles fueran

quitados, pues querría acostarse entre sus brazos completamente desnuda, aunque no sabía de dónde le llegaba tal deseo.

En este pensamiento y en esta angustia estaba la doncella por el conjuro que Merlín había realizado; por otra parte, el rey Ban se encontraba en tal situación que dejó de reír y de bromear en la mesa, y no sabía a qué se debía todo ello; estaba muy preocupado por haber prestado su atención a aquella doncella, ya que él tenía una mujer joven y de gran belleza y no quería faltarle por nada; por otra parte, pensaba que sería una gran traición, ya que allí le habían hecho grandes honores y les habían dado alojamiento y le parece que no podría causar mayor afrenta que la de deshonorar a la hija de su huésped de tal forma; se encuentra tan a disgusto que no sabe qué hacer y a pesar de todo se dice en el corazón que no la requerirá para nada. Merlín, que conocía el asunto, se dice a sí mismo que no ocurrirá como él piensa, pues sería una gran lástima que no se encontraran juntos, ya que nacería tal fruto que toda la tierra de Bretaña recibiría honra por su gran valor. De esta forma se hablaba Merlín a sí mismo.

Después de que quitaran los manteles, cuando ya se hubieron lavado las manos, fueron a apoyarse en las ventanas y contemplaron desde allí el pantano, viendo toda la región de alrededor, que era extraordinariamente hermosa; estuvieron mirando y se olvidaron de todo lo demás, hasta que se hizo tiempo de ir a acostarse: entraron en una habitación junto a la sala principal en la que las doncellas habían preparado dos camas como correspondía a tales príncipes como eran ellos, y se acostaron con grandes fiestas. Después, el señor fue a acostarse junto a su mujer y las dos doncellas fueron a otra habitación que había allí cerca. Apenas se habían acostado, Merlín empezó su encantamiento y todos quedaron dormidos, salvo el rey Ban y la doncella, que estaban tan prendados el uno del otro que no podían ni dormir ni descansar. Merlín, que quería llevar a cabo lo que había emprendido, fue a la habitación en la que estaba acostada la doncella, la cogió de la mano con gran dulzura y le dijo:

—Levantaos, hermosa, venid con el que tanto os desea.

Ella, que estaba encantada y no podía contradecir su voluntad, se puso en pie, se bajó de la cama completamente desnuda, sin más

ropa que la camisa y un manto de piel, y la lleva Merlín de la mano por delante de la cama de su padre y por delante de las camas de los demás caballeros, que estaban tan profundamente dormidos que no podían despertarse aunque se hundiera el castillo sobre ellos. De esta forma van Merlín y la doncella hasta que llegan a la habitación en la que estaban acostados los dos reyes; el rey Ban y el rey Boores estaban también profundamente dormidos, dominados por Merlín; se dirigen al rey Ban, que estaba a disgusto y Merlín le dice:

—Señor, he aquí a la buena, la hermosa que llevará al bueno y al hermoso cuya fama correrá por el reino de Logres.

Al ver a la doncella, y después de oír a Merlín, el rey tiende las manos y la recibe alegre y contento como quien tenía grandes deseos, y no podía discutir por el encantamiento que había sido realizado; si no hubiera estado hechizado, no lo habría hecho ni a cambio de todo el reino de Logres, pues temía mucho a Nuestro Señor.

Se sentó y recibió a la doncella entre sus brazos; esta se quita el manto de piel y la camisa y se acuesta a su lado. Se muestran buena cara y buena acogida, como si hubieran estado veinte años juntos, sin que tuvieran vergüenza y pudor frente al otro; así lo había ordenado Merlín. De esta forma estuvieron el rey Ban y la doncella durante toda la noche hasta que llegó el día. Entonces, Merlín, que sabía la hora que era, se acercó e hizo que la doncella se levantara; esta se vistió la camisa y el manto de piel. A continuación, el rey se saca un anillo del dedo y le dice:

—Hermosa, guardad este anillo y mi amor.

La doncella lo toma, se lo pone en el dedo y se marcha, encomendándolo a Dios. Merlín la acompaña hasta su cama, hace que se acueste completamente desnuda y se queda dormida de inmediato, como quien había concebido un hijo del que Lanzarote tendría después gran alegría y gran honor, por las virtudes que hubo en él.

Después de que Merlín acostara a la doncella en la cama de la que la había hecho salir, volvió a su cama y se acostó; después, deshizo el encantamiento y despertaron todos los del castillo. Hacía rato

que había amanecido; se levantaron los escuderos y los servidores; prepararon las armas, ensillaron los caballos y cargaron cofres y bagajes.

Merlín fue al rey Ban, que aún estaba dormido, pues el encantamiento del amor por la doncella ya había terminado y sabía que se había acostado con ella, pero ignoraba cómo había ocurrido, aunque piensa que ha sido por Merlín. Merlín va a él y le dice que ya era hora de cabalgar. Los dos reyes se levantaron y se prepararon junto con todos los demás; entonces llegó el señor del lugar con las tres doncellas; saludan a los dos reyes y estos les devuelven el saludo. El rey Ban, al ver a la doncella que había estado acostada con él durante toda la noche, la mira con atención y ella a él, a la vez que baja la cabeza como quien tenía vergüenza por haber tenido tanta intimidad con él y por haberse abandonado; a partir de ese momento no hubo un instante en que ella no lo amara más que a ningún otro hombre, y bien se vio, pues a partir de entonces no volvió a tocar a nadie y se dijo a sí misma que una mujer que ha tocado a un rey no debe relacionarse con otros hombres más bajos, y desde entonces no quiso tomar marido.

El rey Ban le da la mano y le dice con gran dulzura:

—Doncella, me tengo que ir, pero donde quiera que yo me encuentre, soy vuestro caballero y vuestro amigo. Os ruego que os ocupéis del asunto y que cuidéis vuestro cuerpo, pues tened por seguro que estáis embarazada de un hijo, del que tendréis la mayor alegría y honor.

Merlín le había hecho saber esto, pues gracias a él conocía una gran parte de las cosas que iban a ocurrir. La doncella le contesta en voz baja, suspirando:

—Señor, si lo estoy, que Dios me dé por su santa gracia una alegría mayor de la que tengo con vuestra partida, ya que nunca se separaron tan pronto los enamorados. Pero ya que os tenéis que ir, me consolaré lo mejor que pueda, pues quedo embarazada; si vivo para verlo, me servirá de espejo y de recuerdo vuestro.

Mientras hablaba así, el rey le echó los brazos al cuello y la encomendó a Dios entre suspiros. La doncella regresa a su

habitación con las otras doncellas. Los dos reyes y Merlín encomiendan a Dios a la dama del castillo y al señor, agradeciéndoles la cortesía que les han hecho; después, montan y salen del castillo, yendo por la calzada uno tras otro. Agravadaín acompañó a sus huéspedes hasta el pino y allí regresó. Los dos reyes cabalgan hasta que llegan al mar, entran en los barcos y pasan al otro lado alegres y contentos.

Cuando llegaron al puerto desembarcaron, montaron a caballo y cabalgaron hasta llegar a la ciudad de Benoic, donde fueron recibidos con gran alegría; pero fueron las dos reinas las que mostraron mayor gozo con la llegada de sus señores. Los dos reyes permanecieron con sus mujeres en la ciudad de Benoic y Merlín estuvo con ellos ocho días enteros. El noveno día se despidió de los dos reyes y de las dos reinas y de los demás nobles y se fue a ver a su amiga, que le mostró una gran alegría, pues lo amaba con gran amor por la afabilidad que había encontrado en él y él no quería a nada tanto como a su amiga, y le enseñó cosas que nunca quiso enseñarlas a ningún otro. Permaneció allí ocho días y después se marchó y fue directamente a ver a Blaise, su maestro, que deseaba mucho verlo. Merlín le contó la reunión de las llanuras de Salesbieres y cómo la reina de Garloc había sido rescatada; le contó todas las demás cosas que habían ocurrido desde que se marchó de su lado. Blaise lo puso todo por escrito, tal como Merlín se lo iba contando, y por eso lo sabemos todavía.

Pero la historia deja ahora de hablar de Blaise y de Merlín y vuelve a hablar del rey Arturo y de su compañía.

[El rey Arturo convoca una corte solemne para mediados de agosto, a la que deben asistir todos sus vasallos que han recibido tierras o feudos de él.]

El día de la Virgen de agosto, ya habían empezado a comer, cuando aparece un hombre bellissimo, pero completamente ciego, al que guiaba una perra.

El rey Rión decide vengarse de su derrota a manos del rey Arturo y del rey Leodagán, y para ello convoca a sus aliados, que acuden en gran

número. Estaba asediando a Leodagán cuando se entera de la victoria del rey Arturo sobre los sajones; envía entonces a este un mensajero con cartas en las que le hace saber que le dejará reinar si se hace su vasallo.

El mensajero llega a la corte el día de la Virgen de Agosto, apenas poco después de que el ciego terminara de cantar un lai; pero —como era previsible— fracasa en su embajada, y regresa al campamento del rey Rión, que tiene asediado a Leodagán.]

XXXVII

Cuenta ahora la historia que cuando el mensajero del rey Rión se marchó, el rey Arturo quedó sentado ante la mesa y continuó la fiesta y la alegría. El que tocaba el arpa iba de un banco a otro y tocaba con claridad y dulzura; lo contemplaban admirados unos y otros, pues nunca habían oído nada semejante y les agradaba y gustaba más el deleite del tocador de arpa que ninguna cosa que hicieran los demás ministriles. El mismo rey Arturo estaba maravillado y se preguntaba de dónde había podido salir aquel hombre, pero debería conocerlo bien, pues lo había visto en otras muchas ocasiones con otro aspecto y con otra figura.

Después de comer, quitaron las mesas y el tocador de arpa se presentó al rey Arturo y le dice:

—Señor, si os pareciera bien, yo tendría ahora la recompensa por mi servicio.

—Tendréis la recompensa, y es justo. Decid lo que queréis y no os faltará, si es algo que yo os pueda dar quedando a salvo mi honor y mi reino.

—Señor, tendréis honor, si Dios quiere.

—Decid vuestra voluntad con toda tranquilidad.

—Señor, os pido y suplico que me permitáis llevar vuestra enseña en la primera batalla en la que vayáis.

—Mi dulce amigo, ¿sería en honor mío y de mi reino? Nuestro Señor os ha metido en su cárcel. ¿Cómo podríais ver para llevarlo y guiarnos en la batalla? Mi enseña debe ser refugio y protección de todas las enseñas que haya en el combate.

—Señor, Dios que es el verdadero guía me guiará, pues ya lo ha hecho en muchos lugares llenos de peligro y tened por seguro que será en provecho vuestro.

Cuando los nobles lo oyen, se quedan sorprendidos. El rey Ban se fija y se acuerda de Merlín, que le había servido en el castillo del Pantano bajo el aspecto de un joven de quince años, y piensa que debe ser él; entonces, le dice al rey Arturo:

—Señor, otorgadle lo que pide, pues no parece hombre a quien se le deba negar su deseo.

—¿Cómo?, ¿acaso pensáis que nuestro provecho y nuestro honor va a estar en darle mi enseña a un menestral que no puede ver, para que la lleve en combate? Al negarme no faltó en nada, pues no es cosa que se deba otorgar con ligereza si no se está seguro de la persona a quien se le entrega para que la lleve durante la batalla.

Apenas había dicho estas palabras, el tocador de arpa desapareció de entre ellos, de tal forma que nadie supo qué había sido de él; entonces, el rey Arturo pensó en Merlín y lo sintió mucho y se quedó muy afligido por no haberle otorgado su voluntad. Los que estaban allí se quedaron sorprendidos al ver que había desaparecido de forma tan repentina. El rey Ban de Benoic, que se había dado cuenta y sabía que era Merlín, le dijo al rey Arturo:

—Ciertamente, deberíais haberlo reconocido.

—Tenéis razón, pero al hacerse guiar por un perro, me impidió que lo reconociera.

—¿Quién era? —pregunta mi señor Galván.

—Buen sobrino, es Merlín, nuestro dueño.

—Ciertamente —dice mi señor Galván—, así me valga Dios, bien os creo que sea él, pues en muchas ocasiones se ha disfrazado y cambiado de aspecto ante vuestros nobles y lo hacía para divertirnos y alegrarnos.

Mientras hablaban de estos asuntos, entró en la sala un niño pequeño, de ocho años de edad, con la cabeza medio pelada, sin calzas y con una maza en la mano; se acerca al rey Arturo y le dice que se disponga a ir a combatir contra el rey Rión y que le dé su bandera para que la lleve. Cuando los de la sala lo ven de esta

forma, empiezan a reír con estrépito. El rey Arturo le contesta riendo, pues pensaba que era Merlín:

—Así me valga Dios, bien debéis llevarla y os lo otorgo de todo corazón.

—Muchas gracias —contesta el niño—, pues la utilizaré muy bien.

Luego, encomienda a todos a Dios y sale de la sala, tomando el aspecto que solía tener y diciéndose a sí mismo que ahora era necesario que se reunieran los ejércitos del rey.

Fue al mar y pasó al otro lado. Fue a Gaunes y se presentó a Farién y a Leonches de Paerne, a los que les dijo que reunieran todas sus fuerzas y a cuantos hombres pudieran sacar de la tierra y que se dirigieran a la ciudad de Camelot. Estos le responden que así lo harán.

Merlín regresa al mar, pasa a Gran Bretaña y va a la tierra del rey Urián y a la del rey Loth, diciéndoles a los nobles de estos lugares que estén quince días después de la Virgen de Septiembre en la ciudad de Camelot, y así lo otorgan. Luego, los deja y vuelve a la corte del rey Arturo: aún no habían concluido las vísperas del día mismo en la iglesia de mi señor San Esteban. El rey le preguntó por qué se había ocultado tanto y este le contestó que debía haberlo reconocido.

—Tenéis razón, y así debería haber sido si tuviera algo de conocimiento.

De esta forma permanecieron entre fiestas y alegría el resto de la jornada.

El día siguiente, el rey Arturo hizo que se reunieran todos sus príncipes en su salón y Merlín también acudió. Entonces, el rey Arturo les dijo que tenían que reunir a cuanta gente pudieran en sus tierras, pues había que ir en socorro del rey Leodagán, que era padre de la reina Ginebra. Merlín le dice que ya estaban todos reunidos en Gaunes y Benoic y en las tierras de los nobles príncipes. El rey Arturo le pregunta que cuándo han sido reunidos.

—Señor —contesta Merlín—, ayer, después de cenar fui a todas partes.

Cuando el rey Arturo y los príncipes lo oyen, se quedan sorprendidos y continúan con la fiesta y la diversión hasta que llega y se reúne toda su gente.

Cuando estuvieron todos juntos, el rey Arturo y sus nobles cabalaron hacia el reino de Carmelida. Merlín llevaba la enseña tal como el rey Arturo le había otorgado. Cabalgan hasta llegar a una legua de Carohase, donde el rey Rión tenía asediado al rey Leodagán. Cuando estaban cerca del campamento, Merlín le dice a mi señor Galván, a mi señor Yvaín y a Saigremor:

—Estad todo el tiempo cerca de mí.

Le contestan que así lo harán según quiere.

—Seguidme con todos los del ejército hasta que lleguemos a sus hombres; entonces atacaréis sin romper la formación; procurad siempre seguir mi bandera, a donde quiera que veáis que me dirijo.

Contestan que así lo harán. Lo mismo les dice al rey Arturo y a los demás príncipes. Luego, emprenden la marcha y cabalgan hasta que llegan al campamento de Rión. Merlín pica espuelas y ataca con tanta fuerza como puede su caballo. Llevaba en la lanza la bandera cuyas puntas le golpeaban en el puño; en la bandera, el dragón que arrojaba fuego y llamas y tan grandes llamaradas por las fauces que todos los del ejército de Rión se quedaron espantados. Mi señor Galván le seguía de cerca con la lanza empuñada: en su ataque encuentra al rey Faraón que iba hacia ellos con toda su bandera, y que los atacó tan pronto como vio que se acercaban. Mi señor Galván lo golpea con tanta fuerza que ni el escudo ni la cota de mallas pueden impedir que le meta la punta de la lanza en el cuerpo y lo derribe al suelo completamente extendido; luego, le dice en burla: «Este ha jurado la paz, pues no volverá a hacerle daño al rey Arturo, ni le hará perder un surco de tierra».

Entonces se atacan unos a otros con gran estrépito y ruido entre la gente del rey Rión y la del rey Arturo. Mi señor Galván, mi señor Yvaín, Saigremor, Agravaín, Guerrehet y Gueheriet con los

caballeros de la Mesa Redonda hicieron grandes proezas.

Cuando los ejércitos de ambas partes se juntaron, se podía ver gran derribo de hombres y caballos, pues eran muy valientes y esforzados por las dos partes. Merlín, que llevaba el dragón, se metía en medio del tumulto y mi señor Galván y sus compañeros lo seguían con las lanzas bajadas: golpeaban con tanta fuerza a los que encontraban, que los derriban al suelo y vuelan los trozos de lanza hacia el cielo. Esto asustó mucho, pues pensaban que eran verdaderos diablos que hubieran bajado al ejército; pero a pesar de todo, eran tan valientes y tan buenos caballeros, que no se atemorizaron, sino que mantuvieron el combate duro y digno de admiración frente a la gente del rey Arturo, y lo hicieron retroceder en el primer ataque, por lo que mi señor Galván y sus compañeros se afligieron mucho. Entonces, Merlín les grita:

—¿Qué va a ser esto? Señores, os habéis parado; seguidme si queréis aumentar vuestro prestigio y hacer que os crezca la fama.

Los compañeros atacan a los de Irlanda de tal forma que los reciben con las espadas. Mi señor Galván y sus compañeros realizan tantas proezas que atraviesan las filas de la gente del rey Rión después de haber dado y recibido muchos golpes y de haber derribado muertos al suelo a muchos caballeros. El rey Arturo, el rey Loth de Orcania, el rey Ban y el rey Boores habían entrado por otra parte del ejército y también estaban llevando a cabo hazañas dignas de admiración, pues ante sus golpes no podía resistir ningún arma. La gente del rey Rión los ataca con tanta violencia que derriban al rey Loth y al rey Boores con los caballos encima; podrían haber recibido mucho daño si no hubiera sido por el valor que ellos mismos tenían, ya que se pusieron en pie con gran rapidez y sujetaron las espadas desnudas en la mano, y empezaron a derribar caballeros y caballos con tanta habilidad que no habría nadie que los viera sin tenerlos por extraordinarios. El rey Arturo y el rey Ban pican espuelas hacia allí, con los mayores refuerzos, para intentar montarlos de nuevo. También Merlín acude empuñando la enseña que tenía el dragón que arrojaba fuego y llamas por las fauces, y se dirige a donde el tumulto es mayor.

Cuando la gente del rey Rión ve el fuego y el dragón, siente miedo y abandona el campo. Los dos reyes que estaban en el suelo

permanecen quietos, de pie. Merlín va a ellos y les da sendos caballos fuertes y veloces, pues eran muchos los que estaban abandonados en medio de la batalla. Montan de inmediato, ávidos de cabalgar de nuevo. A continuación, emprenden el combate y recomienzan las hazañas y lo mismo hacen todos sus compañeros, pero las fuerzas del rey Rión eran tantas por la gente que tenía, que los del reino de Logres no pueden resistir ni durar y habrían sido todos vencidos de no ser por mi señor Galván, sus hermanos y los demás compañeros de la Mesa Redonda, que hacían verdaderas maravillas, derribaban caballeros y caballos y hacían caer a tierra todo lo que alcanzaban con un golpe, de tal forma que parecía a los que lo estaban viendo que no fueran gente de carne, sino diablos del infierno.

En otro lado del combate estaba el rey Neutre con el rey Tradelmán, el rey Urián y el Rey de los Cien Caballeros, que combatían con gran valor frente a los hombres de las Islas, que los acosaban de cerca, pues eran muchos los caballeros de las Islas y muy poderosos: habían derribado al rey de Norgales y lo tenían sujeto por el nasal del yelmo. Merlín se dirigió a mi señor Galván y le dijo:

—Ahora se verá cómo lo hacéis, pues hemos perdido al rey Tradelmán si no recibe pronto socorro. Os ruego que me sigáis.

Mi señor Galván y sus compañeros van tras Merlín y se juntan al lado del rey Tradelmán, que estaba en peligro de morir; empiezan a golpear y a dar tajos de tal forma que nadie lo vería sin considerarlo digno de admiración; incluso los que tenían al rey Tradelmán, que eran muy valientes y esforzados, se quedaron sorprendidos y tienen que sufrir mucho para poder retenerlo, mientras que los de la Mesa Redonda se esfuerzan en rescatarlo; por fin, consiguen que vuelva a montar, con gran pesar y cólera de los de las Islas, y recomienzan el combate y el enfrentamiento espantosos de ver, pues caían muertos unos sobre otros y yacían en grandes montones entre las filas de la batalla; mi señor Galván había golpeado tanto con la espada que tenía los brazos y la misma espada teñidos de sangre y sesos hasta el costado.

Cuando el rey Leodagán de Carmelida vio tan gran batalla y combate tan duro, desde la ventana en la que estaba apoyado y distinguió el dragón que llevaba Merlín y que arrojaba fuego y

llamas por las fauces, de tal forma que el aire estaba rojo, reconoció de inmediato quiénes eran, como quien otras veces los había visto y reconocido, y no dudó de que era la enseña del rey Arturo. Entonces, les grita a sus gentes:

—A las armas, señores caballeros, pues mi hijo el rey Arturo está combatiendo contra nuestros enemigos y ha venido a socorrerme por su propia voluntad.

Al oírlo, corrieron a las armas todos a la vez por el castillo y salieron armados hasta diez mil caballeros valientes y decididos; atacaron la hueste de los irlandeses y de los de las Islas con gran valor y estos los recibieron muy bien, como quienes eran gente esforzada. Cleodalís el senescal, Hervís de Rivel y los demás compañeros empezaron a realizar grandes proezas, y fue enorme el combate por todas partes contra los hombres del rey Rión: era una pura maravilla y son muchos los que mueren por ambas partes.

Cuando el rey Rión ve la gran matanza y mortandad de su gente, se le entenece el corazón y siente una gran lástima por su pueblo, y se dice a sí mismo que era un gran pecado y que no podía soportarlo más. Toma entonces una rama de sicomoro, la sujeta en la mano y pasa por delante de los ejércitos para separar los cuerpos que estaban combatiendo y llega a encontrarse con el rey Arturo; entonces le habla en voz tan alta que fue bien oído y escuchado por todos, y le habla de la forma siguiente:

—Rey Arturo, ¿por qué permites que tu gente y la mía se maten y se den la muerte? Si hay en ti tanto valor como dice todo el mundo, libra de la muerte a tu gente y yo libraré a la mía. Hagamos que se retiren nuestros hombres y combatamos yo y tú, cuerpo a cuerpo, a condición de que, si me puedes vencer, regresaré a mi tierra con la gente que me ha quedado viva, pero si te puedo vencer, recibirás tu tierra de mí y serás súbdito mío, igual que los demás reyes a los que he vencido, y me quedaré con tu barba con la piel para hacer el bordado de mi manto.

—Por Dios —contesta el rey Arturo—, tendrías la mejor parte del juego, pues te irías a tu tierra sano y salvo a pesar de que yo te hubiera vencido y no te convertirías en vasallo mío aunque te derrotara; combatiré contra ti tal como has dicho, pero si te venzo,

serás vasallo mío y lo mismo haré yo si tú me derrotas.

—Señor —le responde el rey Rión, que era fuerte y tan valiente que no temía a nadie en combate cuerpo a cuerpo, y así había vencido a nueve reyes, que eran vasallos suyos—, os lo concedo tal como habéis dicho.

A continuación prometen los dos mantener las condiciones; se separan los cuerpos del ejército, que eran tan fuertes y violentos que resultaban admirables de ver; se separan los nobles que estaban tristes y pesarosos por las condiciones y mi señor Galván, que estaba más preocupado que nadie, se dirige al rey Arturo y le dice:

—Señor, concededme esta batalla, por favor, pues bien podéis hacerlo.

—No me lo pidáis, buen sobrino, pues nadie más que yo se ocupará de ella, si Dios quiere.

Se reúnen los ejércitos de ambas partes; los dos reyes son armados con gran riqueza y con todo lo necesario. Toma una fuerte lanza recta cada uno y se separan más de un arpe de tierra; luego, pican espuelas a los caballos y van el uno contra el otro como si fueran una tempestad, pues los caballos corrían de forma admirable y los dos reyes tenían mucha fuerza: se golpean con la rapidez de los caballos y se dan tan gran golpe con las lanzas, que eran cortas, gruesas y de afiladas puntas, en los escudos, por debajo de las bloca, que los atraviesan, pero las cotas eran fuertes y no cedió ninguna malla; los caballos, que eran tan veloces, y los caballeros, que eran tan valientes, se golpearon de tal forma que las lanzas vuelan hechas pedazos. Toman las espadas, que eran de gran calidad, y se golpean en los yelmos tan grandes tajos que resulta admirable; se rompen los cercos, arrancan las flores y las piedras, entre las que había algunas de gran valor, se despedazan los escudos y las cotas, se hieren en la carne profundamente, haciendo volar la sangre, y se dejan en tal estado en tan poco tiempo que ambos necesitarían médicos; han destrozado de tal forma los escudos que no les queda con qué cubrirse el puño; arrojan el trozo que tienen en la mano al suelo, toman la espada con las dos manos y se golpean con duros y pesados tajos al descubierto, de forma que se parten los yelmos y las lorigas, y la carne aparece desnuda bajo

los golpes que se dan. Ambos están cansados y agotados por los tajos que habían recibido y por los que habían descargado y gracias a eso pudieron resistir más, pues si hubieran estado frescos y descansados, como iban sin escudo y las cotas estaban desmalladas, los yelmos rotos y partidos, apenas podrían haber durado; a pesar de todo, ninguno de los dos está herido de gravedad.

Cuando el rey Rión, que era muy valiente, esforzado y mejor caballero que todos los de su tierra, vio que el rey Arturo se comportaba con tanto valor frente a él, se quedó sorprendido y admirado, pues no pensaba que pudiera resistirle, y se dice a sí mismo que nunca había encontrado tan buen caballero, sintió miedo y le dice:

—Rey Arturo, es una gran lástima por ti, ya que eres el mejor caballero con el que he combatido y veo y estoy seguro que el gran corazón que tienes te hará morir, pues no te dejará entregarte a mi merced; y sé que querrías morir antes que ser vencido, y eso es una gran lástima; querría pedirte y rogarte, por el valor que hay en ti, que tengas piedad de ti mismo y que te des por vencido para salvar la vida gracias a las condiciones que hemos puesto, de tal forma que mi manto quede terminado mientras yo viva; ten por seguro que habrás llegado a tu final si no lo haces así.

Al oír las palabras que le dice el rey Rión, el rey Arturo siente una gran vergüenza porque las habían oído tantos nobles; le ataca con la espada empuñada con las dos manos como quien estaba lleno de mala intención e intenta golpearle en la cabeza, pero el rey Rión lo esquivo, viendo llegar el golpe, con gran agilidad; a pesar de todo, le alcanza al caballo por delante del arzón de la silla y le corta el cuello, de tal forma que el rey Rión cae al suelo; cuando intentaba volver a levantarse, el rey Arturo le golpea en el hombro izquierdo con tanta fuerza que le mete la hoja de la espada dos dedos en la carne; el rey Rión se tambalea y cae tendido al suelo. Al verlo así, el rey Arturo desmonta del caballo y le ataca con rapidez, sujetándolo por el yelmo y tirando de él con tanta fuerza que le arranca los lazos, se los rompe, le quita el yelmo de la cabeza y lo arroja a más de cuatro toesas; luego, alza la espada y le dice que se dé por muerto si no se tiene por vencido. Este le contesta que no se tendrá por vencido, pues prefiere morir a vivir como cobarde. Cuando el

rey Arturo ve que no puede conseguir que se tenga por vencido, le corta la cabeza ante todos los que estaban en el campo. Entonces corren a él los príncipes de todas partes y le muestran gran alegría; le ayudan a montar a caballo y lo llevan al castillo de Carohase, donde hace que lo desarmen y le miran las heridas.

Los hombres del rey Rión se presentan al rey Arturo y reciben de él tierras y feudos; luego regresan a su país llevándose el cuerpo del rey Rión y enterrándolo con llantos y lágrimas.

El rey Arturo se queda en Carohase con sus nobles alegres y contentos por la victoria que Dios les había enviado. Permanecieron en el castillo hasta que el rey Arturo se curó de las heridas que había recibido en la batalla, y cuando ya estuvo curado y se había recuperado, se marchó de Carohase con gran alegría y gozo. El rey Leodagán lo acompañó una buena parte del camino y luego regresó, tras encomendarse a Dios. El rey Arturo y su compañía cabalaron hasta llegar a la ciudad de Camelot, donde estaban la reina Ginebra y las demás reinas, que mostraron una gran alegría con su llegada. Los príncipes permanecieron allí cuatro días y el quinto se marcharon y fue cada uno a su país, llevándose a sus mujeres y amigos, los que los tenían.

El rey Arturo regresó a la ciudad de Logres y permaneció mucho tiempo allí con la reina; con ellos estaba mi señor Galván y estaban también los compañeros de la Mesa Redonda y Merlín, que les mostraba alegría y los acompañaba con mucho gusto; un día, se dirigió al rey Arturo y le dijo que a partir de entonces podía estar sin él, ya que había conseguido que su tierra estuviera en paz, y por eso podía marcharse a entretenerse durante algún tiempo.

Cuando el rey Arturo oyó que quería irse, se afligió mucho, pues tenía gran afecto por él y hubiera preferido que se quedara, si hubiera podido ser; pero al ver que no podía retenerlo, le rogó con dulzura que regresara pronto y Merlín le respondió que volvería en cuanto lo necesitara.

—Siempre os necesito —contesta el rey Arturo—, pues sin vuestra ayuda no valgo nada; por eso querría que no os fuerais nunca de mi corte ni que dejarais mi compañía.

—Volveré en cuanto me necesitéis.

El rey se calló durante un rato y empezó a pensar; luego, dijo suspirando:

—Ay, Merlín, mi dulce amigo, ¿en qué necesidad me vais a ayudar? Decídmelo, por favor.

—Señor, os lo voy a decir y luego me marcharé. El león, que es hijo del oso y que fue engendrado por el leopardo, correrá por el reino de Logres y esa será la necesidad.

Luego se marchó Merlín.

Aquí deja la historia de hablar del rey y vuelve a hablar de Merlín.

XXXVIII

En esta parte cuenta la historia que tan pronto como Merlín dejó al rey Arturo, tal como habéis oído, salió de la ciudad de Logres y emprendió de inmediato el camino, tan rápidamente que no hay caballo en el mundo que pueda darle alcance, de tal forma que quienes lo veían pensaban ciertamente que hubiera perdido el sentido. Entró en el bosque, que era grande y espacioso, se dirigió al mar, lo atravesó sin detenerse en ningún momento y llegó a la parte de Jerusalén, donde había un rey muy poderoso, llamado Flualís, que era hombre valiente y de gran fama entre los de su ley, pues era sarraceno. Este había reunido a todos los sabios de su tierra y a cuantos pudo de otros sitios. Cuando estuvieron todos reunidos, en su presencia, en su palacio, les dijo en voz tan alta que todos pudieron oírlo y entenderlo sin dificultad:

—Señores, os he llamado y habéis acudido a mi petición por vuestra propia generosidad. Os diré por qué os he hecho venir. La otra noche estaba durmiendo en mi palacio con la reina, aquí presente, entre mis brazos, según me parecía; mientras estaba de esta forma se me vinieron dos serpientes voladoras con dos cabezas cada una de ellas, y eran extraordinariamente grandes y feas; arrojaban fuego y llamas por las fauces y prendían fuego a mi palacio. Una de las serpientes me cogió con sus patas por el costado y la otra cogió a la reina que yo tenía abrazada y nos llevaron en alto sobre el tejado de mi palacio, que es muy alto. Cuando nos llevaban allí, nos arrancaban los brazos y los muslos y los arrojaban abajo, esparcidos; después de desmembrarnos venían ocho crías de serpiente y cada una de ellas cogía un miembro y volaban por encima hasta el templo de Diana; allí, despedazaban nuestros miembros y los hacían trozos pequeños. Las dos serpientes que nos habían arrancado los miembros nos dejaban en lo alto del palacio y arrojaban fuego al edificio, quemando nuestros cuerpos y reduciéndolo todo a cenizas, que cogía el viento y las llevaba por todas partes, más allá del mar, y no había una buena ciudad en la que no cayera un poco de ceniza. Tal fue la visión que vi mientras dormía y me resulta muy pesada; por eso os he reunido aquí. Os

ruego y pido como servicio y recompensa que si alguno me sabe interpretar el sueño, que lo haga, y os prometo lealmente que el que me diga la verdad recibirá a mi hija por mujer y todo mi reino a mi muerte, y si está casado, será señor mío y de mi tierra el resto de su vida.

Cuando los sabios oyeron la promesa del rey Flualís, y después de oír el sueño, se quedaron sorprendidos y se preguntaban qué podía significar. Uno decía una cosa, otro otra, cada cual según lo que le parecía mejor. Merlín, que había tomado un aspecto tal que nadie podría reconocerlo, ni verlo, habló después de que lo habían hecho todos y dijo en voz tan alta y clara que todos pudieron oírle:

—Escúchame, rey Flualís, te voy a decir el significado de tu sueño.

Cuando el rey oyó las palabras, miró a su alrededor para ver quién las decía, y lo mismo hicieron todos los que estaban en la sala, pero no pudieron ver nada y oían la voz que estaba en medio de ellos y decía:

—Escucha, rey Flualís, el significado de tu sueño: las dos serpientes que has visto mientras dormías que tenían cuatro cabezas y arrojaban fuego y llamas, representan a los cuatro reyes cristianos que limitan contigo y que incendian y queman tu tierra. El que las serpientes os llevaran a ti y a la reina encima del tejado de tu palacio, quiere decir que dominarán toda tu tierra hasta las puertas de tu fortaleza. Las serpientes os arrancaban los cuatro miembros a ti y a tu mujer: eso significa que abandonarás la mala ley que tienes, para pasar a la fe de Jesucristo. Las ocho crías de serpiente que cogían los miembros de tu cuerpo y de la reina y los llevaban a lo alto del templo de Diana del que tus hombres habían huido a salvo significan que tus hijos, que son miembros tuyos y tu carne, recibirán la muerte y serán mutilados por las armas en el templo de Diana. El que las serpientes te dejaran en alto, sobre el tejado de tu palacio junto a la reina, quiere decir que tú y ella seréis ensalzados por la Cristiandad. El que las serpientes quemaran el palacio debajo de ti significa que no te quedará nada que valga un solo dinero, de lo que tienes de la mala ley; el que eras quemado con la reina y reducido a cenizas y a polvo quiere decir que serás lavado y limpio de tus pecados por el agua del santo bautismo. El polvo que volaba por todas las tierras más allá del mar significa que tendrás hijos en

la buena ley, que serán caballeros valientes y esforzados y serán ensalzados por todas las tierras del mundo. Ya has oído el sueño que tuviste mientras dormías. Te ocurrirá todo tal como yo te he dicho.

A continuación se marcha Merlín y el rey se queda sorprendido por la voz que había escuchado sin ver nada. Merlín se dirige rápidamente y sin detenerse hasta el reino de Benoic y va directamente a ver a Viviana, su amiga, que estaba muy deseosa de verlo, pues aún no sabía nada de su arte en comparación con lo que quería saber. Le mostró la mayor alegría posible, comieron, bebieron y se acostaron juntos en una cama. Conocía perfectamente sus intenciones y como sabía que quería acostarse con ella, había encantado y hecho conjuros sobre una almohada que le colocó entre los brazos y de esta forma se quedó dormido Merlín de tal forma que la historia no hace mención de que Merlín tocara nunca a ninguna mujer carnalmente, y nunca había amado en el mundo a nada tanto como a las mujeres, y bien se vio, pues se descuidó y le fue enseñando tantas cosas de lo que sabía entre unas veces y otras, que al final debió tenerse por loco. Permaneció con ella mucho tiempo y ella le preguntaba todos los días algunos conocimientos de los suyos y de su arte, de tal forma que aprendió mucho, y lo ponía todo por escrito, como quien conocía bien el oficio del letrado, ya que de esta forma recordaba más fácilmente todo lo que Merlín le decía. Al cabo de algún tiempo, Merlín se despidió de ella y le dijo que regresaría un año más tarde. Se encomienda a Dios con gran dulzura y Merlín vuelve junto a Blaise, su maestro, que se puso muy contento al verlo llegar, pues hacía tiempo que tenía ganas de estar con él, y él con Blaise.

Merlín le contó todas las aventuras que habían ocurrido desde que le dejó la última vez y cómo había estado con Viviana, su amiga, y le había enseñado algunos de sus encantamientos. Blaise lo puso todo por escrito y gracias a eso nosotros lo sabemos todavía.

Después de haberle contado a su maestro todas las cosas, tal como habían ocurrido unas tras otras, permaneció con él tanto como quiso; luego, se despidió y fue directamente a la ciudad de Logres, donde estaban el rey Arturo y la reina, su mujer, que recibieron a Merlín con gran alegría. Apenas había llegado, cuando desmontó

ante la sala una doncella que montaba en una mula de color leonado y que llevaba sentado delante del arzón de la silla al enano más contrahecho y más feo de cuantos se han visto, pues era chato y delgado, tenía las cejas pelirrojas y rizadas, la barba del mismo color y tan larga que le daba en los pies; tenía el pelo duro y negro, con feos mechones de color miel; los hombros altos y encorvados, con una gran joroba por la parte de atrás y otra en el pecho; tenía las manos gruesas y los dedos cortos; las piernas pequeñas y el espinazo largo y puntiagudo. Por el contrario, la doncella era de extraordinaria belleza.

Fueron contemplados por unos y otros. Al desmontar, la muchacha tomó al enano entre los brazos y lo apeó con gran dulzura, llevándolo a la sala delante del rey, que estaba sentado comiendo. Al ver al rey, lo saluda con gran delicadeza, como quien tenía mucha cortesía, y el rey le devuelve el saludo con gran afabilidad. Entonces, dice la doncella:

—Señor, he venido a vos desde muy lejos, por la fama que corre de vos por el mundo, para pedir os un don, ya que, según es fama, ninguna doncella se queda sin lo que os pide y por eso se os tiene por el hombre más valioso del mundo; me he esforzado en venir a vuestra corte para pedir un solo don; procurad no otorgarme algo que no queráis hacer o conceder.

—Doncella, pedid lo que queráis, pues no os faltará si es cosa que yo os deba dar quedando a salvo mi honor y mi reino.

—En lo que os voy a pedir solo recibiréis honor.

—Doncella, decid vuestra voluntad, pues estoy dispuesto a hacerla en todo.

—Señor, he venido ante vos a rogaros y pedir os que hagáis caballero a este noble joven, amigo mío, al que le doy la mano, pues es digno de serlo, ya que es valiente, decidido y de noble linaje; hace tiempo que debería ser caballero, y lo habría sido, si hubiera querido recibirlo de la mano del rey Pelés de Listenois, que es muy valiente y leal; pero mi amigo no quiso y juró que no sería caballero si no era de vuestra mano. Por eso os pido que lo arméis caballero.

Entonces empezaron todos a reír en la sala y Keu el senescal, que era maldiciente y de palabras hirientes, le dijo sonriendo:

—Guardadlo bien y mantenedlo cerca de vos, que no os lo quiten las doncellas de la reina, pues pronto os lo robarían y os privarían de él por su gran belleza.

—Señor —le contesta la doncella—, el rey es tan valioso que no permitirá que nadie me cause un agravio, si Dios quiere y él.

—Ciertamente, doncella —responde el rey—, no lo toleraré, estad segura y así os lo prometo.

—Señor —contesta la doncella—, muchas gracias. Haced ahora lo que os pido.

—Doncella —le dice el rey—, que sea como queréis.

Al decir estas palabras, entraron en la corte dos escuderos montados en dos rocines fuertes y rápidos; uno llevaba un escudo colgando al cuello con tres leopardos de oro coronados de azur; el campo del escudo era tan negro como la mora y el tiracol era de orofrés con cabos de oro y con crucecitas; llevaba una espada colgando del arzón de la silla. El otro llevaba un caballo pequeño a la derecha, que estaba muy bien proporcionado; el freno era de oro y el cabezal de seda. Los dos escuderos llevaban una acémila con dos baúles muy hermosos y bellos. Desmontaron bajo el pino y a él ataron los caballos; a continuación, abrieron los cofres y sacaron de uno una cota de mallas tan blanca como la nieve recién caída, pues era de plata pura, con doble malla, y unas calzas con la misma labor y un yelmo de plata dorada. Luego, entraron en la sala en donde estaban el rey y sus nobles cenando; fueron ante la doncella, que al verlos venir le dijo al rey:

—Señor, pido que cumpláis lo que os he requerido, pues ya he estado demasiado tiempo aquí; he preparado todo lo necesario para un caballero, pues con las armas que aquí veis será armado mi amigo.

—Mi dulce amiga —le contesta el rey—, haré lo que queréis y cumpliré con mucho gusto vuestra voluntad; sentaos a comer.

Ella le contesta que no comería hasta que fuera armado caballero.

De esta forma estuvo la doncella ante el rey en el salón y en todo momento le daba la mano derecha a su amigo. Cuando el rey terminó de comer y levantaron los manteles, la doncella sacó de una limosneta unas espuelas de oro que estaban envueltas en una tela de seda, y le dijo al rey:

—Señor, cumplid lo que os he pedido, pues hace mucho que permanezco aquí.

En eso, se adelanta Keu el senescal e intenta calzarle la espuela derecha. La doncella le sujeta la mano y le dice:

—Señor caballero, ¿qué queréis hacer?

—Quiero calzarle a vuestro amigo la espuela derecha y lo haré caballero con mi mano.

—No lo haréis con vuestra mano, si Dios quiere, pues nadie lo tocará si no es el rey Arturo, que así me lo ha prometido y no creo que falte, si quiere, pues me mataría y traicionaría si lo hiciera, y no debe tocar a una persona tan importante como mi amigo más que un rey.

—Así me valga Dios —dice el rey—, doncella, tenéis razón y haré todo según vuestra voluntad.

Entonces el rey toma la espuela que tenía la doncella y se la pone en el pie derecho; la doncella le sujeta la otra espuela; luego, el rey le ciñe la espada después de vestirle la loriga, pues no quiso la doncella que lo tocara nadie más que el rey. Cuando ya estuvo debidamente dispuesto de todo lo necesario para un caballero, el rey le dio el espaldarazo y le dijo que Dios le hiciera valiente, que era lo que decía cuando armaba caballeros. A continuación, la doncella le preguntó si tenía que hacer algo más:

—Doncella —le contesta el rey—, ya he hecho todo lo que me correspondía.

—Señor, rogadle ahora que sea mi caballero.

El rey se lo suplica y el enano responde que lo acepta, ya que el rey lo quiere.

A continuación se marcharon de allí, regresaron bajo el pino y la doncella hizo montar a caballo a su caballero novel, que era más hermoso que nadie armado como estaba. Ella misma le colgó el escudo al cuello, un escudo que era tal como la historia ha contado. Luego montó en la mula e hizo que montaran sus escuderos y los mandó a su país. La doncella se va por otro lado con su caballero, entran en un bosque que era grande y digno de admiración.

El rey Arturo se había quedado en el palacio con Merlín y su acompañamiento y se reían de la doncella que le había dado su amor a un enano.

—Ciertamente —dice la reina Ginebra—, me sorprende y me pregunto de dónde se le ha podido ocurrir semejante pensamiento, pues nunca vi en toda mi vida una cosa tan fea y tan desagradable; la doncella es tan hermosa que apenas se encontraría nada comparable en cuatro reinos; me parece que han sido los demonios o fantasmas quienes la han engañado y hechizado de tal forma.

—Señora —le responde Merlín—, no está tan engañada más que con la fealdad del enano, pues en vuestra vida no habéis visto un trozo de carne tan valiente como él; es hijo de rey y de reina.

—Buen señor —contesta la reina—, la doncella bien parece ser de alto linaje, pues es extremadamente hermosa, pero su amigo es muy feo.

—Señora —dice Merlín—, la gran bondad del enano y su valentía ocultan gran parte de su fealdad, de la que hay tanta como habéis visto; pronto lo veréis.

—Mi dulce amigo —le dice el rey Arturo a Merlín—, ¿quién es la doncella, la conocíais?

—Señor —responde Merlín—, os aseguro que nunca la vi, pero sé quién es y cómo se llama; ella misma os lo dirá y no tardará mucho en hacerlo, con lo que será mejor creída que yo. Y el enano os dirá quién es antes de lo que pensáis y por eso tendréis pena y alegría.

—¿Cómo podría tener pena y alegría?

—Señor, no os lo voy a decir ahora, pues pronto podréis escuchárselo a otra persona, pues Lucio, el emperador de Roma, ha enviado a sus mensajeros, que ya han desmontado en vuestro patio bajo el pino, delante de esta sala.

Mientras Merlín hablaba de esta forma al rey Arturo, heos aquí que llegan doce príncipes muy ricamente engalanados y vestidos con ricas ropas de seda; venían de dos en dos, cogidos de la mano, y llevaba cada uno una ramita de olivo en señal de que eran mensajeros. De esta forma llegaron ante el rey Arturo, que estaba sentado a la cabecera del estrado en el palacio mayor y lo acompañaban sus nobles. Los mensajeros se le presentaron sin saludarlo y habló el jefe de todos, el más hábil, y dijo:

—Rey Arturo, somos doce príncipes de Roma a los que nos envía a ti Lucio, el emperador.

Entonces saca una carta que estaba envuelta en una tela de seda y se la tiende al rey Arturo, diciéndole que la haga leer.

El rey toma la carta y se la entrega al arzobispo de Brice, que estaba a su lado, y le pide que se la lea. El arzobispo la abre y comienza a leer de esta forma:

—«Yo, Lucio, emperador de Roma, que tengo la potestad y el señorío de los romanos, hago saber a mi enemigo el rey Arturo que nos ha afrentado a mí y al poder de Roma, por lo cual me he quedado sorprendido y lo considero un gran desdén que por su gran orgullo y soberbia pretenda rebelarse contra Roma. Me pregunto cómo y por consejo de quién has osado emprender disputas o guerras contra Roma sabiendo que yo vivía; esa estupidez te ha llegado por tu loco atrevimiento y por la melancolía y por eso te has atrevido a rebelarte contra Roma, que tiene el poder del señorío sobre todo el mundo, como bien sabes y has visto y como lo sabrás de forma más clara que hasta ahora y podrás darte cuenta de lo grave que es enfadar a Roma. Te has alejado de la rectitud no sirviendo y pagando tributo a Roma y te quedas con nuestras rentas y nuestras tierras, aunque sabes que pertenecen al poder romano. Debes saber que si continuas haciéndolo, el lobo irá tras la oveja, el

león por la cabra y el lebrele perseguirá a la liebre, pues no tiene mayor poder frente a nosotros que la oveja frente al lobo, ya que estás tan sujeto a nuestro poder como la oveja al pastor: Julio César, nuestro antepasado, por su fuerza y su valor combatió en Bretaña y le rindieron tributo y lo mismo hicieron las islas de alrededor; tú quieres ahora quitárnoslo con tu locura y con tu orgullo y por la gran osadía que tienes. Te aconsejo que vuelvas a hacer el bien y que el día de la Santa Natividad estés en Roma ante mi presencia, dispuesto a reparar el daño que has causado; si no lo haces, te quitaré Bretaña y toda la tierra que tienes en tu dominio y atacaré en el primer verano con tanta gente que no te atreverás a esperarme y por mucho que huyas, te seguiré, te apresaré y te llevaré atado a Roma, prisionero mío».

Después de que el arzobispo leyera la carta tal como habéis oído, se levantó en la sala un gran murmullo y un gran rumor de los nobles que la habían oído; decían y juraban que deshonrarían a los mensajeros que habían llevado tal carta y les hubieran causado grandes afrentas y daños si el rey Arturo no hubiera dicho con gran dulzura:

—Buenos señores, dejadlos, son mensajeros y han sido enviados por su señor; debían hacer y decir todo lo que se les ha encargado y no tienen por qué temer nada.

A continuación, llamó el rey Arturo a sus príncipes y nobles, entran en una habitación a tomar consejo. Empieza a hablar un caballero que era muy valiente y decidido, llamado Cador, y dice que lleva mucho tiempo en la pereza y en el entretenimiento, «pero, gracias a Dios, ahora nos han despertado los romanos, que vienen a disputarnos nuestras tierras y nuestro país; si hacen lo que la carta ha dicho, serán valientes y decididos, pues han estado en una larga paz y nunca me gustaron».

Mi señor Galván dice:

—Señor, sabed que es muy buena la paz después de la guerra, pues la tierra se encuentra mejor y más segura. Es muy bueno el juego y la diversión con las damas y las doncellas, ya que los amores y las relaciones con las damas hacen que los caballeros emprendan nobles acciones y realicen las proezas que llevan a cabo con las

armas.

El rey Arturo ordena que se sienten todos, y así lo hacen. Él permanece en pie y dice:

—Amigos y compañeros míos: en honor mío y para mi prosperidad habéis mantenido batallas y guerras gracias a las que he recuperado mi tierra; cuando os he necesitado os he llevado por tierra y por mar y me habéis ayudado a conquistar toda la tierra de alrededor, que ahora me obedece gracias a vuestra ayuda. Habéis oído las órdenes de los romanos, que ya nos han molestado bastante. Pero, así me salve Dios y a vosotros también, no se llevarán nada nuestro si no se les vende muy caro. Ahí están los mensajeros del emperador, aconsejadme de qué manera les puedo contestar de la forma más honrosa y razonable. Ya veis que los romanos quieren rebelarse contra nosotros y nosotros debemos prepararnos para su llegada, que no puedan perjudicarnos ni causarnos daño. Quieren tener tributo de Bretaña y de las demás islas que tengo y dicen que César las conquistó a la fuerza. Si los bretones no pudieron defenderse contra él y le dieron tributo y le pagaron, no es justo sino que es una muestra de orgullo y soberbia, pues no se obtiene de forma justa lo que se consigue por la fuerza. Nos han recordado las afrentas y daños que nos han hecho a nosotros y a nuestros antepasados y se han vanagloriado porque los vencieron y porque tuvieron que pagarles tributo; por todo ello debemos odiarlos. Nos enfrentaremos con Roma y el que pueda conseguirlo todo, que lo tenga, pues por mi parte no haré otra cosa que lo que os he dicho.

Cuando los nobles y los príncipes oyeron hablar de esta forma al rey, contestaron todos a una voz que había dicho muy bien; le aconsejaron que convocara a su gente de cerca y lejos y que reuniera sus fuerzas poniéndose en marcha hacia Roma y que fuera contra el emperador que de forma orgullosa había hecho saber semejante felonía y deslealtad.

—Ponedla bajo vuestro poder y acordaos de la profecía de la reina Sibila, que dijo que de tres bretones saldrían los que conquistarían Roma a la fuerza; ya ha habido dos que han conquistado Roma: el primero fue Belín, que fue rey y señor de los bretones; Constantino fue el segundo y tú serás el tercero que la conquistarás a la fuerza y en ti se cumplirá la profecía de Sibila. Dispónete a recibir el honor

que Dios te ha otorgado.

A estas palabras, salió el rey de la habitación acompañado por los nobles y los caballeros, que regresaron a la sala donde estaban esperando los doce mensajeros. El rey Arturo les dijo que regresaran junto a su emperador y le dijeran de su parte que sus antepasados tuvieron a Roma y recibían tributo de ella y que él quería tenerla por herencia y por antigüedad; y porque no han hecho lo que deben, quiere conquistar Roma, pues los de Roma no lo habían tratado como a su señor.

Los mensajeros se marchan y el rey les da ricos presentes, como el hombre más cortés y generoso del mundo, pues no quería que dijeran ningún mal de él, ni ninguna villanía.

Regresaron a su país lo más pronto que pudieron y le dijeron al emperador Lucio lo que habían oído y escuchado del rey Arturo. El emperador lo sintió mucho, convocó y reunió a su gente, pasó los montes de Monjoie y llegó a Borgoña, cerca de una ciudad llamada Ostún, conquistando la tierra a lo largo y a lo ancho.

Pero la historia deja ahora de hablar un poco de ellos y vuelve a hablar del rey Arturo.

XXXIX

Ahora cuenta la historia que cuando los doce mensajeros se marcharon, el rey Arturo se quedó con sus nobles muy preocupados por las órdenes que el emperador Lucio le había dado. Merlín le dice entonces:

—Señor, convocad a vuestra gente, pues no tenemos tiempo que perder, ya que el emperador está preparándose con rapidez.

—Merlín, mi dulce amigo, iré a su encuentro antes de lo que él querría y nos encontrará para daño suyo.

—Adiós, que me voy a llevarle el mensaje a todos los nobles.

Entonces desapareció Merlín, sin que el rey Arturo supiera qué había sido de él. Merlín fue primero a Orcania y le dio el mensaje al rey Loth, para que estuviera en Logres quince días más tarde con todo su poder. Este le dijo que con mucho gusto lo haría. Merlín le encomendó a Dios y se marchó de allí. ¿Para qué os voy a contar más? Lo hizo saber a todos los príncipes que tenían tierra del rey Arturo, para que estuvieran en Logres quince días más tarde, salvo al rey Ban y a su hermano el rey Boores. Luego, regresó y se encontró al rey Arturo en su habitación y le dijo:

—Señor, ya he dado vuestro mensaje a todos los nobles, estarán aquí de hoy en quince días, preparados y dispuestos.

Cuando el rey Arturo le oyó, tuvo una gran alegría. Permaneció en Logres hasta que llegaron los nobles. El primero fue el rey Loth de Orcania, que llegó con cinco mil hombres; luego, vino el rey Urián con cuatro mil; el Rey de los Cien Caballeros, con cuatro mil; el rey Neutre, con otros cuatro mil; el rey Caradós con cuatro mil; el rey Tradelmán, con cuatro mil; el duque Escán de Cambenync con dos mil; Gosengós y su senescal Nabunal trajeron cuatro mil hombres; el rey Yder, otros cuatro mil; el rey Aguiscán, cuatro mil también.

Cuando estuvieron todos reunidos en los prados de Logres, el rey

Arturo se puso muy contento y se lo agradeció mucho; les contó el orgullo y el ultraje que el emperador le había hecho saber; le contestaron que pensara en actuar hasta vengar su afrenta. Prepararon las naves y embarcaron.

Merlín fue por delante y no se detuvo hasta que llegó a Gannes, donde encontró al rey Ban y al rey Boores y les dijo que se prepararan, pues el rey Arturo se había hecho a la mar para ir contra los romanos. Le responden que irán a su encuentro. Merlín regresa y llega al puerto antes que el rey Arturo, que al verlo le pregunta de dónde viene y este le contesta que de la ciudad de Gannes para avisar a los dos reyes, «que os irán al encuentro con gran compañía de gente».

El rey Arturo se lo agradece mucho. Entonces, desembarcan los nobles y acampan un poco distantes de la orilla, en tiendas y pabellones, para descansar del esfuerzo que habían tenido en el mar. Allí pasaron la noche. Mientras estaba durmiendo, se le presentó al rey Arturo en sueños un gran oso en una montaña y según le parecía iba un gran dragón hacia las nubes de oriente, arrojando fuego y llamas enormes y extraordinarias por las fauces, de tal forma que se iluminaba alrededor toda la orilla y atacaba con gran valor al oso. Este se defendía muy bien, pero el dragón lo sujetaba y lo derribaba al suelo, dándole muerte, según le pareció entre sueños.

Cuando el rey Arturo se despertó, se quedó sorprendido con el sueño que había tenido; hizo venir a Merlín a su presencia y le ruega con gran dulzura para que le diga el significado de su visión. Se la cuenta palabra por palabra tal como la había tenido mientras dormía. Merlín le dice entonces:

—Señor, os voy a decir el significado. El oso al que habéis visto representa a un gran monstruo, a un gran gigante que hay cerca de aquí en una montaña muy alta, que ha llegado de la parte de España a este país; se ha detenido en esta tierra y la está afrentando y dañando todos los días sin que nadie se atreva a esperarlo por su gran fuerza. El dragón al que visteis en vuestro sueño, que arroja fuego por las fauces haciendo que toda la tierra resplandeciera, os representa a vos mismo, que por el fuego de vuestra valentía sois claro y resplandeciente de toda virtud. El ataque vigoroso del

dragón quiere decir que atacaréis al gigante que se enfrentará a vos. El que el dragón lo abrazará significa que al final vos le mataréis, no tengáis ninguna duda.

Después, hacen desmontar las tiendas y pabellones y emprenden la marcha, pero no habían cabalgado mucho cuando llegaron noticias al rey Arturo del gigante que destruía toda la tierra y la región, sin que quedara ningún hombre ni ninguna mujer, ya que todos huían por el campo como animales por miedo al gigante; se había llevado a la fuerza a una doncella que era sobrina de un noble y se la había llevado consigo a lo alto de una montaña donde se refugiaba; la montaña estaba rodeada por el mar y ahora se llama Mont de Saint Michel, pero en aquel tiempo no había allí ni el monasterio ni la iglesia, ni había hombre tan atrevido o poderoso como para combatir con el gigante. Cuando los de aquella región se reunían, no podían resistirle ni por mar, ni por tierra, pues los mataba a todos con rocas y hundía las naves y de esa forma abandonaban los de la región sus tierras y sus posesiones.

Cuando el rey Arturo oyó la noticia del gigante que destruía toda la tierra, llamó a Keu el senescal y a Beduier y les dijo que hicieran preparar sus armas a la hora del primer sueño. Cumplieron sus órdenes y se pusieron en marcha ellos tres con dos escuderos solo. Cabalgaron hasta el pie del monte y allí vieron una gran hoguera encendida. Al otro lado había otro monte, que no era menor que este y también tenía un fuego grande y admirable. El rey Arturo no sabía a qué monte debía ir; llamó a Beduier y le dijo que fuera a ver en cuál de los dos se encontraba el gigante. Beduier entró en un bote, pues las olas del mar estaban en calma. Al llegar a la montaña más cercana, subió hacia lo alto de las rocas y allí oyó grandes lamentos; entonces sintió miedo, pues pensaba que estuviera el gigante en aquel lugar; pero recobró el valor, desenvainó la espada y avanzó con la esperanza de arriesgarse y combatir con aquel, como quien no quería cometer cobardías ni por miedo a la muerte. Pensando de esta forma sube por la roca; al llegar arriba, ve el fuego que ardía con gran claridad y ve una tumba bastante cerca, recién hecha; al lado de la tumba había una vieja con la ropa rasgada, el pelo arrancado, que lloraba y suspiraba profundamente. Al ver al caballero, le dice:

—Ay, noble caballero, ¿quién eres tú y qué aventura te ha traído aquí? Con gran dolor acabará tu vida si el gigante te encuentra en este lugar; huye rápidamente mientras puedas, pues serás muy desventurado si permaneces hasta que el diablo, el enemigo que no tiene piedad de ninguna criatura, te vea; vete pronto si quieres salvar tu vida.

Cuando Beduier ve llorar a la mujer y que esta le dice con tanta dulzura entre suspiros que huya si no quiere morir, se acerca más a ella y le contesta:

—Buena mujer, deja el llanto y dime quién eres y por qué te lamentas junto a esta sepultura. Cuéntame todo lo que te ha pasado, el motivo de tu dolor y quién yace aquí.

—Soy una desgraciada triste que lloro y me lamento por una doncella, noble mujer, que era sobrina de Lionel de Nanteuil, a la que crié y amamanté a mi pecho y que yace bajo esta tumba; me había sido encomendada para que la criara y la protegiera. Ahora me la ha quitado un diablo, un enemigo, que nos trajo aquí y quiso acostarse con la niña, que era joven y tierna, y no pudo resistir ni soportarlo, pues el gigante es feo y horrible, y el alma se le fue del cuerpo; de esa forma me la ha quitado por su deslealtad; la he enterrado aquí y la lloro y me lamento por ella noche y día.

—¿Por qué no te vas, ya que estás sola y la has perdido sin poder recobrarla?

—Señor, bien sé que no puedo recobrarla, pero como te veo noble y cortés no quiero ocultar el motivo ante ti. Cuando mi querida hija perdió la vida, que yo pensaba morir por el dolor, el gigante me hizo que me quedara para apagar su lujuria conmigo y a la fuerza me ha corrompido y tengo que consentir en su voluntad, lo quiera yo o no. Pongo a Nuestro Señor por testigo que es a mi pesar y poco falta para que me dé la muerte. Si viene aquí para saciar su lujuria conmigo, morirás; y no tardará mucho en venir, pues está en aquel monte en el que ves la gran hoguera. Os ruego que os vayáis de aquí y que me dejéis continuar con mis lamentos y seguir llorando a mi hija.

Beduier sintió una gran lástima por la vieja y la consoló con gran

dulzura. Luego, regresó junto al rey y le contó lo que había visto y oído, diciéndole que un gigante estaba en la otra colina donde se veía la gran humareda. El rey hizo que sus compañeros subieran por la colina y cuando estuvieron arriba mandó que se detuvieran y les dijo que él mismo iría a combatir a solas contra el gigante:

—Pero, en cualquier caso, cuidado de mí por si hace falta que vengáis a ayudarme.

Le contestan que así lo harán, y se detienen allí. El rey Arturo se dirige al gigante, que estaba sentado ante el fuego asando carne en un gran espetón, cortando la más asada y comiendo. El rey va a él con la espada en la mano, paso a paso, con el escudo sujeto por las abrazaderas, pues quería sorprenderlo; pero el gigante, que era muy desleal y astuto, mira y ve que se acerca; se pone en pie de un salto, porque el rey iba con la espada desnuda en la mano; corre hacia una maza que había a su lado, tan grande y digna de admiración que dos hombres apenas podrían llevarla, hecha con madera de encina; deja el espetón en el fuego, levanta la maza al cuello con gran fuerza, como hombre extraordinariamente vigoroso, y va con rapidez contra el rey, diciéndole que había ido allí de forma insensata. Alza la maza e intenta golpear al rey en la cabeza. El rey, que era muy ágil y ligero, salta a un lado y lo esquiva, a la vez que le da un tajo al gigante intentando alcanzarle en medio de la cabeza, pero el gigante, que era veloz y esforzado, adelanta la maza, pues de otro modo el rey le hubiera dado la muerte, y para el golpe; a pesar de todo le alcanza un poco con la buena espada que había tomado al rey Rión y le da entre las dos cejas, rompiéndole la piel y la carne hasta el hueso, de forma que no podía ver ni gota por la sangre que le caía en los ojos, y no sabía dónde daba los golpes. Empezó a esgrimir la maza a su alrededor, como hombre ciego y asustado, mientras que el rey lo acosaba, pero no podía alcanzarlo con ningún golpe, ya que el gigante daba mazazos tan seguidos, que si lo hubiera alcanzado, lo habría destrozado. De esta forma combatieron durante mucho rato y cuando el gigante vio que no le podía alcanzar, arrojó la maza al suelo y fue palpando con las manos hacia donde oía andar al rey, ya que no lo podía ver. El rey le daba frecuentes tajos extraordinarios con la espada y muy seguidos, pero llevaba vestida una coraza de cuero de serpiente tan dura que la espada no podía abrirla. El rey lo sentía mucho y estaba

enfadado. Mientras, el gigante iba tocando y saltando de un lado a otro, hasta que cogió al rey por los brazos y entonces se puso muy alegre, pues pensaba que ya lo tenía muerto; y sin lugar a dudas así lo hubiera hecho de no ser por la gran agilidad del rey, que se le revolvió y se le escapó con gran esfuerzo; entonces le ataca con la espada en la mano y le golpea en el hombro izquierdo con tanta fuerza que el brazo se le estremece, pero la coraza era tan dura, que no puede alcanzarle en la carne. El gigante no le ve, pues tenía los ojos llenos de sangre que le caía de la herida, y no distingue cielo o tierra; de vez en cuando se echaba la mano a los ojos y se quitaba la sangre y entonces veía la sombra del rey y corría hacia allí, pero el rey, que sabía que era hombre muy fuerte, no se atrevía a meterse entre sus brazos. El gigante ha corrido tanto para un lado y otro que encuentra la maza y la coge y vuelve contra el rey, pero este lo esquivo, pues no se atrevía a esperarlo, para gran ira del gigante; vuelve a arrojar la maza y de nuevo palpa para coger al rey con las manos. Fue buscando y frotándose los ojos hasta que vio la luz y la sombra del rey; entonces, dio un salto y lo cogió por el costado con los dos brazos y lo sujetó con tanta fuerza que poco faltó para que le rompiera el espinazo en dos; entonces empieza a tocarle el brazo porque quería quitarle la espada de la mano, pero el rey, que se dio cuenta de la intención, dejó caer la espada al suelo y sonó de tal forma que el gigante la oyó; sujetó al rey con una mano y se agachó a coger la espada; entonces, el rey le dio un rodillazo y lo tiró desmayado al suelo; luego, saltó a la espada, la recogió y se dirigió a donde estaba el gigante; le levanta la coraza y le mete la espada en el cuerpo y de esa forma murió el gigante.

Acudieron entonces Keu el senescal y Beduier y le mostraron una gran alegría al rey; contemplaron al gigante, que era extraordinariamente grande, y le dan las gracias a Dios de buen corazón por el honor y la victoria que le había concedido al rey Arturo, pues nunca habían visto un diablo tan grande. El rey Arturo le dice a Beduier que le corte la cabeza al gigante y la lleve al campamento para que vean el tamaño. Este cumple sus órdenes; luego, bajan del monte y toman los caballos. Las olas habían vuelto de nuevo y resultaba difícil pasar. Llegan al campamento, donde los nobles estaban preocupados por la tardanza del rey y porque no sabían adónde había ido. Merlín les decía que no se preocuparan, pues volvería en breve sano y salvo.

Mientras los príncipes y los nobles estaban en tal preocupación por el rey Arturo, este descabalgó ante su tienda con Keu el senescal y Beduier, que llevaba la cabeza del gigante sujeta al arzón de la silla por los cabellos. Acudieron todos los nobles al saber que el rey había desmontado y le preguntan que de dónde venía, pues habían estado asustados por él; este les responde que venía de enfrentarse al gigante que destruía aquella tierra y toda la región de los alrededores y que lo había matado gracias a Dios. Luego, hizo que les enseñaran la cabeza que Beduier había llevado. Cuando los nobles la vieron, se santiguaron admirados a la vez que decían que en toda su vida habían visto una cabeza tan grande, y daban las gracias a Nuestro Señor porque habían conseguido volver al campamento. Desarmaron entonces al rey Arturo con gran alegría y haciéndole fiestas y permanecieron allí descansando todo aquel día. El día siguiente quitaron las tiendas y los pabellones y emprendieron el camino directamente hacia Borgoña. Cabalgaron sus jornadas hasta que llegaron al río Aube y entonces les llegaron noticias de que el emperador Lucio había ido a aquella región y la estaba destruyendo. El rey Arturo se puso muy contento por haberlo encontrado tan cerca, aunque lo sentía porque había destruido la región. Hizo que su hueste acampara a orillas del río Aube.

Ese mismo día llegaron el rey Ban y el rey Boores con seis mil caballeros, pero no acudían con ellos ni Farién, ni Gracién, ni Leonches de Paerne, que se habían quedado por si era necesario guardar y defender la tierra frente al rey Claudás. Apenas habían llegado los dos reyes al campamento, mandaron plantar sus tiendas delante del pabellón del rey Loth, que les mostró una gran alegría, como a quienes tenía gran afecto. Permanecieron allí tanto que el rey mandó levantar el castillo para refugiarse en él si fuera necesario.

Luego, envió a sus mensajeros al emperador Lucio por consejo de sus nobles, haciéndole saber que había entrado en su tierra de forma insensata y que si no acudía a repararle el daño, lo echaría de Roma. Envío como mensajero a mi señor Galván y a mi señor Yvaín y a Saigremor, pues eran corteses y bien educados, a la vez que valientes y decididos. El rey le dijo a mi señor Galván:

—Buen sobrino, iréis al emperador y le diréis de mi parte que se

vuelva y deje la tierra, pues es mía, y que si no quiere volverse, que venga a probar en combate quién tiene razón, pues la defenderé mientras viva frente a los romanos y la conquistaré mediante batalla; estoy dispuesto a probar contra él, cuerpo a cuerpo, quién de los dos debe tener esta tierra.

Después de que el rey Arturo dijera estas palabras, se fueron los mensajeros con las cotas de malla vestidas, los yelmos atados, los escudos al cuello, las espadas ceñidas y las lanzas en la mano. Hablan con mi señor Galván los otros dos, como jóvenes que son, y dicen que están dispuestos a hacer tales cosas antes de volver, que se hablará de ellos para siempre y que podrán decir que la guerra ha empezado bien. De esta forma llegan cerca de los enemigos que al ver a los mensajeros salen de las tiendas por todas partes a verlos y a oír las noticias. Preguntan quiénes son y de dónde vienen, pero ellos no los escuchan y no se detienen hasta que llegan al pabellón del emperador; descabalgan ante la tienda, sujetan los caballos en la puerta de fuera y se presentan al emperador, dándole el mensaje de parte del rey Arturo:

—Señor —le dice mi señor Galván—, el rey Arturo te ordena que abandones la tierra y la región, pues le pertenece con todo derecho, y te prohíbe que te atrevas a volver a poner pie en ella. Si pretendes disputársela en batalla, yo defenderé al rey Arturo. Los romanos la conquistaron antaño mediante batalla y con batalla será recuperada ahora; que se pruebe quién debe ser el señor que domine en ella y al que le pertenezca. Si quieres disputar la tierra y la región, ven antes de que amanezca o márchate, pues no tienes nada que hacer; hemos ocupado la tierra y tú la has perdido; cree el consejo y obrarás como hombre prudente.

Cuando el emperador oye a mi señor Galván hablar de esta forma, le contesta sin esperar más, dolido y enfadado, que no volvería, pues aquella región y aquella tierra eran suyas y que continuaría avanzando; le contestó también que poco le importaba tal mandado y que si había perdido la tierra, la recuperaría cuando pudiera y que pensaba que eso sería pronto.

Junto al emperador estaba sentado un caballero, que se llamaba Titilius, sobrino suyo, e hijo de su hermana, que era hombre traidor y creído, y contestó con gran felonía, diciendo:

—Bien amenazan los bretones, pero hacen poco.

Aún hubiera recriminado más, pero mi señor Galván desenvainó la espada, avanzó y le golpeó con tanta fuerza que le hizo volar la cabeza; luego, les dijo a sus compañeros: «Montad». Lo hicieron de inmediato y mi señor Galván también montó; se volvieron sin despedirse ni de los romanos ni del emperador, y todo el campamento se estremeció, pues el emperador gritó a voces: «¡Prendedlos! ¡En mala hora se os escaparán!». Y todos gritan: «¡A las armas!». Allí vierais a la gente que se armaba por todas partes y montaba a caballo picando espuelas tras los mensajeros que se alejan rápidamente, mirándolos de vez en cuando. Los romanos llegan de todas partes por caminos y campos, cuatro por aquí, cuatro por allí, cinco por acá, seis en otro sitio. Había uno que iba armado con gran riqueza y montaba un caballo fuerte y rápido; adelantó a todos sus compañeros y les gritó a los mensajeros:

—Esperad y os entregaré al emperador.

Cuando mi señor Galván lo oye, embraza el escudo, vuelve hacia él la cabeza del caballo y le golpea con tanta fuerza que lo derriba muerto al suelo; luego, le dice:

—Señor, mejor os hubiera ido quedaros en el campamento.

Saigremor ataca a otro caballero que llega al galope, y lo alcanza atravesándole el cuello de un lado a otro y derribándolo muerto al suelo; luego le dice:

—Señor caballero, el bocado os lo he preparado yo para vos y para mis demás enemigos; esperad a vuestros compañeros que vienen detrás de vos y decidles que por aquí se van los mensajeros del rey Arturo.

Tras este llegó un caballero que había nacido en una familia muy noble de Roma; los romanos le llamaban Marcelo. Tenía un caballo fuerte y veloz, pero no llevaba lanza, pues la había olvidado con las prisas. Estaba alcanzando a mi señor Galván, pues había prometido entregárselo vivo al emperador. Cuando mi señor Galván vio que estaba a su lado, vuelve hacia él las riendas y el romano le ataca al pasar a su lado; mi señor Galván le golpea con tanta fuerza que le

mete la espada en los sesos tan profundamente que le llega hasta los dientes; luego le dice en burlas:

—Más te hubiera valido seguir todavía con el emperador.

Vuelven los tres y derriban a otros tres romanos muertos al suelo. Había un caballero, llamado Marcelo, que montaba un caballo rápido y fuerte y que sintió un profundo dolor al ver a su primo muerto en el suelo. Empezó a picar espuelas campo a través. Mi señor Yvaín le vio y corrió hacia él golpeándolo con tanta fuerza que después no tuvo ocasión de volver a levantarse, pues le cortó la cabeza. Tres romanos quiebran sus lanzas contra él y él le corta a uno la cabeza, a otro el brazo y golpea al tercero con tal vigor en el yelmo que lo derriba muerto del caballo. Luego se aleja tras sus compañeros, mientras que los romanos los persiguen hasta que llegan a un bosque que estaba cerca del castillo que el rey Arturo había mandado construir.

Pero la historia deja ahora de hablar un poco de los mensajeros y de sus perseguidores y vuelve a hablar del rey Arturo y de sus nobles.

[Los mensajeros de Arturo escapan de una emboscada, gracias a la escolta que envía el rey tras ellos, y que hace prisioneros a los romanos más importantes.

El emperador romano decide impedir el envío de los prisioneros a Benoic con una emboscada que se resuelve con la victoria de los cristianos —a pesar de la muerte de alguno de ellos—, y nuevos prisioneros.

Los deseos de venganza del emperador continúan. El rey Arturo se prepara para un combate inminente. La batalla es digna de admiración, pero al fin los romanos fueron derrotados.]

XL

El rey Arturo se puso muy contento con la derrota de los romanos y con la victoria que Dios le había dado. Regresa al campo de batalla y hace enterrar a los muertos en monasterios y abadías de la región; ordena que se lleven a los heridos para que los curen. A continuación hace tomar el cuerpo del emperador y lo envía a Roma en un ataúd haciendo saber a los romanos que ese era el tributo que les enviaba Bretaña y que si alguien se lo volvía a pedir, le haría llegar otro semejante. Después de hacer esto, tomó consejo sobre si continuaría hacia delante o si regresaría a Gaula y los príncipes le dijeron que le pidiera consejo a Merlín. Entonces lo llamó y le dijo:

—Mi dulce amigo, ¿qué os apetece que haga?

—Señor, no seguiréis hasta Roma, ni regresaréis; avanzaréis un poco, pues algunos necesitan nuestra ayuda.

—¿Cómo, hay guerra en este país?

—Señor, sí, más allá del lago de Lausana, pues vive allí un diablo, un demonio, que no permite la compañía de hombre ni de mujer y destruye toda la tierra, matando y aniquilando a cuantos alcanza.

—¿Cómo, no puede resistir nadie frente a él, que es un hombre como los demás?

—No lo es, sino que es un gato lleno de demonios: es tan grande y tan horrible que resulta espantoso de ver.

—¿Dios, y de dónde ha salido tal bestia?

—Señor, os lo voy a decir el día de la Ascensión, hace cuatro años, un pescador se dirigió al lago con sus artes y con sus redes para pescar. Después de haber preparado las artes para arrojar la red al agua, prometió a Nuestro Señor que el primer pez que pescara se lo daría. Arrojó las artes al agua y sacó un lucio que valía treinta

suelos; al ver un pescado tan hermoso y tan grande, se dijo a sí mismo en voz baja, entre dientes, como hombre malicioso: «Dios no tendrá este pescado, pero le daré el siguiente que coja». Volvió a arrojar las artes al agua y sacó un pez que valía más que el primero; al verlo tan grande y tan hermoso sintió envidia y dijo que todavía podría esperar Nuestro Señor Dios y que le daría el tercero sin lugar a dudas. Volvió a arrojar las artes al agua por tercera vez y sacó un gatito más negro que una mora. Cuando el pescador lo vio, dijo que lo necesitaría en su casa para quitar ratas y ratones. Lo crió hasta que el gato ahogó al pescador, a su mujer y a sus hijos; luego, huyó a una montaña que hay más allá del lago del que os he hablado. Allí ha permanecido hasta ahora, matando y destruyendo cuanto alcanza. Es extraordinariamente grande y espantoso. Id allí, pues es el camino para ir a Roma, y, si Dios quiere, lograréis poner en paz a la gente de la tierra, que se están yendo a otras regiones.

Cuando los nobles oyeron estas palabras empezaron a santiguarse todos sorprendidos por lo que estaban oyendo y dicen que era la venganza de Nuestro Señor y la manifestación del pecado del pescador, por no haber cumplido la promesa que le hizo. Piensan y creen que Nuestro Señor estaba enfadado con él porque había faltado a su promesa. El rey Arturo ordenó entonces que cargaran los animales y que emprendieran la marcha. Cumplieron con sus órdenes y empezaron a cabalgar hacia el lago de Lausana. Encontraron la tierra devastada y sin gente, pues nadie se atrevía a vivir allí, ni los hombres, ni las mujeres. Cabalgaron hasta cerca del monte en el que este diablo demonio estaba; acamparon en un valle cerca de una legua de la montaña. El rey Loth, mi señor Galván, el rey Ban y Gueheriet tomaron las armas para acompañar al rey Arturo y a Merlín y dijeron que querían ir a ver al enemigo que tan gran daño estaba haciendo en el país y en la tierra. Subieron el monte conducidos por Merlín, que conocía todo su ser por el gran sentido que tenía. Cuando llegaron arriba, Merlín le dijo al rey Arturo:

—Señor, en esa roca está el gato.

Le señala una gran cueva en medio de un prado, y era un lugar grande y profundo.

—¿Cómo conseguiremos que salga?

—Pronto lo veréis salir con gran rapidez; pero estad preparados a defenderos, pues os atacará apenas os vea.

—Retiraos, pues quiero enfrentarme con sus fuerzas.

Cumplen sus órdenes y, apenas se habían retirado un poco, Merlín dio un silbido muy fuerte. Al oírlo, el gato salió de la cueva, pues pensaba que fuera un animal silvestre y aún estaba hambriento y no había comido; corrió rabioso de hambre hacia el rey Arturo. Este, cuando lo vio llegar, adelantó la pica e intentó golpearle en el cuerpo, pero el diablo sujetó la punta con los dientes y tiró de ella con tanta fuerza que hizo que el rey se tambaleara; al retorcer la pica, se rompió la madera cerca de la punta y el hierro se le quedó en la boca al animal, que empezó a roerlo como si estuviera loco. El rey arroja el trozo de lanza que le queda, desenvaina la espada, se coloca el escudo delante del pecho; el gato le ataca intentándolo sujetar por el cuello, pero el rey levanta el escudo haciendo que el gato caiga a tierra; pero rápidamente se puso en pie y atacó de nuevo al rey con gran vigor. El rey levanta la espada y lo golpea en medio de la cabeza rompiéndole el cuero, pero el hueso era tan duro que no puede abrírselo; a pesar de todo lo deja tan aturdido por el golpe, que cae al suelo tendido; pero antes de que el rey pudiera repetir el golpe, el gato le vuelve a asaltar sujetándolo a descubierto por los hombros y metiéndole las uñas por la cota, y atravesándosela hasta la carne; tira con tanta fuerza que hace volar más de trescientas mallas de la cota y la roja sangre sale tras las uñas y poco faltó para que el rey cayera al suelo. Cuando el rey vio su sangre, se preocupó mucho; adelantó el escudo, lo puso ante su pecho y, sujetando la espada en el puño diestro, fue hacia el gato con gran rapidez, que estaba lamiéndose las uñas mojadas con la sangre. Al ver llegar al rey, vuelve a saltar contra él intentándolo sujetar como antes, pero el rey adelanta el escudo y el gato golpea en él con dos patas, clavando las uñas en el escudo y tirando con tanta fuerza que el rey se inclina hacia el suelo, de tal forma que el tiracol del escudo le vuela del cuello, pero lo tenía tan bien sujeto por las abrazaderas, que no se le puede escapar y el gato no puede sacar las uñas y se queda colgando del escudo por las patas delanteras. Cuando el rey Arturo ve que colgaba del escudo tan firmemente, alza la espada y lo golpea con gran fuerza entre las patas, cortándoselas las dos un poco por debajo de las rodillas. El

gato cae al suelo, el rey arroja el escudo y corre hacia él con la espada desenvainada. El animal se sienta sobre las dos patas traseras, rechina los dientes, abre las fauces y el rey lo ataca en ese momento intentando golpearle la cabeza, pero el gato se pone en pie sobre las patas traseras y le salta al rostro sujetándolo con las patas de atrás y con los dientes, de tal forma que le alcanza la carne y hace que la sangre le brote en muchos sitios. Cuando el rey siente que lo sujeta con tanta fuerza, le clava la espada en el vientre y le intenta atravesar el cuerpo, pero el gato suelta los dientes y se deja caer, intentando llegar al suelo, pero las dos patas que tenía sujetas en la cota no se le soltaron y quedó colgando con la cabeza hacia abajo. El rey, al ver que colgaba de esa forma, alza la espada y le corta las dos patas que tenía sujetas a la cota y el cuerpo cae al suelo. Tan pronto como cayó, empezó a revolverse y a maullar con tanta fuerza que lo oyen con toda claridad en el campamento del rey Arturo. Tras el grito, empezó a saltar por la fuerza del cuerpo e intentó retroceder hacia la cueva de la que había salido, pero el rey le cortó el paso y le atacó de nuevo. El gato se lanza a él intentando agarrarlo con los dientes, pero el rey le metió la espada por encima de las dos patas de delante y se las corta totalmente. En esto llegan Merlín y los demás y le preguntan cómo se encuentra.

—Bien, gracias a Nuestro Señor, pues ya he matado al diablo que ha causado muchos daños en este país. Sabed que ciertamente nunca temí tanto por mi vida como frente a este diablo, salvo con el gigante al que maté el otro día en la montaña a orillas del mar. Bendigo a Nuestro Señor y se lo agradezco.

—Señor —le dicen los príncipes—, tenéis razón.

Miran y ven los pies del gato que habían quedado en el escudo y en la loriga y dicen que nunca habían visto zarpas semejantes. Gueheriet toma el escudo y regresan al campamento con gran alegría. Cuando los demás nobles vieron las patas y las uñas, que eran tan largas, se quedaron sorprendidos. Llevaron al rey a su tienda, lo desarmaron y le miraron los arañazos y las mordeduras del gato; lo lavaron y limpiaron con gran habilidad. Luego, los médicos pusieron algo para que el veneno saliera fuera y lo hicieron de tal forma que no tuvo que dejar de beber ni de comer, ni de cabalgar. Permanecieron allí aquel día hasta la mañana siguiente en

que emprendieron el camino de regreso hacia Gaula. El rey hizo que llevaran el escudo del que colgaban las patas del gato y mandó que metieran en un cofre las zarpas de la loriga, y que fueran bien guardadas. Luego le preguntó a Merlín cómo se llamaba aquel monte y Merlín le dijo que los del país lo llamaban monte del Lago, pues había un lago que golpeaba en su pie.

—Por mi fe —dice el rey—, quiero que se le quite ese nombre y que a partir de ahora sea llamado monte del Gato, pues en él tuvo el gato su refugio y en él ha muerto.

El rey lo dijo en tal momento que a partir de entonces no dejó de llamarse así y nunca dejará de recibir ese nombre, mientras dure el mundo.

Ahora la historia deja de hablar del rey Arturo y de su compañía y vuelve a hablar de los que llevaron los prisioneros a Francia.

[El séquito que lleva los prisioneros romanos a Francia es atacado por caballeros de Claudás, que los hubieran derrotado de no ser por la repentina aparición de Farién, Leonches y otros aliados del rey Arturo. Sin más contratiempos llegan a Benoic. Un rico hombre de la tierra de Mares solicita en matrimonio a la hija del señor del castillo, en el que habían estado Ban, Boores y Merlín. Esta no acepta, pues está embarazada del rey Ban de Benoic. Despechado, el caballero decide tomarla por la fuerza, y asedia el castillo de Mares; Agravadaín, señor del castillo, consigue vencer en combate singular al atacante y así termina el conflicto. La joven embarazada daría a luz, llegado su momento, a un niño llamado Héctor, que sería famoso caballero.]

XLI

Cuenta ahora la historia que en el momento en el que Merlín dejó al rey Flualís, al que le había interpretado un sueño, este quedó muy preocupado por lo que Merlín le había dicho y no tardó mucho en ocurrirle todo según había contado Merlín, pues vio a sus hijos en el templo de Diana y vio caer y hundirse el templo, destruir su tierra, quedar arrasada, arder su palacio y él mismo fue apresado con su mujer, pero los que lo hicieron prisionero no los mataron, sino que les mostraron los puntos de la ley cristiana y les hicieron comprender tanto día tras día, que finalmente recibieron la unción del Santo Bautismo, fueron lavados y quedaron limpios de la suciedad del paganismo. Llamaron al rey con el mismo nombre que tenía, es decir, Flualís, pero a la dama le cambiaron su nombre y la llamaron Remisiana, aunque antes se llamaba Subina. Estuvieron mucho tiempo juntos, y tuvieron cuatro hijas que después se casaron con cuatro príncipes cristianos que eran muy buenos y leales, y tuvieron muchos hijos, pues la mayor tuvo diez hijos que todos fueron caballeros, y siete hijas; la segunda tuvo catorce hijos y tres hijas; la tercera, doce hijas y seis hijos, y la cuarta, veinticinco hijos y una hija, y se casaron todos y todos los varones fueron caballeros en vida de la reina Remisiana y tuvieron grandes alegrías y grandes fiestas y dieron las gracias continuamente a Nuestro Señor.

Cuando el rey Flualís y los cuatro príncipes vieron que tenían cincuenta y cuatro nietos uno y sobrinos los demás, y que todos eran caballeros y primos hermanos, sintieron gran alegría y dijeron que Nuestro Señor los había enviado para realzar el cristianismo y dijeron que no dejarían de hacerlo hasta haber convertido a todo el paganismo en cristianos y haberlos convertido a la ley de Dios.

Se reunieron y juntaron todas sus fuerzas y atacaron al paganismo por todas partes, tomaron ciudades y castillos y mataron a muchos paganos conquistando las tierras y los países lejanos. Pasaron a España, a Galicia, llegaron a Compostela y nada podía resistir frente a ellos. El rey Flualís murió en España y los cuatro príncipes

quedaron muy doloridos con sus sobrinos. Fue enterrado en una ciudad que entonces se llamaba Nades y después regresaron a las tierras de Jerusalén, tomando posesión de ellas y se dividieron por distintos países, conquistándolos y alcanzando honor. Unos tomaron Constantinopla, otros, Grecia, en la que había cuatro reinos, otros tomaron Barbaria y otros Chipre; otros regresaron al reino de Logres a servir al rey Arturo por la gran fama que de él corría por el mundo; con ellos acudieron tres caballeros que eran muy valientes y decididos con las armas, pero vivieron poco y fue una lástima para la Cristiandad, pues eran muy valientes y leales: dos de ellos murieron en una batalla que Lanzarote llevó a cabo contra el rey Claudás y el otro murió en otra batalla del rey Arturo contra Mordret, tal como la historia contará más adelante.

Pero ahora la historia deja de hablar de todos ellos y vuelve a hablar del rey Arturo.

XLII

[Tras acabar con los romanos y con el gato, el rey Arturo se dirige a Benoit. Galván arrasa el castillo de la Marca por orden del rey, que quiere escarmentar de ese modo a los rebeldes. Luego, el mismo rey hace jurar a todos los prisioneros que nunca volverán a atacarle ni a él, ni a los reyes Ban y Boores: así lo juran y los deja libres.]

Llega la noticia de la muerte del rey Leodagán.]

Cuando el rey Arturo y su compañía dejaron a los dos reyes hermanos, que les habían hecho tantos honores, cabalgaron hasta llegar al mar. Allí embarcaron y pasaron al otro lado, al puerto de Dover. A continuación montaron a caballo y cabalgaron hasta llegar a Londres. Allí encontró el rey a la reina Ginebra, que lo recibió con gran alegría y le contó que su padre había muerto. El rey la consoló lo mejor que pudo. Luego, despidió a su gente y les dio las gracias y se fueron a sus tierras y a sus países y el rey Arturo se quedó en Logres con su sobrino, mi señor Galván, y los caballeros de la Mesa Redonda.

Merlín estuvo allí mucho tiempo, pero al final le entraron ganas de ir a ver a Blaise, su maestro, para contarle todo lo que había ocurrido desde que no lo veía; luego iría a ver a Viviana, su amiga, pues ya se acercaba el plazo que había fijado. Fue al rey Arturo y le dijo que tenía que irse. El rey y la reina le ruegan con dulzura que regrese pronto, pues estaban muy a gusto con él y se sentían muy bien acompañados, ya que el rey lo quería mucho, pues le había ayudado en muchas necesidades y gracias a él y a su consejo había sido rey.

—Buen amigo Merlín —le dijo el rey con gran dulzura—, os marcháis y no quiero reteneros contra vuestra voluntad, pero estaré a disgusto hasta que no os vuelva a ver; por Dios, apresuraos en regresar.

—Señor, es la última vez; os encomiendo a Dios.

Cuando el rey oyó que le dijo que era la última vez, se quedó sorprendido, pero Merlín se marchó sin decir nada más, llorando. Fue a ver a Blaise, su maestro, que tuvo una gran alegría con su llegada y le preguntó cómo le había ido. Este le dijo que bien y le contó todo, palabra por palabra, por orden, todo lo que le había ocurrido al rey Arturo cómo había matado al gigante, la batalla con los romanos, cómo había dado muerte al gato, le habló del enano al que la doncella había llevado a la corte y cómo el rey lo había hecho caballero:

—Pero os aseguro que el enano era hombre muy noble y no es enano por su propia naturaleza, sino que lo dejó así una doncella cuando tenía la edad de doce años, porque no quiso otorgarle su amor. Era la criatura más hermosa del mundo y la doncella, por el dolor que sintió, lo dejó de tal forma que no hay en el mundo otra cosa tan fea ni tan despreciable. De hoy en nueve semanas debe terminar el plazo que puso la doncella para que vuelva a su edad, pues el día que cumpla el plazo, tendrá doce años, a pesar de que ahora parece que tiene sesenta o más.

Después de haber dicho todas estas cosas y habérselas contado, Blaise las puso por escrito, una tras otra, en orden, y por eso lo sabemos nosotros todavía.

Después de permanecer allí durante ocho días, Merlín se fue y le dijo a Blaise que era la última vez, pues se iría a vivir con su amiga y no podría dejarla nunca, ni ir o venir según su voluntad.

Al oír a Merlín, Blaise lo sintió mucho y se quedó muy afligido, y le dijo:

—Ya que es así, y que no podéis ni podréis iros de allí, no vayáis.

—Tengo que ir, pues así lo he prometido; he sido sorprendido por su amor y no puedo abandonarlo; le he enseñado y mostrado todo lo que sabe y aún sabrá más cosas, pues no puedo dejarla.

Entonces Merlín dejó a Blaise y en poco tiempo llegó ante su amiga, que le mostró una gran alegría, y él a ella. Estuvieron juntos mucho

tiempo y en todo momento la muchacha le preguntaba por sus cosas y él le dijo tanto y le enseñó tanto que después fue tenido por loco y aún así se le tiene. Ella lo aprendió y lo puso todo por escrito, como quien tenía buenos conocimientos en las siete artes.

Después de enseñarle a su amiga todo lo que ella quiso preguntarle, esta empezó a pensar cómo podría retenerlo para siempre y empezó a halagarlo más que hasta entonces, diciéndole:

—Señor, todavía no sé una cosa que me gustaría saber y os ruego que me la digáis y que me enseñéis cómo podría encerrar a un hombre sin torres y sin murallas y sin hierros, solo con encantamientos, de tal forma que nunca pueda salir si no es por mí.

Cuando Merlín la oye, inclina la cabeza y empieza a suspirar. Ella se da cuenta y le pregunta por qué suspira.

—Mi señora, os lo voy a decir: sé lo que pensáis y sé que intentáis retenerme, pero estoy tan sorprendido y sujeto por vuestro amor, que a la fuerza tengo que hacer vuestra voluntad.

Cuando la doncella lo oye, le echa los brazos al cuello y le dice que debe ser suyo, ya que ella es suya:

—Bien sabéis que el gran amor que os tengo ha hecho que deje a mi padre y a mi madre para teneros entre mis brazos día y noche; en vos está mi pensamiento y mi deseo; sin vos no tengo ni alegría ni bien y en vos he puesto toda mi esperanza y no espero gozo si no es de vos; y ya que yo os amo y vos me amáis, ¿no es justo que hagáis mi voluntad y yo la vuestra?

—Ciertamente, mi señora, sí. Decidme qué es lo que queréis.

—Señor, quiero que me enseñéis a hacer un hermoso lugar, agradable, en el que pueda encerrar por arte tan fuerte que después no pueda ser deshecho y allí estaremos yo y vos mientras nos apetezca, y viviremos en alegría y gozo.

—Mi señora, lo voy a hacer.

—Señor, no quiero que lo hagáis, sino que me enseñéis a hacerlo y yo lo haré según mi voluntad.

—Así os lo otorgo.

Entonces le empieza a contar cómo hacerlo y la doncella lo pone todo por escrito. Después, la muchacha tuvo una gran alegría y lo amó más y le mostró mejor cara que de costumbre. Permanecieron juntos mucho tiempo, hasta que un día que iban hablando por el bosque de Brocelianda, mano sobre mano, entretenidos, se encontraron con un matorral hermoso, verde, alto; era un espino blanco que estaba cargado de flores; se sentaron a su sombra y Merlín colocó la cabeza en el regazo de la doncella y ella empezó a acariciarlo hasta que se quedó dormido. Cuando se dio cuenta de que dormía, se levantó con cuidado, hizo un círculo con su velo alrededor del arbusto y de Merlín y empezó sus encantamientos; luego fue a sentarse a su lado, colocó la cabeza en su regazo y lo mantuvo allí hasta que se despertó. Merlín miró a su alrededor y le pareció que se encontraba en la torre más hermosa del mundo y que estaba acostado en la cama más bella de cuantas había conocido. Entonces le dijo a la doncella:

—Señora, me habéis engañado si no permanecéis conmigo, pues nadie, sino vos, tenéis poder para deshacer esta torre.

—Mi dulce amigo, vendré a menudo y podréis tenerme entre vuestros brazos y yo a vos; a partir de ahora podréis hacer todo lo que queráis.

Mantuvo muy bien la promesa, pues fueron pocos los días y las noches que no estuvo con él y Merlín no volvió a salir de aquella fortaleza en la que su amiga lo había encerrado, aunque ella salía y entraba siempre que quería.

Aquí deja la historia de hablar de Merlín y de su amiga y habla del rey Arturo.

[Después de que Merlín se despidiera del rey Arturo, este se quedó muy afligido. Los compañeros de la Mesa Redonda juran ir en busca del viejo mago.]

El caballero enano, al que el rey Arturo había armado a petición de una

doncella, vence a un contrincante, que va como prisionero a la corte. El caballero vencido le cuenta al rey Arturo la razón por la que había perdido su belleza y se había transformado en enano el otro caballero.

La búsqueda de Merlín dura un año, en el que hubo grandes aventuras. Yvaín rescata al caballero enano. El rey Arturo ordena poner por escrito las hazañas de quienes regresan a la corte. Galván se encuentra con una doncella que le recrimina el que no la haya saludado; luego, llega hasta el caballero enano, que la víspera había sido rescatado por Yvaín. Galván los saluda con cortesía, y el enano recupera su belleza y vuelve al aspecto que había tenido antes del hechizo. Galván se convierte en enano. A pesar de todo, continúa su búsqueda de Merlín.]

XLIII

Después de buscar por todas partes en el reino de Logres, se dio cuenta de que no encontraría nada, y pensó en pasar el mar e ir a Bretaña la Menor, y así lo hizo. Buscó cerca y lejos, pero no encontró nada relativo a Merlín.

Se acercaba ya el término que se había puesto para regresar, e iba diciéndose a sí mismo: «¡Ay, qué voy a hacer! Ya se acerca el plazo para mi regreso y para cumplir el juramento que le hice a mi señor tío para volver; tengo que regresar, pues de otro modo sería perjurio y desleal. No lo seré, ya que el juramento decía que volvería si estaba en plena libertad, y no lo estoy, pues soy una cosa despreciable y contrahecha, y no tengo poder sobre mí mismo; por eso puedo dejar de ir a la corte. Por mi fe, he hablado mal, porque no quiero ser perjurio, sea quien sea yo, yendo o viniendo, y como no estoy preso en una prisión que me impida ir según mi voluntad, no dejaré de ser perjurio si no voy; por eso tengo que regresar, pues de lo contrario sería desleal y no cometeré ninguna deslealtad. Ruego a Dios que tenga piedad de mí, ya que mi cuerpo ha recibido una gran afrenta en este mundo».

En medio de estos lamentos, mi señor Galván dio la vuelta para regresar a la corte; iba por el bosque de Brocelianda y quería llegar al mar; se lamentaba sin cesar y, mientras lo hacía, oyó una voz a alguna distancia de él. Se dirigió hacia allí y oyó de nuevo la voz: mira arriba y abajo, pero no ve nada más que humo, como si fuera aire, y no puede pasar. Entonces oye una voz que dice:

—Mi señor Galván, no os desconsoléis, pues todo ocurrirá según debe ocurrir.

Cuando mi señor Galván escucha la voz que lo había llamado de esta forma, por su nombre, contestó preguntando:

—¿Quién es ese dios que ha hablado conmigo?

—¿Cómo? —le dice la voz—, ¿no me conocéis? Antes me

reconocíais con facilidad, pero así de cierto y de verdadero es el proverbio del sabio, que dice: «Quien se aleja de la corte, la corte se aleja de él», y así me ha ocurrido a mí. Mientras frecuentaba la corte y servía al rey Arturo y a sus nobles, yo era reconocido y amado por vos y por los demás; como he dejado la corte y la he ignorado, ahora soy ignorado por vos y por los demás, y no debería serlo, si reinara la fe y la lealtad en el mundo.

Al oír la voz que le habla así, mi señor Galván piensa que es Merlín y le responde de inmediato:

—Señor, ciertamente debería haberos reconocido, pues he oído muchas veces vuestras palabras. Os ruego que os aparezcáis a mí, de tal modo que os pueda ver.

—Mi señor Galván —le responde Merlín—, no me veréis nunca más, y lo siento, pues no puedo hacer nada. Cuando os vayáis de aquí, no volveré a hablar con vos, ni con ningún otro más que con mi amiga, ya que nadie podrá llegar aquí por nada que ocurra y yo no puedo salir de dentro, y nunca más saldré: en el mundo no hay una torre tan fuerte como esta en la que estoy encerrado; no tiene madera, ni hierro, ni piedra, sino que está cerrada solo con el aire, mediante un encantamiento tan poderoso que no puede ser deshecho por nada del mundo. No puedo salir y no puede entrar nadie, a no ser la que ha hecho todo esto, que me da compañía cuando quiere y viene y se va cuando le agrada a su voluntad y así lo desea.

—¿Cómo?, mi dulce amigo Merlín, ¿estáis retenido de tal forma que no os podéis liberar por más esfuerzos que hagáis y tampoco podéis hacer que os vea? ¿Cómo os ha podido ocurrir eso por la fuerza a vos, que erais el hombre más sabio del mundo?

—El más loco, porque yo sabía bien que esto me iba a ocurrir y fui tan insensato que he preferido a otro más que a mí mismo: le enseñé a mi amiga todo y por eso he caído prisionero, y nadie puede sacarme de la prisión.

—Ciertamente, Merlín, lo siento mucho, y el rey Arturo, mi tío, también lo sentirá cuando lo sepa; ha hecho que os busquen por todas las tierras.

—Tendrá que sufrirlo, ya que no volverá a verme nunca, ni yo a él, pues así son las cosas; nadie volverá a hablarme después de vos. En vano se pondrían en marcha, porque vos mismo en cuanto os alejéis no volveréis a oírme hablar. Marchaos ya y saludadme a mi señor el rey Arturo y a mi señora la reina, a todos los nobles, y contadles lo que me ha ocurrido. Encontraréis al rey en Carduel, en Gales, cuando vayáis allí; estarán con él todos vuestros compañeros que se pusieron en marcha con vos. No os desconsoléis por lo que os ha ocurrido, porque encontraréis a la doncella que os ha hecho eso en el mismo bosque en el que la visteis la otra vez; no os olvidéis de saludarla, ya que sería una gran locura.

—Señor, no se me olvidará, si Dios quiere.

—Id con Dios; que Él guarde al rey Arturo y el reino de Logres, y a vos y a todos los nobles, como a la mejor gente que hay en el mundo.

A continuación se marcha mi señor Galván, alegre y triste: alegre, porque Merlín lo ha tranquilizado en lo que le ha ocurrido; triste, porque Merlín se ha perdido de ese modo. Cabalga hasta que llega al mar, lo pasa rápidamente y emprende el camino hacia Carduel, en Gales.

[Después de encontrar a Merlín, Galván se marcha; ve a la doncella, a la que no había saludado la otra vez, que parece que va a ser forzada por dos caballeros. Empieza el combate con ellos, pero la doncella lo interrumpe y le devuelve su aspecto anterior, haciendo que le crezcan los miembros y deje de ser un enano.]

Al volver a la corte, Galván cuenta todo lo ocurrido, entre la alegría de todos. En ese momento llega un caballero joven y hermoso, que se identifica como el caballero enano, y al que reciben como nuevo compañero de la Mesa Redonda.]

XLIV

Aquí cuenta la historia que cuando el rey Arturo dejó al rey Ban de Benoic y a su hermano el rey Boores de Gaunes, los dos hermanos se quedaron en Benoic con gran gozo y alegría. Permanecieron allí con sus mujeres, que eran muy hermosas y agradables.

Nuestro Señor quiso que el rey Ban tuviera un hijo de su mujer, al que le dieron en bautismo el nombre de Galaad, y como sobrenombre, Lanzarote, nombre que le duró toda la vida. El rey Ban y su mujer la reina se pusieron muy contentos y la reina lo quiso tanto que lo crió con su propia leche.

La mujer del rey Boores tuvo otro hijo, al que llamaron Lionel, que fue un niño muy hermoso. Doce meses más tarde, tuvieron otro, al que llamaron Boores.

Estos tres niños tuvieron después gran fama en el reino de Logres y se dieron a conocer por todas las tierras gracias a sus proezas.

Poco después de que naciera Boores, el más joven de los hijos del rey Boores, este cayó gravemente enfermo y permaneció mucho tiempo en la ciudad de Gaunes, por lo que el rey Ban, su hermano, lo sintió mucho y se preocupó, porque no podía estar con él según su voluntad, pues tenían un vecino que era traidor y cruel: era el rey Claudás de la Tierra Desierta, que estaba airado y encolerizado por el castillo que el rey Arturo había hecho que le derribaran, y poco faltaba para que perdiera el sentido. No tenía en quién vengarse, más que en el rey Ban de Benoic y en el rey Boores, cuyas tierras limitaban con él y eran vasallos del rey Arturo. Les hizo guerra y consiguió que le ayudara un príncipe de Roma llamado Poncio Antonio, que acudió con mucho gusto porque también odiaba al rey Arturo y a todos los suyos porque habían matado a Lucio, el emperador de Roma. En el enfrentamiento murió Hoel de Nantes, que había combatido mucho a Claudás.

Los romanos consiguieron dominar toda la Gaula y luego dirigieron a los de este país, a los de la Tierra Desierta y a Poncio Antonio con

todos sus hombres contra el rey Ban de Benoic, que se defendió con valentía, pues era de gran corazón y valeroso. Se enfrentó a menudo con ellos en campo abierto y perdió y ganó con frecuencia. Leonches de Paerne, Gracién de Trebe y Banín, ahijado del rey Ban, llevaron a cabo grandes proezas, les causaron mucho daño y mataron a mucha gente del rey Claudás. Murió Gracién, pero Farién siguió vivo.

El rey Ban estaba tan débil por la falta de gente, que no pudo resistir frente a los romanos, y acabaron tomándole castillos y fortalezas, pues no consiguió la ayuda de su hermano, el rey Boores, que estaba enfermo en la cama, de la que ya no se levantó. Esto le afligía mucho al rey Ban, pues Poncio Antonio había acudido con tanta gente que le arrebató la ciudad de Benoic con toda su tierra, de tal modo que no le quedó ningún castillo, ni ciudad, salvo el castillo de Trebe, donde se encontraba la reina Elaine con su hijo Lanzarote, que aún dormía en cuna. El rey Ban estaba allí con tanta gente como pudo reunir, pero fue poca para resistir el ataque. Con él estaba Banín, su ahijado, en el que confiaba mucho, con razón, porque era caballero bueno y leal. Había también con él un senescal al que había criado desde niño y al que había encomendado su tierra después de la muerte de Gracién; ese fue el que lo traicionó y por el que perdió el castillo de Trebe, tal como la historia os contará en otro lugar.

Aquí termina el Encierro de Merlín, que Dios nos lleve a todos a buen fin.

Tabla de concordancias

Versión abreviada

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV

Texto completo

I
II
III-IV
V-VI
VII-VIII
VIII-IX-X-XIXII-XIII-XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX-XX-XXI-XXIIXXIII-XXIV-XXV
XXVI
XXVII-XXVIIIXXIX-XXX
XXXI-XXXII-XXXIIIXXXIV-XXXV
XXXVI-XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL-XLI
XLII-XLIII-XLIVXLV-XLVI
XLVII-XLVIII
XLIX
L-LI-LII-LIII-LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX-LX-LXII LXII-LXIII
LXV-LXVI-LXVII
LXVIII-LXIX-LXX-LXXI LXII-LXXIII-LXXIV-LXXV-LXXVI
LXXXII
LXXXIII
LXXXIV
LXXXV-LXXXVI
LXXXVII
LXXXVIII-LXXXIXXC-XCI
XCII
XCIII
XCIV-XCV-XCVI-XCVII
XCVIII-XCIX-C
CI
CII-CIII-CIV-CV
CVI
CVII

Epílogo

CARLOS GARCÍA GUAL

Merlín sale al encuentro de Don Quijote

«... Alzada y puesta en pie esta Muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó a decir desta manera:

—Yo soy Merlín, aquel que las historias

Dicen que tuve por mi padre al diablo

(Mentira autorizada de los tiempos),

Príncipe de la Mágica y monarca

Y archivo de la ciencia zoroástrica,

Émulo a las edades y a los siglos,

Que solapar pretenden las hazañas

De los andantes bravos caballeros,

A quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,

De los magos o mágicos contino,

Dura la condición, áspera y fuerte,

La mía es tierna, blanda y amorosa,

Y amiga de hacer bien a todas gentes.

*En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caráteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamiento y su desgracia
Y su transformación de gentil dama
En rústica aldeana; condóleme,
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Después de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo a dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, a mal tamaño...».*

Con tan pomposos versos hace su presentación (en la segunda parte del Quijote, capítulo XXXV) un falso Merlín, espectral y esquelético, viajero sobre un lúgubre carro triunfal, entre el resplandor de las antorchas de una procesión de flagelantes, y música de arpas, laúdes y chirimías. La tramoya resulta de lo más logrado entre las mascaradas preparadas por los secuaces de los Duques para embaucar a Don Quijote y su atónito escudero. El mago por antonomasia del mundo caballeresco acude al encuentro del Caballero de la Triste Figura con su receta para desencantar a la hechizada Dulcinea. Don Quijote no muestra la menor extrañeza. La pantomima encaja en el ritual de las aventuras librescas. Y la presentación del mago está de acuerdo con su fama como «Príncipe

de la Mágica» y «archivo de la ciencia zoroástrica». Abandonando su cavernoso retiro, el docto Merlín viene a aconsejar al cuitado caballero, como hiciera antaño con el propio Arturo o con el desventurado paladín en busca del Grial.

Lo primero que proclama es su filiación diabólica. En El baladro del sabio Merlín¹, que antecede a La demanda del sancto Grial, con los maravillosos fechos de Lançarote y de Galaz su hijo, impreso en Sevilla 1535, que habría leído Cervantes y también Alonso Quijano, lo declaraba con precisión: «... yo so hijo del diablo que engañó a mi madre, e a nombre Enquibedos, y es de una compañía que anda en el aire, e Dios quiso que yo oviesse seso e memoria de las cosas hechas, e de las dichas, e de las por venir»². Que tuvo por progenitor a un incubo es uno de los trazos originales del personaje, desde mucho atrás. (Aunque algún autor, como Gutierre Díez de Gámez en su Victorial discrepara: «Non fue fiijo del diablo, como algunos dicen; ca el diablo, que es esprito, non puede engendrar... Mas Merlín, con la grande sabiduría que aprendió quiso saber más de lo que le cumplía, e fue engañado por el diablo, e mostróle muchas cosas que dicesse, e algunas dellas salieron verdad...»³).

Notemos que el personaje que se presenta como Merlín no va vestido de Merlín, es decir, no va como nosotros —que hemos visto dibujos del famoso mago y la película de Walt Disney— pensaríamos que debería ir quien se disfrazara de brujo. No viste una amplia hopalanda doctoral ni un capirote de mago, tachonado de estrellas. Cuando aparta su ropaje rozagante y negro, descubre la «misma figura de la muerte», es decir, su «espantosa y fiera notomía», pues viste de esqueleto. («Notomía» por «esqueleto» aparece usado en otro lugar por Cervantes, y también por Quevedo. Uso vulgar, proveniente de «anatomía»). No tiene una amplia barba blanca ni empuña la varita mágica. La voz campanuda surge de una monda calavera, para constatar el carácter fantasmal de Merlín, un espectro que viene de las «lóbregas cavernas de Dite», es decir, del antro plutónico de los infiernos. Tal vez hay aquí un recuerdo del aprisionamiento de Merlín en una cueva mágica, logrado por los taimados manejos de Viviana, o por una triste fatalidad. En todo caso allá estaba el encantador dedicado a sus estudios dibujando misteriosas figuras geométricas, «rombos y caracteres», y leyendo «cien mil libros».

La caracterización de Merlín, efectuada por un mayordomo del Duque, parece responder a un esquema típico: el mago que aun de los infiernos puede resucitar para socorrer a los caballeros famosos contra hechizos despiadados. Pero no tiene ningún trazo personal que le caracterice, de no ser su fama como el encantador y desencantador por excelencia de los libros de caballerías, encariñado con los heroicos caballeros andantes. Esto, y el ser hijo de un diablo, le dan su carta de presentación. Don Quijote entra en el juego, y, arrebatado por el descubrimiento del remedio del hechizo de Dulcinea, no inquiere nada más del prodigioso profeta, del mismo modo como no se muestra nada extrañado de su aparición nocturna.

Este Merlín de guardarropía viene a presencia de Don Quijote, como en otros antiguos textos novelescos acude al lado de cualquier paladín de la Tabla Redonda, para elucidar el enigma del encantamiento de Dulcinea y proponer el remedio, muy chusco en este caso, que devuelva a la dama a su noble condición. Pero su figura y nombre habían sido evocados ya, a propósito de encantamientos, en otro pasaje anterior de la novela. Es en el capítulo XXIII de esta misma segunda parte, cuando se relata la visión de la Cueva de Montesinos, donde se cuenta que este mago fue quien hechizó a Durandarte, y también al Guadiana y a las hijas y sobrinas de la dueña Ruidera, convirtiéndolas en aguas y río famoso. Así se lo contó a nuestro hidalgo el propio Montesinos: «Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénelo aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés⁴ encantador que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino». Más adelante se dirige Montesinos a su primo Durandarte, diciéndole: «Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín: aquel Don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres

están guardadas». Ya en este capítulo se habla del encantamiento de Dulcinea, y de su posible desencantamiento. Trece capítulos después, en el XXXV, vuelve pues Cervantes a retomar el tema, con esa nueva mención de Merlín, con la variante de que ahora aparece el mago en persona, representado en la farsa por el mayordomo del Duque, mientras que antes solo era evocado fantasmagóricamente.

Merlín es, ante todo, «sabio», profeta y mago. «Sabe un punto más que el diablo» es frase proverbial; como también lo fue en castellano la de «Sabe más que Merlín». Tiene profetizadas las grandes hazañas del hidalgo manchego, como tuvo las de Arturo o las de los Buscadores del Grial. Viene a respaldar decididamente el prestigio del héroe caballeresco. Su relación con los encantamientos es, si no original, sí tradicional, desde los textos de la Vulgata artúrica. Merlín tuvo, en su comienzo, el hábito de variar su propia figura, proteicamente; luego pasó a ser un nigromante diestro en todo tipo de hechicerías, y este rasgo quedó añadido a su primitivo aspecto de vate y consejero de reyes y caballeros. (Su primera intervención en este sentido es la de transformar la figura de Úter Pendragón en la del Duque de Cornualles, tal como lo refiere la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, traducida por Luis Alberto de Cuenca (Siruela, Madrid 1984). Merlín aparece, en el Quijote, ligado a misteriosos encantamientos, y en especial, con el de Dulcinea.

Las dos escenas aludidas, la de la Cueva de Montesinos y la del Carro de la Muerte, tienen en la novela de Cervantes una solemne atmósfera, que subraya su comicidad. La parodia, y el jocoso contraste entre el lenguaje empleado y los detalles realistas y burlescos, son los ingredientes básicos de esta comicidad, perfecta.

Merlín era un personaje famoso de los libros de caballerías que no podía faltar en la parodia cervantina. Su fama se había extendido sobremanera, y circularon ampliamente las menciones del misterioso personaje, sobre todo sus profecías enigmáticas (casi siempre con carácter político) durante siglos.

Equiparado a la Sibila, e incluso a los profetas del Antiguo Testamento, Merlín gozó de una aureola singular, hasta el punto de que el Concilio de Trento determinó censurarlo, y así se hizo figurar en el Índice de libros prohibidos el libro de las profecías de Merlín:

Merlini Angli liber obscurarum predictionum. Desde fines del XVI resultaba, pues, peligroso rememorar sus vaticinios; pero no había inconveniente en tomar a chirigota su figura novelesca, como hace Cervantes, con brillantez e impunidad.

Los orígenes de Merlín

Tal como aparece en la parodia cervantina, la figura de Merlín no es más que el eco y trasunto brumoso de un personaje ya fijo en sus rasgos esenciales dentro de los más prestigiados de la literatura caballeresca. Es, por antonomasia, el profeta y el mago del universo artúrico. De dónde vino y cómo fue dibujándose su perfil, mediante la adición de los rasgos más característicos, es el tema de varios estudios, que intentan rastrear el origen y el desarrollo novelesco de esta figura, singular dentro del orbe de las ficciones caballerescas. De estos estudios me gustaría destacar, por su amplitud y su amplia perspectiva, dos libros: *Merlin le prophète*, de Paul Zumthor (Lausana 1943, reimpreso en Ginebra 1973), y *Merlin l'enchanteur*, de Jean Markale (París 1981).

Esos dos libros no son parejos en su erudición y en sus méritos⁵. Representan, sin embargo, dos modos opuestos de enfrentarse con esa historia del personaje, y son significativos de la doble tendencia hermenéutica que encontramos en los estudios sobre temas de la llamada «materia de Bretaña» o literatura artúrica. De un lado los romanistas se ciñen a los textos en latín y en francés medieval, textos bien fechados, precisos, conservados y glosados, y parten de ellos en la reconstrucción de las leyendas, ateniéndose a la letra y a la tradición escrita. De otra parte los partidarios de la influencia céltica en toda esta literatura subrayan las coincidencias temáticas con otros relatos —bien irlandeses o bien galeses, aunque sean de fecha difícil de precisar—, la reaparición de trazos mitológicos diversos, las alusiones a elementos de un vasto folktale, recogido probablemente de una tradición oral, no siempre bien comprendida de los escritores, doctos clérigos que toman sus noticias fabulosas de un trasfondo mítico celta y que transforman los «cuentos de aventura» en relatos cortesces para ofrecerlos así a su público

refinado. La fantasía céltica adquiere, en los textos latinos y franceses, crónicas y novelas, un nuevo brillo, pero los celtizantes buscan tras este los ecos mitológicos.

Para mejor comprender la composición de la figura de Merlín conviene distinguir entre: a) el tema del profeta Merlín y b) la

HÉROE Y UN BARDO, SOBRE EL QUE SE HAN CONGREGADO ELEMENTOS POÉTICOS DIVERSOS. EN EL FONDO, ESTE MAGO DE LA SELVA DE BROCELIANDA, RESULTA UN PERSONAJE SIMBÓLICO, ENRAIZADO EN EL MUNDO CÉLTICO, PERO TRASCENDIENDO SUS ORÍGENES POR SU SIGNIFICACIÓN MÍTICA, DENTRO DE LA «ETERNA BÚSQUEDA MÁGICA» EN QUE MARKALE LO ENROLA.

MARKALE CONCLUYE SU ORIGEN HISTÓRICO: «TENEMOS ASÍ LA CERTEZA DE LA PRESENCIA, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI, DE UN PERSONAJE CON EL NOMBRE DE MERLÍN, O CON EL NOMBRE DE LAILOKEN, EN EL REINO DE STRATHCLYDE, BAJO EL REY RYDDERCH (RODARCUS), LUEGO BAJO EL REY MELRED, PERSONAJE QUE ERA CONTEMPORÁNEO DE SAN KENTIGERN. TENEMOS LA CERTEZA DE QUE ESTE PERSONAJE HA PARTICIPADO, EN 533, O MÁS PROBABLEMENTE EN 573, EN LA BATALLA DE ARDERYD, BATALLA LIBRADA ENTRE DIVERSOS JEFES BRITANOS, QUE CONQUISTÓ ALLÍ UN torques DE ORO, SÍMBOLO DE TRIUNFO Y DE AUDACIA, QUE SE VOLVIÓ DE REPENTE LOCO Y QUE SE REFUGIÓ EN EL CORAZÓN DE UN BOSQUE PARA VIVIR EN SOLITARIO Y PROFETIZAR ALLÍ. ¿ERA BARDO, ES DECIR, POETA? SEGURAMENTE, Y, EN ESE CASO, NO PODÍA SER SINO EL BARDO DOMÉSTICO DE GWENDDOLEU, COMO TALIESIN, SU CONTEMPORÁNEO, LO ERA DE URIEN RHEGED, O ANEURIN DEL REY DE GODODDIN. SI NO HUBIERA SIDO BARDO, NO HABRÍA POEMAS ATRIBUIDOS A MYRDDIN. Y ESTOS POEMAS EXISTEN, AUNQUE SEAN APÓCRIFOS EN LA FORMA EN QUE NOS HAN LLEGADO» (PÁG. 49). ¡QUÉ CLARO! ¡DEMASIADAS CERTEZAS!

leyenda del personaje Merlín, el encantador, sabio y mago. En su estudio, muy bien estructurado, Paul Zumthor toma como base esta

distinción —si bien él prefiere hablar de fable y no de légende de Merlín⁶—, para mostrar cómo se va desarrollando el segundo aspecto a partir del primero, en un proceso que parte de la obra de Geoffrey de Monmouth y se prolonga en la vasta literatura novelesca del ciclo artúrico. Con posterioridad se ha subrayado el vigor poético de esa figura del mago, consejero y protector del rey Arturo y de los caballeros de su corte, abocado luego a un triste destino, quedar prisionero de las artes mágicas reveladas por él mismo a su amada, una cautivadora damisela, una doncella fatal.

Pero vayamos por partes. Como señalan los estudiosos, el nombre de Merlín no aparece en ningún texto anterior a 1134, el año en que Geoffrey de Monmouth publica su *Prophetia Merlini*, que luego incluirá, como libro VII, en su *Historia Regum Britanniae* (HRB). (El nombre está en relación clara con el galés de Myrddin, y varios poemas galeses atestiguan la fama de un profeta y vate galés de ese nombre. En su redacción conservada esos poemas, de difícil datación, parecen posteriores a los textos de Geoffrey de Monmouth; pero se admite que proceden de una tradición bastante antigua, tal vez remontan al siglo X e incluso al IX).

El primer episodio en que aparece Merlín está, sin embargo, tomado de una leyenda que está en la *Historia Britonum*, 40-42, de Nennius (siglo IX): el rey Vortegirn (Guorthigirnus) trata de construir una torre defensiva, pero la construcción se derrumba una y otra vez; asombrado del prodigio el rey consulta a sus magos, que no dan con el motivo; ellos le aconsejan que sacrifique sobre sus cimientos a un niño sin padre; sus sicarios encuentran a un niño al que un compañero acusa de ser de padre desconocido, lo llevan ante el rey y allí el muchacho declara los motivos del prodigioso fracaso. Confundiendo a los magos de la corte con su saber profético el niño sin padre logra salvar su vida. La causa de que la torre se desmorone está en la existencia bajo sus cimientos de un estanque subterráneo en el que se mueven dos seres vermiformes. En la excavación surgen a la luz dos fieros dragones, uno blanco y otro rojo, que se enzarzan en descomunal pelea. El niño explica el prodigio, con referencia al futuro belicoso de Britania, y al desastroso final de Vortegirn. Aquí tenemos el núcleo de la historia del profeta Merlín, de su extraño nacimiento y sus profecías enigmáticas. Geoffrey de Monmouth ha desarrollado, con peculiar

habilidad, los trazos de este episodio.

A fin de mostrar la sencillez de trazos del mismo, y que el lector, al compararlo con los escritos de aquel, pueda ver lo añadido, citaré las líneas con las que concluye. Dice el niño al rey: Vermis rufus draco tuus est, et stagnum figura huius mundi est. At ille albus draco illius gentis quae occupavit gentes at regiones plurimas in Britannia, et paene a mari usque ad mare tenebunt, et postea gens nostra surget, et gentem Anglorum trans mare viriliter dejiciet. Tu tamen de ista arce vade, quia arcem aedificare non potes, et multas provincias circumi ut arcem tutam invenias, et ego hic manebo. Et rex ad adolescentem dixit: quo nomine vocaris? Ille respondit: Ambrosius vocor id est Embreis Guletic ipse videbatur. Et rex dixit: de qua progenie ortus es? Et ille: unus est pater neus de consulibus romanicae gentis. Et arcem dedit rex illi cum omnibus regnis occidentalis plagae Britanniae⁷.

Al final el niño declara ser de estirpe noble, descendiente de un cónsul romano, y se identifica con un legendario caudillo: Ambrosius —en galés Emrys—, del que ya habló Gildas, como un gran jefe contra los invasores anglos. El rey Vortegirn le deja sin más toda una amplia región de su reino. El texto da una primera versión de la «esperanza bretona» en la victoria futura tras la derrota: Postea gens nostra surget et gentem Anglorum trans mari viriliter dejiciet. También esto lo aprovechará luego Geoffrey. En la HRB Merlín es, ante todo, el gran profeta que anuncia la decadencia y el futuro glorioso del mundo británico, con un lenguaje sibilino.

Solo algunos rasgos más marcan al personaje. El primero de ellos es su origen, como hijo de una princesa de Demecia, violada por un demonio íncubo. (A partir de un elemento que vimos en Nennius, la dudosa filiación del niño, se ha forjado una versión del origen diabólico del profeta, que persistirá y encontrará luego mayor desarrollo.) Luego está su papel como consejero regio, junto a Aurelio Ambrosio (bajo cuyo mandato traslada desde Irlanda el círculo de piedras de Stonehenge y lo erige en su emplazamiento actual), y junto a Úter Pendragón (a quien ayuda en varias ocasiones, pero de modo especial a penetrar, transformado en Gorlois, Duque de Cornualles, en la fortaleza de Tintagel, para

acostarse con Igerna, la esposa del Duque, la noche en que es engendrado Arturo). Ya aquí tenemos algunos testimonios de su poder mágico. Su gran saber del pasado, del oscuro presente y del futuro está en relación con su origen demoníaco. El traslado de los monolitos y, sobre todo, ese poder de transformar la figura propia y la del rey Úter testimonian su capacidad como prestigiator, un buen mago al servicio real⁸. Después de esa intervención en el nacimiento de quien será luego el famoso rey Arturo, Merlín desaparece de la Historia. Notemos que ese episodio tiene un claro antecedente en la leyenda de cómo fue engendrado Heracles, al tomar Zeus la figura de Anfitríon para acostarse con su esposa Alcmena. Arturo es, pues, concebido como el mítico Hércules, mediante una estratagema erótica cuyo abolengo clásico reconocerían enseguida los doctos⁹. El papel celestinesco que aquí juega Merlín no está visto con censuras morales hasta mucho después, cuando algún escritor del ciclo artúrico recuente la aventura nocturna.

Merlín, como fiel consejero del joven Arturo, como el guardián del reino amenazado por misteriosos maleficios, ayudador frecuente de los paladines, no ha aparecido aún.

Como Bruce ha señalado, es muy poco lo que el Merlín de la HRB parece deber a la tradición oral. Nennius (el episodio de la torre, el origen de las profecías), un mito clásico (el de Hércules para la concepción de Arturo), y la propia fantasía de Geoffrey de Monmouth, bastan para explicar los pocos trazos personales del personaje. Este aparece nimbado de una aureola de gloria y misterio, pero a Geoffrey le interesa no como figura propia, sino solo como autor de las profecías. La asombrosa retahíla de vaticinios que comienza con el lamento por el Dragón rojo —*Vae rubeo draconi...*!— es un elemento esencial en la construcción de toda la Historia.

En cuanto al Myrddin, parece interesante destacar que Merlín procede de Caermerdin (Carmarthen), es decir que hay una vinculación del personaje con una localidad, que sería la «Fortaleza de Myrddin» o Merlín. Pero nada más en el texto de la HRB indica influencias de leyendas anteriores. Para engrandecer al personaje, Geoffrey de Monmouth ha echado mano a su retórica docta, a los recuerdos de algunos pasajes bíblicos, y tal vez ha adoptado alguna

vaga leyenda local, como en el caso de la traslación de las piedras gigantescas de Stonehenge¹⁰. (Un episodio que le sirve para destacar una moraleja clásica. Al erigir las piedras demostró que la inteligencia prevalece sobre la fuerza: *ingeniumque virtuti praevalere comprobavit*.)

Al final de la HRB hay dos breves alusiones a Merlín o, mejor dicho, a sus profecías, que son muestra de su importancia en el ánimo del escritor. Así cuando Cadvaladro, vencido, oye una voz celeste que le ordena partir para Roma, comenta: *Nolebat enim Deus Britones in insulam Britanniam diutius regnare antequam tempus illud advenisset quod Merlinus Arturo prophetaverat*. (Algunos estudiosos piensan que en lugar de «Arturo» debería estar «Wortegirno», pues Merlín no profetiza nunca en la Historia a Arturo, sino a Vortegirn.) La otra mención cuenta que Alan, oyendo la misma voz, trata de asegurarse recurriendo a los vaticinios de Merlín y la Sibila: *Carminibus Sibillae et Merlini sumptis coepit scrutari omnia*.

Merlín, Homo sylvester

Suele admitirse que la *Vita Merlini* apareció una docena de años después de la HRB, es decir, hacia 1148¹¹. Se trata de un poema de unos mil quinientos versos, en cuyo prólogo está la dedicatoria a Roberto, obispo de Lincoln, y en cuyo epílogo se afirma que es obra de Geoffrey de Monmouth. Se anuncia, desde un comienzo, que el tema del poema es la biografía de Merlín. Pero, de hecho, nos encontramos con un contenido un tanto variopinto. El relato propiamente dicho ocupa tan solo unos 600 versos. La idea primera que debió de tener Geoffrey al escribirlo era la de explotar el éxito de sus primeras profecías, completándolas e introduciéndolas en un cuadro renovado. Merlín, en efecto, repite (pero por fragmentos, en diferentes ocasiones) casi todas las profecías «históricas» que había hecho a Vortegirn... De algunas ha sido testigo, pues vive ahora bajo el reinado de Conan, cuarto sucesor de Arturo. En fin, al terminar su obra, Geoffrey hace pronunciar, no por Merlín (que hubiera sido imposible, ya que se consideraba que lo había ya

hecho una vez en la HRB, y, por la fuerza de las cosas, en términos tan vagos que se habría contradicho al precisarlos), sino por su hermana Ganieda, una profecía de 60 versos relativa a la historia de Inglaterra entre 1135 y 1147-1148, es decir, el período que había transcurrido desde la aparición de la HRB ¹².

Esta vez Geoffrey —si es que fue él quien compuso el poema— intercaló entre las profecías varias disertaciones de cosmología y de ciencia natural, haciendo de Merlín un «sabio» no solo de los tiempos, sino también de los espacios; de los animales, peces y aves, y plantas, discurrea con tanta ampulosidad como cuando profetiza sobre el futuro histórico británico. Junto a esa masa enciclopédica —cuyas principales fuentes son Guillermo de Conches y las Etimologías de san Isidoro— está el relato biográfico, extraño.

La Vita Merlini es un texto abigarrado y de factura irregular. Por un lado en sus versos se nota la mano de un clérigo que extrae de sus lecturas escolares una erudición un tanto enciclopédica, un tanto curiosa. Por otro lado, el autor dibuja una silueta del protagonista, Merlín, que es bien diferente de la que surge en la HRB. Ha renunciado a los tres trazos más destacados del mismo: su nacimiento diabólico, su intervención en el traslado de las piedras de Stonehenge y en la concepción de Arturo, por fidelidad a Úter. El sabio Merlín es ante todo un extraño solitario, enloquecido ante el espectáculo de la sangrienta y fratricida batalla, que quiere retirarse a la inhumana y tenebrosa soledad de los bosques, para habitar allá en compañía de los animales salvajes. Es el tema del Homo sylvaticus —que más tarde reencontraremos en varias novelas caballerescas, tanto en el caso de ermitaños santificadores como referido a héroes que, tras una violenta conmoción anímica, enloquecen y en su desvarío renuncian a la vida civilizada y cortesana¹³.

Merlín, enloquecido, se vuelve un «hombre salvaje», olvidado de su familia y su parentela, que desconcierta a los demás con sus profecías, de una aparente incoherencia y una latente veracidad. Entre las bestias, en lo profundo del bosque encuentra refugio el sabio, como un antiguo druida, al margen de la corte civilizada. Su risa denuncia los sorprendentes errores de los humanos que ignoran el destino que los envuelve. Como Orfeo, el mítico cantor tracio,

Merlín se exilia a un destierro selvático, y allá se le juntan otros bardos peregrinos de prestigio, como el bardo Taliesin, y como el discípulo Maeldin, y su propia hermana, Ganiada.

En algunos relatos celtas aparecen leyendas semejantes. Así, en la narración irlandesa de La locura de Suibhne encontramos al héroe que se vuelve loco en medio del espanto del combate, y en la Vida de san Kentigern (escrita en latín por Jocelyn, un monje del siglo XII) tenemos a Lailoken, que enloquece de manera semejante, y que luego, prisionero del rey Meldred, actúa en dos episodios idénticos a los de Merlín (la hoja en el pelo de la reina y la profecía de la muerte triple)¹⁴.

Aparte del motivo de la «triple muerte» —que se encuentra también en otros cuentos—, hay otros tres, que pertenecen también a una larga tradición folklórica: el de la hoja en los cabellos como signo de infidelidad, el comprador de unos zapatos de larga duración que va a morir de inmediato y el mendigo que está sentado sobre un tesoro sin saberlo. Los dos primeros se encuentran, por ejemplo, en la narración irlandesa Muerte de Fergus Mac Leide, y el primero en la escocesa Lailoken y Meldred. El segundo y el tercero se encuentran en el Talmud babilónico¹⁵. Esto puede dar una idea del repertorio de motivos de los que nuestro autor extrae las anécdotas, relacionándolas con la risa de Merlín. En algunas historietas se percibe una nota misógina semejante a la de algunos fabliaux, así por ejemplo en el intento de Ganiada de encubrir el engaño mediante un recurso ingenioso, o bien en el caso de Güendolena, desesperada por la ausencia de su esposo, pero que se apresura a casarse de nuevo en cuanto él le da permiso, o en el delirio de Maeldin, causado por una ponzoña preparada por una mujer contrariada y administrada erróneamente.

Hay otros rasgos mucho más originales, como el súbito arrebató de Merlín cuando mata al nuevo marido de su esposa arrojándole la cornamenta del ciervo en el que cabalgaba, que se le clava en la frente. La alusión al marido «cornudo», que es Merlín, se reviste de un final surrealista. También está la casa que se construye en medio de los bosques, con sus setenta puertas y setenta ventanas, donde setenta escribas redactarán las profecías de Merlín, que la reina Ganiada construye por encargo de su hermano. Y la relación entre

ambos hermanos, Merlín y Ganieda, que tiene aires de incesto encubierto¹⁶. Al final, Ganieda, retirada junto a Merlín, le sucede como profetisa, como si se le hubiera contagiado el don agorero. Merlín está ya descrito como un hombre de muy avanzada edad, que vive junto a gente de su quinta generación, y se proclama más añejo que los robles del bosque. Merlín, que es un profeta venerable y trágico, tiene también su lado pintoresco y aun cómico, como ya se anunciaba en los primeros versos: *Fatidici vatis rabiem musamque jocosam/ Merlini cantare paro*¹⁷.

Quedan en el poema, latinizados, una serie de nombres que pertenecen a la misma tradición que está representada en los poemas galeses sobre Myrddin, aunque no podemos saber de dónde se han recogido: «Silva Calidonis» (Coed Calidon), «Merlinus» (Myrddin), «Thelgesinus» (Taliesin, anteriormente Talgesin), «Guennoleus» (Gwenddolau), «Peredurus» (Peredur), «Rodarchus Largus» (Rhydderch Hael), «Guendoloena» (Chwimlean) y «Maeldinus» (Maelgwn). La abigarrada compilación que forma la Vita Merlini nos da una curiosa silueta del profeta, todavía muy primitivo, no ligado a Uterpendragón ni a su hijo Arturo, remoto a las andanzas caballerescas.

Probablemente recoge rasgos de una tradición céltica, que se encuentra también, más libre, en los poemas galeses de Myrddin que, aunque sean del siglo XII, testimonian un abolengo secular. Así los poemas Afallennau («Manzanos»), Hoianau («Saludos, cerdito»), Ymddiddan Myrddin a Thaliesin («Diálogo entre M. y T.») en el Libro Negro de Carmarthen (ca. 1200), y los de Cyfoesi Myrddin a Gwenddydd ei Chwaer («Conversación entre M. y su hermana G.») y Gwasgargerdd Fyrddin yn y Bedd («El canto de Myrddin en la tumba») en el Libro Rojo de Hergest (ca. 1400), y algunos otros posteriores, nos presentan imágenes de un Myrddin que canta solitario su tristeza y su vida en los bosques¹⁸. Y cerca tiene al rey Rhydderch, y a Gwenddolau; a Gwenddydd, y al Bosque Caledonio. Es muy probable que el núcleo de estas poesías proceda de mediados o finales del siglo X. También la leyenda de Lailoken, enloquecido en medio de un horrible combate, selvático y profeta también, que vivió en el siglo VI en el sur de Escocia, puede haberse añadido a la formación de este núcleo legendario. Lo interesante es notar cómo en una compilación tan variopinta como la Vita Merlini

confluyen elementos muy diversos. Y algunos ligados específicamente a la muerte de Arturo, como su retirada moribundo tras la batalla de Kamblan a la plácida y feérica ínsula de Avalon, presentada en una curiosa evocación¹⁹. Sin embargo, todavía Merlín no figura al lado de Arturo; todavía no ha sido atraído hacia ese universo caballeresco que le aguarda.

En su *Itinerarium Cambriae* (II, 8), el docto cronista galés Giraldus Cambrensis traza una distinción rotunda entre dos Merlines: el primero, «llamado Ambrosius, que profetizó en el tiempo del rey Vortigern», que sería, por supuesto, el profeta de quien habla Geoffrey de Monmouth en su *Historia Regum Britanniae*; y un segundo Merlín, «nacido en Escocia, que fue denominado Celedonius, por el Bosque Celidonio en el cual profetizaba, y Silvester, porque, cuando estaba enzarzado en un marcial combate descubrió en el aire un terrible monstruo y desde ese momento enloqueció y, tomando refugio en un bosque, vivió una vida selvática hasta su muerte. Este Merlín vivió en los tiempos del rey Arturo, y se cuenta de él que profetizó más completa y explícitamente que el otro». En su *Expugnatio Hibernica* añade Giraldus que las profecías de este Merlín Silvester han sido conservadas por los bardos, la mayoría oralmente y algunas por escrito. Él mismo había traducido estas al latín para insertarlas en sus obras; pero tan solo unas pocas, dieciséis, nos han llegado en sus escritos. Ninguna de ellas está en los textos de Geoffrey de Monmouth²⁰. Giraldus escribe en el segundo decenio del siglo XIII y es un entusiasta de las tradiciones galesas, así como un historiador de espíritu crítico.

Esas dos figuras de Merlín —el Ambrosio y el Celidonio— parecen responder a los dos Merlines, que se insinúan divergentes en algunos trazos, en la HRB (el de las *Prophetiae Merlini*), y en la *Vita Merlini*. Este segundo es el que refleja la figura del vate Myrddin, huésped de la floresta de Calidón. Pero la condición profética —de dar como válida la distinción— habría hecho coincidir en uno solo a estos dos personajes. Señalemos, por otro lado, que mientras las *Prophetiae* y la *Historia Regum Britanniae* tuvieron un enorme éxito de público, divulgándose por todo el Occidente, la *Vita Merlini* parece no haber ejercido influencias directas en la literatura posterior, de no ser en breves extractos. Frente a las numerosas

copias que nos han llegado de aquellas, esta sobrevivió completa tan solo en un único manuscrito²¹.

Para explicar que Geoffrey de Monmouth diera dos versiones distintas del profeta Merlín, se han emitido varias hipótesis. La más usual es que habría querido aprovechar el éxito de las *Prophetiae*, añadiéndoles nuevos materiales y completándolas desde una perspectiva posterior, a unos doce o catorce años de distancia. La última tirada profética de la *Vita*, a cargo de Ganiada, trata del período posterior a la publicación de la HRB. Señala Zumthor²² que estos vaticinios son bastante amargos para el rey Esteban I, al que acaso impresionaron, y que hizo a Geoffrey obispo de San Asaph, una recompensa a la obra literaria del autor de la HRB, que fue un clérigo de mucha más ciencia que piedad. (Fue ordenado sacerdote meses antes de ser nombrado *Episcopus Sancti Asaphi*, en 1151, y tal vez no visitó nunca su pequeña diócesis, ya que el país de Gales andaba muy revuelto por entonces. Murió en 1155).

También se ha supuesto que al enterarse de la leyenda sobre Myrddin-Lailoken, tras haber compuesto la HRB, habría querido dar una nueva información sobre Merlín. El intento del Earl David de Cumbria (que más tarde fue rey de Escocia) de reavivar el antiguo obispado de Glasgow había llevado a nobles, eclesiásticos y doctos clérigos de su territorio a un congreso en el que se trató de la vida de san Kentigern, antiguo obispo de aquella ciudad, y de su relación con el vate Lailoken, de origen escocés, que los galeses conocían como Myrddin, y también llamaban Llallogan. Tal vez un eco de esas conversaciones, que reavivaron tradiciones locales, le llegó a Geoffrey bastantes años después²³. Y quiso completar con los nuevos detalles la figura de Merlín, superponiendo el profeta delirante del bosque de Calidón al Merlinus Ambrosius de Nennius. La desmañada composición de la *Vita* se debería, entonces, a una cierta decadencia senil en el arte narrativo del cronista.

Cabe otra hipótesis: la de que la *Vita* no sea obra de Geoffrey de Monmouth, sino de un admirador, un clérigo que se acogió al prestigio de un autor consagrado, y que recontó la vida del ya famoso Merlín con ingredientes de otra procedencia²⁴.

Merlín, mentor de Arturo e inspirador de prodigios

La aparición de Merlín como una gran figura novelesca, como un personaje eminente del mundo artúrico, se cumple en la obra narrativa de Robert de Boron. De este escritor, que debía de ser de Borgoña o del Franco Condado, que redactó sus libros a finales del siglo XII, y los dedicó a Gauthier de Montbéliard, no sabemos mucho. No fue un novelista de brillante estilo ni de atractiva imaginación; pero tuvo una idea singularmente eficaz, la de forjar todo un ciclo narrativo en torno a las leyendas del Santo Grial, abarcando en ese conjunto, en una trama sorprendente, desde los orígenes del mismo a su reconquista en los tiempos de la caballería artúrica. No vamos a entrar en los detalles de esa larga ficción ni en sus propósitos piadosos²⁵. Recordaremos que, de las tres obras que podemos llamar «novelas» lato sensu que redactó Robert en verso, tan solo se nos ha conservado la primera, llamada Joseph d'Arimathie o Roman de l'Estoire dou Graal (3.514 versos), y el comienzo de la segunda: Merlin (502 versos). Pero en una prosificación no muy posterior se nos ofrece el contenido íntegro de este relato (llamado el Didot-Merlin) y también el de la tercera pieza de este tríptico novelesco: el Perceval (Didot-Perceval). Esta trilogía es el primer intento de construir un ciclo novelesco en el que las aventuras se doblan con un sentido simbólico trascendente, y el conjunto da un carácter definitivo a la sucesión de escenas, casos y personajes, engarzados en una trama que alcanza una significación religiosa, cumpliéndose así en el plano humano los designios de Dios mediante las gestas de los caballeros. Pero, como ya hemos dicho, vamos solo a hablar aquí del papel que tiene Merlín en este entramado, preludio de otros ciclos²⁶.

Merlín sirve para enlazar los dos tiempos fundamentales y los dos escenarios esenciales de la trama: la época de los primeros cristianos, en que José de Arimatea recibiera el santo vaso que contuvo la sangre de Cristo, y la época de la caballería andante, en la que se desarrollará la búsqueda del Grial, una aventura predestinada a un héroe artúrico: Perceval. Entre la leyenda que remonta a los evangelios apócrifos y la empresa encomendada a un paladín de la Tabla Redonda mediaban unos siglos y una distancia

espacial considerable. Robert de Boron, tras haber contado la primera aparición del Grial, lo que se ha llamado *les enfances du Graal*, en su primer libro, pasa a explicarnos cómo se cumple la segunda parte, mediante la intervención en la trama de la figura de Merlín. Él sirve, efectivamente, de *liaison* entre ambos mundos; es, como en ninguna otra trama, un elemento cardinal en la construcción del relato. Merlín había sido, en la HRB, el mágico mediador en la escaramuza que permite el nacimiento de Arturo; era el profeta de origen diabólico, pero al servicio de la grandeza britana, fiel a Aurelio y a Úter; el augur solemne de un amplio futuro. Pero en la obra de Robert de Boron va a ser mucho más: aquí está al lado del rey Arturo, es su educador y su consejero, es el responsable de la creación de la tercera mesa del Grial, la Tabla Redonda; por él recobra su sentido último la caballería que sabe subordinar su función en la tierra a un objetivo trascendente: el cumplimiento de la aventura del Grial.

Pero voy a citar unas líneas de Paul Zumthor, que expresan esa significación con mucha más claridad que la que yo podría resumir:

Merlín será aquí el profeta de la suprema aventura. Y no solo la predecirá: del mismo modo como, junto a Aurelio y Úter, había preparado la realización de su profecía, de igual modo preparará con sus propios cuidados el desarrollo de la aventura: presidirá la pacificación del reino britano, el nacimiento, y luego la educación de Arturo, fundará la Tabla Redonda. Esta tiene un valor típico: es el más alto símbolo de la caballería. La caballería, es decir, un cierto estado de civilización, un cierto logro de la cultura humana, que, en el plano histórico, interviene en una cierta época, que ella define, representando para el autor medieval al hombre moderno, al hombre «real», el del medio social que entonces vive, y que en la perspectiva de la obra es la sociedad predestinada a quien tiene reservada el descubrir el secreto del Grial. A este título, la inspiración de la obra, aunque opuesta a la de las novelas cortesas, hace de ella esencialmente una novela de la sociedad caballeresca: la vida terrestre de Cristo de un lado, la institución caballeresca del otro, son los dos polos históricos alrededor de los que se mueve la obra, sus dos puntos de inserción en el tiempo. El Cristo en tierra ha

obrado la tarea de la Redención. Por más que sea inefablemente abundante, se puede decir que en un cierto sentido está inacabada, puesto que debe realizarse en las almas a medida que se suceden las generaciones. Este inacabamiento está significado por la ausencia de Judas —el asiento vacío—. Ese asiento será ocupado por el caballero bienaventurado, el mejor caballero del mundo, quien se sentará en él tras haber encontrado el Grial —es decir que la civilización caballeresca, si consigue producir esa obra maestra de perfección humana que será Perceval, acabará el simbolismo de la Redención, pondrá un término al drama humano, completará la gloria (por el signo del sacrificio y de su sacramento) de Dios sobre la tierra; ese será el final providencialmente glorioso de la historia: el mundo se habrá salvado—.

La caballería habrá, en tanto que institución humana, realizado las promesas reveladas: toda la historia sagrada que la precede no se distingue de ella, no sirve sino a magnificarla. Merlín, por su profecía, por su papel junto a Arturo, se alza como un ángel protector, como históricamente responsable, de esta caballería —de igual modo que en la HRB se mantenía como garantizador del éxito de las armas bretonas—. Esta aventura maravillosa, esa glorificación de la caballería, reposa sobre su mensaje —lo mismo que en otros lugares la glorificación del sentimiento nacional bretón—. No temamos repetirlo, de Merlín y su profecía, la HRB nos da la imagen (*visage*); la trilogía (de Robert de Boron), el sentido (*le sens*)²⁷.

Robert de Boron ha readaptado algunos episodios a fin de recargarlos de significado: así, por ejemplo, el nacimiento de Merlín, que es el producto de un plan diabólico frustrado. Los demonios habían planeado que este hijo de un íncubo y de una doncella resultara un Anticristo, pero la piedad de la joven madre derrota, con la ayuda divina, esos infernales designios, y la actuación del sabio Merlín servirá a los planes del Altísimo, completando la obra de la Redención. La amplificación de la escena del nacimiento de Merlín es un buen ejemplo de la manera de construir el relato de Robert de Boron, que es, como ya señalamos, un precursor de los escritores que redactarán el gran ciclo de la

Vulgata. Mientras que Chrétien de Troyes, en su *Perceval* y en el resto de sus novelas, había pasado en silencio la figura de Merlín, porque en sus cuentos de amor y aventuras no le resultaba de provecho, y en nada podía realzar el encantador brillo y la gloria de sus mundanos caballeros, siempre al servicio del amor y la proeza cortesana, Robert de Boron recupera al personaje y lo integra en un universo caballeresco de muy otra significación. La literatura posterior heredará esa figura, así como, en parte, el afán de dotar a la aventura de un trasfondo religioso; pero en ningún autor quedará el personaje tan definido por su significación religiosa, por su servicio a un plan divino, en un encuadre teológico.

Añadamos —como señala Paul Zumthor²⁸— que la obra de Robert está escrita con un empeño perpetuo de moralizar, que está repleta de sermones: sus temas son principalmente la perversidad del demonio, el arrepentimiento y la Penitencia; o más laicos: la fidelidad feudal, la bondad para los campesinos, el respeto del derecho establecido. Del problema del amor no se preocupa, sino muy brevemente (al final de la *Estoire*), como teólogo, para declarar que el uso de las mujeres es bueno en sí mismo, pero dentro del matrimonio; que la lujuria, en cualquier otro caso, es un pecado grave; que la vocación de virginidad es superior. Esta indiferencia respecto al amor (que se constata incluso en el *Perceval*, más novelesco que la *Estoire* o el *Merlin*) opone definitivamente la obra a la literatura cortés (pensemos en Chrétien de Troyes, cuya obra está consagrada por entero a resolver los problemas que el amor plantea en la sociedad caballeresca). Robert de Boron ha escrito, simplemente, una obra teológica, bajo forma novelesca, con el fin de expresar su concepción de la caballería. Eso significaba excluir absolutamente de su obra todo cuanto la caballería tenía de mundano; aún más, era condenar su mundanidad (de lo que no se reprime en el curso de su relato). A los amables cuentos de las novelas cortesas, opone un cuadro severo, un poco seco, de lo que es la caballería en el plan de Dios.

No sabemos qué textos, además de las obras de Geoffrey de Monmouth, habría leído Robert de Boron. Él nos habla de un «gran

libro, donde están escritas las historias por los grandes clérigos... Allí están escritos los grandes secretos». ¿Son esos secretos los de las profecías de Merlín relativas al Grial? Es interesante notar que Merlín no escribe sus profecías, sino que unas, las de tipo histórico y político, han sido recogidas a instancias de los reyes; las otras, relativas al mundo del Grial y su historia, las ha dictado él, puntualmente, a su secretario, maestre Blaise. (¿Es este acaso el famoso y desconocido Bleheris de que habla Wauchier de Denain, el Bréri que invoca Thomas de Estrasburgo, el famosus ille Bledhericus fabulator de que habla Giraldus Cambrensis?)

Inspirado tal vez por los trazos de la Vita Merlini, Robert de Boron ha caracterizado a su Merlín como un mago de poderes extraordinarios, con un espíritu inquieto y enigmático que se pone a prueba en varias circunstancias, dentro de los lances de la corte de Arturo. En el ciclo de la Vulgata o Lanzarote en prosa, el Merlin de Robert de Boron se ve aumentado con una continuación de cerca de 400 páginas²⁹. Allí proliferan las intervenciones del adivino y mago pero se desdibuja ese carácter religioso que le ha conferido Robert de Boron. No deja de ser paradójico que el autor que hizo del mago profeta una figura fundamental de la corte, haya sido este escritor tan empapado de intención piadosa, tan empeñado en demostrar que la caballería artúrica tenía como misión providencial la reconquista del Grial.

Como ya hemos notado, el ciclo del Lanzarote-Grial en prosa, que suele denominarse la Vulgata artúrica, acoge como uno de sus libros el de Merlin, cuyo núcleo remonta al texto prosificado de Robert de Boron, pero que ha sido luego enormemente ampliado. En el vasto ciclo de relatos caballerescos Merlín aparece como consejero de Arturo y como el encantador y profeta de toda la corte. Gracias a Merlín fue concebido Arturo, por él fue reconocido como el auténtico heredero de Uterpendragón (tras cumplir el prodigio de la espada incrustada en la piedra), gracias a él obtiene su espada mágica Escalibor (ofrecida por una misteriosa dama del lago), y en los momentos peligrosos Merlín está a su lado. Pero ese papel de Merlín le expone a una cierta trivialización, al aparecer en múltiples aventuras como una presencia decorativa y fantasmal.

La plenitud de la leyenda de Merlín acontece, sin embargo, en el

segundo ciclo artúrico, en el libro denominado Suite du Merlin o Huth-Merlin (según el apellido del poseedor del manuscrito)³⁰. Este texto formaba parte de una compilación de aventuras artúricas posterior a la Vulgata. Este segundo ciclo novelesco destacaba los elementos míticos y románticos de la narración y dejaba de lado aquellos más «historiográficos» de la saga de Arturo. Del amplio conjunto de novelas que formaban esta larga novela río, post Vulgata, nos ha quedado tan solo el libro sobre Merlín, tal vez porque fue considerado el texto mejor logrado del conjunto. (Es especialmente interesante porque este es el texto que se refleja en la versión española La Demanda del Sancto Grial). Debió de redactarse hacia 1240.

Aquí aparece reelaborado, de nuevo, el tema del nacimiento de Merlín, hijo de una joven virtuosa (ya no una princesa de Demecia) asaltada por la desgracia y víctima de la violación de un diablo en un momento de desánimo, y la historia del encantador recibe nuevos tonos románticos, concluyendo con la estupenda reclusión del mago hechizado por su joven amada, la seductora Nivienne. (El tema está ya en la Vulgata y la joven se llama allí Viviane).

El final de Merlín.

Colofón romántico e irónico

Que Merlín acabara sus días muriéndose, como cualquier humano, resultaba decepcionante. El mago, el vate de un saber rayano en lo diabólico, el testigo vetustísimo de los avatares del reino de Arturo, quien había predicho y contemplado las proezas del gran rey, y luego quedaría enlazado en el cumplimiento de la Búsqueda del Grial, merecía algo más brillante que una muerte vulgar. Su nacimiento había sido prodigioso, pero en cuanto a su final la Vita Merlini tan solo contaba cómo quedaba en tinieblas, retirado el profeta a esa maravillosa mansión de las setenta puertas y setenta ventanas en medio de la umbría floresta de Calidón. Ese retiro final está también en la versión que depende de Robert de Boron. El viejo Merlín, que ha asistido a todo el reinado de Arturo y a la

desaparición de su amigo el rey, llevado por una mágica barca a Avalon, donde le cuidará su hermana, el hada Morgana (como ya se decía en la Vita), y que ha sido testigo de cómo Perceval recuperó el Grial, termina sus días recluyéndose en una extraña residencia que se ha construido en medio del bosque, y allí profetizará cuando el buen Dios le incite a hacerlo, y ese lugar de retiro lleva un extraño nombre: el Esplumeor de Merlín. Acaso allí Merlín ha cambiado de figura, desprendiéndose de su envoltura humana, «desplumándose» como sugiere el término francés, o es que tal vez está allí prisionero como un pájaro en su jaula, o bien se entrega en compañía de su fiel secretario Blaise a escribir sus profecías y memorias. Acaso esplumeor sea una variante de emplumeor, y se trate de un escritorio (como el de la Vita con sus setenta escribas) en el que el viejo mago maneja la pluma y apaciblemente, jubilado, rememora unos tiempos gloriosos que no volverán, con sus héroes y hazañas que ya perduran en el recuerdo de las gentes. Solitario acaso, sin otra compañía que sus fantasmas y algunas visitas de hadas ocasionales, así pudo acabar Merlín, al margen del mundanal ruido.

Sin embargo, hay otra versión de cómo acabó Merlín su larga vida. Es un tanto tardía, pues aparece en el ciclo en prosa, y es reelaborada en el Huth-Merlin, pero es la versión que redondea con un trazo romántico la silueta del mago. Cuenta esta versión que el viejo mago se enamoró perdidamente de una doncella —que tiene el nombre de Viviane en el ciclo y de Nivienne en la Suite—, y la sutil y seductora muchacha aprendió de él sus artes de magia, y especialmente un hechizo con el que apresó en una roca, en una cueva o en una misteriosa campana de cristal al inquieto amante³¹.

Este final irónico y trágico está construido sobre un tópico clerical: incluso el sabio queda sometido a las argucias de las mujeres, porque ni siquiera él es inmune al ataque del amor. Como le sucediera a Aristóteles, que se expuso al ridículo sirviendo de montura a una cortesana, o al buen mago Virgilio, que quedó colgado de un cesto, o al mismo Hipócrates, que fue envenenado por su esposa, según algunas pintorescas anécdotas medievales, así también Merlín cayó en la trampa que él mismo ayudó a construir a su amada. En la Vulgata se habla de las relaciones de Merlín con Morgana, en las que se insinúa el carácter enamorado del maestro de magia y la astucia de la discípula; pero en el encuentro con la

joven doncella (Viviane o Nivienne) se cumple el triste destino del sabio enamorado.

Según variantes³², la muchacha encierra al mago para disfrutar de su compañía cuando le plazca o para librarse definitivamente de su acoso, que le resulta pesado. Merlín no puede dejar de prever su final, pero la pasión es tan fuerte que no logra negarse a los requerimientos taimados de su amada. El adivino sabe que se encamina a su destrucción, pero se deja conducir suavemente a la trampa. ¡Pobre Merlín! En el mundo caballeresco donde el amor impulsa a los caballeros, tampoco el mago está indemne de sus ataques, y es él quien tiene un final más desastroso a manos de una ingenua —o no tan ingenua— muchachita. Es un estupendo final.

He ahí cómo, al final de una larga carrera, acabó encontrando un romántico y trágico fin el profeta Merlín. La escena final del mago encerrado en un mágico reducto en medio del bosque tiene una dramática fuerza. Desde su prisión, Merlín grita sus lamentos —a veces como un terrible grito, «el baladro de Merlín»— y se consume de soledad. Pero mejor es retirarse cuando ya no queda un destino que ayudar a cumplir. Cuando ya Arturo se quedó en Avalon, en compañía de las hadas, cuando Perceval hubo realizado la más grande hazaña encomendada al mejor caballero, ¿qué iba a hacer Merlín? Seguramente el adivino se dejó seducir con pena, pero consintiendo en desaparecer porque ya había llegado la hora de hacerlo, y encontró que ceder a los hechizos de una bella y tentadora muchacha era un final no exento de ironía. Merlín, amante de la farsa, risueño, fingió llorar desde el interior de su pétrea o vidriosa cárcel mágica; el encantador encantado se resignó a desaparecer con una última pirueta. Tal vez dejando subsistir la duda respecto a que un día podría romper el hechizo y volver, tal vez cuando Arturo decidiera regresar de Avalon...

Un buen comentario está en una carta de John Steinbeck escrita en 1958, cuando intentaba volver sobre el texto de Malory:

A Merlín le encanta hacer bromas y se regocija en su magia como un niño. Su capacidad para asombrar a la gente le infunde una alegría de muchacho. Luego está, por supuesto, el fin de Merlín: una

situación cruel y aterradora e infernalmente divertida. Un anciano enamorado de una joven que se adueña de su magia y luego la emplea contra él. Es la historia de mi vida y de la vida de mucha gente —una broma descomunal y despiadada—, el hombre poderoso y culto que encuentra la horma de su zapato en una muchachita estúpida y sagaz³³.

Recreaciones de Merlín

Merlín es una figura inolvidable del universo novelesco artúrico. Así como en el mundo heroico griego el adivino tiene un representante trágico en Tiresias, el vate ciego y vetusto, implacable agorero, así en el mundo de los caballeros se alza la figura de Merlín, profeta primero y encantador después, como un elemento decisivo en la trama novelesca. Tiene a su manera un halo mítico y reaparece en las recreaciones de ese universo. Puede resurgir de mil maneras.

Los poetas románticos glosaron su figura y le confirieron una silueta romántica, haciendo de él en ocasiones el símbolo del poeta o del vate buscador de la soledad del bosque, el nigromante atrapado al fin por sus propios hechizos. (Wie Merlin, der eitle Weise,/ bin ich armer Necromant,/ nun am Ende festgebannt/ in die eignen Zauberkreise, cantaba Heinrich Heine.) Sobre él escribió K. L. Immermann un drama cargado de simbolismos, en el que lo veía como un nuevo Fausto: *Merlin, eine Mythe* (1832), la recreación más germánica y más profunda de la figura del mago, hijo del diablo³⁴. Entre los Idilios del Rey de Tennyson el dedicado a «Merlin and Vivien» es uno de los más logrados.

En la novela de Mark Twain *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, Merlín está visto con antipatía; es el mago oscurantista, que se opone al progreso. Por el contrario, en una novela de «cienciaficción» de C. S. Lewis, *Esa horrible fortaleza* (1945; traducción española: 1980) reaparece Merlín, resucitando de un secular reposo, para salvar a Inglaterra de un complot tecnológico-socialista que amenaza devastar sus campos; es un Merlín ecologista y un tanto reaccionario. En la espléndida recreación de T. H. White

de todo el universo caballeresco, Merlín tiene un papel muy destacado y es una figura divertida y amable (recuérdese la película de Walt Disney Merlín el encantador basada en ese libro), o bien melancólica, en su último volumen: El libro de Merlín³⁵. Pero otras veces vuelve Merlín en la literatura disfrazado ligeramente³⁶ y con otro nombre: ¿quién no lo ha reconocido en Gandalf en El Hobbit y en El Señor de los Anillos de J. R. R. Tolkien?³⁷

Notas

1 Falta el trigésimo segundo cabllero en el original.

1 El baladro del sabio Merlín, que tiene como base una versión francesa perdida, con el título de Conte du Brait, recibe su título de la queja o gritos que Merlín, encerrado en una cueva por las hechicerías de su amada Viviane, lanza contra su triste destino. La primera edición de este texto es de Burgos 1498, y ha tenido varias ediciones modernas, de las que la primera es la de Pedro Bohigas: El baladro del sabio Merlín, edición, notas y estudio, Selecciones Bibliófilas, Barcelona 1957-1962, 3 vols. Otra edición, con introducción de Justo García Morales (Joyas Bibliográficas, n.º 16, Madrid 1956-1960, 2 vols.) contiene un epílogo de Álvaro Cunqueiro.

2 En el Merlin de Robert de Boron se dice: «Je suis fieus d'un anemi qui engigna ma mere. Et saces que ceste maniere d'anemisont a non Ekupedes, et repairent en l'air». El extraño nombre de Ekupedes, luego Enquibedos, parece deformación del latino incubus. En la Historia Regum Britanniae, cap. 107, Geoffrey de Monmouth, probable inventor de ese nacimiento prodigioso, describe así la naturaleza diabólica de su padre: Inter lunam et terram habitant spiritus quos incubos daemones appellamus.

3Tomo este dato de una nota de F. Rodríguez Marín en su edición anotada del Quijote (Madrid 1948, t. VI, pág. 112).

4 Resulta un poco sorprendente que se llame aquí «francés» a Merlín, que fue siempre de británico origen, celta, galés e incluso escocés. Probablemente Cervantes quiere aludir al origen francés de los libros de caballería, el ciclo de Lanzarote o el Huth-Merlin, por ejemplo, donde sale el afamado mago y profeta.

5El estudio de P. Zumthor sigue siendo la obra fundamental para comprender la evolución de la figura de Merlín en la literatura medieval europea, y aún más allá, hasta el Romanticismo. El libro

de Markale, de amena lectura, resulta interesante porque el autor nos da los textos básicos, resumidos o traducidos, de la tradición céltica, que presentan rasgos paralelos a los básicos en el personaje, insistiendo en sus posibles conexiones míticas, y en el folktale sumergido bajo tales relatos. Ahora bien, como sucede con otros libros del mismo autor —por ejemplo, con su *Le roi Arthur et la société celtique*, París 1976—, uno echa de menos una cautela crítica que equilibre el entusiasmo por revelar las raíces célticas del tema. El Merlín de Markale queda pronto definido como un personaje histórico, un

6P. Zumthor, *Merlin, le prophète*, Ginebra 1973, pág. 6.

7«El dragón rojo es el tuyo, y el lago un símbolo de este mundo. En cambio el blanco dragón es el de aquella gente que ocupó muchas poblaciones y regiones de Bretaña, y que dominará casi de mar a mar; y luego resurgirá nuestro pueblo, y arrojará valerosamente a la gente de los Anglos al otro lado del mar. Pero tú vete de esta ciudadela, porque no podrás edificar la torre, y recorre muchas provincias hasta dar con una ciudadela fortificada, y yo me quedaré aquí.» Y el rey le preguntó al muchacho: «¿Con qué nombre te llaman?». Él responde: «Me llamo Ambrosio». Es decir, que parecía ser el propio Embris Guletic. Y el rey dijo: «¿De qué familia has nacido?». Y él: «Mi padre es uno de los cónsules del pueblo romano». Y le entregó el rey a él la ciudadela con todas las regiones de la costa oeste de Bretaña.

8Para transportar los menhires de la Danza de los Gigantes del monte Kilarao en Irlanda hasta el llano de Salisbury, Merlín usa ciertas machinations, es decir, recursos de su magia, y para cambiar el aspecto de Úter Pendragón lo hace con novis artibus et inauditis, con medicaminibus, nuevos remedios de la hechicería.

9También el nacimiento de Alejandro Magno, según la versión que va desde el Pseudo Calístenes hasta el Roman d'Alexandre, ocurre por medio de un engaño parecido.

10Pudo haber una tradición local a propósito del traslado de esos menhires, que han sido transportados de lejos a su emplazamiento actual. Pero no me parece atinado el hacer remontar tales leyendas a un pasado extremadamente arcaico, casi al Neolítico, como

pretende J. Darrah, en *The Real Camelot. Paganism and the Arthurian Romances*, Londres 1981, págs. 16-17.

11Cf. J. J. Parry y R. A. Caldwell, «Geoffrey of Monmouth», págs. 90-92, en R. S. Loomis (ed.), *Arthurian Literature in the Middle Ages*, Oxford 1959, y P. Zumthor, op. cit., pág. 38. No sé qué oscuras razones inducen a J. Markale, op. cit., pág. 12, a situar este opúsculo en 1132, es decir, como anterior a la HRB.

12P. Zumthor, op. cit., pág. 37.

13 Así en los temporales desvaríos de Tristán, Lanzarote e Yvain. Sobre este tema del retiro al bosque, de la conversión del caballero en *homme sauvage* y todo su sentido, cf. J. Le Goff y P. Vidal-Naquet, «Lévi-Strauss en Brocéliande», en el volumen colectivo *Claude Lévi-Strauss, R. Bellour y C. Clément* (eds.), París 1979, págs. 265-319. También Orfeo se retira al bosque desesperado, tras perder a Eurídice, para convivir allí solo con los animales salvajes.

14Cf. J. Markale, op. cit., págs. 62-69. Traduce ambos textos.

15Ver el ya citado título de J. J. Parry y R. A. Caldwell, págs. 91-92.

16Cf. J. Markale, en op. cit., págs. 97-110: «L'inceste sacré».

17 Resulta curioso ese prólogo, donde se anuncia el carácter tragicómico de la historia de Merlín, como si el autor, un docto clérigo, tratara de insinuar una cierta distancia frente a su personaje.

18En el volumen colectivo, ya citado, de *Arthurian Literature in the Middle Ages*, el estudio de A. O. H. Jarman sobre «The Welsh Myrddin Poems» (págs. 20-30) es excelente y recoge toda esa poesía galesa. J. Markale da, en traducción francesa, los textos más interesantes. La presentación del profeta Myrddin se hace en el texto galés *Armes Prydein* («Lamento por Bretaña»), que ahora se fecha alrededor de 930, si bien algunos romanistas postulan una fecha más tardía.

19 Los versos 908-940 son muy interesantes. En la *Insula Avallonia*

—Insula Pomorum, Ynys avallach— cuida a Arturo el hada Morgana. La descripción de este elíseo lugar se hace con algunos tópicos clásicos (provenientes de Solino e Isidoro, como mostró E. Faral), pero parece notoria, a la vez, la influencia de la leyenda céltica. Cf. R. S. Loomis, «The Legend of Arthur's Survival», en A.L.M.A., págs. 64-65.

20 Cf. el ya citado artículo de J. J. Parry y R. A. Caldwell, en A.L.M.A., págs. 76-77.

21 Véase el artículo citado en la nota anterior y el libro de P. Zumthor, *passim*.

22 P. Zumthor, *op. cit.*, pág. 38.

23 Cf. J. J. Parry y R. A. Caldwell, *op. cit.*, págs. 90-91.

24 En el Préface de 1973 a su *Merlin, le prophète*, P. Zumthor señala: «La phrase de Guiraut de Cambrie évoquant l'existence de deux Merlins, Ambrosius et le Silvester, doit être interprétée comme un témoignage étranger à la tradition de la HRB. L'hétérogénéité de cette dernière et de la Vita Merlini prend plus d'importance et devient un argument pour en dénier la paternité à Geoffrey (dont le nom figure seulement, dans le manuscrit, dans un explicit ajouté par une main tardive): on attribuerait plus volontiers ce poème à quelque moine écossais, non ignorant, du reste, de l'HRB, et peut-être plein d'admiration pour son auteur».

25 Para un breve resumen sobre la obra, cf. P. Le Gentil, «The Work of Robert de Boron and the Didot Perceval», en A.L.M.A., págs. 251-262, y para más detalles el amplio estudio de A. Micha, *Étude sur le «Merlin» de Robert de Boron, roman du XIII^e siècle*, Ginebra 1980, y la edición crítica del texto, por el mismo Micha, *Merlin, roman du XIII^e e siècle*, París-Ginebra 1980.

26 Recojo aquí algunas de las sugerencias de P. Zumthor, *op. cit.*, págs. 115-178; donde trata de «Merlín en la obra de Robert de Boron». Sobre las novelas del Grial y las variantes en la temática remito al capítulo III de mi libro *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda, Alianza, Madrid 1983* (con reediciones posteriores).

27P. Zumthor, op. cit., págs. 128-129.

28P. Zumthor, op. cit., págs. 131-132.

29Cf. P. Zumthor, págs. 179-200, y A. Micha, en A.L.M.A., págs. 319-324.

30Cf. el artículo de F. Bogdanow en A.L.M.A., págs. 325-335. Hay una versión modernizada de este texto: *Merlin le Prophète ou Le livre du Graal*, mis en français moderne par Emmanuèle Baumgartner, París 1980.

31P. Zumthor trata el tema bajo el epígrafe «Le Sage et les femmes», op. cit., págs. 236-260.

32P. Zumthor da los diferentes textos en los que se advierte esa variable interpretación; la joven doncella resulta más o menos desdeñosa y maligna según los autores.

33Las cartas de J. Steinbeck recogidas al final de la traducción española de *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*, Barcelona 1979, contienen observaciones muy interesantes del novelista americano sobre la temática artúrica y el texto de Malory. La cita en pág. 299.

34Cf. Zumthor, op. cit., pág. 275 y sigs.

35Camelot, Barcelona 1968, y *El libro de Merlín*, 1981.

36 En cambio, no está en sus trazos esenciales en los simpáticos relatos cortos de Merlín y familia de Álvaro Cunqueiro, inventor de un mundillo mágico y humorístico propio.

37P. D.: Estas páginas sobre la historia de Merlín fueron redactadas en 1984. Ahora hay muchos estudios más recientes que podrían añadirse a los citados. Solo uno quisiera recordar, el de Santiago Gutiérrez: *Merlín y su historia*, Alianza, Madrid 1999. Y entre los ecos del mago Merlín, hoy podríamos rastrear algunos más en las novelas de Harry Potter.

Título original: Histoire de Merlin

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© De la traducción, y de la introducción, Carlos Alvar

© Del epílogo, Carlos García Gual

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17996-48-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

